

LAS CRÓNICAS DE  
**SHANNARA**  
LIBRO 2

**LAS PIEDRAS ÉLFICAS DE SHANNARA**

TERRY BROOKS



Lectulandia

Elcrys, el árbol mágico que mantiene a los demonios cautivos tras el muro de la Prohibición, está muriendo. Sin Elcrys, las hordas de demonios camparán libres entre las razas que habitan las Cuatro Tierras. Allanon, el legendario druida, encarga a Wil Ohmsford que acompañe a Amberle, una joven elfa, en una peligrosa misión: llevar la semilla de Elcrys hasta el misterioso Fuego de Sangre para conseguir que el árbol renazca y restaure la Prohibición.

Pero el Dagda Mor, el demonio más poderoso, ya está libre y ha enviado a su secuaz más temible, la Parca, a acabar con Wil y Amberle. El destino de las Cuatro Tierras está en manos de los dos jóvenes, que se embarcan en la aventura más difícil de su vida. ¿Conseguirán que Elcrys renazca antes de que el Dagda Mor y su ejército de demonios consigan la victoria?

**Lectulandia**

Terry Brooks

# **Las piedras élficas de Shannara**

**Las crónicas de Shannara - 2**

ePub r1.0

Titivillus 21.02.2017

Título original: *The Elfstones of Shannara*

Terry Brooks, 1982

Traducción: María Alberdi

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

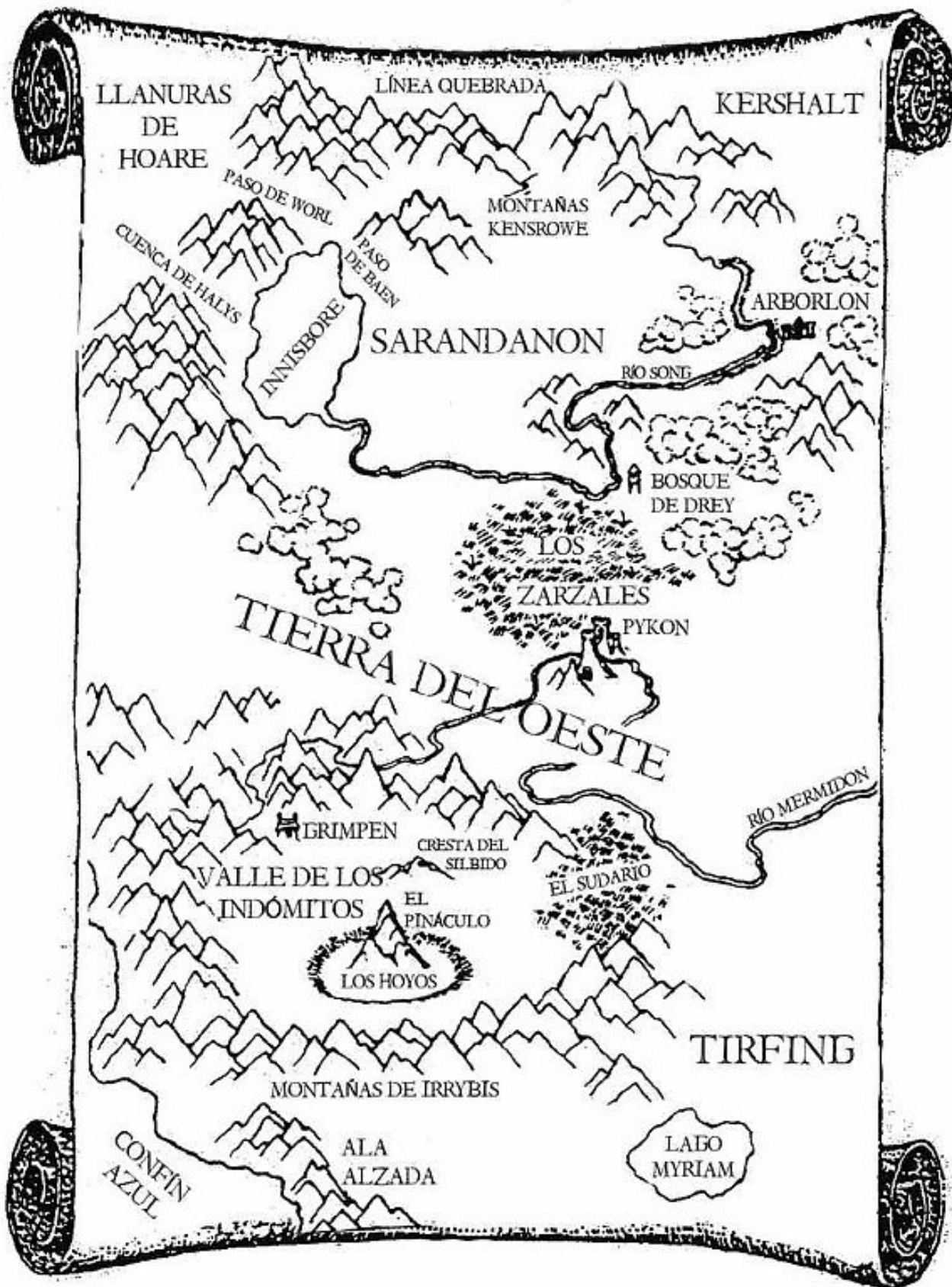
**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Barbara,  
con amor.*







Los rayos del sol emergían tenuemente por el este con la llegada del amanecer cuando los Elegidos se internaron en los Jardines de la Vida. Fuera de sus confines, los habitantes de la ciudad élfica de Arborlon seguían sumidos en un profundo sueño, envueltos por el calor de sus camas. Sin embargo, los Elegidos ya estaban en marcha. Una cálida brisa acarició sus mejillas mientras pasaban entre los centinelas de la Guardia Negra, cuya rígida y reservada postura remitía a las estatuas de piedra que flanqueaban los templos. Con sus ropas blancas ondeando ligeramente travesaron con sigilo las puertas de hierro forjado con incrustaciones de plata y marfil; tan solo el murmullo de sus voces, junto con el crujido de sus pisadas sobre el camino de grava, alteró el silencio del nuevo día a medida que se introducían entre las sombras del pinar.

Los Elegidos eran los guardianes de Ellcrys, el extraño y prodigioso árbol que se alzaba majestuoso en el centro de los jardines. Según contaba la leyenda, protegía a los elfos del mal esencial que estuvo a punto de destruirlos siglos atrás, un mal que fue expulsado de la tierra antes del nacimiento de la raza de los hombres. En los siglos posteriores a tan fatídico suceso, los Elegidos se habían encargado de cuidar a Ellcrys. Era una tradición que se transmitía de generación en generación y suponía un anhelado honor y una tarea solemne.

No obstante, la solemnidad no protagonizaba la procesión que recorría los jardines aquella mañana. Tras doscientos treinta días de servicio, sus espíritus juveniles difícilmente podían continuar reprimidos. Hacía tiempo que la prístina sensación de temor y responsabilidad había abandonado las almas de los seis elfos para dar paso a una actitud de apatía ante una tarea que habían realizado todos los días desde el momento de su elección: el saludo al árbol al amanecer.

Solo Lauren, el más joven de los Elegidos de ese año, se mostraba taciturno. Rezagado con respecto a los demás, no intervenía en la animada charla de sus compañeros. Estaba cabizbajo y su arrebolado y juvenil rostro tenía una expresión de concentración ceñuda. Tan sumido estaba en sus cavilaciones, que no se percató de que el ruido que lo precedía había cesado, ni tampoco que unos pasos retrocedían hacia él, hasta que una mano tocó su brazo. Entonces alzó bruscamente la cabeza y se encontró con la cara de Jase.

—¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras mal? —preguntó Jase.

Al ser unos cuantos años mayor que los demás, todos lo consideraban el líder.

Lauren negó con la cabeza, pero su ceño siguió fruncido.

—Estoy bien.

—Algo te preocupa. Has estado cabizbajo toda la mañana. De hecho, también



ayer por la noche estuviste bastante callado. —Jase pidió al joven elfo que se diera la vuelta para mirarlo a la cara—. Venga, dime qué te pasa. No tienes que cumplir el servicio si no te encuentras bien. Lo sabes, ¿verdad?

Lauren titubeó brevemente, después lanzó un suspiro y asintió.

—De acuerdo. Te lo diré. Es por Ellcrys. Ayer, al atardecer, cuando nos marchábamos, me pareció ver algunas hojas marchitas, con manchas.

—¿Marchitas? ¿Estás seguro? Es imposible, eso no le puede pasar a Ellcrys. Al menos eso nos han dicho siempre —explicó Jase, no sin un atisbo de duda en su voz.

—Quizá me equivoque —agregó Lauren—. Al fin y al cabo, estaba oscureciendo. Me dije a mí mismo que tal vez eran solo sombras proyectadas sobre las hojas. Pero cuanto más pienso en ello, más me convengo de que estaban marchitas.

Hubo un murmullo de desconcierto entre los demás, y uno de ellos habló:

—Seguro que es culpa de Amberle. Ya dije que seleccionar a una chica para los Elegidos daría problemas.

—Ha habido otras chicas entre los Elegidos y nunca ha pasado nada por ello —protestó Lauren.

Siempre le había gustado Amberle. Era fácil hablar con ella, a pesar de ser la nieta del rey Eventine Elesedil.

—No en los últimos quinientos años, Lauren —añadió el otro.

—Basta, dejad de discutir —interrumpió Jase—. Dijimos que no hablaríamos de Amberle, ¿recordáis? —Permaneció en silencio durante un momento, reflexionando sobre lo que Lauren había comentado. Después se encogió de hombros—. Espero que no le ocurra nada al árbol, especialmente durante nuestro cuidado. Sin embargo, nada es eterno.

La indiferencia con la que Jase había pronunciado esas palabras aturdió a Lauren.

—Pero Jase, si el árbol enferma, la Prohibición terminará y los demonios se liberarán.

—¿De verdad crees en esas viejas historias, Lauren? —preguntó Jase riendo.

Lauren contempló al elfo mayor con incredulidad.

—¿Cómo puedes ser un Elegido y no creer?

—Nadie me preguntó en qué creía cuando me escogieron. ¿Te lo preguntaron a ti?

Lauren negó con la cabeza. Ciertamente, nunca se les formulaban preguntas a los candidatos a formar parte de los Elegidos. Simplemente se les llevaba ante el árbol. Al empezar el nuevo año, los jóvenes que habían llegado a la edad adulta el año anterior se reunían para pasar por debajo de las ramas y detenerse un momento bajo ellas para ver si eran aceptados: si el árbol rozaba sus hombros, se convertirían en los nuevos Elegidos y prestarían servicio hasta que terminase el año. Lauren todavía recordaba la mezcla de éxtasis y orgullo que había experimentado cuando una delgada rama se inclinó para tocarlo y escuchó al árbol pronunciar su nombre.

También recordaba el asombro de todos cuando Amberle fue nombrada.

—No es más que un cuento para asustar a los niños —decía Jase—. La verdadera función de Ellcrys es recordar a los elfos que, al igual que ella, sobrevivieron a pesar de todos los cambios que han tenido lugar en la historia de las Cuatro Tierras. Simboliza la fuerza de nuestro pueblo, Lauren. Nada más.

Con un gesto de su mano, los demás reanudaron la marcha por los jardines y Jase se dio la vuelta. Lauren volvió a quedar sumido en sus pensamientos, inquieto por el desprecio y desenfado con los que el elfo, que era mayor que él, había hablado sobre la leyenda del árbol. Quizá contribuyera a ello que Jase fuera de la ciudad de Arborlon donde, según había observado Lauren, la gente parecía tomarse las antiguas creencias con menos seriedad que en el pequeño pueblo del norte de donde él provenía. Pero la historia de Ellcrys y la Prohibición no era una mera leyenda; ¡era la base de todo lo relativo a los elfos, a su raza, el suceso más importante de la historia de su gente!

Todo había sucedido antes del nacimiento del nuevo mundo, hace mucho, mucho tiempo... En la guerra que hubo entre el bien y el mal, los elfos consiguieron ganar mediante la creación de Ellcrys y una Prohibición que había expulsado a los demonios de su mundo y los mantenía a raya en una oscuridad perpetua. Por lo tanto, Ellcrys era la protectora de los elfos, su bien máspreciado, sin el cual el mal volvería de debajo de la tierra. Mientras Ellcrys estuviese bien atendida, no había de qué preocuparse.

Mientras Ellcrys estuviese bien atendida...

Sacudió la cabeza, dubitativo. Tal vez el marchitamiento era producto de su imaginación. O un efecto óptico causado por la luz. En numerosas ocasiones, en ese estadio intermedio entre el día y la noche, la vista juega malas pasadas. Y si no, probablemente existiría un remedio. Siempre existía un remedio.

Cuando, momentos más tarde, alcanzó al resto de los Elegidos a los pies del árbol, alzó la vista con temor, pero después suspiró aliviado. Ellcrys parecía intacta. Su perfecto tronco de color blanco plateado se arqueaba hacia el cielo en una red simétrica de ramas ahusadas recubiertas de hojas anchas de cinco puntas de color rojo sangre. En su base, crecían franjas de musgo de distintos tonos de verde que se extendían por las grietas y hendiduras de su tronco liso, como ríos de esmeralda deslizándose por la ladera de una montaña. No había fisuras que estropearan las líneas regulares del tronco, ni ramas quebradas o rotas. ¡Qué hermosa!, pensó. La observó una vez más, detenidamente, pero no percibió signos de la temida enfermedad.

Mientras los demás recogían las herramientas necesarias para alimentar al árbol, cuidar de él y arreglar los jardines en general, Jase retuvo a Lauren.

—Lauren, ¿te gustaría saludarla hoy? —inquirió Jase.

Lauren balbució las gracias, sorprendido, pues Jase le cedía su turno para la tarea más especial en un evidente esfuerzo por animarlo.

Se acercó al árbol con cuidado, al abrigo de sus desplegadas ramas, y colocó las

manos sobre el tronco liso mientras los otros se reunían alrededor, a pocos pasos de él, para recitar el saludo matutino. Alzó la vista con expectación, buscando el primer rayo de sol que descendería sobre Ellcrys.

Entonces retrocedió con brusquedad. Su corazón se detuvo. Las hojas que creaban un manto sobre su cabeza estaban oscuras y marchitas. Estas manchas salpicaban todo el árbol, se extendían por todos lados. No eran consecuencia de luces y sombras. La enfermedad era real.

Con un gesto frenético, llamó la atención de Jase, que se acercó a él mientras Lauren señalaba al árbol. Tal y como estaba estipulado en ese momento, no hablaron, pero Jase resopló al ver el alcance del daño. Los dos rodearon el árbol lentamente y descubrieron manchas por todas partes, algunas apenas visibles, otras que oscurecían las hojas hasta cubrir del todo el color rojo.

El aspecto era tan desolador que Jase, incluso sin creer en la leyenda que existía en torno al árbol, estaba profundamente impresionado, y su rostro reflejaba una honda preocupación cuando se acercó a explicar en un susurro a los demás tan terrible noticia. Lauren dio un paso para unirse a ellos, pero Jase negó inmediatamente con la cabeza, señalando hacia la copa del árbol, donde la luz del amanecer comenzaba a acariciar las ramas superiores.

Lauren sabía cuál era su deber, se volvió hacia el árbol y permaneció con ella. Independientemente de lo que ocurriese, los Elegidos debían saludar a Ellcrys aquel día, como habían hecho cada mañana desde los inicios de su orden.

Volvió a apoyar sus manos suavemente en la corteza plateada. Ya estaban formándose en sus labios las palabras del saludo cuando una rama pequeña descendió ligeramente y rozó su hombro.

—*Lauren.*

El joven elfo se estremeció al oír su nombre. Nadie había hablado. Aquella voz había sonado en su mente en forma de una nublada imagen de su propio rostro.

¡Era Ellcrys!

Contuvo la respiración y giró la cabeza para echar un último vistazo a la rama que se apoyaba en su hombro antes de apartarse y volver con los demás. La confusión se apoderó de él. ¿Acababa de hablarle Ellcrys? La primera y única vez que le había hablado fue el día de su elección, cuando pronunció su nombre junto con el de todos los demás. Nunca más le había vuelto a hablar. Nunca, excepto a Amberle, claro, y Amberle ya no era uno de ellos.

Miró a los demás, que lo contemplaban con curiosidad por conocer el motivo de la interrupción. De repente, la rama se deslizó hacia abajo e hizo un amago de rodearlo, rozándolo levemente, ante lo que Lauren se encogió involuntariamente.

—*Lauren, trae a los Elegidos ante mí.*

Las imágenes aparecieron fugazmente y luego desaparecieron. Lauren, con un gesto vacilante, indicó a sus compañeros que se acercaran. Se aproximaron, con un atisbo de duda en sus ojos mientras alzaban la vista hacia el árbol de ramas plateadas.

Estas descendieron para abrazar a cada uno de ellos, y la voz de Ellcrys susurró suavemente.

—*Escuchadme y recordad bien mis palabras. No me falléis...*

Los Jardines de la Vida quedaron envueltos en un silencio profundo y vacío, como si ellos fueran los últimos habitantes de este mundo, al tiempo que un escalofrío recorría sus espaldas. Las imágenes que aparecían en sus mentes, fluyendo una tras otra en una rápida sucesión, trasmitían un horror difícil de soportar. De haber sido posible, los Elegidos habrían huido para esconderse hasta que la pesadilla que los poseía pasara y desapareciera. Pero el árbol los retenía. Las imágenes continuaron sucediéndose, el horror aumentando... Hasta que sintieron que no podían más.

Por fin acabó y Ellcrys quedó en silencio de nuevo, alzando sus ramas y extendiéndolas para captar el calor del sol matutino.

Lauren se quedó helado, las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Consternados, los seis se miraron, y en la mente de cada uno de ellos la verdad habló en silencio.

La leyenda no era una leyenda. La leyenda estaba viva. El mal yacía bajo una Prohibición que Ellcrys mantenía. Ella era lo único que preservaba la seguridad del pueblo elfo.

Y ahora se estaba muriendo.

Lejos, al oeste de Arborlon, más allá de la Línea Quebrada, se produjo una agitación en el aire. Algo más oscuro que la primera penumbra del alba apareció retorciéndose violentamente en espirales y vibrando como azotado por la fuerza de unos golpes invisibles. Durante unos instantes, el velo de negrura resistió, pero al fin se rasgó, destrozado desde el interior. De la oscuridad surgieron terribles aullidos y chillidos de júbilo mientras docenas de miembros que culminaban en garras emergían por la súbita brecha, afanándose por llegar a la luz. Entonces, un fuego rojo estalló por todas partes y las manos cayeron, abrasadas y deformes.

El Dagda Mor apareció con un silbido de furia. Su Báculo de Poder desprendía vapor mientras apartaba con él a los impacientes y salía con decisión por la abertura. Un instante después, le siguieron las siluetas oscuras de la Parca y el Suplantador. Otros cuerpos empujaban para salir, desesperados y anhelantes, pero la estrecha brecha se cerró de inmediato, apresando la negrura y a los que vivían en su interior. Rápidamente, la abertura desapareció por completo y el extraño trío quedó solo.

El Dagda Mor observó con cautela el paraje que los rodeaba. Estaban en la sombra de la Línea Quebrada. El amanecer, que ya había roto la paz de los Elegidos y los había sacado de sus camas, era poco más que una débil luz que palpitaba en el cielo de oriente, más allá de la vasta muralla de montañas. Los altísimos picos acuchillaban el cielo, proyectando largos pilares de sombra sobre las desoladas llanuras de Hoare. Estas se extendían hacia occidente desde la cadena de montañas, como una tierra seca y estéril donde la duración de la vida se medía en minutos y horas. Nada ni nadie alteraba la quietud del ambiente aquella mañana.

El Dagda Mor enseñó sus puntiagudos dientes en una mueca siniestra. Nadie se había percatado de su llegada. Después de tantos años, por fin, era libre y se encontraba en las tierras de aquellos que lo habían desterrado mucho tiempo atrás.

De lejos, podría parecer uno de ellos. Su apariencia era básicamente humana. Caminaba erguido sobre dos piernas y sus brazos solo eran ligeramente más largos que los de un hombre. Andaba un tanto encorvado, con un peculiar movimiento a tirones, pero sus oscuras ropas ocultaban la causa. Solo desde muy cerca podía distinguirse la enorme joroba que deformaba la columna por encima de los hombros y que explicaba su extraño caminar, o el vello verdooso que cubría gran parte de su cuerpo como parches de hierba, o las escamas que cubrían sus antebrazos y la parte inferior de las piernas, o las garras de manos y pies, o el aspecto vagamente felino de su rostro, o los ojos negros y brillantes, engañosamente plácidos en su superficie, como dos estanques que ocultaban en sus profundidades algo maligno y destructivo.

Después de ver estos rasgos tan peculiares, no quedaba duda alguna sobre la



naturaleza demoníaca del Dagda Mor.

Y el demonio odiaba. Odiaba con una intensidad que rayaba la locura. Tras siglos encerrado en la oscuridad de la cárcel bajo el muro de la Prohibición, su odio se había alimentado y crecido hasta alcanzar cotas inimaginables. Ahora le consumía. Era todo para él. Le hacía poderoso, y usaría ese poder para vengarse de las criaturas que le habían infligido tanto dolor: ¡los elfos! ¡Todos los elfos! Pero ahora, tras cientos de años de ostracismo sufridos en la oscuridad y soledad de su celda, confinado en ese limbo informe e inanimado de oscuridad interminable, de lenta y dolorosa inactividad, ni siquiera la destrucción de todos los elfos le parecía suficiente para reparar la humillación que había sufrido. Sí, debía aniquilar también a hombres, enanos, trolls, gnomos, a todos los que formaban parte de la humanidad que tanto detestaba, a todas las razas de la humanidad que vivían en este mundo y lo consideraban suyo.

Su liberación había llegado, y también lo haría la venganza, súbita e inesperadamente. Lo sentía en su fuero interno. Había esperado siglos, retenido por el muro de la Prohibición, probando su resistencia, tratando de encontrar una debilidad porque que algún día empezaría a fallar. Y por fin ese día había llegado. Ellcrys se estaba muriendo. *Muriendo*. ¡Ah, qué palabra tan bella! ¡Deseaba pronunciarlo en voz alta! ¡Se estaba muriendo! ¡Se estaba muriendo y ya no podría seguir manteniendo intacto el muro de la Prohibición!

El Báculo de Poder resplandecía incandescente en su mano al tiempo que el odio lo colmaba. La tierra bajo la punta del bastón quedó carbonizada. Hizo un esfuerzo para tranquilizarse y el báculo se enfrió de nuevo.

La Prohibición se había mantenido firme durante un tiempo, pero el desmoronamiento había comenzado. Es cierto que no se produciría en unos pocos días, ni de semanas. Aunque la ínfima brecha que había conseguido abrir había requerido un poder enorme, el Dagda Mor poseía mucho más, superando con creces al resto de criaturas que aguardaban bajo el muro de la Prohibición. No por nada era el jefe de todos ellos. Su palabra los gobernaba. Solo algunos lo habían desafiado durante los largos años de destierro y los había aniquilado. Le sirvió para dar un triste ejemplo y ahora todos le obedecían. Le temían. Aun así, compartían su odio por lo que les habían hecho a ellos. Y también alimentaban ese odio, que los había conducido a una necesidad furiosa de venganza, y cuando al fin fuesen liberados, esa necesidad tardaría mucho, mucho tiempo en desaparecer.

No obstante, por ahora, debían esperar, tener paciencia. No tardaría mucho. La Prohibición se debilitaría paulatinamente, día tras día, agrietándose a medida que Ellcrys fuese muriendo. Tan solo una cosa podría evitarlo: un renacimiento.

El Dagda Mor asintió. Conocía la historia de Ellcrys. ¿Acaso no había estado presente en su nacimiento, cuando expulsó a sus hermanos y a él mismo de la luz y los lanzó a la oscuridad más profunda? ¿No había presenciado, a su vez, el poder de su brujería, tan poderosa que había conseguido superar a la propia muerte? Por todo

ello, sabía que la libertad podía serle arrebatada. Además, si uno de los Elegidos lograba llevar una semilla del árbol a la fuente de su poder, Ellcrys renacería y la Prohibición sería invocada de nuevo. Consciente de ello, empleó todo su poder en abrir la brecha para llegar hasta aquí. No sabía a ciencia cierta si podría romper el muro de la Prohibición. Había sido una apuesta peligrosa emplear tanto poder en el intento, porque, de haber fracasado, se habría quedado tremendamente débil. Tan débil que otros habitantes poderosos de la oscuridad habrían aprovechado la oportunidad para hacerlo pedazos. Pero había sido necesario correr ese riesgo. Los elfos todavía no eran conscientes del alcance del peligro. Por ahora, se sentían seguros. No creían que nada dentro de los confines de la Prohibición tuviera suficiente poder para atravesar el muro. Para cuando descubrieran su error, ya se habría asegurado de que Ellcrys no volviera a nacer y de que la Prohibición no fuera restaurada.

Por ese motivo había traído consigo a los otros dos.

Los miró. A su lado, el Suplantador experimentaba con su cuerpo, copiando las formas y los colores de los seres vivos que se encontraban allí: en el cielo, un halcón al acecho y un pequeño cuervo; en la tierra, una marmota, una serpiente, un insecto de múltiples patas y un par de pinzas, siempre algo nuevo, y en una sucesión tan rápida que a los ojos les costaba seguirlo. Porque el Suplantador podía ser cualquier cosa. Encerrado en la oscuridad con solo sus hermanos como modelos, sus poderes no habían valido para mucho, pero aquí, en este mundo, las posibilidades eran infinitas. Todo, ya fuese humano o animal, pez o ave, sin importar tamaño, forma, color o habilidades, podía ser suplantado por él. Ni siquiera el Dagda Mor estaba seguro del verdadero aspecto del Suplantador. La criatura era tan propensa a adoptar otras formas que pasaba prácticamente toda su vida siendo algo o alguien distinto de quien era en realidad.

Se trataba de un don extraordinario, pero lo poseía una criatura cuya maldad casi se igualaba con la del Dagda Mor. El Suplantador también era de naturaleza demoníaca. Era egoísta y malévolos. Disfrutaba con el engaño, gozaba causando dolor a los demás. Siempre había odiado a los elfos y a sus aliados. Los detestaba por su fervoroso interés hacia el bienestar de las formas de vida inferiores que poblaban el mundo. Él, en cambio, aborrecía cualquier criatura inferior a él. No significaban nada. Le parecían sumamente débiles y vulnerables. Merecían ser utilizadas por seres superiores como él. Los elfos no eran mejores que las criaturas a las que protegían. O no eran capaces o no querían engañar como él hacía. Estaban todos atrapados en lo que eran; no podían ser nada distinto. Él, en cambio, podía convertirse en lo que se le antojara. Los despreciaba a todos. No tenía amigos ni los quería. Ninguno excepto el Dagda Mor, ya que poseía lo único que respetaba: un poder mayor que el suyo. Por eso, y solo por ese motivo, el Suplantador le servía.

Al Dagda Mor le costó más encontrar a la Parca ya que, su figura, poco más que una sombra en la pálida luz del amanecer, como un fragmento más de la noche, se

confundía con el gris de las llanuras. Finalmente la atisbó a no más de diez pasos, inmóvil. Envuelta por completo en sus ropas cenicientas, la Parca era prácticamente invisible, con el rostro oculto por la sombra de una amplia capucha. Nadie había visto su rostro en más de una ocasión. La Parca solo se lo permitía a sus víctimas, que morían al instante.

Si el Suplantador era peligroso, la Parca lo era diez veces más. Era una asesina. Su única razón de ser era arrebatar la vida a otros. Se trataba de una criatura enorme, musculosa, de más de siete pies de altura cuando se erguía por completo. No obstante, su tamaño era engañoso, porque no era pesada. Se movía con la agilidad y la gracia del mejor cazador elfo. Nunca abandonaba una caza que había comenzado. Ninguna presa se le había escapado jamás. Incluso el Dagda Mor se mostraba precavido. Aunque la Parca no poseyera su poder, le servía por voluntad propia, no por miedo o respeto, como sucedía con los demás. Era un monstruo al que no le importaba la vida, ni siquiera la suya. No mataba por placer, aunque realmente lo sintiera, sino por instinto, por necesidad. A veces, en la oscuridad de la Prohibición, apartada de todas las formas de vida excepto de las de sus hermanos, había sido casi incontrolable. El Dagda Mor tuvo que ofrecerle demonios menores para que los matase, sometiéndola a su control con una promesa: cuando dejaran atrás la Prohibición, y algún día lo conseguirían, la Parca podría disponer de todas las criaturas del mundo que capturara. Podría perseguirlas todo el tiempo que quisiese para, al final, matarlas a todas.

El Dagda Mor sabía que había escogido bien a sus aliados: el Suplantador y la Parca. Uno cumpliría la función de sus ojos, la otra sería sus manos; ojos y manos que se introducirían en el corazón del pueblo elfo y acabarían definitivamente con la posibilidad de que Ellcrys pudiera renacer.

Miró hacia oriente, donde el sol matutino se alzaba con celeridad por entre la cresta de la Línea Quebrada. Debían partir de un momento a otro, pues quería estar en Arborlon al anochecer. Lo había planeado todo cuidadosamente. El tiempo era un bien muy preciado que no podían malgastar si su intención era tomar a los elfos por sorpresa. Sus enemigos no deberían percibir su presencia hasta que fuese demasiado tarde para hacer nada.

El Dagda Mor se dio la vuelta y, haciendo una rápida seña a sus compañeros, se dirigió con paso desgarbado hacia el resguardo de la Línea Quebrada. Cerró los ojos y permitió que el placer recorriera todos y cada uno de sus miembros mientras evocaba la satisfacción y el triunfo que esa noche le aportaría. Después, los elfos habrían sucumbido y la muerte de Ellcrys sería inevitable y su renacimiento irrealizable, porque, después de esa noche, todos los Elegidos estarían muertos.

Envuelto en las sombras a unas cientos de yardas de la montaña, el Dagda Mor se detuvo. Agarró el Báculo de Poder con ambas manos, lo sostuvo verticalmente y apoyó un extremo en la tierra seca y agrietada. Incluyó ligeramente la cabeza y aferró el báculo con fuerza. Permaneció inmóvil un buen rato mientras sus acompañantes lo

observaban con curiosidad, encogidos a su espalda, con sus ojos brillando en la oscuridad como moléculas de luz amarilla.

De pronto, el Báculo de Poder emitió un fulgor débil, un pálido resplandor rojizo que perfiló la encorvada figura del demonio contra la oscuridad. Un momento después, el resplandor se intensificó y empezó a latir. Se extendió desde el bastón hacia los brazos del Dagda Mor, tiñendo su verdosa piel de rojo sangre. El demonio alzó la cabeza y el báculo lanzó hacia los cielos un arco de llamas fino y resplandeciente que atravesó el aire como si fuese algo vivo y aterrador. El brillo que iluminaba el báculo destelló una vez más y se apagó.

El Dagda Mor bajó el báculo y retrocedió un paso. La tierra a su alrededor estaba carbonizada, y la atmósfera húmeda olía a ceniza ardiente. Un silencio sepulcral se extendió por las llanuras. El demonio se sentó y cerró los ojos con satisfacción. No volvió a moverse, y tampoco lo hicieron las criaturas que lo acompañaban. Esperaron juntos; media hora, una hora, dos. Siguieron esperando.

Y finalmente, de los interminables páramos de la Tierra del Norte, llegó la horrible bestia alada que el demonio había convocado para que los llevase al este, hacia Arborlon.

—Ahora veremos —susurró el Dagda Mor.

**E**sol asomaba tímidamente por el horizonte cuando Ander Elessedil salió por la puerta principal de su modesta casa y ascendió por el sinuoso camino hacia la verja de hierro que comunicaba con los jardines del palacio. Siendo el segundo hijo de Eventine, rey de los elfos, podría haber tenido sus aposentos en el palacio real, pero hacía años que se había trasladado junto con sus libros a su actual residencia, para preservar una intimidad que habría perdido de otra manera. O eso había creído. Ahora, sin embargo, no estaba tan seguro, porque la atención de su padre se centraba casi en exclusiva sobre su hermano Arion. Por ese motivo, pensó, tal vez habría podido vivir en cualquier parte sin ser molestado en demasía.

Respiró el aire limpio y cálido de la mañana y una sonrisa asomó a sus labios. Hacía un día magnífico para dar un paseo. Un poco de ejercicio les vendría bien tanto a él como a su caballo.

Ya no podía considerarse joven, pues había alcanzado los cuarenta años. La edad se reflejaba en su delgado rostro élfico en forma de finas patas de gallo en el extremo de los ojos y en un surco sobre la frente, aunque seguía moviéndose con paso rápido y ágil y su rostro resultaba casi infantil cuando sonreía. Pero últimamente no sonreía muy a menudo.

Se acercó a las puertas y vio que Went, el viejo jardinero, ya estaba encovado sobre la azada, inclinando su cuerpo enjuto mientras trabajaba la tierra. Al oír que Ander se aproximaba, se enderezó poco a poco, llevándose una mano a la espalda.

—Buenos días, príncipe. Hace un día espléndido, ¿no cree?

Ander asintió.

—Efectivamente, Went. ¿Sigue doliéndote la espalda?

—De vez en cuando. —El jardinero se frotó con cuidado—. Los años no perdonan, pero todavía puedo trabajar más que los ayudantes que me han encomendado, por muy jóvenes que sean.

Ander volvió a asentir, consciente de que la afirmación del anciano era cierta. Went debería haberse jubilado hacía años, pero se negaba en redondo a abandonar sus tareas.

Cuando alcanzó la puerta principal, los centinelas de guardia inclinaron la cabeza a modo de saludo y él respondió de la misma forma. Hacía tiempo que la guardia y él habían prescindido de mayores formalidades. Arion, como príncipe heredero, podía exigir que le trataran con deferencia, pero la posición y las aspiraciones de Ander eran mucho más modestas.

Continuó por el camino que doblaba hacia la izquierda tras unos setos decorativos y llevaba a los establos. Entonces, un estruendo de cascos acompañado de un grito



quebraron la tranquilidad matutina. Ander saltó a un lado cuando el semental gris de Arion se dirigió hacia él, levantando la grava y encabritándose al ser frenado súbitamente.

Antes de que el caballo se detuviera por completo, Arion ya había desmontado y estaba frente a su hermano. Al contrario que Ander, moreno y bajito, Arion era alto y rubio, y el parecido con su padre cuando tenía su edad era apabullante. Como, además, era un atleta extraordinario y un consumado maestro de las armas, la caza y la equitación, era inevitable que fuera el orgullo y la alegría de Eventine. Rebosaba carisma, una cualidad de la que Ander consideraba que él mismo carecía.

—¿Dónde vas, hermanito? —preguntó Arion en el tono burlesco y desabrido con el que se dirigía siempre a su hermano pequeño, el príncipe más joven—. No te recomiendo molestar a nuestro padre. Estuvimos trabajando hasta muy entrada la noche en algunos asuntos de estado urgentes. Seguía dormido cuando fui a verlo esta mañana.

—Voy a los establos —replicó Ander con voz tranquila—. No tengo intención de *molestar* a nadie.

Arion sonrió con una mueca y se volvió hacia su caballo. Sujetándose con una mano a la silla, saltó sobre la montura sin apoyar ni siquiera un pie en el estribo. Después, miró de nuevo a su hermano.

—Bueno, me marchó unos días a Sarandanon. Parece ser que la gente de las granjas está bastante nerviosa por no se qué viejo cuento de hadas acerca de una maldición que nos afecta a todos. No son más que tonterías, pero tengo que ir a tranquilizarlos. De todas formas, no te hagas ilusiones. Volveré antes de que padre parta hacia Kershalt —dijo con ironía—. Mientras tanto, hermanito, cuida de todo, ¿de acuerdo?

Sacudió las riendas y salió al galope, pasó como un relámpago por las puertas y pronto se perdió de vista. Ander maldijo entre dientes y dio media vuelta. Ya no estaba de humor para montar a caballo.

Debería haber sido él quien acompañara al rey en la importante misión de estado en Kershalt. Era importante afianzar los lazos entre los trolls y los elfos. Los cimientos ya estaban puestos, pero todavía hacía falta exquisita diplomacia y negociar con sumo cuidado. Arion era demasiado impaciente y atolondrado, y carecía de la sensibilidad necesaria para ser receptivo a las necesidades y las ideas de otros. Quizá él, Ander, careciese de la habilidad física de su hermano —aunque era lo bastante capaz— y quizá tampoco poseyera su capacidad innata para el liderazgo, pero tenía talento para razonar, habilidad dialéctica y poseía la paciencia que resultaba imprescindible en los encuentros diplomáticos. Y lo había demostrado en las contadas ocasiones en que habían solicitado su ayuda.

Se encogió de hombros. No valía la pena perder el tiempo dándole vueltas. Había pedido a su padre que le permitiese realizar el viaje pero su padre había preferido a Arion. Después de todo, Arion sería rey algún día; debía adquirir práctica en asuntos

de estado mientras Eventine todavía viviese para guiarlo. Tal vez era lo razonable, reconoció Ander.

Ander rememoró la época en la que los lazos entre Arion y él habían sido estrechos. Cuando Aine, el hijo menor de los Elesedil, aún vivía. Pero había muerto en un accidente de caza once años atrás y la relación familiar se fue debilitando desde entonces. Amberle, la joven hija de Aine, buscó apoyo en Ander, no en Arion, y los celos del hermano mayor pronto se manifestaron en forma de desprecio absoluto. Más adelante, cuando Amberle abandonó su puesto entre los Elegidos, Arion lo había atribuido a la influencia de su hermano, y su desdén había degenerado en una hostilidad que a duras penas lograba enmascarar. Ahora Ander sospechaba que estaban predisponiendo a su padre contra él. Pero no podía hacer nada para evitarlo.

Todavía sumido en sus pensamientos, oyó un grito mientras cruzaba la puerta que daba al sendero de su casa.

—¡Mi señor príncipe, aguarde!

Ander miró con sorpresa a la figura de nívea vestimenta que se le acercaba haciéndole gestos frenéticos con un brazo. Era uno de los Elegidos, el pelirrojo. ¿No era el llamado Lauren? Era extraño ver a alguno de los Elegidos fuera de los jardines a esa hora. Esperó a que el joven elfo llegara a su lado. Lauren tropezó al detenerse y vio que su rostro y brazos estaban empapados de sudor.

—Mi señor príncipe, debo ver al rey —jadeó el Elegido—. Pero no me permiten entrar hasta más tarde. ¿Puede llevarme hasta él ahora?

Ander dudó.

—El rey todavía duerme...

—Tengo que verlo de inmediato —insistió el joven—. ¡Por favor! ¡Es un asunto que no puede esperar!

La desesperación se reflejaba en sus ojos y en su pálido y tenso rostro. Su voz se quebraba al intentar comunicar la urgencia que lo impulsaba. Ander reflexionó y se preguntó qué podría ser tan importante.

—Si tienes algún problema, Lauren, quizá yo...

—No se trata de mí, mi señor príncipe. ¡Se trata de Ellcrys!

La indecisión de Ander se desvaneció. Asintió y tomó a Lauren del brazo.

—Sígueme.

Cruzaron la puerta hacia la gran mansión, observados por los sorprendidos centinelas.

Gael, el joven elfo que servía como asistente personal a Eventine Elesedil, negó con la cabeza rotundamente; todavía enfundado en las ropas oscuras de la mañana, su figura delgada se movía con nerviosismo y trataba de evitar encontrarse con los ojos de Ander.

—No puedo despertar al rey, príncipe Ander. Insistió en que no lo molestase bajo

ningún concepto.

—¿Bajo ningún concepto? —preguntó suavemente Ander—. ¿Ni siquiera por Arion?

—Arion está fuera... —dijo Gael. Después quedó en silencio y adoptó una expresión todavía más desdichada.

—Precisamente. Pero yo estoy aquí. ¿De verdad vas a decirme que no puedo ver a mi padre?

Gael no respondió. Solo cuando Ander echó a andar hacia el dormitorio de su padre, el joven elfo se movió para interponerse en su camino.

—Yo lo despertaré. Por favor, espera aquí.

Al cabo de unos segundos salió del dormitorio, con una expresión de preocupación todavía más intensa, pero finalmente asintió mirando a Ander.

—Te recibiré, príncipe Ander. Pero por el momento, solo a ti, únicamente a ti.

Cuando Ander entró en la habitación, el rey seguía acostado y se estaba bebiendo un vasito de vino que Gael le había servido. Saludó a su hijo, y después bebió delicadamente bajo el calor de las colchas de la cama, estremeciéndose por un instante con el fresco de la mañana, que se había colado en su dormitorio. Gael, que había entrado con Ander, sostenía una túnica, que Elesedil se colocó y ciñó a la cintura.

A pesar de su avanzada edad, ochenta y dos años, Eventine Elesedil todavía gozaba de excelente salud. Su cuerpo seguía siendo atractivo y fuerte. Montaba a caballo, y era lo bastante ágil y preciso con la espada como para resultar peligroso. Todavía gozaba de una mente eficaz y aguda y, cuando la situación lo pedía, como ocurría a menudo, era capaz de actuar con decisión. Poseía un extraño sentido del equilibrio y de la proporción; sabía contemplar un asunto desde todas las perspectivas, juzgar a cada uno en función de sus méritos y elegir casi siempre aquello que resultaba más beneficioso para él mismo y para sus súbditos. Sin ese don no habría podido ser rey y, probablemente, ni siquiera seguiría vivo. Ander tenía motivos para creer que había heredado ese don, aunque, en sus circunstancias actuales, parecía estar sirviéndole de bien poco.

El rey caminó hacia las cortinas tejidas a mano que pendían de la pared del fondo, las abrió y empujó hacia fuera varios de los grandes ventanales de cuerpo entero que daban al bosque. Una combinación de luz suave y olor a rocío inundó la habitación. Gael se movía de un lado a otro en silencio, encendiendo las lámparas de aceite para disipar la penumbra que quedaba en los rincones de la habitación. Eventine se detuvo ante la ventana para contemplar fijamente su reflejo en el cristal empañado. Sus ojos, increíblemente azules, duros y penetrantes, eran los de un humano que había vivido demasiados años y demasiadas desgracias. Suspiró y se volvió hacia Ander.

—Bien, Ander, ¿de qué se trata? Gael me ha contado que traes a un Elegido con un mensaje.

—Sí, señor. Afirma que tiene un mensaje urgente de Ellcrys.

—¿Un mensaje del árbol? —Eventine frunció el ceño—. ¿No hace más de setecientos años que no da mensajes a nadie? ¿Qué sucede?

—No me lo ha querido decir a mí —relató Ander—. Insiste en que debe transmitirlo personalmente.

Eventine asintió.

—Entonces dejaremos que me lo cuente. Hazle pasar, Gael.

Gael hizo una reverencia y salió corriendo del dormitorio, dejando ligeramente entreabiertas las puertas. En ese momento, Manx, el lebrél peludo y enorme del rey, irrumpió en la habitación y se acercó en silencio al rey que lo saludó cariñosamente, le acarició la cabeza grisácea, y palmeó suavemente el brillante pelaje de su lomo. Manx llevaba a su lado casi diez años, más próximo y fiel que cualquier humano.

—Tienes algunas canas, como yo —murmuró Eventine, melancólico.

Las puertas se abrieron por completo y llegó Gael, seguido de Lauren. El Elegido se detuvo en el umbral de la puerta durante un instante y miró inseguro a Gael. El rey despidió a su asistente con un movimiento de cabeza. Ander también iba a retirarse cuando su padre le indicó que se quedara con un gesto casi imperceptible. Gael hizo otra reverencia y se marchó, cerrando las puertas tras él. Cuando se marchó, el Elegido dio un paso hacia delante.

—Majestad, discúlpeme, por favor... ellos pensaron que yo... que yo debía ser quien... —dijo, a punto de atragantarse con las palabras.

—No hay nada que disculpar —replicó Eventine. Haciendo gala del encanto que podía desplegar, el rey se adelantó y pasó el brazo sobre los hombros del joven elfo—. Sé que no habrías abandonado tu labor en los jardines si no fuera un asunto de vital importancia. Ven, siéntate y cuéntamelo.

Dirigió una mirada de duda a Ander. Después condujo al Elegido hasta un pequeño escritorio, situado en un rincón de la habitación, hizo que se acomodara en una de las sillas y él se sentó en la otra. Ander les siguió, pero se quedó de pie.

—Te llamas Lauren, ¿verdad? —preguntó Eventine.

—Sí, majestad.

—Muy bien, Lauren. Ahora cuéntame el motivo de tu visita.

Lauren puso la espalda recta y apoyó las manos en la mesa, cruzando los dedos con fuerza.

—Majestad, Ellcrys ha hablado a los Elegidos esta mañana —susurró—. Nos ha dicho... ¡que se estaba muriendo!

A Ander se le heló la sangre en las venas. Durante un breve lapso de tiempo, el silencio fue absoluto. El rey no respondió; se quedó inmóvil, con los ojos fijos en el joven.

—Debe tratarse de un error —dijo al fin.

Lauren negó enfáticamente con la cabeza.

—No es un error, majestad. Nos habló a todos los Elegidos. Todos... todos lo oímos. Nos reveló que está muriendo. La Prohibición ya empieza a venirse abajo.

El rey se levantó lentamente, caminó hasta la ventana abierta y, desde allí, contempló en silencio los bosques que rodeaban el palacio. Manx, enroscado a los pies de la cama, se desperezó y lo siguió. Ander vio que la mano del rey se deslizaba hacia el perro y le rascaba junto a las orejas en un gesto tan habitual que para el rey se había vuelto algo inconsciente.

—¿Estás seguro, Lauren? —preguntó Eventine—. ¿Seguro del todo?

—Sí... sí, absolutamente seguro.

El Elegido, que seguía apoyado sobre la mesa, con la cara oculta entre las manos, lloraba suavemente, casi sin hacer ruido. Eventine no se volvió. Se quedó contemplando los bosques que eran su hogar y el de su pueblo.

Ander se quedó paralizado, con los ojos fijos en su padre y la mente sobrecogida por esa desgracia. La monstruosidad de lo que acababa de oír se abrió paso en su interior lentamente. ¡Ellcrys se estaba muriendo! La Prohibición iba a desaparecer. El mal que había sido desterrado se liberaría. ¡El caos, la locura, la guerra! Y al final, la destrucción de todo.

Había estudiado historia con sus tutores y después en los libros de su biblioteca. Era una historia revestida de leyendas.

En tiempos remotos, antes de las Grandes Guerras, antes del amanecer de la civilización en el viejo mundo, incluso antes de la aparición de la vieja raza de los hombres, hubo una guerra entre seres mágicos partidarios del bien y del mal. Los elfos combatieron en esa guerra, defendiendo el bien. Fue una contienda larga, terrible y devastadora, pero, finalmente, las fuerzas del bien vencieron a las del mal. Sin embargo, la naturaleza del mal era tan poderosa y profunda que no pudo destruirse por completo; solo desterrarla. Entonces, el pueblo elfo y sus aliados aunaron sus poderes mágicos con la fuerza vital de la propia tierra para crear a Ellcrys. De este modo, con su presencia impondría y mantendría una Prohibición sobre las criaturas del mal. Mientras Ellcrys estuviera viva y floreciera, el mal no podría volver a pisar la tierra. Encerrado en un desierto de oscuridad, se vería obligado a proferir sus lamentos de angustia tras el muro de la Prohibición, y la tierra estaría a salvo.

¡Hasta ahora! Si Ellcrys moría, sería el fin de la Prohibición, un acontecimiento que ya estaba escrito, porque ningún poder es tan fuerte como para durar eternamente. No obstante, se creía que Ellcrys viviría eternamente. Llevaba muchas generaciones entre ellos, inmutable, como un punto fijo en el laberinto cambiante de la vida. El pueblo elfo se había convencido de que siempre sería así. Y, al parecer, estaban equivocados. Absurdamente equivocados.

El rey se giró repentinamente, contempló durante un instante a Ander, regresó a la mesa, se sentó de nuevo y tomó la mano de Lauren entre las suyas para tranquilizarlo.

—Necesito que me cuentes todo lo que os ha dicho, Lauren. Hasta el último detalle. Sin omitir nada.

El Elegido asintió. Tenía los ojos secos y el rostro sereno. Eventine le soltó la



mano y se apoyó en el respaldo. Ander trajo una silla alta que había en la habitación y se sentó con ellos.

—Majestad, ¿conocéis la forma en la que se comunica con nosotros? —inquirió Lauren cauteloso.

—Yo también fui un Elegido, Lauren —explicó Eventine.

Ander observó a su padre, sorprendido. Nunca se lo había confesado. Pero se mostró más confiado al oírlo. Asintió y se volvió hacia Ander.

—Cuando Ellcrys habla, da la impresión de que escuchamos su voz pero, en realidad, son imágenes las que llegan a nuestra mente —le aclaró—. No hay palabras como tales: sus palabras son, en realidad, la traducción de los pensamientos que proyecta sobre nosotros. Así es como yo traduzco cuando usa mi nombre. Las imágenes son fugaces y se suceden unas a otras de forma confusa e imprecisa, y la responsabilidad de interpretarlas lo mejor posible recae sobre nosotros. —Hizo una pausa y se dirigió a Eventine—. A mí... Ellcrys solo me había hablado una vez antes de esta mañana, majestad. Cuando nos habló a los seis, una única vez, en el momento de nuestra elección. Hasta hoy lo único que sabíamos de su manera de comunicarse se basaba en las escrituras de nuestra orden y en las enseñanzas de los Elegidos que sirvieron antes. Incluso ahora, es muy confuso.

Eventine asintió para animarle a continuar.

—Majestad, Ellcrys hizo algo inusual esta mañana: nos llamó a todos y habló durante un largo rato. Nos reveló lo que iba a pasar y lo que nosotros, los Elegidos, debíamos hacer. Las imágenes eran un poco confusas, pero no hay duda de que se está muriendo. Le queda poco tiempo, aunque no se puede concretar cuánto. El deterioro ya ha empezado. Y a medida que se debilite, la Prohibición se erosionará también. Solo existe una posibilidad: un renacimiento.

Eventine extendió la mano y tomó la de Lauren. Ander también lo había olvidado debido a la confusión por el anuncio de la muerte de Ellcrys. ¡Un renacimiento! Las historias más antiguas decían que Ellcrys podría renacer y, en ese caso, la Prohibición perduraría.

—Entonces todavía hay esperanza —murmuró.

Eventine miraba fijamente a Lauren.

—¿Qué hay que hacer para que renazca?

Lauren movió la cabeza de derecha a izquierda.

—Majestad, ha confiado su destino a los Elegidos. Solo permitirá su renacimiento a través de nosotros. No pretendo comprender sus razones, pero las imágenes eran diáfanas. Entregará su semilla a uno de nosotros. No pronunció nombre alguno. No apareció ningún rostro. Pero nos comunicó que solo uno de los Elegidos, seleccionado por ella, recibirá esa semilla. Un único Elegido. Quienquiera que sea seleccionado debe llevar la semilla al origen de la vida de la tierra: a la fuente del Fuego de Sangre. Allí, deberá sumergirla en el fuego. Cuando se devuelva al lugar del antiguo árbol, germinará y brotará uno nuevo que reemplazará al antiguo.

Los detalles de la leyenda volvieron a la mente de Ander: el traslado de la semilla, el ritual del Fuego de Sangre, el renacimiento. Estaba contado en el lenguaje extraño y formal de las historias más antiguas; historias que la mayoría del pueblo había olvidado o nunca llegó a conocer.

—La fuente del Fuego de Sangre. ¿Dónde se encuentra? —preguntó repentinamente Ander.

Lauren lo miró con tristeza.

—Nos mostró un lugar, príncipe, pero... no fuimos capaces de reconocerlo. Las imágenes eran vagas, casi como si no pudiese describirlo como es debido.

Eventine habló sin perder la calma:

—Cuéntame todo lo que os mostró.

Lauren asintió.

—Era un paisaje agreste con montañas y pantanos por todas partes. Predominaba una niebla densa. Recuerdo haber visto entre la desolación un pico muy alto; debajo había un laberinto de túneles se hundía en la tierra. En algún lugar del laberinto había una puerta de vidrio, pero de un vidrio que no podía romperse. Detrás estaba el Fuego de Sangre.

—¿No tenéis ningún nombre para alguna de las piezas de este rompecabezas? —preguntó el rey, paciente.

—Solo uno, majestad. Pero no lo reconocimos. El laberinto donde se encuentra el Fuego de Sangre se llama Salvafuerte.

¿Salvafuerte? Ander rebuscó hondo en su memoria, pero el nombre no le decía nada.

Eventine miró a Ander y negó con la cabeza. Se levantó, dio unos pasos del escritorio y después se detuvo con brusquedad. Se giró hacia Lauren.

—¿Eso es todo lo que os dijo? ¿No os dio ninguna pista? ¿Algún otro detalle, por muy insignificante que parezca?

—Nada. Eso fue todo.

El rey hizo un gesto de aprobación.

—Muy bien, Lauren. Has hecho bien en insistir en contármelo enseguida. ¿Te importaría esperar un momento fuera?

Cuando el Elegido salió por la puerta, Eventine se acercó a la silla y se dejó caer lentamente sobre ella. De pronto, su rostro pareció envejecer y sus movimientos fueron los de un anciano. Manx se acercó a él y levantó la cara grisácea para mirarlo como si le comprendiese. Eventine suspiró y acarició la cabeza del perro.

—¿Acaso he vivido demasiado? —murmuró—. ¿Cómo podré proteger a mi pueblo si Ellcrys muere? Soy su rey. Tengo la responsabilidad de proteger a mis súbditos, y siempre la he aceptado. Pero ahora, por primera vez, desearía que fuese de otra forma... —Su voz se desvaneció y miró a Ander—. Bueno, tenemos que hacer lo que podamos. Con Arion en Sarandanon, necesitaré tu ayuda. —Ander se sonrojó ante la involuntaria ofensa—. Acompaña a Lauren y habla con los Elegidos. Intenta

averiguar algo más. Cualquier cosa. Yo pediré que traigan de los sótanos los libros que contienen las antiguas leyendas y los estudiaré.

—¿Crees que pueden contener algo útil? ¿Es posible que nos ayuden los mapas del mundo antiguo? —preguntó Ander, dubitativo.

—No. Es cierto que tú los has leído hace menos tiempo y los tienes más frescos, pero aun así yo no recuerdo que hubiera nada. En todo caso, ¿qué otra cosa podemos hacer? Si queremos tener la más mínima posibilidad de encontrar el Fuego de Sangre, debemos averiguar algo más de lo que Lauren nos ha contado.

Le indicó que podía retirarse. Al salir, Ander se reunió con Lauren y volvieron juntos al árbol, donde aguardaban los demás Elegidos. Procuraría averiguar algo más sobre el misterioso Salvafuerte. Parecía un esfuerzo infructuoso, pero como había dicho su padre, ¿qué otra cosa podían hacer?

Aquel día estival el sol murió con una explosión de franjas azules y rojas que engalanaron todo el horizonte occidental. La belleza prolongó la duración de aquellos minutos en los que el sol parecía suspendido sobre las cumbres de la Línea Quebrada, iluminando las copas de los árboles del bosque de la Tierra del Oeste y tejiendo sombras que cubrían la espesura con cintas tenues e inmóviles de oscuridad. El aire se enfrió paulatinamente; el calor del día se desvaneció a medida que la brisa nocturna caracoleaba y suspiraba entre los grandes y silenciosos árboles. El crepúsculo reemplazó a la luz del día, y la noche fue absorbiendo el color del cielo.

La gente de la ciudad élfica de Arborlon regresaba a sus hogares.

Mientras, en los Jardines de la Vida, Ander Elesedil observaba a Ellcrys. A la luz del atardecer, el gran árbol parecía normal, engañosamente intacto. No obstante, antes de que el sol se pusiera, los rastros de la enfermedad que lo destruía se hicieron patentes.

La enfermedad se extendía con rapidez. La corrupción había empezado a devorar la corteza blanca y plateada de algunas ramas pequeñas. Grandes grupos de hojas colgaban marchitas, cubiertas de manchas, con las puntas curvadas y el color rojo intenso convertido en negro. Los Elegidos habían frotado la corteza cuidadosamente con bálsamos elaborados con hierbas y habían arrancado las hojas afectadas, esperando, contra toda razón, contener la enfermedad, y al mismo tiempo sabiendo que eso era imposible. Ander vio en sus ojos que los Elegidos comprendían la verdad: nadie podía curar a Ellcrys. Nadie. Su vida se apagaba y nada podía evitarlo.

Suspiró y se alejó del árbol, sin saber exactamente el motivo por el que había decidido terminar el día con aquella visita a los jardines. Los Elegidos habían regresado a sus aposentos hacía una hora, cansados y tristes, sumidos en un silencio de impotencia. No obstante, él había acudido a los jardines movido por una fe irracional en encontrar las respuestas que tan desesperadamente necesitaban. No las encontró, evidentemente, y con la llegada del anochecer no tenía sentido quedarse allí más tiempo.

Al marcharse de los jardines, reparó en que los centinelas de la Guardia Negra le miraban con curiosidad. Ignoraban la enfermedad del árbol, pero notaban que algo no iba bien por lo que habían visto hacer a los Elegidos. Pensó que era inevitable que la noticia se propagara con rapidez y que los rumores crecieran. Deberían informar pronto al pueblo.

Pero, por ahora, la calma reinaba en el ambiente. Las luces se fueron apagando y muchas ventanas quedaron a oscuras a medida que la gente se

disponía a dormir. Los envidiaba. Era poco probable que ni él ni el rey pudieran dormir esa noche.

Suspiró otra vez. Deseaba encontrar la forma de ayudar a su padre. Eventine siempre había confiado en sí mismo, siempre había creído que podría encontrar una solución para cualquier problema. Ahora, en cambio, en las dos visitas que Ander realizó para comunicarle la ausencia de progresos, el anciano rey se había mostrado retraído y taciturno. Aunque había hecho un esfuerzo por disimular ante su hijo, era evidente que estaba destrozado al ver cómo se acercaba el fin de todo aquello por lo que había trabajado siempre. Ahora, al fin, se enfrentaba a un desafío que superaba su poder. Tras un intercambio lacónico de palabras con su hijo, lo envió de nuevo a seguir ayudando a los Elegidos de cualquier manera posible.

Pero no consiguió nada. Ander interrogó a cada uno de ellos cuidadosamente, después los reunió y comprobó sus recuerdos comunes, buscando algún fragmento de información que pudiera conducir a Salvafuerte. Pero no descubrió nada nuevo.

El estudio de los registros cuidadosamente mantenidos por la Orden tampoco dio ningún resultado. Repasó historias que databan de siglos atrás, buscando de forma incansable. Había numerosas referencias al sagrado Fuego de Sangre, el origen de la vida de su mundo y de todos sus seres animados. Pero en ninguna parte encontró ni siquiera la más mínima referencia al misterioso lugar llamado Salvafuerte.

Tampoco Ellcrys les había ayudado. Ante la sugerencia de Ander, los Elegidos volvieron a pasar frente a ella, una y otra vez, de uno en uno y todos juntos, rogándole que les dijese algo más para comprender sus imágenes. Pero ninguna rama hizo el amago de moverse. El árbol permaneció en silencio.

Cuando se aproximó a los aposentos de los Elegidos, las luces ya estaban apagadas. Aparentemente, la rutina se había impuesto y debían de haberse retirado a sus aposentos a la hora de costumbre, poco después de cenar. Deseó que encontraran alivio en el sueño. Ojalá lo lograsen. A veces, la angustia y la desesperación agotaban más que el trabajo físico, y habían soportado mucho de ambas durante todo un largo día.

Pasaba sigilosamente frente al recinto, camino de la gran mansión para dar un último informe a su padre, cuando le sorprendió ver que se movía una sombra oscura que se movía bajo un pequeño árbol junto al sendero.

—¿Mi señor príncipe?

—¿Lauren? —preguntó. Después, cuando la figura se aproximó más, vio que sí se trataba del joven elfo—. ¿Cómo es que no estás durmiendo?

—Lo he intentado. No podía. Le... le vi dirigirse hacia los jardines y supuse que volvería por aquí. Príncipe Ander, ¿puedo hablar con usted?

—Ya lo estás haciendo, Lauren —le recordó. Pero este intento de broma no aligeró la seriedad de la expresión del joven—. ¿Has recordado algo más?

—Tal vez. No sobre lo que Ellcrys nos dijo, sino acerca de algo que creo que debe saber. ¿Podemos hablar mientras caminamos?



Ander hizo un gesto de afirmación. Prosiguieron por el camino que llevaba Ander y se alejaron del recinto.

—Tengo la sensación de que debo ser yo quien resuelva el problema. Es un sentimiento que no desaparece de mi interior —explicó Lauren—. Quizás es porque Ellcrys me habló primero a mí y eso me hace considerar la búsqueda de Salvafuerte casi como una obligación personal. Sé que podría parecer que me estoy dando demasiada importancia, pero así es como lo siento. En cualquier caso, no quiero que nada se me pase por alto. —Miró al príncipe—. ¿Entiende a qué me refiero?

—Creo que sí. ¿Te parece que se nos ha escapado algo?

—Bueno, se me ha ocurrido una cosa. Me pareció que tenía que contársela a alguien.

Ander se detuvo y observó al joven elfo.

—No quise decirle nada al rey. —Era evidente que Lauren estaba cada vez más tenso—. Ni a los demás. No estoy seguro de lo que saben sobre esto... y nosotros acordamos no hablar de ella... —Su voz se apagó y Ander esperó con pacientemente—. Me refiero a Amberle, señor. Después de su elección, ella habló con Ellcrys muchas veces; mantuvieron largas conversaciones. —Las palabras salían con dificultad de la boca del joven—. Con ella se comportaba de forma distinta que con los demás, pero nunca nos atrevimos a hablar de ello...

Ander estaba tenso. Al ver su reacción, Lauren se apresuró.

—Tal vez Ellcrys volvería a hablar con ella ahora. O quizás ella la entendería mejor. En cualquier caso, me parece que es probable que Amberle pueda descubrir algo que nosotros no podemos, que se nos escapa.

Los dos se quedaron callados mirándose cara a cara. Después, Ander movió la cabeza en una lenta negación.

—Amberle no puede ayudarnos ahora, Lauren. Se marchó. Ni siquiera su madre sabe dónde está. No creo que la localicemos a tiempo para que pueda ayudarnos.

El elfo pelirrojo asintió y el último vestigio de esperanza desapareció de su rostro.

—No era más que una idea —comentó, antes de volverse hacia el recinto—. Buenas noches, príncipe Ander.

—Buenas noches, Lauren. De todas formas, te agradezco que me lo hayas dicho.

El Elegido asintió de nuevo y desanduvo sus pasos acompañado por el murmullo de sus ropajes en la oscuridad de la noche. Ander lo observó brevemente con la angustia plasmada en su rostro. Su padre le había rogado que encontrase cualquier pista que les pudiera revelar el paradero de Salvafuerte. No obstante, las esperanzas de encontrar a Amberle eran nulas. Podría estar en cualquier rincón de las Cuatro Tierras. Además, ahora no era el momento más adecuado para pronunciar su nombre ante Eventine. Había sido su favorita, la nieta cuya elección le había llenado de orgullo y felicidad. Pero la traición a su confianza le resultó más dura de soportar incluso que la muerte de su hijo y padre de Amberle, Aine.

Movió la cabeza lentamente y prosiguió hacia la gran mansión.

Gael seguía de servicio; la fatiga y la preocupación marcaban su rostro. Era inevitable que terminara enterándose del problema al que se enfrentaban, pero confiaba en que guardaría el secreto. Iba a levantarse para marcharse, pero Ander le hizo un gesto y se detuvo.

—El rey le espera —dijo—. Está en su estudio y se niega a salir para descansar. Si pudiera convencerlo de que durmiese, al menos unas horas...

En el interior de su estudio privado, Eventine Elesedil alzó la vista cuando entró su hijo. Sus ojos leyeron por un momento el fracaso en el rostro de Ander. Después se retiró del escritorio, ante el que estaba sentado, y se frotó los ojos cansados. Se incorporó, se estiró y se acercó a las ventanas para observar entre los pliegues de las cortinas, la oscuridad que se cernía sobre sus dominios. En la mesa, repleta de libros, había una bandeja con comida que apenas había tocado. Las velas iluminaban con poca intensidad, derramando la cera gota a gota, acumulándola sobre los candelabros de metal. El pequeño estudio estaba en silencio y en penumbra; los estantes de roble y las paredes cubiertas de tapices formaban una mezcla de colores desvaídos y de sombras. Los libros que Gael había subido de los sótanos durante todo el día se amontonaban por todas partes.

El rey volvió a mirar a su hijo.

—¿Nada? —Ander negó con la cabeza, en silencio. Eventine hizo un mohín—. Yo tampoco... —dijo encogiéndose de hombros y señalando hacia un libro abierto sobre la mesa—. Ese es la última esperanza. Contiene una referencia a Ellcrys y al Fuego de Sangre. Puedes leerlo tú mismo.

El libro formaba parte de los más de cien volúmenes de historia custodiados por los reyes elfos y sus escribas desde tiempos inmemoriales. Gastados y viejos, cuidadosamente encuadernados en cuero y latón, estaban envueltos cuidadosamente para protegerlos de los estragos del tiempo. Habían sobrevivido a las Grandes Guerras y a la destrucción de la antigua raza del hombre. Habían resistido la Primera y Segunda Guerra de las Razas. Habían perdurado durante las épocas de vida y muerte que relataban. Contenían toda la historia conocida del pueblo elfo. Miles y miles de páginas, escritas cuidadosamente a lo largo del tiempo.

Ander se acercó al libro. La tinta se había vuelto marrón con el paso de los años y la caligrafía era de estilo antiguo. Pero las palabras todavía se distinguían lo bastante bien como para poder leerlas.

—«Entonces la Semilla será entregada al Portador elegido, que la trasportará hasta la Cámara del Fuego de Sangre, donde será sumergida dentro y después devuelta a la tierra. De este modo el Árbol renacerá y la Gran Prohibición se mantendrá eternamente. Así habló el Gran Mago a sus elfos, para que después de su muerte este conocimiento no se perdiera para su pueblo».

Eventine asintió cuando Ander levantó la vista.

—He leído todos estos libros, estudiando cada fragmento que pudieran aplicarse a nuestra situación. Hay algún otro, pero ninguno dice más que el que has leído.

Regresó al escritorio y se detuvo ante él señalando con el dedo las páginas de bordes dorados del inútil volumen.

—Este es el ejemplar más antiguo. Es probable que gran parte de su contenido no sea más que leyenda. Los cuentos de las antiguas guerras entre los poderes mágicos del bien y del mal, nombres de héroes, todo conduce a la Prohibición, pero no hay una sola mención a Salvafuerte o a la ubicación del Fuego de Sangre. Y nada sobre el origen de la magia que dio vida a Ellcrys ni sobre el poder de la Prohibición.

Esta última omisión no sorprendió a Ander, pues sus antecesores no solían confiar a los escritos los secretos de su magia, sino que los transmitían oralmente a sus herederos para que los enemigos no pudieran robarlos. Y se comentaba que ciertas hechicerías eran tan poderosas que su uso estaba limitado a un lugar y a un momento determinados. La magia relacionada con Ellcrys podía ser una de ellas.

El rey se sentó en la silla, estudió el libro un poco más y lo cerró.

—Tendremos que conformarnos con lo poco que dijo Ellcrys —susurró—. Habrá que usar eso para determinar las posibles ubicaciones del Fuego de Sangre y después encontrarlas.

Ander asintió en silencio. El asunto no parecía tener solución. La posibilidad de encontrar Salvafuerte a partir de la vaga descripción de los Elegidos era ínfima.

—Ojalá Arion estuviera aquí —murmuró el rey de repente.

Ander no dijo nada al respecto. Comprendió las razones por las que el rey necesitaba a Arion en ese momento, sobre todo por el don de mando que se precisaría para dirigir e impulsar la búsqueda. Igualmente, su presencia calmaría a su padre. Era la persona adecuada. No era momento de recriminárselo.

—Creo que deberías acostarte, padre —propuso Ander tras un breve silencio—. Tendrás que estar descansado para enfrentarte a lo que nos espera.

El rey se levantó para apagar las velas que había sobre la mesa.

—De acuerdo, Ander —dijo, haciendo un esfuerzo para sonreír a su hijo—. Pídele a Gael que venga. Tu día también ha sido tremendamente largo. Vete e intenta descansar.

Ander regresó a su casita. Para su sorpresa, pudo dormir. Mientras sus pensamientos no dejaban de rondar inútilmente en círculos, el agotamiento físico se apoderó de él. Solo se despertó una vez en toda la noche, cuando una pesadilla de inefables monstruosidades interrumpió su sueño y lo dejó empapado de sudor. Sin embargo, enseguida volvió a dormirse, y los horrores cayeron en el olvido. Durmió el resto de la noche sin que nada lo perturbara.

Los primeros rayos de sol habían llegado cuando despertó por la mañana. Ander se levantó apresuradamente para vestirse. Un sentimiento renovado de determinación le dio ánimos mientras desayunaba rápidamente y se preparaba para salir. En algún lugar existía una respuesta al enigma, una forma de encontrar Salvafuerte. Tal vez se

encontraba en la agonizante Ellcrys. O tenía relación con los Elegidos. Pero tenía que haber una respuesta, siempre la había.

Mientras descendía por el camino de grava, vio cómo los rayos del sol de la mañana se filtraban a través de la pantalla que formaban los bosques circundantes. Primero visitaría a los Elegidos, que ya habrían comenzado su jornada en los Jardines de la Vida, para volver a hablar con ellos con la esperanza de descubrir algo nuevo. Habrían estado pensando en el asunto, dándole vueltas, y quizás alguno hubiera recordado algo más. Incluso era posible que Ellcrys hubiera hablado.

Primero se detuvo ante la gran mansión, donde Gael estaba ya en su puesto. El joven elfo, posando un dedo sobre sus labios, le indicó que el rey todavía dormía y no debían molestarlo. Ander asintió y se marchó, contento de que su padre pudiera descansar.

Las gotas de rocío todavía bañaban el césped cuando se dirigió hacia la verja. Miró hacia los jardines al pasar y se sorprendió al ver que Went no estaba trabajando. Aún le asombró más que las herramientas del viejo estuvieran esparcidas por la tierra junto a un parterre de rosas, con el barro aún fresco sobre el metal. Went no solía dejar un trabajo a medias. Si le dolía más la espalda, deberían examinarlo. Pero eso tendría que esperar. Porque ahora mismo había asuntos más urgentes. Miró unos instantes entre las plantas de los parterres, después prosiguió su camino, apresurado.

Unos minutos más tarde se acercaba a zancadas a los muros cubiertos de hiedra de los Jardines de la Vida, siguiendo el sendero que lo conduciría a la entrada. Desde la cima del Carolan, el altísimo muro de roca que se alzaba abruptamente en la orilla oriental del río Song y elevaba a Arborlon sobre los terrenos que lo rodeaban, vio la gran extensión de la Tierra del Oeste expandiéndose hacia el este y el norte, las torres y las arboledas de la ciudad de los elfos, envuelta en la densa maraña de bosques. Al sur, se encontraban los riscos lejanos y neblinosos de las Espuelas de Piedra y el Pykon, adornados con fragmentos de franjas azules en las zonas donde el río Mermidon atravesaba las antiguas rocas en su largo recorrido hacia el este, en dirección a Callahorn. Al oeste, bajo el Carolan y más allá del rápido curso del río Song, se encontraba el Valle de Sarandanon, el granero de la nación élfica. La patria de los elfos, pensó Ander con orgullo. Tenían que hallar un modo, entre los Elegidos, su padre y él, de salvarla.

Poco después llegó hasta Ellcrys. No había rastro de los Elegidos. El árbol estaba solo.

Ander no daba crédito. Miró a su alrededor con incredulidad. Era imposible que todos los Elegidos se hubieran dormido y descuidado sus obligaciones, por mucho que las revelaciones de Ellcrys hubieran alterado su rutina. Durante siglos, los Elegidos nunca habían faltado al saludo al árbol con las primeras luces del amanecer.

Ander se marchó rápidamente de los jardines y casi corría cuando vio el recinto amurallado de los Elegidos. Una vegetación de verdor perpetuo lo rodeaba, parterres de flores limitaban sus senderos de piedra, la tierra oscura estaba salpicada de tallos y

brotos verdes. Un muro bajo de piedra erosionada rodeaba el patio, dejando una abertura a cada lado para las puertas de estacas blancas. La casa estaba oscura y silenciosa.

Ander disminuyó su paso. En ese momento, los Elegidos deberían de estar despiertos. Sin embargo, no había signos de vida. Una especie de frío extraño invadió al príncipe elfo. Dio unos pasos más y distinguió las sombras más allá de la puerta de la casa, hasta que finalmente se detuvo en la entrada.

—¿Lauren? —dijo en voz baja.

No recibió respuesta. Abrió la puerta, y se sumergió en la oscuridad del interior. De reojo percibió un indicio de movimiento proveniente de algún lugar entre la vegetación exterior. De repente, una súbita aprensión se apoderó de él, dejándolo paralizado. ¿Qué había sido aquello?

Después recordó que había dejado las armas en su casa. Se quedó quieto durante un tiempo, a la espera de que pasara algo más. Pero no hubo más movimientos, ningún sonido que delatase la presencia de otro ser vivo. Prosiguió con decisión.

—¿Lauren...?

Cuando su vista se adaptó a la oscuridad del interior, el nombre del joven elfo se quedó atrapado en su garganta.

Se encontró con una imagen aterradora. Los cuerpos de los Elegidos yacían esparcidos por el salón como sacos desechados, desgarrados, rotos, sin vida. Lauren, Jase... los seis Elegidos muertos, como si hubieran sido atacados por animales salvajes. La desesperación lo invadió. Ahora ningún Elegido podría llevar la semilla de Ellcrys a Salvafuerte y el Fuego de Sangre, por lo que el árbol no podría renacer y no habría salvación para los elfos. La visión de la masacre le causó un profundo malestar y no fue capaz de moverse ni un ápice. Se quedó allí, quieto, mientras el horror y la náusea lo atravesaban a oleadas, y una única palabra llenaba sus pensamientos: ¡Demonios!

Unos segundos después, salió tambaleándose, apenas capaz de dominar las arcadas y temblores que le acometían. Se apoyó en el muro de la casa para evitar derrumbarse sobre el suelo. Sacó fuerzas de flaqueza y corrió a dar la alarma a la Guardia Negra, y después regresó tan rápido como pudo a la ciudad. Las noticias no tardarían en llegar a su padre, y sería mejor que se enterara por su propio hijo.

No había dudas sobre lo ocurrido. La decadencia de Ellcrys había debilitado la Prohibición. Los demonios más poderosos habían logrado escapar. Nada excepto un demonio podía o habría hecho una cosa semejante a los Elegidos. Con un único ataque, los demonios se habían asegurado que nunca volverían a ser sometidos, acabando con los únicos que podían conseguir el renacimiento de Ellcrys y la restauración de la Prohibición que los había confinado en la oscuridad.

Salió corriendo por las verjas que comunicaban con los terrenos del palacio,

siguiendo el sendero de grava que pasaba ante los jardines que cuidaba el viejo Went. Ahora estaba allí, cavando y arrancando hierbajos, y levantó el rostro curtido cuando el príncipe se acercó. Ander apenas lo vio; sin mediar palabra, siguió corriendo.

Went bajó la mirada, satisfecho. Sus manos removían la tierra negra sin ton ni son. El Suplantador continuó haciendo su trabajo.

Ya era de noche cuando Ander Elesedil cerró la puerta de la casa que había albergado a la orden de los Elegidos, comprobando la firmeza del cerrojo por última vez. El silencio se extendía a su alrededor cuando se detuvo a observar la creciente oscuridad. La casa estaba vacía; los cuerpos de los seis jóvenes asesinados ya se retirado, y Ander se había llevado los últimos enseres para devolverlos a sus familiares. Durante unos instantes se encontró solo con sus reflexiones.

Sin embargo, pensar no era lo único que tenía que hacer. Había supervisado el traslado de los cuerpos mutilados, y después la recogida de los libros de historia de la orden. Ahora estaban custodiados en la cripta de la mansión de Elesedil. Su padre le sugirió revisar todos los documentos de nuevo, página a página, buscando cualquier indicio, por pequeño que fuera, sobre el enigma de Salvafuerte que pudiera haber pasado inadvertido. Fue en vano: no encontró nada. Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de sí. ¿Qué importaba ahora?, pensó desolado. ¿Qué valor tenía averiguar algo sobre Salvafuerte? Si no había ningún Elegido para llevar la semilla, ¿qué sentido tenía localizar el Fuego de Sangre? No obstante, estar ocupado en algo le ayudó a olvidar y distraer su mente de lo que había visto cuando encontró a Lauren y a los demás.

Salió de la casa, ya vacía, cruzó el patio, y bajó por el sendero que conducía a los Jardines de la Vida. A lo largo de todo el Carolan, crepitantes antorchas iluminaban la oscuridad. Los soldados estaban por todas partes: la Guardia Negra rodeaba los Jardines de la Vida, mientras que la Guardia Real, el cuerpo personal del rey formado por rastreadores elfos, patrullaba las calles y las alamedas de la ciudad. Lógicamente, lo ocurrido había aterrorizado a los elfos. Cuando la matanza de los Elegidos llegó a oídos del pueblo, Eventine actuó con rapidez. Prometió a su gente que los protegería de un destino similar, aunque en realidad no creía en la existencia de un peligro inminente. Lo que había asesinado a los Elegidos no buscaba otra cosa; ellos fueron el único objetivo. Nada más importaba. No obstante, convenía tomar precauciones. Las medidas servirían tanto para paliar el pánico que el rey sentía crecer en su pueblo, como para proteger la ciudad.

El verdadero daño ya estaba hecho: el árbol se moría y ni podría renacer. Una vez muerto, la Prohibición se desmoronaría del todo, y el mal contenido en su interior se liberaría. Y cuando fuera libre, perseguiría y destruiría a todos los elfos. Sin Ellcrys, ¿qué poder mágico milagroso lo evitaría?

Ander se paró en seco junto a la muralla de los jardines. Inspiró lentamente para tranquilizarse y refrenar así la sensación de impotencia que le había perseguido todo

el día y que no dejaba de aumentar poco a poco, como una insidiosa enfermedad. ¿Podía hacer algo útil? Ni siquiera cuando los Elegidos vivían consiguieron averiguar dónde se encontraba el Fuego de Sangre. Con la Prohibición a punto de romperse no tendrían tiempo para descubrirlo. Y ahora, con los Elegidos muertos...

Amberle.

Fue como si susurraran el nombre en su mente: Amberle. Las últimas palabras de Lauren se habían referido a ella. Cuando el Elegido pelirrojo había sugerido que quizás ella podría ayudarles, la idea parecía absurda. Ahora, sin embargo, era la única posibilidad. La mente de Ander ardía. ¿Cómo convencería a su padre para que considerase, siquiera mínimamente, la ayuda de Amberle? ¿Cómo conseguiría que su padre le permitiera mencionar a la joven? No había olvidado la amargura y la decepción del rey cuando se enteró de que había traicionado su compromiso de Elegida. Ander contrapesó esto con la desesperación que había visto en el rostro de su padre esa misma mañana, cuando le comunicó la noticia de la masacre de los Elegidos. Su decisión fue fácil. El rey necesitaba ayuda de cualquier clase de manera urgente. Con Arion en Sarandanon, Ander tenía que hacer algo. ¿Y qué otra ayuda podría prestarle, salvo sugerirle que debía enviar a alguien en busca de Amberle?

—¿Príncipe elfo?

La voz, que no parecía proceder de ninguna parte, sobresaltó a Ander hasta el extremo de hacerle dar un salto y emitir un grito ahogado. Una sombra, camuflada en la oscuridad de la noche, se deslizó entre un grupo de pinos que crecía cerca de las murallas de los Jardines de la Vida. Durante unos instantes Ander contuvo la respiración, paralizado por la indecisión. Desenvainó apresuradamente la espada corta que llevaba colgada del cinto, la sombra se situó frente a él, y una mano se apoyó en la suya obligándole a bajar el brazo.

—Calma, Ander Elesedil. —La voz era suave a la vez que autoritaria—. No soy un enemigo.

Entonces Ander se percató de que la silueta sombría pertenecía a un hombre alto de más de seis pies. Vestía ropas negras, y la capucha de su capa de viaje cubría su cabeza ocultándole el rostro, a excepción de unos ojos estrechos que brillaban como los de un gato.

—¿Quién habla? —logró preguntar al fin el príncipe elfo.

La mano del otro se alzó para retirar los pliegues de la capucha y mostrar su rostro. Era hosco y arrugado. Una barba negra y corta lo ensombrecía, enmarcando una boca adusta y grande. El pelo, largo, le llegaba por los hombros, y unos ojos penetrantes y oscuros lo contemplaban bajo unas cejas gruesas, fruncidas sobre una nariz larga y recta. Su mirada estaba fija en la de Ander, que no lograba apartarse de ella.

—Tu padre me conoce —susurró el hombre alzando la voz—. Soy Allanon.

Los músculos de Ander se tensaron; su rostro desprendía incredulidad.

—¿Allanon? —dijo moviendo la cabeza lentamente de un lado a otro—. ¡Pero...



pero Allanon está muerto!

Había sarcasmo en la voz profunda, y los ojos resplandecieron de nuevo.

—¿Acaso te parezco muerto, príncipe elfo?

—No... no. Ya veo que no... —murmuró Ander—. Pero han pasado más de cincuenta años...

Cuando los recuerdos de las historias de su padre acudieron a su mente, su voz se desvaneció. La búsqueda de la Espada de Shannara, el rescate de Eventine de un campo del ejército enemigo, la batalla de Tyrsis, la derrota del Señor de los Brujos por el joven vallense Shea Ohmsford... En todas esas situaciones Allanon siempre se encontraba allí, prestando su fuerza y sabiduría a los pueblos asediados de las Cuatro Tierras. Cuando terminó y acabaron con el Señor de los Brujos fue destruido, Allanon desapareció sin dejar rastro. Se decía que Shea Ohmsford fue el último en verlo. Algunos rumores decían que Allanon había visitado las Cuatro Tierras en otras ocasiones y lugares. Pero no había vuelto a aparecer por la Tierra del Oeste ni por la de los elfos. Nadie esperaba volver a verlo. No obstante, en referencia al druida, su padre le había repetido en numerosas ocasiones que podía esperar lo inesperado. Se decía que Allanon era un errante, historiador, filósofo y místico, guardián de las razas. El último de los viejos druidas; el hombre sabio del nuevo mundo.

Pero ¿se trataba realmente de Allanon? La pregunta sonó como un susurro en la mente de Ander.

El hombre alto se acercó un poco más.

—Mírame atentamente, príncipe elfo —ordenó—. Verás que no miento.

Ander contempló los ojos brillantes de aquel rostro oscuro y, rápidamente, sus dudas desaparecieron. Ya no había preguntas que anegaran su mente: el hombre que tenía delante era Allanon.

—Llévame ante tu padre. —Su voz era suave y sigilosa—. Pero vayamos por un camino poco transitado; no quiero que se conozca mi llegada. ¡Rápido!, antes de que vengan los centinelas.

Ander no discutió. El visitante le seguía tan de cerca como su propia sombra. Se alejó de los Jardines de la Vida y se dirigió velozmente a la ciudad.

Minutos después, se acurrucaban entre la frondosidad de algunos árboles del extremo exterior de los jardines del palacio. Había una pequeña verja lateral que estaba cerrada con cadena y candado. Ander extrajo un manajo de llaves del bolsillo e introdujo una en la cerradura. La giró y la puerta se abrió con un suave chirrido. En pocos segundos estaban dentro.

Por normal general, la protección de los jardines correspondía a los guardianes de la verja principal. No obstante, al amanecer, tras descubrir el asesinato de los Elegidos, encontraron el cuerpo de Went con el cuello roto bajo un arbusto de la parte sur. Su muerte difería mucho de la de los Elegidos, por lo que no había razones para

asociarlas. Sin embargo, este último asesinato se había producido muy cerca del rey y, por ello, se tomaron medidas adicionales de seguridad. Dardan y Rhoe, los guardianes personales del monarca, se dedicaron a vigilar las puertas de sus habitaciones.

Ander pensaba que no podrían el llegar a la mansión sin ser vistos por los centinelas. Pero, de algún modo, precedido por el druida, lograron pasar desapercibido. Allanon, avanzando en silencio, parecía una sombra más de la noche, siempre seguido por Ander, hasta que por fin llegaron a las grandes puertas de vidrio del estudio del rey. Allí se detuvieron un momento mientras el druida escuchaba junto a las puertas cubiertas por cortinas. Después agarró el picaporte de hierro y lo giró. Se abrieron con suavidad y los dos accedieron al interior.

Eventine Elessedil, sentado junto al escritorio, que seguía lleno de libros, se levantó, dirigiendo una mirada incrédula primero a su hijo y después al hombre que lo acompañaba.

—¡Allanon! —exclamó.

El druida cerró de nuevo las puertas, corrió las cortinas con cuidado y se volvió hacia la luz de las velas.

—Después de tantos años. —Eventine movió la cabeza en señal de admiración y se alejó de la mesa. Entonces vio el rostro del hombre con claridad y la incredulidad inicial se convirtió en asombro—. ¡Allanon! ¡No has envejecido! No... no has cambiado nada desde... —no encontró las palabras—. ¿Cómo es posible...?

—Soy el que siempre fui —respondió el druida—. Basta con saber eso, rey de los elfos.

Eventine asintió sin mediar palabra. Todavía estaba perplejo por el aspecto del druida. Lentamente volvió al escritorio, y los dos humanos se sentaron el uno frente al otro. Ander se quedó quieto durante un momento, sin saber si quedarse o irse.

—Siéntate con nosotros, príncipe elfo —dijo Allanon señalándole una tercera silla.

Ander se sentó, agradecido de que contaran con él. Estaba ansioso por oír lo que iban a decir.

—¿Sabes qué ha sucedido? —preguntó el rey dirigiéndose a Allanon.

El druida asintió.

—Precisamente por eso he venido. Advertí una fisura en la Prohibición. Algo que estaba encerrado bajo sus muros ha cruzado a este mundo. Algo cuyo poder es enorme. Fue la aparición de esa criatura...

Se oyó un débil sonido de pisadas provenientes del pasillo, al otro lado de la puerta del estudio. El druida se puso en pie al instante. Después se detuvo, con el rostro sereno, y volvió a mirar al rey.

—Nadie sabe que estoy aquí.

Eventine no dijo nada, tan solo asintió y se levantó de la silla. Se dirigió con diligencia a la puerta y la abrió. Manx estaba sentado frente a ella, moviendo la cola

pausadamente. Levantó el morro gris hacia su amo. Eventine salió al pasillo y vio a Gael aproximándose con una bandeja de té. El rey sonrió y se la cogió.

—Vete a casa a descansar —le ordenó. Cuando Gael trató de oponerse, el monarca negó la cabeza—. No admito objeciones. Mañana tenemos mucho trabajo que hacer. Ve y descansa; yo estaré bien. Di a Dardan y a Rhoe que mantengan la vigilancia hasta que me retire. No quiero ver a nadie.

Se giró bruscamente y volvió a entrar en el estudio, cerrando la puerta tras de sí. Manx se había colado dentro y olisqueaba al extraño que estaba sentado junto al escritorio. Después, aparentemente satisfecho, se tumbó cerca de ellos, frente a la chimenea de piedra. Apoyó el morro sobre las patas delanteras y cerró los ojos. Eventine volvió a sentarse.

—Entonces, ¿crees que fue esa extraña criatura quien mató a los Elegidos? —preguntó, retomando la conversación.

El druida asintió con la cabeza.

—Eso creo. Sospeché que los Elegidos estaban en peligro y vine lo más rápido que pude. Pero, por desgracia, no lo suficiente para salvarlos.

Eventine sonrió con tristeza.

—Me temo que la culpa es mía. Me advirtieron de que la Prohibición comenzaba a debilitarse y, a pesar de ello, no los protegí. Aunque tal vez ni siquiera eso cambiaría la situación. Aun estando vivos, dudo que pudieran salvar a Ellcrys. No logramos localizar la ubicación del Fuego de Sangre que ella les mostró con sus imágenes. De hecho, nada de lo que les mostró es reconocible. Ni siquiera el nombre que les dijo: Salvafuerte. ¿Te suena de algo?

Allanon hizo un gesto negativo.

—Salvafuerte no aparece en ninguno de nuestros documentos: ni en los de mis predecesores en el gobierno, ni en los de los Elegidos —explicó el rey—. La situación a la que me enfrento es insuperable. Ellcrys se muere. Para salvarla, uno de los Elegidos que estaba en servicio debía llevar su semilla al Fuego de Sangre, sumergirla en las llamas, y devolverla a la tierra para que empiece el renacimiento.

—Conozco la historia —comentó el druida.

El rey enrojeció. La rabia y la frustración que contenía comenzaron a manifestarse.

—Entonces escucha esto: no sabemos dónde está el Fuego de Sangre. Ninguno de nuestros documentos menciona Salvafuerte. Y ahora que los Elegidos están muertos, no tenemos a nadie que pueda llevar la semilla de Ellcrys. Las consecuencias de todas estas premisas parecen inevitables. ¡Ellcrys morirá, la Prohibición se romperá, el mal encerrado en su interior quedará libre otra vez por el mundo, y los elfos, y probablemente todas las demás razas que habitan en las Cuatro Tierras, se enfrentarán a una guerra que nos destruirá a todos! —Se inclinó hacia delante con rudeza—. Yo soy solo un rey... y nada más. Tú eres un druida; un hechicero. Si puedes ayudarnos de algún modo, ¡hazlo! Yo no puedo hacer nada más.

El druida asintió mientras reflexionaba sobre el problema.

—Antes de venir a verte, Eventine, entré en los Jardines de la Vida y hablé con Ellcrys.

El rey lo miró sorprendido.

—¿Hablaste con...?

—Más bien, ella habló conmigo. De hecho, si ella no hubiera querido hablar no habríamos podido comunicarnos.

—Pero si solo habla con los Elegidos —dijo Ander, que se calló enseguida al ver el gesto ceñudo que se dibujó en el rostro de su padre.

—Mi hijo tiene razón, Allanon. —Eventine miró al druida—. Ellcrys solo habla con los Elegidos. Y en muy contadas ocasiones.

—Habla a todos los que le sirven —replicó Allanon—. Entre los elfos solo lo hace con los Elegidos, pero los druidas siempre han servido a Ellcrys, aunque de un modo diferente. En cualquier caso, me limité a ofrecerme y ella decidió hablarme. Lo que me transmitió sugiere que estás equivocado, al menos en un aspecto.

Eventine esperó a que el druida continuara, pero no lo hizo. Permaneció sentado, mirándolo expectante.

—Muy bien. Lo preguntaré. —El rey se esforzó por conservar la calma—. ¿En qué estoy equivocado?

—Antes de comunicártelo —indicó Allanon inclinándose hacia delante—, quiero que comprendas algo: he venido para prestar toda la ayuda que me sea posible, pues el mal encerrado en la Prohibición amenaza la vida de las Cuatro Tierras. Ofrezco mi ayuda voluntariamente, pero con una condición: debo tener libertad para actuar como considere conveniente. Incluso aunque tú lo desapruebes, Eventine Elessedil. También en ese caso. ¿Entiendes?

El rey titubeó, escudriñando con sus ojos azules el sombrío rostro de aquel hombre en busca de respuestas que no encontraría. Finalmente asintió.

—Comprendo. Puedes actuar con total libertad.

El druida se recostó en la silla, ocultando con cautela cualquier rastro de emoción en su rostro mientras miraba a Ander y al rey.

—En primer lugar, creo que puedo contribuir a encontrar la ubicación de Salvafuerte. Como ya dije, no me resulta familiar lo que Ellcrys me mostró sobre ese lugar cuando me habló, ya que procedía de sus recuerdos del mundo en el momento de su creación. Las Grandes Guerras alteraron tanto la geografía del antiguo mundo, que la percepción del árbol está ahora bastante desfasada y es muy imprecisa. Sin embargo, tenemos el nombre de Salvafuerte. Me has dicho que no hay mención alguna de dicho lugar en los libros de historia de los reyes elfos, ni en los de la orden de los Elegidos. Pero queda un lugar donde buscar. En Paranor, en el interior de la Fortaleza de los Druidas, existen libros de historia especializados en las ciencias y los fenómenos de la mística del antiguo mundo. En esos libros debe haber alguna referencia tanto a la creación de Ellcrys como a la ubicación del Fuego de Sangre.

Existe una posibilidad ya que, gran parte de la información que contienen esas historias se recopiló en los tiempos del Primer Consejo de los Druidas, aportada por cada uno de sus miembros tal y como había sido transmitida desde el holocausto. Tened presente que el líder de ese consejo fue Galaphile, y Galaphile era un elfo. Él debió de encargarse de que quedara constancia de la creación de Ellcrys, así como de la ubicación de la fuente del Fuego de Sangre.

Hizo una pausa.

—Esta noche, cuando terminemos de hablar, me dirigiré hacia Paranor. Los libros de historia están bien ocultos para todos excepto para los druidas. Por ese motivo solo puedo ir yo personalmente. Creo que en sus páginas encontraré alguna referencia a Salvafuerte. En función de lo que esté escrito, es posible que localicemos el Fuego de Sangre.

Entrecruzó los dedos y su mirada se clavó en la del rey.

—Respecto a los Elegidos, Eventine, te equivocas. No todos están muertos.

La habitación se llenó de un silencio sepulcral. ¡Amberle!, pensó Ander con asombro. ¡Se refiere a Amberle!

—¡Los seis fueron asesinados...! —dijo Eventine, deteniéndose de súbito.

—Pero había siete Elegidos —susurró el druida—. Siete.

El rey se puso tenso; agarró el borde de la mesa hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Sus ojos reflejaban ira y recelo.

—Amberle —murmuró como si fuese una maldición.

El druida asintió.

—Ella es uno de los Elegidos.

—¡No! —El rey se puso en pie, gritando—. ¡No, druida!

Se oyeron pasos apresurados en el pasillo, seguidos de unos golpes en la puerta del estudio. Ander comprendió que los gritos de su padre habían atraído a Dardan y a Rhoe. Se acercó rápidamente a la puerta y la abrió. Se sorprendió al encontrar a Gael junto a los guardianes. Trataron de atisbar con curiosidad el interior de la habitación, pero el príncipe elfo les impidió ver nada con habilidad. Un momento después su padre apareció junto a él.

—Te dije que podías irte a casa, Gael —reprendió al joven elfo—. Vete ahora.

Gael hizo una reverencia de manera automática. Su rostro manifestaba el dolor que le habían producido esas palabras, y se alejó sigilosamente por el pasillo. El rey hizo un gesto a los guardianes para confirmar que estaba bien, y estos volvieron a su puesto de vigilancia.

Se quedó en silencio ante la puerta abierta durante un momento y después la cerró. Sus ojos, azules y penetrantes, buscaron a Allanon.

—¿Cómo supiste lo de Amberle?

—Cuando Ellcrys me habló, me dijo que había escogido a siete para que le sirvieran. Uno de ellos era una joven, cuyo nombre era Amberle Elesedil.

El druida interrumpió sus palabras para estudiar con detenimiento el rostro del rey

elfo. Contraído por la amargura había palidecido.

—Es bastante extraño que una joven forme parte de los Elegidos —prosiguió Allanon, con calma—. Ha habido solo unas pocas, si no me equivoco. Y ninguna en los últimos quinientos años.

El rey sacudió la cabeza con irritación.

—La selección de Amberle fue un honor insignificante para ella. De hecho, lo desdeñó. Avergonzó a su pueblo y a su familia. Ya no es una Elegida; ya no es una ciudadana de esta tierra. ¡Está desterrada por elección propia!

Allanon se levantó endureciendo la expresión de su rostro.

—Hablas como un necio sobre tu nieta.

Eventine se puso tenso ante aquel reproche, aunque se contuvo. El druida se acercó al rey.

—Escúchame: te guste o no, Amberle es una Elegida. Es verdad que ella no sirvió a Ellcrys como los demás; que abandonó la tarea que le correspondía por tal honor y que, por razones que solo le conciernen a ella, se marchó de Arborlon y de su hogar, la Tierra del Oeste, a pesar de tener responsabilidades. También deshonoró a su familia y en especial a ti, como rey, a los ojos de tu pueblo. Se ha desterrado a sí misma y es cierto que ya no se cree una Elegida.

»Pero no olvides una cosa: no es tu tarea ni la de tu pueblo arrebatarle lo que Ellcrys le dio. Ni siquiera ella puede hacerlo. Solo Ellcrys. Hasta que el árbol diga lo contrario, Amberle seguirá siendo una Elegida a su servicio y puede llevar la semilla hasta el Fuego de Sangre.

Allanon hizo una pausa.

—Eventine, un hombre no tiene por qué entenderlo todo por el mero hecho de ser rey. Hay ciertas cosas que simplemente deben aceptarse.

Eventine observó al druida sin decir nada. La ira ya no aparecía en sus ojos, ahora mostraban dolor y confusión.

—Estuve tan próximo a ella durante una época —dijo al fin—. Tras la muerte de su padre, mi hijo Aine, yo ocupé su lugar. Tan solo era una niña de cinco años. Por las noches, solíamos jugar juntos... —Se detuvo, incapaz de continuar. Tomó aire profundamente, en un evidente intento por tranquilizarse—. Tenía cualidades como la dulzura, la inocencia y el encanto, no he vuelto a encontrarlas en tal grado. Soy un anciano hablando de su nieta, es cierto. Pero no hablo sin saber: la conocía.

Allanon no dijo nada. El rey volvió a acercarse a su silla y se sentó de nuevo.

—Los libros de historia no mencionan a ninguna otra mujer seleccionada para servir como Elegida desde los tiempos de Jerle Shannara —continuó—. Amberle fue la primera en más de quinientos años. Un honor por el que otras hubieran dado cualquier cosa. —Sacudió la cabeza con perplejidad—. No obstante, Amberle se distanció. No dio explicación alguna: ni a mí, ni a su madre, ni a nadie. Ni una palabra. Simplemente se fue.

Su voz se apagó. Allanon se sentó frente a él, mirándolo intensamente con sus

ojos oscuros.

—Tenemos que conseguir que vuelva. Ella es la única esperanza que tiene el pueblo elfo.

—Padre. —Ander habló sin pensarlo. Impulsivamente se arrodilló junto al rey—. Padre, la noche antes de ser asesinado, Lauren me dijo que Ellcrys había hablado con Amberle muchas veces después de su elección. Y esto nunca había ocurrido antes. Quizás Amberle sea nuestra mejor esperanza.

El rey lo miró perplejo, como si las palabras que acababa de decir no significasen nada para él. Después apoyó las palmas de sus manos sobre la gastada superficie del escritorio y asintió una vez.

—Me parece una esperanza demasiado frágil, Ander. Nuestro pueblo tal vez acepte su vuelta, aunque sea únicamente porque la necesita. Pero no estoy convencido; lo que hizo con su rechazo es imperdonable ante sus ojos. Y quizás Ellcrys también pueda aceptarla como Elegida y portadora de la semilla: no pretendo tener respuestas a todas esas preguntas. No cuando mis sentimientos están involucrados. —Se giró hacia Allanon—. Es la propia Amberle quien se opone a nosotros, druida. Cuando abandonó este país se fue para siempre. Se marchó con el convencimiento de que debía hacerlo; algo la persuadió. Tú no la conoces como yo. Nunca volverá.

La expresión de Allanon permaneció inmutable.

—Eso todavía está por ver. Debemos, al menos, preguntárselo a ella.

—No sé dónde está. —La voz del rey se volvió amarga de repente—. Dudo que alguien lo sepa.

El druida sirvió una taza de té y se la dio al rey.

—Yo lo sé.

Eventine lo miró fijamente durante un momento. Su cara quedó nublada por emociones contradictorias, y las lágrimas inundaron sus ojos, aunque desaparecieron tan rápidamente como habían llegado.

—Debí suponerlo —añadió finalmente. Se levantó y se alejó unos pasos del escritorio, mirando hacia la penumbra—. Eres libre de actuar en este asunto como quieras, Allanon. Ya lo sabes.

El druida también se levantó. Después, para sorpresa de Ander, dijo:

—Necesitaré los servicios de tu hijo durante un breve periodo de tiempo antes de marcharme.

Eventine no se giró.

—Como quieras.

—Recuerda que nadie puede saber que he estado aquí.

El rey asintió.

—Nadie se enterará.

Instantes después, el druida dejaba atrás la puerta cristalera para dirigirse hacia el exterior. Ander miró a su padre, indeciso. Después lo siguió.

Sabía que el anciano estaba pensando en Amberle.

En la oscuridad de los bosques de la Tierra del Oeste, al norte del Carolan, el Dagda Mor permanecía sentado en silencio con los ojos cerrados. Al abrirlos brillaron de satisfacción. El Suplantador le había servido a la perfección. Se levantó despacio y el Báculo de Poder resplandeció con intensidad cuando sus manos apretaron la madera pulida.

—Druida —murmuró—. Te conozco.

Hizo un gesto hacia la imprecisa sombra de la Parca, y el monstruo salió de las sombras nocturnas. El Dagda Mor dirigió su mirada al este. Esperaría al druida en Paranor, aunque no iría solo. Percibía el poder del druida, y estaba preparado para ello. La Parca podía ser lo bastante fuerte para oponerse a ese poder, pero prefería reservarla para algo mejor. Aunque necesitaría más ayuda. Sacaría a unos cuantos hermanos por el agrietado muro de la Prohibición. Los suficientes para tender una trampa al druida y matarlo.



## 6

Cuando Ander salió del estudio, Allanon lo estaba esperando. Juntos desandaron sus pasos a través de los jardines del palacio llegando hasta la pequeña verja lateral que conducía a la carretera. Después Allanon le pidió que lo acompañara a los establos. Sin mediar palabra, los dos transitaron el camino trasero que los llevó, tras cruzar un pequeño tramo de bosque, hasta el picadero de las cuadras. Desde allí accedieron a la entrada. Ander saludó al viejo caballerizo con un gesto y los dos pasaron al interior.

Las lámparas de aceite iluminaban el pasillo de los establos, y los suaves relinchos de los caballos rasgaban el silencio. Allanon recorrió pausadamente la primera fila, mirando todos los caballos, hasta que llegó al final. Luego empezó con la segunda. Ander lo siguió con curiosidad.

Al fin, el druida se detuvo y se volvió hacia Ander.

—Ese —señaló—. Quiero ese.

Ander observó con inquietud el caballo que Allanon había escogido. Se llamaba Artaq. Se trataba de un robusto semental negro azabache que medía más de seis pies de alto. Artaq era lo suficientemente grande y fornido como para llevar a alguien del tamaño de Allanon y podía aguantar una larga marcha. Era un caballo entrenado para la caza, caracterizado más por la resistencia que por la velocidad. No obstante, Ander sabía que era capaz de alcanzar grandes velocidades en distancias cortas. En comparación con su robusto cuerpo, la cabeza era estrecha y pequeña. Los ojos eran grandes y de un intenso azul celeste. Se percibía inteligencia en ellos. Artaq, sin embargo, no era un animal capaz de ser dominado por cualquier persona.

Ese era el verdadero problema. La voluntad de Artaq era firme y sus reacciones, completamente imprevisibles. Le divertía jugar con sus jinetes a juegos que solían terminar con ellos en el suelo. Muchos, de hecho, habían sufrido verdaderos percances por culpa de estas caídas. El humano que montase a Artaq debía ser lo suficientemente fuerte y rápido como para evitar las sacudidas que, por lo general, comenzaba a dar pocos segundos después de notar el peso. Muy pocos se molestaban en probar suerte, incluido el rey, que lo montaba en contadas ocasiones, aunque años atrás había sido su caballo preferido.

—Hay otros... —sugirió Ander dubitativo, pero Allanon negando con la cabeza.

—Tiene que ser este caballo. ¿Cuál es su nombre?

—Artaq —contestó el príncipe elfo, disgustado al verse incapaz de influir en la decisión del druida.

Allanon examinó el caballo cuidadosamente durante un buen rato, para después levantar el pestillo del establo y entrar. Ander avanzó unos pasos con curiosidad. El

druida se situó ante el gran caballo azabache. Luego levantó las manos a modo de invitación. Para sorpresa de Ander, el animal se acercó a él. Allanon palmeó suave y lentamente el cuello satinado, y se inclinó hacia la oreja del animal para murmurarle algo. Entonces le colocó un ronzal y lo condujo fuera del establo hasta el lugar donde se guardaban los arneses. Ander sacudió la cabeza y lo acompañó. El druida eligió una montura y una brida y las ató con fuerza después de retirar el ronzal. Emitiendo un leve bramido, saltó sobre el lomo del caballo.

Ander aguantó la respiración. Allanon lo dirigió a paso lento junto a una hilera de establos, y regresó junto al príncipe. Para sorpresa de Ander, Artaq se mostró dócil y atento; no parecía que quisiera jugar con aquel humano. Allanon desmontó.

—Mientras yo esté fuera, príncipe elfo —dijo, fijando sus negros ojos en Ander—, te confío el cuidado de tu padre. Debes asegurarte de que no le ocurra nada malo. —Hizo una pausa—. En eso dependo de ti.

Ander asintió, contento de que Allanon confiara de ese modo en él. El druida lo observó un rato más y después se volvió. Seguido por el príncipe elfo, llevó a Artaq hasta la parte trasera de las cuadras y empujó la gran puerta doble que estaba entreabierta.

—Adiós entonces, Ander Elesedil —dijo.

Entonces volvió a montar.

Tras franquear la puerta a lomos de Artaq, se sumergió lentamente en la oscuridad cabalgando veloz.

Ander permaneció en su sitio observándolos alejarse. Finalmente desaparecieron en la bruma.

El resto de la noche, y la mayor parte de los días que siguieron, Allanon llevó a Artaq hacia el este, en dirección a Paranor. El viaje le condujo por los bosques de la Tierra del Oeste hasta la entrada del histórico Valle de Rhenn y, desde allí, hacia la gran extensión desolada de las llanuras de Streleheim. Apenas interrumpía su marcha, paraba solo para descansar y dar de comer y de beber al animal, tomando medidas preventivas como mantenerse en zonas cubiertas y evitar las rutas de las caravanas, así como los caminos más transitados. Hasta el momento, nadie excepto el rey elfo y su hijo sabían que había vuelto a las Cuatro Tierras; solo ellos conocían la existencia de los libros de historia de los druidas de Paranor o que, en verdad, eran siete los Elegidos. Si el mal que había escapado de la Prohibición llegaba a descubrir algo de eso, la búsqueda se vería seriamente en peligro. El secreto era su mayor ventaja, y tenía la intención de que continuase siéndolo.

Llegó a Paranor al anochecer del segundo día de viaje. Tenía la convicción de que nadie había seguido sus pasos.

Cuando vio a lo lejos la antigua fortaleza, dejó a Artaq en un bosquecillo de abetos donde había buen pasto y agua, y siguió el resto del camino a pie. No era

como en la época del Señor de los Brujos; ya no existían las manadas de lobos que acechaban por los alrededores del bosque. Tampoco la valla de espinas envenenadas que rodeaba la fortaleza. El bosque se mostraba tranquilo y silencioso en la penumbra del crepúsculo, colmado solo por los cautivadores sonidos del anochecer.

En pocos minutos llegó a la Fortaleza de los Druidas. El antiguo castillo se erguía sobre una gran masa rocosa, elevándose por encima de los árboles del bosque como si la mano de un gigante la hubiese sacado de las profundidades de la tierra. Aquella visión parecía extraída de un cuento de hadas; un confuso laberinto de torres y murallas, atalayas y parapetos de piedra blanca y desgastada, que contrastaba con el lóbrego azul cielo del anochecer.

Allanon se detuvo. La historia de Paranor era la historia de sus antepasados druidas. Empezó cerca de un milenio después de que las Grandes Guerras casi exterminaran a la raza de los hombres, y cambiaran para siempre el mundo antiguo. Comenzó tras los años de desolación y salvajismo, mientras los supervivientes del holocausto intentaban subsistir en un mundo nuevo y letal, donde el hombre ya no era la especie dominante. La raza humana había renacido en las nuevas razas de hombres, enanos, gnomos y trolls, y sucedió antes de que reaparecieran los elfos. Y esto pasó en Paranor, donde el Primer Consejo de Druidas se reunió con el afán desesperado de prevenir que el nuevo mundo cayera en una total anarquía. Galaphile, el druida mayor, los convocó allí. Aquel era el lugar donde la historia escrita y oral del antiguo mundo se registró en los documentos de los druidas, como legado para todas las generaciones humanas por venir. Allí se indagaron, asimismo, los misterios de las antiguas ciencias, y se recopilaron los distintos fragmentos de información. Fueron unos pocos los que reconstruyeron el saber con esfuerzo. Los druidas vivieron y trabajaron en Paranor durante siglos. Los sabios del nuevo mundo trataron de recuperar lo que se había perdido.

Sin embargo, sus esfuerzos fueron en vano. Uno de ellos, envenenado por la ambición y la impaciencia, manipuló de forma indebida ese poder tan colosal y perverso que acabó devorándolo por completo. Se llamaba Brona. En la Primera Guerra de las Razas, capitaneó un ejército de hombres contra las demás razas, aspirando a dominar las Cuatro Tierras. Los druidas aplastaron esa insurrección, y le obligaron a ocultarse. Más tarde lo dieron por muerto. Pasados quinientos años, sin embargo, volvió; no ya como Brona, sino como el Señor de los Brujos. Cogió por sorpresa a los druidas en su fortaleza y los mató a todos excepto a uno: Bremen, el padre de Allanon, que forjó una espada encantada y se la entregó al rey elfo, Jerle Shannara; un talismán al que no podría vencer el Señor de los Brujos. Facilitó la victoria a los elfos y a sus aliados de la Segunda Guerra de las Razas, y de nuevo expulsó al Señor de los Brujos del mundo de los humanos.

Cuando Bremen murió, Allanon pasó a ser el último de los druidas, y decidió clausurar la Fortaleza para siempre. Paranor se convirtió así en un lugar histórico para las razas. Un monumento de otro tiempo; una época de grandes humanos y de

hazañas incluso mayores.

El druida sacudió la cabeza. Todo aquello formaba parte del pasado, y ahora solo importaba el presente.

Comenzó a bordear la base de piedra del castillo, examinando las grietas profundas y los salientes serrados. Se detuvo, extendió una mano hacia la roca y la tocó. Una sección de piedra se hundió, dejando al descubierto un pasadizo ingeniosamente camuflado. El druida penetró rápidamente por la estrecha ranura de piedra, que se cerró un segundo después.

En el interior, la oscuridad era absoluta. Allanon tanteó con la mano hasta que encontró unas antorchas cuyos soportes de hierro estaban clavados en la pared de roca. Cogió una de ellas y frotó dos piedras que llevaba en una bolsa atada a la cintura. Generó una chispa que prendió el alquitrán que recubría la cabeza de la antorcha. Manteniendo levantada la tea ardiente, esperó a que sus ojos se adaptasen a la nueva luz. Ante él se extendía un pasillo; la silueta débil de unas escaleras burdamente esculpidas en la roca se perdía hacia lo alto en la oscuridad. Comenzó a ascender. El ambiente viciado, junto con el olor a humedad, hizo que frunciera la nariz con desagrado. La caverna estaba helada: toneladas de rocas conservaban permanentemente el frío. El druida se cubrió con su grueso manto. Ascendió cientos de escalones por un túnel que serpenteaba entre tinieblas.

Finalmente se plantó frente a una enorme puerta de madera. Allanon se detuvo y se inclinó para examinar las grandes bisagras de hierro. Después de un rato tocó unas clavijas metálicas; la puerta se abrió. Entró.

Se encontraba en el horno de la fortaleza. Una cámara circular que consistía en un estrecho pasillo que rodeaba un gran foso oscuro. Una barandilla baja de hierro lo separaba del foso. A lo largo del pasillo, en los muros de la cámara, había una serie de puertas de madera revestidas de hierro. Todas estaban cerradas y barradas.

El druida se acercó a la barandilla y, sosteniendo la antorcha ante él, miró hacia el fondo de la cavidad. La crepitante luz iluminó los muros negros revestidos de ceniza y herrumbre. El horno estaba frío; la maquinaria que en otro tiempo había bombeado calor a las torres y a las salas del castillo estaba inmóvil y callada. Pero más allá del pálido centelleo de la luz de la antorcha, bajo las enormes compuertas de tiro, el fuego natural de la tierra aún ardía. Incluso ahora se sentía su agitación.

Recordó otros tiempos. Más de cincuenta años atrás, llegó a Paranor acompañado del pequeño grupo de amigos que partió de la villa de enanos de Culhaven: los Ohmsford, Shea y Flick; Balinor Buckhannah, príncipe de Callahorn; Menion, príncipe de Leah; Durin y Dayel Elessedil; y el valiente enano Hendel. Buscaban la legendaria Espada de Shannara, pues solo su poder podía vencer al Señor de los Brujos, que ya había vuelto a las Cuatro Tierras. Llegó a la Fortaleza con su pequeño grupo y estuvieron a punto de no salir de allí con vida. En aquella misma cámara se enzarzó en un combate a muerte con uno de los Portadores de la Calavera. El Señor de los Brujos, que se había enterado de su llegada, le había tendido una trampa.

Levantó la vista repentinamente y escuchó el profundo silencio. Una trampa: la palabra lo turbó. Sus alarmas se activaron de manera instintiva como un sexto sentido. Algo extraño flotaba en el ambiente.

Permaneció paralizado por la indecisión unos instantes. Después sacudió la cabeza; sería producto de su imaginación. El recuerdo y nada más.

Manteniendo la antorcha al frente, avanzó por el pasillo hasta llegar a una escalera de caracol. Sin volver la vista atrás, subió con presteza los peldaños. Llegó a las salas superiores de la Fortaleza de los Druidas.

Nada había cambiado en cincuenta años. La luz de las estrellas se filtraba por las altas ventanas en forma de finas cintas de plata, matizando suavemente los gruesos paneles de madera y las vigas pulidas que revestían el altísimo pasillo. Las paredes estaban cubiertas de pinturas y tapices, cuyos bellos colores habían sido transformados en grises y azules oscuros por la luz crepuscular. Las estatuas de hierro y piedra se erguían silenciosas y expectantes, ante las enormes puertas de madera con tiradores de bronce. Una consistente alfombra de polvo lo cubría todo, y largas telarañas caían desde el techo hasta tocar el suelo de mármol.

Allanon avanzó cautelosamente, con la antorcha guiando su camino a través de la neblina de aire húmedo que se hallaba suspendida, inmóvil, dentro de la habitación. Reinaba un profundo y penetrante silencio. Sus pisadas resonaban de manera misteriosa al caminar, y pequeñas nubes de polvo se elevaban tras él, producidas por el movimiento de sus pies. Las puertas se alineaban a ambos lados, una tras otra, todas cerradas. Los ornamentos metálicos de los acabados reflejaban el fuego de la antorcha cuando esta pasaba ante ellas. Al final del pasillo llegó a un cruce, donde giró a la derecha. Se detuvo poco antes de que finalizara el pasaje, ante una pequeña puerta de roble blanco y hierro. Una enorme cerradura la aseguraba. El druida rebuscó en la bolsita de su cinto y extrajo una llave metálica. La introdujo en la cerradura: giró dos veces. El mecanismo crujió en señal de protesta. Sus piezas estaban oxidadas por el desuso, aunque finalmente el grueso pestillo cedió. Allanon entró y cerró la puerta tras de sí.

La sala era pequeña y no tenía ventanas. En otra época había sido un estudio. Las cuatro paredes estaban cubiertas de estanterías rebosantes de libros con encuadernaciones desgastadas, cuyos colores se habían desvanecido hacía tiempo, y cuyas páginas casi se habían convertido en polvo. Frente a la pared del fondo habían dos pequeños escritorios y dos sillas de junquillo y caña, rígidas y solitarias como dos centinelas en alerta. Junto a la puerta había dos sofás tapizados de cuero de aspecto confortable. Una antigua alfombra hecha a mano, cuyo tejido estaba adornado con dibujos heráldicos y trocitos de pan de oro, cubría el suelo fijada con clavos de hierro.

El druida echó un vistazo rápidamente por la habitación. Se dirigió a la pared situada a su izquierda, pasando la mano por detrás de los libros del final de la tercera estantería. Allí localizó dos grandes clavijas de hierro. Al tocarlas, una parte de la librería giró silenciosamente hasta formar una ranura. Apartó un poco más las

estanterías, para introducirse por el espacio abierto. Tras haber pasado cerró de nuevo la estructura.

Entró en una cripta construida con enormes bloques de granito, cortados para encajar unos con otros, que se sellaron con mortero. Con la excepción de una mesa de madera y media docena de sillas de respaldo alto, la cámara estaba vacía. Carecía de ventanas y puertas, salvo la que había empleado para entrar. El aire estaba enrarecido por el paso del tiempo, aunque todavía podía respirarse. Apenas había polvo, lo cual no era de extrañar dada la naturaleza hermética de la cámara.

Con su antorcha, Allanon encendió otras colocadas en la pared, a ambos lados de la entrada, y dos velas que había sobre la mesa. Después, se acercó a la pared situada a la derecha de la puerta, y empezó a palpar con las manos la superficie lisa de piedra. Posteriormente, apoyó las puntas de los dedos sobre el granito sin llegar a posar las palmas, y bajó la cabeza, concentrándose. Al principio no sucedió nada pero, de pronto, de entre sus dedos emergió un resplandor azul que se extendió por la piedra, como venas en la carne. A continuación, el muro expulsó un fuego azulado sin producir ruido; luego, el fuego y el muro desaparecieron.

Allanon retrocedió unos pasos. En el lugar que había ocupado la pared de granito, ahora se extendían hileras e hileras de enormes libros encuadernados en cuero y con elaborados grabados dorados. El druida había ido a Paranor a por ellos. Frente a él se encontraban los libros de historia de los druidas: todo el conocimiento del mundo antiguo y del nuevo, salvado del holocausto de las Grandes Guerras. Habían estado guardados En aquel lugar desde la época del Primer Consejo de los Druidas hasta ahora.

Allanon alargó la mano y cogió uno de los pesados ejemplares. Su estado era bueno; el cuero raso y elástico, los bordes de las hojas afilados, y la encuadernación firme. El paso del tiempo no había hecho mella en él. Cinco siglos antes, tras la muerte de Bremen, cuando comprendió que él era el último druida, construyó aquella cripta para proteger los tomos, a fin de preservarlos para las generaciones de humanos que vivirían sobre la tierra, y que pudieran necesitar del saber contenido en los libros. Había vuelto ocasionalmente a la Fortaleza, anotando con esmero lo aprendido a lo largo de sus viajes por las Cuatro Tierras, dejando por escrito secretos que de otro modo habrían caído en el olvido para siempre. Gran parte de lo allí anotado tenía relación con los secretos de la brujería. Poderes que nadie, ya fuese un druida o un humano normal, podría aspirar a comprender del todo, y mucho menos a ponerlos en práctica. Los druidas decidieron proteger esos secretos de personas que pudieran emplearlos de manera insensata... pero los druidas ya no existían. Solo quedaba Allanon quien, a su vez, dejaría de existir algún día. ¿Quién heredaría entonces los secretos del saber? El asunto preocupaba a Allanon, pero era un dilema que, de momento, carecía de solución.

Hojeó rápidamente el libro que tenía entre manos, volvió a colocarlo en su sitio, y tomó otro. Repitió la misma operación con el segundo libro. Después lo llevó a la

larga mesa y se sentó. Comenzó a leerlo con atención.

Durante casi tres horas apenas se movió, salvo para pasar las páginas del tomo. Permaneció con el rostro inclinado sobre la letra cuidadosamente escrita.

Una hora después, había averiguado la ubicación de Salvafuerte. Sin embargo, continuó con su lectura; buscaba algo más.

Cuando al fin levantó la vista estaba cansado. Se apoyó sobre el respaldo y se quedó así un rato. Mantuvo la mirada fija en las filas de libros que contenían las historias de los druidas. Había encontrado todo lo que buscaba aunque desearía no haberlo hecho.

Rememoró la entrevista que mantuvo con Eventine Elesedil dos días antes. Le había informado de que, durante su visita a los Jardines de la Vida, Ellcrys le había hablado, pero no mencionó lo que le dijo. En parte, porque lo que el árbol le había mostrado era confuso y oscuro; recuerdos de una época y de una vida que habían sido alteradas hasta el punto de resultar irreconocibles. Pero hubo algo que entendió muy bien. No obstante, le resultaba tan increíble que sintió que no podía aceptarlo hasta haber consultado los libros de historia de los druidas. Ahora ya lo había hecho y sabía que aquello era verdad. Aun así, debía mantenerlo en secreto ante Eventine y todos los demás. Una sensación de angustia le inundó. Era algo parecido a lo ocurrido con Shea Ohmsford cincuenta años atrás. Hubo que dejar que el transcurso inexorable de los acontecimientos revelase la verdad. No le correspondía a él tomar la decisión sobre el momento y el lugar para la revelación; no podría alterar el orden natural de las cosas.

Sin embargo, cuestionó esta decisión. Allí, solo, con los fantasmas de sus antepasados, el último de los druidas puso en duda su resolución. En el caso de Shea Ohmsford, decidió ocultarles la verdad. Tanto a él como a los demás miembros del pequeño grupo de aventureros que partió de Culhaven; a todos los que arriesgaron sus vidas para buscar la Espada de Shannara. Estaba convencido de que debía obrar así. Al final, llegó a creer que se había equivocado al actuar de esa forma. ¿Estaría equivocándose también ahora? ¿No debería, tal vez, hablar claro desde un principio?

Todavía absorto en sus pensamientos, cerró el libro que yacía sobre la mesa, y lo devolvió al hueco de donde lo había sacado. Con un movimiento circular de la mano ante las hileras de libros, la pared de granito volvió a aparecer. La miró abstraído durante un momento la miró abstraído; luego se giró. Tomó de nuevo la antorcha que había llevado consigo, apagó las otras luces de la cripta y accionó el resorte de la puerta escondida.

De vuelta en el estudio, se detuvo el tiempo suficiente para dejar las estanterías tal y como las había encontrado. Observó la habitación con aflicción: el castillo de los druidas se había convertido en una tumba. Allí dentro el olor y el sabor de la muerte empapaba el ambiente. Hubo una época en la que fue un lugar de estudio y reflexión. Pero esos tiempos ya habían pasado; ya no había lugar para los vivos entre sus paredes.

Arrugó el entrecejo con cierto disgusto. Su ánimo había decaído notablemente tras leer aquellas páginas de la historia de los druidas. Estaba ansioso por salir de Paranor. Era un lugar de infortunio, y a él le correspondía la misión de transmitir la adversidad a los demás.

Caminó en silencio hasta la puerta del estudio, tiró de ella y salió de nuevo al pasillo principal.

A no más de seis pasos le esperaba la figura encorvada del Dagda Mor.

Allanon se quedó petrificado. El demonio lo esperaba solo, con su tétrica mirada clavada en él mientras mecía el Báculo de Poder entre sus brazos. El bronco sonido de su respiración cortaba el hondo silencio, pero no pronunció ni una palabra. Tan solo se mantuvo allí, observando con atención al hombre que había ido a matar.

El druida se apartó de la puerta del estudio y avanzó con cautela hasta el centro del pasillo, mientras atravesaba con la mirada la espesa oscuridad que lo rodeaba. Casi de inmediato, vislumbró otras figuras vagas y fantasmagóricas que se arrastraban a cuatro patas entre las sombras. Sus ojos eran como ranuras de fuego verde. Estaban por todos lados, acercándose poco a poco mientras iban formando una semicircunferencia de lado a lado, como lobos acorralando a su presa. Las cabezas sin rostro emitieron un aullido semejante a un terrible plañido gatuno, que parecía celebrar con anticipación lo que iba a suceder. Algunos se deslizaron hasta el borde de la circunferencia de luz que la antorcha formaba. Eran criaturas grotescas; sus cuerpos, una sinuosa masa de pelo gris; sus miembros arqueados y vagamente humanos; sus dedos múltiples acabados en garras. Las caras se alzaron hacia el druida, unos rostros que helaron su sangre. Eran de mujer. Sus facciones parecían crispadas por la rabia, y sus bocas estaban transformadas en mandíbulas de monstruosos gatos.

Entonces las reconoció, aunque durante miles de años no habían pisado la tierra. Habían estado encerradas tras el muro de la Prohibición desde que aparecieron los hombres, pero su leyenda estaba escrita en la historia del viejo mundo. Eran criaturas que se alimentaban de carne humana. Nacidas de la locura, llevadas más allá de la razón por su codicia de sangre.

Eran las furias.

Allanon las observó mientras reptaban en círculo alrededor de la circunferencia de luz y saboreaban la perspectiva de su muerte. La derrota parecía garantizada: eran demasiadas para el druida y él lo sabía. Su poder no era lo bastante fuerte para oponerse a todas ellas. Atacarían a la vez; se lanzarían desde todos los lados, desgarrándolo y destrozándolo hasta que no quedase nada.

Volvió a posar la mirada en el Dagda Mor. El demonio seguía anclado en el mismo lugar, detrás del círculo de sus secuaces, con sus ojos oscuros fijos en el druida. Era obvio que no pensaba utilizar su propio poder; con las furias sería suficiente. El druida estaba atrapado sin esperanza ante semejante superioridad enemiga. Desde luego pensaba luchar, pero estaba seguro de que al final moriría.



De repente, el bramido de las furias creció cual terrible alarido, resonando en toda la Fortaleza y produciendo un eco agudo y profundo en todo el castillo de piedra. Los dedos acabados en garras rascaban el suelo de mármol, generando un sonido de huesos astillados, y todo Paranor pareció congelarse de pavor.

Entonces, sin previo aviso, Allanon se esfumó.

Ocurrió tan súbitamente que, por un instante, las furias se detuvieron y permanecieron perplejas, contemplando con incredulidad el lugar que el druida había abandonado hacía solo unos segundos. Sus gritos disminuyeron hasta que cesaron por completo. La antorcha seguía suspendida en la oscuridad; un foco de fuego que las mantenía embobadas. Después cayó al suelo, arrojando una lluvia de chispas. La llama se extinguió, y todo quedó sumido en la oscuridad más abismal.

La ilusión apenas duró unos segundos. Tiempo suficiente para permitir a Allanon escapar del círculo de muerte que lo había rodeado. Sin perder un instante, pasó por encima de las furias y corrió desesperadamente hacia un par de enormes puertas de roble, situadas en el extremo más próximo del pasillo, las cuales estaban completamente selladas. El Dagda Mor emitió un rugido de rabia, y alzó el Báculo de Poder. Un fuego rojo destelló por todo el corredor, formando un arco hacia el druida, que huía mientras dispersaba a las enloquecidas furias. Pero Allanon fue rápido. Con un veloz movimiento, levantó la capa y consiguió desviar el ataque. El fuego del báculo pasó sobre él, chocó contra la puerta doble y produjo un estallido que la liberó de sus barras de hierro dejándola entreabierta. De un salto el druida atravesó la abertura, y desapareció en la negrura de la sala.

Las furias corrieron gritando rabiosas tras él, lanzándose como animales. Las más rápidas traspasaron el agujero de la puerta y alcanzaron al druida, que trataba de quitar el seguro que mantenía cerrada la gran puerta acristalada que comunicaba con las almenas. Allanon se giró y encogió su alta figura para enfrentarse a ellas. Agarró a las dos más próximas cuando saltaban hacia su garganta y las lanzó contra el resto. Acto seguido alzó sus manos y un fuego azulado emanó de sus dedos, levantando entre las furias y él un muro de llamas. A pesar de ello, las bestias no desistieron. Las más ansiosas saltaron sobre las llamas, pereciendo al instante. Un momento después, cuando el fuego ya se había extinguido, la puerta estaba abierta. El druida se había ido.

A unas trescientas yardas sobre las copas de los árboles adyacentes, apoyando la espalda contra la altísima muralla de la Fortaleza de los Druidas, Allanon se deslizó en la oscuridad sobre un estrecho reborde rocoso. El viento amenazaba con derribarlo a cada paso que daba. Recorrió el saliente con celeridad hasta una inestable pasarela que comunicaba con la torre contigua. La angosta plataforma tenía menos de cinco pies de ancho y estaba suspendida sobre un estremecedor vacío. El druida no vaciló; era la única posibilidad de escapar. Comenzó a atravesarla.

Oyó los gritos frustrados de las furias que lo habían seguido a través de la puerta abierta. Salieron tras él de una embestida, caminando con seguridad sobre el reborde

de piedra, ya que podían agarrarse con las uñas mientras corrían para alcanzarlo. Junto a las almenas, el Dagda Mor alzó de nuevo el Báculo de Poder y el mortífero fuego se propagó velozmente hacia el druida. Pero Allanon ya se había percatado de que no lograría pasar antes de que las furias le diesen caza. Se arrodilló y levantó ambos brazos, describiendo un círculo amplio, y ante él se materializó un escudo de fuego azulado. La llamarada emitida por el báculo se estrelló contra él sin causarle daño alguno. No obstante, la fuerza del ataque empujó al druida hacia atrás y lo derribó sobre el estrecho puente. Al momento siguiente, las perseguidoras más avanzadas cayeron sobre él.

Esta vez Allanon no fue lo suficientemente ágil. Las garras rasgaron la tela de su capa y le arañaron la piel. Un dolor abrasador le invadió pecho y hombros. Con un enorme esfuerzo, arrojó hacia atrás a las furias que lo retenían, que cayeron de la estrecha pasarela mientras gritaban. Se puso en pie tambaleándose, y corrió con paso inseguro hacia la torre que le aguardaba. Las furias lo alcanzaron de nuevo, tropezando unas con otras en su ansia por alcanzar al druida, mientras proferían rugidos de desilusión y contraían con odio sus insólitos rostros semifemeninos. El druida logró apartarlas de nuevo, con el cuerpo cada vez más lastimado y, sus ropas empapadas en sangre.

Al fin alcanzó el extremo opuesto del puente. Se apoyó exhausto contra el muro de la torre, se volvió y alzó las manos. El fuego azulado se concentró sobre el paso de piedra y lo partió. El arco se desplomó. Aullando de espanto, las furias se precipitaron hacia el vacío de la noche y desaparecieron.

El Báculo de Poder continuaba lanzando llamaradas en su dirección, pero logró esquivarlas escondiéndose ágilmente tras el redondeado muro de la torre, quedando fuera del alcance del demonio. Allí encontró una pequeña puerta de hierro cerrada con llave. Con un fuerte empujón de hombro la abrió y desapareció en su interior.

Era mediodía. En la aldea de los curanderos, la pequeña comunidad de gnomos de Storlock, la tormenta llegó a su fin. El espectáculo había sido sensacional: masas de negras nubes, atravesadas por feroces y rutilantes rayos, seguidos del ensordecedor estruendo de los truenos. Lluvias torrenciales sacudiendo los bosques con la fuerza de la tormenta invernal. Ventiscas que desraizaron árboles enteros y destruyeron las techumbres de las casas de piedra y yeso que formaban la villa. Llegó de las llanuras de Rabb al salir el sol, y ahora continuaba hacia el este, en dirección a la oscura cordillera de las Wolfsktaag, dejando tras de sí los bosques del Anar central anegados y llenos de fango.

Wil Ohmsford estaba solo en el soportal de la casa sanatorio de los stors, el centro terapéutico más importante de la comunidad, y contemplaba absorto la tromba que iba amainando hasta convertirse en una fina llovizna. La luz del sol seguía atrapada tras las nubes, pintando el día con tonalidades grises. La unión entre el aire frío del chaparrón y el calor que la tierra emanaba formó una ligera bruma. Las cornisas y muros del centro brillaban empapados, y las gotas de agua adheridas a las hojas de las vides que crecían alrededor destellaban en un helor verdoso. La tierra estaba cubierta por diminutos pedazos de madera, formando pequeños diques que obstaculizaban el discurrir de los riachuelos nacidos por todas partes.

El vallense bostezó y se desperezó; no había dormido en toda la noche, pues la había pasado cuidando a los niños, aquejados de una extraña fiebre que deshidratava el cuerpo y causaba temperaturas altas. Podría haber solicitado el relevo, por supuesto, pero le habría resultado incómodo. Aún era estudiante entre los stors, y sabía que debía seguir demostrándose a sí mismo que algún día llegaría a convertirse en un buen curandero. Por ello estuvo con los niños todo el día y toda la noche anterior, hasta que la fiebre acabó menguando.

Paradójicamente, ahora estaba demasiado cansado como para dormir; la intensa actividad nocturna le había alterado. Además, sabía que debía dedicarle algún tiempo a Flick. Sonrió irónicamente a pesar de la fatiga. El viejo tío Flick sería capaz de sacarlo a rastras de la cama si osaba no ir a verlo unos minutos al menos.

Se alejó del porche. Sus botas se hundían en el fango mientras caminaba con la cabeza gacha. No era muy alto, quizás tres o cuatro pulgadas más que Flick, y su constitución era pequeña. Había heredado los rasgos medio élficos de su abuelo: nariz y mandíbula finas, orejas ligeramente puntiagudas, ocultas bajo un cabello rubio, y cejas estrechas que se elevaban formando un ángulo agudo desde el puente de la nariz. Aquellas características faciales habían caracterizado siempre a Shea Ohmsford, y ahora caracterizaban también a su nieto.

El murmullo de unas pisadas apresuradas lo hizo volverse. Era un sirviente; un ayudante gnomo de los stors. Llegó hasta Wil con el rostro consumido y macilento, salpicado de lluvia, y arropado en su capa de montaña para protegerse del intenso frío.

—Señor, su tío ha estado preguntando por usted toda la noche —dijo entre jadeos—. Insistió en que le pidiera...

Wil asintió mientras palmeaba suavemente el hombro del gnomo.

—Me dirijo hacia allí ahora mismo. Muchas gracias.

El sirviente salió corriendo y se perdió entre la bruma, en dirección al refugio del que había venido. Wil lo vio desaparecer y continuó al instante su camino.

Se dibujó una sonrisa en su rostro. Pobre tío Flick. No estaría allí si Shea no hubiera enfermado. A Flick no le gustaba demasiado la Tierra del Este. Como solía decirle a Wil, era un país del que podría prescindirse perfectamente. Si bien consideraba digno de respeto el pueblo de los stors, le desagradaban los gnomos en general, puesto que habían sido demasiados los que habían intentado matarlo en el pasado. En especial durante la búsqueda de la Espada de Shannara. No era algo que pudiera olvidar con facilidad; tales recuerdos perduraban, y no podía apartarlos por el mero deseo de intentar ser imparcial.

Sea como fuere, a Flick le disgustaba estar en aquel lugar, y no habría ido si no se hubiera visto obligado por la enfermedad de Shea, que le impidió ir a visitar a su nieto. Desde ese punto de vista, toda la culpa era de Shea, como dijo Flick al poco de llegar. Después de todo, si no le hubiera hecho ninguna promesa a Wil, él podría estar en Val en lugar de gandulear en Storlock. Pero era hermano de Shea y tío de Wil.

Wil se aproximó de mala gana a la modesta cabaña para huéspedes donde se alojaba Flick. El cansancio lo consumía y, por si fuera poco, no tenía ganas de discutir. Pero era casi seguro que tendría que hacerlo, pues apenas había pasado tiempo con su tío desde que este llegó a Storlock, y no se habían visto en el último día y medio. El trabajo le reclamaba, pero sabía que Flick consideraría aquello una excusa inadmisibile.

Se encontraba abstraído cuando su tío apareció de repente en el porche de la cabaña. Su rostro mostraba un gesto de absoluta desaprobación. Resignado ante lo ineludible, subió la escalera mientras se sacudía el agua de la capa.

Flick lo observó en silencio un momento. Después ladeó la cabeza en todas direcciones.

—Se te ve agotado —declaró contundentemente—. ¿Por qué no estás acostado?

Wil lo miró con firmeza.

—No lo estoy porque me has mandado llamar para hablar conmigo.

—¡Pero no ahora!

—Bueno —dijo Wil, encogiéndose de hombros—. Supuse que debía venir a verte en estos momentos. Al fin y al cabo, no he pasado mucho tiempo contigo.

—Cierto —balbució el otro con una nota de satisfacción en la voz—. Sin

embargo, eliges un momento inusual para enmendar tus acciones. Sé que te has pasado la noche en vela. Lo comprobé. Solo quería asegurarme de que te encontrabas bien.

—Estoy perfectamente.

Wil esbozó una leve sonrisa.

—Pues no lo parece. Y la culpa es de este tiempo. —Flick se frotó los codos—. Esta condenada lluvia que no ha cesado desde que llegué... No solo perjudica a la gente mayor como yo, ¿sabes? Perjudica a todo el mundo. Incluidos los aspirantes a curandero. —Meneó la cabeza—. Estarías mejor en Val.

Wil asintió, sumido en sus pensamientos.

Había pasado mucho tiempo desde que salió del Valle Sombrío. Llevaba casi dos años viviendo en la aldea de los stors, aprendiendo de los mejores maestros el oficio de curar y preparándose para el momento en que volvería a la Tierra del Sur como curandero para aplicar los conocimientos adquiridos en su propio pueblo. Por desgracia, todo el proceso para llegar a ser curandero había resultado una incesante fuente de irritación para Flick, aunque Shea lo había llevado bastante bien. Cuando Wil era joven, sus padres murieron de fuertes fiebres. Por ello decidió ser curandero. Había asegurado a su abuelo y a Flick, con las palabras y el arrojo de un niño, que deseaba salvar a la gente de las enfermedades y los sufrimientos que conllevaban. Ellos, que lo consideraron un capricho infantil, afirmaron que les parecía bien. Pero el deseo no cesó de crecer en él. Cuando llegó a la madurez y anunció su intención de estudiar con los stors en lugar de con los curanderos de la Tierra del Sur, los cuales poco sabían de aquella ciencia, su actitud cambió por completo. El viejo tío Flick hacía tiempo que había tomado una determinación respecto a los gnomos y la Tierra del Este. Incluso su abuelo se había opuesto. Si ningún habitante de la Tierra del Sur había estudiado nunca con los stors, ¿cómo podía Wil, que ni siquiera conocía el idioma, pretender que lo aceptasen en su comunidad?

Pero Wil venció a pesar de todos los obstáculos. Cuando llegó lo condujeron ante el consejo de stors. Estos le explicaron amablemente, aunque no sin firmeza, que nadie que no perteneciera a su pueblo podía estudiar con ellos. Le permitieron quedarse todo el tiempo que deseara, pero no podría estudiar. No obstante, Wil no se rindió. Primero decidió aprender su idioma, lo cual le llevó sesenta días. Después se presentó de nuevo ante el consejo y trató de convencerlos, esta vez hablándoles en su propia lengua; tampoco tuvo éxito. Más tarde, optó por personarse ante el consejo. Así lo hizo cada semana durante casi un mes, a fin de exponer su petición. Les contó todo lo referente a sí mismo y su familia. Todo lo que le había llevado a la decisión de convertirse en curandero. Usó todos los argumentos a su alcance para convencerlos de que le permitiesen estudiar con ellos. Alguno debió de servir porque, finalmente, sin ningún tipo de explicación, le comunicaron que se le permitía quedarse y estudiar con ellos. Con tiempo, si demostraba ser aplicado y competente, llegaría a ser curandero.

Sonrió con nostalgia al recordar cómo se alegraron él, su abuelo y Flick al enterarse de que lo habían aceptado, aunque el último nunca lo admitiera, del mismo modo en que tampoco reconocería los motivos de su oposición a aquella empresa. Lo que realmente molestaba a Flick era tener que separarse de su sobrino. Echaba en falta las excursiones de caza, pesca y exploración en las que habían participado juntos, además de, por supuesto, su compañía. Hacía tiempo que la esposa de Flick había fallecido y no habían tenido descendencia. Wil había sido como su hijo, y siempre creyó que se quedaría en Val para trabajar en la posada. Pero se había marchado para establecerse en Storlock, lejos del valle y de su vida pasada. Wil sabía que su tío no aceptaría el modo en que se habían desarrollado los acontecimientos.

—¿Me escuchas? —preguntó Flick de súbito, con gesto irritado.

—Sí, te estoy escuchando —le aseguró Wil, y apoyó suavemente una mano sobre el hombro de su tío—. Sé paciente, tío Flick; algún día volveré. Ahora tengo mucho que aprender.

—Bueno, me preocupo por ti, no por mí —puntualizó Flick con rapidez mientras estiraba su cuerpo barrigudo—. Tu abuelo y yo podemos arreglárnoslas a la perfección sin ti, pero no estoy seguro de que tú puedas hacerlo sin nosotros. Mírate; trabajas demasiado. Tu testarudez te impide entender que no es posible hacer todo lo que te propones. Eres un ser humano más, como el resto de nosotros. ¿Cómo voy a conseguir que comprendas eso?

Dio la impresión de que iba a decir alguna cosa más, pero se detuvo haciendo un esfuerzo.

—Ahora no es el momento propicio —exhaló mientras apoyaba su mano en la de Wil—. ¿Por qué no te vas a dormir? Ya hablaremos cuando...

Sus ojos grises se desviaron de repente y su voz se extinguió. Wil se volvió siguiendo su mirada. En la niebla se movía una solitaria y oscura sombra. Observaron con curiosidad el modo en que poco a poco se materializaba. De entre la neblina surgieron un caballo y un jinete, a cuál más negro. El jinete se inclinaba hacia delante sobre su montura, como si estuviese exhausto de cabalgar. Llevaba las ropas empapadas por la lluvia y ceñidas al cuerpo.

Un pánico repentino se apoderó de Wil. Estaba claro que no se trataba de un stor. No se parecía a ningún hombre que hubiera visto jamás.

—No puede ser... —masculló Flick.

Su tío no pudo terminar la frase. Pasó rozando a Wil y se detuvo al borde del cobertizo, apoyándose sobre la barandilla empapada por la lluvia. Wil lo siguió. El jinete trotaba directamente hacia ellos. Tan fuerte fue la sospecha que aquel jinete engendró en él, que el vallense consideró por un instante la conveniencia de huir. Pero no pudo hacerlo; solo esperó, con los ojos fijos en la figura espectral.

El jinete se detuvo ante los dos vallenses. Inclino la cabeza hacia adelante y escondió el rostro entre los pliegues de su oscura capucha.

—Hola, Flick.

La voz del jinete se manifestó en un murmullo apagado y profundo. Wil vio que su tío se conmocionaba.

—¡Allanon!

El hombre descendió del caballo, aunque sin dejar de agarrarse al cuello del animal, como si no pudiera tenerse en pie sin ayuda. Wil dio un paso y luego se detuvo: algo no marchaba bien.

La mirada de Allanon esquivó la suya.

—¿Wil Ohmsford?

El joven asintió atónito.

—Corre, ve a avisar a los stors para que vengan... —empezó a decir, pero sus piernas flaquearon y estuvo a punto de desplomarse, aunque finalmente logró mantenerse.

Wil salió del porche al instante para ayudar al druida, pero este le frenó levantando una mano en señal de advertencia.

—Haz lo que te he dicho, vallense. ¡Rápido!

Entonces Wil reparó en lo que la lluvia había logrado camuflar antes; las ropas de Allanon estaban completamente impregnadas en sangre. Sin mediar palabra, salió corriendo por el sendero en dirección al sanatorio. El abatimiento y la fatiga se alejaron de él, como el sueño recula ante el despertar.

Los stors llevaron a Allanon al sanatorio. Wil y Flick trataron de acompañar al druida herido, pero los stors les comunicaron de manera tajante, aunque con cordialidad, que su ayuda no era necesaria. De forma misteriosa y sutil, los stors y el druida se esfumaron por los caminos del centro y los dos vallenses se quedaron solos bajo la tormenta. Parecía que, por el momento, no recibirían información alguna sobre la llegada del druida, así que Wil Ohmsford se despidió de su tío y se fue a dormir.

Más tarde, nada más anochecer, Allanon envió un aviso a los vallenses para decirles que quería verlos. A Wil le invadieron sentimientos contradictorios al recibir la noticia. Por un lado, sentía curiosidad por saber qué le había sucedido al druida. Conocía las historias sobre Allanon; las había escuchado docenas de veces en boca de su abuelo y su tío. No obstante, aquellos relatos nunca habían incluido las heridas como las que presentaba al llegar a Storlock. Ni siquiera al Portador de la Calavera, que había sido atacado en la sala del horno de Paranor en el transcurso de la búsqueda de la Espada de Shannara, le habían producido lesiones de semejante envergadura. Wil estaba ansioso por conocer qué clase de criatura, más peligrosa que los siervos alados del Señor de los Brujos, se paseaba ahora por las Cuatro Tierras. Asimismo, la presencia del druida en Storlock lo alteraba. Quizás no fuera más que una casualidad que Allanon hubiese llegado a tiempo de encontrar a Flick y a Wil en el pueblo antes que a los stors. Tal vez se tratara de una mera coincidencia. Pero Wil no creía que se tratara de una mera coincidencia; estaba seguro de que Allanon había llegado hasta ellos de manera deliberada. ¿Cuál era el motivo? ¿Y por qué los había convocado a aquel encuentro? Wil comprendía el deseo de Allanon de conversar con Flick; al fin y al cabo ya se conocían, y habían vivido aventuras conjuntamente. ¿Pero por qué lo convocaba también a él? El druida ni siquiera lo conocía... ¿Por qué verlo?

A pesar de todo ello, salió de su habitación en dirección a la casa de invitados, donde Flick le esperaba. Atravesó raudo la plaza del pueblo mientras la noche se cernía sobre él. Cuantas más dudas le asaltaban sobre el objetivo de aquella reunión, mayores eran sus deseos de acudir. No solía a esquivar problemas y, además, sus sospechas podían ser injustificadas. Quizás el druida simplemente quería agradecerle su ayuda.

Flick lo esperaba en el porche de la casa de invitados, envuelto en su gruesa capa de viaje, mientras protestaba iracundo sobre el tiempo. El Ohmsford más viejo bajó la escalera del cobertizo para reunirse con el más joven, y juntos pusieron rumbo hacia el sanatorio de los stors.

—¿Qué crees que quiere de nosotros, tío Flick? —preguntó Wil poco después,



cubriéndose mejor con la capa para protegerse del frío nocturno.

—Es difícil saberlo —refunfuñó Flick—. Pero permíteme que te diga una cosa: cuando aparece es porque hay problemas.

—El motivo de su llegada a Storlock está relacionado con nosotros, ¿verdad? —preguntó Wil, observando el rostro de su tío.

Flick sacudió la cabeza, inseguro.

—Ha venido aquí con algún propósito concreto. Y nos ha llamado para algo más que saludarnos y preguntarnos como estamos. Lo que tenga que decirnos no nos va a gustar nada. Estoy completamente seguro de ello... Siempre ha sido así, y no veo por qué tendría que ser diferente hoy. —Se calló de repente, volviéndose hacia su sobrino—. Ten cuidado con él Wil, no es de fiar.

—Tendré cuidado, tío Flick. Pero dudo que tengamos que preocuparnos —contestó Wil—. Ambos sabemos algo de Allanon, ¿no? Además, tú estarás allí para controlar el desarrollo de la visita.

—Eso pretendo. —Flick se volvió y continuaron la marcha—. Pero no olvides lo que te he dicho.

Al cabo de unos minutos ascendieron la escalera del porche del sanatorio y se adentraron en él. El edificio era alargado y chato, levantado a base de muros de piedra y mortero, y coronado por un tejado arcilloso. El vestíbulo, espacioso y cómodamente amueblado, comunicaba con dos pasillos que se dirigían hacia las alas laterales, destinadas a la atención de enfermos o heridos. Cuando entraron, un stor vestido de blanco que estaba de servicio se acercó a atenderles. Con una seña silenciosa, los condujo a través de un pasillo largo y despejado. Al final había una puerta cerrada. El stor la golpeó una vez, se giró y se marchó. Wil miró nerviosamente a Flick, pero este mantenía su atención centrada sobre la puerta cerrada. Aguardaron.

La puerta se abrió y Allanon apareció frente a ellos. Por su aspecto no podía siquiera imaginarse que había sido herido; las lesiones habían desaparecido por completo. Las ropas negras que cubrían su cuerpo estaban limpias y no mostraban el menor vestigio de sangre. Su cara tenía un gesto de agotamiento, pero no de dolor. Su profunda mirada se posó sobre el vallense durante un instante. Luego una mano señaló hacia una pequeña mesa y cuatro sillas que se disponían a su alrededor.

—¿Por qué no tomamos asiento para hablar? —Más que una pregunta, parecía una orden.

Entraron y se sentaron. La habitación carecía de ventanas y muebles, a excepción de la mesa, las sillas y una cama grande. Wil observó su entorno con rapidez, y después centró su atención en el druida. Su físico coincidía con la descripción que Shea y Flick le habían relatado docenas de veces. Pero ¿cómo era posible esa coincidencia, si ellos se referían a un hombre al que no habían visto desde antes de que naciera Wil?

—Bueno, ya estamos aquí —se atrevió a decir Flick, cuando parecía que nadie

iba ya a soltar palabra.

Allanon sonrió sutilmente.

—Eso parece.

—Se te ve muy bien para haber estado medio muerto hace solo unas horas.

—Los stors dominan bien su oficio, como debéis saber —contestó el druida amablemente—. Pero, muy a mi pesar, no estoy ni la mitad de bien de lo que debería. ¿Tú cómo estás, Flick?

—Más viejo y más sabio, espero —declaró el vallense.

Allanon permaneció en silencio. De pronto, su mirada se desvió hacia Wil. Durante un instante no pronunció palabra alguna. Su oscuro rostro permaneció impenetrable mientras sondeaba al joven Ohmsford. Wil se quedó sentado y en silencio. No apartó la mirada, a pesar de la incomodidad que los penetrantes ojos del druida le infundieron. Luego Allanon se inclinó paulatinamente hacia delante, apoyando sus enormes manos sobre la mesa.

—Necesito que me ayudes, Wil Ohmsford —musitó. Ambos vallenses lo observaron sorprendidos—. Necesito que vengas conmigo a la Tierra del Oeste.

—Lo sabía —dijo Flick ladeando la cabeza.

Allanon sonrió con tristeza.

—Me reconforta ver que ciertas cosas de la vida no cambian nunca, Flick. Tú eres la prueba fehaciente de ello. ¿Cambiaría algo si te dijese que la ayuda de Wil no es para mí, sino para los elfos, y especialmente para una joven elfa?

—No cambia nada en absoluto —replicó el vallense sin vacilar un instante—. No irá. Y cualquier alegación será en vano.

—Espera un momento, tío Flick —le detuvo Wil—. Tal vez no vaya, pero querría ser yo quien tomase esa decisión. Al menos podríamos escuchar algo más sobre lo que se requiere de mí.

Flick desoyó la protesta.

—Créeme cuando te digo que no quieres saber nada más. Es así precisamente como empiezan siempre los problemas. De esta manera comenzaron para tu abuelo hace medio siglo. —Dirigió una rápida mirada a Allanon—. ¿No es verdad? ¿No comenzó todo cuando llegaste al Valle Sombrío y nos contaste lo de la Espada?

Allanon asintió.

—Exacto.

—¿Ves? —dijo Flick con voz triunfal—. Es lo mismo. Apuesto a que ese viaje que has planeado para él supone el mismo peligro. ¿Estoy en lo cierto?

El druida asintió de nuevo.

—Bien. —El vallense se reclinó con un rostro de complacencia—. Creo que eso pone fin al asunto. Ya has dicho bastante; no irá.

Los oscuros ojos de Allanon resplandecieron.

—Debe ir.

Flick lo miró con asombro.

—¿Debe?

El druida hizo un gesto de asentimiento.

—Cuando te explique lo que ha ocurrido en las Cuatro Tierras durante estos últimos días, comprenderás por qué. Escuchadme atentos, vallenses.

Acercó su silla a la mesa, inclinándose hacia delante.

—Hace muchísimo tiempo, en la época que precede a las Grandes Guerras y a la evolución de las nuevas razas, antes, incluso, del desarrollo del hombre como especie civilizada, se desató una colosal guerra entre unas criaturas que, por lo general, ya no existen. Algunas de ellas eran benévolas y afables; cuidaban la tierra, y trataban de protegerla y guardarla del deterioro y la destrucción. Consideraban sagrada toda forma de vida. Otras, por el contrario, eran malévolas y avariciosas: su actuación era nociva y maligna. Devastaban la tierra y la vida sin ningún menester ni propósito. Las capacidades y características físicas de todas esas criaturas diferían en lo fundamental de las vuestras. Es decir: su aspecto era distinto al vuestro, y su forma de comportarse no tenía nada que ver con el del común de los humanos de este mundo. Poseían, en particular, distintos niveles de poderes mágicos. Podríamos denominarlos magia, hechicería y mística. Esos poderes eran normales en aquel tiempo, aunque el poder de algunas de aquellas criaturas era mayor que el de otras. De ese modo, su capacidad para el bien o el mal estaba aumentada de manera proporcional. Tanto las buenas como las malas habitaban en el mundo. Y como el hombre no había desarrollado aún más que una primitiva forma de existencia circunscrita a un estrecho espacio geográfico, el mundo era suyo en su totalidad. Así fue durante siglos. Pero la existencia en común nunca estuvo carente de conflicto. Vivían en constante disputa al perseguir ideales opuestos; las buenas pretendían la conservación. Las malas la destrucción. De vez en cuando, el equilibrio de fuerzas entre los dos bandos se quebraba, y el contrapeso entre el bien y el mal quedaba permutado.

»Con el paso de los años se produjo una intensificación en las luchas, hasta que al fin, después de siglos sin resolverse el conflicto, los jefes de cada facción reunieron a sus discípulos y provocaron el estallido de la guerra. Un tipo de guerra que no ha vuelto a producirse. Muy distinta a las Grandes Guerras pues, en estas, se usó un poder de proporciones tan desmesuradas que los hombres que estaban al mando perdieron completamente el control, y el cataclismo resultante los acabó devorando. Fue una contienda en la que el poder y la fuerza se emplearon hábilmente en cada momento; en la cual los seres que participaron tuvieron que luchar cuerpo a cuerpo, y vivieron o perecieron según su destreza. Fue semejante a la Guerra de las Razas, la cual es tan importante en la historia del nuevo mundo. En ella, el Señor de los Brujos corrompió la mente de aquellos a su servicio, volviéndolos en contra de los otros, para finalmente someterlos y gobernarlos a todos. Pero en este conflicto no hubo ningún engaño o delirio inducido que influyera en aquellos que luchaban. Al fin y al cabo, el bien y el mal estuvieron polarizados desde el comienzo. Nadie fue neutro, por el mero hecho de que no existía lugar neutral alguno. Se trataba de una guerra que

determinaría para siempre el carácter y la evolución de la vida en la tierra en que ellos habitaban. En ella se decidiría si la tierra sería conservada o envilecida para siempre. Cada bando estaba decidido a lograr, de una vez por todas, la victoria absoluta sobre el otro. Para las criaturas del mal, si eran derrotadas, significaba el destierro; para las del bien, si perdían, la extinción.

»Y así sucedió. Una guerra desmesurada y atroz que no intentaré describir, pues no tendría sentido alguno hacerlo. Para nuestra presente misión solo debe importarnos saber que el mal fue derrotado, su poder incapacitado, y quienes lo servían fueron desterrados y después hechos prisioneros. Los vencedores usaron sus poderes para crear la Prohibición, un muro de encarcelamiento tras el cual se encerró al mal. Su prisión era un agujero negro de vacío y soledad abismal, donde nada cabía a excepción del mal. No hay nada equiparable en este mundo. Se le expulsó y aprisionó allí, tras el muro de la Prohibición para siempre.

»La fuerza que protegía y sustentaba la Prohibición era un árbol prodigioso llamado Ellcrys. Fue creado por las criaturas del bien a partir de la fuente de vida de la tierra, a la cual pusieron por nombre Fuego de Sangre y que se encontraba fuera de su propio poder. Lo dotaron con una esperanza de vida que permitiría que la Prohibición se mantuviera mucho tiempo después de que ellos desaparecieran; hasta el momento en que el mundo por cuya conservación tan duramente habían luchado fuese alterado, y evolucionara hasta dejar de ser reconocible. La duración de su vida no podía ser medida en base a los patrones que ellos poseían. Pero mientras Ellcrys se mantuviera con vida, la Prohibición perduraría. Y con el árbol intacto, el mal continuaría aprisionado en su encierro.

Allanon se recostó en su silla, separándose de la mesa a fin de aliviar sus músculos entumecidos. Deslizó los brazos por el regazo; sus ojos oscuros quedaron fijos en los de los vallenses.

—Creyeron que Ellcrys viviría para siempre. No los que lo crearon, quienes sabían que todas las cosas acaban pereciendo, sino aquellos que les sucedieron; aquellos que durante incontables siglos cuidaron, amaron y honraron al maravilloso árbol que fue su protector. Ellcrys pasó a ser un símbolo de permanencia. Sobrevivió a la locura del holocausto de las Grandes Guerras, que supuso la aniquilación del viejo mundo, así como al poder del Señor de los Brujos. Logró subsistir mientras todos los demás seres que coexistieron con él fueron desapareciendo de manera paulatina. Todos, por supuesto, salvo la propia tierra. E incluso la tierra evolucionó mientras Ellcrys permaneció inmutable...

Hizo una pausa.

—De esta forma, la leyenda de que Ellcrys viviría para siempre, creció y se extendió. Y esa suposición nunca se debilitó. —Levantó el rostro levemente—. Hasta ahora. Ahora la creencia se ha hecho añicos, pues Ellcrys está muriendo. La Prohibición ha comenzado a agrietarse. Algunos de los seres malignos encerrados en su interior han huido, y han vuelto a este mundo que en otra época fue suyo.

—¿Fueron las criaturas las que te atacaron? —preguntó Wil.

Allanon asintió.

—Algunas de ellas vagan por las Cuatro Tierras. Creía haber mantenido mi presencia en secreto, pero por lo visto no fue así. Dieron conmigo dentro de la Fortaleza de los Druidas, en Paranor, y casi no vivo para contarlo.

Flick lo miró con preocupación.

—¿Todavía te persiguen?

—Sí. Pero creo que no me encontrarán tan rápido en esta ocasión.

—Eso no me tranquiliza demasiado —gruñó el vallense mientras miraba hacia la puerta de la pequeña estancia con cierto recelo.

Allanon no objetó el comentario.

—Si bien recuerdas, Flick, en otra ocasión os relaté a Shea y a ti la historia de las razas. Os conté cómo todas las razas humanas evolucionaron a raíz de la del hombre, justo después de la destrucción de las Grandes Guerras. Todas menos una; los elfos. Os expliqué que ellos ya existían anteriormente. ¿Lo recuerdas?

Flick gruñó.

—Claro que lo recuerdo. Esa fue una de las cosas que jamás nos explicaste del todo.

—Os dije que os contaría la historia en otra ocasión. Pues bien: esa ocasión es esta. Aunque no quiero perder demasiado tiempo con este asunto. Pero hay cosas que debéis conocer. Me he referido de forma un tanto abstracta a las criaturas que lucharon en el conflicto del bien y del mal, cuyo colofón fue la creación de Ellcrys. Es necesario identificarlas. Cuando los humanos emergieron de la oscuridad y el barbarismo y comenzaron a poblar el mundo con sus ciudades y construcciones, todas ellas pasaron a formar parte de las leyendas fantásticas. Eran criaturas mágicas, como ya he dicho. Grandes, pequeñas, de diversas clases; algunas buenas, otras malas; algunas cuyos individuos se esparcieron en distintas direcciones. Ya las conocéis: hadas, genios, duendes, fantasmas y otros semejantes. Las nuevas razas, aunque provinieran todas del hombre, recibieron los nombres de las criaturas más numerosas y mejor recordadas de esas supuestas leyendas: enanos, gnomos, trolls y elfos. La excepción, desde luego, fueron los elfos. Ellos son diferentes porque no son solo una leyenda renacida, sino la propia leyenda superviviente. El pueblo de los elfos proviene de las criaturas fantásticas que habitaron el viejo mundo.

—Espera un momento —interrumpió Flick de pronto—. ¿Estás diciendo que el pueblo elfo es el mismo del que hablan todas las leyendas antiguas? ¿Que son los mismos elfos que los mencionados en las leyendas del antiguo mundo?

—Así es, son los elfos del antiguo mundo, del mismo modo en que había trolls, enanos u otras criaturas que dieron paso a las leyendas. La diferencia es que los elfos persistieron, mientras que las otras quedaron extinguidas del mundo hace siglos. Han cambiado, por supuesto. Han evolucionado considerablemente, obligados a adaptarse.

Parecía que Flick no entendía nada de lo que oía.

—¿Ya había elfos en el mundo antiguo? —preguntó incrédulo—. No es posible.

—Es posible —contestó el druida con serenidad.

—¿Y cómo sobrevivieron a las Grandes Guerras?

—¿Y cómo sobrevivió el hombre a las Grandes Guerras?

—La historia antigua menciona al hombre, pero no habla de los elfos —dijo el vallense—. Los elfos eran personajes propios de los cuentos de hadas. Si realmente existían elfos en el mundo antiguo, ¿dónde estaban?

—Donde habían estado siempre: invisibles a ojos de los hombres.

—¿Quieres decir que los elfos eran invisibles? —Flick alzó los brazos—. ¡No doy crédito!

—Si mal no recuerdo, tampoco fuisteis capaces de creerme cuando os hablé de Shea y la Espada de Shannara —comentó Allanon, sonriendo insinuante.

—No entiendo qué tiene que ver todo eso con que los elfos necesiten mi ayuda —exclamó Wil, adelantándose a una nueva intervención de Flick.

El druida asintió.

—Trataré de explicarlo si Flick es capaz de tener un poco de paciencia. La historia de los elfos es relevante en esta conversación por un único motivo: fueron ellos los que engendraron la idea de crear a Ellcrys. Ellos le dieron vida y lo cuidaron a lo largo de los años. Su bienestar y seguridad están a cargo de una orden de jóvenes elfos llamados los Elegidos que, durante un año, prestan sus cuidados al árbol. Su tarea consiste en procurar que reciba las atenciones necesarias. Al final de ese año son reemplazados; un año de servicio y nada más. Son profundamente respetados y admirados por el pueblo elfo. Solo unos pocos son elegidos en cada ocasión para servirle, y aquellos que lo hacen tienen garantizado un lugar prominente de estima en la cultura élfica.

»Todo esto, tal y como os he dicho, nos conduce al presente: Ellcrys se muere. Hace poco se lo comunicó a los Elegidos. Pudo hacerlo ya que es un ser sensible y posee la cualidad de comunicarse. Les reveló que su final estaba próximo y que era inevitable. Les dijo igualmente lo que las leyendas de los elfos ya habían predicho: que aunque Ellcrys moriría como todos los seres vivos, a diferencia de ellos, el árbol sí tenía la capacidad de renacer. Pero esto depende principalmente de la labor de los Elegidos. Uno de ellos debía llevar su semilla y buscar el origen de la vida: la Fuente de Sangre. Solo uno de los Elegidos que la estuviera sirviendo en el momento presente podría hacerlo. Les explicó dónde se hallaba el Fuego de Sangre, y les pidió que se dispusieran a buscarlo.

Hizo una pausa.

—Sin embargo, antes de que pudieran cumplir dicha misión, algunos seres malignos aprisionados gracias a la Prohibición huyeron de ella, pues encontraron la muralla agrietada por el debilitamiento de Ellcrys. Uno de ellos logró introducirse en la ciudad élfica de Arborlon, donde está Ellcrys, y asesinó a los Elegidos que allí encontró, pensando que dándoles muerte acabaría con cualquier posibilidad de

renacimiento. Yo llegué demasiado tarde para evitar ocurriera. Pero pude hablar con Ellcrys, y gracias a eso descubrí que uno de los Elegidos aún vive: una joven que no se encontraba en la ciudad cuando los demás fueron asesinados. Su nombre es Amberle. Al enterarme salí de Arborlon en su búsqueda.

Se inclinó hacia delante una vez más.

—Pero los demonios también saben de su existencia. Ya han tratado de evitar una vez que la encuentre, y casi lo logran. Estoy seguro de que lo intentarán de nuevo si se les presenta la oportunidad. Aun así, no saben dónde encontrarla. Y, al menos por ahora, tampoco conocen mi paradero. Si soy lo suficientemente rápido, lograré encontrarla y ponerla a salvo en Arborlon, antes de que me localicen de nuevo.

—Creo entonces que estás perdiendo un tiempo de gran valía al conversar con nosotros —dijo Flick con firmeza—. Deberías encaminarte ya mismo en busca de esa joven.

El druida no le hizo caso, aunque su rostro se ensombreció pesaroso.

—Aunque consiga llevar a Amberle hasta Arborlon, todavía quedarán asuntos por resolver. Al ser la última de los Elegidos, le atañe llevar la semilla al Fuego de Sangre. Nadie, ni tan siquiera yo, conoce con exactitud dónde se encuentra ese lugar. Ellcrys lo sabía antaño, pero el mundo que recuerda ya no existe. Dio a los elfos un nombre: Salvafuerte. Es un nombre que no les remite a nada; un nombre que pertenece al mundo antiguo. Cuando salí de Arborlon, me encaminé en primer lugar hacia Paranor, a fin de buscar en las historias de los druidas compiladas por el Consejo después de las Grandes Guerras; relatos que incluyen los misterios del mundo antiguo. Leyendo esas crónicas, he deducido dónde se encuentra Salvafuerte. Sin embargo, la ubicación exacta del Fuego de Sangre tendrán que descubrirla los que lo busquen.

Y así, súbitamente, Wil Ohmsford entendió por qué Allanon quería que fuese a la Tierra del Oeste.

Lo comprendió, y a pesar de ello se resistió a creerlo.

—Amberle no puede emprender la búsqueda ella sola —prosiguió Allanon—. La región a la cual debe encaminarse es peligrosa; demasiado hostil para una joven elfa que no viaje acompañada. En el mejor de los casos, será un viaje complicado. Aquellos que han logrado atravesar la Prohibición seguirán persiguiéndola. Si la encuentran, no contará con ayuda alguna. Es preciso que no sufra ningún daño, ya que es la última esperanza que le queda a su pueblo. Si Ellcrys no logra renacer, la Prohibición se esfumará, y el mal quedará libre de nuevo sobre la tierra. Se desatará una guerra contra los elfos que no podrán ganar. Una vez destruidos ellos, el mal se extenderá de igual modo al resto de tierras. Cada vez se hará más fuerte, dada la naturaleza de los seres que lo alimentan. Al final, todas las razas serán aniquiladas.

—Por eso tú estarás allí para ayudarlo... —comenzó a decir Wil, tratando de salir del muro que comenzaba a elevarse a su alrededor.

—Yo no podré estar allí —le detuvo Allanon de inmediato.

Reinó un largo silencio. El druida extendió sus manos sobre la mesa.

—Hay un motivo importante, Wil Ohmsford. Te he dicho que el mal ha comenzado a filtrarse en nuestro mundo por los muros de la Prohibición. Eso desgastará cada vez más a Ellcrys. Conforme eso suceda, las criaturas allí contenidas se fortalecerán más y más; continuarán forzando los muros de la Prohibición hasta conseguir abrir una grieta grande. Finalmente, acabarán derrumbándola por completo. Cuando eso suceda, se enfrentarán a la nación de los elfos a fin de destruirla. Eso puede ocurrir antes de que se encuentre el Fuego de Sangre. También es posible que no se encuentre, o que se logre demasiado tarde. Sea como sea, el pueblo elfo debe prepararse para la resistencia y la lucha. Algunas de las criaturas aprisionadas en la Prohibición poseen un enorme poder; al menos una tiene poderes de hechicería que están casi a mi nivel. Los elfos no podrán protegerse solos de semejante poder. Han perdido los poderes mágicos y los druidas que antes les ayudaron se han extinguido. Solo quedo yo. Si los abandono y acompaño a Amberle, quedarán desprotegidos; no puedo hacer eso. Debo prestarles toda la ayuda que esté en mi mano.

»No obstante, alguien debe ir con ella. Esa persona ha de poseer el poder suficiente para enfrentarse al mal que la persigue y, del mismo modo, debe ser alguien de quien se pueda esperar que haga todo lo posible por protegerla... Y ese eres tú.

—¿De qué hablas? —preguntó Flick exasperado—. ¿Qué puede hacer Wil contra unas criaturas que han estado a punto de acabar contigo? No estarás sugiriendo que empleé la Espada de Shannara...

Allanon negó con la cabeza.

—El poder de la Espada solo tiene efecto contra la ilusión. El mal al que nos enfrentamos es real y tangible. La Espada no tendría efecto sobre él.

Flick dio un brinco.

—¿Entonces qué pretendes?

Los ojos del druida se tornaron oscuros; su mirada, intensa. Wil Ohmsford sintió que se le encogía el corazón.

—Las piedras élficas.

Flick se quedó atónito.

—¡Las piedras élficas! ¡Pero si las tiene Shea!

Wil puso la mano sobre el hombro de su tío.

—No, tío Flick: las tengo yo. —Metió la mano entre los pliegues de su túnica y sacó una bolsita de cuero negro—. El abuelo me las entregó cuando me fui de Valle Sombrío rumbo a Storlock. Me dijo que él ya no las necesitaría, y que creía que debían estar conmigo. —Su voz temblaba—. Es raro; solo las acepté por complacerle, pero nunca creí que fuera a usarlas. Ni siquiera lo he intentado.

—No te serviría de nada, Wil. —Flick se giró de nuevo hacia Allanon—. Él lo sabe. Solo Shea puede usarlas. Se vuelven inútiles en manos de cualquier otro.

La expresión de Allanon permaneció inmutable.



—Eso no es del todo cierto, Flick. Pueden ser empleadas por quien las ha recibido, si lo ha hecho a través de una donación libre. Yo se las entregué a Shea para que las usase, cuando le dije que huyera de Val hacia Culhaven. Han estado con él hasta que se las dio a Wil; ahora son de su propiedad. Tiene la capacidad de invocar su poder, al igual que Shea lo hizo en otro tiempo.

Flick se mostró desesperado.

—Puedes devolvérselas —insistió, girándose de nuevo hacia Wil, viendo la confusión de sus ojos—. O puedes confiárselas a cualquier otro; no tienes por qué guardarlas. ¡No tienes por qué embarcarte en semejante locura!

Allanon negó con la cabeza.

—Flick, ya está dentro.

—¿Pero... y mis planes de hacerme curandero? —preguntó Wil repentinamente—. ¿Qué sucede con el tiempo y todo el sacrificio que he invertido en ello? Ser curandero es lo que siempre he querido, y me falta muy poco para conseguirlo. ¿Tengo que renunciar a ello?

—Si no ayudas en este asunto, ¿cómo y cuándo serás curandero? —La voz del druida se endureció—. La labor de un curandero debe ser siempre ayudar en cualquier cosa a su alcance, de la manera que pueda. No es algo que pueda disponer o escoger. Si rehúsas ir y todo lo que he anunciado se cumple, tal y como estoy seguro de que sucederá, ¿cómo podrás seguir con tu vida, siendo consciente de que no has tratado de evitarlo?

Wil se ruborizó.

—¿Y cuándo podré volver?

—No se sabe; tal vez cuando haya pasado mucho tiempo.

—Y si voy contigo, ¿puedes asegurarme que el poder de las piedras élficas será lo suficientemente fuerte como para ayudar a la joven?

El rostro de Allanon se tornó enigmático y sombrío.

—Por desgracia no me resulta posible; las piedras élficas extraen la fuerza de quien las posee. Shea no llegó a probar sus límites; tal vez te toque a ti hacerlo.

—¿No puedes darme ninguna garantía entonces? —preguntó el vallense susurrando.

—Ninguna. —La mirada del druida no se alejó de Wil—. Pero debes venir.

Wil, estupefacto, se recostó en el respaldo del asiento.

—Al parecer no tengo elección.

—¡Claro que la tienes! —protestó Flick irritado—. ¿Vas a dejarlo todo solo por eso? ¿Porque Allanon dice que debes hacerlo? ¿Vas a ir con él tan solo por eso?

Wil levantó la mirada.

—¿No lo hicisteis ya el abuelo y tú con el propósito de ir en busca de la Espada de Shannara?

Flick vaciló. Acto seguido extendió la mano y tomó la de su sobrino, apretándola entre las suyas.

—Has ido demasiado deprisa en esto, Wil. Y mira que te previne de Allanon... Ahora escúchame. Comprendo mejor que tú lo que sucede. Las palabras del druida esconden algo. Lo noto. —Su voz se tensó, formándose profundas arrugas en su rostro—. Me preocupo por ti, por eso te hablo de esta forma. Es como si fueras mi propio hijo; no quiero perderte.

—Lo sé —susurró Wil—. Lo sé...

Flick se enderezó.

—Entonces no vayas. Deja que Allanon encuentre a otro.

El druida negó con un movimiento de cabeza.

—No puedo, Flick, no hay otro. El único posible es Wil. —Sus ojos buscaron de nuevo los del joven vallense—. Debes venir.

—Iré yo por él —se ofreció Flick de manera repentina, con un notorio tono de desesperación en su voz—. Wil puede entregarme las piedras élficas, y yo protegeré a la joven elfa. Allanon, tú y yo ya viajamos antes...

Pero el druida negó con la cabeza.

—Flick, tú no puedes —dijo con suavidad—. Tu corazón es más grande que tu fuerza. El viaje será duro y tedioso, por eso tiene que hacerlo alguien joven. —Hizo una pausa—. Nuestros viajes han terminado, Flick.

Un dilatado silencio siguió a sus palabras. Después, el druida se volvió hacia Wil Ohmsford de manera expectante. El vallense buscó a su tío con la mirada. Se miraron durante un momento, sin hablar. Los ojos grises de Flick se mostraban inseguros, mientras que los de Wil eran ahora firmes. Flick vio que la decisión estaba tomada. De un modo casi imperceptible asintió.

—Debes hacer lo que consideres correcto —musitó, acompañando cada palabra de una inapelable renuencia.

Wil se giró hacia Allanon.

—Iré contigo.

**A**l amanecer, Allanon fue en busca de Wil Ohmsford y le comunicó que debían salir de Storlock lo más pronto posible. El druida estaba ante la puerta de la cabaña con gesto preocupado y sombrío. Wil iba a protestar por una partida tan repentina cuando notó algo en el rostro y la voz del hombre que le hizo ver que no debía hacerlo. Al despedirse la noche anterior, el druida no dejó entrever que hubiera ninguna urgencia; estaba claro que ahora sí la había. Si Allanon había tomado esa decisión era porque se trataba de algo urgente. El vallense empaquetó sus escasas pertenencias sin decir nada y se dispuso a seguir al druida mientras cerraba la puerta tras de sí.

Llovía de nuevo y se avecinaba otra tormenta desde el noroeste. El cielo había amanecido encapotado y de color plomizo. Allanon guio al vallense por el enlodado sendero; envolvía su alta figura en ropas negras y protegía su cabeza con una capucha; miraba hacia el suelo para resguardarse del viento, que cada vez soplaba con más intensidad. Varios stors, vestidos de blanco, los esperaban en el sanatorio con enseres para Wil y provisiones para el viaje. Artaq ya estaba ensillado y sacudía la cabeza impaciente. Allanon lo montó. La precaución con la que se movía delató que las heridas no estaban todavía curadas. A Wil le asignaron un caballo gris llamado Escupidor, tenía ya un pie en el estribo cuando Flick llegó corriendo, sofocado y chorreando gotas de sudor por su barbudo rostro. Rápidamente el tío lo llevó al porche del sanatorio para estar más protegidos de la lluvia.

—Acaban de avisarme —jadeó, secándose las gotas de lluvia que le caían en los ojos—. ¡Me sorprende que se hayan molestado en hacerlo! —Dirigió una mirada airada a Allanon—. ¿Es preciso que os marchéis tan pronto?

Wil asintió.

—Me parece que ha pasado algo y ahora es necesario.

Se veía la frustración y la angustia en los ojos de Flick.

—Todavía puedes cambiar de opinión —susurró de forma ruda, y habría continuado hablando de no ser porque Wil negó con la cabeza—. De acuerdo. Le contaré a tu abuelo lo que ha pasado, aunque estoy seguro de que le desagradará tanto como a mí. Ten cuidado, Wil. No olvides nada de lo que te dije sobre los límites que tenemos todos.

Wil asintió con la cabeza. La despedida fue rápida y brusca, como si temieran que sus verdaderos sentimientos asomaran y con el semblante serio intercambiaron una mirada rápida y abrazos apresurados. Allanon y él se alejaron cabalgando. Flick, los stors y el resto del pueblo se convirtieron en siluetas oscuras que se iban difuminando en la niebla de los bosques del Este hasta desaparecer del todo.

El druida y el vallense cabalgaron hacia el oeste hasta llegar al final de las llanuras de Rabb, después giraron hacia el sur. Allanon solo se detuvo un momento para explicar a Wil que la primera parte del viaje consistiría en seguir el río de Plata, que los conduciría hasta Puerto Refugio, un pequeño pueblo del extremo occidental del Bajo Anar, donde encontrarían a Amberle. El druida no le contó nada más y Wil no hizo preguntas. A medida que se intensificaba la tormenta, la lluvia caía sobre ellos como si estuvieran debajo de una cascada; sin abandonar la protección que les daba el bosque, cabalgaron en silencio con las cabezas inclinadas sobre el cuello de los caballos.

Durante el viaje, Wil no fue capaz de dejar de pensar en lo que había pasado el día anterior. Incluso en ese momento, no estaba seguro de por qué había decidido ir con el druida. Y eso le inquietaba. Al fin y al cabo, debería poder explicar, al menos a sí mismo, por qué había accedido a realizar un viaje tan peligroso. Pero era incapaz. Había tenido tiempo suficiente para razonar sobre qué lo impulsó a tomar esa decisión, pero no lo había hecho. Esas horas podrían haberle ayudado a arrojar cierta luz sobre sus acciones, pero decidió no prestarle mucha atención. Y se sentía confuso, como si se estuviera formando un torbellino de forma disparatada y sin lógica, todo parecía dar vueltas en su mente, todas las emociones se mezclaban y se alejaban de él. No estaban ordenadas de forma clara. Al contrario, vagaban como ovejas extraviadas que él perseguía desesperadamente.

Deseaba convencerse a sí mismo de que había escogido aquel camino porque le necesitaban. Si todo lo que le había dicho Allanon era cierto, y creía que lo era a pesar de las dudas de Flick, él podría ayudar mucho al pueblo de los elfos y, en especial a la joven Amberle. ¿Pero a quién trataba de engañar? No sabía si podría utilizar las piedras élficas que su abuelo le había entregado. ¿Qué pasaría si no lograba alcanzar el poder que las piedras contenían? ¿Qué ocurriría si el druida se había equivocado al creer que podría utilizarlas? La realidad era que había actuado de forma impulsiva y ahora debía asumir las consecuencias. Por otra parte, que tomase una decisión sin pensar no hacía que esta no fuese importante. Si podía ayudar a los elfos, debía hacerlo. Por lo menos tenía que intentarlo. Además, estaba seguro de que su abuelo lo habría hecho. Si Allanon se lo hubiera pedido, Shea Ohmsford habría ido, del mismo modo que fue en busca de la Espada de Shannara. Él no podía actuar de otra forma.

Respiró profundamente. Sí, había tomado la decisión correcta y estaba casi seguro de que lo había hecho por razones justas, aunque ahora le parecieran confusas. De pronto, comprendió que lo que de verdad le preocupaba no era su decisión ni las razones que lo habían llevado a tomarla, sino algo relacionado con Allanon. A Wil le hubiera gustado creer que actuaba por voluntad propia. Pero cuantas más vueltas le daba al tema, más se convencía de que había accedido por imposición de Allanon. Wil, a pesar de las advertencias de su tío, pronunció las palabras como si fueran suyas, hablando con valentía. Sin embargo, una voz en su interior le decía que el

druida tenía preparado de antemano un plan para que las pronunciara, y había llevado la conversación por donde había querido. De alguna manera supo cómo iban a reaccionar el joven vallense y Flick: como discutirían entre ellos y hasta qué punto influirían sus propios comentarios. Sabía todo eso, y lo usó en beneficio propio. En una ocasión Shea le contó a Wil que Allanon tenía el don de ver el interior de otros humanos, de conocer sus pensamientos. Ahora Wil entendía lo que su abuelo le había dicho.

Por eso había accedido. Era algo que no habría podido evitar de ninguna forma. A partir de ahora, se mantendría en alerta ante las hábiles manipulaciones del druida. Siempre que fuera posible, intentaría mirar más allá de lo que dijese o hiciese aquel hombre, para ver las razones que había tras ello y saber adónde quería llevarle. Wil Ohmsford no permitía que nadie lo engañara. Llevaba varios años cuidando de sí mismo y no iba a dejar de hacerlo ahora. Se mostraría precavido ante el druida. Confiaría en él, pero no a ciegas, sino tras meditar lo que le dijese. Es posible que pudiera prestar algún servicio al pueblo de los elfos y a Amberle; no rechazaba esa posibilidad por cómo lo habían involucrado. Pero tendría que tener cuidado al escoger su propia manera de ayudar. Sería él quien decidiese qué intereses debía considerar prioritarios. No volvería a aceptar nada sin pensarlo detenidamente antes.

Levantó la cabeza con cuidado y observó a través de la lluvia la silueta que cabalgaba delante de él: Allanon, el último de los druidas, un hombre procedente de otra época, cuyos poderes ensombrecían a cualquiera que hubiera ahora en el mundo. Y Wil debía confiar y desconfiar de él a la vez. Durante un momento, se sintió abatido. ¿Dónde se había metido? Después de todo, tal vez Flick tenía razón. Quizás debería haber pensado más antes de tomar aquella decisión. Pero ya era demasiado tarde, incluso para arrepentirse. Sacudió la cabeza. No tenía sentido seguir dándole vueltas. Sería mucho mejor cambiar el rumbo de sus pensamientos.

Pero no lo consiguió, a pesar de intentarlo durante todo el día.

La lluvia disminuyó mientras avanzaba el día, hasta cesar por completo en el gris y frío anochecer. Las nubes tormentosas seguían cubriendo el cielo cuando la caída de la noche convirtió el gris en negro. Una densa neblina que vagaba por los límites del bosque como un niño perdido cargaba el ambiente. Allanon giró y los llevó al abrigo de los árboles, donde acamparon en un pequeño claro a unos cientos de pasos del Rabb. Tras ellos, sobresaliendo de entre las copas de los árboles, la oscura muralla de las Wolfsktaag parecía una sombra más intensa que la negrura de la noche. A pesar de la lluvia de todo el día, consiguieron suficiente madera seca para hacer un pequeño fuego, cuyas llamas los ayudaron a entrar en calor en medio de aquel frío. Tendieron sus capas de viaje sobre cuerdas y las ataron cerca los caballos.

Cenaron un poco de carne en conserva, fruta y nueces que les habían dado en Storlock, hablaron muy poco y de nada importante. El druida permanecía sentado, cavilando en silencio, abstraído, como había estado desde que salieron del pueblo, sin mostrar interés en entablar ningún tipo de conversación. Aun así, Wil quería saber

algo más sobre lo que les esperaba y no iba a seguir esperando. Cuando acabó de comer, se acercó un poco más al fuego, asegurándose de que el movimiento llamaba la atención de Allanon.

—¿Podemos hablar? —preguntó con cautela, recordando las historias de su abuelo acerca del imprevisible carácter del druida.

Allanon lo observó impertérrito durante un momento, después asintió.

—Me gustaría que me explicaras algo más sobre la historia del pueblo de los elfos.

Wil decidió empezar la conversación por ahí.

Allanon esbozó una ligera sonrisa.

—Muy bien, ¿qué quieres saber, Wil Ohmsford?

El vallense titubeó.

—Anoche dijiste que aunque en las historias del mundo antiguo solo mencionan a los elfos en los cuentos de hadas y en las leyendas, existieron de verdad. No entiendo aquello que dijiste acerca que los humanos no podían verlos a pesar de estar allí.

—¿No? —El hombre alto parecía divertirse—. Bueno, entonces te lo explicaré. Dicho de una forma sencilla, los elfos siempre han sido criaturas de los bosques, pero antes de las Grandes Guerras lo eran mucho más que ahora. En aquella época, como te conté, eran criaturas mágicas. Poseían la capacidad de camuflarse en el medio que los rodeaba de una forma bastante natural, como si fuesen arbustos o plantas, podías pasar junto a ellos cientos de veces sin darte cuenta de que estaban allí. Los humanos no podían verlos porque no sabían cómo buscarlos.

—¿Entonces no eran invisibles?

—No exactamente.

—Solo difíciles de ver.

—Sí, eso es —contestó el druida con tono de fastidio.

—¿Y por qué ahora se les puede ver sin problemas?

Allanon se enderezó.

—No estás prestando atención. Aunque en el mundo antiguo los elfos eran criaturas mágicas como todas las criaturas sobrenaturales, ya no lo son. Ahora son mortales, como tú y como yo. Han perdido la magia.

—¿Y cómo sucedió eso?

Wil apoyó los codos sobre las rodillas y puso la cabeza entre las manos, adoptando la postura de un niño curioso.

—Es complicado de explicar —le previno el druida—. Pero ya veo que no pararás hasta que lo haga, así que lo intentaré.

Se inclinó un poco hacia delante.

—Después de crear a Ellcrys, tras la expulsión de las criaturas de la magia del mal, los elfos y otros seres sobrenaturales parecidos a ellos volvieron a separarse. Era lógico que eso sucediese, se habían unido con el propósito de vencer un enemigo común; y después de lograrlo, no tenía mucho sentido que siguieran juntos. A

excepción de la preocupación por conservar la tierra en la que vivían, no tenían mucho más en común. Cada especie tenía su propia forma de vida, sus costumbres e intereses. Los elfos, los enanos, los duendes, los gnomos, los trolls, los hechiceros y todos los demás, eran tan diferentes entre sí como los animales del bosque de los peces del mar.

»La humanidad se encontraba aún en una etapa primitiva de la que no saldría hasta cientos de años después. Las criaturas sobrenaturales no prestaban mucha atención a los humanos y, en realidad, no parecían tener motivos para ello. Después de todo, en esa época los humanos no eran más que una forma superior de vida animal, poseían una inteligencia innata mayor que la de otros animales, pero tenían los instintos menos aguzados. Por ello, los elfos y sus semejantes no imaginaron la influencia que los humanos llegarían a tener sobre el desarrollo de la tierra.

El druida hizo una pausa.

—Si lo hubieran sospechado, habrían prestado más atención a las diferencias entre ellos y los humanos. Había dos diferencias fundamentales. Los humanos procreaban con mayor rapidez que los elfos y sus semejantes. Los elfos, por ejemplo, eran uno de los pueblos más numerosos entre los que tenían magia y sus vidas eran muy largas, lo que provocó una escasez de nacimientos. Era habitual que en muchas de las clases de criaturas con magia se produjera un nacimiento cada varios cientos de años. Pero los nacimientos de los humanos eran frecuentes y había varios en cada familia, por lo que su población creció rápidamente. Al principio, los seres con magia superaban con creces a los humanos, pero, en unos mil años, la situación se invirtió drásticamente. A partir de ese momento, la población humana se multiplicó de forma exponencial, mientras que las de los seres mágicos empezó a disminuir.

»La segunda diferencia entre las criaturas mágicas y los hombres residía en la capacidad de adaptación, o la falta de ella. Los elfos, cuyo hogar eran los bosques, apenas salían del abrigo de los árboles. Ocurría lo mismo con los demás. Desde siempre, los límites de la zona geográfica que habitaba cada uno estaban bien definidos. Algunos vivían en los bosques, otros en los ríos y los mares, algunos en las montañas o en las llanuras. Su forma de vida se había adaptado al lugar donde se habían establecido; no podían vivir en otro lugar, y tampoco querían hacerlo. Los humanos, en cambio, poseían una mayor habilidad de adaptación; su vida se había extendido por todos aquellos lugares: los bosques, los ríos, las montañas y las llanuras. Fueron extendiéndose conforme su población crecía y se adaptaron a cualquier cambio del ambiente. Los elfos y los demás seres mágicos, resistieron los cambios.

Allanon guardó silencio y esbozó una sonrisa.

—Hubo un tiempo, Wil Ohmsford, en que la vida en el mundo antiguo era muy parecida a la de ahora; cuando los humanos vivían y trabajaban y se divertían como lo hacen las razas en este mundo. ¿Te parece extraño?

Wil asintió.

—Un poco, supongo.

El druida movió la cabeza.

—Ese tiempo existió. En aquel momento, los elfos deberían haberse presentado a los humanos y unirse a ellos para moldear juntos el mundo. Pero ni ellos ni sus semejantes lo hicieron, prefirieron permanecer escondidos en los bosques, observando, confiando en que el desarrollo de la humanidad no afectaría a su existencia. Como los humanos no poseían poderes mágicos y sus costumbres no eran destructivas, al menos en aquel entonces, no los consideraban una amenaza. Así que los elfos decidieron no alterar su política de aislamiento, convencidos, absurdamente, de que siempre sería así, lo cual supuso su ruina. La población humana continuó aumentando y avanzando. Con el tiempo descubrieron la existencia de los elfos y el resto de criaturas mágicas que, por haber optado por permanecer escondidos, se ganaron la desconfianza de los humanos. Los consideraban seres de mal agüero, llenos de intenciones aviesas, que se dedicaban a espiarlos y a conspirar contra ellos, y cuyo pasatiempo preferido consistía en entorpecer la vida de los humanos que tanto trabajaban. Algunas acusaciones se basaban en hechos reales, ya que varias criaturas sobrenaturales se divertían martirizando a los humanos con pequeños actos mágicos, pero, por regla general, era una reputación inmerecida. A pesar de todo, los elfos y sus compañeros decidieron ignorar todo eso, no les preocupaba la actitud de los humanos hacia ellos. Toda su atención se centraba en la preservación y protección de la tierra y los seres vivos que la habitaban, lo cual podían lograr fácilmente, a pesar de los sentimientos que los humanos albergaban hacia ellos.

»Después, la situación empezó a cambiar. Los humanos continuaron ocupando la tierra cada vez más rápido, multiplicándose, expandiéndose, construyendo ciudades y fortalezas, navegando los mares hacia nuevos lugares, transformando en fértil el campo estéril que los rodeaba. Por primera vez, lograron modificar la tierra, cambiando regiones enteras para adaptarlas a sus necesidades para sobrevivir. Los elfos tuvieron que esconderse cada vez más en los bosques que habitaban, a medida que los humanos talaban árboles y arbustos. La expansión de los hombres redujo considerablemente los lugares donde habitaban las criaturas mágicas, hasta que, finalmente, algunos de ellos ya no tenían donde vivir.

—¿Pero no opusieron resistencia a esa invasión? —interrumpió Wil.

—Ya era demasiado tarde —respondió Allanon con una triste sonrisa—. Para entonces, un gran número de seres mágicos se había extinguido, algunos por falta de descendencia, otros por su incapacidad de adaptación. Los que quedaban no pudieron unirse como lo habían hecho en otra época; habían transcurrido cientos de años desde la contienda contra las criaturas de la magia del mal, y se habían dispersado por toda la tierra, y no tenían contacto entre ellos desde hacía tiempo. Lo peor de todo era que ya no poseían poderes mágicos. Cuando surgió la magia del mal en la tierra, la magia del bien fue imprescindible, pero una vez desterrado el mal, desapareció esa necesidad. Las criaturas fantásticas dejaron de usarla hasta que, con el paso del



tiempo, la olvidaron casi por completo. Como los seres humanos no poseían capacidades mágicas de ningún tipo, los elfos y los demás seres no consideraban necesario emplear la poderosa magia que habían utilizado para derrotar a sus enemigos. Cuando la volvieron a necesitar ya la habían perdido. Por eso su resistencia a la expansión humana fue tan débil. Al principio trataron de evitarlo usando el poco poder que les quedaba, pero fue inútil. Había muchos humanos y ya quedaban muy pocos seres mágicos. La magia resultó ineficaz. Les proporcionó pequeñas victorias, breves treguas, poco más. Acabaron siendo derrotados, empujados fuera de sus hogares hacia otros nuevos o hacia la muerte; desplazados por la ciencia y la tecnología contra lo que se creía que era algo irreal.

—¿Y qué ocurrió con los elfos? —preguntó en voz baja Wil.

—Aprendieron a sobrevivir. Su población disminuyó de forma notable, pero no se extinguieron como muchos otros. Continuaron su vida en los bosques, introduciéndose cada vez más en ellos, procurando esconderse de los humanos que habían llegado a ocupar casi toda la tierra. Contemplaron horrorizados cómo se destruía su mundo, la explotación de recursos y de vida animal, la alteración profunda e irreversible de su equilibrio ecológico. Vieron las persistentes guerras entre humanos, cuando los distintos gobiernos luchaban para ejercer su dominio sobre otros. Observaron, esperaron y se prepararon; porque sabían cómo terminaría todo aquello.

—Las Grandes Guerras —dijo el vallense adelantándose al druida.

—Las Grandes Guerras —asintió Allanon—. Los elfos predijeron que sucederían. Para protegerse del holocausto que vino después, aprovecharon la poca magia que poseían, junto con tesoros cuidadosamente elegidos del pasado, entre los que se encontraba Ellcrys. Fue un esfuerzo importante que les permitió sobrevivir, casi todas las demás criaturas mágicas fueron destruidas. Un pequeño número de humanos también logró sobrevivir, pero no por su prudencia o previsión, sino porque había tantos, y ocupaban tal cantidad de espacio en el mundo, que el holocausto no los alcanzó. Sin embargo, las guerras destruyeron sus construcciones, arrasaron su amplia y extensa civilización. El antiguo mundo se transformó en una tierra baldía y desolada.

»Durante cientos de años, la vida se redujo a una lucha salvaje por sobrevivir. Las pocas criaturas que superaron las guerras tuvieron que adaptarse al nuevo entorno que los rodeaba, un ambiente primitivo en el que la naturaleza había sido alterada de tal manera que resultaba irreconocible. La humanidad cambió para siempre. De la antigua raza de los humanos nacieron nuevas y diversas razas: hombres, enanos, gnomos y trolls. Se creía, y todavía hoy muchos lo creen, que los elfos fueron una quinta raza nacida tras el holocausto. Para estas nuevas razas, fue el principio de la vida. Gran parte de la historia del mundo antiguo se olvidó rápidamente; sus costumbres, abandonadas. Los elfos, por el contrario, conservaron gran parte de su historia y tradiciones. Solo perdieron los poderes mágicos; pero esta vez los perdieron

por un buen motivo. Su necesidad de adaptación les provocó cambios que de otra forma no se hubieran producido, los cuales los acercaron cultural y psicológicamente a las nuevas razas. Los renacidos humanos y los elfos que sobrevivieron fueron asimilando el nuevo mundo hasta que al final, sin que pudieran evitarlo, se convirtieron casi en lo mismo.

»Casi mil años después de que las Grandes Guerras terminaran, las nuevas razas empezaron a salir de la vida primitiva que habían llevado mientras intentaban sobrevivir a los efectos secundarios del holocausto, los elfos permanecieron a su lado. Ya no se refugiaban en los bosques como simples espectadores de la evolución del mundo, iban a contribuir en su progreso, trabajando con las nuevas razas para evitar que tomaran otra vez el camino que los había llevado a casi acabar con la vida. Para eso, los elfos, a través del druida Galaphile, convocaron el Primer Consejo de Paranor; trataron de apartar a las demás razas de la irresponsable investigación de las viejas ciencias de energía y poder, aconsejándoles que, en vez de eso, se acercasen de forma más precavida a los misterios de la vida. Intentaron recuperar los poderes mágicos que habían perdido, creyendo que les ayudarían a preservar el nuevo mundo y su vida.

—Pero los elfos no tienen poderes mágicos —le recordó Wil—. Solo los poseían los druidas.

—Los druidas y unos pocos más repartidos por toda la tierra —le corrigió Allanon. Pareció perder el hilo, pero lo recuperó tras un instante. Retomó el discurso con voz distante—. Los druidas no tardaron en percatarse de los peligros que van siempre con la búsqueda de la magia perdida. Un druida llamado Brona fue el ejemplo más claro. Su afán por explorar los límites de la magia lo destruyó, creando al ser que conocemos como el Señor de los Brujos. Cuando los druidas comprendieron en qué lo había convertido su sed de magia, abandonaron cualquier incursión en la magia desconocida. La magia que había encontrado no era buena ni mala, era simplemente poderosa, demasiado poderosa para que los mortales pudieran utilizarla. La olvidaron por un tiempo. Después, Brona encerró a todos los druidas en Paranor y los asesinó, desatando la Segunda Guerra de las Razas. Solo quedó Bremen para enseñar magia. Cuando él desapareció, quedé yo...

Se le quebró la voz un instante. Sus oscuros ojos parecían una línea mientras miraba fijamente el pequeño fuego que ardía junto a sus pies. A continuación, se giró una vez más hacia Wil.

—¿Hay algo más que quieras saber, vallense? —dijo en un tono rudo, casi airado.

Su aspereza sorprendió a Wil, pero mantuvo la mirada firme, tratando de aguantar la del druida.

—¿Qué más puedes contarme? —susurró.

Allanon no contestó, solo esperó. Mientras los dos hombres se observaban, se produjo un largo e incómodo silencio tras el cual, el vallense apartó la vista para remover con aire ausente las ascuas del fuego con el tacón de la bota.

—¿Y las criaturas que están encerradas tras la Prohibición? —preguntó después—. ¿Cómo han sobrevivido durante tantos años? ¿Por qué no han desaparecido?

La expresión de Allanon continuó sombría.

—Llámalos demonios, porque eso son ahora. No fueron expulsados a ningún lugar determinado, fueron enviados a un negro vacío que está más allá del mundo de los vivos. En esa oscuridad no existe el paso del tiempo que hace envejecer o morir. Los elfos no se dieron cuenta de esto, supongo, o quizá no le dieron importancia; su única preocupación era desterrar el mal de su mundo. En cualquier caso, los demonios no murieron; más bien se multiplicaron. El mal inherente a ellos se alimentó y aumentó hasta engendrar un nuevo tipo de vida, porque el mal cuida de sí mismo, valse, progresa. El mal no se destruye encerrándolo, porque se alimenta de sí mismo, crece en su confinamiento, aumenta y gruñe hasta que logra escapar, y entonces... vuelve a moverse en libertad.

—¿Y su magia? —volvió a preguntar Wil—. ¿También ha crecido?

Parte de la seriedad desapareció del rostro del druida, que asintió con la cabeza.

—Nutrida de la misma forma y desarrollada por la práctica, porque los seres malignos luchaban entre ellos en su prisión, enloquecidos por la necesidad de dar rienda suelta al odio acumulado por lo que les habían hecho.

Ahora fue el vallense quien guardó silencio. Bajó el rostro hacia las sombras, rodeándose las rodillas con los brazos y apretando las piernas contra el pecho. Se oyó el trueno débil y distante que procedía del este, pertenecía a la tormenta que había tras el muro quebrado de las Wolfsktaag.

En el oscuro rostro de Allanon apareció un atisbo de intranquilidad al contemplar al joven. Se inclinó hacia delante una vez más.

—¿Están todas tus preguntas contestadas por ahora, Wil Ohmsford?

El vallense se sobresaltó.

—No —dijo levantando de golpe la cabeza—. No, me queda una más.

Allanon frunció el ceño.

—Bueno, entonces hazla —dijo contrariado.

Wil titubeó, reflexionando sobre si debía o no seguir adelante con aquello. Decidió hacerlo, pero eligió las palabras con cuidado.

—Todo lo que me has contado sugiere que los demonios suponen un reto desmesurado para los elfos. Deduzco, a partir de las consecuencias de tu encuentro con ellos, que son rivales difíciles incluso para ti. —El rostro del hombre alto reflejaba ansiedad, pero Wil continuó hablando—. Si acompaño a la joven Amberle en busca del Fuego de Sangre, como me has pedido, es de esperar que nos persigan. Supongamos que nos encuentran. ¿Qué posibilidades hay en un enfrentamiento con ellos, Allanon? Aunque tenga las piedras élficas, ¿cuáles son las posibilidades que están a mi alcance? Antes no me lo dijiste. Hazlo ahora.

—Bien. —El druida se echó un poco hacia atrás, con el rostro oscuro y demacrado, impasible a la luz del fuego—. Sabía que la conversación llegaría a este

punto.

—Por favor, respóndeme.

Allanon cabeceó con expresión pensativa.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —El vallense repitió incrédulo las palabras.

El druida pestañeó.

—Para empezar, espero mantenerlos lejos de vosotros. Si no pueden encontraros, no podrán haceros daño. Por el momento no saben nada de ti, intentaré que siga siendo así.

—Pero si me encuentran, ¿qué ocurrirá?

—Si eso sucede, tienes las piedras élficas —dijo vacilante—. Comprende esto, Wil. Las piedras élficas pertenecen al mundo antiguo, ya existían cuando los elfos derrotaron por primera vez a esas criaturas. El poder de las piedras depende de la fuerza de la persona que las lleva. Son tres: una es el corazón, otra la mente y otra el cuerpo de quien las usa. Las tres deben formar una unidad; cuando esto se hace bien, el poder liberado es extraordinario. —Miró al vallense de forma incisiva—. ¿Ves por qué no puedo contestar a tu pregunta? La fuerza de tu defensa contra tus enemigos depende de ti; debe proceder de tu interior, no de las piedras en sí, y yo no puedo saber lo que hay en ti. Solo tú puedes hacerlo. Aunque te diré que creo que serás un hombre tan importante como tu abuelo, y nunca he conocido a nadie mejor, Wil Ohmsford.

El vallense contempló al druida en silencio durante un momento; después, desvió la vista hacia el fuego.

—Yo tampoco —susurró.

Allanon esbozó una leve sonrisa.

—Tu abuelo parecía tener muy pocas posibilidades cuando salió en busca de la Espada de Shannara. Él mismo te lo diría. El Señor de los Brujos sabía de su existencia desde el principio; los Portadores de la Calavera fueron hasta el valle en su busca. Lo persiguieron durante todo el camino. Sin embargo, logró sobrevivir, y lo hizo a pesar de todo lo que dudaba. —Estiró el brazo y apoyó la mano sobre el hombro de Wil. Sus profundos ojos resplandecieron a la luz del fuego—. Pienso que tienes posibilidades. Creo en ti. Ahora debes empezar a hacerlo tú también.

Retiró la mano y se levantó.

—Ya hemos hablado bastante por esta noche —dijo—. Ahora necesitas dormir, mañana nos espera un largo camino. —Se envolvió en sus ropas negras—. Me quedaré haciendo la guardia.

Comenzó a apartarse del muchacho.

—Puedo hacerla yo —se ofreció Wil, recordando las heridas del druida.

—Tú tienes que dormir —gruñó el druida mientras las sombras de la noche se lo tragaban.

Wil reflexionó unos segundos y sacudió la cabeza. Extendió las mantas junto al

fuego, se envolvió en ellas y se acostó, pero intentó no dormir. Todavía tenía que pensar en lo que Allanon le había contado esa noche, no se dormiría hasta estar seguro de lo que debía creer y lo que no, hasta estar convencido de saber qué hacía allí exactamente. Aguantaría despierto toda la noche si era preciso.

Dejó que sus ojos se cerraran un momento, y se durmió en el acto.

Volvieron a ponerse en marcha al alba. Aunque el cielo estaba despejado, azul y la luz del sol lo iluminaba todo, la tierra seguía húmeda por la lluvia del día anterior. La pareja se dirigía hacia el sur siguiendo el borde del río Anar. El vacío terroso del Rabb resaltaba los verdes prados, y la brisa matutina llevaba suavemente hacia ellos el delicioso olor de los árboles repletos de fruta.

Ya era por la tarde cuando llegaron al legendario río de Plata, donde se encontraron con un grupo de enanos zapadores que estaban ocupados construyendo un puente en una zona de mucha vegetación. Tras dejar a Wil y a los caballos escondidos en un pequeño bosque de abetos, el druida se acercó hasta la orilla del río para hablar con los enanos. Estuvo un rato charlando con ellos y, cuando volvió, parecía preocupado. Solo después de reemprender el viaje sobre los caballos y alejarse lo suficiente de aquel lugar siguiendo el curso del río, le contó a Wil que les había advertido del peligro que corrían los elfos y les había solicitado ayuda urgente. Uno de los enanos reconoció al druida y le prometieron que enviarían refuerzos, pero reunir una fuerza notable requería tiempo...

Allanon no quiso hablar más del tema. Poco después atravesaron el río de Plata por una zona poco profunda, donde sobresalía un banco de arena y unas rocas frenaban la corriente, lo cual les permitió cruzar sin peligro. Desde allí, se dirigieron al sur cabalgando a paso moderado, mientras veían cómo se iban alargando sus sombras según avanzaba el día. El sol estaba a punto de ponerse cuando, en la cima de un montículo cubierto de árboles, Allanon tiró de las riendas de Artaq y desmontó. Wil lo imitó y condujo a Escupidor a unos pasos de donde estaba el druida. Ataron los caballos en una arboleda de nogales y caminaron hasta un montículo de rocas que dividía el muro de árboles. Allanon fue el primero en trepar por las rocas y observó los alrededores, seguido muy de cerca por el muchacho.

A sus pies se extendía un amplio valle en forma de herradura, cuyo suelo y laderas estaban densamente pobladas de vegetación, pero abiertas por el oeste a las praderas que habían sido labradas y sembradas. En la bifurcación entre el bosque y el prado se hallaba un pueblo atravesado por un estrecho riachuelo que salía del bosque y se dirigía al norte hasta los terrenos cultivados, irrigando con su agua el suelo en docenas de zanjas perfectamente excavadas. Hombres y mujeres, minúsculos desde la distancia para los dos observadores, se movían afanosamente en la pequeña comunidad. Más hacia el sur, las praderas daban paso a unas tierras bajas salpicadas de rocas que se extendían hasta perderse en el horizonte.

—Puerto Refugio —dijo Allanon, señalando el pueblo y las plantaciones. Desvió un poco el dedo y apuntó hacia las tierras más lejanas—. Allí al fondo está monte

Batalla.

Wil asintió.

—¿Qué hacemos ahora?

El druida se sentó cómodamente.

—Esperaremos a que anochezca. Cuanta menos gente nos vea, mejor. Los stors no dirán nada, pero estas personas podrían hablar más de la cuenta. El secreto es todavía nuestro mejor aliado, y no tengo intención de perderlo si no es necesario. Llegaremos rápido y en silencio y nos marcharemos de la misma manera. —Levantó la vista hacia el sol, que ya empezaba a descender—. Solo falta una hora.

Permanecieron sentados en silencio hasta que el sol casi había desaparecido tras la línea de árboles, y la sombra gris del crepúsculo empezó a extenderse sobre el valle. Al fin, Allanon se levantó. Volvieron al lugar donde habían dejado los caballos, los montaron otra vez y reanudaron la marcha. Durante un tiempo se encaminaron hacia el este, rodeando el valle hasta llegar a una zona de espesa arboleda situada en la pendiente que ocultaba un estrecho puente. Comenzaron a bajar por allí. Permitieron que los caballos eligieran el camino y avanzaron lentamente, esquivando los árboles a medida que oscurecía. Wil se desorientó muy pronto, pero Allanon parecía saber con exactitud dónde iban, por lo que no aflojó la marcha.

Una vez alcanzaron el valle, el camino fue más fácil. El cielo estaba despejado y la luna los iluminaba a través de los huecos que dejaban las copas de los árboles, los pájaros nocturnos emitían agudos sonidos a su paso. El olor a madera impregnaba el dulce aire. Wil empezó a adormecerse.

Finalmente vieron algunas lucecitas amarillas dispersas, que se deslizaban a través de la barrera de árboles, y los débiles ecos de unas voces quebraron el silencio. Allanon desmontó e hizo una señal a Wil para que lo imitase; continuaron a pie guiando a los caballos por las bridas. El bosque, libre de maleza y madera seca, se aclaró notablemente, y se encontraron ante un muro bajo de piedra con una puerta de madera. Una línea de siemprevivas lo bordeaba e impedía casi por completo la visión de lo que había detrás, aunque Wil lo reconoció como el límite oriental del pueblo y supo que las luces amarillas eran las llamas de las lámparas de aceite.

Ataron los caballos a un poste de hierro, junto al muro. Allanon puso un dedo sobre sus labios. Con sigilo, cruzaron la pequeña puerta de madera.

Lo que encontraron al otro lado hizo que Wil se parara en seco. Ante ellos había unos enormes jardines escalonados, cuyas hileras de flores multicolores brillaban incluso bajo la pálida luz de la luna. Un camino de piedra, en el que brillaban motas plateadas, recorría sinuosamente los jardines hasta un conjunto de bancos de madera y desde allí se abría paso hasta una pequeña cabaña de madera y piedra. Tenía una sola planta con buhardilla y el típico porche abierto en la parte frontal. Abundantes macetas repletas de plantas colgaban bajo las ventanas enrejadas; los arbustos bordeaban las toscas paredes. Ante la casa crecían tejos rojizos y abetos azules. Del porche salía un segundo sendero que pasaba bajo el arco de un majestuoso abedul

blanco y desaparecía detrás de un seto hacia un camino más lejano. Las centelleantes luces de las otras casas rompían la oscuridad de la noche en la lejanía.

Wil contempló el paisaje extasiado. El color y la vida invadían todos los rincones, como si el lugar hubiera sido sacado de un cuento infantil. Mantenía un orden perfecto.

Miró a Allanon con la intención interrogarle con la mirada. El druida borró de su cara una sonrisa burlona y le hizo un gesto para que lo siguiera. Continuaron el camino a través de los jardines hasta los bancos y siguieron hacia la cabaña. La luz se filtraba a través de las ventanas de la casa, incluso con las cortinas echadas, y de dentro llegaba el sonido de unas voces suaves y bajas; no, se corrigió Wil a sí mismo, eran voces de niños. El descubrimiento lo sorprendió tanto que estuvo a punto de no ver al enorme gato romano que estaba tumbado en el primer escalón del porche. Se detuvo justo a tiempo para no pisarlo, el animal alzó la cara bigotuda y lo contempló con insolencia. Otro gato, negro azabache, atravesó corriendo el porche y desapareció entre los arbustos sin hacer ruido. El druida y el vallense subieron los escalones del porche y avanzaron hasta la puerta principal mientras en el interior las voces de los niños se transformaban en risas agudas.

Allanon golpeó con firmeza la puerta y las voces enmudecieron. Del otro lado llegó un ruido de pisadas que se acercaban y se detuvieron junto a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz suave mientras la cortina estampada que cubría la mirilla de vidrio se apartaba ligeramente.

El druida se inclinó hacia delante para que la luz del interior iluminase su serio rostro.

—Soy Allanon —respondió.

Hubo un silencio seguido del sonido del cerrojo al descorrerse. La puerta se abrió y tras ella apareció una joven elfa. Era muy menuda incluso para ser elfa; su cuerpo esbelto estaba bronceado por el sol. El cabello castaño le caía en cascadas hasta la cintura, enmarcando un rostro infantil que delataba inocencia y conocimiento. Sus ojos, verdes, vivos y profundos, se posaron rápidamente en Wil para dirigirse de nuevo al druida.

—Allanon desapareció de las Cuatro Tierras hace más de cincuenta años. — Aunque su voz era firme, el temor se intuía en sus ojos—. ¿Quién eres?

—Soy Allanon —repitió. Dejó transcurrir un momento de silencio—. ¿Quién más podría haberte encontrado aquí, Amberle? ¿Alguien más habría descubierto que tú eras uno de los Elegidos?

La elfa lo contempló en silencio con los ojos fijos. Cuando intentó hablar, no logró articular ninguna palabra. Unió sus manos con fuerza en un visible esfuerzo por tranquilizarse.

—Los niños se asustarán si los dejo solos. Tengo que acostarlos. Esperad aquí, por favor.

A continuación, se oyeron varios piecitos arrastrándose al otro lado de la



puerta, junto con el débil murmullo de voces agitadas. Amberle se volvió y entró en la cabaña. Oyeron su voz tenue y suave a medida que conducía a los niños por la escalera de madera hacia la buhardilla. Allanon se dirigió a un banco de ancho respaldo que había al otro lado del porche y se sentó en él. Wil permaneció donde estaba, de pie junto a la puerta, escuchando los ruidos que producían la joven y los niños en el interior, pensando que también ella era una niña.

Poco después volvió, salió al porche y cerró la puerta de la cabaña tras de sí. Miró a Wil, que sonrió con azoramiento.

—Este joven es Wil Ohmsford —informó la voz de Allanon flotando en la oscuridad—. Estudia en Storlock para convertirse en curandero.

—Hola... —comenzó a decir Wil, pero ella ya lo había sobrepasado y se dirigía hacia el hombre alto.

—¿Por qué has venido aquí, druida? Si es que realmente eres un druida —preguntó. Una mezcla de enojo e inseguridad asomaba en su voz—. ¿Te envía mi abuelo?

Allanon se irguió.

—Podemos sentarnos en los jardines mientras hablamos.

La joven dudó un segundo antes de asentir. Los condujo desde el porche hasta los bancos desandando el mismo camino de piedra que acababan de recorrer. Al llegar se sentó, frente al druida y con Wil un poco alejado. El vallense había comprendido que su papel en aquella confrontación se reducía al de espectador.

—¿Por qué estás aquí? —repitió Amberle, con una voz un tanto más alterada que antes.

Allanon se ciñó la túnica.

—Para empezar, nadie me ha enviado. Estoy aquí por decisión propia. He venido a pedirte que vuelvas conmigo a Arborlon. —Hizo una pausa—. Hablaré sin rodeos. Ellcrys se está muriendo, Amberle. La Prohibición empieza a resquebrajarse, el mal que encierra trata de escapar. Los demonios pronto invadirán la Tierra del Oeste. Solo tú puedes evitarlo. Eres la última que queda de los Elegidos.

—La última... —susurró, pero las palabras rascaron su garganta.

—Han muerto todos. Los demonios los encontraron y los mataron. Ahora te buscan a ti.

Su cara se quedó inmovilizada por el espanto.

—¡No! ¿Qué artimaña es esta, druida? ¿Qué treta...? —Amberle enmudeció. Las lágrimas que brotaron de sus ojos y resbalaron por su rostro infantil cortaron su frase. Se las secó enseguida—. ¿De verdad están muertos? ¿Todos?

El druida asintió.

—Debes venir conmigo a Arborlon.

Ella negó con la cabeza.

—No, ya no soy una de los Elegidos. Tú lo sabes.

—Sé que desearías que fuese así.

Los ojos verdes destellaron con enojo.

—No importa lo que yo desee. He dejado de servirla; todo eso quedó atrás. Ya no soy una Elegida.

—Elcrys te eligió para que lo hicieras —insistió Allanon en tono sobrio—. Es a ella, en todo caso, a quien le corresponde decidir si debes transportar la semilla en busca del Fuego de Sangre, para que pueda renacer y la Prohibición se restaure. Ella debe decidir; ni tú ni yo.

—No volveré contigo —repitió Amberle.

—Debes hacerlo.

—No lo haré. Nunca volveré. Ahora mi casa es esta; esta mi gente. Es la decisión que he tomado.

El druida movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Tu hogar estará donde tú lo establezcas. Tu gente, quien tú desees, pero hay responsabilidades que no te permiten elegir, que no dependen de tu consentimiento. Esto es así. Eres la última de los Elegidos; la última esperanza para los elfos. No puedes huir de eso, ni esconderte, ni cambiarlo.

Amberle se levantó, se alejó un paso y le dio la espalda.

—Tú no lo entiendes.

Allanon la miró.

—Lo entiendo mejor de lo que crees.

—Si fuese así, no me pedirías que volviese. Salí de Arborlon con la certeza de que nunca volvería. A los ojos de mi madre, de mi abuelo y de mi pueblo estoy deshonrada. Hice algo imposible de perdonar: rechacé el obsequio de ser una de los Elegidos. Aunque lo deseara, y no lo deseo, eso no puede dejarse a un lado. El pueblo de los elfos posee un profundo sentido de la tradición y del honor. Nunca aceptarán lo ocurrido. Aun sabiendo que todos iban a morir y que solo yo podía salvarlos, se negarían a que volviese. Soy una exiliada, y eso no cambiará.

El druida se levantó y se situó ante la joven con su alta y negra figura empequeñeciendo la de ella por contraste. Sus ojos aterradores se clavaron en los de Amberle.

—Tus palabras son imprudentes. Tus argumentos carecen de contenido y los expones sin convicción. No son propios de ti. Sé que eres más fuerte de lo que muestras.

Aguijoneada por la reprimenda, Amberle se enfureció.

—¿Qué es lo que quieres de mí, druida? ¡Tú no sabes nada! —Se acercó a él, con sus ojos verdes cargados de ira—. Soy maestra de niños. Has visto algunos esta noche. Vienen en grupos de seis u ocho y se quedan conmigo durante una estación. Sus padres los dejan conmigo y me confían su cuidado. Mientras están a mi cargo intento transmitirles mis conocimientos sobre los seres vivos. Les enseño a amar y a respetar el mundo en el que han nacido: la tierra, el mar, el cielo y toda la vida que se encuentra allí. Empezamos con algo sencillo, como este jardín, y terminamos con la

complejidad que circunda la vida humana. Lo que yo hago desprende amor. Soy una persona sencilla con un simple don que puedo compartir con otros. Un Elegido no comparte nada con los demás, por eso yo nunca fui una Elegida, ¡nunca! Fui una Elegida porque se me pidió que lo fuera, no porque yo deseara serlo. He dejado todo atrás. He hecho de este pueblo y de su gente el objetivo de mi vida. Esto es lo que soy. Este es mi lugar. No renunciaré a eso.

—Es posible. —La voz del druida sonó calmada y firme, ajena a la ira que ella mostraba—. ¿Pero vas a volver la espalda a los elfos solo por eso? Sin ti se extinguirán. Resistirán y lucharán como hicieron en el viejo mundo cuando el mal los amenazó por primera vez, pero ahora no poseen la magia para apoyarse. Ahora los destruirán por completo.

—Me han encomendado cuidar de estos niños... —comenzó a decir la joven con precipitación, pero Allanon alzó la mano.

—¿Qué crees que sucederá cuando los elfos sean abatidos? ¿De verdad crees que los malignos se contentarán con quedarse dentro de las fronteras de la Tierra del Oeste? ¿Qué les ocurrirá entonces a los niños?

Amberle le observó con firmeza, callada durante un momento; después se dejó caer sobre el banco otra vez. Las lágrimas brotaron de sus ojos, que cerró con fuerza.

—¿Por qué fui Elegida? —preguntó suavemente, casi en un susurro—. No había razones para ello. Yo no lo buscaba y había otros muchos que sí. —Juntó las manos sobre el regazo—. Fue una ironía, druida, una broma. ¿Te das cuenta? Ninguna joven había sido Elegida durante quinientos años. Solo muchachos. Y entonces fui Elegida yo; fue un error absurdo y cruel. Un fallo, a fin de cuentas.

El druida contempló los jardines con el rostro de nuevo imperturbable.

—No fue una equivocación —respondió, aunque Wil creyó que estaba hablando para sí mismo. Después se volvió a mirarla—. ¿Qué te asusta tanto, Amberle? Tienes miedo, ¿verdad?

Ella no levantó el rostro ni abrió los ojos. Asintió con la cabeza.

Allanon volvió a sentarse. Esta vez su voz fue más dulce.

—El miedo forma parte de la vida, pero hay que hacerle frente, no esconderse de él. ¿Qué es lo que te da miedo?

Se produjo un largo silencio. Wil se inclinó hacia delante en su banco, un poco alejado.

Por fin, Amberle habló, murmurando las palabras.

—Ella.

El druida frunció el ceño.

—¿Ellcrys?

Amberle no contestó. Se llevó las manos a la cara y enjugó las lágrimas con ellas. Abrió los ojos y se volvió a levantar.

—Y si accedo a viajar contigo a Arborlon, si acepto enfrentarme a mi abuelo y a mi pueblo, si voy a ver a Ellcrys por última vez, si hago todo lo que me pides y ella

no me da la semilla, ¿qué ocurrirá?

Allanon se enderezó.

—Entonces puedes volver a Puerto Refugio y no volveré a molestarte.

—Lo meditaré.

—No hay tiempo para pensar —insistió Allanon—. Debes decidirlo ahora, esta misma noche. Los demonios te están buscando.

—Lo meditaré —repitió ella. Sus ojos se posaron en Wil—. ¿Qué tienes que ver tú en esto, curandero? —Wil se dispuso a responder, pero la rápida sonrisa de ella lo detuvo—. Da igual. De alguna forma presiento que estamos en una situación parecida. Sabes lo mismo que yo.

Menos, quiso decirle Wil, pero ella ya le daba la espalda.

—No tengo sitio para vosotros en mi casa —le dijo a Allanon—. Si os parece bien, podéis dormir aquí. Mañana continuaremos la conversación.

Comenzó a andar hacia la cabaña, con el cabello castaño ondulando sobre su espalda.

—¡Amberle! —gritó el druida.

—Mañana —respondió sin detenerse.

Tras cerrar la puerta desapareció, dejando al druida y al vallense mirando en su dirección desde la oscuridad.

La criatura fue a por Wil a través de la perezosa bruma de sus sueños; surgió de las profundidades de su subconsciente como una obra imprecisa de sus pesadillas. Era algo estremecedor que acechaba en los más oscuros recovecos de su mente, donde enterraba sus más antiguos temores. Lo perseguía de manera furtiva y astuta, sorteando los obstáculos con los que él trataba de detenerla, avanzando sin parar, acercándose cada vez más. No lo veía acercarse; nunca podría. Carecía de sustancia, identidad y razón. Lo único que existía era el sobrecogedor y asfixiante sentimiento de terror que la criatura creaba con su mera presencia. Wil huía corriendo a través de los paisajes de su imaginación, corría sin parar hasta que creía estar seguro de haberlo dejado atrás. Pero no era así. Estaba otra vez allí, aproximándose veloz e implacable. Escapó desesperado, implorando ayuda, la de cualquiera, a gritos. Pero no había nadie. Solo estaban él y aquella cosa, y no podía esfumarse. No obstante, debía hacerlo, porque estaba convencido de que moriría si aquella cosa lo alcanzaba y lo tocaba. Por ello, corría aterrado, a ciegas, sintiendo en el cuello el aliento caliente de aquel ente.

Se despertó sobresaltado y se incorporó hasta quedar sentado bajo las mantas. Sintió el frío aire de la noche en su rostro y su cuerpo. Estaba empapado en sudor y sentía en el interior de su cabeza los acelerados y fuertes latidos de su corazón.

La oscura figura de Allanon se agazapó junto a él, agarrándole los hombros con sus fornidas manos. La voz del druida sonó como un susurro áspero.

—Aprisa, vallense, han dado con nosotros.

Wil Ohmsford no necesitó preguntar quién los había encontrado. Su sueño se había hecho realidad. Se levantó de un salto, agarró la manta y corrió tras el druida, que ya caminaba hacia la pequeña cabaña. Amberle apareció en el borde del porche, como si hubiera intuido que algo sucedía; su camisón blanco aleteaba de forma fantasmagórica sobre su delgada figura, confiriéndole a su apariencia una cualidad espectral. Allanon se dirigió hacia ella.

—Te dije que te vistieras —le susurró airadamente.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Pretendes engañarme, druida? ¿No será esto un truco para obligarme a volver contigo a Arborlon?

El rostro de Allanon se oscureció todavía más.

—Si te quedas unos minutos más aquí, verás si es un truco o no. ¡Vamos, vístete!

—Está bien —dijo sin moverse—. Pero no puedo abandonar a los niños. Debo llevarlos a un lugar seguro.

—No hay tiempo para eso —la apremió el druida—. Además, estarán más

seguros aquí que vagando por la oscuridad.

—No comprenderán por qué los he dejado desamparados.

—¡Quédate y compartirán tu destino! —Allanon empezaba a perder la paciencia—. Despierta al mayor, explícale que tienes que irte, que no puedes evitarlo, pero que volverás. Dile que tome a los demás nada más amanecer y los lleve a la casa más próxima. ¡Hazlo, rápido!

Esta vez dio media vuelta sin discutir y desapareció en el interior de la cabaña. Wil se ajustó la ropa y enrolló la manta. El druida y el vallense ensillaron los caballos y los llevaron hasta la casa para esperar a la joven elfa, que no tardó en salir. Vestía pantalones, una túnica ceñida por un cinturón, botas y una larga capa azul de montar a caballo.

Allanon condujo a los dos jóvenes ante Artaq, al que susurró algo mientras le daba unas palmadas cariñosas en el cuello. Después entregó las riendas a Wil.

—Monta.

Wil obedeció y subió a lomos del enorme semental negro, que sacudió la cabeza y relinchó. Allanon le volvió a murmurar dulcemente, tomó a Amberle por la cintura y la alzó, como si no pesara más que una pluma, hasta sentarla detrás del vallense. Después montó en Escupidor.

—Ahora guardad silencio —les avisó—. Ni una palabra.

Siguieron el camino que partía de la casita hacia el pueblo sumido en sueños. El único sonido que rompía la profunda calma del ambiente era el de los cascos de los caballos golpeando blandamente el camino de tierra. En pocos minutos, dejaron atrás los edificios del pueblo y llegaron a la entrada del bosque. Ante ellos se extendían campos labrados. La luz de la luna relucía sobre la superficie del agua de las acequias que corrían entre las ya crecidas y ordenadas hileras de plantas de maíz y trigo. A lo lejos, las boscosas laderas del valle descendían hacia las praderas.

Allanon desmontó en silencio. Se quedó quieto durante un rato, aguzando el oído ante la calma nocturna, con el rostro ensombrecido por la angustia. Finalmente, aproximándose a Artaq, indicó a los jóvenes con un gesto que se agachasen para oírlo.

—Están por todas partes —susurró. La sangre de Wil se heló. El druida lo miró para medir su valía—. ¿Alguna vez has cabalgado mientras te perseguían? —Wil asintió—. Bien. Amberle y tú continuaréis montando a Artaq. Si te ves entre la espada y la pared, suelta las riendas. Él os salvará. Cabalgaremos hacia el norte por las afueras del pueblo hasta donde el valle se funde con las praderas. Cuando llegemos allí, atravesaremos el círculo con el que nos han rodeado. No te detengas bajo ningún concepto, ¿entendido? No se te ocurra volver atrás en caso de que nos separemos. Cabalga rumbo norte hasta llegar al río de Plata. Si no aparezo enseguida, crúzalo y cabalga hacia occidente en dirección Arborlon.

—Pero entonces ¿tú...? —preguntó Wil apresuradamente.

—No te preocupes por mí —le cortó el druida de inmediato—. Solo haz lo que he

dicho.

Wil asintió de mala gana. No le gustaba en absoluto todo aquello. Cuando Allanon les dio la espalda, se volvió hacia Amberle.

—Agárrate fuerte —murmuró y se esforzó por acompañar sus palabras con una rápida sonrisa.

Ella no se la devolvió, el miedo se evidenciaba en sus ojos.

Allanon subió de nuevo a su silla. Lenta y cautelosamente cabalgaron a lo largo de los linderos del bosque, rodeando la parte occidental de Puerto Refugio. Todo el valle estaba sumido en un profundo y penetrante silencio. Se deslizaron como sombras entre la oscuridad, con los ojos dispuestos a vislumbrar cualquier movimiento de la noche. A través de los huecos entre los árboles empezaron a divisar la ladera norte del valle.

De súbito, Allanon frenó su caballo, y les indicó con un gesto que se detuvieran. Sin mediar palabra, señaló hacia los campos de su izquierda. Wil y Amberle siguieron la línea que indicaba su mano. Al principio, no vieron nada más que interminables filas de tallos plomizos bajo la luz de la luna. Sin embargo, un momento después, sus ojos divisaron algo con aspecto vagamente animal que reptó de una de las acequias y desapareció entre las plantas del sembrado.

Esperaron un rato, quietos junto a los árboles; luego reemprendieron el camino. Apenas habían avanzado un corto trecho cuando, del bosque a sus espaldas, les llegó un aullido terrorífico. Amberle se agarró con más fuerza a la cintura de Wil y apoyó la cabeza contra su espalda.

—Demonios lobo —dijo Allanon en voz baja—. Están siguiendo nuestra pista.

Golpeó a Escupidor con firmeza en los flancos con los talones, exigiendo del caballo un lento trote. Artaq resopló ansioso y lo siguió. Otros se unieron al aullido, y se oyó el rumor de cuerpos moviéndose entre los árboles.

—¡No paréis! —gritó Allanon.

Los caballos se lanzaron hacia delante, escorándose hacia la izquierda con brusquedad para alejarse del bosque. Siguieron bordeando los campos al galope, a lo largo de la acequia, descendiendo hacia una pendiente que conducía a las praderas. Los aullidos, cada vez más coléricos y feroces, se intensificaron a su alrededor. A la izquierda, sobre las espigas de trigo y maíz, surgieron unas enormes sombras que se abalanzaron salvajemente sobre ellos. Wil se inclinó sobre el cuello de Artaq y lo azuzó para que acelerara. Ante ellos se abría el paso que conducía al valle.

De los bosques frente a ellos emergieron media docena de figuras oscuras y peludas. Su aspecto recordaba a los lobos, pero las criaturas que les cerraban el paso eran mucho más grandes que cualquier lobo que Wil hubiera visto jamás. En cuanto a sus rostros, parecían grotescamente humanos al levantarse hacia la luz de la luna intentando morder el aire con sus largos dientes. Allanon condujo a Escupidor directamente hacia allí, alzando con gesto amenazador una mano, de cuyos dedos empezó a irradiar un fuego azul. Un instante después, el fuego se disparó hacia las

criaturas, abrasándolas, obligándolas a dispersarse. Escupidor pasó a galope tendido entre monstruos y llamas, emitiendo un fuerte y ronco relincho de terror.

Artaq ya había dejado atrás al druida y a los demonios lobo; su cuerpo bruñido parecía una línea horizontal mientras corría hacia las llanuras abiertas. De entre los árboles surgían figuras oscuras que se lanzaban hacia el caballo para morderle las patas. Pero Artaq no aminoró la velocidad. Al contrario, embistió contra una de ellas con el pecho con tal fuerza, que la derribó e hizo que saliera proyectada dando vueltas. El noble caballo no tardó en dejar a los demás agresores atrás. Wil se inclinó todavía más sobre el lomo del animal, y Amberle, pegada a su espalda, se inclinó con él. Entonces Wil aflojó las riendas. A la derecha surgieron más demonios lobo de la arboleda, invadiendo el aire nocturno con sus aullidos. Rayos de fuego azul los atravesaron y sus aullidos se transformaron en lamentos de dolor. Artaq siguió galopando.

Entonces, un enorme demonio lobo apareció en el lindero del bosque, justo frente a ellos, corriendo en paralelo al arroyo silvestre que alimentaba las acequias. Se lanzó hacia ellos para interceptarlos, moviéndose con asombrosa rapidez, deslizándose sobre la alta hierba con movimientos ágiles y silenciosos. Wil sintió que algo frío y duro le oprimía el pecho. La bestia recortaba distancia con ellos demasiado rápido. No podrían escapar. Hizo lo único que se le ocurrió hacer: le gritó a Artaq con todas sus fuerzas y soltó las riendas. El gran corcel negro respondió. En algún lugar de su interior encontró un nuevo vigor. Su zancada se alargó. El demonio estaba ya muy cerca: un terror descomunal y oscuro que parecía salido de la noche a sus espaldas. Wil cerró los ojos y gritó una última vez. Artaq respondió con un relincho. Reuniendo todas sus fuerzas, el caballo saltó el arroyo que atravesaba su camino. Al llegar a la otra orilla, siguió galopando, alejándose de los bosques y los campos de Puerto Refugio y corriendo hacia las llanuras abiertas que se extendían en el fondo del valle.

Wil siguió con los ojos cerrados durante unos instantes más, atenazado por el miedo. Seguía aferrado al cuello de Artaq, sintiendo el movimiento protector del gran caballo mientras huían en la noche. Cuando por fin se armó de valor y se arriesgo a mirar hacia atrás, más allá de la encogida figura de Amberle pegada a su espalda, descubrió que estaban solos. De la oscuridad que envolvía el valle emergían destellos de fuego y de humo, y el aire estaba lleno de aullidos frenéticos. Pero no veía ya a los demonios lobo. Ni tampoco a Allanon.

Casi sin pensarlo, Wil tiró de las riendas de Artaq y le hizo dar media vuelta. Allanon había sido firme en sus instrucciones: bajo ninguna circunstancia debía volver sobre sus pasos, porque lo más importante era mantener a Amberle sana y salva. Él era el responsable de salvaguardarla y debía protegerla a toda costa. Dirigió una mirada rápida al rostro infantil que sobresalía de la sombra de su espalda, y los ojos verdes lo interrogaron. Supo lo que debía hacer. Pero también sabía que el druida seguía luchando con los demonios, probablemente estaba en peligro. ¿Cómo iba a abandonarlo?



Su indecisión duró solo un momento. Un atemorizado Escupidor, cuyo delgado cuerpo gris apremiaba al máximo la carrera, se aproximaba galopando desde el valle. Reclinado sobre su lomo, con las ropas negras agitándose con violencia, una silueta oscura se proyectaba en el horizonte que el fuego coloreaba de rojo. Se trataba del druida. Siguiéndole de cerca corrían los demonios lobo, cuyas siluetas peludas brincaban enloquecidas sobre la hierba alta, profiriendo aullidos de odio hacia los humanos que escapaban.

Wil apretó sus talones contra Artaq y volvió a dirigirlo hacia el norte. El corcel negro relinchó y se lanzó hacia delante. En esta ocasión el vallense no soltó las riendas, sino que dirigió al corcel con cuidado. La persecución podría alargarse mucho, y el brío del animal, aunque grande, tenía sus límites. Artaq no se resistió, sino que obedeció a su jinete y siguió galopando a toda velocidad. Wil se dobló hacia delante y sintió que Amberle abrazaba su cintura con más fuerza y pegaba el rostro a su espalda.

Una milla después, Escupidor les dio alcance, con su jadeante cuerpo cubierto de sudor y polvo, y las aletas de su nariz muy abiertas. Estaba cansado. Wil miró preocupado a Allanon, pero este no le devolvió la mirada; su atención se centraba por completo en la tierra que tenía delante mientras azuzaba al caballo con pequeños movimientos de sus manos.

La persecución a través de las praderas que rodeaban al río de Plata continuó con ominosa determinación. Los enajenados aullidos de los demonios lobo se apagaron y se trocaron en una mezcla de respiraciones aceleradas y gruñidos de frustración. Para los jinetes que huían, sin embargo, lo único que existía era el silbido ahogado del viento y el rítmico tamborileo de los cascos de sus caballos. A través de los valles entre las suaves lomas y a través de grandes y desiertas colinas corrieron, cazadores y presas, pasando por arboledas de frutales, junto a robles y sauces solitarios, atravesando riachuelos sinuosos, todo ello entre el silencio y la oscuridad de las praderas. El tiempo perdió su significado. Habían recorrido una docena de millas. Aun así, la distancia que les separaba de sus perseguidores seguía siendo la misma.

Por fin avistaron el río de Plata: se trataba de una ancha franja de agua que reflejaba la luz de la luna. Destacaba en la oscuridad entre los huecos que dejaban las bajas colinas que se levantaban desde su orilla más próxima. Wil, que fue el primero en divisar el río, gritó al verlo. Artaq aceleró al oírlo, adelantando a Escupidor una vez más. Wil reaccionó tarde y trató de detenerlo, pero esta vez el gran caballo negro no cedió. Siguió corriendo sin esfuerzo, de manera uniforme, y en unos instantes dejó atrás al cansado Escupidor.

La distancia entre Artaq y los perseguidores aumentó. Wil trataba aún de refrenar al caballo cuando, de pronto, vio a unas figuras oscuras y agazapadas que emergieron de la oscuridad de la noche y se plantaron ante él; figuras encorvadas y deformes, cubiertas de un hirsuto pelo gris. ¡Demonios! A Wil se le hizo un nudo en el estómago. Les habían preparado una emboscada. Los esperaban allí por si conseguían

escapar de los demonios lobo de Puerto Refugio. Ahora estaban desperdigados a lo largo de las orillas del río de Plata. Los demonios que rondaban aquella zona se desplazaron con rapidez para impedirle el paso. Wil los vio ahora con claridad; eran bestias felinas con caras de mujer, deformes y grotescas. Saltaron hacia el caballo negro, maullando de forma horrible, levantando sus hocicos para enseñar sus dientes largos y afilados.

En el último segundo, Artaq viró bruscamente y volvió hacia el montículo, dejando a los monstruos felinos gruñendo de frustración. En ese momento, Escupidor alcanzó la cima, se tambaleó fatigosamente y se derrumbó. Allanon se desplomó sobre la tierra entre un enredo de ropas, rodó sobre sí mismo varias veces y se levantó de un salto. Los demonios lobo lo alcanzaron por todos lados, pero el fuego azul, en forma de un abanico amplio y cortante, salió de sus dedos y los dispersó como el viento esparce las hojas secas. Artaq giró de nuevo a la izquierda, con Wil y Amberle que se agarraban con fuerza a su lomo para no ser despedidos. Sus relinchos demostraron su fuerte odio hacia los monstruos felinos que trataban de atraparlo. Ubicado ahora en paralelo a la orilla del río, cargó contra ellos una vez más, avanzando a tal velocidad que los alcanzó antes de que comprendieran lo que estaba tramando. Algunas de las bestias estiraron sus miembros para desgarrarlo, pero los volvió a evitar con un gran salto mientras se alejaba en su carrera hacia la noche. Detrás, un arco de fuego azul envolvió a los perseguidores más próximos abrasándolos hasta reducirlos a cenizas. Wil volvió la cabeza y vio que Allanon estaba aún de pie sobre el montículo, mientras los demonios lobo y los monstruos felinos se acercaban a él de todas direcciones. ¡Eran demasiados! Las palabras resonaron en la cabeza de Wil. El fuego surgió de las manos del druida, y este desapareció entre el humo y las oscuras formas.

En aquel momento, un sexto sentido que se despertó en el vallense lo advirtió de un nuevo peligro. Su mirada se apartó de la batalla que se producía en la cima. De algún lugar surgió media docena más de demonios lobo que corrían hacia Artaq dando grandes y silenciosos saltos. Wil sintió el pánico extenderse por un momento. Las bestias los atrapaban a Amberle y a él junto al río. Ante ellos una franja de denso bosque bloqueaba el paso. Detrás estaban los demonios que los habían perseguido. No había ningún lugar donde escapar.

Artaq no dudó. Viró hacia el río de Plata. Los lobos lo persiguieron. Wil estaba convencido de que esta vez no lograrían huir. Estaban solos, Allanon ya no estaba allí para ayudarles.

El río de Plata se extendía ante ellos. No había bajíos, solo una corriente de agua demasiado ancha, profunda y rápida para que pudieran cruzarla. Wil comprendió que, si lo intentaban, los arrastraría. No obstante, Artaq no disminuyó su velocidad. Cualquiera que fuese el peligro al que se enfrentaban, el corcel negro había tomado ya su decisión: iba a meterse en el río.

Los demonios lobo también lo advirtieron. Estaban a unas diez yardas por detrás,

y se lanzaron en un decidido esfuerzo por atrapar al vallense y a la joven elfa. Amberle profirió un grito. Wil buscó frenéticamente en su túnica la bolsa de cuero que contenía las piedras élficas, solo por hacer algo, porque ni siquiera sabía si podría usarlas. Era demasiado tarde. Cuando sus manos agarraron las piedras, habían alcanzado el borde del río. Artaq tomó impulso y saltó desde allí; Wil y Amberle se agarraron a su lomo. En ese instante, una luz blanca los envolvió, congelando su movimiento como si hubiesen quedado atrapados en un cuadro. Los lobos desaparecieron. El río de Plata se desvaneció. Todo desapareció. Solo quedaron ellos subiendo en una escalada lenta e ininterrumpida hacia la luz.

**A**ntes de que el tiempo se convirtiese en tiempo histórico, él estaba allí. Precedente a los humanos, las naciones y los gobiernos. Él estaba allí, igualmente, en un tiempo previo al inicio de la historia de la humanidad, anterior a la guerra entre el bien y el mal que se desencadenó en el mundo mágico y fijó de manera inmutable la naturaleza de la vida que llevó. Estaba ya cuando el mundo era un edén sagrado y la coexistencia de todos los seres vivos se caracterizaba por su paz y armonía. Por aquel entonces, era joven, una criatura mágica en una tierra en la que las demás criaturas mágicas empezaban a nacer. Vivía en los jardines que le habían encomendado cuidar y tenía la responsabilidad de vigilar para que tanto estos como todos los seres vivos que allí habitaban fuesen amparados y conservados, protegidos y renovados. No tenía nombre porque no eran necesarios. Era quien era y su vida acababa de comenzar.

No comprendía lo que llegaría a ser. Su futuro era una promesa vaga y distante susurrada en los pasadizos de sus sueños, de los cuales no podía prever su veracidad. No podía predecir, de igual forma, que su vida no sería limitada como las de los otros seres vivos, sino que se prolongaría a lo largo de centenares de vidas celebradas al nacer y olvidadas al morir, hasta que la suya fuese revestida con los adornos de la inmortalidad. No podía adivinar que todos los que habían nacido en el mundo con él junto con todos los que nacieran en adelante, ya fuesen seres mágicos o humanos, se desvanecerían y perecerían mientras que solo él había de permanecer. Tampoco lo hubiese deseado, pues era todavía lo bastante joven como para estar convencido de que su mundo sería siempre como hasta entonces. Si hubiera sabido que viviría para verlo transformarse en algo irreconocible, no habría querido sobrevivir. Es mejor morir y regresar a la tierra que lo había engendrado.

Habría supuesto una pérdida irreparable, porque tenía que convertirse en el último vestigio de ese tiempo de fábula que fue el mundo en un principio, la última huella de la paz y la armonía, de la belleza y la luz que constituyeron el edén de la vida. Había sido ordenado en el crepúsculo del comienzo, modificando para siempre el curso de su existencia, alterando para siempre el propósito de su vida. Tenía que llegar a ser, para un mundo que había perdido la gracia, una pequeña reminiscencia de lo que se había perdido. Asimismo, debía ser la promesa de que, algún día, podría regresar todo lo que una vez había sido posible.

Al principio no lo entendió. Turbación y sorpresa fue todo lo que sintió al descubrir que el mundo cambiaba, su belleza disminuía, su luz moría; se olvidaría todo lo que había sido luminoso y armónico. Al poco tiempo, sus jardines fueron lo único que quedó. No quedaba nadie de todos los que habían llegado al mundo con él.

Estaba solo. Durante cierto tiempo se desesperó, consumido por la aflicción y la autocompasión. Después, los cambios que habían alterado la tierra a su alrededor empezaron a invadir su propio mundo íntimo, amenazando con cambiarlo también. Entonces, recordó sus responsabilidades y comenzó la larga y ardua lucha por proteger los jardines que constituían su hogar, decidido a conservar el último resto del primer mundo, aunque todo lo demás se desvaneciese. Fueron pasando los años y su lucha persistió. Descubrió que el paso del tiempo apenas dejaba huellas sobre él. Halló en su interior un poder desconocido hasta entonces. Más tarde, empezó a ser consciente de la finalidad de su solitaria existencia, de una nueva labor que se le había encomendado y que no debía descuidar. Con la conciencia llegó la aceptación y con esta, el entendimiento.

Durante siglos trabajó sin que nadie supiera de su existencia, la cual fue poco más que un mito que formaba parte del folklore que las naciones desarrollaron, una fantasía contada entre sonrisas irónicas y falsa condescendencia. Finalmente el mito se convirtió en realidad tras el cataclismo que los hombres denominaron Grandes Guerras, la destrucción final del viejo mundo y el surgimiento de las nuevas razas, pues fue entonces cuando se decidió por primera vez a salir de los jardines. Estudió sus razones cuidadosamente. Lo cierto es que la magia había vuelto al mundo y la suya era la más grande y superior: la magia de la vida. La tierra de fuera era otra vez nueva y fresca, lo que le brindó la oportunidad de recuperar todo lo que había conocido siendo joven. Gracias a él, por fin el pasado y el futuro podrían unirse. No sería sencillo ni rápido, pero llegaría. Él ya no podía permanecer recluido y oculto en los jardines, tenía que salir. En el interior de su pequeño santuario se encontraba la semilla de todo lo que el mundo necesitaba recobrar con tanta desesperación. Esa era la tarea que se le había encomendado desde un principio. Comprendió que no bastaba con que fuese preservada, sino que debía crecer, hacerse visible y accesible. Debía procurar que así sucediera.

Por ese motivo partió de los jardines que habían sido su hogar durante tantos siglos y viajó por la región que los rodeaba, un territorio de fecundas praderas y suaves colinas fluctuantes, de bosques sombríos y tranquilos estanques, todo enlazado por un río que era la corriente de vida de la tierra. Sin embargo, con su viaje no se alejaría demasiado de los jardines, porque constituían su primera obligación y sus necesidades de cuidados exigían que se mantuviese cerca. De todos modos, no tuvo que distanciarse mucho. Las tierras que siempre habían estado a su alrededor le parecieron convenientes. Plantó la semilla del nuevo mundo en el centro de la región, marcándola, confiriéndole una radiación especial que la hiciera fácilmente reconocible, otorgando a los habitantes y a los viajeros su bendición y protección contra el peligro. Pasó un tiempo y las nuevas razas comprendieron lo que había hecho; hablaron de él y de su región con admiración y respeto. Empezaron a difundir su historia por las Cuatro Tierras, la cual se fue exagerando a medida que se contaba, hasta que al fin lo convirtieron en una leyenda.

Le dieron el nombre de la región que había hecho suya: lo llamaron «rey del río de Plata».

Llegó hasta Wil y Amberle emergiendo de la luz bajo la apariencia de un anciano encorvado por la edad; de su delgada figura, que parecía estar hecha de frágiles palos, colgaban sus ropas. El pelo le llegaba hasta los hombros en grandes mechones blancos. Su rostro estaba arrugado y bronceado por el sol; sus ojos, azules y profundos, eran del color del agua marina. Sonrió a modo de saludo y Wil y Amberle le devolvieron la sonrisa, intuyendo que no había nada que temer de aquel hombre. Seguían agarrados al ancho lomo de Artaq. Ni el vallense ni la joven elfa entendían lo que estaba pasando. No obstante, no tenían miedo, solo un sopor profundo y agradable que les impedía moverse como si fuera unas cadenas de hierro.

El anciano se detuvo ante ellos protegido por la bruma. Su mano acarició la cara brillante de Artaq y el caballo relinchó suavemente. A continuación miró a Amberle y brotaron lágrimas de sus ojos.

—Niña —susurró. Se aproximó un poco más y extendió la mano para tomar la de ella—. En esta tierra no sufrirás daño alguno. Ve tranquila. Nos une un propósito que debemos compartir con la tierra.

Wil trató de hablar, pero no pudo. El anciano se apartó de nuevo y alzó una mano para despedirse.

—Descansad ahora, dormid. —Empezó a desvanecerse mientras se alejaba de la luz—. Dormid, niños de la vida.

Wil sintió sus párpados más pesados. Fue una sensación agradable contra la que no se resistió. Era consciente de que el cuerpo de Amberle, agarrada ligeramente a su cintura, se estaba derrumbando sobre el suyo. La luz empezó a extinguirse y disolverse en la oscuridad. Cerró los ojos y se durmió.

Empezó a soñar. Se encontraba en un jardín de espectacular belleza y quietud que lo deslumbraba por su color y su fragancia. Era un jardín tan maravilloso que todo lo que antes había conocido o imaginado como posible palidecía en comparación. Los riachuelos, fluyendo desde cascadas ocultas en la tierra hasta inmóviles lagunas, reflejaban el color de la plata. Las copas de los árboles formaban un pabellón con doseles a través del cual se filtraban los rayos del sol cual finas cintas de dorado calor. Los senderos y caminos estaban cubiertos por una verde hierba semejante a seda color esmeralda. En aquellos jardines volaban toda clase de pájaros, nadaban los peces y se paseaban los animales moviéndose en armonía y paz. Una calma profunda y estable junto con una sensación de plenitud y felicidad invadieron al vallense de una forma tan intensa que lo hicieron llorar. Pero cuando se volvió para transmitirle a Amberle lo que sentía, descubrió que ella no estaba allí.

Ya había amanecido cuando Wil Ohmsford despertó. Yacía sobre el césped de un valle, bajo las ramas de dos arces de anchas hojas verdes. La luz del sol de la mañana se filtraba entre la masa arbórea, deslumbrándole. Un rumor cercano de agua acariciaba la orilla. Durante un instante creyó continuar en el fantástico jardín que había soñado; le había parecido tan real que, casi sin pensarlo, se incorporó en su busca apoyándose sobre su codo. Pero la visión ya había desaparecido.

Amberle, tendida a su lado, todavía dormía. Tras un momento efímero de duda, extendió un brazo y sacudió su hombro con suavidad. Ella despertó. Abrió los ojos mirándole con sorpresa.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó él.

—Muy bien —dijo frotándose los ojos—. ¿Dónde estamos?

Wil ladeó la cabeza de un lado a otro.

—Ni idea.

La joven elfa se incorporó y observó el estrecho valle.

—¿Dónde está Allanon?

—Tampoco lo sé. —Wil se asombró al comprobar que sus piernas estaban relajadas y sin entumecer—. Se ha esfumado. Todos han desaparecido: Allanon, los monstruos... —Se detuvo al percibir movimiento en unos arbustos distantes. Una cara familiar apareció entre las ramas, emitiendo un relincho suave. Wil sonrió—. Bueno, al menos Artaq está con nosotros.

El caballo se llenó la boca de hierba fresca, se alejó de los arbustos y avanzó trotando hacia Wil para olisquearlo. Este le dio unas palmaditas amistosas sobre su refulgente cabeza y le rascó las orejas. Amberle los contemplaba silenciosa.

—¿Viste al anciano? —le preguntó Wil.

Ella asintió solemnemente.

—Era el rey del río de Plata.

Wil la miró.

—Es lo que he pensado; hace años mi abuelo lo vio una vez. Creo que he dudado de su existencia hasta ahora. Qué curioso. —Artaq se alejó unos pasos y comenzó a pastar. Wil sacudió la cabeza—. Salvó nuestras vidas. Los demonios lobo casi nos... —Percibió la mirada que asomó en los ojos de la joven elfa. Se detuvo—. En cualquier caso, creo que ahora estamos seguros.

—Fue como un sueño, ¿no crees? —dijo con ligereza—. Flotábamos, a lomos de Artaq, sin nada debajo salvo la luz. Entonces él surgió de la nada, se nos acercó caminando y dijo algo... —Su voz se evaporó, como un recuerdo ambiguo—. ¿Lo

viste?

El vallense asintió.

—Y después desapareció —prosiguió ella, hablando más para sí que para él, como tratando de recordar lo que había sucedido—. Él desapareció. O quizá fue la luz la que se desvaneció y... emmm... y entonces...

Lo miró con curiosidad.

—¿Los jardines? —intervino él—. ¿Viste los jardines?

—No, no había jardines. Tan solo oscuridad y una... una sensación indescriptible. —Lo miró como implorándole ayuda. Pero él solo la contemplaba con confusión—. Tú te encontrabas allí conmigo —prosiguió—. Pero eras incapaz de verme. Te llamé, pero no me oíste. Era muy extraño.

Wil se reclinó hacia delante.

—Recuerdo la luz y al anciano, tal como los has descrito. De eso me acuerdo. Al desaparecer, creo que me quedé adormecido... o al menos eso creo. De todas formas, tú me acompañabas sobre Artaq. Sentía tus brazos rodear mi cintura. Después me encontré en unos jardines, para nada comparables con los que había visto anteriormente. Estos rebosaban paz. Eran tan bellos, con una calma... Pero te busqué, y no te encontré. Te habías desvanecido.

Durante un instante se miraron en silencio.

—Creo que sería mejor que nos preocupásemos del lugar donde estamos ahora —dijo finalmente Wil.

Se puso en pie y volvió a mirar su alrededor. Se le ocurrió demasiado tarde que debía ayudar a Amberle a incorporarse; cuando miró ella ya estaba de pie junto a él. Se quitó de su cabello los restos de hierba y hojas secas. Ella dudó un instante. Después atravesó los arbustos que los rodeaban siguiendo el sonido del agua.

Unos momentos más tarde se encontraban junto a un lago tan vasto, que sus orillas quedaban desdibujadas a ambos lados del horizonte. Las olas destellaban plateadas, y las profundas aguas, bajo un sol matutino, resplandecían en un intenso azul claro. Una compacta arboleda zigzagueaba por la ribera, recubierta de fresca hierba. Los sauces, los olmos y los fresnos bailaban, mecidos tersamente por una brisa sureña que transportaba fragancias de madreSelva y azalea. En un cielo diáfano, formando una bóveda sobre el lago, se arqueaba una brillante banda de colores, que surgía de un extremo del horizonte y desaparecía en el otro.

Wil alzó los ojos para determinar la posición del sol. Después se volvió hacia Amberle, sacudiendo la cabeza con escepticismo.

—¿Sabes dónde nos encontramos? Estamos en algún lugar de la costa norte del lago Arco Iris. El anciano nos trajo a lo largo del río de Plata, y a través del lago hasta donde sea que estemos ahora. Estamos a varias millas de distancia de donde hemos salido.

La joven elfa asintió, meditabunda.

—Creo que estás en lo cierto.



—Sé que lo estoy. —Wil se alejó unos pasos y se detuvo en la orilla—. Pero lo que no entiendo es cómo lo consiguió.

Amberle se acomodó sobre la hierba, observando el lago.

—Cuenta la leyenda que asiste a los necesitados cuando viajan por sus tierras; que los protege de cualquier amenaza. —Se calló, con la mente claramente ocupada en otra cosa—. Me dijo algo... Ojalá fuera capaz de recordarlo...

Wil no escuchaba.

—Debemos ponernos en marcha. Arborlon dista bastante de aquí. Si viajamos hacia el noroeste nos encontraremos con el Mermidon. Después tendremos que seguirlo hasta llegar a la Tierra del Oeste. Cabalgaremos por una región abierta, ahora ya no será tan fácil que nos encuentren. Esta vez no tienen ningún rastro que seguir.

No se percató de la expresión de disgusto que dibujó Amberle en su rostro por la preocupación que le causaba el viaje que estaba por venir.

—Tardaremos unos cuatro días... quizás cinco, porque solo disponemos de un caballo. Con suerte podremos hacernos con otro en algún lugar del camino, pero creo que eso es pedir demasiado. También nos convendría conseguir armas; ni siquiera tenemos un simple arco de caza, lo cual implica, supongo, que deberemos comer fruta y plantas silvestres. Claro que, podríamos...

Guardó silencio de súbito al darse cuenta de que Amberle estaba sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación. La joven elfa cruzó las piernas ante sí y se recostó.

—¿Qué te preocupa? —preguntó él, reclinándose a su lado.

—Tú, para empezar.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Pareces haber trazado en tu mente todo lo que sucederá de ahora en adelante. ¿No te parece que deberías escuchar mi parecer?

Wil la miró sorprendido y aturdimiento.

—Bueno, por supuesto, yo...

—No me la has pedido —continuó ella, ignorando su interrupción—. ¿No crees que deberías preguntar?

El vallense se ruborizó.

—Lo siento. Yo solo...

—Estabas tomando decisiones que no tienes derecho a tomar. —Hizo una pausa para contemplarlo fríamente—. Ni siquiera sé qué haces aquí. La única razón por la que os he acompañado es porque no he podido elegir otra cosa. Ha llegado la hora de aclarar ciertas cuestiones. En primer lugar, ¿por qué quiso Allanon que lo acompañaras, Wil Ohmsford? ¿Quién eres tú?

Wil se lo explicó. Empezó con la historia de Shea Ohmsford y la odisea de la Espada de Shannara, y concluyó con la visita de Allanon a Storlock para solicitar su ayuda en la búsqueda del Fuego de Sangre. Tras resolver que carecía de sentido ocultarle nada, se lo aclaró todo, pues intuyó que, si no era sincero con la muchacha, ella no colaboraría con él en los tiempos por venir.

Cuando terminó, Amberle lo observó fijamente y sin añadir nada. Al instante movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—No sé si creer que lo que me has contado. Supongo que debería fiarme... Sí, en realidad debería hacerlo. Pero han ocurrido tantas cosas que ahora mismo ya no me creo nada. —Titubeó un instante—. A mis oídos han llegado historias sobre las piedras élficas. Según dicen, son un antiguo fetiche mágico, perdido mucho antes del comienzo de las Grandes Guerras. Tal y como afirmas, Allanon le dio tres a tu abuelo y este, a su vez, te las entregó a ti. Si es verdad lo que me has contado... —Su voz se ensombreció, y ella se quedó contemplando a Wil—. ¿Podrías mostrármelas?

El vallense titubeó, pero finalmente introdujo la mano entre los pliegues de su túnica. Era consciente de que lo estaba poniendo a prueba, aunque consideró que tenía derecho a hacerlo. Al fin y al cabo, para que su historia fuese creíble solo contaba con sus palabras, y se le había encomendado poner en sus manos su seguridad. Extrajo la bolsa de cuero desgastado, aflojó los cordones que la cerraban, y dejó caer las piedras sobre su mano. Resplandecieron con viveza, en sus tonalidades azuladas, bajo el sol de la mañana.

Amberle se inclinó hacia delante para contemplarlas con solemnidad. Después se volvió hacia Wil de nuevo.

—¿Cómo sabes que son piedras élficas?

—Tengo la palabra de mi abuelo. Y la de Allanon.

La joven no pareció impresionada.

—¿Sabes cómo se usan?

Él negó con la cabeza.

—Nunca lo he intentado.

—Entonces no tienes la certeza de si son verdaderamente buenas para ti o no, ¿verdad? —Se rio tímidamente—. No lo sabrás hasta que no las necesites. Eso no es muy halagüeño, ¿verdad?

—No, no mucho —tuvo que admitir.

—A pesar de ello estás aquí.

Él se encogió de hombros.

—Creí que era lo que debía hacer. —Volvió a introducir las piedras en la bolsa, guardándola en la túnica—. Me parece que habrá que esperar a ver cómo funcionan para saber si estaba equivocado o no.

Ella lo estudió silenciosa y atenta durante un momento. Wil esperó.

—Tenemos mucho en común, Wil Ohmsford —agregó finalmente Amberle. Encogió las rodillas, envolviéndoselas con los brazos—. Bueno, ya me has aclarado quién eres. Creo que mereces el mismo trato de cortesía. Mi apellido es Elesedil. Mi abuelo es Eventine Elesedil. De alguna manera, los dos estamos involucrados en esto a causa de nuestros abuelos.

Wil asintió.

—Supongo que así es.

El viento alborozó el cabello castaño de la muchacha, esparciéndoselo por el rostro como si se tratara de un velo. Se apartó los mechones de los ojos y volvió a mirar hacia el lago.

—Sabes que no quiero volver a Arborlon —dijo.

—Soy consciente.

—Pero crees que debo ir, ¿verdad?

Wil se recostó apoyándose sobre los codos. Contempló el arco iris.

—Pienso que debes ir —afirmó—. Está claro que no puedes volver a Puerto Refugio, pues los demonios te buscan. Tienes que seguir avanzando, porque lo más seguro es que, tarde o temprano, sigan tu rastro hasta llegar aquí también. Si Allanon escapó... —Hizo una pausa, confuso por lo que sus palabras querían sugerir—. Si Allanon logró huir, esperará que vayamos a Arborlon, y allí es donde lo encontraremos. —Volvió a mirarla—. Si tienes alguna idea mejor, adelante.

Permaneció meditabunda un buen rato mientras el lago del Arco Iris, con su mecer elegante, captaba su atención. Al mismo tiempo, sentía la suave caricia del viento sobre sus mejillas. Cuando habló, su voz se expresó en un susurro.

—Tengo miedo.

Después lo observó. Daba la impresión de querer decir algo más, pero no lo hizo. Sonrió; fue la primera sonrisa real que Wil veía dibujada en su rostro.

—Somos un par de tontos, ¿no crees? Tú con tus piedras élficas, que bien pueden ser lo que tú crees o no, y yo a punto de hacer lo único que juré que jamás haría. —Se levantó, se alejó unos pasos, y a continuación se giró mientras él se levantaba—. Quiero que sepas una cosa: no creo que tenga sentido ir a Arborlon. Pienso que Allanon está equivocado en lo que a mí respecta, pues ni Ellcrys ni el pueblo de los elfos aceptarán mi regreso. A pesar de lo que el druida crea, ya no soy una Elegida. —Se detuvo un momento—. El cualquier caso, hacer otra cosa tampoco serviría de nada, ¿no?

—Eso creo —admitió.

Ella asintió.

—Entonces supongo que así queda decidido. —Su rostro infantil se tornó serio—. Solo espero que no nos equivoquemos.

Wil suspiró.

—Si así es, pronto saldremos de dudas. —Forzó una leve sonrisa—. Montemos en Artaq y vayamos a descubrirlo.

Lo que restaba del día, y todo el siguiente, lo dedicaron a viajar hacia el noroeste. Atravesaron las praderas de Callahorn, auspiciados por un tiempo cálido y seco, aunque agradable. Las horas se hicieron cortas. Cerca del mediodía avistaron en el cielo un conjunto de nubes de tonalidades pardas anunciando tormenta. Quedaron suspendidas sobre las escarpadas extensiones de los Dientes del Dragón. Pero al

atardecer, el viento las empujó hacia las Rabb, haciéndolas desaparecer. El vallense y la elfa cabalgaban y caminaban de manera alterna. Durante un buen rato montaron los dos juntos, pero terminaron caminando dándole así un respiro al animal. Si bien Artaq parecía mantenerse fresco tras varias horas de travesía, Wil no quería arriesgarse forzándolo. Aunque no se toparan con ninguno de los demonios de los que habían huido en el río de Plata, lo más probable era que las criaturas estuvieran al acecho en su busca. Por eso, Wil deseaba tener a Artaq preparado para correr, por si tenían la mala suerte de encontrárselos.

Puesto que, a excepción de un cuchillo de caza que Wil portaba ajustado al cinto estaban desprovistos de armas, no les quedó más remedio que comer plantas y frutos silvestres que crecían en las praderas. Wil consideró el repertorio variado, aunque poco satisfactorio. A Amberle, por su parte, esto no pareció importarle. Más bien al contrario, las comidas parecían satisfacerla. Demostró ante el vallense un excepcional talento para descubrir alimentos donde él jamás hubiera imaginado encontrarlos, extrayendo de los parajes más insospechados plantas y raíces comestibles que, además, era capaz de identificar y describir con detalle. Wil atendía con atención, preguntando algo de vez en cuando. Al fin y al cabo, este era el único tema de conversación que ella estaba dispuesta a tratar. Sus primeros intentos de conducir la conversación hacia otros temas fueron infructuosos, por lo que, durante el viaje, la charla sobre plantas y raíces se turnaba con el silencio.

La primera noche decidieron cobijarse bajo un bosquecillo de álamos para dormir. Cerca había una pequeña cascada que les proporcionó agua fresca con la que saciaron su sed. A media tarde del segundo día llegaron al Mermidon. Empezaron a seguirlo en dirección norte. Hasta ese instante no se habían cruzado con nadie pero, a partir de ese momento, se toparon con media docena de viajeros. Algunos de ellos iban a pie, otros a caballo, e incluso vieron a uno sobre una carreta de madera tirada por bueyes. Sin excepción, todos ellos intercambiaron alguna palabra amistosa, o un afable saludo con la mano antes de proseguir su camino.

Al llegar el atardecer, acamparon en un refugio de un bosque de pinos y sauces junto al Mermidon. Estaban al suroeste de la ciudad de Tyrsis. Wil, usando una rama de sauce, un trozo de cordel y un corchete de su ropa, ideó una rudimentaria caña de pescar. Tan solo media hora después ya había capturado un par de percas rayadas. Mientras destripaba el pescado junto a la orilla del río, una caravana de carretas apareció por el sur, avanzando en zigzag hacia la orilla opuesta. Los rayos de sol del ocaso hacían destacar las casas sobre ruedas. Estaban pintadas de colores vivos; sus tejados, de tejas de cedro, eran puntiagudos, sus puertas de madera estaban talladas a mano y sus ventanas estaban tachonadas de bronce. Grupos de caballos bien atendidos tiraban de la carreta, cuyas guarniciones estaban adornadas con plata. Varios jinetes, vestidos de elegante seda, avanzaban al unísono, dejando tras de sí una estela de cintas de colores, que brotaban de sus cuellos y de las bridas de sus monturas. Sin apenas darse cuenta, Wil interrumpió su labor para observar aquella

extraña comitiva que se dirigía al río, haciendo gemir los ejes de las carretas y con los arneses de cuero crujiendo entre gritos y silbidos de estímulo. La caravana se dispuso en un círculo amplio y se detuvo bamboleante a unos pasos del lugar donde él estaba sentado. Hombres, mujeres y niños saltaron de las carretas y comenzaron a desenganchar los caballos y a instalar el campamento.

Amberle, que salió de entre los árboles apareciendo a espaldas de Wil, se unió a él. El vallense la miró un momento y, después, volvió a fijar su atención en la reunión al otro lado del río.

—Nómadas —anunció pensativo.

Ella asintió.

—Ya los he visto en otras ocasiones. Los elfos no les tienen demasiado aprecio.

—Nadie, de hecho. —Volvió a la limpieza del pescado—. Se dedican a robar todo lo que pueden. O, alternativamente, dan con la manera de convencerte para que se lo des por propia voluntad. Tienen sus propias reglas, y no respetan las externas.

Cuando Amberle tocó su brazo, él levantó la mirada. Vio a un hombre alto vestido completamente de negro, salvo por una capa y una faja verdosa. Le acompañaban dos ancianas ataviadas con largas faldas y blusas multicolor, mientras llevaban unos cubos de agua a la ribera del río. En tanto que las mujeres se agachaban para llenar los cubos, el hombre alto se quitó el sombrero de ala ancha y, con una floritura, hizo una reverencia a Wil y Amberle. Su rostro bronceado mostraba una amplia sonrisa, dibujada entre las sombras de su barba negra. Wil levantó la mano para corresponderle con cordialidad.

—Me alegra que estén al otro lado del río —le dijo a Amberle al levantarse para volver a su campamento.

Disfrutaron de una comida sabrosa a base de pescado, fruta, verduras, acompañada de agua de la cascada. Después se instalaron junto a una fogata, mientras divisaban, desde los claros del bosque, los destellos de las de los nómadas acampados en la oscuridad de la orilla opuesta. Se mantuvieron en silencio un buen rato, abstraídos en sus propios pensamientos. Después Wil miró a la joven.

—¿Cómo posees tantos conocimientos sobre la naturaleza? Los jardines de tu casita de Puerto Refugio, las raíces y plantas comestibles que encontraste durante el viaje... ¿Te instruyó alguien en estas cosas?

La cara de Amberle mostró una repentina sorpresa.

—Francamente, sabes muy poco de nosotros para ser medio elfo...

Wil se encogió de hombros.

—La verdad es que nada. Solo tengo sangre élfica por parte de mi padre, que murió cuando yo era pequeño. No creo que mi abuelo haya estado nunca en la Tierra del Oeste. Al menos nunca habla de eso. De todas maneras, supongo que no he explorado demasiado mi parte élfica.

—Pues es algo a lo que tendrías que haber prestado mayor atención —dijo ella susurrante. Sus ojos verdes se cruzaron con los de él—. Para entender quiénes somos,

necesitamos saber quiénes fuimos.

Las palabras no fueron pronunciadas como crítica hacia el vallense, sino como autorreproche. Esto sorprendió a Wil, que deseó saber más sobre la joven. Se propuso hallar una forma de que le confiase algo sobre sí misma, en vez de mantenerlo todo guardado con tanto celo.

—Quizá puedas ayudarme a entender parte de lo que soy —dijo él, después de un rato de cavilaciones.

La duda destelló en los ojos de la elfa, casi como si creyera estar siendo burlada. Se tomó un tiempo antes de responder.

—Muy bien. Es posible que pueda. —Giró en el suelo hasta sentarse frente a él—. Lo primero que debes aprender es que el pueblo de los elfos considera una responsabilidad moral el conservar la tierra y todos los seres vivos que en ella crecen; sin distinción entre animales y plantas. Esta creencia, que siempre ha sido prioritaria para ellos, ha modelado su conducta como criaturas. En el antiguo mundo, brindaron sus vidas al cuidado de los montes y los bosques que los acogían, cultivando sus distintas formas de vegetación y protegiendo a los animales que en ellos moraban. Pocas preocupaciones, claro está, los apremiaban en aquel entonces, pues vivían en régimen de aislamiento y soledad. Todo eso ya no existe ahora, aunque la creencia sobre la responsabilidad moral para con el mundo sigue viva. Así, cada elfo debe consagrar parte de su vida a devolver a la tierra algo de lo que ha tomado prestado de ella. Me refiero a que debe dedicar una parte de su existencia a labrar la tierra, con el fin de reparar el daño que pueda haber sufrido por su uso indebido, o la negligencia. Asimismo, debe atender a animales y otras formas de vida, así como cuidar de sus árboles y otras plantas menores cuando se requiera.

—¿Es eso lo que hacías en Puerto Refugio?

Ella asintió.

—En cierto modo, sí. Los Elegidos quedan liberados de ese servicio. Cuando dejé de ser una Elegida y ya no me sentí cómoda en mi patria, decidí que debía retornar a mi cometido sobre la tierra. La mayor parte del trabajo de los elfos se realiza en la Tierra del Oeste, pues esa es la patria de los elfos. Sin embargo, nosotros consideramos que el cuidado de la tierra no es responsabilidad única de ellos, sino también de todos los humanos. Los enanos comparten nuestra preocupación hasta cierto punto, pero el resto de razas nunca han sentido la obligación acuciante de hacerlo. Es por eso que algunos elfos abandonan la Tierra del Oeste para ir a otras comunidades e intentan instruir a la gente que allí vive en la responsabilidad del cuidado y la conservación de la tierra. Y es justo eso lo que yo trataba de hacer en Puerto Refugio.

—Por eso trabajabas con los niños del pueblo —aventuró Wil.

—Principalmente con los niños. Ellos son más receptivos a mis enseñanzas y disponen de más tiempo para instruirse. A mí me educaron cuando era pequeña; ese es el método que emplean los elfos. Yo soy más capaz de poner en práctica esas

enseñanzas que la gran mayoría. Supongo que esa es una de las razones por las que fui una Elegida. El talento de los Elegidos para la preservación y conservación de la tierra en sus formas de vida es de una importancia capital. Ellcrys tiene sobradas cualidades para advertirlo. Tiene la capacidad de...

Amberle pareció refrenarse ante un pensamiento que no quería expresar. Enmudeció de súbito, encogiéndose de hombros.

—En cualquier caso, fui una buena profesora para los niños de Puerto Refugio. La gente del pueblo fue muy amable conmigo... Puerto Refugio era mi hogar, y yo no quería marcharme de allí.

De repente su mirada se dirigió al fuego que los separaba. Wil no agregó nada; simplemente se inclinó hacia delante, con el fin de avivarlo con algunos trozos de madera. Tras unos minutos de silencio, Amberle volvió a mirarle.

—Bueno, ahora ya conoces algo del sentimiento que los elfos albergan hacia la tierra. Debes intentar entenderlo, pues es parte de tu herencia.

—Creo que lo comprendo —contestó el vallense tras meditar brevemente—. Al menos un poco. No me han educado de acuerdo a las costumbres de los elfos, pero sí he estudiado para ser curandero con los stors. La preocupación de ellos por la vida humana, de igual modo, es semejante a la preocupación de los elfos por la tierra. Un curandero ha de hacer todo lo que esté a su alcance para preservar la vida y la salud de los humanos que pasan por sus manos. Contraje ese compromiso cuando decidí ser curandero.

La joven elfa lo miró curiosa.

—Eso hace todavía más extraño el hecho de que Allanon te persuadiera para que me asistieras. Eres un curandero que se dedica a preservar la vida. ¿Qué sucederá si te encuentras en la tesitura de tener que dañar, o incluso matar, a otros con el fin de protegerme?

Wil la contempló silenciosamente. Nunca antes había considerado la posibilidad de que eso pudiese ocurrir. Al ponerse ahora a reflexionar sobre ello, un incómodo sentimiento de duda le invadió.

—No sé qué haría —admitió con incertidumbre.

Volvieron a quedarse callados, observándose el uno al otro a través del fuego. Eran incapaces de superar lo incómodo del momento. Acto seguido Amberle se levantó acercándose al vallense, se sentó a su lado, y estrechó su mano de manera impulsiva. Su hermoso rostro se encaró con el de él a través de la sombra de su pelo.

—Siento haber formulado esa pregunta, Wil Ohmsford. No ha sido justa en absoluto. Accediste a viajar creyendo que podrías ayudarme. Ha sido una equivocación por mi parte dudar que puedas hacerlo.

—Ha sido una pregunta honesta —replicó Wil con seguridad—. Lo que pasa es que carezco de respuesta.

—No estás obligado a tenerla —reiteró ella—. Hay ciertas decisiones que no pueden llevarse a cabo antes de que el tiempo las exija. No siempre se puede

anticipar el desarrollo de los sucesos y, por tanto, no podemos predecir el modo en que actuaremos. Hay que aceptarlo. Te pido disculpas de nuevo. Tú también podrías preguntarme qué haría yo si Ellcrys me dijera que aún soy una Elegida.

Wil sonrió.

—Ten cuidado, pues es eso justamente lo que estaba a punto de preguntarte...

Le soltó la mano y se levantó.

—No lo hagas; no te agradaría mi respuesta. —Sacudió la cabeza con semblante triste—. Te equivocas si crees que mi decisión es sencilla y que tú la tomarías con facilidad.

Se alejó unos pasos del fuego, cogió su capa de viaje y la tendió por el suelo. Cuando se disponía a enrollarse en ella para dormir, se volvió hacia Wil por última vez.

—Si nuestras decisiones llegaran a ser inevitables, la tuya sería la más fácil de tomar. Créeme...

Metió la cabeza entre los pliegues de la capa y se quedó dormida en pocos minutos. Wil Ohmsford contempló el fuego pensativo. Aunque sin poder explicar el porqué, se dio cuenta de que la creía.



A despertar al día siguiente no había rastro de Artaq. Pensaron que se habría alejado durante la noche. No obstante, tras inspeccionar apresuradamente los alrededores de su lugar de acampada, no dieron con ningún rastro del animal. Una desagradable sospecha comenzó a resonar en el subconsciente de Wil. Inmediatamente examinó la zona donde había dejado libre a Artaq para que pastara y se desplazó a lo largo del perímetro del campamento, arrodillándose de vez en cuando para oler la tierra o tocarla con las manos. Amberle lo contempló curiosa. Poco después, le dio la sensación de que el vallense había dado con algo. Se encaminó hacia el sur, atravesando un bosquecillo hacia las praderas. Con los ojos fijos en la tierra, se alejó unas trescientas yardas para, enseguida, girar hacia el río. La elfa lo siguió en silencio. Poco después, ambos estuvieron en la ribera del Mermidon, contemplando un vado a unos cientos de pasos, río abajo, del lugar donde habían dormido.

—Los nómadas. —Wil escupió la palabra como si de una píldora amarga se tratara—. Nos lo han robado. Cruzaron por aquí mientras dormíamos.

Amberle lo miró con asombro.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy —asintió Wil—. He descubierto el rastro de sus pisadas. Además, son los únicos que han podido hacerlo. Los nómadas son expertos en caballos; si no hubiera sido así, Artaq se habría rebelado. ¿Lo ves? Se han marchado ya.

Señaló a la otra orilla. Las praderas en las que estaban aparcadas sus caravanas la noche anterior, ahora aparecían desiertas. Las contemplaron en silencio durante un instante.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Amberle.

La furia invadió a Wil de tal forma, que no pudo articular respuesta alguna.

—Regresemos primero a por nuestras pertenencias. Luego cruzaremos el río e inspeccionaremos rápidamente la zona en la que hicieron noche.

Se dirigieron al campamento, recogieron con celeridad sus escasas posesiones y volvieron al río. Lo cruzaron sin dificultad por el vado. Poco después llegaron al lugar donde los nómadas habían pernoctado. Wil estudió el terreno con mayor rapidez que cuando había escudriñado el de la orilla contraria en busca de huellas. Cuando terminó volvió junto a Amberle, que lo esperaba de pie.

—Mi tío Flick me a cómo interpretar las pisadas cuando explorábamos los bosques que circundaban el Valle Sombrío —le informó, ya de mejor humor—. Cuando yo era pequeño, acostubrábamos a cazar y pescar con trampas en Duln durante semanas. Siempre pensé que lo que aprendí entonces podría servirme algún

día.

Ella asintió con impaciencia.

—¿Has descubierto algo?

—Se han ido hacia el oeste, posiblemente poco antes de que amaneciera.

—¿Eso es todo? ¿No hay ningún indicio de que Artaq fuera con ellos?

—Que iba con ellos es indudable. Junto al vado hay huellas de un caballo que comenzó a cruzar el río, y a la salida vuelven a aparecer. Un caballo escoltado por varios hombres. Es evidente que se lo han llevado. Vamos a recuperarlo.

Ella lo miró escéptica.

—¿Insinúas que vamos a seguirles la pista?

—Yo, desde luego, lo haré. —De nuevo se enervó—. Los seguiremos.

—¿Los dos? —preguntó ella meneando la cabeza—. ¿A pie?

—Esas carretas son lentas. Es posible que los alcancemos al caer la noche.

—Eso suponiendo que los encontremos...

—No hay problema. Hace años era capaz de seguir el rastro de un ciervo por un monte en el que no hubiera caído una gota de lluvia durante semanas. Creo que seguir las huellas de toda una caravana a través de praderas abiertas no supone un gran obstáculo.

—Esto no me gusta nada —declaró ella en voz baja—. Aunque lográramos localizarlos y tuvieran a Artaq, ¿qué se supone que haremos?

—Nos preocuparemos de eso cuando los encontremos —contestó Wil con tranquilidad.

La joven insistió.

—Creo que es algo que debemos preguntarnos ya mismo, pues quieres que persigamos a un campamento entero de hombres armados. Lo que ha ocurrido me disgusta tanto como a ti, pero no es razón para dejar de pensar con la cabeza.

Haciendo un esfuerzo, Wil logró controlarse.

—No pienso perder ese caballo. Para empezar, sin la ayuda de Artaq los demonios nos habrían atrapado en Puerto Refugio. Creo que merece mejor destino que pasar el resto de su existencia al servicio de esos saqueadores. Además, es el único caballo que teníamos y que podremos conseguir. Sin él, tendremos que hacer el resto del camino hasta Arborlon a pie. Nos llevaría más de una semana, pasando la mayor parte de ella en praderas abiertas. Eso aumentaría considerablemente las posibilidades de que los monstruos que nos persiguen nos encuentren. Y, como comprenderás, eso no me gusta; necesitamos Artaq es necesario.

—Ya veo que la decisión está tomada —dijo ella en tono reservado.

Wil asintió.

—Sí. Al menos, los nómadas viajan hacia la Tierra del Oeste. Al menos nos encaminaremos en la buena dirección.

Durante un momento ella se dedicó a mirarlo fijamente; no dijo nada más. Finalmente asintió.

—Está bien, los seguiremos. Yo también quiero recuperar a Artaq. Pero debemos saber qué haremos cuando los alcancemos. Nos conviene trazar un plan para entonces.

Él sonrió conciliadoramente.

—Hagámoslo.

El resto del día caminaron por las praderas, mientras seguían el rastro de la caravana. Hacía un calor seco y los rayos del sol caían sobre ellos desde un límpido cielo azul. En el camino escaseaban las sombras que pudiesen resguardarlos del calor. Pronto se les acabó el agua, y les resultó imposible encontrar algún curso donde aprovisionarse de nuevo. A media tarde solo podían saborear el polvo de las llanuras, mezclado con su propia sed. Los músculos de las piernas les dolían y tenían los pies llenos de ampollas. Apenas intercambiaron palabras, con la intención de reservar sus fuerzas. Concentrados en la tarea de poner un pie delante del otro, observaron cómo el sol se escondía ante ellos por el horizonte. Finalmente, lo único que quedó del día fue un tenue resplandor anaranjado proyectado sobre la tierra.

La oscuridad se cernió sobre ellos poco después. El día acabó desapareciendo entre las sombras, que se diluyeron en la noche. A pesar de todo siguieron caminando. Ya no podían distinguir las huellas de las ruedas de las carretas hundidas en la tierra, así que confiaron en su sentido de la orientación para seguir moviéndose en línea recta rumbo al oeste. En el cielo nocturno la luna y las estrellas brillaban. Su suave luz se proyectaba sobre las praderas, permitiéndoles proseguir la marcha sin descanso. Sentían sus ropas incómodamente rígidas, dada la mezcla de sudor y polvo que se enfriaba y secaba sobre sus cuerpos. Ninguno sugirió siquiera un descanso; eso habría supuesto renunciar a alcanzar la caravana esa misma noche y tendrían que continuar caminando al día siguiente. Avanzaron en silencio y con determinación, tanto ella como él. Esto sorprendió profundamente a Wil, que sintió una honda admiración por la joven.

Entonces, a lo lejos, vislumbraron la luz de un fuego ardiendo en la oscuridad, como la luz de un faro en el océano. Comprendieron que habían encontrado la caravana. Avanzaron con cautela hacia la luz. Lo hicieron en silencio, mientras observaban los tejados picudos de los carromatos que, poco a poco, comenzaban a distinguirse en la noche. Poco después, toda la caravana, dispuesta en un amplio círculo, tal y como estaba formada a orillas del Mermidon, se hizo visible.

Wil tiró suavemente del brazo de Amberle para que se agachara.

—Vamos a entrar —susurró, sin dejar de mirar el campamento de los nómadas.

Ella lo miró con ojos incrédulos.

—¿Ese es el plan?

—Conozco a esta gente. Sígueme la corriente y todo irá bien.

Sin darle tiempo a responder, se levantó y se encaminó hacia la caravana. La elfa lo siguió con la vista durante un rato, altamente sorprendida. Al rato se levantó y fue tras él. Cuando se aproximaron al círculo de carretas, la luz del fuego les mostró los

rostros de hombres, mujeres y niños. Las risas se hicieron audibles y comprendieron algunos fragmentos de la conversación. Los nómadas, que acababan de cenar, charlaban calmadamente unos con otros. Un suave rasgueo de cuerda llegó de algún lugar del campamento.

A escasos veinte pasos del círculo, Wil gritó. Amberle se sorprendió hasta el punto de dar un salto. Todos en el campamento interrumpieron sus actividades, girando sus cabezas hacia ellos. Se produjo un repentino ruido de pies correteando y varios hombres aparecieron entre los huecos de las carretas más cercanas a la pareja que se aproximaba. Estos escudriñaban la oscuridad en silencio, quedando reducidos a sombras sin rostro a causa de la luz del fuego que había tras de sí. Wil no se detuvo y siguió avanzando directamente hacia ellos. Amberle lo seguía unos pasos por detrás. Toda la caravana estaba completamente paralizada.

—Buenas noches —dijo Wil con voz alegre al llegar al grupo de nómadas que bloqueaba el paso al campamento.

Los hombres no respondieron. El resplandor de la fogata permitió al vallense captar destellos de hojas de metal.

—Vimos vuestras fogatas y pensamos que, tal vez, podríais darnos algo con lo que saciar nuestra sed —dijo sin dejar de sonreír—. Llevamos caminando desde el amanecer y estamos exhaustos.

Un hombre alto, con capa verde y sombrero de ala ancha, se abrió paso entre el tumulto de hombres silenciosos. Era el hombre que habían visto en el río.

—Ah, nuestros amigos de anoche —dijo serenamente y sin saludarlos.

—Hola de nuevo —replicó Wil con afabilidad—. Me temo que la suerte no nos sonríe; nuestro caballo debió de alejarse la pasada noche y lo hemos perdido. Hemos caminado todo el día sin conseguir agua y nos gustaría beber algo fresco.

—Faltaría más. —El hombre alto sonrió sin alegría. Debía medir cerca de seis pies y medio. Era delgado y enjuto, y su rostro estaba ensombrecido por una poblada barba negra, que concedía a su sonrisa un toque amenazador. Sus ojos, más oscuros que la noche, observaban desde debajo de una frente curtida y arrugada. Su nariz era ligeramente ganchuda en el puente. La mano que alzó para hacer una seña a los hombres de atrás estaba decorada con un anillo en cada dedo.

—¡Traed agua! —ordenó, con los ojos fijos sobre el vallense. Su expresión no varió—. ¿Quiénes sois, amigos, y hacia dónde vais?

—Mi nombre es Wil Ohmsford —contestó el vallense—. Esta es mi hermana, Amberle. Nos dirigimos a Arborlon.

—Arborlon. —El hombre repitió el nombre, pensativo—. Claro, sois elfos; al menos en parte. Cualquiera se percataría. Decís que habéis perdido vuestro caballo. ¿No creéis que hubiera sido más prudente continuar vuestro camino a lo largo del Mermidon, en lugar de viajar directamente hacia el oeste, como habéis hecho?

Wil enfatizó su sonrisa.

—Está claro. Pero ¿sabe? Nos urge llegar a Arborlon cuanto antes, y caminando

tardaríamos mucho. Anoche vimos que estaban acampados al otro lado del río y también observamos que estaban en posesión de varios caballos buenos. Pensamos que si lográbamos alcanzarlos al anochecer, podríamos trocar algo de valor por alguno de sus caballos.

—¿Algo de valor? —El hombre se encogió de hombros—. Podríamos valorarlo, si nos enseñáis qué os planteáis darnos.

Wil asintió.

—Por supuesto.

Apareció una mujer anciana portando una jarra de agua, junto con una sola taza de madera. Se lo entregó a Wil, quien la tomó en silencio. Vertió un poco de agua en la taza mientras los nómadas lo observaban. Tras beber no se la ofreció a Amberle, lo que la dejó estupefacta. Después volvió a llenar la taza y se la volvió a beber. Finalmente le entregó la jarra y la taza vacía a Amberle sin hacer ningún comentario.

—Veo que conoces la costumbre —dijo el hombre. Sus oscuros ojos brillaban con interés—. Sabrás entonces que somos nómadas.

—He tratado con otros muchos —le informó Wil—. Soy curandero.

Un murmullo recorrió el grupo. Los presentes habían aumentado considerablemente desde que la conversación había empezado. Ahora se agolpaban allí casi la totalidad de los acampados: unos treinta hombres, mujeres y niños, todos vestidos con sedas de colores vivos, cintas trenzadas y pañuelos.

—¿Un curandero? Eso no me lo esperaba. —El hombre avanzó un paso, se quitó el sombrero con una floritura e hizo una reverencia. Incorporándose de nuevo, alargó la mano a modo de saludo—. Mi nombre es Cephelo. Soy el patriarca de esta familia.

Wil le estrechó la mano con decisión. Cephelo sonrió.

—Bueno, no deberíais quedaros ahí; el aire de la noche comienza a refrescar. Seguidme. Tu hermana también es bienvenida. A ambos os vendrá bien un baño y algo de comer.

Se abrió camino entre los allí presentes, en dirección al círculo de carretas. Una enorme hoguera ardía en el centro. Sobre el fuego había una trébede y una marmita de hierro. El resplandor de las llamas se reflejaba en las carretas pintadas mediante un sinuoso crepitar que mezclaba el arco iris con las sombras de la noche. Bajo las carretas había bancos de madera de complicadas tallas, pulidos y con amplios asientos cubiertos de cojines de plumas. Las ventanas adornadas de metal permanecían abiertas hacia la luz, engalanadas con cortinas y ristras de cuentas. Sobre una larga mesa situada a un costado, había una colección de lanzas, espadas y cuchillos, todos cuidadosamente ordenados y de peligroso aspecto. Dos jóvenes engrasaban con esmero las hojas metálicas.

Llegaron hasta el fuego donde se estaba cocinando. Cephelo se volvió con brusquedad.

—Bueno, ¿qué queréis primero, la comida o el baño?

Wil ni siquiera miró a Amberle.

—Creo que el baño. Mi hermana lo mismo, si es que tenéis agua suficiente.

—Hay suficiente —asintió Cephelo, volviendo después—. ¡Eretria!

Se oyó un rumor de seda y Wil se encontró frente a la joven más fascinante que había visto en su vida. Aun siendo pequeña y delicada, al estilo de Amberle, no poseía la infantil inocencia que caracterizaba a la joven elfa. La espesa cabellera negra le caía en forma de tirabuzones sobre los hombros, enmarcando unos ojos misteriosos y oscuros. Su rostro era bellísimo, y sus facciones perfectamente formadas e inolvidables una vez vistas. Vestía botas altas de cuero, pantalones y una corta blusa de seda escarlata que dejaba poco a la imaginación. Tenía el cuello y las muñecas adornadas por unas cintas plateadas.

Wil la contempló embobado, sin poder apartar la mirada.

—Mi hija —la presentó Cephelo con un tono imperturbable. Señaló hacia Amberle—. Llévate a la joven elfa y encárgate de que tome un baño.

Eretria sonrió perversamente.

—Sería mucho más divertido el darle un baño a él —sugirió mientras señalaba a Wil.

—Haz lo que te he ordenado —le conminó su padre.

Eretria no apartó la mirada del vallense.

—Acompáñame, muchacha —la invitó. Dio media vuelta y se alejó. Amberle la siguió. No aparentaba estar demasiado feliz con la situación.

Cephelo condujo a Wil a un lugar retirado del campamento donde numerosas mantas pendían a través del reducido espacio entre dos carretas. En medio le esperaba una bañera con agua. Wil se quitó la ropa, amparándose en las mantas, y la dejó cuidadosamente a un lado, sobre la tierra. Sabía que el nómada, para comprobar si llevaba algo de valor, observaba atento cada cosa que se quitaba. Por ello, trató de evitar sutilmente que la bolsa que contenía las piedras élficas se saliese del bolsillo de la túnica. Se echó agua por encima con un cazo, a fin de quitarse el polvo y el sudor generado durante la jornada de viaje.

—No es habitual hallar un curandero que trate con nómadas —dijo Cephelo pasado un rato—. Por lo general debemos cuidarnos nosotros mismos.

—Estudié con los stors —respondió Wil—. Ellos prestan ayuda sin distinción.

—¿Los stors? —Cephelo volvió a sorprenderse—. Pero si los stors son gnomos.

El vallense asintió.

—Yo fui la excepción.

—Pareces singular en muchas cosas —declaró el hombre alto. Se sentó en un banco cercano y contempló cómo el vallense se secaba y comenzaba a lavar sus prendas—. Vamos a encomendarte un trabajo que te permitirá pagar comida y reposo. Algunos de los nuestros precisan de tus conocimientos.

—Estaré encantado de hacer lo posible —respondió Wil.

—Bien —asintió el otro con satisfacción—. Iré en busca de ropa seca para que puedas vestirte.

Se puso en pie y se alejó. De inmediato Wil tomó las piedras élficas del bolsillo de su túnica y las puso dentro de una bota. Volvió a la tarea de lavar la ropa. Al poco rato Cephelo regresó con ropas de seda. El vallense las aceptó y se vistió. A pesar de lo incómodo del bulto en su bota derecha, se la ajustó con firmeza. Luego repitió la misma operación con la otra. Cephelo llamó a la anciana que había llevado antes el agua. Le ordenó que se encargara de las ropas mojadas de Wil. El vallense se las entregó al instante; sabía que las revisaría con atención, pero el esfuerzo les resultaría improductivo.

Entonces regresaron junto al fuego del centro del campamento, donde Amberle se reunió con ellos. Estaba limpia y vestida con ropas semejantes a las de Wil. Le entregaron a cada uno un vaso de vino y un plato con comida caliente. Se sentaron cerca del fuego, y comieron sin mediar palabra. Los nómadas a su alrededor los observaban con curiosidad. Cephelo se acomodó frente a ellos, sentándose sobre un gran cojín con borlas doradas. Su rostro no expresaba ninguna emoción. Eretria no daba señales.

Tras la comida, el jefe de los nómadas hizo llamar a los miembros de su familia que necesitaban la atención de Wil y los reunió. El joven los examinó uno por uno, y trató una serie de infecciones, desórdenes internos, irritaciones de la piel y fiebres leves. Amberle trabajó con él, a pesar de que no se lo había pedido. Le proporcionó vendas y agua caliente, y le ayudó a aplicar hierbas medicinales y ungüentos. A Wil le llevó casi una hora completar su trabajo. Al finalizar, Cephelo se acercó a él.

—Hiciste bien tu trabajo, curandero. —Le sonrió afablemente—. Veamos ahora qué podemos hacer por ti. Ven conmigo.

Pasó un brazo por encima del hombro del vallense y se lo llevó con él mientras Amberle recogía las coas que habían estado usando con los enfermos. Se dirigieron hacia el otro lado del campamento.

—Me habías dicho que anoche vuestro caballo se fugó cerca de donde acampamos, junto al Mermidon. —La voz de Cephelo tenía un tono meditabundo—. ¿Qué aspecto tenía el animal?

El rostro de Wil se tornó inexpresivo. Sabía qué papel debía interpretar.

—Un semental, color azabache.

—Bueno. —El tono de Cephelo pareció todavía más pensativo—. Esta mañana, temprano, encontramos un caballo como el que acabas de describirme. Mientras enganchábamos nuestros caballos para el viaje, se acercó a nuestro campamento desde las praderas. Tal vez se trate de tu caballo, curandero.

—Es posible —comentó Wil.

—Sobra decir que ignorábamos de quién era el animal. —Sonrió—. Lo trajimos con nosotros. ¿Por qué no vienes conmigo y le echas un vistazo?

Pasaron a través del anillo de carretas, hacia una planicie del otro lado. Los caballos de los nómadas estaban atados con una cuerda, a unas ciento cincuenta yardas del campamento. Dos siluetas oscuras tomaron forma en la noche: eran

nómadas, provistos de lanzas y arcos. Una palabra de Cephelo hizo que regresaran a su escondite. El hombre alto llevó a Wil hasta los caballos; entre ellos se encontraba Artaq.

Wil asintió.

—Ese es mi caballo.

—¿Lleva tu marca, curandero? —preguntó el nómada, casi como si se sintiera avergonzado. Wil hizo un gesto de negación—. ¡Oh, pues qué mala suerte! Ahora no podremos atestiguar si es tu caballo, ¿verdad? Al fin y al cabo, hay bastantes sementales color azabache en las Cuatro Tierras. ¿Cómo vamos a distinguirlos si sus amos no se dignan a marcarlos? Eso supone un gran problema, curandero. Te entregaría el caballo con gusto, pero haciéndolo correría un gran riesgo. Imagina que te lo entrego. Entonces, acto seguido, aparece otro y me dice que ha perdido un semental negro y descubrimos que cometí un error al dártelo a ti. En ese caso, sería yo el responsable de la pérdida de ese otro.

—Sí, supongo que tienes razón —afirmó Wil, dando a sus palabras el tono de incertidumbre requerido, tratando de evitar con esmero cualquier argumento contra el supuesto ridículo del hombre. Al fin y al cabo, aquello era parte de su juego.

—Por supuesto que te creo. —La cara barbuda de Cephelo transmitía solemnidad—. En efecto, si se puede confiar en alguien en este mundo, ese sería un curandero. —Sonrió al escuchar su propia broma—. No obstante, existe aún cierto peligro si decido hacerte entrega de este animal, sin que aportes prueba alguna. Siendo un hombre práctico en un negocio siempre duro, debo tomar en consideración dicha situación. Y después está el tema de la comida y el cuidado del animal, pues lo cuidamos y atendimos como si fuese nuestro; lo alimentamos, incluso, con la comida que llevábamos para nosotros mismos. Comprenderás que considere el hecho de que merecemos algo a cambio.

—Está claro —asintió Wil.

—Estupendo. —Cephelo se frotó las manos con gesto de satisfacción—. Estamos de acuerdo entonces; solo falta establecer un precio. Al llegar comentaste que podías intercambiar algo de valor a cambio de un caballo. Quizás ahora podamos llegar a un acuerdo satisfactorio para ambos. Cualquier cosa que portes contigo será suficiente para satisfacer tu deuda con nosotros. Además, no mencionaré nada sobre el caballo si llega alguien en su busca.

Wil parpadeó intencionadamente. Se acercó a Artaq, acarició su frente brillante y le permitió frotarse el morro contra su pecho.

—Muy a mi pesar, no poseo nada valioso —dijo al fin—. No traje nada en este viaje que pudiera pagar de manera justa lo que habéis hecho.

Cephelo dejó caer la mandíbula.

—¿Nada?

—Nada en absoluto.

—Pero cuando llegaste dijiste que traías contigo algo de valor...



—Oh, sí —asintió Wil con celeridad—. Me refería a que podía ofrecer mis servicios como curandero. Creí que podrían ser de algún valor.

—Pero esos servicios los has dado para pagar la comida y el descanso, así como la ropa para ti y tu hermana.

—Sí. Eso es cierto. —El vallense pareció entristecerse ante aquella realidad. Después respiró profundamente—. Quizás pueda proponerle algo. —El rostro del otro dibujó un renovado interés—. Parece ser que todos nos encaminamos hacia la Tierra del Oeste. Si nos permiten que les acompañemos, creo que podría presentarse alguna oportunidad con la que recompensarles. Posiblemente requieran mis servicios en algún otro momento.

—Eso me parece muy improbable. —Cephelo meditó. Luego ladeó la cabeza—. ¿No tienes absolutamente nada de valor que dar a cambio del caballo? ¿Nada de nada?

—Nada...

—Eso me parece una forma extraña de viajar —murmuró el nómada, mesándose la barba. El vallense aguardó callado—. Bueno, creo que no nos perjudicará que nos acompañéis en nuestra travesía hasta la región de los bosques. Son pocos días de recorrido. Si en ese lapso de tiempo no has tenido la oportunidad de hacer nada por nosotros, tendremos que quedarnos el caballo por las molestias. ¿Lo entiendes?

Wil asintió.

—Otra cosa más. —Cephelo se acercó, sin mostrar ya afabilidad en el rostro—. Confío en que no cometerás la imprudencia de intentar robarnos el caballo, curandero. Nos conoces lo bastante bien como para saber qué sucedería en caso de intentar algo semejante.

El vallense respiró profundamente, asintiendo una vez más; era consciente.

—Bien. —El hombre dio un paso atrás—. No lo olvides. —Se notaba que la forma en que se habían desarrollado los acontecimientos le disgustaba profundamente, aunque optó por encogerse de hombros con aire indiferente—. Ya basta de negocios. Vamos a beber algo.

Volvió al círculo de la caravana caminando justo delante de Wil. Dio unas palmadas al entrar que reunieron a los que allí se encontraban. Celebraron con vino y música la fortuna de aquel día, además de dar la bienvenida al joven curandero que tan amable se había mostrado. Wil tomó asiento junto al jefe en un banco con cojines, frente a la carreta de aquel, mientras hombres, mujeres y niños se mostraban alborozados alrededor. Sacaron una gran cuba con vino y entregaron una copa a cada uno de ellos. Cephelo se levantó, y realizó un gracioso brindis por la salud de su familia. Como respuesta, las copas se alzaron, vaciándose con rapidez. Wil bebió la suya, como los demás. Buscó a Amberle con mirada ansiosa y la encontró de rodillas cerca del círculo de caras del que estaba rodeada. No parecía nada contenta. Anheló hallar un momento para explicarle lo que ocurría, pero tendría que esperar a estar solos. Por el momento ella debía ser paciente.

Las copas se llenaron de nuevo. Se propuso otro brindis y volvieron a beber todos. Cephelo pidió música en voz alta. De inmediato trajeron instrumentos de cuerda y címbalos, y los músicos comenzaron a tocar. Se trataba de una música salvaje, bulliciosa, alborotada e irremediabilmente libre al crecer en la noche. Las risas de los nómadas, confiadas y alegres, se incrementaron a medida que la melodía crecía en intensidad. El vino no paraba de servirse, siendo consumido con rapidez. Todos animaban y gritaban a los músicos. Wil sintió que comenzaba a marearse. El vino era muy fuerte para alguien no acostumbrado a beberlo. Consideró que debía ser cuidadoso. Alzó la copa una vez más cuando se propuso un nuevo brindis, aunque esta vez solo bebió un sorbo. En el extremo de su bota derecha notaba el bulto tranquilizador de las piedras élficas que presionaban contra su pie.

Los músicos aumentaron la velocidad de la música y los nómadas no pudieron resistir el impulso de levantarse y comenzar a bailar. Entrelazaron sus brazos y formaron un círculo entre unos siete u ocho para girar y danzar alrededor del fuego. Unos cuantos más se alzaron para unirse al corro, y los que seguían sentados comenzaron a tocar palmas. Wil dejó la copa en un banco a su lado y se unió a la fiesta. La encontró llena cuando fue a cogerla otra vez. Embriagado por la algarabía de la música, la bebió sin apenas percatarse. Entonces los bailarines se separaron, formaron parejas y dieron vueltas saltando sobre las llamas. Se creó una misteriosa mezcla entre la música del baile y el sonido de una voz que cantaba con nostalgia.

De pronto, Eretria emergió ante él. Estaba hermosa, a la par que sombría y misteriosa. Su esbelta figura aparecía totalmente cubierta con seda escarlata. Su sonrisa lo deslumbró, cuando le tendió las manos para ayudarla a levantarse. Lo llevó hasta donde los bailarines danzaban, se separó y se alejó girando en un destello de lazos y revoltoso pelo negro. Luego volvió junto a él, abrazándolo con sus finos brazos mientras bailaban. El perfume de su cabello y de su cuerpo se combinó con el calor del vino que ya corría por sus venas. La sentía pegada a él, ligera como una pluma, suave, mientras pronunciaba palabras que no podía oír con claridad. El movimiento de la danza hizo que se mareara. Todo a su alrededor empezó a juntarse en una amalgama de colores dando vueltas en el trasfondo de la noche. La música y las palmas sonaron todavía más fuertes, así como los gritos y silbidos de los nómadas. Sintió que empezaba a levitar, aunque estaba abrazado a Eretria.

Poco después también ella se esfumó, al tiempo que él comenzaba a desplomarse.

**A**l despertar, Wil tenía el peor dolor de cabeza de su vida. Se sentía como una frágil rama, sacudida por un viento huracanado. Necesitó varios minutos para percatarse de que estaba tendido en la parte trasera de la carreta de uno de los nómadas. Sobre una cama de madera situada justo debajo de él, había un colchón de paja que se apoyaba contra la pared de atrás de la casa móvil. Una mirada hacia el techo de la caravana le descubrió un conjunto de extraños tapices, sedas y encajes, junto con utensilios de madera y de metal balanceándose con el vaivén de la carreta, saltando y tambaleándose en su camino por las llanuras. Supo que había dormido toda la noche, al ver los rayos de luz solar que penetraban por una ventana entreabierta.

Amberle, tumbada a su lado, lo miró con sus ojos verde marino cargados de reproche.

—No hace falta que te pregunte cómo te sientes hoy, ¿no? —dijo ella, aunque sus palabras eran difícilmente audibles a causa del traqueteo de las ruedas—. Espero que haya merecido la pena, vallense.

—No la ha merecido. —Se sentó con lentitud mientras la cabeza le latía con fuerza por el movimiento—. ¿Dónde estamos?

—En la carreta de Cephelo. Desde anoche, si es que eres capaz de recordarlo. Le dije que estabas medio convaleciente por una enfermedad, por lo que no debías sentirte mal solo por el vino. Es por eso que me permitieron quedarme aquí contigo hasta que estuvieras mejor. Bebe de aquí.

Le dio una taza que contenía un oscuro líquido. Wil miró con suspicacia el brebaje, que no parecía nada apetitoso.

—Bebe —repitió ella con contundencia—. Es un remedio para los que abusan del vino, preparado a base de hierbas. Hay cosas que, sin ser curandero, deberías saber.

Lo bebió sin rechistar. Fue en ese momento cuando se percató de que no tenía sus botas.

—¡Mis botas! ¿Qué ha ocurrido con...?

—¡Calla! —le dijo mientras señalaba a la parte delantera del vagón, donde había una diminuta puerta de madera. Estaba cerrada.

Sin añadir una palabra más, se agachó y sacó las botas de debajo de la cama. A continuación extrajo de la faja ceñida a su cintura la bolsita de cuero que contenía las piedras élficas.

Una expresión de sosiego se dibujó en el rostro del vallense mientras se recostaba.

—Al parecer, la fiesta fue demasiado para ti —continuó ella, no sin cierta ironía

en el tono de voz—. Perdiste el sentido, por lo que Cephelo te trajo hasta aquí para que durmieras. Iba a mandar a la anciana para que te desnudase, pero fui capaz de convencerla de que si volvía la fiebre podría contagiarse, y de que, además, te sentirías ofendido si te quitaban la ropa sin tu consentimiento. Parece que no dio demasiada importancia al asunto, pues ordenó a la anciana que se marchara. Cuando también él lo hizo, te registré y encontré las piedras élficas.

Él asintió con expresión de aprobación.

—Siempre piensas en todo.

—Alguien debe hacerlo. —Arqueó las cejas sin agradecerle el cumplido. Miró de nuevo hacia la puerta—. Cephelo envió a la anciana al compartimento de al lado y le ordenó que nos vigilara. Creo que no se fía del todo de ti.

Wil se reclinó, y apoyó la barbilla sobre sus manos.

—Eso no me extraña.

—Entonces, aparte de porque te pasaste con la bebida anoche, ¿por qué estamos todavía aquí? —quiso saber la joven—. ¿Qué hacemos aquí?

Wil extendió el brazo hacia las piedras élficas y ella se las entregó. Introdujo la bolsita otra vez en su bota derecha, se calzó y ordenó a Amberle que se aproximara.

—Porque he descubierto cómo recuperar a Artaq. Pero, por desgracia, no podremos ponerlo en práctica si no vamos con ellos —le susurró con un tono lo suficientemente alto como para que ella pudiera escucharlo, a pesar del traqueteo de las ruedas—. Hay una razón más: los demonios que nos persiguen desde Puerto Refugio buscan a dos personas y no a una caravana. Es posible que viajar con esta gente nos permita despistarlos. Además, nos dirigimos hacia el oeste, precisamente la dirección que pensábamos tomar... y viajamos más rápido que si fuésemos a pie.

—Bien. Pero aun si no estamos libres de peligro, vallense —puntualizó ella—. ¿Qué vamos a hacer cuando llegemos a los bosques de la Tierra del Oeste y Cephelo no quiera devolverte a Artaq?

Wil se encogió de hombros.

—Cuando llegue el momento lo resolveré.

—Ya discutimos sobre ese asunto. —Sacudió la cabeza con disgusto—. Podrías confiar un poco más en mí. Que mi seguridad dependa de ti y no pueda estar al tanto de tus decisiones, no me resulta especialmente tranquilizador.

—Tienes razón —tuvo que admitir—. Siento lo de anoche. Debí haberte informado antes de entrar en el campamento, pero lo cierto es que improvisé una vez estuvimos dentro.

—Te creo —dijo ella mientras fruncía el ceño.

—Mira, te explicaré una cosa —se ofreció—. Como ya sabes, los nómadas viajan siempre en familia. El término *familia* puede inducir a confusión, pues sus miembros no han de estar necesariamente emparentados por lazos de sangre. Los nómadas tienen el hábito de intercambiar, e incluso vender, mujeres y niños a otros campamentos. Es una situación de propiedad colectiva. Cada familia tiene un

patriarca: figura paternal a cargo de todas las decisiones. Las mujeres, por su parte, están subordinadas a los hombres; eso es lo que denominan la *costumbre*. Los nómadas creen que ese es el orden natural de las cosas, pues están convencidos de que las mujeres existen para obedecer y servir a los hombres, quienes, a su vez, les suministran sustento y protección. Corresponde a su tradición permitir a aquellos que entran en sus campamentos observar sus costumbres, a fin de ser bien recibidos. Por eso yo bebí agua el primero y te dejé las cosas para que las recogieses después de atender a los enfermos; quería convencerlos de que entendía y respetaba sus creencias. Si lo aceptaban, cabía la posibilidad de que pudiéramos recuperar a Artaq.

—No parece que el resultado haya sido muy satisfactorio —señaló Amberle.

—Por el momento no —reconoció él—. Pero nos han permitido ir con ellos. Por lo general, ni siquiera contemplan algo semejante, porque a los nómadas no les gustan los ajenos a su grupo.

—Nos han dejado ir con ellos porque Cephelo tiene curiosidad por ti, y quiere averiguar más de lo que le has dicho. —Hizo una pausa—. También le interesas a Eretria; lo demostró sin disimulo.

Él sonrió sin querer.

—Y supongo que pensarás que anoche, en la fiesta, me divertí mucho bailando y bebiendo.

—Si te interesa, sí: eso es exactamente lo que creo.

Amberle lo dijo con absoluta seriedad, sin el menor esbozo de sonrisa en la cara. Wil se inclinó, y el movimiento hizo latir su cabeza.

—Está bien, reconozco que me excedí. Pero, pienses lo que pienses, las razones para hacerlo eran buenas. Era imprescindible que creyesen que soy menos listo que ellos pues, de no ser así, ambos estaríamos ahora muertos. Bebí, bailé y me comporté como lo habría hecho cualquier forastero en las mismas circunstancias, con el único fin de no despertar sospechas. —Se encogió de hombros—. Y con respecto a Eretria, no puedo evitar lo que opine de mí.

—No te estoy diciendo eso —agregó ella enfadada—. Me importa un comino lo que Eretria sienta por ti. ¡Lo único que me concierne es que tu temeridad nos ponga a ambos en peligro!

Al ver la mirada de sorpresa dibujada en los ojos de Wil, ella enrojeció.

—Solo te pido que vayas con cuidado —añadió enseguida. Le quitó la taza vacía de las manos y se distanció hacia el extremo opuesto del vagón. Wil la observó curioso.

Al momento recuperó la calma y volvió.

—Debes saber una cosa más. A primera hora de esta mañana, nos cruzamos con un cazador de trampas que viajaba en dirección este. Venía del Tirfing, la región de lagos situada frente a los bosques de la Tierra del Oeste, justo bajo el Mermidon. Aconsejó a Cephelo que evitara aquel camino. Dijo que había un diablo.

Wil cambió el gesto.

—¿Un diablo?

—Lo llamó diablo. Es un término que usan los nómadas para referirse a algo no humano y maligno. —Hizo una pausa—. Es posible que ese diablo sea uno de los demonios que huyeron de la Prohibición.

—¿Qué dijo Cephelo al respecto?

Amberle sonrió tímidamente.

—Que no les teme. Está decidido a pasar por el Tirfing. Creo que por unos negocios que requieren su paso por allí. El resto de la familia, en cambio, no parece muy feliz con esa resolución.

Wil asintió.

—Yo iría con ellos.

La joven elfa lo miró con atención durante un rato.

—Si fuese tú, yo no iría con nadie de este campamento. Recuérdalo si te invitan a más vino.

Después, se giró y se dirigió al extremo opuesto de la carreta, tratando de ocultar sus movimientos al vallense. Esto enfureció a Wil, que se dispuso a seguirla. Pero su dolor de cabeza le hizo reconsiderarlo. Se recostó cuidadosamente y apoyó su palpitante cabeza sobre un pedazo de caña trenzada que recubría la pared de la carreta. Una cosa era innegable, pensó afligido: Amberle no tendría que preocuparse de nuevo por que él tomara más vino.

La caravana prosiguió su ruta rumbo al oeste hasta el mediodía, momento en que se detuvo un tiempo para que los nómadas compartieran una frugal comida. Wil había mejorado, e incluso comió un poco de la carne seca y las verduras que constituyeron el tentempié. Cephelo intercambió algunas palabras con él para preguntarle cómo se encontraba. Después se marchó, evidenciando que tenía la mente ocupada en otros menesteres. Entre los nómadas se chismorreaba sobre el asunto del diablo y resultaba obvio que a la familia le preocupaba lo que les había contado el viejo cazador. Como eran muy supersticiosos, no les resultó adecuado que Cephelo no tuviera en consideración aquella advertencia.

El resto de la tarde pasó con rapidez. Wil se turnó para conducir el carruaje de Cephelo, mientras la anciana dormitaba en la parte posterior. Amberle se acomodó a su lado, mientras él guiaba el tronco de cuatro caballos en línea con la caravana. Discurrían a través de una amplia extensión de praderas y cantaban y tarareaban para sí mismos, aunque hablando poco. El vallense la dejó tranquila, estaba concentrado, mirando pensativo el vacío de las llanuras. Cephelo pasó varias veces junto a ellos montado, en un gran alazán. La capa verde le ondeaba al viento y su rostro moreno brillaba del sudor por el calor del día. Wil avistó a Artaq una vez, cuando condujeron los caballos de relevo delante de las carretas en busca de una charca. Nadie lo montaba. Lo que parecía indicar que Cephelo aún no había decidido qué hacer con el animal negro, o incluso si quería quedarse con él.

Entraron en el Tirfing una hora antes de que atardeciera. Se trataba de una tierra

circundada por bosques y trufada de pequeños lagos que se esparcían junto a las praderas. Más hacia el oeste, bajo la incandescente esfera del sol poniente, se hallaba la densa masa de árboles de la Tierra del Oeste. Las carretas dejaron atrás las llanuras, para adentrarse en los trechos boscosos del Tirfing, a través de un camino dibujado por el paso de incontables viajeros. Bajo el amparo de los árboles, cuya prolongada sombra se extendía sobre el camino al inicio del atardecer, el calor de las praderas quedó disipado. Entre los claros del bosque comenzaron a avistar los lagos que salpicaban toda la región.

Ya había anochecido cuando Cephelo ordenó que se detuvieran en un gran claro rodeado de robles. Desde ahí se divisaba un pequeño lago, situado a unas cientos de yardas más al norte. Las carretas formaron el típico círculo chirriante hasta que se detuvieron. Wil se sentía atrofiado y apenas podía moverse. Mientras los hombres desataban los caballos y las mujeres comenzaban los preparativos para la cena, el vallense se apeó cuidadosamente del duro asiento y caminó para desentumecer sus miembros. Amberle se dirigió hacia otro lado, y él no se molestó en seguirla. Cojeando atravesó el grupo de carretas dispuestas en círculo hacia los árboles de alrededor, deteniéndose allí para estirarse y dejar que la sangre corriera por sus doloridas extremidades.

Al cabo de unos minutos oyó unos pasos; se giró. Descubrió la esbelta figura de Eretria, que se acercaba como un espectro en la noche. Vestía botas altas y ropas de piel de montar, con un pañuelo de seda rojo rodeando su cintura y otro en el cuello. El cabello bruno, suelto y movido por el viento le caía como una catarata sobre los hombros. Al llegar, agregó a su sonrisa un guiño de malicia en los ojos.

—No te pierdas, Wil Ohmsford —le advirtió—. Podría encontrarte un diablo, ¿qué harías entonces?

—Dejar que me apresara. —Wil forzó una sonrisa mientras se frotaba la espalda—. En cualquier caso, no pienso perderme hasta que haya comido.

Se sentó sobre la hierba y apoyó la espalda sobre uno de los robles. Eretria lo observó en silencio durante un momento. Luego se sentó a su lado.

—¿Dónde has estado todo el día? —preguntó él para iniciar una conversación.

—Vigilándote —respondió ella. Una sonrisa pícaro se dibujó en su rostro al ver la expresión aparecida en el del vallense—. Tú no me veías, desde luego. Se supone que no debías de hacerlo.

Él titubeó con incomodidad.

—¿Y por qué has estado observándome?

—Cephelo quería tenerte vigilado. —Dijo encorvando sus cejas—. No confía ni en ti ni en la joven que, según dices, es tu hermana.

Lo miró sin disimulo, como tratando de provocar una respuesta. Wil tuvo un momento de espanto.

—Amberle es mi hermana —proclamó tan firme como pudo.

Eretria negó con la cabeza.

—Ella es hermana tuya, como yo hija de Cephelo. Vuestro parecido no es el que corresponde a un parentesco directo. Sus ojos, además, revelan que es algo más. Pero a mí no me incumbe. Si tú deseas que sea tu hermana que así sea. No obstante, intenta que Cephelo no descubra tu pequeña mentira.

Ahora fue Wil quien la observó con interés.

—Espera un momento —dijo tras una breve pausa—. ¿Qué quieres decir con que ella es tan hermana mía como tú hija de Cephelo? Dijo que eras su hija, ¿no?

—Lo que Cephelo dice y la verdad no tienen por qué coincidir de manera necesaria. De hecho, eso solo ocurre en contadas ocasiones. —Se inclinó hacia delante—. Cephelo no tiene hijos. Me compró a mi padre, que era pobre y no me podía mantener cuando yo era pequeña. Tenía otras hijas, por lo que pudo prescindir de mí. Ahora pertenezco a Cephelo, aunque no soy su hija.

Le contó esto impertérrita. Durante un instante Wil no supo qué decir; ella sintió su confusión y rio divertida.

—Somos nómadas, Wil; ya sabes cuáles son nuestras costumbres. Además, mi suerte habría podido ser peor si me hubieran entregado a un hombre de menor categoría. Cephelo es un jefe; goza de respeto, y tiene una buena posición. Eso es una ventaja como hija suya. Tengo más libertad que las demás mujeres. Y he aprendido mucho, curandero. Eso me ha otorgado un puesto sobre la mayoría.

—No quisiera ser yo quien lo comprobase —reconoció él—. Pero ¿por qué me cuentas todas estas cosas?

Ella frunció los labios como provocación.

—Porque me gustas.

—¿Y qué tengo de extraordinario? —preguntó él.

Eretria se tensó enfadada, con gesto de irritación.

—¿Estás casado con esa elfa o qué? ¿Es tu prometida?

La sorpresa de Wil fue evidente.

—No.

—Bien. Eso creía. —Su mal humor desapareció y esbozó de nuevo una sonrisa maliciosa—. Cephelo no va a devolverte el caballo.

Wil ponderó la afirmación un instante.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco su forma de ser; no te lo devolverá. Te dejará marchar si no das problemas ni intentas recuperar el caballo. Pero nunca te lo entregará voluntariamente.

El rostro del vallense se mostraba impasible.

—Te lo preguntaré de nuevo. ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque quiero ayudarte.

—¿Y por qué?

—Porque tú también puedes ayudarme a mí.

Wil frunció el ceño.



—¿De qué manera?

Eretria se cruzó de piernas y apoyó las manos en las rodillas meciéndose hacia atrás. Sus ojos oscuros brillaban con diversión.

—Wil Ohmsford, supongo que eres bastante más de lo que nos has contado. Seguramente no seas un mero curandero que viaja por las praderas de Callahorn con su hermana... Sospecho que te ha sido confiado el cuidado de esa chica elfa y que tienes que acompañarla como escolta o protector. —Levantó una mano con premura—. No te molestes en negarlo, curandero. Una mentira de tus labios no tendría efecto conmigo, pues soy hija del mentiroso más grande de este mundo y conozco el arte mucho mejor que tú. —Sonrió y apoyó una mano sobre el brazo de él—. Me gustas, Wil; en eso no te estoy engañando. Quiero que recobres tu caballo, pues es evidente que lo necesitas. Si no fuera así, no nos habrías seguido. Aunque te advierto que solo no conseguirás nada. Pero yo puedo ayudarte.

Wil titubeó.

—¿Pero por qué ibas a hacer eso? —preguntó al fin.

—Si te ayudo a recuperar tu caballo, quiero que me lleves contigo donde vayas.

—¿¡Qué?! —La exclamación brotó de su boca de manera inopinada.

—Llévame contigo —repitió ella.

—¡No puedo hacerlo!

—Puedes, si quieres tu caballo negro.

Él sacudió la cabeza con expresión de desvalimiento.

—¿Por qué quieres marcharte? Acabas de decirme que...

Ella le cortó sin dejarle acabar.

—Todo eso era antes. Cephele ha decidido ahora que ha llegado el momento de casarme. Según la tradición de los nómadas, él me escogerá marido y, por un precio previamente acordado, me entregará a él. Mi vida ha sido muy satisfactoria, pero no estoy dispuesta a permitir que me vendan por segunda vez.

—¿No puedes huir por ti misma? Pareces muy capacitada para ello.

—Si llegase la ocasión, sería capaz de mucho más, curandero. Por eso me necesitas. Si recuperas tu caballo, cosa que dudo que ocurra sin mi intervención, los nómadas te perseguirán. Dado que tratarán de darte caza, tu problema no se verá agravado por llevarme contigo... y menos aún teniendo en cuenta que los conozco lo suficiente como para proporcionarte la ayuda necesaria para evitarlos. —Se encogió de hombros—. Y en cuanto a irme sola, ya lo pensé. Si no me quedara otra opción, lo haría para no ser vendida otra vez. ¿Pero adónde podría dirigirme? Un nómada no es bien recibido en ningún sitio, y eso es lo que soy. Sola no sería otra cosa que un paria más y mi vida no sería plena. En cambio, contigo, tal vez me aceptarían. Tú eres un curandero y eres respetado. Si nos asociamos, podría incluso viajar contigo y ayudarte a tratar a los enfermos. Descubrirías que yo...

—Eretria —la interrumpió él amablemente—. Esto no tiene ningún sentido; no puedes venir conmigo. No voy a llevarme a nadie, salvo a Amberle.

El rostro de la muchacha se ennegreció.

—No me rechaces tan deprisa, curandero.

—Esto no es un rechazo —le espetó mientras pensaba en qué podría responderle. No mucho, comprendió enseguida—. Escucha: en este momento no sería seguro para ti venir conmigo. Cuando me marche, Cephelo no será el único en mi busca. Hay otros, infinitamente más peligrosos que él, siguiéndome. Si te llevo conmigo estarás en grave peligro, y no lo pienso permitir.

—La chica elfa sí que viaja contigo —insistió.

—Amberle viaja conmigo porque debe hacerlo.

—¡Palabras, palabras y más palabras! No me creo nada. Me llevarás contigo, Wil Ohmsford, porque no te quedará otra.

Él movió la cabeza en signo de negación.

—No puede ser.

Ella se levantó de repente. Su hermoso rostro oscuro contenía una dura expresión de enfado.

—Ya cambiarás de idea, curandero. Llegará el momento en que tendrás que aceptarlo.

Se giró y se alejó airadamente. Cuando había recorrido ya varias yardas, se paró y se volvió para fijar en él sus grandes ojos oscuros. En su rostro destelló aquella maravillosa y deslumbrante sonrisa.

—Soy para ti, Wil Ohmsford —dijo.

Le aguantó la mirada un momento más. Acto seguido le dio la espalda y continuó su camino hacia la caravana de los nómadas. El vallense, turbado, la contempló alejarse.

Prepararon la cena y comieron Poco después, una tos atronadora y abisal truncó los sosegados sonidos de la noche, convirtiéndolos en absoluto silencio. Llegaba de la zona sur del lago, cerca del sitio donde los nómadas habían acampado. Una, dos veces; no más. Todas las cabezas se giraron al unísono, exhibiendo rostros sobresaltados y curiosos. Pocos segundos después, el mismo sonido emergió de la oscuridad, como el bufido de un monstruoso toro llamando en desafío. Los nómadas llevaron sus manos instintivamente a sus armas. Se precipitaron al perímetro circundado por las carretas y escudriñaron la negror. Tras eso, el sonido cesó sin repetirse. Cephelo y más de una docena de hombres se mantuvieron en guardia durante un rato, a la espera de que sucediera alguna cosa más. Como no ocurrió nada, ordenó bruscamente que volvieran junto al fuego para continuar la sobremesa. Bromeó en voz alta sobre los diablos y los seres de la noche, y alardeó de que ninguno de ellos osaría entrar en su campamento sin antes pedir permiso. Volvieron a llenar las copas de vino y bebieron. Sin embargo, las miradas no cesaron de desviarse de vez en cuando hacia el lugar de donde había procedido aquel ruido.

Media hora más tarde se produjo de nuevo, aunque en esta ocasión más próximo a ellos que la vez anterior. Los nómadas, sobresaltados, se levantaron con presteza. Volvieron a empuñar sus armas y corrieron velozmente hacia el terreno delimitado de su campamento. Wil los acompañó y Amberle lo siguió muy de cerca. Permaneció a su lado mientras él vigilaba con esmero desde un hueco abierto entre dos carretas. No vieron nada. Cephelo dudó un poco, y empuñando con ambas manos su gran espada, se dirigió arrogantemente hacia el límite de los bosques que circundaban el diminuto claro. Su figura alta destacaba contra los árboles mientras se mantenía allí por unos instantes, preparado para defenderse. Pero solo reinaba la quietud. Al fin se volvió y regresó con gesto tenso. Ya nadie hacía bromas. A fin de mejorar la vigilancia, desataron a los caballos amarrados junto a una ensenada del lago y los acercaron a la caravana. Varios guardianes, a los que se les encomendó mantener los ojos bien abiertos, se dispusieron a lo largo de todo el perímetro del claro. Todos los demás permanecieron dentro del círculo de carretas, donde se situaron alrededor del reconfortante calor del fuego. Volvieron a servir vino, aunque esta vez pocos bebieron. La palabra *diablo* se pronunció con frecuencia en la conversación, que se reanudó en voz baja y precavida. Los hombres ordenaron a mujeres y niños sentarse cerca de ellos. Todos parecían bastante angustiados.

Wil se llevó a Amberle varios pasos atrás del asustado grupo con la cabeza gacha.  
—Quiero estar junto a ti —susurró—. No te alejes de mí bajo ningún concepto.

—Te prometo que no lo haré —dijo. Su mirada era intensa al encontrarse con la de él, y después se apartó—. ¿Crees que...?

Cephelo le interrumpió al pedir que sonase la música, mientras daba palmas y alentaba a los demás para que lo siguieran. El vallense y la joven elfa se unieron al grupo, obedientes. Se oyeron varias voces que, débilmente, animaban a Cephelo mientras danzaba alrededor del fuego.

Wil miró a su alrededor con inquietud.

—Si hay algo ahí fuera y se abalanza sobre este campamento, tú y yo nos escaparemos. Trataremos de llegar hasta Artaq, para fugarnos después. ¿Estás dispuesta a asumir ese riesgo?

Ella aprobó.

—Sí.

Las manos comenzaron a dar palmas firmes y confiadas al son de los címbalos, que emitían sus sonidos de plata, y de los instrumentos de cuerda, que resonaban sedosos.

En ese instante, la tos resonó casi encima de ellos, berreando en la oscuridad con una tétrica, profunda y horripilante ferocidad. Llegaron las voces de los guardias en forma de alaridos de terror:

—¡El diablo, el diablo!

El círculo de personas dispuestas alrededor del fuego se dispersó. Los hombres saltaron en busca de sus armas, mientras las mujeres y los niños huían en tropel. Un grito se elevó sobre el estruendo, fuerte y penetrante, y se disolvió, tornándose en silencio casi de inmediato. Fuera del círculo de carretas, se agitaba un ente colosal y oscuro como la noche.

—¡El demonio!

Wil susurró el nombre casi de manera automática.

Un instante después, la criatura tomó forma, apareciendo por un hueco entre dos carretas, que arrojó hacia los lados de un empujón, como si fuesen de papel. Se trataba de un demonio, indudablemente. Pero era mucho más grande que cualquiera de los que el vallense y la elfa habían visto al huir de Puerto Refugio. Su inmenso cuerpo, torcido y pesado, cuya altura sobrepasaba los doce pies, se elevaba sobre dos patas y estaba recubierto de una piel gris con motas marrones, colgante de gruesos pliegues. Una cresta de escamas le afloraba del cuello, recorría toda su espalda y llegaba hasta las piernas. Su rostro era achatado y vacío, y una masa de dientes se encorbaba partiendo de las mandíbulas que, al abrirse, emitían una tos profunda y atronadora. De sus grandes manos, terminadas en garras, pendía el cuerpo desmadejado de uno de los nómadas que estaban en guardia.

Arrojó el cadáver a un lado y siguió avanzando. Cephelo y una docena de hombres lo recibieron con lanzas y espadas. Varias estocadas lograron penetrar su gruesa piel escamada, aunque logró esquivar la mayoría. La criatura, a pesar de su lentitud y sosiego, era recia y fornida. Atravesó el muro de protectores arrastrando los

pies y apartándolos sin apenas signos de esfuerzo. Cephelo se interpuso en el camino del demonio y se lanzó para tratar de dar una estocada con su espadón. Logró hundirlo en la intimidante boca de la criatura, aunque el monstruo apenas se detuvo. Más bien al contrario, despedazó la espada con sus mandíbulas, extendiendo sus manos para agarrar al jefe de los nómadas. Cephelo fue lo bastante rápido como para zafarse, pero otro cayó. Tropezó con su propio pie, impelido por su angustioso deseo por huir, y la pezuña del demonio se desplomó como una roca sobre el hombre, que ponía todo su empeño en levantarse.

Wil y Amberle ya se encaminaban hacia el otro lado del campamento, intentando llegar a los caballos amarrados, cuando vieron que Cephelo también había caído. Mientras los defensores trataban de anudar las patas del demonio, uno de sus largos brazos golpeó de refilón al hombre alto, haciéndolo rodar por el suelo. Wil, agazapado en el hueco de dos carretas, observó que algunos nómadas, con el propósito de defender al patriarca, saltaban para agarrar su cuerpo inerte, arrastrándolo y poniéndolo a salvo. Mientras tanto, los demás atacaban, tratando de pinchar al monstruo en un intento por atraer su atención. El demonio se volvió de súbito, y aunque lanzas y espadas atacaban su escamado cuerpo, extendió la garra hacia la carreta más próxima. La cogió y, de una simple embestida, la arrojó lejos. Al caer se produjo un gran estruendo. Se hizo pedazos, desparramando sus adornos metálicos y sus telas de seda. Los defensores gritaron con furia, reanudando su desesperado ataque.

Amberle tiraba con apremio del brazo de Wil, pero el joven seguía dubitativo; no podía creer que algo tan grande y lento hubiera logrado perseguirlos desde Puerto Refugio. No podía ser. Esa criatura debía de haberse fugado de la muralla de la Prohibición, y ahora vagaba por el Tirfing. Lo más probable es que hubiera encontrado la caravana de manera casual. Estaba solo, aislado, sin objetivo; pero, a todas luces, quedaba claro que un ser con tal capacidad de destrucción era un rival invencible para los nómadas. A pesar de sus esfuerzos por apartarlo o inmovilizarlo, probablemente destruiría la caravana.

Pero los nómadas no pensaban huir; al fin y al cabo, las llamativas carretas y las pesadas casas rodantes eran sus hogares. Todo lo que tenían estaba allí; resistirían y lucharían hasta la muerte si era necesario. El demonio era algo de otra época. Su poder era mayor que el de los seres de carne y hueso. Era necesario un poder tan grande como el suyo para detenerlo, y solo él lo poseía. Sin embargo, aquella no era su batalla; los nómadas le habían robado. No les debía nada. Amberle era su única responsabilidad. La cogería y se marcharían corriendo. Aunque, si lo hacía, ¿qué iba a ocurrirles a los nómadas? Junto con los hombres, había mujeres y niños. ¿Acaso ellos le habían causado algún daño? Sin su ayuda, las posibilidades de derrotar al demonio eran minúsculas.

Su dilema se acrecentó al recordar que su abuelo le había comentado cómo había usado las piedras élficas para huir del Señor de los Brujos, y que mediante ese gesto

le había indicado al enemigo su ubicación exacta, sin saber que ocurriría. Era probable que ahora sucediera lo mismo. Allanon le había dicho que algunas de aquellas criaturas eran utilizar la magia. Si usaba las piedras élficas, podía atraerlas directamente hasta él.

Dirigió una rápida mirada a Amberle, que distinguió a la perfección la intención reflejada en sus ojos. Sin decir palabra le soltó el brazo. Él se quitó rápidamente la bota derecha y sacó las piedras; tenía que, al menos, intentarlo. Era lo mínimo que podía hacer. No podía dejar que aquella gente muriera. Desanudó la bolsa y las tres piedras cayeron en la palma de su mano. Cerró el puño con fuerza y miró hacia el campamento.

—Quédate aquí —ordenó a la joven.

—¡Espera! —le gritó ella. Pero Wil ya se alejaba corriendo.

El demonio se estaba apartando de las carretas, obligando a los nómadas a retroceder frente a él, mientras se acercaba al centro del campamento. Cephelo, en pie de nuevo, se balanceaba indeciso, apoyándose en una carreta mientras gritaba palabras de ánimo a los defensores. Wil se aproximó a unos veinte pasos del combate. Levantó el puño sobre su cabeza, y deseó con todas sus fuerzas que las piedras élficas actuaran ejerciendo su poder.

Pero no pasó nada.

Sintió una presión en la boca del estómago. Lo que más temía estaba sucediendo: Allanon se había equivocado, y no podía ejercer un control sobre el poder de las piedras élficas. Estas solo era realizable para su abuelo. Ni estaban bajo su dominio, ni le obedecerían.

¡Pero debía hacerlo! Lo intentó otra vez: se concentró en el tacto de las piedras en su mano, e invocó a la magia que guardaba en su interior. Tampoco pasó nada, aunque esta vez notó algo distinto; una especie de barrera interior que bloqueaba sus esfuerzos.

Los gritos de los nómadas detuvieron de manera brusca sus pensamientos, y se percató de que el demonio se encaminaba directamente hacia él. Los defensores, ahora parapetados detrás de la criatura, hundían sus armas en las patas tratando de alejarla del vallense. De repente movió uno de sus brazos, golpeando a dos hombres que quedaron tendidos. Los demás se dispersaron. La atronadora tos salió del fondo de su garganta. Cephelo, apoyado sobre una lanza partida, se dirigió cojeando con frenesí hacia la batalla. Sus oscuras ropas estaban desgarradas, y cubiertas de polvo y sangre. Como si de una imagen ralentizada se tratara, Wil levantó la cabeza, y observó como todos luchaban. Lo mismo que él hacía para liberar el poder encerrado en las piedras élficas. No pensó en correr. Se quedó quieto en el centro del campamento, en forma de solitaria figura que alzaba el brazo hacia el cielo nocturno.

Entonces, la delgada figura de Eretria apareció corriendo de la nada, como una sombra fugaz que pasó entre el demonio y el vallense. Arrojó la antorcha encendida que portaba a la cara del monstruo. La criatura mordió el ardiente palo de madera con

sus mandíbulas, partiéndolo lentamente, como si el humo y el fuego tan solo le produjeran una leve molestia. Eretria aprovechó el desconcierto momentáneo que había logrado generar, para coger a Wil y tirar de él hacia atrás. Pero los dos perdieron el equilibrio y finalmente dieron de bruces con el suelo. Los nómadas reaccionaron de inmediato: cogieron leños encendidos de la fogata y los lanzaron al demonio, tratando de confundirlo. Pero el monstruo ya había comenzado a avanzar una vez más. En el momento en el que Wil se incorporaba con rapidez y tiraba de Eretria hacia arriba, Amberle se acercó para defenderlos con una larga lanza, que sostenía con fuerza entre sus manos menudas. Sin mediar palabra, el vallense la cogió por un brazo, empujó a las dos mujeres tras él, y se volvió con el fin de enfrentarse al demonio.

La criatura estaba casi sobre ellos. Wil Ohmsford mantenía alzada la mano con las piedras élficas. La incertidumbre y el desconcierto ya lo habían abandonado. Dirigió la mirada a su interior, y logró derribar la barrera que se levantaba y contenía el poder de las piedras. La destruyó con la fuerza del deseo, cuya esencia aún no comprendía, y que brotaba de la desesperación y la necesidad. Al hacerlo, notó que algo cambiaba en su interior. Era algo que no lograba explicar y que no le parecía bueno del todo. Pero no había tiempo para reflexionar sobre ello. Logrando alcanzar el corazón de las piedras élficas, por fin les dio vida. De su mano cerrada emergió una luz azul, que se concentró y proyectó hacia adelante para caer sobre el demonio. La criatura rugió cuando el poder de las piedras élficas lo abrasó. No obstante, logró seguir avanzando, amenazante con sus manos terminadas en garras. Wil no claudicó; se adentró todavía más en las piedras, percibiendo cómo su poder se multiplicaba. Todo a su alrededor quedó difuminado ante el resplandor, y otra vez las piedras élficas expelieron su luz contra el demonio. En esta ocasión la enorme criatura no pudo resistir el efecto de la magia élfica; las llamas la envolvieron, convirtiéndose en una columna de luz cegadora. Durante un instante ardió en un fuego azul; luego explotó en cenizas y desapareció.

Wil Ohmsford bajó el brazo con pausa. El lugar donde había estado el demonio, ahora se reducía a un círculo de tierra carbonizada, y a un rastro de oscuro humo que ascendía en la noche. Un silencio sepulcral invadió toda la región boscosa circundante, y lo único que perturbaba el silencio era el chasquido del fuego. El vallense miró a su alrededor con incertidumbre. Ninguno de los nómadas movió un solo músculo. Los hombres aún estaban de pie y con las armas dispuestas para el combate; las mujeres y los niños se hallaban acurrucados juntos, con el miedo y la duda dibujando sus rostros. Por un instante Wil sintió pánico. ¿Se le encararían al saber que los había engañado? Se giró con rapidez para mirar a Amberle, que permanecía estática mientras lo observaba con sus profundos ojos verdes rebosantes de admiración.

Entonces Cephelo, con su barbudo rostro manchado de sangre y tizne, avanzó cojeando, tirando a un lado la lanza rota justo al llegar donde el vallense.

—¿Quién eres tú? —preguntó suavemente—. Dime quién eres.

El muchacho titubeó.

—Soy quien ya dije que era —aseguró al fin.

—No. —Cephelo negó con la cabeza—. No, estoy seguro de que no eres solo un curandero; eres mucho más que eso. —Su voz se mostraba sólida e insistente—. ¿Tengo razón?

Wil no supo qué decir.

—Dímelo —repitió Cephelo, con un tono más bajo aunque lleno de desafío.

—Ya te lo he dicho.

—¡No me has dicho nada! —El rostro del jefe de los nómadas enrojeció encolerizado—. Creo que el diablo vino a por ti; que lo conocías. ¡Creo que todo esto ha sido culpa tuya!

Wil negó con la cabeza.

—La criatura llegó aquí casualmente, y fue por casualidad que me encontré.

—¡Me estás mintiendo, curandero!

Wil sintió que su paciencia se agotaba.

—¿Quién mintió a quien, Cephelo? ¡Ese es tu juego! ¡Las reglas las impusiste tú!

El hombre alto dio un paso hacia adelante.

—Hay reglas que todavía tienes por aprender.

—No creo —replicó el vallense con sosiego.

Alzó levemente el puño que guardaba las piedras élficas. Cephelo, al percatarse, retrocedió lentamente. Esbozó una sonrisa trabajosamente forzada.

—Me dijiste que no llevabas nada de valor, curandero. ¿Olvidas eso?

Wil negó con la cabeza.

—Las piedras no tienen valor alguno para alguien que no sea yo; serían inútiles para ti.

—Ya. —El nómada no se esforzó en ocultar el desprecio de su voz—. Entonces, ¿eres un hechicero? ¿Un diablo? ¿Por qué no nos dices quién eres?

Wil dudó. No conseguiría nada prolongando todo aquello; debía zanjar esa conversación. Amberle avanzó hasta él, extendió una mano buscando su brazo y lo rozó con suavidad. Era tranquilizador tenerla tan cerca.

—Cephelo, tienes que devolverme el caballo —dijo con calma. El rostro del nómada se oscureció—. Amberle y yo tenemos que irnos ya mismo. Hay más diablos aparte del que acabo de destruir. Nos están siguiendo a los dos; eso es todo lo que puedo decirte. El uso de las piedras les permite localizar nuestra ubicación. Por eso tenemos que irnos, y vosotros también deberíais hacerlo.

Cephelo lo observó con firmeza, sin decir nada durante varios segundos. Era un intento evidente por sondear la sinceridad de sus palabras. Finalmente, la cautela se impuso a la suspicacia. Asintió escueto.



—Coge el caballo y márchate. No quiero saber nada más de ti.

Se dio la vuelta y se alejó mientras emplazaba en voz alta a la gente para que desmontaran lo que quedaba del campamento. Era obvio que abandonaría el Tirfing cuanto antes. Wil lo observó un instante, introdujo las piedras élficas en su bolsa de cuero y las guardó en la túnica. Cogió a Amberle por el brazo, se encaminó rumbo a los caballos. Entonces pensó en Eretria; la buscó con la mirada y la encontró camuflada entre las sombras de las carretas, mientras lo observaba con sus ojos oscuros.

—Adiós, Wil Ohmsford —dijo en voz baja.

Él sonrió. Ella era consciente de que había perdido la oportunidad de ir con él. Entonces Wil vaciló, pues ella le había salvado la vida: le debía algo a cambio. Quizás debería ayudarla, pero en ese momento no podía hacerlo. Ahora, su única preocupación tenía que ser Amberle, y nada podía despistarle; ni siquiera aquella hermosa y joven nómada, que tan encantadora le parecía. Tendría que saldar su deuda en otro momento.

—Adiós, Eretria —respondió.

Una leve sonrisa deslumbrante se dibujó en las sombras de su cara.

—Nos volveremos a encontrar —gritó ella, antes de darle la espalda y marcharse.

Cinco minutos más tarde, Wil y Amberle abandonaban el campamento hacia el norte, montando a Artaq, y desaparecieron en la noche.

Quedaba poco más de una hora para que amaneciera cuando llegaron a la orilla sur del Mermidon, a varias millas de donde el río se alejaba del Bosque del Oeste y entraba en Callahorn.

Durante la mayor parte de la noche habían cabalgado a lomos de Artaq. Mantuvieron un ritmo constante por las grandes praderas, que eran fáciles de transitar, intentando alejarse todo lo posible del Tirfing. Se detuvieron solo una vez, fue una breve parada en la que aprovecharon para beber agua y desentumecer los músculos; luego volvieron a montar y continuaron el viaje. El caballo y los jinetes estaban extenuados cuando llegaron a la orilla del río. El vallense no vio ninguna zona por la que cruzar: el Mermidon era ancho y profundo hasta donde alcanzaba la vista en cualquiera de las dos direcciones y se dieron cuenta enseguida de que no les quedaría otro remedio que atravesarlo nadando o bien seguir por esa orilla hasta encontrar algún banco de arena que les permitiese cruzar al otro lado. Wil decidió que lo mejor sería esperar a que amaneciera, pues ninguna de las opciones era una buena idea en mitad de la noche. Llevó a Artaq hasta una pequeña alameda, desmontaron y lo amarró. Después puso unas mantas sobre el suelo y, bajo el cobijo de los árboles, se durmieron enseguida.

Cuando Wil despertó era casi mediodía. Sentía el calor del sol estival que se colaba entre los álamos desde el cielo claro y despejado. Tocó a Amberle con suavidad para despertarla. Se levantaron y se asearon, después comieron un poco y reanudaron la marcha hacia Arborlon.

Recorrieron varias millas río arriba montados en Artaq, casi hasta donde comenzaban los bosques de la Tierra del Oeste, pero no vieron ningún bajío que les permitiese cruzar el río sin peligro. Como no querían perder tiempo volviendo sobre sus pasos, decidieron arriesgarse a cruzarlo nadando. Ataron sus escasas pertenencias al cuello de Artaq, se sujetaron a la silla con una cuerda larga, condujeron al gran caballo negro hasta el agua y se sumergieron en su interior. La repentina inmersión en el agua helada los aturdió. Durante unos minutos sacudieron los brazos y las piernas de forma caótica para luchar contra el frío y la corriente; después, con las manos agarradas a la seguridad de la cuerda, comenzaron a mover las piernas a un ritmo estable. Aunque fueron arrastrados corriente abajo más de media milla, Artaq nadó con fuerza y llegaron a la otra orilla sanos y salvos.

Desde ese punto cabalgaron rumbo al norte a paso ligero y desmontaron en varias ocasiones para que Artaq pudiese descansar, ya que Wil creía que habían dejado el

Tirfing lo bastante lejos como para evitar cualquier persecución inmediata y no consideró necesario cansar más al corcel negro. La carrera de la noche anterior había agotado parte de las fuerzas del preciado caballo y necesitaba tiempo para recuperarlas. Si no le brindaban esa oportunidad ahora, se arriesgaban a no poder contar con él después, ya que Wil no descartaba la posibilidad de tener que forzarlo antes de llegar a Arborlon. Incluso al paso al que viajaban, llegarían al Valle de Rhenn a la mañana siguiente. Así estaba bien, pensó. Estarían a salvo hasta entonces. Puede que Amberle tuviera una opinión diferente, pero no dijo nada. Estaba de mejor humor desde que se habían librado de los nómadas: volvió a cantar y a tararear mientras marchaban; se detenían con frecuencia a admirar las pequeñas flores y plantas, los ínfimos detalles de vida que le habrían pasado inadvertidos al vallense en el vasto terreno de la pradera. La mayor parte del tiempo, Amberle se mantuvo distante y retraída, reacia a entablar conversaciones triviales, recluida en ese mundo privado que había creado para ella sola desde que tomaron rumbo al norte desde las orillas del lago del Arco Iris. No obstante, aunque no tuviera mucho que decirle a Wil, respondía con amabilidad siempre que se dirigía a ella y sonreía pacientemente ante sus preguntas sobre los seres vivos que llamaban su atención.

A medida que transcurrió el día, Wil pensó en Eretria y se preguntó si se atrevería a dejar a Cephelo y a la caravana como había asegurado, o si volvería a verla en alguna ocasión. Aquella muchacha poseía algo fascinante. Le recordaba a la visión que las sirenas de monte Batalla crearon, y que provocaba que la mente generara pensamientos estúpidos. Pero ella no era una alucinación, era de carne y hueso. Se preguntaba si al tocarla descubriría que era un engaño como aquellas sirenas. Estaba intranquilo, pues había algo en ella que le hacía pensar eso. No olvidaba que había arriesgado su vida por la de él y sería terrible descubrir que aquello no había sido más que una ilusión.

Cuando la noche se cernió sobre ellos, giraron hacia el oeste para continuar por la línea de las tierras boscosas en dirección norte hacia la dilatada extensión de las Streleheim. Envueltos en la oscuridad, Wil condujo a Artaq dentro del bosque mientras seguían durante unos cientos de yardas el curso de un riachuelo que desembocaba en unos rápidos donde consiguieron agua potable. Acamparon en aquel lugar y acomodaron a Artaq en una zona con abundante hierba donde le dieron de comer y beber antes de ocuparse de sus propias necesidades. Se contentaron con los frutos y plantas que había recogido Amberle a lo largo del camino, pues consideraron que encender una fogata para cocinar delataría su presencia. El vallense desconocía aquellos alimentos, pero le gustaron. Tal vez con el tiempo lograrse acostumbrarse a aquellas singulares comidas. La joven elfa se volvió hacia él con expresión interrogante cuando casi había terminado de comer el último de los frutos naranjas alargados.

—¿Te molestaría que te preguntase algo? —dijo con voz grave.

Él sonrió.

—No sé qué vas a preguntarme, así que ¿cómo voy a saber si me molestaría?

—Bueno, no tienes por qué contestar, pero es algo que me vengo preguntando desde que salimos del campamento de los nómadas.

—Si es así, adelante.

La maraña de ramas que se entrecruzaban sobre sus cabezas impedía el paso de la pálida luz de la luna y las estrellas, y el pequeño claro en el que se encontraban no estaba muy iluminado, por lo que ella se acercó para poder verle la cara.

—¿Me dirás la verdad? —preguntó mirándolo fijamente.

—Sí.

—Cuando usaste las piedras élficas, ¿te...? —Titubeó, sin saber qué palabra usar—. ¿Te... dolió?

Él la miró y presagió algo en el fondo de su mente, algo indefinido todavía, pero real.

—Es una pregunta curiosa.

—Lo sé —asintió Amberle, que sonrió brevemente antes de ponerse seria de nuevo—. No sé cómo explicarlo. Fue un sentimiento que me asaltó al observarte. Al principio sostenías las piedras alzadas y no sucedía nada. Estaba claro que intentabas usar su poder para detener al demonio, pero daba la impresión de que no podías controlarlas. Cuando por fin cobraron vida, algo en ti se alteró; algo provocó en tu cara una expresión... casi como de dolor.

El vallense asintió lentamente. Recordarlo no era agradable. Tras el episodio, como en un acto reflejo, casi de manera inconsciente, había levantado un muro en su interior. Hasta que ella se lo había recordado, no pensó en lo que había sentido.

Los ojos de la joven, al fijarse en los de él, mostraban una gran preocupación.

—Si prefieres... —comenzó a decir rápidamente.

—No. —Su voz era firme y serena. Negó con la cabeza—. No. Ni siquiera sé si yo mismo lo comprendo, pero me ayudará hablar del tema. —Elegió las palabras con cautela al tiempo que respiraba profundamente—. Había una barrera dentro de mí. No comprendo qué era ni cómo se produjo, pero estaba allí y me impedía usar las piedras. Era como si no pudiera esquivarla ni pasar sobre ella. —De nuevo movió la cabeza—. Entonces, cuando el demonio estaba casi sobre nosotros, todos nosotros a punto de morir, derribé la barrera de alguna forma. La derruí, la aparté y llegué hasta las piedras.

Hizo una pausa.

—No era dolor, sino la sensación de que algo desagradable, que no sé cómo describir, estaba ocurriendo en mi interior. Tenía la impresión de estar haciendo algo malo, pero no había nada de malo en ello.

—Puede que te estuvieran infligiendo algún tipo de mal —murmuró ella después de reflexionar un momento—. Quizá la magia élfica sea perjudicial para ti de alguna forma.

—Es posible —admitió—. Sin embargo, mi abuelo nunca lo mencionó. ¿Podría

ser que la magia no le afectase a él y a mí sí? ¿Por qué iba a ser diferente conmigo?

Ella sacudió la cabeza con expresión dubitativa.

—La magia élfica produce reacciones distintas en cada persona. Siempre ha sido así. Se trata de una magia nacida del espíritu, y el espíritu nunca es el mismo.

—Pero mi abuelo y yo nos parecemos mucho, incluso más que mi padre y yo —reflexionó Wil—. Se podría decir que poseemos espíritus afines; no tan distintos como para provocar esa diferencia en el uso de las piedras. Si hubiera sentido lo mismo que yo, estoy convencido de que me lo habría mencionado.

Amberle extendió la mano y lo cogió del brazo.

—Creo que no deberías usar más las piedras élficas.

Él sonrió.

—¿Ni siquiera para protegerte? —preguntó en un tono desenfadado. Ella no le devolvió la sonrisa, puesto que aquello no era divertido.

—No quiero ser la causa de nada que te haga daño, curandero —murmuró en voz baja—. Yo no te involucré en este asunto y lamento que estés aquí. Pero ya que estás, seré sincera contigo. La magia élfica no es algo con lo que se pueda jugar; puede resultar más peligrosa que el mal contra el que nos protege. Nuestras historias nos han dejado la advertencia de que la magia puede actuar contra el cuerpo y el espíritu. Sin embargo, mientras que las heridas del cuerpo pueden tratarse, ¿qué pasa con las del espíritu? ¿Cómo las tratarías, curandero? —Se inclinó hacia él—. Nadie merece tal sacrificio, nadie. Menos aún yo.

Wil la observó sin mediar palabra durante un momento y se sorprendió al ver las lágrimas que brillaban en sus ojos. Estiró la mano para ponerla sobre las suyas.

—Cuidaremos el uno del otro —le prometió. Trató de sonreír—. Puede que no necesitemos volver a usar las piedras.

La forma en la que ella le miró le hizo pensar que no daba ninguna credibilidad a lo que había dicho.

El aullido de los demonios lobo, penetrante, feroz y cargado de odio, se elevó sobre la serenidad de las praderas a medianoche. El placer del sueño se vio interrumpido por el miedo, que hizo que Wil y Amberle se despertaran a la vez. Se quedaron quietos un instante, sentados bajo las mantas mientras se observaban con los ojos muy abiertos en la oscuridad. El aullido cesó y rebotó en el silencio; luego se volvió a elevar, más agudo y más fuerte. No dudaron esta vez. Sin intercambiar ni una palabra, se levantaron, se calzaron las botas y se pusieron la capa de montar sobre los hombros. En pocos segundos ensillaron a Artaq, lo montaron y cabalgaron de nuevo hacia el norte.

Avanzaron a un ritmo constante a medida que seguían la línea del bosque, evitando las praderas abiertas, despejadas e iluminadas por la luna y las estrellas. El frío aire nocturno, cargado de la humedad que se concentraba en el rocío matutino y

repleto de los olores de la noche, acometía contra ellos mientras cabalgaban. A sus espaldas, los aullidos proseguían en algún lugar más allá del Mermidon. Sin duda alguna, los demonios lobo pretendían encontrarlos. Perseguían el rastro que habían dejado el día anterior, pero aún no se habían dado cuenta de lo cerca que estaba su presa.

Artaq corría sin descanso en una carrera que exigía toda la potencia de su gran cuerpo, como una sombra corriendo a través de la noche estival. Había descansado lo imprescindible para esta apremiante marcha y tardaría en agotarse. Aun así, Wil lo guiaba con precaución, manteniéndolo a un ritmo constante para que no se excediera. La cacería acababa de comenzar, aún era temprano y sus perseguidores no tardarían en descubrir la verdad. El vallense estaba furioso consigo mismo; no había considerado que les pudieran encontrar con semejante facilidad. Las piedras élficas debían de haberles delatado en el Tirfing, lo que provocó que los demonios lobo se dirigieran hacia allí enseguida. Los siguieron dirección norte y consiguieron expulsarlos de los bosques de la Tierra del Oeste. Cuando encontraran el campamento que habían abandonado, correrían en su busca hasta darles alcance y cumplir su venganza.

Durante la hora larga en la que huyeron cabalgando sin atisbar todavía el valle a lo lejos, los aullidos de los lobos seguían escuchándose. Ahora otra serie de gritos procedentes de las praderas situadas bajo los Dientes del Dragón y las llanuras del norte los contestaban. Wil sintió su corazón encogerse: los lobos los habían sitiado. La Tierra del Oeste era la única abierta para ellos, pero Wil comenzó a pensar que quizás esa dirección podría resultar también peligrosa. Recordó lo ocurrido en el río de Plata y un pensamiento cruzó su mente: el Valle de Rhenn podría ser también una trampa. Quizá los estaban conduciendo hacia el valle para terminar con ellos allí. Pero ¿qué alternativa, salvo correr ese riesgo, les habían dejado?

Poco después, los aullidos que les llegaban desde atrás se intensificaron hasta convertirse en un frenesí, lo que significaba que los demonios lobo habían dado con el campamento.

Wil apremió a Artaq para que corriese desesperadamente. Ahora los demonios, con la seguridad de tener próxima a su presa y la certeza de poder atraparla, podían alcanzarlos en poco tiempo. En respuesta a los aullidos, sonaron los gritos agudos y estridentes del norte y del este, mientras los cazadores comenzaban la carrera. Artaq, con la cabeza extendida hacia delante y las orejas plegadas hacia atrás, estaba sudando. Las praderas se transformaron en un terreno con pocos arbustos: se habían introducido en las llanuras de Streleheim. El Valle de Rhenn no podía estar lejos. Wil se agachó sobre el cuello de Artaq y lo animó para que corriera.

Cuando, durante la tercera hora de persecución, rebasaron las praderas de Callahorn y la tierra que pisoteaban los cascos de Artaq se tornó dura y agrietada, oyeron tan cerca los aullidos de los demonios lobo que parecía que las enormes formas grises se abalanzarían sobre ellos de un momento a otro. Cegados a causa de

la polvareda y el terror, empapados de sudor bajo la ropas, el vallense y la joven elfa atisbaron por fin los cerros irregulares que formaban la entrada del Valle de Rhenn. Estos habían surgido de las planicies que precedían a los bosques élficos como sombras oscuras y bajas que destacaban contra el cielo nocturno. Los jinetes viraron hacia el paso sin perder la marcha. El esfuerzo hacía que los flancos de Artaq se hinchasen, las fosas nasales se ensanchasen y un sudor espumoso cubriese su flamante cuerpo negro. Se forzó aún más mientras atravesaba la oscuridad con las dos figuras acurrucadas asiéndose a él desesperadamente.

Poco después, el paso, cuyas aristas rocosas se elevaban a cada lado, apareció ante ellos. Veían abajo la amenazante oscuridad en el interior de la estrecha abertura del valle. Mientras el viento cortaba su cara, Wil echó un vistazo colérico a través de los ojos llenos de lágrimas, tratando de atisbar a los demonios que temía que estuviesen esperando para tenderles una trampa. Le sorprendió descubrir que no había ninguno, estaban solos en el valle. Lo invadió una sensación de euforia. ¡Huían! Los perseguidores no estaban lo suficientemente adelantados como para darles alcance antes de que estuvieran a salvo en los bosques de la Tierra del Oeste, en el país de los elfos. Entonces conseguirían ayuda...

Este pensamiento quedó suspendido en su mente, repitiéndose una y otra vez al compás del sonido de los cascos de Artaq que corrían sobre la tierra del valle. Wil sintió frío. ¿Qué pensaba? No habría ninguna clase de auxilio para ellos. Nadie excepto Allanon sabía de su llegada, y el druida había desaparecido. ¿Ayuda? ¿Qué ayuda podía esperar? Los demonios ya habían entrado en el corazón de la villa de Arborlon para destruir a los Elegidos. ¿Qué le hacía pensar que dejarían de perseguir a un ingenuo vallense y a una inofensiva elfa en el interior de aquellos bosques? Con su llegada al Valle de Rhenn lo único que habían conseguido era sacar a Artaq de las praderas abiertas, que le permitían correr, para introducirlo en los bosques, que se lo impedían. Nada evitaría la persecución de los lobos. Al fin y al cabo, las criaturas los superaban en rapidez y agilidad, se desplazarían por el laberinto de árboles y arbustos con más habilidad y, además, estaban más capacitadas para perseguirlos que ellos para escapar. Le había preocupado tanto de qué huían que olvidó preguntarse hacia dónde huían. No podría escapar: los atraparían y asesinarían. Y era culpa suya. Él lo había provocado.

Tenía que hacer algo al respecto.

Su mente corría y buscaba una solución con desespero. Solo le quedaba un arma: las piedras élficas.

Entonces Amberle profirió un grito. El vallense volvió la mirada y siguió el brazo rígido de la elfa, que señalaba al cielo.

Una monstruosa criatura negra, cuyas alas membranosas se extendían por encima de la sierra, sobrevolaba la entrada del valle con la cabeza ganchuda e inclinada como un miembro retorcido. Salió de las llanuras de Streleheim profiriendo gritos y enfiló la entrada del valle para darles caza. Wil no había visto nunca nada tan grande. Muy

nervioso, espoleó a Artaq, pero el caballo ya no podía dar más de sí y se movía solo por el impulso de su voluntad. A unos cientos de yardas se encontraba la señal que marcaba el paso del otro lado. Solo necesitaban un poco más de tiempo, estaban muy cerca los bosques que les ocultarían de aquella pesadilla e impedirían que esa bestia se adentrara en ellos debido a sus enormes dimensiones.

La criatura se lanzó en picado hacia ellos. Caía como una enorme roca que se precipitaba en la noche. Wil Ohmsford divisó por un instante al jinete que la montaba. Era algo parecido a un humano, pero encorvado y deforme, con unos ojos rojos que destacaban en el negro rostro. El muchacho sintió que perdía el valor cuando estos lo atravesaron.

Cuando ya pensaba que aquello era el fin, en un último esfuerzo, Artaq atravesó el paso y penetró en la frondosidad de los árboles.

El gran caballo, sin apenas aminorar la velocidad, tomó un estrecho sendero de tierra mientras su cuerpo bruñido sorteaba los troncos y la maleza. Wil y Amberle se aferraron a él al tiempo que las ramas y enredaderas que los azotaban amenazaban con derribarlos constantemente. Trató de refrenar al caballo, pero este lo despojó de todo control sobre él y tomó la iniciativa. Ahora corría en su propia carrera.

Al poco tiempo de recorrer el serpenteante camino, aturcidos por la negrura del bosque que los envolvía, perdieron el sentido de la orientación. Aunque ya no percibieran los aullidos de los demonios lobo ni los alaridos del monstruo volador, Wil sintió temor ante la posibilidad de haber girado al azar y de estar dirigiéndose sin saberlo hacia las criaturas de las que intentaban escapar. Tiró de las riendas desesperadamente para dominar al caballo, pero Artaq se mantuvo inmutable.

Cuando el vallense casi había perdido toda esperanza de frenar al corcel, el animal disminuyó su velocidad de pronto y se detuvo. Se quedó en mitad del camino, con la nariz dilatada y los costados palpitando. Bajó su hermosa cabeza y resopló tiernamente. Se produjo un largo momento de silencio. Wil y Amberle se miraron con una expresión de interrogación mutua reflejada en sus rostros.

Una figura alta y negra apareció ante ellos en el silencio de la oscuridad. Fue tan repentino que Wil ni siquiera tuvo tiempo de pensar en las piedras élficas. La figura oscura se aproximó, apoyó una mano sobre el cuello sudoroso de Artaq en una muestra de cariño y le dio unas palmadas. Alzó la cabeza y su rostro se elevó hacia la luz que salía de entre las sombras de su capucha.

Era Allanon.

—¿Estáis bien? —preguntó con suavidad mientras extendía los brazos hacia Amberle para bajarla del caballo.

La joven asintió con un gesto. Sus ojos color verde mar reflejaban una mezcla de asombro y enfado. El druida arrugó la frente y se dispuso a ayudar a Wil, pero este ya estaba bajando del lomo de Artaq.

—¡Pensábamos que habías muerto! —exclamó Wil con extrañeza.

—Parece que siempre tienen que declararme muerto antes de tiempo —comentó



el místico con engreimiento—. Como veis, estoy bastante...

—Allanon, debemos salir de aquí. —Wil miró a su alrededor con desasosiego. Intentó hablar con tal rapidez que sus palabras se enredaron al salir—. Los demonios lobo nos han perseguido todo el camino desde el Mermidon y hay un ser negro volador que...

—Wil, tranquilízate.

—... casi nos atrapa en el valle. Es más grande que cualquier ser que nunca haya...

—¡Wil!

Wil Ohmsford guardó silencio. Allanon sacudió la cabeza con gesto reprobatorio.

—¿Me vas a dejar hablar, por favor?

El vallense se puso rojo y asintió.

—Gracias —continuó el druida—. Primero, ahora estáis a salvo. Los demonios ya no os persiguen, porque su guía siente mi presencia y, como me teme, ha dado media vuelta.

El vallense lo miró escéptico.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Nadie os persigue en este momento. Venid conmigo los dos y sentaos.

Los condujo hasta un tronco caído próximo al camino y el vallense y la elfa tomaron asiento. Allanon permaneció en pie.

—Debemos seguir hacia Arborlon esta noche —dijo—. Pero podemos dedicar unos minutos a descansar.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Wil.

—Podría formularos la misma pregunta. —El hombre alto apoyó una rodilla en el suelo y se envolvió en sus oscuras ropas—. ¿Comprendéis qué sucedió en el río?

El vallense asintió.

—Creo que sí.

—Fue el rey del río de Plata —intervino Amberle—. Lo vimos; nos habló.

—Habló con Amberle —corrigió Wil—. ¿Pero qué te sucedió a ti? ¿Te ayudó también?

Allanon hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Me temo que ni siquiera lo vi; percibí únicamente la luz que os envolvió y os llevó. Es un personaje solitario y misterioso, y se deja ver en escasas ocasiones. En ese momento, decidió presentarse ante vosotros. Supongo que sus razones deben permanecer ocultas. Sea como fuere, su aparición causó una gran confusión entre los demonios, algo que aproveché para escapar.

Hizo una pausa.

—Amberle, dijiste que habló contigo. ¿Recuerdas sus palabras? —preguntó después.

La elfa pareció inquietarse.

—No, no exactamente. Parecía un sueño. Dijo algo sobre... reunirnos.

Un breve fulgor de comprensión cruzó los oscuros ojos del druida, pero desapareció enseguida, sin que Wil ni Amberle lo percibieran.

—No importa. —El místico dejó el tema, restándole importancia—. Os ayudó cuando lo necesitabais y por eso estamos en deuda con él.

—Con él seguro que sí, pero desde luego contigo no. —Amberle no se molestó en disimular su enfado—. ¿Dónde has estado, druida?

Allanon pareció sorprendido.

—Buscándoos. Por desgracia, cuando el rey del río de Plata os ayudó, hizo que nos separáramos. Sabía que estabais sanos y salvos, desde luego, pero no sabía a dónde os había trasladado ni cómo encontraros. Podría haber empleado la magia, pero lo consideré un riesgo innecesario. El guía de esos demonios que han escapado de la Prohibición posee poderes tan grandes como los míos, quizá mayores, y, al usar la magia, también lo habría conducido a él hacia vosotros. Por eso decidí continuar hacia Arborlon y os busqué por el camino mientras pensé que tendríais en cuenta y seguiríais las instrucciones que os había dado. Wil, tu caballo gris se perdió en la batalla, por lo que tuve que caminar con la seguridad de que me precedíais en el camino. Pero cuando usasteis las piedras élficas vi que me había equivocado. —Se encogió de hombros—. Por entonces estaba a punto de llegar a Arborlon. Di la vuelta y viajé hacia el sur atravesando los bosques, creyendo que buscaríais su protección en las cercanías del Mermidon. Fallé de nuevo. Cuando oí los aullidos de los demonios lobo, comprendí que intentabais llegar al Valle de Rhenn, lo cual me trajo hasta aquí.

—Al parecer has pasado mucho tiempo equivocándote —le espetó Amberle.

Allanon no agregó nada; sus ojos se encontraron con los de ella.

—Creo que tu primer error fue ir a buscarme —continuó la elfa, con voz acusadora.

—Era necesario.

—Eso habrá que verlo. Lo que me preocupa ahora es que los demonios hayan estado un paso por delante de ti desde el comienzo. ¿Cuántas veces han estado a punto de atraparme?

Allanon se levantó.

—Demasiadas veces. No volverá a suceder.

Amberle también se puso en pie. Su rostro estaba enrojecido.

—Tus promesas no me resultan muy alentadoras. Deseo poner fin a este viaje. Quiero regresar a mi casa en Puerto Refugio, no a Arborlon.

El rostro del druida permaneció impasible.

—Lo comprendo. Haré lo que pueda por ti.

—Quizá. Quizá solo hagas lo que te convenga.

El druida se tensó más.

—Eso no es justo, Amberle. Sabes menos del asunto de lo que imaginas.

—Pero sé una cosa: sé que ni tú ni el que seleccionaste para que me protegiera

habéis resultado demasiado eficientes. Si nunca os hubiera visto, sería mucho más feliz.

Estaba tan furiosa que casi se puso a llorar. Los observó con tenacidad con la intención de provocarlos para que la contradijesen. Como ninguno lo hizo, se dio la vuelta y comenzó a andar por el oscuro camino.

—Dijiste que teníamos que seguir hacia Arborlon esta noche, druida —gritó—. ¡Quiero que esto llegue a su fin!

Wil Ohmsford, con el rostro repleto de resentimiento y confusión, observó cómo se alejaba. Durante unos instantes pensó en quedarse allí sentado y dejar que la joven elfa siguiese por su cuenta. Era obvio que no había servido de gran ayuda. Entonces sintió la mano de Allanon sobre su hombro.

—No la juzgues demasiado rápido —le susurró.

El druida retiró la mano y se adelantó para tomar las riendas de Artaq. Se dio la vuelta para a mirar a Wil interrogativamente. El vallense sacudió la cabeza y se puso en pie. Habían llegado demasiado lejos y no lograría nada negándose a continuar.

El druida ya había comenzado a caminar tras la enjuta figura de la muchacha, que desaparecía entre los árboles del sendero. Wil, de mala gana, fue tras ellos.

A medida que caía la noche del día siguiente en la boscosa ciudad de Arborlon, las sombras se alargaban y la plomiza penumbra se intensificaba. Eventine Elesedil, que estaba sentado en la soledad y serenidad de su estudio, examinaba la lista de Gael sobre los asuntos que requerirían su atención por la mañana. Su rostro reflejaba el cansancio mientras sus ojos se esforzaban por ver bajo la luz de la lámpara de aceite que reposaba en el escritorio de madera que él ocupaba. El viejo rey de los elfos se encontraba sumido en la soledad de sus pensamientos dentro de la silenciosa habitación.

Observó a Manx, que dormía al otro lado de la sala junto a la biblioteca. Los costados grisáceos del perro subían y bajaban rítmicamente mientras, con un curioso sonido producido por su nariz, exhalaba el aliento. Eventine sonrió. Tú concilias el sueño fácilmente, pensó, un sueño profundo, libre de pesadillas y de problemas. Sacudió la cabeza. ¡Cuánto daría por disfrutar de un sueño apacible una sola noche! Había descansado poco, pues las pesadillas poblaban sus noches. Estas eran la distorsión de las desagradables realidades de las horas de vigilia que lo acompañaban hasta el sueño. Le molestaban y atormentaban; se infiltraban con perversidad, desgarradoras y malignas. Se presentaban cada noche, aguijoneaban su subconsciente y fragmentaban su sueño para que, una y otra vez, se despertara sobresaltado, hasta que al fin cesaba la lucha con la llegada del alba.

Se frotó los ojos y la cara, y apartó la luz con las manos. Debería marcharse a descansar porque, en cierto modo, era necesario dormir, pero lo consumía la certeza de que no hallaría mucho reposo.

Cuando sus manos descendieron de nuevo, se encontró cara a cara con Allanon. Durante unos instantes, no creyó que realmente estuviera viendo al druida y lo atribuyó a una trampa del subconsciente producida por el cansancio. Pero cuando observó fijamente sus ojos penetrantes y la imagen no se desvaneció, se puso en pie sobresaltado.

—¡Allanon! ¡Creí que mis ojos me engañaban!

El druida se acercó y ambos se estrecharon las manos. La duda había desaparecido en los ojos del rey de los elfos.

—¿La has encontrado?

Allanon asintió.

—Está aquí.

Eventine no supo qué contestar. Los dos humanos se miraron fijamente sin mediar palabra. Frente a la estantería repleta de libros, Manx se levantó y profirió un bostezo.

—Creí que ella no volvería nunca —dijo el rey al fin. Luego titubeó—. ¿Dónde la

has llevado?

—A un lugar donde esté protegida —respondió Allanon. Soltó la mano del rey—. No tenemos mucho tiempo. Quiero que reúnas a tu hijo y a tus consejeros más íntimos; aquellos a quienes hayas revelado el verdadero peligro que corren los elfos. Asegúrate de tu selección y convócalos dentro de una hora en las cámaras del Consejo Supremo. Comunícales que hablaré con ellos, pero que no debe enterarse nadie más. Encárgate de que la guardia vigile fuera. Nos vemos en una hora.

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta cristalera por la que había entrado.

—¿Amberle...? —dijo Eventine al verlo marchar.

—Dentro de una hora —repitió el druida.

Desapareció detrás de las cortinas.

Una hora más tarde, las personas que el rey había convocado estaban reunidas en el Consejo Supremo. Se trataba de una sala hexagonal construida de roble y piedra, cuyo techo de catedral, en forma de estrella, se elevaba hacia el punto en el que se unían unas enormes vigas. Numerosas puertas gigantescas de madera daban a la sala, iluminada por pequeñas lámparas de aceite que colgaban en los extremos de las cadenas de hierro negro. El estrado del rey se encontraba en la pared del fondo. Se trataba de una serie de escalones que conducían a un gran trono de roble labrado rodeado a ambos lados por una fila de estandartes que lucían las insignias de las casas de los reyes elfos. El resto de paredes estaban bordeadas por gradas de doce filas cada una, todas con vistas a un amplio espacio pavimentado con piedra pulida, cercado por una barandilla baja de hierro como si fuera un ruedo. Justo en el centro de la estancia había una gran mesa ovalada con veintiuna sillas donde estaban sentados los miembros del Consejo Supremo de los elfos.

Aquella noche solo seis de las sillas estaban ocupadas, una de ellas por Ander Elesedil, que apenas conversaba con los otros cinco que lo acompañaban mientras desviaba su inquieta mirada hacia las puertas dobles del otro extremo de la sala. En su mente se amontonaban los pensamientos sobre Amberle. Cuando su padre le comunicó que Allanon había regresado, no mencionó a Amberle, pero estaba seguro de que el druida había llevado a cabo su misión exitosamente. De no ser así, no habrían convocado el Consejo con tanta prisa. Estaba seguro, asimismo, de que Allanon quería presentarla ante el Consejo para solicitar a sus miembros que le confiaran la búsqueda del Fuego de Sangre. No obstante, no lo estaba de cuál sería su respuesta. Si, solicitado por el druida, el rey hablaba primero y accedía a prestar su apoyo, probablemente los demás aceptarían sus deseos. Sin embargo, ni siquiera eso podía preverse debido a los sentimientos que los elfos albergaban contra Amberle. Además, no confiaba en que su padre actuara de esa manera: primero escucharía la opinión de los que había reunido a su alrededor para, después, tomar una decisión.

Ander observó rápidamente a su padre y luego desvió la vista. ¿Cuál sería su

opinión personal?, se preguntó de pronto. Le pedirían que hablara, pero ¿cómo podía mostrarse objetivo ante una cuestión referida a Amberle? Un conflicto de emociones alcanzó su razonamiento, con una mezcla de amor y decepción. Sus manos se cerraron ante él, sobre la mesa, a consecuencia de lo que sentía. Quizá sería mejor que no opinara y que la cuestión se sometiera al juicio de los demás.

Examinó los rostros de los presentes y descubrió que, exceptuando a Dardan y Rhoe, que vigilaban fuera de la cámara, nadie sabía que se estaba celebrando aquella reunión. Había otras buenas personas a las que su padre podría haber llamado, pero había seleccionado a estos. Ander, al valorar el carácter de cada uno, la consideró una decisión adecuada. Pero ¿qué clase de veredicto emitirían cuando oyeran lo que se iba a decir?

Se percató de su inseguridad.

Arion Elesedil estaba sentado a la derecha de su padre, el lugar reservado en la mesa para el príncipe heredero del reino. El rey miraría primero a Arion, como hacía siempre que era necesario tomar una decisión relevante. Arion era la fuerza de su padre, y el anciano lo amaba profundamente. Ander sabía que, aunque lo intentara, su presencia no proporcionaba tanta seguridad a Eventine como la de su hermano. Sin embargo, Arion carecía de compasión y con frecuencia mostraba una intolerancia que oscurecía su buen sentido. Era complicado vaticinar qué posición tomaría respecto a Amberle. En otra época había sentido cariño por la joven, la única hija de su amado hermano Aine, pero había transcurrido mucho tiempo y sus sentimientos no eran los mismos tras la muerte de su hermano; aún más cuando Amberle traicionó su compromiso como Elegida. El príncipe heredero albergaba una gran amargura en su interior y se debía, en gran parte, al daño que Amberle había infligido a su padre. Ander creía que esa amargura era algo profundo y le preocupaban sus posibles consecuencias, pero lo cierto es que resultaba imposible conocer sus dimensiones reales.

El primer ministro del rey, Emer Chios, ocupaba la silla contigua a Arion. Como primer ministro, presidía el Consejo cuando el rey se ausentaba. Se trataba de un hombre transparente y convincente que expresaría sus sentimientos con franqueza, de eso estaba seguro. A pesar de que Eventine y su primer ministro no siempre compartieran las mismas opiniones sobre los asuntos que se exponían ante el Consejo, respetaban mutuamente el criterio del otro. Eventine escucharía atentamente la opinión de su primer ministro.

Kael Pindanon, jefe del ejército de los elfos, era el amigo más antiguo e íntimo del rey y, aunque era diez años más joven, parecía de su misma edad. Su rostro tenía aspecto de madera seca y su nudoso cuerpo parecía cuero sin curtir, pues estaba repleto de cicatrices y huellas que toda una vida de batallas habían producido. El cabello blanco le llegaba a los hombros y un gran bigote caído formaba un arco alrededor de la fina línea de su boca. Duro como el hierro y fijo en sus convicciones, Pindanon era el más previsible de los consejeros de Eventine. El viejo soldado era

totalmente fiel al rey: siempre hablaba de acuerdo a los intereses del soberano y así lo haría con Amberle.

El último elfo en la mesa no formaba parte del Consejo Supremo. Era más joven que Ander, delgado y de cabello oscuro, con aire inquieto y ansiosos ojos castaños. Retiró ligeramente la silla de la mesa y se sentó junto a Pindanon, sin hablar con el resto, pero observándolos en silencio. Portaba dos dagas en el cinturón y una gran espada que, dentro de la vaina, colgaba del respaldo de su silla. No llevaba ninguna insignia del cargo, salvo un pequeño medallón con el blasón de los Elesedil que colgaba de una cadena de plata alrededor de su cuello. Se llamaba Crispin. Era capitán de la Guardia Real, el cuerpo de élite de elfos cazadores cuya única misión era la protección del rey. Su presencia en el Consejo era un tanto misteriosa. Ander nunca hubiera imaginado que su padre le pediría consejo, pero estaba claro que su padre no siempre hacía lo que él esperaba.

Se tomó un descanso en su evaluación. Los elfos allí reunidos, que habían vivido diversas experiencias y poseían diferentes personalidades, solo tenían en común su absoluta lealtad hacia el viejo rey. Quizá esa fidelidad infundía a Eventine la seguridad de poder confiarles sin riesgo alguno la complicada decisión sobre Amberle. Podrían estar allí, igualmente, porque cuando llegase el momento de defender la patria de los elfos, les pediría apoyo a ellos.

Y ese momento se aproximaba. La terrible lucha entre elfos y demonios era cada vez más evidente e inevitable. Ellcrys se debilitaba por días: el decaimiento y la marchitez se iban propagando inevitablemente por las ramas, despojándolas de su belleza y de su vida, lo cual debilitaba el poder que mantenía intacta la Prohibición. Cada día llegaban nuevos informes de criaturas extrañas y aterradoras, seres nacidos de pesadillas y oscuras fantasías que merodeaban por las fronteras de la Tierra del Oeste. Los soldados elfos patrullaban desde el Valle de Rhenn hasta el Sarandanon, desde los Zarzales hasta Kershalt, y el número de criaturas seguía aumentando. Seguramente crecería más y más, hasta que logran escapar las suficientes para unirse y atacar eficazmente a los elfos.

Ander apoyó los codos sobre la mesa y puso las manos ante su frente para proteger sus ojos de la luz. Aunque Allanon hubiese tenido éxito en su búsqueda, Ellcrys se estaba muriendo con tanta rapidez que no pudo evitar preguntarse si habría tiempo suficiente para llegar al Fuego de Sangre. ¡Tiempo! Todo dependía del tiempo.

Las enormes puertas del otro extremo de la sala se abrieron y las seis cabezas se volvieron cuando Allanon entró con grandes zancadas, alto e imponente, envuelto en sus ropas negras. Junto a él llegaron dos figuras más bajas, envueltas en capas y con los rostros ocultos por las capuchas.

¡Amberle!, pensó Ander enseguida. ¡Una de ellas debe ser Amberle!

¿Pero a quién pertenecía la segunda figura?

Los tres avanzaron silenciosamente hasta el extremo opuesto de la gran mesa

ovalada, donde el druida invitó a sus acompañantes a tomar asiento para, a continuación, elevar su oscuro rostro hacia el rey.

—Majestad —pronunció mientras se inclinaba levemente.

—Allanon —contestó el rey—. Sé bienvenido.

—¿Están todos los convocados?

—Todos —aseguró Eventine, que los nombró uno por uno; después añadió—: Por favor, expón lo que has venido a decir.

Allanon dio unos pasos hasta quedar entre los elfos y las figuras encapuchadas.

—Muy bien. Lo explicaré una sola vez, así que solicito que me escuchen con atención. El pueblo elfo se encuentra en grave peligro: Ellcrys se está muriendo, se debilita con rapidez, y el decaimiento aumenta cada día que pasa. A medida que se desgasta, también lo hace la Prohibición. Los demonios que vuestros antepasados encerraron están regresando a este mundo. Pronto estarán todos libres y, cuando eso ocurra, intentarán acabar con vosotros.

El druida dio otro paso.

—Creed lo que os digo, caballeros elfos. No podéis apreciar como yo el alcance del odio que los empuja. Solo he visto a unas cuantas de esas criaturas que han cruzado ya la Prohibición, pero han sido suficientes para mostrarme el odio que las consume a todas. Se trata de un odio pavoroso que les proporciona poder, más del que poseían cuando fueron aisladas por primera vez. No creo que seáis capaces de enfrentaros a ellas.

—¡No conoces el ejército de los elfos! —exclamó Pindanon con el rostro encendido y levantándose de la silla.

—Comandante. —Eventine habló con voz suave. El viejo soldado se volvió enseguida—. Déjanos escucharle antes.

Pindanon volvió a sentarse con un sentimiento de frustración en su rostro.

—Ellcrys es la clave de vuestra supervivencia —continuó Allanon, ignorando a Pindanon—. Cuando muera, la Prohibición también morirá junto con la magia que la creó. Solo una cosa puede evitarlo. Según la leyenda de los elfos y las leyes de la magia que le dio vida, Ellcrys puede renacer, pero solo será factible de una manera. Lo sabéis bien: un Elegido que esté en su año de servicio tiene que llevar la semilla a la fuente de la vida, al Fuego de Sangre. Debe sumergirla por completo en el fuego y luego devolverla a la tierra donde se arraiga el árbol madre. De este modo, se producirá la nueva vida de Ellcrys y se restaurará la muralla de la Prohibición, expulsando de la tierra a los demonios.

»Hace dos semanas, tras descubrir el estado de Ellcrys, vine a ofrecer mi ayuda a Eventine Elesedil, pero llegué demasiado tarde. La Prohibición, ya resquebrajada, había permitido escapar a varios de los demonios que encerraba. Antes de que pudiera hacer algo para evitarlo, asesinaron a los Elegidos brutalmente mientras dormían. Mataron a todos los que encontraron.

»Sin embargo, me presenté ante el rey exponiéndole dos formas en las que



ayudaría a los elfos. En primer lugar, viajaría a Paranor hasta el castillo de los druidas, donde revisaría los libros de historia de mis antepasados para intentar descubrir el secreto de la palabra “Salvafuerte”. Ya lo he hecho y, con ello, he averiguado dónde puede encontrarse el Fuego de Sangre.

Hizo una pausa y estudió los rostros de los humanos que le escuchaban.

—Le dije también al rey que hallaría a alguien que pudiera llevar la semilla de Ellcrys al Fuego de Sangre, pues creía que esa persona existía. También lo he hecho y he traído a esa persona conmigo hasta Arborlon.

La expectante tensión de Ander fue en aumento mientras se elevaba un murmullo de incredulidad entre los hombres reunidos. Allanon se giró e hizo una seña a la menor de las figuras encapuchadas.

—Acércate.

La figura oscura se levantó dudosa, luego caminó hasta situarse junto al druida.

—Quítate la capucha.

De nuevo titubeó. Los elfos se inclinaron hacia delante, impacientes; todos excepto Eventine, que se mantenía erguido en su asiento con las manos reposando sobre los tallados brazos de madera.

—Bájate la capucha —repitió Allanon afablemente.

Esta vez la figura obedeció. Unos brazos delgados y morenos emergieron de entre los pliegues de la capa y retiraron la capucha que ocultaba su cara. Los ojos de color verde de Amberle estaban fijos, sin mirar, para evitar encontrarse con los de su abuelo. Hubo un instante de incómodo silencio.

Entonces, Arion se levantó de repente, lívido de rabia.

—¡No! ¡No, druida! ¡Llévatela de aquí! ¡Devuélvela al lugar donde la encontraste!

Ander, cuyo rostro reflejaba el duro golpe que habían ejercido las palabras de su hermano, se disponía a levantarse de su silla cuando su padre lo tomó de un brazo y lo obligó a sentarse de nuevo. Al momento se inició un intercambio de airados comentarios, pero las palabras se perdieron en una confusión de voces que se sobreponían unas a otras.

La mano de Eventine se alzó bruscamente y el silencio volvió a llenar la sala.

—Primero escucharemos lo que Allanon tenga que decir —sentenció con firmeza, y Arion se volvió a sentar.

El druida asintió.

—Os pido a todos que recordéis esto: solo un Elegido en servicio puede transportar la semilla de Ellcrys. Cuando el año comenzó, había siete, de los cuales seis han muerto. De manera que Amberle Elessedil es vuestra última esperanza.

Arion lo interrumpió.

—¡Ella no es una esperanza! ¡Ya no es una Elegida!

La voz del príncipe elfo sonó amarga y dura. Kael Pindanon asintió, revelando la repulsa en su rostro surcado por cicatrices.

Allanon avanzó un paso más.

—¿Niegas que ella sea una Elegida? —Una sutil sonrisa burlona se asomó a sus labios—. Entonces debes saber que ella también lo niega. Pero le he explicado, como también le expliqué a tu abuelo y ahora a ti, que ningún sentimiento, ni tuyo ni de ella, cambiará lo que realmente es. Tus sentimientos no ejercen influencia alguna. Nieta del rey o desechada por su pueblo, ¿qué importancia tiene, príncipe elfo? Tu preocupación debería centrarse en la supervivencia de tu gente y de todas las tierras, porque el peligro las amenaza igualmente. Si Amberle puede prestar alguna ayuda a vosotros o a ellos, todo lo ocurrido debe ser olvidado.

Arion no cedió.

—No lo olvidaré jamás.

—¿Qué quieres de nosotros? —interrumpió Emer Chios con rudeza, y Arion tomó asiento de nuevo.

Allanon se volvió a mirar al primer ministro.

—Tan solo esto. Ni vosotros, ni yo, ni Amberle tenemos la potestad de decidir si ella es aún una Elegida. Solo la tiene Ellcrys, porque ella fue quien tomó esa decisión en un principio. Por lo tanto, debemos conocer la opinión del árbol. Que Amberle vaya ante Ellcrys y que ella decida si la acepta o la rechaza. Si es aceptada como una Elegida, se le entregará la semilla y la llevará hasta el Fuego de Sangre.

—¿Y si es rechazada?

—Entonces será mejor que esperemos que la fe del comandante en el ejército de los elfos esté bien fundamentada.

Arion se levantó de nuevo haciendo caso omiso a la mirada de advertencia que su padre le dirigió.

—Nos exiges demasiado, druida. Nos pides que depositemos nuestra confianza en alguien que ha demostrado no ser digno de ella.

La voz de Allanon fue firme.

—Os pido que confiéis en Ellcrys, como habéis hecho durante incontables siglos. Dejad que ella decida.

Arion hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No, tengo la impresión de que pretendes enredarnos en un juego, druida. El árbol no le habla a nadie, así que no lo hará con esta joven. —Su furiosa mirada se desvió hacia Amberle—. Si la chica tiene que recuperar nuestra confianza, dejemos que nos cuente primero por qué dejó Arborlon, por qué se deshonró a sí misma y a toda su familia.

Allanon pareció meditar la petición durante un instante, después bajó la mirada hacia la elfa, cuyo rostro estaba pálido.

—Mi intención no fue la de deshonrar a nadie —dijo tranquilamente—. Hice lo que sentí que debía hacer.

—¡Nos deshonraste! —gritó Arion—. Eres la hija de mi hermano, a quien yo amaba. Me gustaría entender lo que hiciste, pero no puedo. Tu acción supuso una

ignominia para tu familia y para todos nosotros. Plagó de infamias el recuerdo de tu padre. Ningún Elegido ha rechazado nunca el honor de servir a Ellcrys. ¡Ninguno! Pero tú, tú despreciaste el honor como si no fuese algo importante.

Amberle se tensó.

—Yo no deseaba ser una Elegida, Arion. Fue un error. Procuré servir como los demás, pero no pude. Sabía qué se esperaba de mí, pero... no podía hacerlo.

—¿No pudiste? —Arion se inclinó hacia delante amenazadoramente—. ¿Por qué? Quiero saberlo. Esta es tu oportunidad para explicarlo. ¡Hazlo!

—¡No puedo! —murmuró ella, presa de la tensión—. No puedo. No lograría que lo comprendierais ni aunque lo deseara, ni aunque... —Dirigió una mirada de súplica a Allanon—. ¿Por qué me hiciste regresar, druida? Esto no tiene sentido. Ellos no quieren que esté aquí y yo tampoco quiero. Estoy asustada, ¿no lo entiendes? Déjame volver a casa.

—Estás en casa —dijo el druida con dulzura mientras su voz mostraba una tristeza que no había manifestado anteriormente. Se volvió a mirar a Arion—. Tus preguntas son inútiles, príncipe. Piensa de dónde proceden. El dolor conduce a la amargura y esta a la ira. Si sigues por ese camino te perderás.

Hizo una pausa y observó con sus ojos oscuros a los miembros del Consejo.

—Mi intención no es llegar a comprender las causas de por qué esta joven abandonó su pueblo. Mi deseo no es entender qué la llevó a elegir una vida diferente de la que se le ofrecía en Arborlon. No es mi tarea ni la vuestra el juzgarla. Sus actos anteriores deben quedar atrás. Ha demostrado valor y determinación al realizar este viaje de vuelta a Arborlon. Los demonios la han descubierto y la han seguido, es más, aún la persiguen. Ha soportado penurias y afrontado peligros en su camino de regreso. ¿Y todo eso para nada?

Cuando salió a colación el peligro en que estaba Amberle, la alarma asomó por un instante a los ojos de Eventine. Ander la vio; apareció y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Podrías haber llevado a esta joven ante Ellcrys sin necesidad de consultarnos —señaló Emer Chios de repente—. ¿Por qué no lo hiciste?

—Amberle no deseaba volver a Arborlon —dijo Allanon—. Vino porque yo la convencí de que era necesario, de que debía ayudar a su pueblo si podía. No obstante, no debía forzarla a venir en secreto y a escondidas, sino abiertamente. Si ella tiene que ir ante Ellcrys, deberá ser con vuestra aprobación.

El druida pasó su brazo sobre los delicados hombros de la joven. Amberle levantó la vista y su rostro infantil reflejó asombro.

—Tenéis que decidir. —El rostro del druida permaneció inexpresivo—. ¿Quién de vosotros le dará su apoyo, caballeros elfos?

La cámara quedó en completo silencio. Los elfos y el druida se miraron. La segunda figura, casi olvidada ya, se agitaba con nerviosismo al otro lado de la mesa. Los segundos transcurrían y nadie se levantó.

De pronto, Ander Elesedil descubrió que Allanon lo estaba contemplando a él. Algo parecido a la comprensión surgió entre ellos y, en ese momento, Ander comprendió lo que debía hacer.

Se levantó despacio.

—¡Ander! —oyó protestar a su hermano.

Se giró para mirar a Arion y vio que una advertencia se reflejaba en sus implacables ojos; apartó la vista. Sin mediar palabra, bordeó la mesa hasta situarse delante de Amberle. Ella lo observó aterrorizada, como si fuese un animal salvaje a punto de huir. Rodeó con suavidad los hombros de la muchacha y se inclinó para besarla en la frente. Había lágrimas en los ojos de ella cuando le devolvió el abrazo.

Emer Chios se puso en pie.

—No veo obstáculo alguno que nos impida aceptar la propuesta que se nos ha hecho, señores —dijo dirigiéndose a los demás—. Debemos aprovechar cualquier oportunidad.

Dio un paso para unirse a Ander.

Crispin echó un rápido vistazo a Eventine. El rey estaba sentado con rigidez y su rostro se mostró impasible cuando el capitán lo observó. Crispin se levantó y se situó junto a Ander.

El Consejo estaba dividido en partes iguales. Tres miembros de pie con Amberle; tres sentados a la mesa. Eventine miró a Arion. El príncipe heredero de los elfos aguantó la mirada de su padre, luego desvió sus ojos hacia Ander.

—Yo no soy tan necio como mi hermano. Mi respuesta es no.

El rey miró a Pindanon, cuya cara mostraba un gesto duro.

—Yo confío más en el ejército de los elfos que en esta joven. —Luego pareció vacilar—. Ella lleva vuestra misma sangre, así que mi voto será el mismo que el vuestro, majestad. Decidid lo que os parezca mejor.

Todos los ojos se dirigieron entonces a Eventine. Por un momento, pareció que aquello no iba con él. Permaneció sentado mirando fijamente la mesa, con el rostro atravesado por la tristeza y la resignación. Sus manos se posaron lentamente sobre la superficie de madera pulida para entrelazarse con fuerza.

Se puso en pie.

—La decisión está tomada: Amberle se presentará ante Ellcrys. Se levanta el Consejo.

Arion Elesedil se incorporó, dirigió una mirada enfadada hacia Ander y salió con paso arrogante de la sala del Consejo Supremo en completo silencio.

Bajo la protectora sombra de su capucha, Wil Ohmsford vio el dolor y la incredulidad en los ojos de Ander Elesedil, que observaba fijamente a su hermano. Entre los dos se había roto algo difícil de reparar. Después, cuando el príncipe elfo desvió la mirada hacia él, la evitó con timidez.

Allanon seguía hablando y explicando a los que aún estaban en la sala que Amberle reposaría un día o dos antes de presentarse ante Ellcrys, momento tras el cual volverían a reunirse. Wil se levantó, aún abrigado por sus ropas, porque Allanon le había indicado que no se descubriese. Cuando la cámara empezó a quedarse vacía, él se acercó a Amberle. Vio que Ander Elesedil los miraba, dudaba un momento y seguía a los demás mientras Allanon conducía a Eventine a un lado y hablaba con él con tranquilidad y secretismo. De pronto, pareció surgir un desacuerdo entre ellos. Después, haciendo un desganado gesto de asentimiento con la cabeza, el rey elfo salió también.

—Seguidme —les dijo Allanon.

Los condujo con premura al exterior de la sala del Consejo y los llevó de vuelta por la galería exterior hasta la fría oscuridad al otro lado de la entrada. El druida se detuvo, escuchó y luego se volvió hacia ellos.

—Amberle. —Esperó hasta que los ojos de la joven estuvieron fijos en él—. Quiero que vayas a ver a Ellcrys esta noche.

La joven elfa se mostró sorprendida y confusa.

—¿Por qué? —preguntó con incredulidad; luego sacudió la cabeza—. ¡No, es demasiado pronto! Necesito tiempo para prepararme antes de hacerlo. Además, acabas de comunicar a mi abuelo y a los otros que esperaríamos un día o dos.

Allanon asintió con paciencia.

—Una pequeña, pero imprescindible mentira. ¿Para qué necesitas prepararte? ¿Cómo lo harías? Esta no es una prueba de habilidad o resistencia, por lo que ningún tipo de preparación serviría en absoluto. O sigues siendo una Elegida al servicio del árbol o has dejado de serlo.

—Estoy cansada, druida —dijo furiosa—. ¡Estoy agotada y necesito dormir! No puedo hacerlo ahora.

—Debes. —Hizo una pausa—. Soy consciente de que estás cansada y de que necesitas dormir, pero eso puede esperar. Antes debes visitar al árbol... y tienes que hacerlo ya.

La elfa se puso tensa ante aquellas palabras, pues se sintió atrapada de pronto. Entonces empezó a llorar incontroladamente, como si todo lo acaecido, desde la inesperada aparición del druida en su cabaña, la noticia de que Ellcrys se estaba muriendo y el asesinato de los Elegidos, hasta la precipitada huida hacia el norte desde Puerto Refugio y la presentación ante el Consejo y su abuelo, hubiera caído sobre ella al mismo tiempo y la aplastara completamente. Las fuerzas parecían haberla abandonado. Estaba allí plantada, pequeña y vulnerable, sollozando, asegurando que no iría a ningún lado. Cuando Allanon extendió un brazo hacia ella, se apartó con brusquedad y se mantuvo alejada durante varios minutos. Wil Ohmsford la contemplaba incapaz de hacer nada por ayudarla.

Cuando por fin dejó de llorar, continuó con la cabeza girada para evitar mirarlos. A continuación, habló en un susurro.

—¿Es realmente necesario, Allanon, que vaya esta noche?

El druida asintió.

—Sí, joven elfa.

Hubo un largo silencio.

—Entonces iré.

Tranquila y sosegada de nuevo, se unió a ellos. Sin mediar palabra, Allanon los guio por las calles de la ciudad.

La pálida y plateada luz de la luna lo inundaba todo en esa noche de verano. Dulces aromas y confortantes rumores explotaban en lentas y embriagadoras ondas, flotando y danzando con la cálida brisa, acariciando los setos y parterres de flores, los árboles y arbustos de los Jardines de la Vida. Sombras moteadas convertían los colores del jardín en curiosos diseños negros y blancos. Las formas diminutas de vida que se despertaban huían con rapidez, como ráfagas invisibles que no dejan huella.

En medio de esa escena, desolado e ignorado sobre un pequeño cerro que dominaba el país de los elfos, el maravilloso árbol llamado Ellcrys proseguía su sosegada e ineludible marcha hacia la muerte. El largo proceso empezaba a cobrar su tributo. La impecable belleza que caracterizó a Ellcrys en su vida sana se había esfumado; la perfecta simetría de su estructura se había desfigurado. La corteza plateada, que se desprendía del tronco y de las ramas negras y podridas, colgaba ya hecha jirones. Parecía vestido con harapos. La marchitez rizaba las hojas rojas, muchas de las cuales habían caído y salpicaban la tierra circundante cual cáscaras secas y muertas que crujían con el viento. Como si se tratase de un viejo espantapájaros colgado a un poste sobre los campos, el árbol se erguía recio y consumido contra el horizonte nocturno.

Allanon, Wil Ohmsford y Amberle alzaron la mirada desde la base del montículo sin decir una palabra al tiempo que elevaban sus cabezas encapuchadas hacia la luz de la luna. Se mantuvieron en silencio largo tiempo, inmóviles salvo por sus ropas que ondeaban al viento. Cuando Amberle habló al fin, su rumor llenó el silencio con una súbita y profunda emoción.

—Oh, Allanon, parece tan triste...

El druida no respondió. Su alta y delgada figura estaba rígida bajo las ropas, ocultando el rostro en la sombra de la capucha. El aroma de las lilas revoloteó junto a ellos, se detuvo fugazmente y desapareció. Después, Amberle, con los brazos cruzados bajo la capa, dirigió su mirada hacia el hombre alto.

—¿Está sufriendo?

El movimiento de la cabeza del druida fue casi imperceptible.

—Un poco.

—¿Se está muriendo?

—Su vida se acerca al fin. Apenas le queda tiempo.

Se produjo un largo silencio.

—¿No hay nada que puedas hacer por ella?

—Lo que puede hacerse por ella debes hacerlo tú —dijo Allanon con su voz

profunda en un suave murmullo.

El suspiro de Amberle fue audible y un estremecimiento sacudió su pequeño cuerpo. Los segundos transcurrían con rapidez. Wil movía los pies con nerviosismo mientras aguardaba la resolución de Amberle, pero no era fácil para ella tomar una decisión. No contaba con tener que ir allí aquella noche; ninguno de los dos lo esperaba. Creyeron que al acabar la reunión del Consejo se les permitiría dormir, algo que no habían hecho desde que entraron en el Valle de Rhenn y se encontraron con Allanon. Estaban completamente agotados.

—Está durmiendo —susurró Amberle de repente.

—Se despertará para ti —respondió el druida.

Ella no desea esto, pensó Wil. Nunca lo ha deseado. Además, está aterrada. Lo dijo la primera noche en el pequeño jardín que hay delante de su casa. Sin embargo, no explicó el motivo.

Miró hacia la cima del montículo. ¿Qué era lo que tanto le horrorizaba de Ellcrys?

—Estoy preparada —dijo con voz sosegada y tranquila.

Allanon guardó silencio un momento y luego asintió con un movimiento de cabeza que deslizó su capucha un poco hacia delante.

—Entonces ve. Te esperaremos aquí.

Ella no se movió, sino que contempló al druida unos segundos, como esperando algo, pero este no le ofreció nada más. Se ciñó la capa y comenzó a ascender por la suave pendiente con el rostro levantado hacia el árbol silencioso y ajado que aguardaba en lo alto.

No volvió a mirar atrás.

Tardó poco tiempo en subir la pendiente y, cuando llegó arriba, se detuvo ante Ellcrys. No al alcance del árbol, sino más allá. Su pequeña figura iba encogida bajo los pliegues de su ropa oscura y apretaba los brazos contra los costados de su cuerpo. Desde la cima del montículo, la Tierra del Oeste se extendía hasta el horizonte, lo que hizo que se sintiera pequeña y desprotegida. Con el deseo de tranquilizarse, respiró profundamente las esencias del jardín que la brisa nocturna transportaba. Necesito solo un momento, se dijo. Un solo momento.

¡Pero tenía mucho miedo!

Después de tanto tiempo, aún no comprendía el porqué. Debería ser capaz de entenderlo y controlarlo, pero no podía, y eso era lo peor. El pavor era irracional, absurdo y ciego. Acechaba allí, en el fondo de su mente como un animal de presa que surgía de su escondite cada vez que pensaba en Ellcrys. Se esforzó al máximo por luchar contra ello, pero, aun así, serpenteaba en su interior, oscuro e incontrolable. En Puerto Refugio había logrado superarlo, pues allí la causa estaba distante y lejana en el tiempo. Ahora, en cambio, al volver a Arborlon, al encontrarse a solo una docena de pasos y al recordar el toque de Ellcrys...



El recuerdo la estremeció. Su mayor temor era que la tocara. Pero ¿por qué? No le había infligido ningún daño ni perjuicio. Tan solo servía para que Ellcrys comunicase sus pensamientos a través de imágenes. No obstante, siempre tuvo la sensación de que algo más acompañaba a aquel contacto, incluso desde la primera vez que Ellcrys le habló. Había algo más.

Sus pensamientos se dispersaron con el sonido del suave ulular de un búho. Era consciente de que llevaba allí varios minutos y de que los dos hombres que la esperaban abajo debían de estar mirándola. No deseaba tal cosa.

Reanudó el paso para situarse al otro lado del árbol.

El druida y el vallense observaron en silencio la figura oscura de la joven, que rodeaba el árbol hasta desaparecer de su vista. Permanecieron de pie un rato más, pero, al ver que no volvía a aparecer, Allanon se sentó sobre la hierba. Poco después, Wil se sentó a su lado.

—¿Qué harás si Ellcrys decide que ya no es una Elegida?

El druida no volvió la cabeza.

—Eso no sucederá.

El vallense titubeó brevemente antes de hablar.

—Hay algo que no nos has dicho, ¿verdad?

La voz de Allanon sonó fría.

—No. No en el sentido al que te refieres.

—Pero sí en algún sentido.

—De lo que debes ocuparte, vallense, es de que nada le ocurra cuando abandonéis Arborlon.

Por la forma en que lo dijo, Wil tuvo la clara impresión de que daba el tema por zanjado, lo cual le hizo sentir incómodo.

—¿Puedes contarme algo más? —preguntó un momento después—. ¿Puedes explicarme por qué le tiene tanto miedo a Ellcrys?

—No.

Wil se ruborizó bajo su capucha.

—¿Por qué no?

—Porque no estoy seguro de entenderlo. Ni tampoco de que ella lo comprenda. Sea como fuere, cuando Amberle considere que debes saberlo, te lo dirá.

—Lo dudo. —Wil se inclinó hacia delante y descansó las manos sobre las rodillas—. No parece apreciarme mucho.

Allanon no contestó. Permaneció sentado en silencio durante un rato y, de vez en cuando, alzaba la mirada hacia la cumbre del montículo y el árbol solitario. No había ninguna señal de Amberle. Wil miró al druida.

—¿Estará segura sola allí arriba?

El místico asintió. Wil esperó a que le diese un motivo, pero no le ofreció ninguna

explicación. El vallense se encogió de hombros suponiendo que al estar cerca de ella tendría alguna forma de protegerla. Al menos, albergaba esa esperanza.

Durante un largo rato, Amberle no se movió. No podía. Se sentía paralizada por el miedo. Permaneció rígida como una estatua a menos de dos pasos de la rama más próxima mientras observaba hipnotizada a Ellcrys. En su interior, el terror corría como hielo fundido hasta el punto de nublar sus pensamientos. Perdió la conciencia del tiempo, del espacio... De todo, excepto de su incapacidad para dar los últimos pasos.

Cuando al fin lo hizo, le pareció como si otra persona hubiera actuado por ella. Solo percibió que la distancia que la separaba de Ellcrys se reducía hasta desaparecer. Quedó debajo de la bóveda formada por las ramas del árbol, oculta en sus sombras. La brisa nocturna se disolvió en la quietud y el frío que sentía dentro de sí misma se tornó en calor.

Sin mediar palabra, se arrodilló sobre las hojas muertas y las ramas rotas que cubrían el suelo, cruzando las manos en su regazo. Esperó.

Poco después, una rama enferma descendió hacia ella y envolvió con suavidad sus hombros.

—Amberle.

La joven elfa empezó a llorar.

Llevaban mucho tiempo callados cuando, de súbito, recordó algo extraño que había dicho Allanon antes. Había decidido no formular más preguntas al druida después de la última conversación, pero la curiosidad pudo con él.

—¿Allanon?

El druida lo miró.

—Algo me preocupa. —Se tomó un momento para ordenar las palabras—. Cuando dijiste a Amberle que debíamos venir aquí esta noche, ella te recordó que habías prometido a los elfos del Consejo Supremo un día o dos para descansar. Le contestaste que eso fue una mentira necesaria. ¿A qué te referías?

La luz de la luna reveló la familiar sonrisa burlona que se dibujó en el rostro demacrado del místico.

—Me preguntaba cuándo querrías aclarar esa cuestión, Wil Ohmsford. —Rio sonoramente—. Tu afición por preguntar es ilimitada.

Wil mostró un gesto de tristeza.

—¿Tendrá respuesta mi pregunta?

Allanon asintió.

—Una respuesta que no será de tu agrado. La mentira fue indispensable porque hay un espía entre los elfos.

El vallense se quedó atónito.

—¿Cómo lo sabes?

—Por lógica. Cuando llegué a Paranor, los demonios me estaban esperando ya. Esperando, vallense; nadie me había seguido, lo cual sugiere que sabían de antemano que yo me dirigía hacia allí. ¿Cómo lo descubrieron? Y, sobre todo, ¿cómo supieron de mí? Eventine era el único que conocía la noticia de que yo había vuelto a las Cuatro Tierras. Solo él conocía mi propósito de viajar a Paranor; le revelé en secreto que iría allí para estudiar los libros de historia de los druidas e intentar averiguar la ubicación de Salvafuerte. Le advertí que no dijera nada y debió hacerlo exactamente así. —Se detuvo un momento—. Eso deja una única posibilidad: alguien que tenía razones para delatarnos a los demonios escuchó nuestra conversación.

Wil pareció aturdido.

—¿Pero cómo pudo suceder? Tú mismo has dicho que nadie conocía tu vuelta a las Cuatro Tierras antes de que hablastes con Eventine.

—Eso también me extraña —admitió el druida—. El espía debe de ser una persona con fácil acceso al rey, alguien que conoce todo lo que hace. Quizá sea alguno de los sirvientes. —Se encogió de hombros—. En cualquier caso, fue una suerte que no mencionase al rey dónde podía estar Amberle, o los demonios la habrían encontrado antes que yo, supongo.

Wil sintió un hormigueo en la piel. La insinuación le había desconcertado. Por primera vez desde que se había encontrado con Allanon, agradeció que el druida fuese tan comedido acerca de lo que sabía.

—Si es así, ¿por qué les proporcionaste tanta información a los elfos del Consejo Supremo? —preguntó—. Si hay un espía, le facilitaste la posibilidad de informar sobre todo lo que se comentó en la reunión.

El druida se inclinó hacia delante.

—Una muy buena posibilidad. Es más, quiero asegurarme de que lo haga. Por eso mentí. Los demonios saben que estamos aquí y por qué. Nos conocen tanto a mí como a Amberle, pero a ti todavía no. Todo eso lo han descubierto por mi conversación con Eventine y por lo que han observado mientras nos perseguían desde Puerto Refugio. A los elfos del Consejo Supremo no les he revelado nada nuevo, salvo un mínimo detalle: que Amberle descansaría unos días antes de ver a Ellcrys. Por lo tanto, al menos durante ese tiempo, los demonios no esperarán que hagamos nada. Creo que esa mentira nos proporcionará una ventaja pequeña pero muy provechosa.

—¿Qué clase de ventaja? —preguntó Wil frunciendo el entrecejo—. ¿En qué estás pensando, Allanon?

El druida arrugó los labios.

—Respecto a eso, Wil, me temo que tendré que solicitarte un poco más de paciencia. Pero te prometo que recibirás la respuesta antes de que acabe esta noche. ¿Te parece justo?

Wil pensó que en todo aquello nada podía calificarse de justo. Sin embargo, consideraba inútil insistir. Cuando Allanon tomaba una decisión, no había nada que hacer.

—Una cosa más. —El druida apoyó una mano en el hombro del vallense como advertencia—. No le cuentes esto a Amberle. Ya está suficientemente asustada y no hay razón para amedrentarla más. Que quede entre tú y yo.

El vallense asintió. En eso, al menos, estaban de acuerdo.

Unos minutos más tarde, Amberle apareció súbitamente bajo la sombra del árbol. Su silueta se proyectó durante un momento contra el cielo nocturno; luego pareció titubear antes de dirigirse hacia ellos. Caminaba con lentitud y cuidado, con las manos enlazadas sobre su pecho, como si no estuviera segura de sus movimientos. Su capucha estaba bajada y la brisa removía tras ella su larga cabellera castaña. Al acercarse, contemplaron con claridad la angustia de su rostro pálido y demacrado, surcado por las lágrimas, y vieron el miedo reflejado en sus ojos.

Llegó hasta ellos se detuvo. Su enjuto cuerpo temblaba.

—¿Allanon...? —dijo con voz queda, atragantándose con el nombre.

El druida se dio cuenta de que estaba a punto de desmayarse, así que se acercó hasta ella, la tomó en sus brazos y la apretó contra sí. Amberle se dejó abrazar mientras lloraba silenciosamente. Permanecieron así largo tiempo, callados. Wil los observó sintiéndose algo incómodo e inútil.

Después, el llanto cesó. Allanon soltó a la joven y retrocedió. Ella mantuvo la cabeza gacha un momento más; luego, levantó el rostro hacia él.

—Tenías razón —dijo.

Las manos enlazadas se apartaron de los pliegues de la túnica y se abrieron lentamente. Anidada en sus palmas, como una piedra de un blanco plateado y forma perfecta, estaba la semilla de Ellcrys.

**T**ranscurridos unos instantes, Allanon los condujo fuera de los jardines. Con las capuchas puestas y arrebujados en sus capas, atravesaron la verja y pasaron ante los centinelas de la Guardia Negra mientras se encaminaban de nuevo a la ciudad. El druida no les dio ninguna explicación sobre su destino, y ellos tampoco preguntaron. Marchaban en silencio; Allanon un paso o dos por delante, Wil y Amberle tras él, ambos exhaustos. El vallense dirigía miradas a la joven con frecuencia, más preocupado por ella que por sí mismo, pero esta apenas reflejaba sus emociones y solo en una ocasión advirtió su rostro bajo la capucha. Le preguntó si se encontraba bien y ella asintió sin pronunciar palabra alguna.

Pronto llegaron a las inmediaciones de la mansión de los Elesedil. Con una seña, Allanon indicó que lo siguieran por los jardines que rodeaban el oscuro edificio, dirigiéndoles después a través de los pinos que bordeaban el césped de la parte sur y luego a lo largo de una serie de setos hasta una pequeña glorieta y un par de puertas cristaleras cubiertas por densas sombras. Allanon se detuvo ante ellas y golpeó el vidrio con delicadeza. Tras un momento de espera, las cortinas que cubrían su lado interior ondearon ligeramente. Se descorrió un cerrojo y las puertas se abrieron. Allanon les indicó que entraran rápido, miró furtivamente a su alrededor, los siguió y cerró la puerta tras él.

Permanecieron unos segundos sumidos en la oscuridad al tiempo que percibían el débil rumor de las pisadas de alguien que se desplazaba lentamente por la habitación. Prendieron una vela y Wil descubrió que se hallaban en un pequeño estudio donde el roble pulido de las paredes y las estanterías brillaba a la tenue luz de la llama. Eran visibles entre las sombras los suaves trazos de color de cuero de las encuadernaciones de los libros y de los tapices. En el otro extremo de la habitación, un viejo lebril levantó su cabeza grisácea de la pequeña manta marrón donde dormía y sacudió la cola a modo de saludo.

Eventine Elesedil apoyó la vela en una pequeña mesa de trabajo y se volvió para recibirlos.

—¿Está todo arreglado? —preguntó Allanon, rompiendo el silencio con su profunda voz.

El rey asintió.

—¿Y tu ayuda de cámara? —inquirió el druida a medida que atravesaba el habitáculo hacia la puerta que lo comunicaba con el resto de la casa. La abrió, escrutó un instante el exterior y la cerró otra vez.

—Todo el mundo duerme excepto Dardan y Rhoe, que vigilan la puerta de mi dormitorio porque creen que estoy dormido. No hay nadie más aquí, excepto el viejo

Manx.

El lebrel se incorporó al oír su nombre, luego bajó la cabeza, la colocó entre las patas delanteras y cerró de nuevo los ojos.

Allanon se acercó al grupo.

—Entonces podemos empezar.

Hizo una señal a Wil y Amberle para que tomaran asiento junto a la mesa y acercó una tercera silla para él. El vallense se sentó derrotado. Amberle se adelantó un paso y se detuvo mientras fijaba sus ojos en su abuelo. Eventine, por su parte, la contempló, dudó un momento y avanzó con decisión para abrazarla. La joven elfa permaneció impassible, pero después sus brazos también lo rodearon.

—Te quiero, abuelo —susurró—. Te he echado mucho de menos.

El anciano rey no habló. Se limitó a asentir con un gesto sobre su hombro y a acariciar su cabello con la mano. A continuación, sostuvo con ternura la cabeza de la joven y la inclinó hacia atrás de modo que Amberle lo mirara.

—Lo ocurrido entre nosotros es cosa del pasado, Amberle. Ya está olvidado. No habrá más palabras hoscas entre nosotros. Este es tu hogar y quiero que permanezcas aquí conmigo, con tu familia.

La elfa sacudió la cabeza tristemente.

—He hablado con Ellcrys, abuelo. Me ha dicho que soy su Elegida y me ha entregado la semilla.

El rostro del anciano palideció y bajó la mirada al suelo.

—Lo siento, Amberle. Sé que ansiabas que fuese de otra forma. Créeme, yo también lo deseaba.

—Lo sé —contestó ella, pero había desesperación en su mirada.

Se separó de él y tomó asiento en la mesa junto con Wil y Allanon. El rey se mantuvo en pie un momento con la vista fija en su nieta. Parecía asustado y confundido como un niño extraviado. Se rehizo poco a poco y fue a sentarse con los demás.

Allanon se inclinó hacia delante y asentó las manos sobre la mesa.

—Tras la reunión del Consejo Supremo, Eventine y yo acordamos volver a reunirnos en secreto. Lo que aquí se diga quedará entre nosotros cuatro. No disponemos de mucho tiempo y debemos actuar con rapidez para salvar el pueblo de los elfos. Ellcrys está debilitándose y pronto los demonios aprisionados en la Prohibición se extenderán por las Cuatro Tierras. Eventine y yo estaremos para enfrentarnos a ellos cuando ocurra, pero tú, Amberle, y también tú, Wil, debéis ir en busca del Fuego de Sangre. —Se volvió hacia la muchacha—. Iría contigo si pudiera, si hubiera algún modo de hacerlo, pero no lo hay. Uno de los demonios que ya ha escapado de la Prohibición, además de otros que aún están recluidos allí, poseen poderes que ni tu abuelo ni el pueblo de los elfos conseguirán resistir sin mi ayuda. Mi tarea será proteger a los elfos de esos poderes: la hechicería se enfrentará a la hechicería. Así debe ser.

»Pero mi lugar lo ocupará Wil Ohmsford, al que no he escogido a la ligera para confiarle tu cuidado y seguridad. Su abuelo me acompañó en el rescate de la Espada de Shannara. Fue quien lo consiguió y se enfrentó con ella al Señor de los Brujos hasta aniquilarlo. Su tío abuelo Flick salvó una vez la vida de tu abuelo. Wil tiene la fuerza de carácter que poseían ambos hombres y el mismo sentido del honor. Has visto que está en posesión de las piedras élficas que una vez le di a su abuelo. Él te protegerá como yo lo haría. Estará a tu lado, Amberle, no te fallará.

Hubo un largo silencio. El vallense se sintió azorado por las palabras del druida, azorado e incómodo. No estaba seguro de sí mismo. Le echó un rápido vistazo a Amberle y descubrió que lo estaba observando.

—Eres una Elegida al servicio de Ellcrys —continuó Allanon, que atrajo de nuevo los ojos de la joven hacia él—. Aunque puede que todos deseáramos que fuera de otra forma, debemos aceptarlo como es. Eres la última de los Elegidos y, por tanto, la última esperanza para tu pueblo. Eres la única que puede restablecer la Prohibición. Una responsabilidad terrible, Amberle, pero que te corresponde. En caso de que fracasas, los demonios y los elfos combatirán hasta que uno de los dos bandos acabe destruido por completo. Ellcrys te ha dado su semilla, que debes llevar al Fuego de Sangre, lo cual no será fácil. El Fuego de Sangre está en un lugar llamado Salvafuerte, que pertenece al mundo antiguo. Después de una transformación completa, ese mundo ha desaparecido. Con el paso de los años el lugar llamado Salvafuerte ha sido olvidado. Ni siquiera Ellcrys reconoce ya el camino que conduce allí. De no ser por los libros de historia de los druidas, Salvafuerte estaría irremediabilmente perdido para nosotros. No obstante, los libros de historia combinan el pasado y el presente. Los he leído atentamente y ya sé dónde se encuentra.

Hizo una pausa.

—Está en el Valle de los Indómitos.

Nadie articuló sonido alguno. No era necesario. Incluso Wil Ohmsford, un hombre de la Tierra del Sur que hasta entonces no había puesto un pie en la Tierra del Oeste, había oído hablar del Valle de los Indómitos. Velada en el interior de los bosques al sur del país de los elfos, había una región salvaje, traicionera y amenazadora, rodeada casi en su totalidad por montañas y ciénagas. Allí tan solo había menos de media docena de aldeas y todas las habitaban ladrones, asesinos y criminales de todo tipo. Incluso estos no solían alejarse de sus pueblos o de los pocos caminos transitados que cruzaban la región, pues se rumoreaba que en los bosques de más allá habitaban criaturas con las que ningún humano quería encontrarse.

Wil respiró profundamente.

—¿Es posible que sepas en qué lugar del Valle de los Indómitos se encuentra el Fuego de Sangre?

Allanon negó con la cabeza.

—No estoy seguro. Incluso los libros de historia de los druidas se refieren solo en

parte a la geografía del antiguo mundo y las señales que por entonces existían han desaparecido. No tenéis más remedio que confiar en las piedras élficas.

—Me lo temía. —El vallense se hundió en su silla—. Si usamos las piedras élficas, informaremos a los demonios de nuestra posición.

—Desgraciadamente, así es. Tendréis que actuar con mucho cuidado, Wil. Os contaré lo que Ellcrys les contó a los Elegidos sobre Salvafuerte antes de que los asesinaran, y lo que más tarde me reveló a mí. Puede servir de ayuda. El Fuego de Sangre se encuentra en una tierra salvaje rodeada de montañas y ciénagas; obviamente el Valle de los Indómitos, tal como figura en los libros de los druidas. Ahora escucharéis el resto de lo que dijo. Allí hay una densa bruma que aparece y desaparece. En el centro de esa región se encuentra un promontorio solitario bajo el cual un laberinto de túneles se adentra en la tierra. En algún lugar dentro de este laberinto hay una puerta de cristal irrompible. Tras esta puerta encontraréis el Fuego de Sangre. —Movió la cabeza meditando—. Como veis, en general la descripción del Valle de los Indómitos sigue siendo sorprendentemente precisa, a pesar del paso de los años y de los cambios que el cataclismo produjo en la geografía de la tierra con las Grandes Guerras. Puede que los detalles también lo sean. Quizás el Fuego de Sangre se encuentre aún bajo un promontorio solitario, sumido en un laberinto de túneles. —Se encogió de hombros—. Os facilitaría más información si la tuviese, pero no es el caso. Debéis usarla lo mejor que podáis.

Wil logró sugerir una sonrisa débil, algo forzada. No se atrevió a mirar a Amberle.

—¿Cómo llegaremos hasta el Valle de los Indómitos? —preguntó.

El druida dirigió una mirada interrogativa a Eventine, pero el rey elfo parecía ensimismado. Finalmente, perturbado por el silencio, miró a Allanon y asintió con aire meditabundo.

—Todo está arreglado.

El druida pareció vacilar, luego se volvió a Amberle.

—Tu abuelo ha escogido al capitán Crispin, que está al frente de la Guardia Real, para que sea vuestro guía y protector en este viaje. Se trata de un soldado ocurrente y valeroso que os será útil. Se le han dado instrucciones para que seleccione media docena de elfos cazadores que formarán vuestra escolta. Seis es un número pequeño pero, en este caso, un número pequeño puede ser lo adecuado. Llamará menos la atención que un gran destacamento y permitirá que el viaje se haga con mayor rapidez.

»El plan que el rey y yo hemos urdido es el siguiente: os sacarán de la ciudad en secreto, misión que le ha sido encomendada al capitán Crispin. Solo él conocerá vuestro cometido. Él y los elfos cazadores os acompañarán hasta donde los necesitéis. A todos se les han dado instrucciones para que hagan todo lo posible por protegeros y manteneros ilesos.

—Allanon.



Las palabras brotaron de la boca de Eventine que, de pronto, fijó su mirada llena de preocupación en el rostro del druida. Sus ojos azules y penetrantes se encontraron con los del otro.

—Hay algo más que no te he revelado. No lo hice porque solo tuvimos unos momentos al final del Consejo, pero creo que debo decírtelo ahora. Hay un motivo de alarma en esta aventura además del evidente peligro de que los demonios los persigan.

Se inclinó hacia delante y cruzó los brazos sobre la mesa para apoyarse. Su cara, iluminada por la tenue luz de la vela, parecía muy envejecida.

—Tú sabes cómo murieron los Elegidos, pero es posible que Wil y Amberle lo ignoren. —Su mirada se desvió—. Fueron descuartizados, desfigurados hasta hacer casi imposible su identificación.

Las caras de la joven y el vallense reflejaron el horror. El rey apoyó una mano en el hombro de su nieta.

—No os digo esto, Amberle y Wil, para infundiros más miedo. —Volvió a desviar los ojos hacia el druida—. Desde que te marchaste a Arborlon se han producido más asesinatos como los de los Elegidos. Muchas muertes. Lo que fuera que los asesinó ha estado vagando por los alrededores para destruir lo que encontraba a su paso, fuera humano o animal, joven o viejo. Han muerto unos cincuenta elfos, todos de la misma manera: despedazados. Hace tres noches, una patrulla entera fue asaltada y destruida. Seis elfos armados. Una semana antes, un acuartelamiento del ejército situado en el extremo norte de la ciudad fue atacado y veinte de sus ocupantes fueron asesinados mientras dormían. Se ha observado un número creciente de demonios en la Tierra del Oeste desde que Ellcrys empezó a debilitarse e, igualmente, más de una lucha campal, pero nada tan preconcebido e intencionado como esto. Esa criatura sabe lo que hace; mata con un fin. Hemos intentado perseguirla sin éxito, pero no podemos. Ni siquiera la hemos visto. Nadie la ha visto. Pero está ahí, al acecho. —Hizo una pausa—. Cuando la enviaron con la intención de destruir a los Elegidos, así lo hizo... con todos salvo uno. Puede que la envíen otra vez.

Amberle había perdido el color del rostro. Allanon se tiró de la barba pensativamente.

—Sí, hubo un demonio así en los tiempos antiguos —musitó—. Un demonio que mataba por instinto. Lo llamaban la Parca.

—Su nombre es irrelevante —dijo de repente Wil—. Lo que importa es cómo evitarlo.

—Con el secreto —respondió el druida—. Por muy pérfido y astuto que sea ese demonio, no tiene más razones que sus semejantes para suponer que vais a salir de Arborlon. Si piensa que aún estáis aquí, si todos lo piensan, no os buscarán en ningún otro lugar. Puede que consigamos hacerles creer eso. —Se volvió hacia Eventine—. Pronto Ellcrys ya no podrá mantener el muro de la Prohibición con la fuerza necesaria para retener al resto de demonios apresados dentro. Cuando llegue ese

momento, las criaturas unirán sus fuerzas en el punto más débil del muro y huirán. No podemos esperar a que eso suceda. Debemos hallar el lugar por donde intentarán cruzar y evitarlo por todos los medios. Si fracasamos, deberemos encontrar la forma de retrasar su marcha sobre Arborlon. Tratarán de entrar aquí con el propósito de derrotar a Ellcrys. Tienen que hacerlo. No pueden permitir su existencia. Recordad que mientras era fuerte, significaba una condena para ellos, pero, al debilitarse, lo es menos. Cuando hayan atravesado el muro, avanzarán aprisa para destruirla. Tenemos que hacer todo lo que esté en nuestras manos para impedirlo y dar tiempo a Amberle para que llegue al Fuego de Sangre y vuelva, además de mantener a los demonios alejados de Arborlon hasta entonces.

»Por tanto... —Su frase quedó suspendida durante un momento en el silencio de la pequeña estancia—. Engañaremos a los demonios que ya han abandonado la Prohibición actuando como si los preparativos para ir en busca del Fuego de Sangre todavía no estuvieran dispuestos. Fingiremos que todavía no os habéis marchado. Los demonios saben que yo he traído a Amberle hasta aquí y esperarán que la acompañe cuando se vaya. Podemos aprovecharnos de eso y centrar su atención sobre mí. Cuando descubran que les hemos mentado, ya estaréis lejos de su alcance.

A menos que su espía sea más perspicaz de lo que tú supones, quiso decir Wil, pero decidió no hacerlo.

—Suenan alentador —dijo, en cambio—. Parece que todo está resuelto, excepto el momento de nuestra salida.

El druida se reclinó en su silla.

—Partiréis al amanecer.

Wil lo miró con incredulidad.

—¿Al amanecer? ¿Mañana?

Amberle se levantó como impulsada por un muelle.

—¡Eso es imposible, druida! ¡Estamos agotados! No hemos dormido desde hace dos días. Necesitamos más que unas pocas horas de reposo para estar en forma de nuevo.

Allanon levantó las manos.

—Tranquilízate, elfa. Lo comprendo tan bien como vosotros, pero piensa. Los demonios saben que has venido hasta aquí con el objetivo de llevar la semilla de Ellcrys al Fuego de Sangre. También saben que intentarás salir de la ciudad y estarán vigilando atentamente. No obstante, su vigilancia no será tan estricta ahora como dentro de uno o dos días. ¿Intuyes por qué? Porque esperarán que descanses primero. Por eso debéis salir sin perder tiempo. La sorpresa nos brindará la mejor ocasión de eludirlos.

La comprensión apareció en los ojos de Wil. Esa era la ventaja que el druida esperaba que les proporcionara su mentira en el Consejo Supremo.

—Podréis descansar lo suficiente cuando hayáis abandonado la ciudad —prometió Allanon—. En dos días de viaje lograréis llegar hasta el bosque de Drey,

donde podréis recuperar el sueño perdido. Pero permanecer en Arborlon sería muy peligroso. Vuestras posibilidades serán mejores cuanto antes salgáis de aquí.

A Wil le disgustaba admitirlo, pero las palabras del druida encerraban una lógica. Miró a Amberle. Ella le devolvió la mirada en silencio, frustrada y ofendida, y luego se volvió hacia Allanon.

—Quiero ver a mi madre antes de partir.

El druida negó con la cabeza.

—Eso no es conveniente, Amberle.

Las mandíbulas de la joven se tensaron.

—Parece que crees tener la última palabra respecto a mis deseos, druida, y no es así. Quiero ver a mi madre.

—Los demonios saben quién eres. Si también conocen a tu madre, estarán esperando que vayas a verla. Es peligroso.

—Estar aquí ya es peligroso. Estoy segura de que lograrás encontrar la forma de que pueda pasar cinco minutos con mi madre. —Bajó los ojos—. No seas tan estúpido como para afirmar que podré verla cuando vuelva.

Se extendió un silencio incómodo. El oscuro rostro de Allanon perdió su expresión de pronto, como si temiese desvelar lo que deseaba mantener en secreto. Wil advirtió el cambio y se sintió intrigado.

—Como quieras —accedió el druida. Se puso en pie—. Ahora debes dormir mientras puedas. Tenemos que irnos.

Eventine se levantó y se volvió hacia su nieta.

—Siento que Arion hablara con tanta dureza en el Consejo —se disculpó. Parecía que iba a decir algo más, pero no lo hizo. Sacudió la cabeza—. Creo que con el tiempo lo entenderá, como yo...

No concluyó la frase. A continuación, rodeó con sus brazos a Amberle y la besó.

—Si no fuese tan viejo... —empezó a decir emocionado, pero ella posó sus dedos en la boca de él para que guardase silencio y negó con la cabeza.

—No eres tan viejo como para no ver que es más necesario que permanezcas aquí a que vengas conmigo —dijo con una sonrisa, y en sus ojos asomaron lágrimas al devolverle el beso.

Wil, que se sentía fuera de lugar, se alejó de la mesa y avanzó despacio hasta el perro que dormía. Manx lo oyó aproximarse y abrió un ojo expectante. En un impulso, Wil extendió una mano para acariciarlo, pero Manx emitió un furioso gruñido, apenas audible. Wil retrocedió.

¡Qué animal tan antipático!, pensó el vallense.

Volvió a reunirse con los demás. Eventine le estrechó la mano y le deseó suerte. Después, con Amberle a su lado, siguió a Allanon, que salió por las grandes puertas acristaladas hacia la noche.

El druida los condujo a una casita situada sobre una ladera frondosa en el extremo norte de la ciudad, en medio de un grupo de casas de estructura semejante. Nada la diferenciaba de las otras, lo cual sugirió a Wil el motivo principal de su elección. Aunque desierta, cuando entraron se hallaba totalmente amueblada y parecía haber sido habitada hasta hacía muy poco. Allanon no les explicó qué había ocurrido con sus propietarios. Entró como si fuera suya y, atravesando la negrura de la sala, encendió varias lámparas de aceite. Después corrió las cortinas que decoraban las ventanas. Tras inspeccionar cada una de las habitaciones mientras Wil y Amberle esperaban en una pequeña mesa adornada con manteles bordados y flores recién cortadas, volvió con pan, queso, fruta y una jarra de agua. Comieron en silencio. Wil comió en abundancia a pesar de lo tarde que era, pero Amberle apenas probó bocado. Cuando terminaron de cenar, Allanon condujo a la joven a un dormitorio situado en la parte posterior. Tras las cortinas se ocultaba una ventana con los postigos asegurados por medio de cerrojos y barras. El druida los revisó y se sintió complacido. Amberle no pronunció palabra, sino que se dirigió directamente al lecho de plumas; estaba tan sumamente cansada que ni siquiera se molestó en quitarse la ropa. Se despojó de las botas pateando, se tiró sobre la cama y se quedó dormida al instante. Allanon la cubrió con una ligera manta y salió de la habitación cerrando la puerta sin hacer ruido.

En la sala principal, Wil Ohmsford, que estaba solo, contemplaba a través de las cortinas la oscuridad del exterior, donde las luces de la ciudad parpadeaban como luciérnagas en las sombras del bosque. Miró con inquietud hacia el druida cuando este apareció.

—Tenemos que hablar, Allanon.

El hombre alto no pareció asombrado.

—¿Todavía más preguntas, Wil Ohmsford?

—No exactamente.

El vallense parecía incómodo.

—Ya, entiendo. Bueno, ¿por qué no nos sentamos?

Wil asintió y ambos se adelantaron para colocar una silla frente a la otra en la pequeña mesa donde habían comido. Una vez sentados, el joven no parecía saber cómo empezar la conversación. Allanon lo observaba inexpresivo, a la espera.

—Cuando intenté usar las piedras élficas contra los demonios en el Tirfing, ocurrió algo, algo que no entiendo —empezó al fin, mientras evitaba los ojos oscuros del druida—. He estado a punto de no contarte esto porque no pretendía que pensases que estaba buscando una excusa para no emprender el viaje hacia el Valle de los

Indómitos.

—Eso habría sido una estupidez —dijo Allanon con aplomo—. Cuéntame qué te sucedió.

El vallense pareció no oírlo.

—La única razón por la que he decidido contártelo es porque quizás habría puesto en peligro la seguridad de Amberle si seguía callado, algo que me preocupa. Admito que soy su protector y, por tanto, no me puedo permitir la consideración de mi orgullo.

—Dime qué te sucedió —insistió el druida.

Wil levantó la vista, inseguro.

—Lo explicaré de la mejor manera posible. Como he dicho, cuando el demonio se me acercaba, intenté usar las piedras élficas y algo en mi interior se resistió. Fue como una especie de bloqueo, como si un muro se interpusiera entre las piedras y yo, algo que me impedía solicitar su ayuda. Las mantuve ante mí y procuré convocar su poder, llegar hasta ellas, pero no pasó nada. En ese momento, un pensamiento recorrió mi mente: estabas equivocado al pensar que yo podría usar las piedras tal y como lo hizo mi abuelo. Pensé que moriría, pero entonces, justo antes de que el demonio me diese alcance, el muro de mi interior se derrumbó y, de súbito, el poder de las piedras surgió y destruyó a la criatura.

Hizo una pausa.

—Desde entonces le he dado muchas vueltas al asunto. Al principio pensé que no había entendido la forma de utilizar las piedras élficas, que quizá fuera mi inexperiencia o aturdimiento lo que provocó tal resistencia, pero ya no lo creo. Fue algo distinto. Algo que me envolvió.

El druida lo observó atentamente y guardó silencio durante varios minutos. Una de sus manos jugaba con su barba negra, tirando de ella, retorciéndola. Después la dejó caer.

—Recordarás mi explicación sobre que las piedras élficas eran una magia antigua, anterior al nacimiento del hombre, pertenecientes a una época en que los personajes fantásticos dominaban la tierra y la magia era algo común. Por aquel entonces, había muchos tipos de piedras élficas y sus propósitos eran diversos. Los colores reflejaban la utilidad. Las piedras élficas azules, como las que tú posees, son piedras de búsqueda. Estar en posesión de estas permite a su propietario encontrar aquello que está escondido con solo desearlo; por ejemplo, el Fuego de Sangre que vosotros buscaréis. Otras presentan características distintas, pero todas poseen el poder de ofrecer protección contra otras magias o seres creados por la magia y la hechicería. No obstante, el alcance de esa defensa, es decir, el efecto del poder de las piedras, depende por completo de la fuerza del carácter de su propietario. Las piedras se agrupan en conjuntos de tres por una razón. Cada una representa una parte del dueño: una es para el corazón, otra para el cuerpo y, la última, para la mente. Las tres deben actuar concertadamente, uniendo sus fuerzas independientes en una sola, para

costrar vida. El éxito del dueño al utilizar las piedras élficas será una medida de su habilidad para unir esas fuerzas.

Extendió las manos sobre la mesa.

—Las piedras élficas poseen otra característica elemental para su uso. Pertenecen a la magia élfica y fueron concebidas por magos elfos solo para los elfos. Han pasado de generación en generación, de familia en familia, de mano en mano, pero siempre de elfos a elfos, pues nadie más podría usarlas.

El rostro del vallense se tornó en una expresión de escepticismo.

—¿Quieres decir que no puedo usar las piedras élficas porque no soy elfo? —preguntó.

Allanon negó con la cabeza.

—No es tan fácil. —Se inclinó hacia delante y escogió las palabras con cautela—. Tú eres elfo en parte, Wil, como tu abuelo, pues su madre era elfa y su padre un hombre. Contigo es un poco distinto. Tanto tu madre como tu abuela pertenecían a la raza del hombre, ninguna de las dos fue elfa. Todo lo élfico que hay en ti lo has heredado de tu abuelo por vía paterna.

—No entiendo cuál es la diferencia —insistió Wil—. ¿Por qué iba a tener dificultades en usar las piedras élficas cuando mi abuelo no las tuvo? Al menos hay parte de su sangre élfica en mí.

—No es tu parte élfica lo que te causa problemas —puntualizó el druida inmediatamente—, sino tu sangre humana. Has heredado las características físicas de tu abuelo, lo que delata un inconfundible legado, pero no es más que una ínfima parte del total. Eres más humano que elfo. —Guardó silencio un momento y prosiguió—. Compréndelo, solo una pequeña parte de ti se comunica con el poder de las piedras cuando intentas usarlas. El equilibrio entre tu corazón, tu mente y tu cuerpo se resiste a que la magia penetre, por lo que eleva una barrera contra ella. Las tres fuerzas se debilitan, porque han de reducirse hasta que solo quede su parte élfica. Eso debe de ser lo que experimentaste: el rechazo de tu parte humana dominante hacia la magia.

Wil sacudió la cabeza, confuso.

—Pero ¿y mi abuelo? ¿Experimentó algún rechazo?

—No, él no —admitió Allanon—. Pero él era medio elfo. La mitad élfica dominante le otorgó poder sobre las piedras, por lo que la resistencia que sufrió fue apenas perceptible. Pero tu caso es diferente, puesto que tus vínculos con el poder de las piedras son más sutiles.

Wil lo miró fijamente.

—Allanon, sabías esto cuando fuiste a buscarme a Storlock. Debías saberlo. Sin embargo, no dijiste nada. Ni una sola palabra.

La expresión del druida no cambió.

—¿Qué pretendías que dijera, vallense? Desconocía el grado de dificultad que encontrarías al usar las piedras, puesto que depende en gran medida del carácter del propietario. Supuse que eras lo bastante fuerte para superar la resistencia que

encontraras en tu interior. Todavía lo creo. Si te hubiera expuesto el problema, habría provocado una gran inseguridad en ti, lo que te podía haber matado en el Tirfing.

El vallense se levantó aturdido, sin decir nada. Se alejó unos pasos de la mesa y después se giró.

—Eso puede volver a suceder, ¿verdad? —susurró—. Cada vez que intente usar las piedras élficas.

El druida asintió. Wil observó su oscuro rostro durante un momento sin decir nada. Las implicaciones de esa afirmación revolotearon en su mente como hojas secas agitadas por el viento.

—Cada vez —repitió. Las hojas se detuvieron súbitamente—. Así que puede darse el caso de que mi resistencia interior resulte demasiado fuerte, una ocasión en la que invoque el poder de las piedras y no me respondan.

Allanon meditó antes de responder.

—Sí, es posible.

Wil volvió a tomar asiento. La incredulidad de su rostro se transformó en miedo.

—¿Cómo puedes confiarme la protección de Amberle sabiendo eso?

La mano del druida golpeó la mesa como un martillo.

—¡Porque no hay nadie más! —Enrojeció de ira, pero mantuvo la voz serena—. Ya te recomendé en otra ocasión que empezaras a creer en ti mismo y te lo repito una vez más. No siempre estamos lo suficientemente preparados como para afrontar las dificultades que se interponen en nuestra vida, y eso es precisamente lo que ocurre en esta ocasión. Ojalá mi poder fuera tan grande como para hacer innecesaria tu ayuda, ojalá pudiese entregarte algo más que sirviera de protección para la joven elfa y para ti mismo. Lo deseo, pero no es posible. Te traje a Arborlon porque estaba convencido de que yo solo no podría mitigar el peligro que amenaza a los elfos. Ambos somos inapropiados para esta tarea, Wil Ohmsford, y aun así debemos sacar el mayor provecho de lo que somos. Los druidas han desaparecido y la magia élfica del antiguo mundo se ha perdido. Solo estamos tú y yo con las piedras élficas que tú posees y la magia que yo ejerzo. No es más que eso y, a pesar de todo, debemos intentarlo.

Wil le sostuvo la mirada.

—No tengo miedo por mí, sino por Amberle. Si le fallo...

—No debes fallarle. —La voz del druida era dura e insistente—. ¡No debes! Eres todo lo que tiene.

Wil se tensó.

—Puede que yo no sea suficiente.

—¿Que no seas suficiente? —Las palabras estaban cargadas de sarcasmo. Allanon sacudió la cabeza—. Tu abuelo creyó una vez, no hace tantos años, lo mismo que tú. No comprendía por qué yo consideraba posible que él poseyese los medios para destruir a un ser tan temible como el Señor de los Brujos. Al fin y al cabo, no era más que un pequeño y fútil vallense.

Se produjo una larga pausa. Wil y el druida se miraron en silencio mientras el

resplandor de las lámparas de aceite aleteaba en sus rostros. Después, la forma oscura de Allanon se levantó deliberadamente lenta.

—Confía en ti. Ya has utilizado las piedras élficas en una ocasión, has experimentado y superado la resistencia de tu interior y has convocado su magia. Puedes hacerlo de nuevo y, de hecho, lo harás. Eres un hijo de la casa de Shannara, tienes un legado de fuerza y valor superior a cualquier duda o miedo que te haga vacilar acerca de tu sangre élfica. —Se inclinó hacia delante—. Dame la mano.

El joven obedeció. Allanon la estrechó en la suya.

—He aquí mi mano y esta es mi alianza. He aquí mi promesa para ti. La búsqueda será exitosa, Wil Ohmsford. Encontrarás el Fuego de Sangre y traerás de nuevo a su patria a la última de los Elegidos, quien restaurará a Ellcrys. —Su voz fue moderada e imperativa—. Yo lo creo así y tú también debes creerlo.

Los ojos duros y negros penetraron hasta el fondo del vallense, que sintió como si todo él quedara al descubierto. Sin embargo, no apartó la mirada y, cuando habló, sus palabras fueron apenas un susurro:

—Lo intentaré.

El druida asintió. Era lo suficientemente inteligente como para no remover más el asunto.

Eventine Elesedil permaneció en su estudio mucho tiempo después de que se fueran. Se mantuvo quieto en el límite de la luz proyectada por la solitaria llama, como una figura marchita formada por sombras y ropas amontonadas. Hundido en el familiar abrazo de su sillón favorito, tapizado en cuero, gastado por los años y deformada por el uso, el rey de los elfos miraba abstraído hacia las estanterías, pinturas y tapices que forraban la pared de enfrente mientras meditaba sobre lo que había sucedido y sobre lo que aún tenía que suceder.

La medianoche llegó y se fue.

Al fin, el rey se levantó. Reunió sus dispersos pensamientos y sus planes a medio trazar, apagó la lámpara de aceite y atravesó trabajosamente la puerta del estudio hacia el pasillo del otro lado. No había nada más por hacer aquella noche, nada más que concluir. Al alba, Amberle partiría hacia el Valle de los Indómitos. Su preocupación ya no debía enfocarse hacia ella, sino hacia su pueblo.

El anciano rey recorrió el oscuro corredor anhelando el descanso que el sueño le proporcionaría.

Durante todo ese tiempo, los ojos del Suplantador no habían dejado de observarlo.

En la profunda oscuridad del bosque, al sur de la ciudad de Arborlon, el Dagda Mor se levantó de la roca en la que había estado sentado. El regocijo se reflejó en los



cruels ojos rojos del demonio. Esta vez se aseguraría de que todos fueran aniquilados.

Su figura jorobada avanzó con pasos desmañados. En primer lugar, se encargaría de la joven elfa.

Su mano, que terminaba en una garra, hizo una seña y de entre las sombras emergió la Parca.

El día amaneció nublado y plomizo en Arborlon, con un cielo cargado de nubes negras. La lluvia comenzó a caer antes de que Wil y Amberle, ya vestidos, terminaran el desayuno. Unas cuantas gotas dispersas, que rápidamente se transformaron en un aguacero continuo, golpeaban con monotonía las paredes y el techo de la casita. Los truenos sonaban en la lejanía como estruendos retumbantes que sacudían los bosques.

—De este modo es más difícil que os encuentren —comentó Allanon satisfecho, y los empujó fuera, hacia la tormenta.

Enfundados en largas capas de viaje que cubrían sus túnicas, pantalones de lana y altas botas de cuero, acompañaron al druida, que los condujo a través de las cortinas de agua por unos caminos arbolados que circundaban la parte occidental de la ciudad a lo largo del amplio promontorio del Carolan. La escasa luz les impedía divisar el camino con claridad, por lo que el vallense y la joven elfa se mantuvieron muy cerca de él. Imágenes fragmentadas de casas, verjas y jardines aparecían y desaparecían ante sus ojos como espejismos entre las brumas de la tormenta. Un gélido y acerado viento lanzaba la lluvia contra sus rostros por entre los pliegues de sus capuchas con tal fuerza que tenían que inclinar las cabezas para protegerse. Las botas chapoteaban en los charcos y riachuelos de agua que se formaban ante ellos mientras recorrían la vereda del bosque.

Cuando llegaron al otro extremo de la ciudad, Allanon se apartó del sendero y los condujo hacia un establo desolado situado en una ladera a su izquierda. Atravesaron con presteza las puertas dobles de madera, que estaban entornadas, y se adentraron. Unas grietas en los postigos de las ventanas y en los ruinosos muros filtraban una luz grisácea y brumosa. Las filas de caballerizas y un granero alto estaban vacíos, cubiertos por las sombras y el polvo. Un olor punzante y rancio enrarecía el aire. Se detuvieron un momento para sacudirse el agua de las capas y avanzaron hacia la única puerta ubicada en la parte posterior. Casi de inmediato fueron rodeados por dos elfos cazadores armados hasta los dientes, que surgieron sigilosamente de la penumbra, cada uno por un lado. Allanon los ignoró y continuó su camino hacia la puerta sin volverse. Tras golpearla con delicadeza, apoyó una mano en el picaporte de hierro herrumbroso y se giró para mirar a Amberle.

—Cinco minutos. Es todo el tiempo que podemos perder.

Empujó la puerta para abrirla. El vallense y la joven miraron al interior de una pequeña habitación. Crispin esperaba allí, acompañado de una elfa encapuchada y envuelta en una capa. Se bajó la caperuza hasta los hombros y Wil, sorprendido, descubrió que su rostro, aunque con más años, era idéntico al de Amberle. Allanon

había cumplido lo prometido: se trataba de la madre de la joven elfa. Amberle avanzó hacia ella, la abrazó y la besó. Crispin salió de la habitación y cerró la puerta tras él.

—Imagino que no os habrán seguido —dijo por seguro el druida.

El capitán de la Guardia Real negó con la cabeza. Su vestimenta era igual que la del resto de elfos cazadores: ropas grises y marrones holgadas y cómodas que se camuflaban con el paisaje. Bajo la capa que lo cubría portaba numerosos cuchillos largos agarrados al cinturón. En su espalda llevaba sujetos un arco de fresno y una espada corta. La lluvia había aplastado su pelo castaño, lo cual le otorgaba cierto aspecto juvenil. Solo sus duros y oscuros ojos sugerían que había dejado de ser un muchacho hacía mucho tiempo. Saludó a Wil con un breve movimiento de la cabeza y avanzó para hablar con los elfos. Uno de ellos dio media vuelta y desapareció entre la lluvia, sin decir nada; el otro se deslizó hacia el granero. Se desplazaban con movimientos felinos, sigilosos y rápidos.

Pasaban los minutos. Wil permaneció de pie callado junto a Allanon mientras escuchaba el martilleo de la lluvia sobre el techo del establo y sentía que la humedad del ambiente atravesaba su cuerpo. Al fin, el druida se aproximó a la puerta de la pequeña habitación y la golpeó con cuidado, tal y como había hecho en la ocasión anterior. Unos segundos después se abrió y de ella surgieron Amberle y su madre, ambas con signos de haber llorado. Allanon le tendió la mano a la joven.

—Es hora de que partáis. Crispin os conducirá a salvo fuera de Arborlon. Tu madre permanecerá conmigo hasta que te hayas marchado. —Hizo una pausa—. Confía en ti misma, Amberle. Sé valiente.

La joven asintió silenciosamente. A continuación se volvió hacia su madre y la abrazó. Allanon se apartó y se acercó a Wil.

—Te deseo buena suerte, Wil Ohmsford. —Su voz apenas fue un susurro—. No olvides que dependo de ti más que de nadie.

Estrechó la mano de Wil y después dio un paso atrás. El vallense lo observó un momento y se dio la vuelta cuando sintió la mano de Crispin en su hombro.

—Mantente cerca —le recomendó el elfo, y se dirigió hacia las puertas dobles.

El vallense y la joven elfa avanzaron. El capitán se detuvo ante las puertas y emitió un silbido agudo para advertir a los otros cazadores. La llamada recibió una respuesta al instante. Crispin cruzó las puertas y se adentró en la lluvia. Wil y Amberle le siguieron mientras se ceñían las capas.

Bajaron la cuesta que conducía al camino con rapidez y retrocedieron en la misma dirección en que habían llegado durante unos cuarenta y nueve pies. Doblaron después por un nuevo sendero que se dirigía al este, hacia el Carolan. En cuestión de segundos, tres elfos cazadores aparecieron detrás de ellos como sombras que se deslizaban en el bosque. Wil volvió la vista hacia el solitario establo, pero ya se había disipado entre la neblina y la lluvia.

El camino se estrechó notablemente, cerrando así los bosques en torno a ellos. Las seis figuras se deslizaban envueltas en capas entre los troncos oscuros y

relucientes y las ramas caídas y barnizadas por la lluvia. Siguieron el camino que comenzaba su descenso, el cual terminó en un tramo de desiguales escalones de madera que descendían serpenteando y atravesando la maraña de árboles. La cinta grisácea del río Song yacía apenas visible entre las nubes. Las praderas y los bosques se unían a trozos por toda la extensión que se atisbaba en el este.

Crispin hizo una señal para que prosiguieran. El descenso fue largo y bastante complicado debido a la estrechez de los escalones que, además, estaban resbaladizos por la lluvia. Una cuerda de guía, deshilachada y áspera, colgaba holgadamente de unos postes adosados a la escalera. Wil y Amberle bajaban con cautela agarrándose a ella. Tras centenares de peldaños, la escalera terminó. Continuaron por otro camino que se ocultaba entre un pequeño pinar. Desde algún lugar ubicado ante ellos les llegó el rumor de la precipitada corriente del río crecido por la lluvia, cuyo bramido se mezclaba con el ulular profundo del viento que bajaba de las alturas.

Tras caminar varios cientos de pasos, llegaron al final del bosque y se encontraron en una pequeña arboleda espesa que se abría paso a través de un muro de grandes sauces y cedros hasta el cauce principal del río Song. Al abrigo de la arboleda, anclada junto a un muelle chirriante y deteriorado, flotaba una barcaza solitaria con su cubierta llena de canastas y pertrechos protegidos por una lona.

Con un gesto de Crispin todos se detuvieron. Los cazadores que los seguían desaparecieron entre los árboles como si fueran fantasmas. Crispin observó el terreno que lo rodeaba y emitió un silbido agudo. Al momento, recibió una respuesta desde la barcaza y otra desde el extremo superior de la caleta. Todos abandonaron la seguridad del bosque tras el ademán que el capitán de la Guardia Real les hizo con la cabeza a Wil y Amberle para que lo siguiesen. Inclutados contra la fuerza del viento, los tres avanzaron velozmente sobre el muelle produciendo un ruido sordo con las botas; así subieron a la barcaza que les aguardaba. Un cazador elfo apareció de pronto bajo la lona y la retiró parcialmente para dejar al descubierto un hueco entre las canastas apiladas. Crispin indicó con una seña al vallense y a la joven que debían introducirse ahí. Cuando lo hicieron, la lona cayó lentamente sobre ellos.

El interior estaba resguardado y seco. Desconcertados en un primer momento por la oscuridad, permanecieron un rato inseguros mientras sentían el balanceo de la barca bajo ellos. No obstante, sus ojos se acomodaron paulatinamente a la reducida visibilidad del ambiente gracias a una débil franja de luz que se filtraba a través de la lona. Descubrieron que habían dejado un espacio libre para formar una pequeña cabina en el centro de las canastas. En la pared del fondo había apiladas provisiones de comida y mantas, y en una esquina había armas protegidas por fundas de cuero. Se quitaron las capas, las extendieron para que se secaran y se sentaron a esperar.

Tras unos minutos, percibieron que la barcaza se separaba del muelle y empezaba a avanzar en la corriente. El viaje hacia el Valle de los Indómitos comenzaba.

Tras la expresa prohibición de Crispin acerca de dejarse ver en cubierta, pasaron todo ese día y el siguiente escondidos en la pequeña cabina. El agua continuó

cayendo en forma de llovizna uniforme y el cielo y la tierra permanecieron grises y poco provistos de luz. En ocasiones echaban algún que otro vistazo a través de los extremos de la lona, lo que les descubrió la tierra que atravesaban: una mezcla de bosques y colinas ondulantes. En otras ocasiones, altos promontorios y riscos serrados flanqueaban el río Song durante horas mientras se agitaba en su camino hacia el sur. La niebla y la lluvia lo cubrían todo con su media luz grisácea, otorgando al ambiente un aspecto de sueño vagamente recordado. El río, crecido por la lluvia y enturbiado con ramas y desechos, agitaba y sacudía la barcaza.

Era imposible dormir, por lo que procuraban descansar cuando lo conseguían, dando una cabezada esporádica que los dejaba desorientados y aun así seguían cansados. Los músculos y las articulaciones les dolían. Sentían todo el cuerpo entumecido. Además, el constante bamboleo de la barcaza eliminaba el apetito que hubieran podido tener.

El tiempo se eternizaba. Salvo en contadas ocasiones en las que Crispin u otro de los cazadores entraba para resguardarse de las inclemencias del exterior, siempre estaban solos. Era difícil determinar cuándo comían o dormían los elfos, porque parecía que dedicaban todo el día y toda la noche a conducir el barco y proteger a sus pasajeros: uno de ellos siempre permanecía en guardia justo al otro lado de la entrada de la pequeña cabina. Llegaron a conocer sus nombres; algunos cuando sus propietarios hacían visitas rápidas a la cabina, otros por las conversaciones que se tenían fuera. A varios los conocían personalmente, como a Dilph, el pequeño y moreno de mirada cordial y puño fuerte, y Katsin, el cazador grande y enjuto que permanecía siempre en silencio. Los otros eran poco más que voces, aunque no tardaron en reconocer los gruñidos profundos y repentinos de Kian y el animado silbido de Ped. A quien veían con mayor frecuencia era a Crispin, pues el capitán les hacía visitas frecuentes para preguntarles si necesitaban algo e informarles de cómo se desarrollaba el viaje. Sin embargo, nunca se quedaba más que unos minutos, pues siempre se excusaba amable pero firmemente para volver con los elfos que estaban bajo su mando.

Finalmente, la conversación entre ambos fue lo que hizo soportable el encierro, la monotonía y la soledad. Empezaron a hablar por necesidad mutua, pero con cautela y timidez, puesto que aún se miraban el uno al otro con una profunda sensación de inseguridad. El vallense nunca descubrió por qué la joven elfa decidió desprenderse de la coraza tras la que se había recluso durante la mayor parte del viaje hacia el norte desde Puerto Refugio, pero su actitud cambió de manera asombrosa. Hasta el momento, se había mostrado reticente a comentar cualquier tema con Wil. Ahora, en cambio, se mostraba ávida por conversar con él: le formulaba preguntas sobre sus años de niñez en Valle Sombrío, sobre aquellos en que sus padres vivían y sobre los posteriores pasados con su abuelo y con Flick. Quería conocer su vida con los stors y el trabajo que pensaba realizar cuando los dejase para volver a la Tierra del Sur como curandero. Su interés hacia él era sincero y profundo, pero no solo hablaban de él.

También hablaron de ella, de su infancia como nieta del rey de los elfos y de su educación como hija única del difunto heredero del trono de Eventine. Le explicó el estilo de vida de los elfos y su firme creencia en la obligación de devolver a la tierra que los alimentaba y los protegía algo de sí mismos, de sus propias vidas. Debatí con Wil acerca de la forma en que las razas podían contribuir mejor a lo que era necesario hacer por las demás y por la tierra. Ambos se mostraron partidarios de la comprensión y el amor, descubriendo con cierta sorpresa que sus creencias eran casi idénticas y que compartían la misma escala de valores.

La compenetración fue cada vez mayor, si bien aumentó con cautela y lentitud. Evitaron a propósito hablar sobre el viaje que estaban realizando, sobre el peligro que amenazaba al pueblo de los elfos y sobre sus responsabilidades de poner fin a esa amenaza. También esquivaron el tema del antiguo y misterioso árbol que llamaban Ellcrys. Habría numerosas ocasiones para ello; ahora podían emplear mejor el tiempo. Se trataba de un acuerdo tácito por mutuo entendimiento: hablarían sin tapujos del pasado y del futuro, pero no mencionarían el presente.

La charla fue reconfortante. Fuera, la lluvia caía sin descanso, la tierra estaba invadida por la neblina gris de la tormenta y el río Song rugía descontento mientras fluía hacia el sur. Encerrados en su oscuro escondite, vapuleados por el viento y el agua, faltos de sueño y de apetito, el miedo y las dudas podrían haber afluido con facilidad, pero la charla los reconfortó y les proporcionó una nueva fuerza nacida de los sentimientos compartidos, del compañerismo y de la comprensión. Les proporcionó a ambos la seguridad debida a la presencia del otro, paliando la desagradable sensación de que su mundo se estaba quedando atrás, de que sus vidas cambiarían para siempre. Les insufló, al fin, esperanza. Juntos afrontarían cualquiera cosa que sucediera en los posteriores días. Ninguno tendría que resistir solo.

Durante aquellas horas de lluvia y penumbra, algo inquietante le ocurrió a Wil Ohmsford. Por primera vez desde la noche en que accedió a viajar con Allanon en Storlock, descubrió que estaba preocupado profunda y agudamente por la suerte de Amberle Elessedil.

A media tarde del segundo día de viaje llegaron al bosque de Drey. La fuerte lluvia era ahora una llovizna lenta y, con el anochecer, las temperaturas habían caído. Una penumbra gris envolvía las tierras boscosas. Al oeste, en la lejanía, un nuevo bloque de amenazadoras nubes avanzaba hacia ellos.

El bosque de Drey era una zona densamente arbolada que comprendía numerosos montículos bajos que se extendían hacia el este desde la orilla izquierda del río Song hasta una línea de montañas altas y escabrosas. Sobre una maraña de matorrales y madera seca sobresalían olmos, robles negros y nogales. Todo el bosque desprendía un aroma putrefacto.

Una negrura profunda e impenetrable se extendía a unos doce pasos de la orilla

del río. La constante caída de la lluvia sobre los árboles era el único sonido que quebraba el silencio.

Los elfos cazadores guiaron la pesada barcaza hasta una ensenada poco profunda donde había un muelle en la ribera del río. Las olas chocaban contra los pilotes y bañaban los tablones de madera. A la entrada del bosque, sobre la orilla, había una cabaña destartalada y solitaria cuyas puertas y ventanas estaban cerradas. Los elfos acercaron la barcaza a los pilotes, ataron los cabos al amarre y desembarcaron.

Cuando Crispin hizo salir a Amberle y a Wil de la cabina, les advirtió de que mantuviesen sus rostros cubiertos bajo las capuchas. Se reunieron con él en el muelle, satisfechos porque podían enderezarse al fin. El río Song los salpicó con una ola, lo que les hizo correr hacia la orilla.

Dilph se dirigió a la cabaña y abrió la puerta. Echó un rápido vistazo a su interior y retrocedió. Le hizo una señal de negación con la cabeza a Crispin. El capitán, preocupado, examinó los alrededores con cautela.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Wil.

Crispin desvió la vista.

—Solo es una medida de prevención. El puesto principal está a poco más de media milla de distancia, construido entre los árboles sobre un cerro que permite la visión en conjunto de los terrenos circundantes. Pensé que los rastreadores de aquella zona nos habrían visto llegar, pero el mal tiempo debe de habérselo impedido.

—¿Qué le sucede a esa cabaña? —quiso saber el vallense.

—Es uno de los diversos puntos de vigilancia que dependen del puesto. Siempre hay alguien de servicio ahí. —Se encogió de hombros—. Pero el comandante del puesto debe de haber retenido a todos los centinelas a causa de este terrible tiempo. No se le notificó nuestra llegada y, por ello, no había razón alguna para que nos esperase. —Volvió la vista hacia el bosque—. Por favor, discúlpame un momento.

Hizo un ademán a los otros elfos para que se arrimaran y ellos obedecieron con celeridad. Cuando hablaron, sus voces fueron suaves y cautelosas.

Amberle se aproximó a Wil.

—¿Crees lo que ha dicho? —susurró.

—No estoy seguro.

—Yo sí lo estoy. Me parece que ocurre algo.

El vallense no contestó. La breve reunión ya había finalizado. Mientras Katsin volvía al muelle para mantenerse cerca de la barcaza amarrada, Cormac y Ped se posicionaron en el límite del bosque. Crispin, por su parte, hablaba ahora con Dilph, y Wil se adelantó un poco para escuchar sus palabras.

—Llévate a Rin y a Kian a explorar el puesto de avanzada. —El capitán miró por encima del hombro al vallense—. Si todo está bien, vuelve a buscarnos.

Wil tomó una decisión rápida y dio un paso hacia delante.

—Yo también voy.

Crispin frunció el entrecejo.

—No veo razón alguna por la que deberías ir.

Wil no se inmutó.

—Le daré una. Proteger a Amberle es tanto responsabilidad mía como suya; es por eso por lo que Allanon me envió con ella. La manera de ejercer este compromiso es una cuestión de criterios, capitán, y, en este caso, creo que debo ir a explorar con Dilph.

Crispin reflexionó un segundo y después asintió.

—Con la condición de que sigas rigurosamente las órdenes que dicte Dilph.

Wil se volvió hacia Amberle.

—¿No te importa que vaya?

—No —respondió. Después observó cómo se alejaba siguiendo a los elfos cazadores hacia la oscuridad de los árboles, hasta que desapareció.

Los cuatro atravesaron con pasos silenciosos la empapada cortina de árboles como si fueran fantasmas. A su alrededor flotaba una neblina mientras la lluvia caía suavemente. A medida que el bosque ascendía por cerros y montículos, pasaron ante filas de árboles oscuros, masas de arbustos y maleza. Los minutos pasaban con rapidez y Wil Ohmsford sintió que su inquietud aumentaba.

Entonces Kian y Rin se separaron y desaparecieron, cada uno por un lado, dejando a Wil a solas con Dilph. La penumbra le permitió divisar una zona despejada frente a ellos y Dilph se agazapó mientras le indicaba que se agachase con él. El elfo señaló hacia arriba, a las copas de los árboles.

—Allí —susurró.

El puesto de los elfos sobresalía entre las ramas cruzadas de dos grandes robles. La lluvia y la niebla ocultaban los edificios y sus pasillos de conexión. En el interior no ardía lámpara de aceite ni antorcha alguna. La quietud y el silencio eran absolutos. Parecía como si hubieran abandonado el puesto de avanzada.

Pero eso era imposible.

Dilph se adelantó un poco y miró hacia la izquierda en la penumbra hasta que divisó a Rin. Repitió el movimiento hacia la derecha descubriendo así a Kian. Ambos estaban a unos treinta pasos, arrodillados al abrigo de los árboles y observando el puesto silencioso. Dilph silbó suavemente para llamar su atención. Cuando lo consiguió, hizo una señal a Kian para que se adelantara a inspeccionar más de cerca. A Rin lo envió a explorar los alrededores del claro.

Wil observó cómo Kian salía corriendo hacia los robles que conducían al puesto, hallaba los puntos de apoyo camuflados para los pies en el enorme tronco y comenzaba a trepar. Precedido por Dilph, Wil se dirigió hacia la derecha y se mantuvo justo en los cotos del claro mientras escrutaba el bosque en busca de algún indicio de los elfos desaparecidos. Todo el entorno era húmedo y lúgubre, y era complicado divisar algo en la maraña de arbustos.



El vallense se giró hacia el puesto de vigilancia. Kian casi había alcanzado el edificio situado a menor altura, una pequeña cabaña de mando construida bajo las viviendas principales. No veía a Rin por ninguna parte. Estaba aún buscándolo cuando, al dar un paso hacia delante, tropezó y cayó de bruces contra el cuerpo destrozado y sin vida de un cazador elfo. Se levantó de un salto, horrorizado, y barrió con la mirada los alrededores. A su izquierda yacían dos cuerpos más, ambos con los miembros retorcidos y los huesos rotos.

—¡Dilph! —susurró con voz ronca.

El elfo acudió a su lado de inmediato. Deteniéndose apenas un instante para examinar la trágica escena, Dilph se adelantó y profirió un silbido agudo. Rin apareció en el bosque con expresión de pasmo. En la barandilla de la plataforma que rodeaba la cabaña de mando, Kian miró hacia abajo. Dilph gesticuló frenéticamente para que volvieran.

Pero, en aquel mismo instante, Kian desapareció. A Wil le dio la impresión de que se había evaporado, tal fue la rapidez con la que desapareció, como si alguien lo hubiera alcanzado y hubiese tirado de él. Entonces se oyó el grito de Kian, corto y ahogado. Su cuerpo voló desde el lugar donde lo habían visto, descendió como una rama rota y cayó inerte al suelo.

—¡Corre! —gritó Dilph a Wil, y se lanzó entre los árboles.

El vallense se quedó petrificado durante unos terribles instantes. Kian estaba muerto, como también lo estarían, seguramente, todos los elfos del puesto del bosque de Drey. La confusión de pensamientos se aclaró en uno solo: si no llegaba a tiempo junto a Amberle, ella también podría morir. Corrió como un ciervo herido a través del laberinto del bosque, saltando y sorteando la madera muerta, desesperado por llegar a la barcaza junto a la joven desprevenida cuya vida debía proteger. En algún lugar a su derecha oyó a Dilph, que huía como él y, más atrás, a Rin. Su instinto le dijo que algo los perseguía. No podía verlo ni oírlo, pero sí sentirlo, terrible, oscuro y despiadado. La lluvia, que le sacudía la cara y penetraba en sus ojos, le enturbiaba la visión a medida que trataba de esquivar los troncos caídos y los arbustos espinosos. Cayó una vez, pero se levantó de inmediato, y prosiguió la marcha mientras se esforzaba al máximo por alejar su delgado cuerpo de su perseguidor invisible. Su pecho se dilataba con el esfuerzo y las piernas le dolían. Era una de las pocas veces en su vida en que realmente tenía miedo. De hecho, estaba aterrorizado.

El grito de Rin rompió súbitamente el silencio. Aquel ente lo había alcanzado. Wil rechinó los dientes furiosamente. Tal vez los elfos que esperaban en la barcaza hubiesen oído el aviso y estuvieran alejándose en ella de inmediato. Así, aunque lo atraparan, Amberle podría escapar.

Las ramas y las hojas impedían su paso y lo agarraban como zarpas. Buscó a Dilph, pero el elfo ya no estaba a la vista. Continuó la carrera solo.

La plomiza tarde se transformó en noche cerrada a medida que la negrura se deslizaba rápidamente sobre el bosque de Drey. La llovizna, por su parte, abandonó la monótona cadencia que la había caracterizado durante casi todo el día para tornarse en una fuerte tromba. A medida que las nuevas masas de nubes negras avanzaban por el cielo, el viento se agudizaba. Se percibía el profundo y amenazador rugido de los truenos en la lejanía. A orillas del río Song, los elfos cazadores y la joven que protegían envolvían sus cuerpos helados en las capas mojadas.

Entonces, sonó un agudo y breve grito procedente de cualquier lugar del bosque, casi ahogado por la fuerte embestida del viento. Durante un instante todos contemplaban en silencio el negro muro de árboles y nadie se movió. Crispin empezó a gritar órdenes: envió a Amberle de regreso a su escondite en la barcaza y llamó a Ped y Cormac para que se reunieran con él. Con las armas preparadas, los tres elfos cazadores retrocedieron hasta el final del muelle, tratando de divisar algo a través de la brumosa maraña de árboles. En la barcaza, Katsin soltó las amarras y se preparó para navegar.

Amberle se acurrucó un momento dentro de la oscuridad de la cabina al tiempo que escuchaba el sonido del viento y de la lluvia. De pronto, se levantó, apartó la lona y se asomó. Fuesen cuales fuesen las consecuencias, no podía permanecer escondida en la cabina sin saber qué estaba ocurriendo fuera. Llegó al muelle tras sortear paulatinamente las canastas apiladas. Katsin había dado varias vueltas a los cabos de amarre de los pilotes y los había enrollado, con los extremos sueltos asidos con fuerza, para poder soltarlos momentáneamente cuando se le ordenara. Amonestó con la mirada a Amberle cuando la vio salir, pero la joven lo ignoró. En la orilla, a pocos pasos del muelle, los demás elfos aguardaban con los ojos fijos en el bosque y las hojas de sus espadas brillando bajo la lluvia.

De repente, una figura surgió de entre los árboles a menos de noventa pies río abajo. Tropezaba y caía hacia adelante, pero cuando se incorporó, vieron que era Dilph.

—¡Marchaos! —gritó enloquecido—. ¡Marchaos! ¡Rápido!

Empezó a correr hacia ellos, pero perdió el equilibrio una vez más.

Crispin ya se estaba moviendo. Con una contundente orden envió a Ped y a Cormac a la barcaza, mientras él se precipitaba para recoger a Dilph. Sin apenas detenerse, lo agarró por los brazos, lo sujetó con fuerza y corrió de nuevo hacia la barca.

Amberle escrutaba el bosque a través de la niebla y la lluvia. ¿Dónde estaba Wil Ohmsford?

—¡Soltad las cuerdas! —gritó Crispin.

Katsin ejecutó la orden. A continuación, empujó con apremio a Amberle al interior de la barcaza, donde Ped y Cormac esperaban. Un segundo más tarde, Crispin

y Dilph entraban también y la pesada embarcación empezó a adentrarse en la corriente.

De súbito, Wil emergió del bosque y apresuró su paso hacia el muelle. Cuando Amberle lo vio, profirió un grito, pero este se congeló en su garganta. Detrás del vallense, bajo las sombras de los árboles, un ser enorme lo perseguía.

—¡Cuidado! —consiguió gritar.

Espoleado por su voz, el vallense alcanzó el muelle de un salto, lo recorrió a toda velocidad y se lanzó hacia la barca, que ya se alejaba. Habría caído al río de no ser por los elfos, que consiguieron agarrarlo y arrastrarlo hacia dentro.

La barcaza se deslizó por el cauce principal del río Song y empezó a coger velocidad. Katsin se adueñó del timón e hizo virar la pesada embarcación.

Wil tropezó con las canastas y se desplomó, exhausto. Entonces, Amberle se desabrochó la capa y lo envolvió con ella.

Crispin se inclinó sobre Dilph.

—Todos muertos, asesinados, partidos como las ramas de un árbol... como la patrulla de Arborlon, como... los Elegidos. —Abrió la boca para tomar el aire que le faltaba—. Kian, también... y Rin. Ambos han muerto... el demonio los alcanzó... estaban esperándonos.

Amberle no escuchó el resto. Sus ojos estaban fijos en los de Wil. Una terrible certeza recorrió sus mentes y ambos comprendieron la verdad.

Estaba aguardando su llegada. El demonio.

Allanon le había dado un nombre. Lo había llamado la Parca.

Era medianoche cuando Crispin volvió a conducir la barcaza hacia una zona de la orilla donde el río Song viraba hacia el oeste en su serpenteante camino al Innisbore. Los elfos dirigieron la barcaza a una pequeña cala de espesa arboleda que se abría al sur del cauce principal y que se encontraron en el extremo norte de los Zarzales, a varias millas de distancia del punto por el que pretendían abandonar el río. La lluvia, una llovizna suave, se quedaba suspendida en el aire en forma de neblina. Unas espesas nubes ocultaban la luna y las estrellas, la noche era tan negra que ni siquiera los elfos podían ver más allá de doce pasos. El viento se había calmado y una bruma densa cubría la tierra.

Los elfos cazadores vararon la barcaza en un banco de arena de la ensenada, la arrastraron hasta casi sacarla del agua y la amarraron bien. Revisaron los alrededores con movimientos cautelosos mientras se desplazaban en todas direcciones y, en cuanto comprobaron que no había peligro, fueron a informar a Crispin. El capitán creyó conveniente suspender el viaje hasta la mañana siguiente, y solicitó a Wil y a Amberle que permanecieran en su cabina. Envueltos en mantas calientes que los protegían del frío y libres por primera vez en dos días del desagradable balanceo de la navegación, se durmieron pronto. Los elfos rodearon la barcaza y establecieron turnos de guardia. Crispin se apostó junto a la entrada de la cabina y permaneció allí toda la noche.

El pequeño grupo despertó al amanecer. Reunieron las provisiones y armas que podían llevar, soltaron las amarras de la barcaza y dejaron que la corriente la arrastrara. Antes de perderla de vista, vieron como serpenteaba con el curso del río. En ese momento, emprendieron la marcha a través de los Zarzales.

Los Zarzales eran unas tierras bajas invadidas por arbustos y matorrales, cubiertas de lagos estancados y pozos. Dividían los grandes bosques de la Tierra del Oeste desde las orillas del río hasta las Espuelas de Piedra. Se trataba de una zona salvaje en la que pocos viajeros se atrevían a aventurarse a causa de su naturaleza laberíntica y de sus pantanos velados por la niebla. Aun así, el riesgo era mayor si se contaba con encontrarse a los desagradables habitantes de los Zarzales, criaturas perversas y astutas, que elegían a sus presas indiscriminadamente.

Los escasos pobladores habían interiorizado que todas las criaturas se dividían en dos grupos: los cazadores y los cazados. Y no solo eso, sino que sabían que solo los primeros lograban sobrevivir.

—De haber otra opción, no iríamos por aquí —le aseguró Crispin a Wil frenando su marcha para compartir sus pensamientos con el vallense—. Si todo hubiera sucedido como estaba previsto, habríamos conseguido caballos en el puesto de

vigilancia del bosque y habríamos continuado hacia el sur resiguiendo la frontera occidental de los Zarzales hasta el Mermidon; después, habríamos torcido hacia el oeste por las Espuelas de Piedra. No obstante, lo que ha ocurrido en el bosque de Drey lo ha cambiado todo. Ahora debe preocuparnos no solo lo que nos pueda perseguir, sino también lo que nos puede aguardar. Las tierras bajas poseen una única ventaja: no dejarán ningún rastro de nuestro paso.

Wil movió la cabeza en señal de duda.

—Un ser como la Parca no se rendirá.

—No, seguiré persiguiéndonos —admitió el elfo—. Pero la próxima vez no nos alcanzará tan fácilmente. Sabía que nos dirigíamos al bosque de Drey, no sé cómo pero lo sabía. —Miró al vallense, pero el joven no respondió—. En cualquier caso, no tiene ni idea de dónde estamos ahora. Si quiere encontrarnos, tendrá que seguir nuestro rastro y lo tendría más fácil si hubiéramos permanecido en el bosque, pero como estamos aquí le será más difícil. Primero tendrá que descubrir en qué punto abandonamos el río y eso le llevará unos días. Después tendrá que seguirnos por los Zarzales. Esta tierra tiene la ventaja de que las huellas solo permanecen durante diez segundos y, además, tenemos a Katsin que nació en esta zona y conoce bien el terreno. Por muy poderoso que sea el demonio, es extranjero en esta región. Tendrá que perseguirnos siguiendo su instinto. Eso nos da una ventaja importante.

Wil Ohmsford no estaba de acuerdo. Allanon creía que, al abandonar Paranor, los demonios no los seguirían, pero lo hicieron. También pensaba que no se los volverían a encontrar después de que el rey del río de Plata los condujera hasta la otra orilla. Aun así, lo consiguieron. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez? Allanon trató de explicarle que los demonios y sus poderes eran conceptos del pasado. También le explicó que su guía era un hechicero. ¿Tan complicado les resultaría dar con unos cuantos elfos, una joven y un vallense?

No obstante, era consciente de que no podían hacer nada más de lo que estaban haciendo. Si la Parca lograba perseguir su rastro en los Zarzales, los encontraría en cualquier otra parte. Crispin había tomado la decisión correcta. Los elfos cazadores poseían un talento considerable y deseaba que eso fuera suficiente para conducirlos al éxito.

Desde el encuentro con la Parca en el bosque de Drey, el vallense no podía dejar de barajar una posibilidad que le preocupaba enormemente: que conociera de antemano la dirección de sus pasos. Lo sabía todo porque estaba allí escondida, al acecho. Crispin tenía razones para darle vueltas a esta idea, pero pensaba que solo había una manera de que lo supiera: el espía oculto en el campamento de los elfos al que Allanon había intentado despistar con astucia. Pero si los demonios conocían sus planes de ir al bosque de Drey, ¿qué otra información poseerían sobre el viaje que estaban realizando? Probablemente lo sabían todo.

Una posibilidad aterradora, un riesgo que deseaba no tener que volver a considerar, pero que, cada vez que lo analizaba, le parecía más verosímil. Allanon

estaba seguro de que había un espía entre los elfos. De algún modo, había logrado escuchar la conversación que mantuvieron él y Wil en el estudio de Eventine. No lograba imaginarse cómo, pero estaba convencido de que había ocurrido de este modo. Se mencionó el bosque de Drey y eso explicaba la presencia de la Parca. Pero también se mencionó el Valle de los Indómitos, de lo que se podía deducir que los demonios sabían exactamente adónde se dirigían ahora. Así pues, cualquier camino que eligieran, cualquier medio que emplearan para evitar a los más que probables perseguidores, carecía de importancia. Cuando llegasen al Valle de los Indómitos, los demonios estarían allí, esperándolos.

Este pensamiento no abandonó a Wil durante todo el día mientras se abrían paso por el laberinto cenagoso de los Zarzales. A cada paso que daban, los atacaban espinas y hierbas traidoras. Además, la niebla los empapó, mientras que el agua fangosa se filtraba a través de sus botas y les torturaba los olfatos con un hedor insoportable. Avanzaban bajo un inalterable manto gris, a cierta distancia unos de otros, hablando poco, atentos. Al anochecer les pudo el agotamiento y acamparon en un espacio libre sobre un pequeño montículo. Era muy arriesgado encender fuego, así que se enrollaron en las mantas y tomaron la comida fría.

Los elfos cazadores acabaron los primeros y empezaron a organizar los turnos de vigilancia. Cuando Wil terminó la pequeña ración de carne seca y fruta y se aseó, Amberle se le acercó, con su rostro infantil fijo en él desde los pliegues de la manta que le tapaba la cabeza. Sobre sus ojos caían unos cuantos mechones de pelo castaño.

—¿Cómo aguantas eso? —le preguntó él.

—Estoy bien. —Tenía la mirada de un niño perdido—. Necesito decirte algo.

—Te escucho.

—He estado pensando durante el día.

Él asintió para animarla a continuar.

—La Parca nos aguardaba en el bosque de Drey —dijo con voz tranquila. Titubeó—. ¿Comprendes lo que eso significa?

Permaneció en silencio, consciente de lo que le iba a decir. Parecía que le hubiera leído la mente.

—Significa que sabía que nos dirigíamos hacia allí —dijo, trasladando a las palabras los pensamientos del vallense—. ¿Cómo pudo saberlo?

Él movió la cabeza.

—Simplemente lo sabía.

Enseguida se dio cuenta de que aquella respuesta había sido un error. El rostro de la muchacha enrojeció.

—¿De la misma manera que me encontraron a mí en Puerto Refugio o hallaron a Allanon en Paranor? ¿De la misma manera que parecen encontrarnos en cualquier lugar al que vamos? —Su voz, aunque en tono bajo, estaba cargada de ira—. ¿Crees que soy idiota, Wil?

Le sorprendió tanto escuchar su nombre de pila en boca suya que, durante un

momento, se limitó a contemplarla. Sus ojos verdes reflejaban dolor y suspicacia y por eso vio que debía optar entre revelar lo que Allanon le había ordenado mantener en secreto o inventar una mentira. No tardó mucho en decidir que le hablaría del espía. Cuando terminó, ella movió la cabeza con expresión reprobadora.

—Deberías habérmelo contado antes.

—Allanon me pidió que no lo hiciera —entonó a modo de disculpa—. Pensó que ya tenías demasiados problemas.

—El druida no me conoce tanto como cree. Y da igual cómo esté yo. Deberías habérmelo contado.

Wil no quería continuar aquella discusión y por eso asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

—Lo sé.

Permanecieron un rato en silencio. Uno de los elfos de guardia apareció de entre la niebla como un fantasma y luego desapareció otra vez. Amberle se lo quedó mirando fijamente y después desvió la mirada hacia Wil. Le salió la voz flotando de la capucha que convertía su rostro en una sombra.

—No estoy enfadada, eh.

Él esbozó una sonrisa.

—Bueno, este asunto ya es de por sí bastante desagradable.

—Me habría cabreado si me hubieses mentido ahora.

—Por eso no lo he hecho.

La siguiente intervención la dejó caer como si de repente se hubiera dado cuenta del alcance del problema.

—Si el espía escuchó lo que dijimos en el estudio del abuelo la noche que abandonamos Arborlon, los demonios también saben adónde vamos, ¿verdad?

—Es muy probable —contestó él.

—Eso implica que conocen la existencia de Salvafuerte, además de todo lo que Ellcrys comunicó a los Elegidos, porque Allanon nos lo repitió a nosotros. Tienen las mismas posibilidades que nosotros de encontrar el Fuego de Sangre.

—Quizá no.

—¿Cómo que no?

—Nosotros tenemos las piedras élficas —añadió mientras dudaba sobre si eso marcaba realmente alguna diferencia. Al fin y al cabo, no sabía si podrían utilizarlas de nuevo. Este pensamiento lo deprimió.

—¿Quién se pudo haber acercado tanto como para oír lo que decíamos? —preguntó ella con el entrecejo fruncido.

Él movió la cabeza en señal de ignorancia. También él se lo había preguntado miles de veces.

—Espero que mi abuelo esté bien —murmuró la joven después de un minuto de silencio.

—Seguro que está mejor que nosotros —suspiró Wil—. Él por lo menos tiene una

cama caliente donde dormir.

Se abrazó las rodillas para conservar su temperatura corporal. Amberle se movió también, temblando de frío. Él la dejó acomodarse cerca, envuelta en sus mantas.

—Cuánto deseo que termine todo esto —susurró ella, distante, casi como si hablara para sí misma. El vallense fingió una sonrisa.

—Ya quisiera yo que esto no hubiera empezado nunca.

Ella giró la cabeza para mirarlo.

—Me gustaría que a partir de ahora fueses sincero conmigo. No más secretos.

—No más secretos —prometió.

Guardaron un largo silencio durante el cual la cabeza de Amberle se deslizó sobre el hombro de Wil. Estaba dormida. Él no la movió y siguió con la vista fija en la oscuridad mientras rememoraba tiempos mejores.

Durante los dos días siguientes, el pequeño grupo continuó su arduo camino a través de la penumbra de los Zarzales. La lluvia apenas paró; una llovizna constante se alternaba con fuertes aguaceros que empapaban aún más la tierra y dejaban a los viajeros con una sensación de frío permanente. La niebla, suspendida sobre sus cabezas, se arremolinaba levemente en las cimas de los riscos y en los valles cenagosos. La pantalla de nubes de tormenta seguía ocultando el sol de forma que solo les iluminaba el trayecto una luz débil durante las horas cercanas al mediodía. La noche se cernió sobre ellos y trajo consigo una oscuridad impenetrable.

La marcha fue lenta y extenuante. En fila india traspasaron con dificultad la vegetación de los Zarzales a través de las marañas de hierbas que las espadas apenas podían cortar. Avanzaban por las marismas que borboteaban con furia y se tragaban todo lo que caía en ellas y rodeaban lagos de aguas verdes con olores nauseabundos. La madera seca estaba escampada por todos lados y se mezclaba con raíces retorcidas. La vegetación tenía un tono grisáceo que cubría su color verde y que otorgaba a toda la región un aspecto enfermizo e invernal. La vida en los Zarzales se mantenía oculta, aunque, a veces, en medio del silencio, se oía algún rumor de algo que acechaba. Las sombras se deslizaban como fantasmas entre la lluvia y la penumbra.

Poco después del mediodía de la tercera jornada de viaje, llegaron a una enorme extensión de agua de la que sobresalían multitud de raíces como los huecos rotos de la tierra entre hojas de lirios acuáticos que la lluvia agitaba suavemente. Hasta donde alcanzaban a ver, las orillas del lago estaban invadidas por zarzas. La niebla avanzaba imparable sobre la superficie del agua y cubría la orilla opuesta.

Esto evidenció que cualquier intento de rodear el lago implicaría muchas horas de avances y retrocesos para sortear los densos matorrales. Tomaron la única alternativa que les quedaba. Katsin los condujo, como había hecho durante la mayor parte del viaje, a través de los Zarzales, mientras los demás elfos cazadores se distribuían en dos parejas. Una, delante de Wil y Amberle, y otra detrás. Se abrieron paso y accedieron a un puente inestable hecho a base de tierra y raíces que partía de la orilla



y desaparecía entre la bruma. Con suerte, los conduciría al otro lado.

Empezaron a cruzarlo con los cinco sentidos, estudiaban cada paso que daban y se mantenían a una distancia prudencial del lodazal que se extendía a ambos lados. La niebla los encerró en su interior y perdieron de vista la tierra que habían dejado a sus espaldas. Los minutos se sucedían con rapidez y la lluvia, impulsada por una repentina racha de viento, arreciaba con fuerza contra sus caras. Cuando la niebla se aclaró de forma inesperada, observaron que el puente caía en el lago a una docena de pasos de ellos. Más allá, se erigía un gran montón de tierra lleno de rocas y plantas. La otra orilla del lago permanecía invisible a sus ojos. Estaban en un punto muerto.

Crispin se adelantó para observar lo más cerca posible lo que había detrás del montículo, pero Katsin hizo un gesto brusco para detenerlo. Se volvió de inmediato hacia los otros miembros del grupo y apoyó un dedo en sus labios en señal de silencio. Señaló hacia el montículo y movió el dedo extendido siguiendo la curva que bajaba hasta el lago. En este punto, se elevaban dos pequeños chorros de vapor que tenían su origen en dos orificios irregulares que destacaban en la superficie del agua.

¡Orificios de respiración!

Sin mediar palabra, Crispin les indicó que retrocedieran. Era preferible no despertar al ser que dormía allí.

Pero ya era demasiado tarde: la criatura los había descubierto. Su masa, que se elevó repentinamente, salpicó el agua con violencia. Resopló con una fuerza arrolladora al tiempo que abría unos ojos grandes y amarillos. De su cuerpo cubierto de fango asomaron unos tentáculos enredados, una especie de trompa plana y ancha y unas mandíbulas fuertes y amenazantes. Durante un momento quedó suspendida sobre el lago y después, volvió a meterse en el agua y desapareció.

Wil Ohmsford solo tuvo tiempo de ver fugazmente a aquel ser monstruoso antes de emprender la huida detrás de Ped y Cormac, mientras arrastraba a Amberle y se esforzaba para no perder el equilibrio en el suelo resbaladizo. Oyó que Katsin, Dilph y Crispin estaban justo detrás de ellos y se arriesgó a volver la mirada para comprobar si la criatura los perseguía. En ese momento tropezó, cayó y arrastró a Amberle consigo.

Aquello les salvó la vida. De entre la niebla surgió la criatura, que derrumbó el puente con su enorme rostro. Segundos más tarde, alcanzó a Ped y a Cormac, que proferían gritos ahogados, y los tiró al lago. Después, se volvió a hundir y desapareció.

Wil se quedó petrificado y contempló fijamente el lugar donde pocos segundos antes había estado el monstruo, y que ahora estaba cubierto de niebla. Entonces Crispin saltó hacia delante, levantó a Amberle apoyándola sobre su hombro y salió corriendo hacia la seguridad de la orilla. Katsin asió a Wil antes de que tuviera tiempo de reaccionar y lo siguió. Dilph corrió tras ellos mientras aferraba su corta espada. En pocos segundos llegaron de nuevo a la barrera de zarzales. Alejados ya lo suficiente del lugar en el que se había erguido el monstruo, se desplomaron sobre la

tierra fangosa, respirando agitadamente aunque sin bajar la guardia ni un solo instante. No oían nada. La criatura había desaparecido.

Pero habían pasado a ser solo cinco.

El crepúsculo pasó a cubrir toda la Tierra del Oeste como una telaraña gris a medida que el frío se instalaba en la región. El sol comenzó a asomar la cabeza tímidamente y aparecieron en el cielo unas franjas azules difuminadas mientras las nubes empezaban a disolverse tras siete días siendo las dueñas absolutas. En el oeste, el horizonte se tiñó de tonos purpúreos y su resplandor suavizó la frialdad de los bosques empapados.

Bajo los jirones de niebla que cubrían los Zarzales caminaban los cinco miembros que quedaban del grupo, que habían dejado Arborlon como almas errantes y que parecían emerger de la ultratumba. Tenían un aspecto deplorable y estaban exhaustos, con los cuerpos llenos de magulladuras y arañazos, con las ropas manchadas, rajadas y pegadas a los cuerpos por la humedad; parecían mendigos. Tan solo sus armas sugerían que eran algo más que eso. Una vez cruzada la última hilera de matorrales, dejaron atrás el último grupo de zarzas, treparon por un insignificante montículo de rocas sueltas y llegaron hasta su cima, que se encontraba ante los dos torreones gemelos del Pykon.

La vista era espectacular. Ubicado sobre el ancho cauce del Mermidon, donde el río giraba sinuosamente hacia el este en dirección a las praderas de Callahorn, el Pykon conformaba una entrada natural a la extensa cordillera que los elfos denominaban Espuelas de Piedra. El Pykon se elevaba solitario, con dos rocas gemelas que se alzaban imponentes a sus lados como si fueran dos centinelas que protegían la tierra a sus pies. Pliegues y fisuras, que conformaban un laberinto, sombreaban los riscos de piedra como las arrugas en el rostro de un anciano. En la zona septentrional de los picos crecía un pinar que veía reducido su espesor a medida que la pendiente se empinaba y, a partir de este punto crecían arbustos y flores silvestres que añadían colores brillantes a la roca oscura. A más altura, parches de nieve y hielo resplandecían con una blancura centelleante.

Crispin convocó una reunión urgente. Los zigzagueos constantes a través de los Zarzales los habían desviado más al este de lo previsto y ahora estaban allí en vez de en las Espuelas de Piedra. La decisión lógica era bordear el Pykon, viajar Mermidon arriba hasta llegar a las Espuelas, pero debían hacerlo andando y eso les haría perder, como mínimo, dos días más. Además, dejarían rastro y eso les pondría las cosas muy fáciles a los perseguidores. El capitán elfo consideró una alternativa mejor: el Pykon albergaba en su interior una antigua fortaleza de los elfos que había permanecido abandonada desde la Segunda Guerra de las Razas. Si Crispin, que había estado allí años atrás, la encontraba, podrían utilizar los pasadizos que bajaban a través de la roca desde la antigua fortaleza hasta el Mermidon. En el río podría haber algún

embarcadero e incluso un bote. En caso contrario, construirían uno con la madera que encontrasen. Desde allí, el Mermidon fluía varias millas hacia el oeste pero después giraba sobre sí mismo hacia donde las Espuelas de Piedra bordeaban el lodazal impenetrable del Sudario. Si viajaban por el río, la duración del periplo podría reducirse a la mitad de lo que tardarían a pie, a solo un día o quizás menos. El capitán tenía otra razón de peso para decidirse por ese camino: el río ocultaría su rastro.

Este último argumento fue definitivo. Al fin y al cabo, ninguno de ellos había olvidado el encuentro con la Parca en el bosque de Drey. El demonio aún estaría buscándolos y debían evitar por cualquier medio que los encontrara. Por eso aceptaron rápidamente el plan de Crispin.

Sin más dilación, empezaron a trepar por el Pykon. Atravesaron el pinar que crecía en la base del pico más cercano y alcanzaron las laderas inferiores a medida que el sol de la tarde se escondía tras el bosque. Una media luna y un grupo de estrellas iluminaban el ascenso del grupo. La noche estaba bañada por suaves olores que la brisa transportaba desde el bosque. Los caminantes hallaron un camino ancho que serpenteaba entre grupos de arbustos y escarpadas pendientes. Detrás de ellos, el bosque, cada vez menos frondoso, revelaba la oscura visión de los Zarzales que se extendían hacia el norte hasta la delgada línea del río Song.

Fue alrededor de la medianoche cuando la fortaleza de los elfos, situada en el interior de una profunda grieta, apareció por fin. Se trataba de un laberinto de parapetos, torres y almenas que se elevaban sobre el fondo de piedra de los riscos iluminados por la luna. Una larga escalera en espiral ascendía hasta una entrada abierta en la muralla exterior del castillo, cuyas puertas de madera, desgastadas y agrietadas por el paso del tiempo, les daban la bienvenida. Las torres vigía, con sus estrechas ventanas, se inclinaban como animales de presa sobre las enormes murallas construidas a base de bloques de piedra. Sobre los parapetos sobresalía lo que parecían puntas de lanza. Elevadas sobre el conjunto de torrecillas, las cadenas, que en otra época habían sostenido los estandartes de los elfos, golpeaban los postes de hierro. Desde algún lugar sobre la fortificación, entre los despeñaderos de las montañas, resonó el grito penetrante de un ave nocturna que se elevó hasta competir con el agudo sonido del viento y que se desvaneció progresivamente tras un largo eco.

El grupo empezó a subir los peldaños que conducían a la entrada de la fortaleza, se acercaron con cautela y accedieron a un pasadizo encerrado entre altas paredes que conducía a una segunda muralla. Entre los bloques de piedra que formaban la muralla crecían matorrales y hierbajos. Siguieron hacia delante mientras sus pisadas producían ecos en medio de un silencio casi absoluto. Los murciélagos batían sus alas membranosas con fuerza y salían volando de las grietas, pequeños roedores desfilaban por la piedra entre destellos de movimiento, las telas de araña colgaban como ingravidas sábanas de lino que se deshacían a su paso y se les adherían a la ropa.

Al final del pasadizo había un gran patio rebosante de escombros e inundado por el ulular constante del viento. A ambos lados de una circunvalación almenada, majestuosas escaleras ascendían hacia un balcón que quedaba frente a la torre principal de la antigua fortaleza, una imponente ciudadela amurallada que se elevaba casi trescientos pies del suelo y que tenía una superficie irregular, inclinada para atrás a la sombra de la montaña. Los ventanales dejaban intuir las plantas de la torre y dominaban desde una altura cómoda la maraña oscura de los Zarzales. Un nicho profundo protegía una puerta de madera en el centro del balcón. Debajo, directamente desde el patio hacia la torre, había una segunda puerta. Las dos estaban cerradas.

Wil contempló con incomodidad las murallas y las almenas que se alzaban sobre él, tétricas y derruidas. El viento aullaba en sus oídos y le llenaba de polvo los ojos, hecho que le llevó a ajustarse la capucha de la capa alrededor de la cara. No sabía muy bien por qué pero no le gustaba aquel lugar. Le aterraba. Parecía un refugio para los fantasmas de los muertos, donde los vivos eran tratados como intrusos. Miró a Amberle, en cuyo rostro se reflejaba la misma inquietud.

Crispin envió a Dilph a explorar el balcón. Él, seguido de Katsin, se dirigió hacia la entrada de la torre y trató de forzar la cerradura sin éxito; arremetió una y otra vez contra la puerta, que se mantuvo firme. Katsin también lo intentó pero sus esfuerzos fueron en vano. La puerta estaba completamente atrancada y la aprensión de Wil aumentaba mientras era testigo de los forcejeos. La fortaleza estaba sellada como una prisión y él solo deseaba alejarse.

Dilph reapareció en el balcón, gritando palabras que vencieron el rugido del viento. Les comunicó que la puerta de arriba estaba abierta. Crispin asintió para confirmar que lo había comprendido. Reunieron varios trozos de madera, esparcidos por aquí y por allá, para usarlos como antorchas y, a continuación, subieron la escalera hacia el balcón, cuya puerta estaba entornada. El capitán elfo dio un paso hacia el interior, donde utilizó yesca para prender una de las antorchas que llevaba y, con esta primera, encendió otra que le dio a Dilph. Tras pedirles a todos que entraran, cerró la puerta contra la fuerza del viento.

Se encontraron en una pequeña antesala que conducía a una serie de corredores oscuros. Una escalera tallada en el muro opuesto partía de los bloques de piedra del suelo y se elevaba hacia la penumbra. El polvo flotaba en el aire, agitado por el viento, y el olor de humedad y moho impregnaba el ambiente. Crispin recorrió la sala entera, con la antorcha elevada, y, tras comprobar que el cerrojo que aseguraba la puerta funcionaba, volvió con los demás. Decidieron que reposarían en aquella estancia hasta que amaneciera. Katsin y Dilph harían turnos de guardia en el patio mientras Wil y Amberle dormían. Crispin era el encargado de buscar el pasadizo que los conduciría al otro lado de la montaña, a orillas del Mermidon.

Dilph le entregó la antorcha al vallense que, seguido de Katsin, desapareció en la noche. Crispin cruzó la puerta, corrió el cerrojo y tras eso advirtió a los jóvenes que mantuvieran la puerta cerrada. Segundos más tarde, desapareció entre las sombras de

uno de los corredores. El vallense y la elfa lo siguieron con la mirada hasta donde alcanzaba la luz y, entonces, fue cuando Wil se acercó a la entrada, colocó la antorcha en un soporte de hierro fijado a la pared y se sentó con la espalda apoyada en la puerta. Amberle, arrebujada en su manta, se tendió a su lado. El aullido del viento, cuya misteriosa llamada resonaba por los pasillo de la torre, penetraba en aquella estancia a través de la cerradura.

Pasó mucho tiempo hasta que ambos se abandonaron al sueño.

Wil no estaba seguro de haber dormido. Tenía la sensación de dormir más que de dormir, como si estuviera sumido en un descanso inconstante que lo mantenía a caballo entre el desvelo y el sopor. No obstante, soñó que se deslizaba entre una maraña como de niebla y que vagaba perdido entre un bosque de imágenes desdibujadas. Sin embargo, el lugar le resultaba familiar, como si ya hubiera estado antes. La bruma que flotaba y los paisajes que se sucedían a su paso le sonaban. ¿Se trataba de un sueño o de un recuerdo?

Entonces, sintió la terrible presencia de la criatura, como si estuviera escondida en algún lugar cerca de él, y recordó. Puerto Refugio. Había tenido ese sueño en Puerto Refugio. La criatura había ido a buscarlo y él había podido escapar, pero no había sabido adónde ir. ¿Qué podía hacer ahora? El pánico se apoderó de él. El ser, el monstruo, estaba allí fuera. Había ido en su búsqueda otra vez. A menos que lograra despertarse, no podría correr y, además, carecía de la capacidad para emerger de la oscuridad. Se oyó a sí mismo gritar en el momento en que lo alcanzaba.

En ese instante, se despertó. En el bolsillo de la túnica las piedras élficas ardían como fuego en su cuerpo. Se liberó de la manta y se fijó en el humo de la antorcha que llameaba junto al muro. Amberle se acurrucó a su lado, pero él aún estaba invadido por la ola de terror. Wil palpó el pequeño bulto de las piedras élficas con cierta inseguridad. De repente, Amberle abrió los ojos. ¿La había despertado el grito? Pero la vista de la joven no estaba fija en él, sino en la puerta.

—Ahí fuera —murmuró.

El vallense se levantó en el acto, fue hacia la puerta y aguzó el oído pero no oyó nada.

—Seguro que ha sido el viento —dijo al fin con voz ahogada y tono dubitativo, apoyando la mano en su hombro—. Convendría que fuera a echar un vistazo. Cierra la puerta cuando salga; y no la abras si no oyes mi voz.

Descorrió el pesado cerrojo y salió con paso temeroso. Amberle lo volvió a cerrar y aguardó.

Wil se ocultó un momento a la sombra del nicho mientras se acostumbraba a la oscuridad. La luz de la luna bañaba el balcón y las murallas. Cruzó con cautela hasta el pretil y bajó la vista. El patio estaba vacío y no había ni rastro de Katsin y Dilph. Titubeó, no sabía cómo actuar. Poco después empezó a andar hacia la escalera, donde

se detuvo para examinar el patio de nuevo y comenzó el descenso.

Las ráfagas de viento empujaban bolas de hierba seca y polvo que revoloteaban alocadamente por el patio. Wil bajó la escalera evitando ruidos que le pudieran delatar y casi había llegado abajo cuando vio a Katsin, cuyo cuerpo estaba dolorosamente retorcido, apoyado contra el muro de la torre bajo el balcón. Un poco más lejos yacía Dilph, apenas reconocible, bajo las maderas rotas de la puerta de la torre que antes no habían logrado abrir.

Wil sintió que la sangre se helaba en sus venas. ¡La Parca! Los había encontrado. Y ahora estaba dentro de la torre.

Comenzó a subir la escalera a toda velocidad, mientras deseaba con todas sus fuerzas que no fuera demasiado tarde.

Sola en la antesala de la torre, Amberle oyó un ruido, que provenía de algún lugar del interior del edificio. Contempló la sala con inquietud y se mantuvo concentrada hasta que oyó unos golpes sobre la puerta y se sobresaltó.

—¡Amberle! ¡Ábreme!

Era la voz de Wil, tan amortiguada por el viento que apenas era reconocible. La joven descorrió el pesado cerrojo con premura y el vallense entró y cerró de golpe la puerta tras él. Estaba blanco.

—¡Están muertos! ¡Los dos! —Mantuvo la voz baja con gran esfuerzo—. La Parca los ha encontrado. ¡Está aquí, en la torre!

Amberle empezó a decir algo, pero él le tapó la boca para impedir que continuara. Un rumor, había percibido un rumor, allí, en la escalera excavada en la piedra. Era la Parca. Lo supo con una certeza que no aceptaba discusión. Iba a buscarlos. En cuanto encontrara el camino para llegar hacia ellos, los atraparía. Le invadió un pánico paralizante. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo había logrado el demonio localizarlos con semejante presteza? ¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

Se alejó de la puerta y la escalera, sosteniendo la antorcha como si fuera un escudo. Amberle estaba pegada a él y tropezaba automáticamente cuando él tropezaba. No podían quedarse allí ni un minuto más, se dijo Wil, y miró hacia los corredores que los rodeaban. ¿Por cuál se habría ido Crispin? No estaba seguro. Eligió el que le pareció que había tomado el capitán y empezó a correr a ciegas mientras abrazaba con fuerza a Amberle.

Tuvieron que parar un poco más adelante. El corredor llegaba a su fin y se trifurcaba. ¿Qué dirección debía tomar? Acercó la antorcha al suelo. Las huellas de las botas de un elfo habían removido el polvo acumulado durante años y habían dejado unas marcas muy definidas. Eso le permitiría alcanzar a Crispin pero también le facilitaba las cosas a la Parca. Arrinconó el miedo y siguió corriendo.

Juntos corrían por los lóbregos pasadizos de la fortaleza, entre muros cubiertos de moho y telarañas, a través de cámaras decoradas con tapices apolillados y antiguallas, a lo largo de balcones que se abrían sobre fosos amenazadores. El silencio llenaba la antigua ciudadela, hasta casi acallar por completo el rugido del viento. Solo se oían

las pisadas de sus botas al correr.

Estuvieron a punto de perderse dos veces, pero en ambos casos se habían percatado de que las huellas habían desaparecido y de que, en su marcha precipitada, habían pasado ante un desvío sin advertirlo. En otro momento hallaron más de unas huellas, lo cual hacía suponer que Crispin se había visto obligado a retroceder en alguna ocasión durante la ardua tarea de encontrar el camino correcto. Seguían avanzando con la sensación cada vez más interiorizada de que en cualquier momento la Parca aparecería ante ellos en la penumbra y, entonces, ya no habría nada que hacer.

De pronto, el destello de una antorcha atravesó el corredor delante de ellos y observaron con alivio que la figura de Crispin se materializaba entre las sombras. El capitán elfo volvía de inspeccionar el corredor que atravesaba la montaña. Fue hacia ellos, con la espada en la mano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la vaga sensación de que algo grave había ocurrido.

El vallense se lo explicó a grandes rasgos. Su rostro perdió todo el color.

—¡Dilph y Katsin también! ¿Qué hace falta para detener esta locura? —Bajó la vista hacia su espada y vaciló un instante. Después la subió otra vez y les hizo un gesto para que lo siguiesen—. Por aquí. Puede que aún podamos escapar.

Se metieron en el pasadizo por el que Crispin había llegado, giraron a la izquierda por otro, pasaron por una enorme sala que en otra época había funcionado como armería y descendieron por un tramo de escaleras hasta una rotonda vacía para introducirse en otro corredor. Al final de este había una puerta de hierro fijada a la roca. Crispin descorrió los cerrojos y tiró de ella. Unos momentos después, el viento irrumpió violentamente a través de la abertura y el capitán elfo hizo una seña a Wil y a Amberle, soltó la antorcha, bajó la cabeza con determinación y se aventuró a cruzar el umbral.

Se vieron en una profunda garganta donde la montaña se dividía desde la cima hasta la base. Una pasarela estrecha y de aspecto frágil se extendía desde el pequeño nicho de roca donde ellos estaban hasta una torre aislada en el otro risco. Desde el fondo del abismo el viento rugía con furia mientras batía contra el puente. Tan solo un brillo débil de luna, que incidía sobre una pequeña parte de la pasarela cerca del extremo opuesto, penetraba en la profunda hendidura.

Crispin se acercó al vallense y a la joven para que lo oyeran.

—¡Debemos cruzar! —gritó—. ¡Agarraos fuerte a la barandilla y no miréis abajo!

—¡No puedo! —gritó Amberle como respuesta, mirando con ansiedad hacia la pasarela, y Wil notó que las pequeñas manos de la joven le agarraban fuerte del brazo.

—¡Tienes que hacerlo! —sentenció Crispin—. ¡Es la única salida!

El viento seguía aullando en sus oídos.

Amberle miró hacia atrás a la puerta cerrada, y después hacia Crispin. Asintió sin



añadir nada más y tragó saliva.

—¡No os alejéis de mí! —les aconsejó el elfo.

Empezaron a cruzar la pasarela, en fila, con el capitán a la cabeza, Amberle en medio y Wil el último. Avanzaron lentamente agarrados a las barandillas de cada lado. El viento, que atacaba sus cuerpos con fieras ráfagas, les desgarraba las ropas y sacudía la pasarela de tal modo que a momentos parecía que iba a desprenderse. En el momento en que la propia montaña dejaba de protegerlos, el aire helado de las pendientes superiores de la montaña cogió impulso y los envistió. El hierro del puente parecía hielo. Siguieron paso a paso, hasta que entraron en la pequeña franja de luz que marcaba el último tramo de la travesía. Poco después, alcanzaron la plataforma frontal de la torre solitaria, cuya estructura se elevaba por encima de la pared del risco, con estrechas ventanas y muros de piedra mojados por la humedad que se había convertido en hielo. Una única puerta cerrada mostraba la entrada a la fortaleza.

Crispin guio a Amberle y la condujo hasta la entrada. Cuando Wil se aproximó, el elfo metió la mano en una caja de madera empotrada en el muro y sacó un par de porras pesadas. Tras confiar una al vallense, señaló hacia el puente. Los alaridos del viento le obligaban a forzar la voz.

—Seis pivotes aguantan los soportes de la pasarela, tres a cada lado. Si los hundes, el puente se desprenderá. Decidieron construirlo así para prevenir la persecución de los enemigos en caso de que la fortaleza fuese invadida. ¡Encárgate de los tres de la derecha!

Wil se apresuró. Tres pivotes horizontales fijaban a la plataforma los puntales de cada lado de la pasarela. Agarró la porra y empezó a golpear el primero, que estaba muy oxidado y se movía poco dentro de su base. Cuando al fin se soltó, cayó sin provocar ningún ruido. Pasó al siguiente aunque ya casi no se sentía las manos. El segundo pivote se deslizó de su base con facilidad y también se despeñó.

Algo pesado sacudió el puente. Wil y Crispin alzaron sus rostros al mismo tiempo, con las porras preparadas. Algo se movía en el otro extremo.

—¡Deprisa! —gritó el capitán elfo.

Wil martilleó frenéticamente el último pivote. A medida que subía la intensidad de los golpes también lo hacía su desesperación. El óxido lo mantenía fijo. Siguió golpeándolo y cedió un poco más.

Una sombra oscura avanzaba justo por el otro lado de la franja de luz. Crispin se puso en pie de un salto. Dos de los pivotes de un lado ya habían caído y el tercero estaba a punto de hacerlo.

Pero el tiempo se acababa. Apareció la Parca, que avanzaba bajo la luz, embozada. Crispin tomó el arco de fresno y le disparó unas cuantas flechas con tanta urgencia que Wil apenas pudo seguir sus movimientos. La Parca las apartó todas sin atisbo visible de esfuerzo. Wil notó cómo se le encogía el estómago, golpeó con desesperación el pivote que restaba y lo hundió un poco más pero seguía allí, terco.

De pronto, recordó las piedras élficas. ¡Las piedras élficas! ¡Tenía que utilizarlas ya! La determinación brotó en él con ímpetu. Se incorporó, introdujo la mano en la túnica y extrajo la bolsa de cuero que contenía las piedras. Pocos segundos después, las tenía en la palma de la mano y las apretaba con tanta ansia que se hizo un corte. La Parca, aún encorvada sobre la pasarela, enorme y tenebrosa, avanzaba hacia ellos. Estaba a menos de seis pasos de distancia. El vallense alzó el puño que encerraba las piedras y, con toda la fuerza que acogía su cuerpo, invocó al fuego que la destruiría.

De pronto, las piedras élficas fulguraron y el fuego azul se extendió, pero algo pareció bloquearse en el interior de Wil y eso disipó su poder.

El terror se apoderó de él. Volvió a intentarlo, pero no sucedió nada. Amberle se le acercó gritando, aunque sus súplicas quedaron ahogadas por el bramido del viento. Wil retrocedió, tembloroso y turbado. ¡Había fracasado! ¡Ya no controlaba el poder de las piedras élficas!

Un instante más tarde, Crispin, que se hallaba sobre el puente, no titubeó. Tras soltar el arco, sacó la espada y comenzó a andar hacia el demonio. La criatura pareció un tanto sorprendida. No parecía esperar una confrontación directa. El viento batía la pasarela, los soportes metálicos crujían mientras la estructura se balanceaba.

—¡Los pivotes! —gritó Crispin hacia atrás.

Todavía atolondrado, Wil se guardó las piedras en la túnica, volvió a coger la porra y a martillar el pivote inmóvil, una vez más sin frutos. Detrás, entre las sombras, Amberle se lanzó hacia delante. Agarró la porra que Crispin había soltado y comenzó a golpear el otro pivote como una demente.

En la pasarela, Crispin se acercaba a la Parca. Con fintas y estocadas, el capitán de la Guardia Real trataba de hacerle perder el equilibrio para hacerla caer, pero la Parca se mantenía firme y quieta sobre el frágil puente mientras detenía los ataques del elfo y esperaba con paciencia su oportunidad. Crispin era un diestro espadachín y, sin embargo, esta vez no lograba vencer. La Parca se adelantó, por lo que el elfo se vio obligado a retroceder.

La rabia y la frustración invadieron a Wil Ohmsford. Asió la porra con ambas manos, acumuló todas sus fuerzas para golpear el pivote oxidado y al final cedió, cayendo, como los otros dos en las profundidades del precipicio. Esto provocó que el puente se inclinara un poco más. Crispin se tambaleó y cayó hacia atrás justo cuando la Parca lo acometía. Mientras Wil y Amberle contemplaban horrorizados la escena, la Parca levantó a Crispin ante lo que el capitán se defendió hundiéndole la espada en la garganta pero la hoja se partió al entrar en contacto con su piel. La Parca lo sostuvo por encima de la cabeza y lo arrojó al vacío. Cayó con un ruido sordo.

La Parca reanudó su avance.

Entonces, un repentino vendaval arremetió contra la ya debilitada pasarela y, con su fuerza, desprendió el último pivote. El puente se separó de la plataforma, se desprendió, llevándose consigo la figura tenebrosa. Osciló lentamente y cayó con un ruido metálico hacia el risco opuesto, atravesó la estrecha franja de luz hasta las

sombras y chocó varias veces contra la ladera de la montaña. No obstante, no se desprendió del todo; quedó suspendido por sus maltratados soportes mientras se balanceaba precariamente bajo el impulso del viento. Y había servido de algo porque no veían a la Parca por ningún lado.

La voz de Amberle resonó como un lamento. La ráfaga de viento, que soplaba en frenéticas embestidas, le impedía comprender las palabras de la muchacha. No le importaba. Aún sostenía la porra en la mano. Su mente iba a cien por hora. Crispin y los elfos cazadores habían muerto. Había perdido el poder de las piedras élficas. Solo le quedaba Amberle.

Ella lloraba sobre su hombro mientras imploraba que se alejaran de allí. Reaccionó y la abrazó. Durante un breve lapso de tiempo, le pareció oír la voz de Allanon que le decía que ahora todo dependía de él. Permaneció un rato más en el borde del precipicio, mientras envolvía a la joven elfa con sus brazos, contemplando impotente la negrura del abismo. Luego le dio la espalda. Con Amberle aún sujeta, desapareció dentro de la torre.

Dedicaron lo que restaba de noche a buscar el camino de salida. Valiéndose de la única antorcha que Crispin había dejado colocada en el soporte de la entrada de la torre, continuaron avanzando por una interminable sucesión de pasadizos y escaleras que descendían en espiral a través de la roca de la montaña. Completamente fatigados a causa de las arduas experiencias de los últimos días, avanzaban de forma mecánica por los pasadizos de la antigua fortaleza, con los ojos fijos en la oscuridad y agarrados de la mano. Lo hacían en silencio; no tenían nada que decir. Los acontecimientos les habían aturrido. Deseaban una sola cosa: salir de aquella terrible montaña.

La sensación de que el tiempo transcurría fue menguando, hasta que finalmente la perdieron por completo. Desde que se encontraban metidos entre las rocas, no eran conscientes de si habían pasado minutos, horas o incluso días. Desconocían adónde iban aquellos corredores. Confiaban de manera ciega en la suerte y en su instinto al avanzar por los túneles y los pasadizos con una desesperada y muda perseverancia. Creían que al final encontrarían la salida. Sus músculos estaban agarrotados y sentían calambres. La fatiga nublaba su visión. La antorcha que llevaban siguió ardiendo hasta que se convirtió en un cabo. El corredor no se acababa.

Por fin terminó; una descomunal puerta de hierro, asegurada con cerrojos dobles y una barra cruzada, se materializó ante ellos. Mientras Wil forcejeaba con los cerrojos, Amberle lo agarró del brazo, hablándole con voz cansada.

—Wil, ¿y si afuera nos espera también algún demonio? ¿Y si la Parca no estaba sola?

El vallense la observó en silencio. No había reparado en aquella posibilidad hasta ese momento. Ni siquiera se había permitido tomarla en consideración. Los recuerdos de lo que había sucedido en el bosque de Drey acudieron a su mente. No sabía cómo, pero los demonios siempre les daban caza; como si todo estuviera imbuido por una especie de oscura adversidad. Aunque la Parca se hubiera esfumado, era cierto que había otros demonios. Y el espía de Arborlon sabía qué iban a hacer.

—¿Wil?

El semblante de Amberle se mostraba ansioso y expectante; esperaba una respuesta.

Tomó la decisión.

—Debemos arriesgarnos. No nos queda otra alternativa.

Suavemente separó la mano de ella de su brazo y situó a la joven tras de sí. Descorrió los cerrojos con cautela, quitó la aldaba y abrió la puerta. La luz del día se coló por la apertura. Al otro lado, las lúgubres aguas del Mermidon lamían con

suavidad las paredes de una gruta, donde se alojaban los muelles ocultos de los elfos. Nada alteraba el sosiego del ambiente. La joven y el vallense intercambiaron miradas fugaces. Sin mediar palabra, Wil tiró la antorcha al suelo del túnel, donde se extinguió.

Los muelles y botes amarrados estaban destrozados y eran inutilizables.

Avanzaron sobre un saliente estrecho dentro de la gruta hasta que salieron a la boscosa orilla del río que yacía en la base del Pykon. Allí no había nadie: estaban solos.

El sol acababa de salir. El helor de la mañana había convertido el rocío de la noche en escarcha, que se posaba sobre árboles y maleza, suspendida sobre la tierra blanca como una capa de falsa nieve. El panorama que se dibujó ante sus ojos les sorprendió. Su aliento se transformaba en nubecillas que quedaban suspendidas en el aire ante sus ojos. Sentían el frío penetrar en sus cuerpos a través de la ropa. El río, ruidosamente agitado bajo los picos de las montañas, fluía hacia el este atravesando el bosque con la bruma flotando sobre su superficie. El Pykon emergía de esa neblina. Sus descomunales y oscuras cúspides proyectaban su sombra sobre la tierra.

Wil observó a su alrededor con inquietud. En la penumbra de la cueva, los botes de los elfos reposaban inútiles. En ese preciso momento, advirtió una pequeña lancha sobre la orilla. Estaba oculta parcialmente entre unos matorrales, situados a unos doce pasos de ellos. Tomó de la mano a Amberle y se encaminaron hacia la lancha. Se trataba de un bote de pesca en buen estado, asegurado con cuerdas. Evidentemente alguien lo utilizaba de vez en cuando para divertirse pescando cerca de las aguas de la cueva. El vallense soltó amarras, acomodó a Amberle en el bote, y lo empujó hasta el río. Ellos necesitaban la embarcación con mayor urgencia que el pescador ausente.

El curso los empujó hacia el este, mientras el amanecer se transformaba en mañana y el sol comenzaba a calentar. Enrollada en su capa, Amberle no tardó en quedarse dormida. Wil habría querido hacerlo también, pero el sueño no llegaba. Tal era su cansancio, que no pudo dormir. Su mente estaba abarrotada de pensamientos sobre lo que les había ocurrido. Ensambló en una horquilla de la popa un pequeño remo que encontró en el fondo del bote y acto seguido se instaló en la parte posterior para conducirlo por el cauce del río. A medida que contemplaba cómo el sol se elevaba sobre las montañas y la bruma matutina comenzaba a desvanecerse, su estado de ensimismamiento era mayor. Poco a poco, la escarcha fue fundiéndose en los bosques circundantes. En su marcha por el río, el verde húmedo del bosque fue reemplazando a las cumbres del Pykon. El cielo volvía a aparecer limpio y claro. Su color ahora era de un azul brillante, interrumpido por alguna franja blanca que, perezosa, flotaba bajo la luz del sol.

Cerca del mediodía, el Mermidon comenzó a virar en una lenta curva que primero giraba hacia el sur y después hacia el oeste, se disponía en dirección a la oscura línea de las Espuelas de Piedra. Era un día tibio, y la humedad y el frío del amanecer ya se habían desprendido de sus ropas y cuerpos. Sobre el flujo del Mermidon,

sobrevolaban pájaros que producían fulgurantes ráfagas de color y sonido. El aroma a flores silvestres perfumaba el ambiente.

Amberle se desperezó al despertarse y sus aletargados ojos se posaron de inmediato sobre el vallense.

—¿Has podido dormir un poco? —le preguntó con voz soñolienta.

—Nada —respondió.

La elfa se incorporó hasta sentarse.

—Entonces duerme ahora; debes descansar. Mientras tanto yo dirigiré el barco.

—No, si me encuentro bien. No estoy nada cansado.

—Wil... se te ve agotado. —Su voz denotaba preocupación—. Tienes que dormir algo.

Durante un dilatado momento la contempló con mirada de preocupación.

—¿Sabes qué me ocurrió allí? —preguntó al fin.

Ella negó pausadamente con la cabeza.

—No. Y no creo que tú tampoco lo sepas.

—Lo sé. Sé lo que ocurrió. Intenté usar las piedras élficas y no respondieron. Ya no controlo su poder; lo he perdido.

—Eso no hay modo de saberlo. También te resultó complicado usarlas en el Tirfing. Quizás esta vez no lo hiciste como debías o no te tomaste el tiempo suficiente.

—Me concedí tiempo de sobra —declaró por lo bajo—. Hice acopio de todas mis fuerzas, tratando de invocar su poder, pero no pasó nada. Allanon ya me dijo que existía esa posibilidad debido a mi mezcla de sangre de elfo y de hombre. La de elfo, que en mi caso es muy poca, es la única que puede controlar las piedras. Es por ello que hay una especie de barrera en mi interior, Amberle. La superé en una ocasión, pero me es imposible volver a hacerlo.

Ella se movió para sentarse a su lado, apoyando una mano sobre su brazo.

—Entonces lo conseguiremos sin las piedras.

Wil esbozó una débil sonrisa tras esa insinuación.

—Las piedras élficas son las únicas armas con las que contamos. Si los demonios nos alcanzan, no tendremos protección alguna.

—Entonces los demonios no deben descubrirnos.

—Siempre lo han hecho, Amberle. A pesar de todas las precauciones que hemos tomado, siempre nos han encontrado en todos los lugares a los que hemos ido. Nos volverán a encontrar, y lo sabes.

—Sé que fuiste tú quien insistió en que no nos volviéramos atrás después de la huida de Puerto Refugio —respondió ella—. También sé que no tiraste la toalla en ningún momento. Asimismo, sé que Allanon te eligió para que me defendieras. ¿Vas a desertar ahora?

Wil se ruborizó.

—No. Jamás.

—Bien. Yo tampoco. Empezamos este viaje juntos y lo terminaremos igual. Dependemos el uno del otro, así que nos ayudaremos mutuamente. Quizás eso sea suficiente. —Hizo una pausa, y una fugaz sonrisa atravesó su cara—. Comprenderás que eres tú quien debería estar dándome este discurso, y no yo a ti. Era yo la que no tenía fe en mi herencia; la que no confiaba en las palabras del druida, en las que tú creíste siempre.

—Si las piedras élficas no hubiesen fallado... —empezó a decir Wil, taciturno. Amberle llevó la mano hacia sus labios para hacerle callar.

—No estés tan convencido de que te han fallado. Medita sobre lo que intentaste hacer con ellas; trataste de usarlas como arma de destrucción. ¿Es eso posible para ti, Wil? No olvides que eres curandero. Tus valores de vida se articulan en torno a la preservación, no a la destrucción. Y la magia élfica potencia lo que uno ya posee. Quizá no debiste usar las piedras de la manera en que lo intentaste cuando te enfrentaste a la Parca.

El vallense reflexionó: Allanon le había dicho que las tres piedras élficas actuaban conciliando el corazón, la mente y el cuerpo, dentro del poder que formaba la magia. Si alguna de las tres cosas fallaba...

—No —dijo moviendo de manera enfática la cabeza—. Es algo difícil de precisar. Mi abuelo creía en la conservación de la vida tanto como yo lo hago y, sin embargo, él utilizó las piedras élficas para destruir. Y lo hizo sin los obstáculos que yo he encontrado en el camino.

—Bueno, puede que haya otra posibilidad —continuó ella—. Allanon te advirtió de la resistencia provocada por la mezcla de sangre de hombre y de elfo que ya habías experimentado. Quizás sea ese el motivo por el que creaste tu propia barrera; se formó dentro de tu mente, convenciéndote de manera inconsciente de que el poder de las piedras élficas se había perdido, cuando en realidad no era así. Es muy probable que la barrera que sentiste en el puente la hubieras construido tú.

Wil la contempló fijamente.

—¿Es eso posible? —Meneó la cabeza—. No lo sé; no puedo estar seguro. Ocurrió tan de repente...

—Entonces escúchame. —Se le acercó, de modo que sus caras quedaron pegadas—. No admitas como verdad lo que por ahora no son más que suposiciones; no te precipites. Ya usaste una vez las piedras élficas. Invocaste su poder y conseguiste dominarlo. No creo que se pierda con tanta facilidad un don como ese. Quizás solo estuvo mal enfocado. Tómate tiempo para investigarlo, antes de dar por hecho que ya no te pertenece.

Wil la miró con asombro.

—Confías más en mí que yo mismo. Eso es muy extraño. Durante el viaje que hicimos a Puerto Refugio me considerabas un inútil. ¿Te acuerdas?

Ella reculó un poco.

—Me equivoqué. El miedo me hizo decir cosas que no debería haber dicho.

Pareció que diría algo más, pero al igual que en otras ocasiones en las que parecía que iba a hablar de sus temores, dejó el tema flotando en el aire. Wil fue suficientemente sensato como para hacer lo mismo.

—Bueno, tengo que darte la razón en una cosa —admitió, intentando mantener un leve tono en su voz—. Debería ser yo quien estuviera soltándote este discurso, no tú a mí.

Un rayo de melancolía brilló en los ojos de la joven.

—Entonces recuerda hacerlo cuando consideres que lo necesito. ¿Te vas a dormir ahora?

Wil asintió.

—Creo que debo dormir. Al menos un rato.

Se reclinó hacia delante, a fin de permitir que la joven elfa deslizase un brazo hacia el pequeño timón. Se acostó en el fondo del bote, dobló su capa y la utilizó de almohada. Los pensamientos sobre las piedras élficas invadían su mente y lo provocaban. Cerró los ojos, permitiendo que sus pensamientos se hundieran en la negrura. Cree en ti, le había dicho Allanon. ¿Lo había hecho? ¿Había creído lo suficiente?

Los pensamientos se diseminaron, vagando a la deriva. Se quedó dormido.

Despertó hacia media tarde. Agotado y dolorido, se levantó del duro fondo del bote, deslizándose hacia atrás a fin de relevar a Amberle al mando del timón. Tenía hambre y sed, pero no tenían comida ni bebida. Lo habían perdido todo al huir del Pykon.

Poco después, el cauce empezó a estrecharse y las ramas de los árboles situados a ambas orillas se unieron, formando una bóveda sobre sus cabezas. Las sombras se estiraron y en el oeste, el sol, a medida que su dorada luz se volvía rojiza con la llegada del atardecer, empezó a esconderse tras el muro de las Espuelas de Piedra. Un tramo de rápidos hizo que la lancha rebotara con violencia, pero Wil logró esquivar las rocas, manteniendo el rumbo hasta dejarlos atrás. Cuando el río comenzó a virar hacia el sur en su largo discurrir de vuelta a las praderas de Callahorn, el vallense condujo la lancha hasta la orilla, y allí desembarcaron.

Pasaron la noche al amparo de un inmenso y longevo sauce, que crecía a varias cientos de yardas de la orilla del río. Escondieron la pequeña embarcación entre unos matojos, recolectaron frutos y hierbas para cenar y buscaron agua para beber. Desgraciadamente no la encontraron, por lo que tuvieron que conformarse con los alimentos. Comieron, conversaron y se quedaron dormidos.

La mañana amaneció luminosa y agradable. El vallense y la elfa reemprendieron la marcha hacia las Espuelas de Piedra, caminando en dirección al oeste. Avanzaron con ímpetu mientras disfrutaban del calor de la mañana y terminaban de comer la fruta que habían recogido la noche anterior. Las horas avanzaron con rapidez, y la rigidez de sus miembros al despertar fue desapareciendo a medida que progresaban.



A media mañana descubrieron una pequeña laguna, en la cual desembocaban unos rápidos. El agua era pura y se podía beber. Saciaron su sed, pero como no tenían recipientes, no pudieron llevarse nada de provisión.

Durante el día, las montañas de las Espuelas de Piedra se reflejaron cada vez más sobre la mampara del bosque; una descomunal línea montañosa que ocupaba todo el horizonte del oeste. Solo el lejano sur, donde se hallaba el infranqueable pantano del Sudario, aparecía carente de montañas, y una densa y gris niebla, que se elevaba desde la ciénaga como si de humo se tratase, invadía sus contornos. Por primera vez desde que escaparon del Pykon, Wil comenzó a preocuparse por la ruta que seguían. Adoptar la de la ribera del Mermidon hacia los bosques, rodeando las montañas, le había parecido algo obvio pero, a medida que se aproximaban, se preguntaba cómo cruzarían esos picos monstruosos. Ninguno de los dos conocía aquella cordillera; ambos ignoraban la existencia de pasos que pudieran cruzar sin riesgo. Sin los elfos cazadores para guiarlos, ¿cómo evitarían perderse?

Al caer la tarde, llegaron a las Espuelas de Piedra. Un laberinto de picos que se superponían los unos a los otros, a muchos cientos de pies y no mostraban ningún indicio de pasaje o acceso. Ambos lo contemplaron estupefactos. El vallense y la elfa comenzaron a ascender hasta que llegaron a las laderas inferiores de la montaña más próxima. Los amplios y verdes prados aparecían salpicados de brillantes campanillas y centáureas rojas. El sol casi se había escondido y empezaron a explorar el lugar en busca de un sitio donde pasar la noche. Hallaron un arroyo que desembocaba en un diminuto estanque dentro de un bosquecillo de pinos. Instalaron allí su campamento. Comieron frutas y hierbas, aunque lo que Wil realmente deseaba era carne y pan, por lo que ingirió aquello con desgana. La luna y una dispersión espectacular de estrellas saturaban el cielo. Se desearon las buenas noches, se enrollaron en sus capas de viaje y cerraron los ojos.

Wil seguía preguntándose cómo lograrían atravesar las montañas cuando, finalmente, el sueño lo alcanzó.

Al despertar, vio que un joven estaba allí sentado, mirándolo. El amanecer deslizaba su luz sobre la cúpula celeste, a medida que el sol se alzaba sobre el bosque distante, en una explosión dorada y nebulosa de claridad que troceaba la noche en efímeros trozos grises. Sobre las laderas amplias y abiertas de la montaña que se elevaba sobre ellos, el rocío humedecía la hierba en suaves destellos y las flores silvestres comenzaban a abrirse.

Wil parpadeó con sorpresa. Pensó en un principio que se trataba de una ilusión óptica, así que esperó a que el muchacho se evaporara. Pero permaneció donde estaba, sentado sobre el césped con las piernas cruzadas mientras lo contemplaba en riguroso silencio. El vallense entendió que no se trataba de una ilusión y, apoyándose sobre el codo, se incorporó.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días —respondió el muchacho solemnemente.

Wil se deshizo del sueño de sus ojos y dedicó un momento a examinar al intruso. Se trataba de un elfo de corta estatura, de pelo desgreñado color arena que se le arremolinaba sobre un rostro bastante común moteado de pecas. Vestía unos pantalones de cuero y una túnica ceñida a su pequeña figura. Una serie de bolsas y bolsitas colgaban de su cuello y cintura. Era muy joven. Con seguridad, mucho más que Wil o Amberle.

—No era mi intención despertarte —manifestó el muchacho.

Wil asintió.

—Eres muy silencioso.

—Lo sé. Puedo andar sobre un lecho de hojas de pino sin hacer el más mínimo ruido.

—¿De verdad?

—Sí. También puedo llegar hasta una madriguera de zorros sin que me descubran. Una vez lo hice.

—Eso está muy bien.

El chico lo miró curioso.

—¿Qué hacéis aquí?

Wil sonrió entre dientes.

—Justo eso me preguntaba yo sobre ti. ¿Vives aquí?

El muchacho negó con un gesto.

—No; vivo en el sur, más abajo de los Irribis. En el Ala Alzada.

Wil no tenía ni idea de qué era el Ala Alzada. Detrás de él oyó que Amberle comenzaba a despertarse.

—Es muy hermosa —comentó el chico en voz baja—. ¿Sois matrimonio?

—Oh, no. Tan solo viajamos juntos —logró decir Wil, un poco confundido—. ¿Cómo has llegado hasta este lugar?

—Llegué volando —respondió—. Soy un jinete volador.

El vallense lo contempló perplejo. El muchacho dirigió su mirada hacia Amberle, que acababa de incorporarse, aún envuelta en su capa.

—Buenos días, señora —la saludó.

—Buenos días —contestó Amberle, desprendiendo desde sus ojos verdes una mezcla entre diversión y asombro—. ¿Cuál es tu nombre?

—Perk.

—Yo me llamo Amberle. —La joven sonrió—. Y él es Wil.

El chico se levantó y se acercó para estrechar la mano de Wil. El vallense quedó sorprendido al descubrir que la mano del joven estaba llena de callos. Este pareció darse cuenta de ello, por lo que la apartó rápidamente. A Amberle no se la tendió, sino que se limitó a dirigirle una reverencia con la cabeza.

—¿Queréis algo para desayunar? —preguntó.

Wil se encogió de hombros.

—¿A qué te refieres, Perk?

—Tengo leche, nueces, queso y pan. Eso es todo.

—Eso está muy bien —dijo el vallense sonriendo, y se giró para mirar a Amberle. No sabía qué hacía Perk allí, pero no podía rechazar los alimentos que había indicado—. Nos encantaría compartir ese desayuno contigo.

Se sentaron en círculo. De una de las bolsas que llevaba consigo, el joven elfo sacó las nueces, el queso y el pan, junto con tres tazas. Las llenó con la leche que llevaba en otra bolsa. El vallense y la elfa comieron con voracidad.

—¿De dónde has sacado la leche? —preguntó Amberle.

—De unas cabras —balbució Perk con la boca llena—. Hay un rebaño en un prado varias millas al norte, custodiado por un cabrero. Esta mañana, bien temprano, logré ordeñar una.

Amberle miró a Wil para interrogarle con los ojos. Como respuesta, él se encogió de hombros.

—Me ha dicho que es un jinete volador; que puede volar.

—En realidad, todavía no lo soy —aclaró el muchacho—. Aún soy demasiado joven, pero algún día lo seré.

El silencio se expandió mientras los tres se observaban entre sí.

—Todavía no me habéis explicado qué hacéis aquí —dijo finalmente Perk—. ¿Estáis huyendo de algo?

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió Amberle.

—Porque lo parece. vuestras ropas están rotas y sucias, y no lleváis armas, ni comida, ni mantas... no habéis encendido fuego. Y tú parecías atemorizada.

—Eres muy perspicaz —respondió Wil, tras haber decidido por dónde iba a llevar la conversación—. ¿Si te cuento una cosa, me prometes que guardarás el secreto?

El joven asintió. Su rostro denotaba ansiedad.

—Prometido.

—Bueno... —Wil se inclinó hacia delante como si fuera a hacer una confidencia—. Esta mujer, Amberle, es muy especial. Ella es una princesa, nieta de Eventine Elessedil, rey de los elfos.

—El rey de los elfos de los bosques —puntualizó Perk. Cuando Wil titubeó, confundido por aquella distinción, el muchacho se inclinó ansioso hacia delante—. ¿Estáis buscando algún tesoro? ¿O la dama está hechizada?

—Sí. No. —El vallense se interrumpió. ¿Dónde se estaba metiendo?—. Vamos en busca de un... un talismán, que solo ella puede llevar. Un peligro importante que amenaza al pueblo elfo y que solo podrá salvarse con el talismán. Nuestra misión es encontrarlo lo antes posible. ¿Nos ayudarías?

Esa excitante posibilidad hizo que los ojos de Perk casi salieran de sus órbitas.

—¿Una aventura? ¿Una aventura real?

—Wil, no sé si... —interrumpió Amberle, con gesto preocupado.

—Confía en mí. —Wil alzó la mano de forma conciliadora y se giró de nuevo hacia Perk—. Se trata de un asunto de mucho riesgo, Perk; no es ningún juego. La criatura que nos persigue ya ha asesinado a varios elfos. Debes hacer exactamente lo que te pida y cuando te diga que ha terminado, deberás marcharte corriendo. ¿De acuerdo?

Perk asintió sin pensar.

—¿Cuál será mi labor?

El vallense señaló hacia donde estaban las Espuelas de Piedra.

—Quiero que nos muestres un camino por el que atravesar estas montañas. ¿Conoces alguno?

—Por supuesto. —Perk pareció molesto con la pregunta—. ¿A dónde vais?

Wil dudó; no creyó conveniente darle esa información.

—Eso no es relevante —dijo al fin.

—Claro que lo es —replicó Perk de manera automática—. ¿Cómo queréis que os muestre el camino si no sé adónde queréis ir?

—Eso es razonable —comentó Amberle, dirigiendo a Wil una mirada de reproche por no haber previsto aquello—. Será mejor que se lo digas, Wil.

El vallense asintió.

—Muy bien, vamos al Valle de los Indómitos.

—¿Al Valle de los Indómitos? —Perk sacudió la cabeza con expresión solemne y todo el entusiasmo desapareció de sus ojos—. El Valle de los Indómitos es un lugar vedado para mí. Es muy arriesgado.

—Lo sabemos —admitió Amberle—. Pero no nos queda otra opción; tenemos que ir allí. ¿Nos ayudarás?

—Claro —declaró el muchacho con entereza—. Pero debéis evitar el paso de las montañas, pues os haría perder mucho tiempo.

—Bueno, y si no vamos por las montañas, ¿por dónde vamos? —inquirió Wil—. ¿Existe otro camino?

Perk perfiló una sonrisa.

—Claro; podemos ir volando.

Wil miró a Amberle para pedirle ayuda.

—Perk, nosotros... no tenemos la capacidad de volar —dijo con suavidad.

—Podemos volar —insistió él—. Os he dicho que soy un jinete volador. Bueno... casi.

¡Menuda imaginación!, se dijo Wil.

—Mira, Perk, para volar se necesitan alas. Cosa que nosotros no tenemos.

—¿Alas? —El muchacho pareció perplejo. Luego sonrió divertido—. Ah, pensáis que... entiendo. No, nosotros no. Tenemos a Genewen; ha venido conmigo.

Se levantó de súbito y salió del bosquecillo de pinos. Desorientados, Wil y Amberle le siguieron lanzándose el uno al otro miradas de interrogación. Dejaron los árboles atrás y se detuvieron frente a una ladera abierta. Perk metió la mano en una

bolsa de cuero que colgaba de su cuello y sacó un diminuto silbato de plata que sopló tras ponerse en la boca. No emitió ningún sonido. Wil miró de nuevo a Amberle, inclinando la cabeza lentamente. Los acontecimientos no se producían como él habría deseado. Perk introdujo el silbato otra vez en la bolsa y levantó su mirada hacia el cielo. El vallense y la joven lo imitaron automáticamente.

De pronto, una resplandeciente figura dorada, que descendía entre las montañas bajo el cálido sol de la mañana, se elevó sobre las Espuelas de Piedra, aproximándose a ellos. Wil y Amberle se asustaron; nunca habían visto un pájaro tan grande. Era una criatura enorme, de una envergadura de unos treinta pies. Una hermosa cresta de color rojizo, vetada de negro, engalanaba su cabeza. Tenía un gran pico ganchudo y unas poderosas garras, que extendió mientras se aproximaba. Durante un momento, aquel ser les remitió a la criatura de alas negras que había estado a punto de atraparlos en el Valle de Rhenn, aunque enseguida se percataron de que no era la misma. Se posó sobre el prado, a unos tres o cuatro pasos de ellos, a la vez que plegaba las alas contra su cuerpo cubierto de plumas doradas y curvaba la cabeza hacia arriba como si fuese a dormir. Su graznido agudo quebró la tranquilidad de la montaña. Después bajó la cabeza mirando a Perk. El muchacho le contestó con un corto y misterioso grito antes de volverse hacia sus compañeros asombrados.

—Esta es Genewen —anunció con orgullo. Luego sonrió—. ¿Veis? Ya os dije que podíamos volar.

La presencia de Genewen hizo que Amberle y Wil se mostrasen más predispuestos a creer la historia que Perk comenzó a narrarles.

En una edad previa a Jerle Shannara y al estallido de la Segunda Guerra de las Razas, una pequeña comunidad de elfos migró de su patria tradicional en dirección al sur. Las causas de este exilio fueron olvidadas hace mucho tiempo. Se instalaron bajo las Irrybis, esparcidos por una región desconocida de bosques montañosos que rodeaba una gran extensión de agua conocida como el Confín Azul. Estos elfos eran los antepasados de Perk. Con el tiempo se convirtieron en cazadores y pescadores, y erigieron sus pueblos en una franja de riscos que colindaban con el Confín Azul, al oeste del lago Myriam. Los elfos no tardaron en percatarse de que vivían en los peñascos, junto a una bandada de grandiosas aves de presa que anidaban en cuevas abiertas sobre las aguas del Confín. Las denominaron rocs, al igual que un ave mítica del antiguo mundo. Al principio, rocs y elfos mantuvieron una distancia de respeto pero, con el paso del tiempo, los elfos se percataron de que si domesticaban a aquellas aves, podrían sacarles mucho provecho. El ingenio y la decisión eran sus principales características, por lo que se propusieron llevar a cabo este proyecto. Pasados numerosos intentos fallidos, averiguaron un modo de comunicarse con aquellas aves, lo que les permitió amaestrar a algunas de las más jóvenes. Finalmente, consiguieron hacerlo con todas ellas. Así, los pájaros se convirtieron en portadores de

los elfos. Ello les permitió ampliar su radio de caza y pesca. Asimismo, una vez adiestrados para luchar contra los enemigos de la comunidad, se convirtieron en sus protectores. Los elfos, a su vez, ayudaron a los rocs a protegerse de las criaturas que intentaban invadir su territorio o arrebatarles su sustento. Aprendieron a cuidar a las grandes aves, curar sus enfermedades y heridas, y asistirles de manera adecuada. Con el paso del tiempo, los lazos entre los dos grupos se hicieron más fuertes. Llamaron Ala Alzada a la pequeña y agreste región que compartían, y era poco transitada, al estar escasamente poblada por humanos. Los contactos entre el Ala Alzada y las comunidades de elfos situadas al norte del Valle de los Indómitos se habían detenido hacía tiempo. Los pobladores del Ala Alzada crearon su propio gobierno y, si bien reconocían la soberanía de los reyes elfos de Arborlon sobre los elfos de la Tierra del Oeste, ellos se consideraban como un pueblo independiente. Por eso se llamaron a sí mismos elfos del cielo y a los otros, elfos de los bosques.

Perk era hijo y nieto de jinetes voladores, los cuales se encargaban de adiestrar y montar a los gigantescos rocs, así como de la búsqueda de alimentos y la defensa del Ala Alzada. La jerarquía de los elfos y elfas del lugar estaba bien estructurada, aunque el cargo más importante era el del jinete volador, pues ellos eran los únicos que podían dominar a los rocs. De igual manera, solo ellos detentaban el poder de volar, y cabalgaban el cielo de una punta a otra de la región. Los jinetes voladores eran elfos que poseían la estima y confianza de su pueblo, y dedicarían su vida a su servicio; siempre serían considerados paradigmáticos de su estilo de vida.

Perk se encontraba en su segundo año de adiestramiento para convertirse en jinete volador. Los que desempeñarían dicha función eran seleccionados a edad temprana. A partir de ese momento, el entrenamiento era constante hasta llegar a la edad adulta. Con frecuencia ocurría, como era el caso de Perk, que la selección estaba casi predeterminada, pues tanto su padre como su abuelo habían sido jinetes. De él se esperaba que siguiera los mismos pasos. Genewen era la montura de su abuelo, pues él ya era demasiado viejo como para volar en el servicio ordinario del Ala Alzada. Cuando Perk alcanzara la edad adecuada, heredaría a Genewen. La vida de los rocs era muy prolongada. Podía alargarse durante cuatro o cinco generaciones de elfos. Es por ello que un roc solía servir a varios amos a lo largo de su vida. El primer jinete en montar a Genewen había sido el abuelo de Perk. Pero si conservaba la salud serviría tanto al hijo como al nieto de Perk.

De momento Perk lo utilizaba para entrenarse, siempre bajo la supervisión de su abuelo. Vio a Wil y a Amberle cuando, realizando sus ejercicios, llegó hasta las Espuelas de Piedra. Para curtirse como jinete, debía realizar vuelos cada vez más lejos del Ala Azada. En ellos se le confiaban ciertas tareas y se le encomendaban algunas instrucciones que debía llevar a cabo. En aquella salida en concreto, se le requería que pasase un lapso de tiempo de siete días fuera del Ala Alzada, portando tan solo una ínfima cantidad de pan y queso, y un pequeño recipiente con agua. El resto de la comida y bebida que pudiera necesitar tendría que conseguirla por sus

propios medios. De igual manera, a su vuelta debía explorar y describir en detalle ciertas zonas de la región montañosa que circundaba al Valle de los Indómitos, región prohibida tanto para él como para todos los que estaban en período de adiestramiento. Le estaba permitido aterrizar en sus proximidades, pero nunca entrar. Además, debía evitar cualquier contacto con sus habitantes.

Perk no cuestionaba las instrucciones, pues además eran bastante explícitas. Ahora bien, en la mañana de su segundo día de vuelo, mientras ponía rumbo al sur a lo largo del lado oriental de las Espuelas de Piedra, avistó dos figuras tapadas que dormían en un bosquecillo de pinos debajo de él; eran Wil y Amberle. Descendió levemente para poder observarlos de cerca y se encontró con un apremiante dilema. ¿Quiénes eran aquellos viajeros, elfos como él? ¿Qué hacían allí aquel muchacho y aquella muchacha tan jóvenes, procedentes, era evidente, de otra parte de la tierra? ¿Qué hacían en aquella salvaje región equipados de manera tan pobre? Consideró el problema por un breve momento. Era cierto que le habían ordenado evitar todo contacto con los habitantes del Valle de los Indómitos, pero no le habían especificado que no pudiera trabar contacto con otras gentes. Podría ser un descuido de su abuelo, pero el caso es que así era. Pese a la madurez y la sensatez que las obligaciones del entrenamiento habían inculcado en Perk, aún era un joven de espíritu aventurero. Su abuelo le había dejado una puerta entreabierta, y entraba dentro de lo normal desear abrirla del todo pues, aunque era un chico disciplinado, poseía también una enorme curiosidad. A veces debía permitirse el que el primero cediese el paso al último.

Por fortuna para Wil y Amberle, esta resultó ser una de esas veces.

Perk concluyó su historia y contestó con calma a las preguntas de los dos. Pero sus ansias por iniciar la nueva aventura acabaron imponiéndose. Con una inconfundible expresión de apremio, preguntó a sus nuevos compañeros si estaban listos para partir. Genewen no acostumbraba a transportar más de un jinete, aunque podía hacerlo sin problema. Atravesaría las montañas de las Espuelas de Piedra antes de que se dieran cuenta.

Wil y Amberle observaron con reticencias la gigantesca ave. Si hubiera existido un medio de transporte alternativo, lo habrían utilizado con gusto. La idea de volar les contraía el estómago. En cualquier caso, no había otra opción. Allí estaba el joven, con las manos en la cintura, esperando a que se pusiesen en marcha. Wil hizo un gesto resignado a Amberle, anunciando que estaban listos. Al fin y al cabo, si un muchacho tan joven podía hacerlo, también podrían ellos.

Perk tomó la delantera y avanzaron hacia Genewen. Estaba equipada con arneses de cuero que se ajustaban a su cuerpo. Perk les enseñó los estribos, que les permitirían ascender por los arneses, hasta situarse en el centro de la espalda del roc. Contuvo a Genewen mientras los dos subían. A continuación ató sus pies con unas correas, dirigió sus manos a unas agarraderas y, como prevención adicional, los

aseguró a los arneses con unas correas de seguridad. De esa forma, si el viento arremetía en su contra, se evitaba el riesgo de una caída. Tales medidas de seguridad no tranquilizaron demasiado al vallense y a la elfa, que estaban bastante asustados. Entonces, Perk les entregó dos trozos de una especie de raíz marrón para que se la comieran pues, según les explicó, haría el vuelo más llevadero. La ingirieron en el acto.

Una vez acomodados, el muchacho elfo sacó un largo látigo de cuero de debajo de las correas de los arneses y fustigó a Genewen con fuerza. El roc extendió sus alas, emitió un grito penetrante y se elevó en el aire. Wil y Amberle, inmóviles, observaron cómo la tierra se distanciaba. Los árboles del bosquecillo se hicieron pequeños cuando Genewen ascendió sobre los prados. Avanzaba impulsada por las corrientes de aire. Al poco se desvió hacia el oeste para dirigirse a los picos de la cadena montañosa. El vallense y la elfa sintieron una mezcla de mareo y euforia. Solo los efectos del jugo de la extraña raíz evitaron que vomitaran. El mareo comenzó a menguar poco a poco, mientras la sensación de entusiasmo aumentaba. Planeaban contemplando los horizontes de la tierra, que se ampliaban y se extendían. El panorama de bosques, pantanos, montañas y ríos era espectacular. Ante ellos, los picos de las Espuelas de Piedra se alzaban como afilados dientes sobre la tierra, y la franja delgada y azul del Mermidon zigzagueaba entre los peñascos. Al norte se encontraba la mancha oscura de los Zarzales, que se hundía en el verde de los bosques de la Tierra del Oeste. Al este, ahora lejanas, avistaban las torres gemelas del Pykon. Al sur, la bruma del Sudario se asentaba en el umbral de las Irrybis; la región entera se mostraba ante ellos, todo estaba revelado con nitidez por un sol matutino que se elevaba perezoso, difundiendo su calor desde un cielo azul limpio y brillante.

Genewen se elevó varios centenares de pies, sobrevolando las Espuelas de Piedra a medida que se abría paso por su laberinto de picos. Se deslizaba con ligereza entre las aperturas y hendiduras, y descendía en los valles para remontar más tarde en cada nueva fila de montañas. Wil y Amberle se aferraban con fuerza a sus arneses, aunque el vuelo era suave. El enorme pájaro respondía a las directrices del muchacho que lo guiaba, azuzándolo con piernas y manos mediante unos movimientos familiares para el roc. El viento del sur les arremetía con ligeras ráfagas, suaves y cálidas en aquel día de verano. Perk echó una ojeada por encima del hombro a sus nuevos compañeros y una amplia sonrisa iluminó su rostro colmado de pecas.

Volaron durante casi una hora adentrándose en las montañas, hasta que perdieron de vista los bosques. Mirando hacia el sur, de vez en cuando, divisaban entre los espacios de los picos la gris e inhóspita región del Sudario. Al poco, sin embargo, también desapareció. Las montañas los rodearon con sus altas torres de roca, las cuales se interponían a la luz del sol, dejándolos en la sombra. Wil se preguntó qué les habría sucedido si hubieran tratado de cruzar aquella cordillera a pie. Era muy improbable que lo hubiesen conseguido. Especialmente sin la ayuda de los elfos cazadores asesinados. Se preguntó, de igual modo, si los demonios aún los estarían



persiguiendo. Conclusión a la cual llegó, de manera afirmativa, enseguida. Con todo, sintió un leve regocijo al pensar que incluso a la Parca, si es que había logrado sobrevivir al derrumbamiento del puente del Pykon, le resultaría imposible seguirles la pista otra vez.

Poco después, Perk guio a Genewen hacia un peñasco elevado, totalmente libre de árboles y cubierto solo por una alta hierba decorada con flores silvestres. Estaba situado frente a un lago de montaña. El roc se posó en él con suavidad y los jinetes desmontaron. Perk saltó con agilidad de la espalda del pájaro gigante y Wil y Amberle, por su parte, descendieron con movimientos torpes y tensos. Sus rostros reflejaban el alivio de volver a estar en tierra.

Tras descansar sobre el risco durante media hora, volvieron a montar y pusieron rumbo hacia el oeste mientras atravesaban los prominentes picos. Durante la mañana aterrizaron un par de veces más para relajarse, momentos en los cuales Perk ofrecía comida y bebida a sus compañeros. Estos, sin embargo, la rehusaron y aceptaron solo otro trozo de aquella extraña raíz que Perk les había entregado sin proferir comentario alguno, pues a él le había sucedido lo mismo durante su primer vuelo.

Antes de acabar la mañana, llegaron al límite oriental del Valle de los Indómitos. Viejar sobre Genewen les facilitó una visión clara de todo el valle: una enmarañada masa de bosques, circundados por las montañas de las Espuelas de Piedra, las Irrybis y la gran ciénaga brumosa del Sudario. Era una región opaca; estaba densamente poblada de árboles, y un conjunto de depresiones y riscos aparecían salpicados de marismas y picos solitarios que sobresalían de entre los árboles como brazos elevándose al cielo. Parecía inhabitada, pues no se percibían señales de pueblos o viviendas aisladas, ni campos de cultivo o ganado pastando. Todo el valle se presentaba como una tierra indómita, inhóspita y oscura que Wil y Amberle observaron con aprensión.

Perk guio a Genewen de nuevo hasta la sombra de las montañas y el Valle de los Indómitos desapareció tras los picos. Volaron sin pausa hasta poco después del mediodía, momento en el que Perk dirigió de nuevo a Genewen hacia el sur. Describiendo lentamente un arco, el roc se deslizó por el estrecho hueco entre unos picos. El Valle de los Indómitos apareció otra vez ante ellos. Volaron hacia allí, conforme iban descendiendo por una escarpada pendiente que finalizaba en la cuenca del valle. Al llegar abajo, Genewen se ladeó hacia la derecha, mientras planeaba hacia una extensa colina situada en la base del pico, y desde la cual dominaba el Valle de los Indómitos. Grupos diseminados de árboles se esparcían por la colina. Perk condujo a Genewen al amparo de un bosquecillo de abetos.

Wil y Amberle descendieron con cuidado del roc y se frotaron los músculos adormecidos tras el largo viaje. Después de una rápida orden a Genewen, Perk se reunió con sus compañeros, con el rostro ruborizado y excitado.

—¿Veis? ¡Lo logramos! —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, lo conseguimos. —Wil sonrió afligido, masajeándose la espalda.

—¿Y ahora qué? —inquirió el muchacho de inmediato.

Wil se despezó.

—Tú nada, Perk. No puedes pasar de aquí.

—Pero yo quiero ayudar —insistió Perk.

Amberle dio un paso adelante y rodeó con su brazo al muchacho.

—Ya nos has ayudado. Sin ti no habríamos llegado hasta aquí.

—Pero quiero ir...

—No, Perk —le interrumpió Amberle—. Nuestra misión es demasiado arriesgada como para involucrarte en ella. Wil y yo debemos adentrarnos en el Valle de los Indómitos que, como tú mismo dijiste, te está vedado. Por eso debes irte ahora. Recuerda que le prometiste a Wil que lo harías cuando así te lo pidiéramos.

Perk asintió con pesar.

—No tengo miedo —masculló.

—Lo sé. —La elfa sonrió—. No creo que existan muchas cosas que te amedrenten.

Perk se animó un poco tras este cumplido y logró que esbozara una sonrisa.

—Hay algo más que puedes hacer. —Wil apoyó una mano sobre su hombro—. No sabemos nada del Valle de los Indómitos. ¿Puedes describirnos algo de lo que vamos a encontrarnos?

—Monstruos —respondió sin vacilar.

—¿Monstruos?

—De todas clases. Según mi abuelo, allí pueden hallarse hasta brujas.

El vallense no supo si creerlo o no; al fin y al cabo, el abuelo quería evitar que su nieto entrase en el Valle de los Indómitos, por lo que era lógico que lo asustara con ese tipo de cosas.

—¿Te suena un lugar llamado Salvafuerte? —preguntó, dejándose llevar por un impulso.

Perk negó con la cabeza.

—Eso temía —suspiró Wil—. Monstruos y brujas, ¿eh? ¿Existe algún camino?

—Sí. Os lo mostraré.

Los condujo fuera de los abetos hasta un pequeño montículo desde el cual se dominaba el valle entero.

—¿Veis eso? —preguntó, mientras señalaba hacia un montón de árboles caídos en la base de la ladera. Wil y Amberle bajaron la mirada hasta que atisbaron el lugar hacia donde su brazo señalaba—. Hay un camino tras los árboles que conduce al pueblo de Grimpen. Desde aquí no se divisa, pero está allá abajo, varias millas adentrándose en el bosque. Mi abuelo me dijo que es un lugar peligroso donde moran ladrones y asesinos. No obstante, quizá encontréis a alguien que os pueda guiar.

—Tal vez.

Wil sonrió complacido. Se inclinaba por ladrones y asesinos, antes que por monstruos y brujas, reflexionó. No obstante, les convenía andar con cautela; aunque

todos los ladrones, asesinos, brujas y monstruos fuesen imaginarios, había demonios reales que los buscaban, y quizá ya los estaban esperando.

Perk se quedó pensativo un rato antes de levantar la vista.

—¿Qué haréis al encontrar ese Salvafuerte? —preguntó.

Wil vaciló por un instante.

—Bueno, Perk... cuando lo encontremos, hallaremos también el talismán del cual te hablé. Solo entonces podremos volver a Arborlon.

El rostro del muchacho se iluminó.

—Entonces podré hacer algo más por vosotros —anunció excitado.

Introdujo la mano en una bolsita que colgaba de su cuello y sacó un silbato plateado que entregó al vallense.

—Perk, ¿qué...? —comenzó a decir Wil, pero se detuvo cuando el muchacho depositó el silbato en la palma de su mano.

—Dentro de cinco días regresaré al Ala Alzada —le interrumpió rápidamente el muchacho—. Hasta entonces, sobrevolaré a diario el valle sobre el mediodía. Si me necesitarais, hacédmelo saber con el silbato y acudiré en el acto. Los humanos son incapaces de percibir su sonido; solo los rocs pueden. Si en cinco días habéis encontrado el talismán, Genewen y yo os llevaremos de vuelta a vuestra patria.

—Perk, no creo que... —empezó a decir Amberle, ladeando la cabeza.

—Aguarda un instante —interrumpió Wil—. Ganaremos tiempo si Genewen nos lleva volando hacia el norte, pues así evitaríamos tener que atravesar de nuevo la región que tuvimos que recorrer a pie para llegar hasta aquí. Amberle, tenemos que estar de vuelta lo más rápido posible. Ya lo sabes. —Se giró de súbito hacia Perk—. ¿Podría Genewen hacer ese viaje? ¿Podrías tú?

El muchacho aseveró con firmeza.

—Pero ya ha dicho que el Valle de los Indómitos está prohibido para él —recalcó Amberle—. ¿Cómo va a descender hasta allí?

Perk pensó un segundo.

—Bueno, si hiciera aterrizar a Genewen con el único propósito de recogeros, no sería más que un momento.

—Eso no me gusta nada —declaró Amberle, arrugando la frente mientras miraba a Wil—. Arriesgará mucho su vida, y además estará violando la confianza que se ha depositado en él.

—Quiero ser de ayuda —reiteró el joven—. Es más, me habéis dicho que eso es muy importante.

Parecía tan decidido que Amberle no encontró un argumento válido para quitarle esa idea de la cabeza. Wil aprovechó la oportunidad para involucrarse de nuevo en la conversación.

—Mira, ¿por qué no hacemos un trato? Prometeré una cosa: si existe algo que pueda implicar un peligro para Perk, no lo llamaré bajo ninguna circunstancia. ¿De acuerdo?

—Pero Wil... —comenzó a decir el chico.

—Y Perk se comprometerá a volver al Ala Alzada pasados cinco días, tal y como ha prometido a su abuelo. Tanto si lo hemos llamado como si no —remató el vallense, cortando de raíz todas las posibles objeciones que Perk pudiera expresar.

Amberle reflexionó un momento y asintió, aunque sin estar convencida.

—Muy bien: me encargaré de que cumplas tu promesa, Wil.

Sus ojos y los del vallense se cruzaron.

—Estamos de acuerdo, entonces —agregó Wil, volviéndose acto seguido hacia el muchacho—. Ahora tenemos que seguir, Perk. Te debemos mucho.

Cogió la mano del elfo y la estrechó con firmeza.

—Adiós —dijo Amberle, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

Perk se ruborizó y bajó la vista.

—Adiós, Amberle. Que tengas suerte.

Tras despedirse por última vez con la mano, el vallense y la elfa le dieron la espalda. Comenzaron a descender por la ladera hacia el bosque salvaje. Perk se quedó contemplándolos, hasta que finalmente los perdió de vista.

**A**l atardecer del segundo día después de la marcha de Wil y Amberle con los elfos cazadores que los guiaron desde Arborlon, Eventine Elessedil se concentraba a solas en el estudio de su palacio, observando los mapas y planos que se extendían ante él sobre el escritorio. En el exterior, el agua seguía cayendo de manera continua, en forma de grises cortinas, del mismo modo en que ya había sucedido los dos días anteriores. El crepúsculo se abocetaba de manera tenue, mientras proyectaba su extensa y oscura sombra a través de unos altos ventanales al otro lado de la sala.

Manx dormía a los pies de su amo, apoyando su cabeza grisácea sobre las patas y respirando hondo y regularmente.

El viejo rey alzó la cabeza de su trabajo, y se frotó los ojos enrojecidos por la fatiga. A través de los ventanales lanzó una mirada distraída al mundo de afuera, retirando su silla de la mesa. Se angustió al pensar que Allanon ya debía de estar allí; aún quedaba mucho trabajo por hacer que no podría completarse sin su ayuda. Eventine no sabía dónde se encontraba. Había salido temprano por la mañana y no lo había vuelto a ver.

El rey fijó su mirada en la lluvia. Había invertido tres días de trabajo con el druida y los miembros del Consejo, para preparar la defensa del país de los elfos. El tiempo transcurría rápido. El deterioro de Ellcrys continuaba su curso, y ello debilitaba la Prohibición cada vez más. El rey temía que de un momento a otro, le diesen la noticia de que ambas se habían desmoronado; que los demonios aprisionados habían salido de su encierro, y que la invasión de la Tierra del Oeste se había iniciado.

El ejército élfico ya estaba activo y preparado: lanceros, piqueros, espadachines y arqueros; soldados de infantería y de caballería; la Guardia Real y la Guardia Negra; el ejército regular y el de reserva. La llamada se había extendido, y guerreros elfos procedentes de todos los lugares del país habían acudido a Arborlon. Los que estaban capacitados habían dejado hogar y familia y acudido a la ciudad para ser armados y pertrechados para el combate. Sin embargo, el rey era consciente de que ni siquiera la férrea determinación del ejército de los elfos bastaría para soportar el asalto de las hordas de los demonios cuando fueran liberados y juntaran sus fuerzas. Lo sabía porque Allanon lo había dicho, y Eventine sabía que no era inteligente cuestionar al druida cuando hacía una afirmación tan terrible. Después de todo, los demonios no solo eran físicamente más fuertes que los elfos, sino que, además, los superaban numéricamente. Eran criaturas salvajes y enloquecidas, impulsadas por un odio que había nacido el día en que fueron expulsadas de la tierra y que habían concentrado sobre el pueblo responsable de esa expulsión. Durante siglos fue lo único que

tuvieron; ahora darían rienda suelta a ese rencor. Eventine no albergaba esperanza alguna; si los elfos no recibían ayuda, los demonios los destruirían.

No era bueno depender solo de Amberle y la semilla de Ellcrys. Pese al dolor que le producía admitirlo, Eventine sabía que existía la posibilidad de no volver a ver a su nieta. Incluso antes de que regresara a Arborlon, el rey había dado aviso a las demás razas para pedirles que auxiliaran a los elfos contra el mal que se cernía sobre la tierra y que los destruiría por completo. Los mensajeros, que habían partido hacía más de siete días, no habían regresado todavía, por lo que todavía era pronto para esperar una réplica por parte de cualquiera de las otras razas; incluso Callahorn estaba a varios días a caballo de allí. En cualquier caso, su reacción todavía era un enigma.

Tenía la certeza de que los enanos acudirían, pues así habían hecho siempre. Ellos y los elfos siempre se habían enfrentado juntos a todos los enemigos que habían amenazado a los pueblos libres de las Cuatro Tierras desde la época del Primer Consejo de los Druidas. Sin embargo, el viaje que los enanos tenían que hacer desde el interior de los bosques del Anar era muy largo. Además, tenía que ser a pie, pues no cabalgaban. Eventine sacudió la cabeza; acudirían lo antes posible, aunque tal vez sería demasiado tarde como para salvar a los elfos.

Por supuesto, estaba Callahorn; pero ya no era el Callahorn de Balinor. Si Balinor aún viviera, o si los Buckhannah todavía gobernarán, la Legión Fronteriza se pondría en marcha sin mayor demora. Sin embargo, Balinor, el último de los Buckhannah, ahora estaba muerto. Y el actual gobernante de Callahorn, un primo lejano que había llegado al trono por azar más que por aclamación, era un hombre irresoluto y precavido en exceso, por lo que tal vez juzgara apropiado olvidar que los elfos habían acudido en ayuda de Callahorn la última vez en que se les había convocado. Fuera como fuese, la unión de los consejos de Tyrsis, Varfleet y Kern, reconstruidos tras su destrucción cincuenta años atrás, tenía ahora más poder que el rey. Su respuesta sería lenta, aunque el mensajero de Eventine les comunicara la urgencia de la situación, pues carecían de un líder fuerte para coordinar sus ideas. Tendrían que debatirlo y, mientras eso sucediera, la Legión Fronteriza permanecería inoperativa.

Irónicamente, la desconfianza en sus camaradas de la Tierra del Sur, y en especial la suspicacia hacia la Federación, serían las causantes del retraso con que llegarían los hombres de Callahorn. Tras derrotar al Señor de los Brujos, y una vez vencidos sus ejércitos, las principales ciudades de la Tierra del Sur comprendieron demasiado tarde la gravedad de aquella amenaza. El miedo los apremió a actuar y fundaron una alianza que, si bien comenzó siendo una organización de reinos independientes con fronteras y temores comunes, se acabó convirtiendo en una federación perfectamente estructurada. Esa Federación fue la primera configuración de un gobierno cohesionado que la raza de los hombres había conocido durante más de mil años. Su propósito declarado era el de unificar la Tierra del Sur y la raza de los hombres bajo un único gobierno. Y ese gobierno, desde luego, tenía que ser la Federación. Con ese objetivo, habían iniciado un esfuerzo conjunto para añadir a su alianza al resto de

ciudades y provincias. En las cuatro décadas que habían pasado desde su fundación, la Federación había llegado a tener el dominio de casi toda la Tierra del Sur. De las principales ciudades, solo las de Callahorn se habían resistido a la unificación, lo cual había producido no pocas fricciones entre los dos gobiernos; especialmente porque la Federación continuaba avanzando hacia el norte, y se acercaba a las fronteras de Callahorn.

Eventine cruzó los brazos y frunció el ceño; había mandado un mensajero a la Federación, pero no albergaba demasiadas esperanzas de recibir ayuda, pues esta nunca había mostrado excesivo interés por las cuestiones relativas a las demás razas, y dudaba que consideraran que una invasión de demonios en la Tierra del Oeste fuera motivo de preocupación. De hecho, era dudoso que incluso creyeran que tal invasión fuera posible. Los hombres de las regiones recónditas de la Tierra del Sur sabían muy poco de la hechicería que había afectado a las otras razas desde la época del Primer Consejo de los Druidas. Habían llevado una existencia ensimismada e introvertida, y en su reciente expansión no habían encontrado aún muchas de las desagradables realidades que yacían más allá de su limitada experiencia.

De nuevo, el rey negó con la cabeza. No: las ciudades de la Federación no lo secundarían. Actuarían como cuando se les anunció la llegada del Señor de los Brujos; con total escepticismo.

Enviarles un mensajero a los gnomos carecía de sentido, y por ello no se había hecho. Eran una raza tribal, de ahí que no respondieran a ningún consejo de gobierno o autoridad alguna. Sus líderes eran sus caciques y adivinos, y cada tribu tenía los suyos propios, quienes peleaban constantemente entre sí. Desengañados y resentidos desde que fueron derrotados en Tyrsis, los gnomos se habían quedado al margen de los asuntos de las otras razas en los cincuenta años que habían pasado desde entonces. No era sensato confiar en que ahora decidieran hacerlo.

Quedaban los trolls, quienes, de igual modo, constituían una raza tribal. No obstante, desde que la fallida Tercera Guerra de las Razas finalizó, los trolls habían comenzado a juntarse en las amplias llanuras de la Tierra del Norte, y las tribus quedaron unificadas en algunos territorios bajo un liderazgo común. La más vasta y cercana de estas comunidades se hallaba dentro de la demarcación de Kershalt, en la frontera septentrional del país de los elfos. El Kershalt estaba habitado casi íntegramente por trolls de las rocas, aunque también vivían en él algunas tribus menores. Tradicionalmente, elfos y trolls habían estado enemistados. De hecho, en las dos últimas guerras de las razas habían luchado entre ellos. Pero tras la derrota del Señor de los Brujos, esa enemistad había menguado de manera notable, y durante los últimos cincuenta años habían cohabitado de una manera más o menos pacífica. Las relaciones entre Arborlon y el Kershalt habían sido bastante cordiales: se habían constituido relaciones comerciales y se habían desarrollado planes para intercambiar delegaciones, por lo que la posibilidad de que los trolls del Kershalt aceptaran ayudarles era más plausible.

El viejo rey examinó sus pensamientos, sonriendo ligeramente; existía una pequeña posibilidad, reconoció. Aun así, sabía que no debía desaprovechar ninguna oportunidad, pues si los elfos querían sobrevivir, necesitarían toda la ayuda que pudiesen encontrar.

Se levantó lentamente, se desperezó y bajó la vista hacia los mapas esparcidos por la mesa. Cada uno de ellos delineaba un sector distinto de la Tierra del Oeste, describiendo con detalle todas las regiones conocidas del país de los elfos, y los territorios adyacentes. Eventine los había memorizado hasta creerse capaz de trazarlos incluso en sueños. Los demonios tendrían que llegar por alguno de aquellos territorios, por lo que allí deberían erigirse las defensas de los elfos. Pero ¿por dónde? ¿Cuál sería el lugar por el que la Prohibición se quebrantaría? ¿Por dónde comenzaría la invasión?

El monarca paseó su mirada de un mapa a otro. Allanon había garantizado que averiguaría el lugar exacto en el que se produciría la ruptura, y esa información fundamental era la que estaba esperando el ejército de los elfos. Hasta entonces...

Exhaló y se aproximó a los ventanales que daban a los jardines del edificio principal. Cuando oteó a lo lejos en la creciente oscuridad, divisó a Ander aproximándose por el camino. Llevaba la cabeza baja para protegerse de la lluvia y los brazos cargados con los registros de las tropas y las listas de aprovisionamiento que se habían pedido. El adusto gesto en el rostro del viejo rey se moderó. En los últimos días, la ayuda de Ander había sido de un valor incalculable. Había encomendado a su hijo menor la tediosa aunque necesaria tarea de agrupar información; un trabajo poco lustroso que Arion habría desechado con toda seguridad. No obstante, Ander lo había llevado a cabo sin un solo quejido. El rey negó con la cabeza. Era extraño; a pesar de que Arion era el príncipe heredero, y el hijo al que más amaba, hubo momentos durante los días anteriores en que se reconoció más a sí mismo en Ander.

Miró hacia el cielo gris de las horas previas al anochecer, y se preguntó si Ander también sentiría lo mismo.

El semblante de Ander Elesedil denotaba cansancio cuando empujó la puerta principal de la gran mansión. Se quitó la capa empapada en lluvia y se dirigió por el lóbrego corredor que llevaba al estudio de su padre, sosteniendo entre los brazos los libros de registro y las listas de aprovisionamiento. Había sido un día agotador en que la actitud de su hermano, que se había negado de manera reiterada a colaborar con él, no le había ayudado. Su relación había sido así, desde que había apoyado a Amberle ante el Consejo Supremo. De ese modo, la anterior brecha entre ellos se había convertido ahora en un abismo que quizás no pudiera salvar. El encuentro mantenido aquel día con su hermano le había demostrado la amplitud de aquel distanciamiento. Su padre le había enviado a recoger la información que ahora portaba, así que acudió



a Arion para pedirle ayuda, pues era él quien poseía la responsabilidad de congregar y abastecer al ejército. Arion podría haberle librado de horas de trabajo, pero se negó siquiera a recibirlo. Envió a un oficial subalterno en su lugar y se mantuvo apartado durante el resto del día. Eso enfadó tanto a Ander que a punto estuvo de forzar un enfrentamiento. Esto habría comprometido a su padre, y el viejo rey no necesitaba más problemas que ocuparan su tiempo. Así pues, Ander se mantuvo en silencio. Mientras las hordas de demonios acecharan su país, los problemas de carácter personal deberían dejarse de lado.

Negó con la cabeza; ese razonamiento no le hacía sentir mejor con respecto al camino que la relación entre Arion y él estaba tomando.

Llegó a la puerta del estudio. La abrió empujando con la bota y la cerró tras de sí de la misma manera. Logró dirigir una sonrisa de aliento hacia su padre, que avanzó para ayudarle con los registros y las listas. Luego se desmoronó extenuado en una silla vacía.

—Esto es todo —declaró—. Inventariado, anotado y ordenado.

Eventine colocó junto a los mapas el material que su hijo le había entregado, y se giró hacia él.

—Pareces agotado.

Ander se estiró.

—Lo estoy.

Una ráfaga de viento y lluvia abrió violentamente los ventanales. Padre e hijo se volvieron mientras mapas y planos se esparcían por el suelo y las lámparas de aceite oscilaban. Allanon apareció en la oscuridad de la entrada con sus empapadas ropas negras chorreando. Sus facciones angulosas estaban en tensión y la fina línea de su boca, oprimida. Portaba en las manos una delgada vara de madera de superficie plateada.

Los ojos de Ander se encontraron fugazmente con los del druida, y el príncipe de los elfos notó como su sangre se helaba. Aquel rostro contenía algo terrible; indicios de una determinación feroz, de poder y de muerte.

El druida se giró, cerró la puerta acristalada y cerró el pestillo que de algún modo había descorrido desde el exterior. Cuando se giró de nuevo, Ander vio claramente la vara plateada y su rostro palideció.

—Allanon, ¿qué has hecho?

Las palabras volaron de su boca inopinadamente.

Su padre también lo vio, y exclamó en un susurro escandalizado:

—¡Ellcrys! ¡Druida, has cortado una rama de un árbol vivo!

—No, Eventine —contestó con delicadeza—. No le he causado ningún daño... ¡ella es la vida de esta tierra! Eso nunca...

—Pero entonces, la vara... —comenzó a decir el rey, mientras extendía las manos como si fuese a tocar algo en llamas.

—Yo no la partí —reiteró el otro—. Mírala con atención.

Puso la vara delante y la giró lentamente para que pudiera inspeccionarla con detalle. Ander y su padre se aproximaron. Las dos extremidades de la vara estaban lisas y redondeadas; no parecía haber sido astillada ni cortada con un cuchillo, pues no había marcas en su superficie.

Eventine pareció asombrado.

—Entonces, ¿cómo...?

—Ella me la entregó, rey de los elfos; me la cedió para emplearla como arma contra aquellos que desafían a su pueblo y a su tierra. —La voz del druida era gélida. Tanto que parecía helar hasta el aire de la pequeña sala—. Esta es la magia que proveerá de fuerza y poder al ejército de los elfos, para poder resistir el mal que mora en las hordas de demonios. Esta vara será nuestro talismán; la mano derecha de Ellcrys, esgrimida cuando los ejércitos se enfrenten en combate.

Se adelantó un paso mientras, con ojos sombríos y penetrantes, observaba la vara frente a él.

—Fui a verla temprano esta mañana; fui solo, en busca de un arma con la cual pudiéramos soportar las embestidas del enemigo. Me concedió una audiencia y me habló a través de imágenes, que son sus palabras. Me preguntó por qué había ido allí, y yo le expliqué que los elfos carecían de magia y que solo contaban con la mía para hacer frente al poder de los demonios. Luego le revelé mi temor por que no fuera suficiente, pues yo podía fallar. Finalmente, le dije que deseaba algo suyo que pudiera usar en la batalla contra los demonios, pues es un anatema para ellos.

»Entonces se recogió y liberó de sí esta vara, que es un miembro de su cuerpo. Débil, y a pesar de tener la certidumbre de que pronto morirá, fue capaz de cederme una parte de sí misma que pueda socorrer al pueblo élfico. Yo no la toqué; no hice más que admirar su fuerza de voluntad. Observa esta madera, rey de los elfos. ¡Tómala!

Depositó la vara en las manos de Eventine, que las cerró rodeándola con los dedos. Los ojos del rey se abrieron por la sorpresa. El druida tomó otra vez la vara y se la pasó en ceremonial silencio a Ander. El príncipe se alteró: la madera ardía como si la sangre de la vida fluyese por su interior.

—¡Está viva! —susurró el druida con reverencia—. Sigue viva, aun estando separada y lejos de ella. Es el arma que ansiaba; el talismán servirá de protección a los elfos contra la hechicería de las hordas demoníacas. Mientras los elfos tengan la vara, el poder que reside en Ellcrys velará por ellos, salvaguardándolos.

Tomó la vara de las manos de Ander, y de nuevo las miradas de ambos se cruzaron. El príncipe elfo sintió que algo inexpresable pasaba de uno al otro; algo que no podía discernir. Lo mismo que ya había sucedido la noche en que se reunió el Consejo Supremo, cuando se puso del lado de Amberle.

Los ojos del druida se dirigieron rápidamente hacia el rey.

—Atiende ahora —dijo en un apresurado susurro—. La lluvia cejará esta noche. ¿Está el ejército preparado?

Eventine asintió.

—Entonces debemos partir al amanecer; actuar con presteza.

—Pero ¿hacia dónde nos dirigiremos? —interrogó el rey—. ¿Ya has averiguado por dónde se abrirá la brecha?

Los ojos del druida se excitaron.

—Sí, Ellcrys me lo reveló. Es capaz de sentir que los demonios se están congregando en un punto específico de la Prohibición y se está debilitando justo por esa zona. Es allí donde la Prohibición cederá primero. Los que huyeron para asesinar a los Elegidos ya abrieron la grieta. Se volvió a cerrar después, pero la herida aún no ha cicatrizado bien. Allí la Prohibición se quebró; ya está desgastada y tensada por la fuerza que la empuja. Aquel que los lidera, y que posee un poder de hechicería semejante al mío, los está convocando en ese punto. Su nombre es Dagda Mor. Con su labor, la brecha acabará abriéndose de nuevo, y esta vez ya no volverá a cicatrizar.

»Pero estaremos esperándoles. —Su mano oprimió la vara con fuerza—. Aguardaremos, los alcanzaremos justo en el momento en que la crucen y aún no estén organizados. Impediremos que penetren en Arborlon mientras podamos, y así proporcionaremos a Amberle el tiempo que necesita para encontrar el Fuego de Sangre.

Sin añadir una sola palabra, hizo una seña a Ander y a su padre para que se acercasen. Entonces se agachó y recogió del suelo uno de los mapas caídos y lo extendió sobre la mesa.

—La brecha se producirá aquí —susurró.

Su dedo apuntó hacia la amplia superficie de las llanuras de Hoare.

Los voluntarios de la Legión se aproximaron a la ciudad esa misma tarde, justo cuando la luz diurna comenzaba a desaparecer y la lluvia se había convertido en una fina neblina. Se intercambiaron murmullos de cautela entre quienes los vieron pasar, que abandonaron sus quehaceres de inmediato. Desde las altas y frondosas veredas hasta los caminos del bosque de abajo, las voces susurraban al unísono. Sin lugar a dudas, se trataba de los voluntarios.

Ander Elesedil seguía encerrado en el estudio de la gran mansión con su padre y Allanon ante la insistencia del druida para que se familiarizase con los mapas de Sarandanon, localizado en la Tierra del Oeste, y propusiese planes defensivos. En ese momento, Gael los informó de la llegada de los voluntarios.

—Majestad, un destacamento de caballería de la Legión Fronteriza ha llegado desde Callahorn —anunció el joven ayudante cuando apareció de súbito en la puerta del estudio—. Nuestras patrullas los encontraron a una hora de camino al este de la ciudad y los escoltan hasta aquí. Llegarán en pocos minutos.

—¡La Legión! —El rey dibujó una amplia sonrisa en su rostro agotado—. Ni si quiera pude esperarlo. ¿De qué destacamento se trata, Gael? ¿Cuántos son?

—No lo sé, majestad. Un mensajero de la patrulla trajo la noticia, pero no aportó detalles.

—Da igual. —Eventine se puso en pie y se deslizó hasta la puerta—. Cualquier ayuda es bienvenida, quienquiera que...

—¡Rey de los elfos! —La voz profunda de Allanon hizo que el padre de Ander se volviese al instante—. Aquí tenemos un cometido de importancia, un trabajo que no debe interrumpirse. Es probable que tu hijo pueda sustituirte en esta labor, aunque solo sea con el propósito de dar la bienvenida a los fronterizos.

Ander miró impresionado a Allanon y después, con inquietud, a su padre. El rey dudó unos instantes, pero al ver la mirada de su hijo asintió.

—Muy bien, Ander. Transmítele mis saludos al comandante de la Legión y dile que me reuniré con él en persona más tarde, probablemente esta noche. Encárgate de que se les proporcione alojamiento.

Ander salió de la gran mansión mientras una escolta de elfos cazadores lo acompañaba, agradecido por haber recibido una misión relevante. En pocos instantes, la sorpresa causada por la inesperada sugerencia de Allanon se transformó en curiosidad. Se percató de que no era la primera vez que el druida lo involucraba en algo cuando no había necesidad de ello. Ocurrió igual en el primer encuentro, cuando le habló a Eventine de Amberle y del Fuego de Sangre. A continuación, lo animó a ir a Paranor para que asumiese la responsabilidad de velar por la seguridad de su padre.

Esa sensación de alianza fue lo que le impulsó a ponerse en pie en el Consejo Supremo para respaldar a Amberle, cuando ningún otro lo hubiera hecho. Asimismo, en la reunión de aquella misma tarde, Allanon había hecho entrega a su padre de la vara de Ellcrys. Esas reuniones requerían la presencia de Arion, no la suya. Sin embargo, ¿por qué se ausentaba siempre?

Mientras atravesaba la verja principal de los jardines del palacio, el asunto flotaba todavía en su cabeza. Fue entonces cuando las primeras filas de la caballería de la Legión asomaron por el camino y lentamente empezó a vislumbrar a la unidad al completo. Ander aminoró el paso a la vez que arrugaba la frente. Reconoció a los jinetes. Las capas grises ribeteadas de carmesí colgaban aleteando de sus hombros, y sus cabezas estaban cubiertas por sombreros de ala ancha con una sola pluma escarlata. De los arneses de las monturas sobresalían los largos arcos y los espadones, y llevaban espadas cortas cruzadas en la espalda. Todos los jinetes portaban una lanza donde ondeaba una pequeña bandera gris y carmesí, y habían provisto a los caballos de una ligera protección de cuero con broches de metal. Cabalgaban por las calles húmedas de Arborlon en filas ordenadas bajo la escolta de los elfos cazadores que los encontraron durante su patrulla al este de la ciudad. Observaban a la multitud que se agolpaba para verlos a derecha e izquierda.

—Los voluntarios —murmuró Ander para sí—. Nos han enviado a los voluntarios.

Casi todo el mundo había oído hablar del destacamento más célebre y polémico de la Legión Fronteriza de Callahorn, cuyo nombre se refería a la promesa que se hacía a sus integrantes de no investigar ni pedir explicaciones sobre su vida anterior. A ningún soldado de los voluntarios se le preguntaba jamás por su pasado; su vida empezaba el día en que se alistaba. Lo que habían sido antes había concluido; solo el presente y lo que pudiesen aportar durante el tiempo que servían importaba realmente. La mayoría de ellos tenía mucho que esconder. Provenían de diferentes regiones, con distintas historias y diversas vidas, pero lo hacían por razones similares. Este destacamento estaba integrado en su totalidad por ladrones, asesinos, estafadores, soldados expulsados de otros ejércitos, hombres de clase alta y baja, y hombres con honor o sin él. Algunos acudían en busca de algo, otros huyendo, otros más por casualidad, pero todos trataban de escapar de su pasado y pretendían empezar de cero, oportunidad que el cuerpo de los voluntarios les brindaba.

El tiempo de servicio solía ser muy reducido para la gran mayoría, pues los voluntarios eran la unidad de choque de la Legión y, como tal, se consideraba que podían ser sacrificados. Así, sus soldados eran los primeros en batallar y morir. En todos los combates acaecidos desde la formación de este destacamento, aproximadamente treinta años atrás, su número de bajas había sido el más alto. Mientras que los soldados de los voluntarios enterraban su pasado, el futuro se les presentaba como una perspectiva aún más incierta. No obstante, muchos consideraban que se trataba de un intercambio hecho con justicia. En cualquier caso,

todo tenía un precio, el cual no era del todo exagerado. Entre los soldados que lo pagaban había una especie de orgullo; les daba una sensación de importancia, una identidad que los distinguía del resto de guerreros de las Cuatro Tierras. Formaba parte de la tradición en los voluntarios que sus soldados muriesen en la batalla, pero esta posibilidad no quitaba el sueño a los soldados. Al fin y al cabo, la muerte era la realidad de sus existencias y la afrontaban como un viejo conocido al que habían esquivado en más de una ocasión. No, la posibilidad de morir carecía de importancia, lo significativo era morir de forma adecuada.

A Ander le constaba que lo habían demostrado en numerosas ocasiones. Ahora los habían enviado a Arborlon para que lo hicieran una vez más.

La unidad de la Legión se detuvo ante las verjas de hierro y un jinete alto que iba al frente vestido con una capa gris desmontó. Cuando vio a Ander, ofreció las riendas de su caballo a otro jinete y se acercó hacia él a grandes zancadas. Al llegar ante el príncipe y su guardia, se quitó el sombrero de ala ancha e inclinó ligeramente la cabeza.

—Soy Stee Jans, comandante de los voluntarios de la Legión.

Durante un lapso de tiempo, Ander no contestó, pues se sentía sobrecogido por la apariencia de su interlocutor. Stee Jans era un hombre corpulento que parecía dominar a Ander. Docenas de cicatrices, algunas de las cuales atravesaban la barba roja que ensombrecía sus mandíbulas, cruzaban su joven y, a la vez, curtido rostro trazando líneas blancas a su paso. Una maraña de cabello rojizo, trenzado y atado, le caía hasta los hombros. Le faltaba parte de una oreja y en la otra llevaba colgada una anilla de oro. Sus ojos del color de la avellana se fijaron en los del príncipe con una expresión tan dura que parecían cincelados en piedra.

Ander se quedó absorto un momento, pero se recobró al instante.

—Soy Ander Elessedil. Mi padre es Eventine. —Extendió la mano para saludar y recibió un apretón de Stee Jans tan fuerte como el hierro. Sus manos eran morenas, encallecidas y duras. Ander puso fin al saludo y desvió la mirada hacia las largas filas de jinetes grises, buscando en vano otras unidades de la Legión—. El rey me ha encargado que os envíe sus saludos y me ocupe de que recibáis alojamiento. ¿Cuándo creéis que llegará el resto de unidades?

Una débil sonrisa cruzó el rostro repleto de cicatrices.

—No hay más, alteza. Solo los soldados de los voluntarios.

—¿Solo los...? —Ander dudó perplejo—. ¿Cuántos son, comandante?

—Seiscientos.

—¡Seiscientos! —Ander no logró ocultar la desilusión que sintió—. Pero ¿y la Legión Fronteriza? ¿Cuándo van a enviarla?

Stee Jans hizo una pausa antes de contestar.

—Alteza, creo que será mejor que sea sincero. La Legión no vendrá. El Consejo de las Ciudades todavía no se ha decidido al respecto. Como a la mayoría de los consejos, le resulta más sencillo deliberar acerca de una decisión que tomarla. Según

me han comunicado, vuestro embajador se expresó con elocuencia, pero en el Consejo hay muchas voces de cautela y algunas de rotunda oposición. El rey delega en el Consejo, que tiene sus miras puestas en el sur. La Federación es una amenaza que el Consejo puede advertir, pero vuestros demonios no son más que un mito de la Tierra del Oeste.

—¡Un mito! —Ander estaba estupefacto.

—Sois afortunados por poder contar al menos con los voluntarios —continuó el hombre corpulento con serenidad—. No contaríais con ellos si no fuese por la necesidad del Consejo de tranquilizar su conciencia. Dijeron que sería correcto enviar al menos una muestra de fuerza para ayudar a los aliados elfos. Los voluntarios era la elección lógica, como cada vez que se precisa un sacrificio.

La exposición de los hechos fue simple y no desprendía ningún tipo de rencor, ni siquiera amargura. Los ojos del hombre permanecieron fijos y carecían de expresión. Ander enrojeció.

—¡No creía que los hombres de Callahorn fuesen tan estúpidos! —exclamó, invadido por la ira.

Stee Jans lo escudriñó durante un momento, calibrándolo.

—Cuando Callahorn fue atacado por los ejércitos del Señor de los Brujos, los fronterizos pidieron ayuda a los elfos, pero el Señor de la Oscuridad apresó a Eventine y, en su ausencia, el Consejo Supremo de los elfos quedó desgobernado e incapaz de actuar. —Se detuvo un momento—. Lo mismo está ocurriendo en Callahorn: los fronterizos no han tenido un líder desde Balinor.

Ander lo contempló con un gesto de comprensión y sintió que su ira se aplacaba.

—Eres un hombre sincero, comandante.

—Soy un hombre honesto, alteza, lo cual me permite ver las cosas con imparcialidad.

—Lo que me has comentado puede que no agrada a algunos de Callahorn.

El fronterizo se encogió de hombros.

—Quizá por eso estoy aquí.

Ander sonrió poco a poco. Apreciaba a Stee Jans, incluso sin conocer nada más del él hasta el momento.

—Comandante, no era mi intención enfadarme. Por favor, comprende que no tiene nada que ver contigo. Y los voluntarios son bienvenidos. Ahora permíteme que me ocupe de tu alojamiento.

Stee Jans negó con la cabeza.

—No será necesario. Dormiré con mis soldados. Alteza, me han comunicado que el ejército de los elfos emprenderá el camino al alba. —Ander asintió—. Si es así, los Voluntarios partirán con ellos. Solo necesitamos descansar esta noche. Por favor, comuníquesele al rey.

—Se lo diré —prometió Ander.

El comandante de la Legión saludó, dio media vuelta y regresó con su corcel.

Cuando lo montó, hizo un gesto con la cabeza a los jinetes de la patrulla de elfos que habían escoltado a su unidad y las largas columnas grises miraron a la izquierda una vez más sobre la carretera repleta de fango.

Ander observó a la tropa con asombro. ¡Seiscientos hombres! Se preguntó si los seiscientos hombres del sur supondrían alguna ventaja frente a los miles de demonios que pronto llegarían para atacarlos.



Acompañados del silbido de sus flautas y redobles de tambores, los elfos abandonaron Arborlon de madrugada con una canción en los labios y las banderas de vivos colores ondeando bajo el cielo plomizo y nublado. A la cabeza cabalgaba Eventine Elessedil, con el cabello gris sobre la cota de malla de hierro azul mientras sostenía con entereza la vara plateada de Ellcrys. Como una sombra espectral, alta y negra, sobre el aún más alto y más negro Artaq, le acompañaba Allanon. Parecía que la muerte hubiera brotado de las profundidades de la tierra para cuidar de los elfos. Tras él montaban los hijos del rey: Arion, que vestía una capa blanca y portaba el estandarte de guerra de los elfos, un águila sobre un fondo carmesí; y Ander, que llevaba una capa verde y la bandera de la casa de los Elessedil, una corona tejida de ramas sobre un frondoso roble. Dardan, Rhoe y tres docenas de experimentados cazadores los seguían como guardia de los Elessedil; después, los grises y carmesíes de los voluntarios de la Legión. Una pequeña figura inclinada sobre su caballo de guerra, con su armadura rayada en mil combates ceñida al cuerpo esquelético como para mantener los huesos en su sitio, cabalgaba solitariamente al frente de su unidad: era Pindanon. El ejército iba al final, numeroso y amenazante: miles de elfos dispuestos en seis columnas. Lo componían tres unidades de caballería, con sus lanzas de batalla apuntando hacia el cielo, formando un bosque de varas con puntas de hierro; cuatro compañías de soldados de infantería, con picas y escudos; y dos compañías de arqueros, portando arcos élficos. Todos iban vestidos con túnicas de cota de malla y protecciones de cuero que aseguraban la movilidad.

El desfile era fascinante. Los adornos de la caballería y las armas crujían y tintineaban en medio del silencio del crepúsculo a medida que lanzaban débiles destellos en la nueva luz y convertían a los elfos en figuras extrañas que presagiaban muerte. Las botas de los hombres y los cascos herrados de los caballos golpeaban y chapoteaban en la tierra enfangada mientras abandonaban los patios de armas por el norte de la ciudad hacia el risco del Carolan, dispuestos a descender el Elfitch, la rampa curvada que fluía desde Arborlon hasta los bosques de más abajo. La gente de la ciudad se agolpaba a su paso para observarlos y se despedían de ellos agitando las manos para darles ánimos y esperanzas en mitad de un silencio plagado de emociones que carecían de voz, pues si la tuviesen, se habrían desparramado por todos lados: en lo alto del Carolan, sobre los muros y las verjas, en los campos y en los jardines, bordeando todo el camino. Frente a las verjas de los Jardines de la Vida se había reunido la Guardia Negra, que alzó las lanzas a modo de saludo cuando pasaron los hombres. Al borde del risco se congregaban los elfos cazadores de la Guardia Real y

el elfo que los dirigiría en ausencia del rey: Emer Chios, primer ministro del Consejo Supremo, ahora designado como el protector de la ciudad de Arborlon.

Tras descender el Carolan, los ejércitos de los elfos giraron y, continuando la espiral de la rampa de piedra que bajaba a lo largo de unos frondosos peñascos, atravesaron las siete puertas de las murallas que marcaban los niveles de descenso. En el último nivel el ejército giró al sur hacia el paso más estrecho. El ejército marchó por el puente solitario que atravesaba el río Song como una serpiente de lomo metálico, pues era el único acceso a la ciudad por el oeste. Lo cruzó y se adentró en la quietud de los bosques. Pronto se perdieron bajo la bóveda frondosa de los árboles los destellos de las armas y de las armaduras, así como las banderas y las melodías de las canciones. Los últimos vestigios de aquel desfile se disiparon cuando los rayos del sol matutino comenzaron a filtrarse por entre las nubes de la tormenta que se alejaba.

El ejército viajó rumbo al oeste durante cinco días atravesando los grandes bosques de la región hasta el Sarandanon. La lluvia se había desplazado al este, hacia Callahorn, y el sol relucía en un cielo despejado calentando los bosques sombríos. La marcha era moderada, lo que forzaba a la caballería a adaptar su paso al de los soldados que se desplazaban a pie. El peligro que amenazaba a los elfos se fue evidenciando conforme el ejército avanzaba hacia el oeste a través de las provincias fronterizas. Hasta sus oídos llegaron noticias acerca del traslado de familias de elfos que se dirigían al este portando todas sus pertenencias en carretas o a lomos de bueyes o caballos. Atrás dejaban sus casas y sus pueblos porque criaturas terribles deambulaban por la región del oeste y los amenazaban con escalofriantes voces; monstruos brutales y misteriosos que mataban sin motivo alguno y que se evaporaban tan rápido como llegaban. Habían devastado cabañas y allanado hogares descuartizando a los elfos que habían encontrado en su interior. Estos contratiempos no se producían con demasiada frecuencia, pero su reiteración bastó para cerciorar a los habitantes que escapaban de que ya no quedaba ningún lugar a salvo al oeste de Arborlon. Cuando se cruzaban con el ejército, los aclamaban con vítores y gritos, pero la duda no desaparecía nunca de sus rostros.

La marcha continuó hasta la tarde del quinto día, en la que el ejército abandonó el bosque y penetró en el Valle de Sarandanon, el cual se hallaba rodeado de diversos bosques al sur y al este; al norte, lo cercaban las montañas de Kensrowe y, al oeste, la amplia extensión del Innisbore. Se trataba de una región llana y fértil salpicada por pequeños grupos de árboles y manantiales de agua. La consideraban el granero de la nación élfica, puesto que las familias que vivían en el valle sembraban y cosechaban trigo, maíz y otros cereales, que posteriormente vendían o cambiaban en el resto del país. La agricultura era posible gracias a las temperaturas suaves y a un sistema de lluvia equilibrado. Durante generaciones, el Sarandanon había sido la principal fuente alimenticia para el pueblo élfico.

El ejército acampó esa noche en el extremo oriental del valle y al amanecer del día siguiente comenzó a cruzarlo. Después, siguió hacia el oeste un sinuoso y ancho camino de tierra que, dentro del Sarandanon, discurría ante vallados y grupos de casitas y cobertizos. Las familias trabajaban en los campos con afán y silenciosa aplicación. Pocos elfos de allí habían desertado hacia el este. Todo aquello que confería un sentido a sus vidas se encontraba enraizado en la tierra que cultivaban, por lo que el miedo no los expulsaría de allí con tanta facilidad.

A media tarde, el ejército llegó al extremo occidental del valle. A lo lejos, detrás del Innisbore, la contrahecha cordillera de la Línea Quebrada se alzaba en el horizonte y describía una curva hacia el norte por encima de las montañas de Kensrowe para terminar introduciéndose en la región salvaje del territorio del Kershalt. El sol coronaba las montañas mientras derramaba su luz dorada y fulgurante tras las rocas. En la creciente oscuridad de la parte este del cielo, el candor de la luna iluminaba débilmente.

El ejército giró hacia el norte. Entre el Innisbore y las montañas de Kensrowe, el Paso de Baen discurría a través de la escarpada región montañosa que quedaba bajo la Línea Quebrada hasta el Valle de Sarandanon. El ejército de los elfos se instaló justo ahí.

Allanon descendió de las Kensrowe cuando la noche cayó, tan silenciosa e inesperadamente como lo había hecho en las horas precedentes. Al pasar entre el laberinto de fogatas esparcidas por las praderas, su alta figura, oscura y solitaria, se proyectó sobre el campamento de los elfos como una sombra en la noche. Obvió a los soldados que lo observaban al pasar y fue directo a la tienda del rey de los elfos, con la cabeza escondida entre las sombras de su capucha. Los elfos cazadores que custodiaban la tienda de Eventine durante su guardia le permitieron adentrarse en ella sin poner problema, apartándose cuando este se aproximó.

Dentro encontró al rey frente a los alimentos que constituían su cena, los cuales descansaban sobre una pequeña mesa improvisada con tabloncillos apoyados sobre troncos. Dardan y Rhoe estaban en silencio al fondo de la tienda. En respuesta a una mirada del druida, Eventine los despidió. Cuando salieron, Allanon avanzó y se sentó a la mesa.

—¿Está todo preparado? —preguntó en un susurro.

Eventine asintió.

—¿Y el plan de defensa?

Bajo la luz de las lámparas de aceite, el rey apreció que el druida estaba sudando. Contempló con inquietud al místico, apartó la cena y desplegó sobre la mesa un mapa de la zona.

—Marcharemos al alba hacia la Línea Quebrada. —Trazó el recorrido con el dedo—. Protegeremos los pasos de la Cuenca de Halys y el Paso de Worl, y los

defenderemos frente a los demonios mientras nos sea posible. Si los pasos son forzados, retrocederemos hasta el Sarandanon. El Paso de Baen constituirá nuestra segunda línea de defensa. Cuando atraviesen la Línea Quebrada, los demonios pueden tomar tres caminos. Si se dirigen hacia el sur y evitan los pasos, deberán girar bajo el Innisbore y atravesar los bosques para luego dirigirse de nuevo hacia el norte. Si, en cambio, deciden ir hacia el norte desde un primer momento, deberán atravesar la región montañosa sobre las Kensrowe y luego marchar hacia el sur. Cualquiera de estas rutas retrasaría su avance sobre Arborlon varios días. La única opción que les queda es atravesar el Paso de Baen y toparse con los ejércitos de elfos.

La mirada oscura de Allanon se fijó en el rey.

—Se decantarán por el Paso de Baen.

—Podremos resistir allí unos días —continuó el rey—. Puede que más en caso de que no se les ocurra rodearnos.

—Dos días, nada más —dijo el druida con voz apagada y apática.

Eventine se puso tenso.

—Muy bien, dos días, pero si toman el Paso, el Sarandanon estará perdido. Arborlon será nuestra última defensa.

—Así es. —Allanon inclinó la cabeza y cruzó las manos ante sí—. Ahora debemos ocuparnos de otro asunto que aún no te he comentado. —Su voz era suave, casi un susurro—. Los demonios ya no están con nosotros; me refiero a aquellos que ya han cruzado la Prohibición: el Dagda Mor y sus seguidores. Han dejado de vigilarnos y perseguirnos. Si lo estuvieran haciendo, yo lo sentiría y lo cierto es que no he notado nada desde que nos marchamos de Arborlon.

El rey elfo lo observó fijamente sin decir palabra.

—Me extrañaba que no despertáramos en ellos ningún interés. —El druida sonrió levemente—. Esta tarde subí a las montañas para estar solo y descubrir adónde habían ido. Poseo poderes que me permiten ver a quienes no ven mis ojos. De todas formas, debo usarlos con extrema prudencia, porque al hacer uso de ellos revelo a otros con poderes similares a los míos, como el Dagda Mor, tanto mi presencia como la de aquellos a quienes busco. No pude arriesgarme a usarlos para seguir a Wil Ohmsford y a tu nieta en su viaje hacia el sur; si lo hubiese hecho, habría revelado su paradero a los demonios, pero buscar al Dagda Mor es un riesgo que puedo asumir.

»Por tanto, examiné los alrededores para descubrir dónde se ocultaba, pero no estaba escondido. Lo encontré junto a sus seguidores más allá del muro de la Línea Quebrada, en las llanuras de Hoare. Ahora bien, no puedo anticipar sus acciones, porque, aunque sienta su presencia, sus pensamientos permanecen ocultos para mí. Lo invade un mal tan fuerte, que solo rozarlo un breve instante me provocó un gran dolor, por lo que tuve que retirarme inmediatamente. —El druida se enderezó—. Es cierto que los demonios están reunidos en las llanuras esperando el derrumbamiento de la Prohibición. He comprobado que trabajan para acelerar el proceso. Lo hacen sin tapujos, no les preocupan los planes que los elfos puedan tener, lo cual me hace

sospechar que ya conocen esos planes.

Eventine palideció.

—El espía que está en mi casa y que informó a los demonios acerca de tus planes de ir a Paranor.

—Eso podría explicar por qué los demonios muestran un desinterés tan evidente por nuestros movimientos —comentó Allanon—. Si ya conocen nuestras pretensiones de detenerlos en la Línea Quebrada, no es necesario que nos sigan para vigilarnos. Tan solo tienen que esperar a que lleguemos.

Las implicaciones de esa declaración no pasaron inadvertidas para Eventine.

—Entonces la Línea Quebrada podría ser una trampa.

El druida asintió.

—La cuestión es: ¿qué tipo de trampa preparan los demonios? Para hacer frente a un ejército de esta envergadura necesitan a los que continúan encerrados en la Prohibición, ellos solos no son suficientes. Quizás si somos rápidos...

Dejó la frase sin terminar y se levantó.

—Una cosa más, Eventine. Ve con cautela. El espía se encuentra entre nosotros, en este campamento, probablemente entre aquellos en quienes has depositado tu confianza. Si se presenta la oportunidad, podría intentar matarte.

Se giró para dirigirse hacia la entrada. Su sombra creció como la de un gigante sobre las paredes de lona de la tienda, proyectada por la luz temblorosa de las lámparas de aceite. El rey lo observó enmudecido durante un momento y luego se puso en pie con ímpetu.

—¡Allanon!

El druida miró hacia atrás.

—Si los demonios conocen el motivo que nos lleva a dirigirnos a la Línea Quebrada... Si saben eso, entonces también sabrán que Amberle lleva la semilla de Ellcrys hacia el Valle de los Indómitos.

Se produjo un silencio incómodo durante el cual los dos humanos se miraron frente a frente. Luego, sin responder, el druida se giró y desapareció por la entrada de la tienda hacia la noche oscura.

En ese mismo momento, Ander se abrió paso por el atestado campamento de los elfos en busca de los voluntarios de la Legión y Stee Jans. Aparentemente, su cometido era preocuparse por las necesidades de los soldados de la Legión, pero en el fondo tenía un interés personal por el comandante. No había vuelto a hablar con él desde que los voluntarios llegaron a Arborlon y quería descubrir algo más sobre el enigmático hombre del sur. Decidió aprovechar que carecía de tareas urgentes para buscarlo y entablar una larga charla con él.

Halló el campamento de los voluntarios en el lado sur de las Kensrowe, con su guardia ya apostada y los caballos amarrados y alimentados. Nadie le formuló

ninguna pregunta cuando se adentró. Al no localizar de inmediato el alojamiento del comandante, detuvo a unos soldados para preguntarles por su paradero, quienes lo remitieron a un capitán de la Legión.

—¿El comandante? —El capitán era un tipo corpulento con una barba espesa y una risa profunda y sonora—. Vaya usted a saber. Estoy seguro de que no está en su tienda. En cuanto montamos el campamento se fue en dirección a las montañas.

—¿A explorar? —preguntó Ander, incrédulo.

El capitán se encogió de hombros.

—Lo cierto es que le gusta conocer el lugar donde puede morir. —Rio—. Nunca cede esa clase de inspección a otros, le place hacerla personalmente.

Ander asintió.

—Supongo que por eso sigue vivo.

—¿Vivo? Ese nunca morirá. ¿Sabe cómo lo llaman? El Hombre de Hierro. Así es el comandante.

—Parece bastante duro —convino Ander, con la curiosidad despierta.

El capitán se aproximó más y, durante un momento, ambos olvidaron a quién se estaban dirigiendo.

—¿Conoce lo de Rybeck? —preguntó el fronterizo.

Ander negó con la cabeza y en los ojos del otro apareció una chispa de satisfacción.

—Preste atención. Hace una década, un grupo de bandidos gnomos estaba quemando y matando gente en la parte oriental de las regiones fronterizas. Un montón de pequeñas ratas perversas. La Legión intentó darles caza de todas las maneras posibles, pero ninguna funcionó. En un último recurso, el rey envió a los voluntarios con órdenes de encontrarlos y aniquilarlos, aunque invirtieran en la tarea lo que quedaba de año. Recuerdo esa persecución, yo ya estaba en los voluntarios.

Se acuclilló junto al fuego y Ander le siguió colocándose a su lado. Otros empezaron a acercarse para escuchar la historia.

—Tras cinco semanas de persecución, los voluntarios encontraron sus huellas por todo el camino del este que conduce hacia Alto Anar. Un día, cuando nos acercábamos, una patrulla nuestra formada por tan solo veintidós hombres se topó con una retaguardia de varios cientos de bandidos. La patrulla pudo retroceder, pero no lo hizo. Eran soldados de los voluntarios, así que decidieron luchar. Enviaron un hombre en busca de refuerzos y los demás resistieron en el interior de un pueblecito llamado Rybeck, que no era más que un puñado de casas. Durante tres horas, esos veintidós soldados combatieron a los bandidos, neutralizando todos sus ataques. Un teniente, tres suboficiales y dieciocho soldados. Uno de los suboficiales era muy joven, no llevaba más que siete meses en los voluntarios, pero ya había ascendido a cabo. Nadie sabía mucho de él, puesto que nosotros no solemos hablar acerca de nuestro pasado.

El capitán se inclinó hacia delante.

—Pasadas dos horas, ese muchacho era el único oficial que había sobrevivido. Reagrupó a la media docena de soldados que quedaban con vida en una pequeña cabaña de piedra y se negó a rendirse y huir. Cuando las fuerzas de apoyo al fin llegaron, encontraron el pueblo plagado de cadáveres de gnomos. —La mano del hombre se cerró en un puño ante el rostro de Ander—. Más de cien. Todos nuestros hombres perecieron, excepto dos, y uno de ellos murió ese día. Eso dejó solo a uno: al joven cabo.

Hizo una pausa y soltó una carcajada sonora.

—Ese chico era Stee Jans. Por eso le llaman el Hombre de Hierro. ¿Y Rybeck? —Movi6 la cabeza de un lado a otro con solemnidad—. Rybeck es un ejemplo de cómo un soldado de los voluntarios debe luchar y morir.

Los soldados reunidos alrededor murmuraron mientras asentían. Ander esper6 un poco y se levant6 a la vez que el capitán, irguiéndose como si de repente hubiese recordado con quién estaba conversando.

—Sea como sea, alteza, el comandante no est aquí ahora mismo. —Hizo una pausa—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Ander hizo un gesto de negaci6n con la cabeza.

—Vine para preguntarle si precisaba de alguna cosa.

—Un poco de bebida —grit6 alguien, pero el capitán lo mand6 callar con un gesto de su mano a la vez que soltaba un juramento.

—Estamos bien, alteza —respondi6—. Tenemos lo que nos hace falta.

Ander asinti6 con lentitud. Los soldados de los voluntarios eran hombres duros que habían realizado un largo viaje hasta Arborlon y despu6s, tras una sola noche de reposo, marcharon forzosamente hasta el Sarandanon. Se pregunt6 si realmente habría muchas cosas que esos hombres necesitaran.

—Entonces buenas noches, capitán —dijo.

Le dio la espalda y se encamin6 hacia el campamento de los elfos con la historia del comandante de la Legi6n a quien llamaban el Hombre de Hierro todavía en su mente.

**A**l día siguiente, cuando el alba palpitaba en el este como un débil resplandor plateado, el ejército de los elfos y sus aliados de la Legión partieron del Sarandanon en dirección norte, atravesaron el Paso de Baen y siguieron por las montañas que se extendían al otro lado. Las armaduras y los arneses rechinaban y tintineaban, las botas y los cascos repicaban con una ruda cadencia, y en la fría mañana el aire se llenaba del vapor blanco que exhalaban humanos y caballos. Nadie pronunciaba palabra alguna, ni silbaba, ni cantaba. En las filas predominaba una sensación de curiosidad y precaución. Los elfos y los fronterizos salieron con la certeza de que marchaban hacia la batalla.

Rodearon las montañas, que eran áridas e intrincadas, llenas de surcos y erosionadas por el viento, con las laderas cubiertas de vegetación baja. Frente a ellos, todavía lejos, la oscura masa de la Línea Quebrada se recortaba contra el cielo que empezaba a clarear. Paulatinamente, cuando el sol iluminó el horizonte, las montañas destacaron en la oscuridad como un conjunto de picos y riscos, de precipicios y abruptas laderas. La temperatura empezó a subir. Siguieron avanzando hasta que al final de la mañana el ejército giró hacia el oeste: columnas de hombres a pie y a caballo cruzaban barrancos y cerros, extendiéndose sobre la tierra. Hacia el sur, las aguas del Innisbore resplandecían con destellos azules, y sobre su agitada superficie volaba una bandada de gaviotas de cuerpos blancos y con las puntas de las alas negras, cuyos gritos eran agudos y persistentes.

A mediodía, el ejército alcanzó la Línea Quebrada, y Eventine ordenó que se detuviesen. Las montañas se recortaban en el horizonte como una enorme y oscura pared rocosa. Las cumbres se elevaban cientos de pies hacia el cielo, amontonadas, como si un gigante las hubiese cogido entre sus manos y las hubiera presionado hasta agrietar y romper la piedra. Plácidas y silenciosas, yermas y gélidas, las invadía el vacío, la oscuridad y la muerte.

Dos pasos partían la Línea Quebrada como finos hilos que unían la tierra de los elfos con las llanuras de Hoare. Al sur estaba la Cuenca de Halys y, al norte, el Paso de Worl. Si, como había previsto el druida, los demonios huían de la Prohibición por las llanuras, estarían obligados a ir al este a través de uno de estos dos pasos para llegar a Arborlon, donde el ejército de los elfos trataría de detenerlos.

—Nos separaremos aquí —anunció Eventine a sus oficiales. Ander acercó su montura al pequeño círculo para oír mejor lo que decían—. El ejército se dividirá: una primera mitad se dirigirá al norte con el príncipe Arion y el comandante Pindanon para defender el Paso de Worl; la otra marchará conmigo al sur, hacia la Cuenca de Halys. ¿Comandante Jans? —El rostro bronceado del comandante del



Cuerpo de Voluntarios de la Legión se hizo visible—. Me gustaría que los voluntarios de la Legión marchasen hacia el sur. Pindanon, da las órdenes.

El círculo de jinetes se disolvió una vez tuvieron la información. Ander dirigió una breve mirada a su hermano; sus ojos se cruzaron con frialdad antes de que Airon se diese la vuelta.

—Ander, quiero que vengas conmigo —le gritó su padre desde lejos.

Kael Pindanon se acercó al rey galopando. Los dos antiguos camaradas se despidieron con un apretón de manos. Ander volvió a mirar a su hermano, pero Arion ya se dirigía a la cabeza de la columna.

Allanon apareció, con su oscuro rostro impassible.

—Está canalizando su odio hacia el lugar equivocado —susurró el druida, e hizo que Artaq continuara su camino.

Se oyó la voz de Pindanon. Al separarse el ejército de los elfos, las banderas y las lanzas se elevaron a modo de saludo. Los clamores y vítores perturbaron la calma matutina y resonaron a través de los riscos y los despeñaderos. El aire se llenó fugazmente de ruidos impetuosos y fieros. Después, el destacamento de Pindanon viró hacia el norte y se adentró en las colinas hasta perderse de vista en medio de una gran nube de polvo.

Los soldados del rey giraron hacia el sur. Dedicaron varias horas a avanzar laboriosamente por las estribaciones de la Línea Quebrada, siguiendo los constantes desniveles de sus colinas. Sobre sus cabezas, el sol se trasladaba al oeste a través de los picos de las montañas, lo cual provocó que las sombras empezaran a alargarse. Una brisa austral proveniente de los bosques lejanos enfrió el aire estático y caluroso del mediodía. Poco a poco, las colinas se convirtieron en praderas. En uno de los extremos, la oscura boca de la Cuenca de Halys se abría entre las rocas, flanqueada por una serie de picos estrechos y escarpados.

Eventine alzó un brazo para detener el regimiento y mantuvo una breve reunión con sus oficiales. Bajo la entrada oriental del paso se extendían varias millas de llanuras abiertas que llegaban por el sur hasta el límite del bosque. Si los demonios buscaban una forma de cruzar la Línea Quebrada bajo la Cuenca de Halys, podían deslizarse hacia el norte por el bosque y atrapar al ejército de los elfos dentro del paso. Necesitarían una retaguardia como protección contra esa posibilidad. Una unidad de caballería bastaría para cumplir esa misión; además, sería poco útil si el ataque se producía dentro del paso.

Ander observó que su padre dirigía una rápida mirada a Stee Jans. Luego, el rey anunció que aquella misión la desempeñaría la caballería de los elfos. La orden fue transmitida y la caballería de los elfos se separó del cuerpo principal del ejército para desplegarse por las praderas. A una señal de Eventine, el resto del ejército se adentró en la Cuenca de Halys. Los elfos marcharon por la amplia y sombría brecha que se abría entre los escarpados riscos que se alzaban sobre ellos. Casi de inmediato, el suelo empezó a empinarse, y los soldados avanzaron con dificultad. El aire se enfrió

rápidamente, y los sonidos de los cascos y las botas golpeando la roca producían ecos espectrales. Cuanto más ascendía el camino, menos segura era la marcha, las piedras desprendidas se acumulaban en el suelo y aumentaban las grietas de la superficie. El avance se ralentizó.

Se detuvieron de golpe. Ante ellos se abría un gran precipicio, una fisura enorme que se hundía en un profundo vacío negro que les cortaba el paso. El camino de la izquierda recorría la ladera de la montaña, amplio y sin obstáculos, descendiendo hasta un desfiladero al otro extremo del precipicio. A la derecha, un estrecho saliente bordeaba la hendidura; se trataba de un sendero medio desmoronado que apenas permitiría el paso a un jinete. A su alrededor, los escarpados muros rocosos parecían inclinarse hacia dentro permitiéndoles ver tan solo una delgada e irregular franja de cielo.

El ejército se decantó por el camino más ancho de la izquierda y se alejó de la boca negra del precipicio. Cuando llegaron al desfiladero, vieron que el camino accedía a un cañón iluminado por el sol de la tarde, donde crecían la hierba y algunos matojos. Grupos de pedruscos salpicaban el suelo y una corriente estrecha se deslizaba por las escarpadas rocas hasta una pequeña laguna rodeada de matorrales. Las liebres corrieron entre ellos cuando el ejército se aproximó y varios pájaros que bebían en la orilla alzaron el vuelo.

Los elfos atravesaron el cañón, donde el paso se abría en una garganta ancha y serpenteante que conducía al vasto vacío de las llanuras de Hoare. De pronto, Eventine levantó la mano para indicar un alto. Recorrió toda la garganta con sus ojos, observando más allá de un laberinto de rocas amontonadas y empinadas pendientes que descendían entre las gigantescas paredes rocosas. Sin decir nada, asintió con la cabeza. Aquel era el lugar donde el ejército se apostaría.

La oscuridad empezó a insinuarse en la Línea Quebrada a medida que la luz grisácea del ocaso se combinaba con neblinas rojizas y doradas bajo el cielo de las llanuras de Hoare. Tras la muralla de montañas, el satélite plateado se elevó sobre el bosque y, una por una, las estrellas empezaron a parpadear. La Cuenca de Halys se sumió en un profundo silencio.

Ander Elesedil estaba solo sobre un montículo en medio de la garganta que conducía a las llanuras mientras sostenía con cuidado entre los brazos la vara plateada de Ellcrys. Examinó en silencio las filas de elfos cazadores y del Cuerpo de Voluntarios de la Legión, reproduciendo mentalmente, por vigésima vez durante la última media hora, la estrategia que su padre había concebido para la defensa del paso. Un amplio ascenso se arqueaba sobre el paso a unos centenares de yardas de su boca, una plataforma plana de roca que dominaba una pendiente escarpada llena de piedras sueltas y matorrales. Allí situaría el ejército su primera defensa. Los arqueros se alinearían frente al cerro para disparar contra los demonios cuando se acercaran

desde las llanuras a través de la Cuenca de Halys e iniciaran la subida de la pendiente. En el momento en que los demonios estuviesen demasiado cerca para que los grandes arcos actuaran con eficacia, los arqueros serían reemplazados por una falange de lanceros y piqueros que soportarían lo más duro del asalto. Se mantendría una segunda falange de reserva para reforzar la primera. Los defensores resistirían en el collado todo lo que pudieran para, a continuación, retroceder varios centenares de yardas hasta una posición similar. Si invadían la garganta, retrocederían hasta la boca del cañón. Si también tomaban la entrada del cañón, tendrían que defenderse dentro del cañón; y así, sucesivamente, hasta que el ejército fuera expulsado de la Cuenca de Halys. Era un buen plan. Ander se sintió satisfecho al pensar que los demonios no ocuparían el paso fácilmente. Las posiciones defensivas estaban bien situadas; cuando el ataque empezara, los elfos estarían preparados.

Alzó la vista y contempló las llanuras. Todo permanecía inmóvil. La tierra estaba vacía y en silencio. Aún no había señal de los demonios.

No obstante, llegarían. Su mano se deslizó lentamente por la pulida madera de la vara de Ellcrys a medida que palpaba las irregularidades de la superficie. Su padre le había confiado el cuidado de la vara durante unos momentos, mientras descendía por la pendiente para realizar una inspección personal de las defensas de los elfos. Ander inspiró profundamente el aire nocturno. ¿Protegería la vara a los elfos? ¿Prestaría también su magia a los que ahora eran humanos mortales y no criaturas fantásticas como sus antepasados? Miró la vara y la apretó con fuerza entre sus manos tratando de encontrar su propia fuerza en la firmeza de esta. Allanon había dicho que aquella vara contenía el poder de Ellcrys sobre los demonios, que debilitaría el mal y lo haría vulnerable a las armas de los elfos. Sin embargo, la duda nublabla la mente de Ander. Los demonios eran un mal ininteligible, nacidos de un mundo que no existía desde hacía tiempo, un mundo que nadie excepto ellos había visto nunca ni podía imaginar.

Entonces una idea apareció en su mente. Nadie salvo Allanon, que tal vez formara parte de ese mundo olvidado y oscuro.

Su padre apareció de pronto al emerger de entre las sombras para detenerse junto a él. Sin mediar palabra, Ander le entregó la vara de Ellcrys. El rostro y los ojos del anciano reflejaban cansancio y preocupación. Ander se obligó a mirar a otro lado.

—¿Está todo en orden? —preguntó al cabo de un rato.

El rey asintió con actitud distraída.

—Todas las posiciones defensivas están fijadas.

De nuevo enmudecieron. Ander intentó buscar una manera de encauzar la conversación. Lo había asaltado una inquietud que no cedía y que le provocaba la necesidad de tener a su padre cerca. Quería que Eventine lo comprendiera, pero le resultaba complicado transmitirle tales pensamientos. Ninguno de los dos había tenido nunca mucha facilidad para expresar sus sentimientos al otro.

Su tristeza aumentó. Lo mismo ocurría con Arion, sobre todo con Arion. Existía un distanciamiento entre ambos que nunca había llegado a comprender, un

alejamiento que podría haberse remediado si alguno de los dos hubiera sido capaz de afrontarlo en una conversación, pero ninguno lo intentó y, ahora, la situación se había agravado. Arion estaba ofendido por su actitud ante el Consejo Supremo, por su apoyo a Amberle como portadora de la semilla de Ellcrys y por su negativa a exigirle una explicación sobre sus actos. Ya no hablaría más con su hermano. ¡Arion albergaba tanta amargura! Sin embargo, Ander lo comprendía. Cuando unos meses atrás Amberle se marchó de Arborlon y abandonó sus responsabilidades como Elegida sin dar explicaciones, ambos compartieron esa amargura en la misma proporción, porque también quería a su sobrina. Durante largo tiempo permitió que esa aflicción se interpusiera y actuara de barrera contra todo lo que ella había significado en otra época. Volver a verla le redescubrió parte de sus antiguos sentimientos hacia ella. Le habría gustado explicarle eso a Arion; necesitaba hacerlo, pero no había podido encontrar la forma de acercarse a él.

Se sobresaltó al percibir que Allanon estaba a sus espaldas. El druida se había materializado de la nada, sin el menor murmullo de sus ropajes oscuros. El rostro encapuchado lo observó durante un momento, luego se desvió hacia su padre.

—¿No vas a dormir?

Eventine parecía aturcido.

—No, todavía no.

—Te conviene descansar, rey elfo.

—Pronto iré. Allanon, ¿crees que Amberle sigue viva?

Ander contuvo la respiración y miró al druida. Allanon permaneció en silencio un momento antes de responder.

—Está viva.

Ante esa frase lacónica, Eventine lo miró con curiosidad y asombro.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, lo imagino.

—¿Y por qué lo imaginas?

El druida levantó un poco la cabeza, estudiando el cielo con sus ojos hundidos.

—Porque Wil Ohmsford no ha usado todavía las piedras élficas. Si la vida de Amberle hubiera corrido peligro, lo habría hecho.

Ander frunció el entrecejo. ¿Piedras élficas? ¿Wil Ohmsford? ¿Qué era todo aquello? Entonces recordó a la segunda persona embozada en el Consejo Supremo que Allanon había llevado junto con Amberle al estudio, y que en ningún momento se había descubierto. Ese debía de ser Wil Ohmsford.

Se volvió hacia Allanon, con las preguntas asomando en su rostro, pero se contuvo y disimuló. Quizás era algo sobre lo que no debía inquirir. Después de todo, se lo habían mantenido en secreto. Si Allanon hubiera querido que supiese algo más, se lo habría dicho. Pero ¿por qué había hecho aquel comentario delante de él?

Confuso, dirigió la mirada a las llanuras, observando cómo el sol se deslizaba tras el horizonte y los colores del atardecer se difuminaban en la noche.

—Hay hogueras de campaña dispuestas frente a la entrada del paso —murmuró su padre al cabo de un rato—. Voy a dar orden de que las enciendan.

Se alejó hacia la garganta y Ander se quedó a solas con Allanon. Los dos permanecieron en silencio, como estatuas en la creciente oscuridad, observando la figura del anciano rey descender lentamente entre las rocas. Los minutos transcurrían. Ander estaba abstraído cuando, de pronto, la voz del druida rompió el silencio.

—¿Quieres saber algo más sobre Wil Ohmsford, príncipe elfo?

Ander observó al hombre alto con sorpresa y asintió con un rápido movimiento de cabeza.

—Entonces lo sabrás. —Allanon ni siquiera le miró—. Escucha.

Con voz apacible, le habló de Wil Ohmsford, de su herencia y de su cometido respecto a los elfos. El príncipe recordó las historias de su padre sobre los vallenses, Shea y Flick Ohmsford, y la búsqueda de la legendaria Espada de Shannara. Y ahora el nieto de Shea, heredero del poder de una magia que ningún elfo había poseído desde la aniquilación del antiguo mundo, se había convertido en el protector de Amberle.

Cuando el druida acabó, Ander guardó silencio durante un momento, con los ojos fijos en las sombras por donde su padre había desaparecido, cavilando. Después volvió a mirar al druida.

—¿Por qué razón me lo has contado, Allanon?

—Porque debías estar al corriente de ello.

Ander movió la cabeza con lentitud.

—No, me refiero a por qué precisamente a mí.

Entonces el druida lo miró, con su rostro aguileño medio escondido entre las sombras de la capucha.

—Por muchas razones, Ander —dijo—. Quizá porque cuando nadie respaldó a Amberle esa noche del Consejo Supremo, tú sí lo hiciste. Quizá por eso.

Sus ojos negros se mantuvieron posados en Ander durante un momento y se apartaron de nuevo.

—Ahora tienes que descansar. Debes dormir.

Ander asintió, ensimismado en otros pensamientos. ¿Había respondido realmente el druida a su pregunta? Miró fugazmente a Allanon; luego desvió la vista hacia otro lado, intrigado. Momentos después, cuando lo miró de nuevo, el druida se había esfumado.

**A**l romper el alba, las llanuras de Hoare amanecieron completamente cubiertas de una niebla espesa y gris. Densa, inmóvil e impenetrable, se extendía sobre la tierra como un sudario. La noche se alejaba de las brumas mientras la pálida y plateada luz de los primeros rayos de sol se derramaba por la Línea Quebrada. Cuando desapareció la noche, la niebla despertó y comenzó a desplazarse con lentitud, primero agitándose junto al muro de montañas como una sopa hedionda hirviendo en su olla, luego arremolinándose con creciente velocidad, encrespándose contra los riscos hasta que las rocas se desvanecieron como si la niebla se las hubiera tragado para siempre.

Arriba, en la clausura sombría de la Cuenca de Halys, entre su padre y Allanon, rodeados por la Guardia Real, Ander Elessedil miraba hacia abajo. Veía cómo el ejército de los elfos se preparaba para defenderse de las hordas de demonios. Una fila tras otra de arqueros, lanceros y piqueros atravesaba la garganta que se abría hacia las llanuras, con las armas preparadas y concentrados en la niebla que se arremolinaba en la entrada del paso. De la niebla surgirían los demonios, pero aún no había rastro de ellos. A medida que los minutos pasaban y el ataque no llegaba, los soldados empezaron a impacientarse. Ander sentía que el desasosiego de las tropas se iba transformando en miedo, igual que le sucedía a él.

—¡Sed fuertes! ¡No os dejéis amedrentar! —tronó la voz de Allanon de pronto, y todos los ojos se volvieron hacia su figura oscura—. No es más que niebla, aunque la hayan provocado los demonios. ¡Tened valor! La Prohibición se está derrumbando. ¡Los demonios la cruzarán de un momento a otro!

La niebla todavía cubría la entrada de la Cuenca, como detenida por una barrera invisible que impedía su avance. El silencio, profundo y penetrante, invadía el ambiente. Cuando Ander asió el asta de la bandera de la Casa de los Elessedil, las manos le temblaban, y luchó con todas sus fuerzas para tranquilizarse.

De repente, comenzaron a oírse gritos lejanos y estremecedores que parecían proceder de las entrañas de la tierra. Parecía como si la bruma arremolinada exhalara rayos de fuego rojo que salían disparados hacia el cielo todavía oscuro. Los gritos se intensificaron hasta convertirse en aullidos agudos y salvajes, cargados de furia. Aumentaron exponencialmente hasta fundirse en un único alarido interminable que surgió de las llanuras para penetrar en el estrecho desfiladero de la Cuenca de Halys.

—Ya llegan —murmuró Allanon con voz ronca.

Los soldados del ejército élfico pusieron una rodilla en tierra. El estruendo irrumpió como una ola. Ajustaron las flechas a las cuerdas de los arcos, dispusieron las lanzas y las picas. Al otro lado de la entrada del paso hubo una erupción de fuego

rojo en la niebla que tiñó cielo y tierra con su reflejo. Los gritos y alaridos se incrementaron hasta alcanzar una agudeza ensordecedora, e incluso el aire pareció explotar con un ruido atronador que chocó contra la muralla de la Línea Quebrada y sacudió la roca hasta su centro. Ander gritó con desesperación, pero la fuerza del trueno los tiró a todos al suelo. Se incorporaron con rapidez, con los ojos alerta. El silencio se extendió por toda la tierra. La niebla gris volvió a estabilizarse.

—¿Allanon? —inquirió en voz baja.

—Esto ha llegado a su fin. La Prohibición se ha quebrantado —susurró el druida.

En pocos instantes, los gritos y rugidos de exaltación enloquecida volvieron a brotar de las llanuras y las hordas de demonios, libres al fin de su prisión durante siglos, penetraron en la boca de la Cuenca de Halys. Aparecieron en el fondo de la garganta, como una oleada de cuerpos oscuros que avanzaban con esfuerzo. Cada demonio poseía un aspecto y tamaño diferente, pero todos estaban encorvados y deformados por la oscuridad que los había mantenido encerrados. Tenían dientes, garras y espinas afiladas, pelo y escamas o piel de cerdas; caminaban torpemente o se arrastraban, se enterraban, volaban, saltaban y resbalaban; todos seres de leyendas o pesadillas. Todas las criaturas de los viejos cuentos de horror estaban allí; medio humanas y medio irracionales, sombras grises y fugaces que el ojo apenas alcanzaba a seguir. Inmensos ogros que andaban arrastrando los pies, con facciones terriblemente desfiguradas; duendecillos que revoloteaban como impulsados por el viento; trasgos y duendes, ennegrecidos por el humus y el fango; formas de serpientes que lanzaban su veneno mediante contorsiones frenéticas; furias y demonios lobo; necrófagos que se alimentaban de carne y sangre humana; arpías y vampiros que oscurecían el cielo cuando elevaban sus cuerpos voluminosos separándose de la masa formada por sus semejantes. Al surgir de la niebla, se desgarraban unos a otros en su anhelo por liberarse.

Los grandes arcos de los elfos silbaron, derribaron a la primera oleada de demonios con una primera oleada de flechas. No obstante, sus cuerpos apenas estorbaron el paso del resto, que trepaba con celeridad sobre los cadáveres de los que habían caído. Los arqueros elfos dispararon repetidamente a medida que los demonios continuaban su avance, chillando de rabia y frustración. Menos de cincuenta pasos separaban a ambas fuerzas, por lo que los arqueros decidieron retroceder y la falange de lanceros y piqueros avanzó hasta la cima del cerro, tomando sus armas y dispuestos a lanzarlas. Los demonios siguieron aproximándose, desplazándose como una masa de cuerpos retorcidos que se acercaban saltando sobre las rocas de la garganta hacia donde los esperaban los elfos.

Con un crujido sordo, la marea de demonios arremetió contra el muro de la falange y atacó con garras y dientes. Las primeras filas de elfos se resintieron levemente, pero aguantaron. Los alaridos de los demonios atravesados por las lanzas élficas inundaron la estrecha garganta. No sin dificultad, los elfos cazadores los hicieron retroceder, viendo con horror cómo la masa que venía detrás rebasaba las

figuras que habían caído. Los demonios embistieron de nuevo contra los elfos y consiguieron abrir varias brechas que fueron cerradas de inmediato por la falange posterior que avanzó para taponar los huecos de la primera línea. Los elfos también comenzaron a morir, enterrados bajo la masa negra de los atacantes, arrancados de sus filas y descuartizados. Y seguían emergiendo demonios de la niebla, miles de demonios que se extendían por el suelo de la garganta y por sus paredes. Las flechas los derribaban a ritmo constante, pero por cada uno que caía, aparecían tres demonios más. Las filas de los elfos comenzaron a combarse ante la embestida de los atacantes. Toda la línea corría el peligro de quebrarse y ser destruida.

Eventine ordenó retroceder. Rápidamente los elfos se retiraron y se situaron en una segunda línea de defensa, una plataforma de roca colocada justo debajo del paso que conducía de regreso al cañón. Volvieron a restallar los arcos y una descarga de flechas voló hacia la masa atacante. Los lanceros y los piqueros formaron sus filas y se prepararon para el asalto. De golpe, una oleada de oscuras formas enemigas se abrió paso con sus garras, trepando sobre los arbustos y las piedras mientras arremetían contra la barrera de lanzas de los elfos. Murieron cientos en el ataque, atravesados por flechas y lanzas, o atrapados bajo los pies de sus hermanos. No obstante, siguieron llegando, surgían de la niebla dentro del profundo embudo de la garganta, y embestían contra las líneas de los defensores elfos que los hicieron retroceder, una, dos, hasta tres veces. La Cuenca de Halys se llenó de cuerpos oscuros, aplastados y sangrantes, que gritaban de dolor y de odio.

A la entrada del cañón, Ander observó en silencio la evolución de la batalla. Los elfos perdían terreno. Tal y como había asegurado Allanon, la vara de Ellcrys debilitaba a los demonios que se abalanzaban sobre los elfos, que morían bajo las estocadas y sablazos de su ejército, pero aquello no sería suficiente para detener a las hordas que acometían sin descanso; ni siquiera con el coraje de los soldados, las posiciones defensivas seleccionadas y todo el plan cuidadosamente trazado sería suficiente. La cantidad de demonios era muy superior al número de elfos.

Volvió la vista hacia su padre, pero el rey no se dio cuenta. Las manos de Eventine apretaban la vara nudosa de Ellcrys y toda su atención estaba centrada en la lucha que tenía lugar abajo. La línea defensiva de los elfos empezaba a combarse peligrosamente. Los demonios trataron de romper las menudas filas de lanceros y piqueros que todavía les impedían seguir avanzando, utilizando armas arrancadas a los elfos muertos, rocas e improvisadas porras de madera, dientes y garras y la pura fuerza bruta. El Cuerpo de Voluntarios de la Legión, en reserva hasta entonces, acudió al centro de la línea de elfos, lanzando sus gritos de batalla. Los demonios no paraban de llegar.

—No podemos resistir —murmuró Eventine y se dispuso a dar la orden de retirada.

—Quédate cerca —le susurró Allanon a Ander.

En ese instante, los demonios atravesaron el flanco izquierdo y se abalanzaron por



la garganta hacia el grupo de humanos que se encontraban ante la boca del cañón. La Guardia Real se desplegó en formación delante del rey y de Ander para protegerlos, con Dardan y Rhoe uno a cada lado. El metal de las espadas cortas resplandeció cuando las desenfundaron de su envoltorio de cuero. Ander fijó en la roca el estandarte de los Elesedil y enarboló su arma. El sudor resbalaba por su cuerpo bajo la protección de la cota de malla y el miedo había secado su boca.

Entonces Allanon avanzó; cuando alzó los brazos, sus ropas negras ondearon. El fuego azul que surgió de pronto de los dedos del druida cortó la media luz, y toda la tierra que cercaba a los atacantes explotó. El humo que generó el desprendimiento de las rocas se dispersó sobre los oscuros cuerpos sin vida. Aun así, no todos habían caído y, por un instante, los supervivientes titubearon. Tras ellos la brecha se había vuelto a cerrar, por lo que no existía la posibilidad de volver atrás. Avanzaron aullando con furia y arremetieron contra la Guardia Real. El combate fue terrible. Los demonios cayeron muertos, atravesados por las espadas de los elfos cazadores. Sin embargo, unos cuantos lograron abrirse paso y se abalanzaron sobre el rey. Un duende delgado y negro saltó hacia Ander alargando las garras hacia su garganta. El príncipe elfo alzó su espada para hacerle frente, pero un miembro de la Guardia Real se interpuso y lo derribó de una sola estocada. Al ver la batalla cada vez más cerca, Ander retrocedió horrorizado y tropezó. Los demonios habían vuelto a romper el flanco izquierdo, y Allanon se dirigió hacia allí. Para frenar la invasión, el druida proyectó el fuego azul hacia los atacantes, cuyos gritos llenaron el aire. Varios demonios habían abierto una brecha en el flanco derecho y llegaron cargando en un esfuerzo desesperado para ayudar a sus hermanos atrapados detrás de las líneas defensivas de los elfos. Ander se quedó petrificado. Los miembros de la Guardia Real no eran suficientes para detenerlos.

De pronto, los atacantes lanzaron una porra que derribó a Eventine. El rey recibió el golpe en la sien y se desplomó al instante, dejando caer la vara de Ellcrys. Un rugido se elevó de las gargantas de los demonios y estos presionaron con furia renovada. Seis de los que habían llegado por la pendiente se acercaron al rey para acabar con él.

Ander, dejando atrás el miedo y con el rostro desencajado por la furia, se precipitó hacia el lugar donde estaba su padre. Gritando de rabia, arremetió contra los primeros atacantes, duendes negros parecidos al que casi había acabado con su vida un momento antes; dos cayeron muertos antes de que el resto se diese cuenta de lo que ocurría. Como si se hubiera vuelto loco, Ander acometió a los otros para alejarlos del rey caído.

Por un momento reinó el caos. La línea defensiva de los elfos había sido forzada a retroceder casi hasta la entrada del cañón. Los demonios arremetían en manadas y aplastaban a los elfos que se interponían en su camino, gritando de júbilo al ver que Eventine había sido derribado. Ander luchaba con desesperación para mantener a los demonios lejos de su padre. En su arranque de cólera, tropezó con uno de los que

había matado y cayó. Los demonios no dudaron en abalanzarse sobre él y atacándolo con las garras para arrancarle la armadura. Durante un terrible instante creyó que iba a morir, pero Dardan y Rhoe se abrieron paso hasta alcanzarlo, ahuyentaron a los atacantes y le ayudaron a levantarse. Aturdido, se acercó hasta su padre y se arrodilló junto a él, con la incredulidad y la preocupación dominando su rostro. Le tomó el pulso, que era débil y lento. Su padre aún vivía, pero no estaba en condiciones de ayudar a los elfos ni a él. El rey, el único que podía salvarlos de lo que estaba sucediendo...

En ese momento, Allanon apareció a su lado. Recogió del suelo la vara de Ellcrys, levantó a Ander de un tirón y puso el talismán en sus manos.

—Ya te lamentarás después, príncipe elfo. —Acercó su oscuro rostro al de Ander—. A partir de ahora mandarás tú. Deprisa, haz que los elfos se retiren hacia el cañón.

Ander iba a protestar, pero se detuvo. Lo que vio en los ojos del druida le convenció de que no era el momento ni el lugar adecuado para discutir. Obedeció sin objeciones. Ordenó que alejasen a su padre de la batalla, reunió a la Guardia Real a la entrada del cañón y envió mensajeros al centro y a ambos flancos de la línea defensiva con órdenes para que retrocedieran. Se situó a la entrada de la garganta, con Allanon a su lado, donde los elfos y los hombres fronterizos pudieran verlo, y observó cómo se aproximaba la batalla.

Los lanceros y los piqueros de la falange de elfos y los soldados grises del Cuerpo de Voluntarios obstruyeron la boca del cañón. Entonces apareció Stee Jans, con su cabello rojo ondeando y un enorme espadón en las manos. Allanon desplegó sus ropas negras, alzando los brazos por encima de su cabeza, y de sus dedos emanó el fuego azul.

—¡Es el momento! —ordenó a Ander—. ¡Retroceded por el cañón!

Ander alzó la vara de Ellcrys. Todos los elfos y los soldados del Cuerpo de Voluntarios abandonaron la lucha y retrocedieron por el paso que conectaba la garganta con el cañón. Los demonios estallaron en gritos de furia mientras intentaban seguirlos.

Allanon se quedó solo a la entrada del paso. Una avalancha de demonios se precipitaba hacia él, un montón de cuerpos oscuros trepaba por la garganta. La delgada figura del druida se irguió en la sombra de los muros rocosos. Alzó las manos de nuevo y el fuego azul brotó de ellas. Toda la entrada del cañón ardió en llamas, el fuego se elevó como un muro ante los demonios enfurecidos, impidiéndoles avanzar. Profiriendo gritos y aullidos, retrocedieron.

Dentro del cañón, Allanon se dirigió a Ander.

—El fuego durará unos pocos minutos. —El rostro del druida, cubierto de sudor y polvo, estaba contraído—. Después nos volverán a seguir.

—Allanon, ¿cómo podremos resistir contra tan extraños...? —preguntó Ander sin esperanza.

—No podremos. No en este lugar ni en este momento. —El druida lo cogió del

brazo—. Los pasos de la Línea Quebrada están perdidos. Debemos escapar cuanto antes.

Ander impartió las órdenes de inmediato. Siguiendo su mandato el ejército de los elfos se retiró por el cañón tan rápido como pudo. Las reservas de caballería cabalgaban a la cabeza con los heridos que podían ir sentados sobre los caballos; los lanceros, piqueros y arqueros iban detrás llevando a los que no podían. La Guardia Real portaba al rey inconsciente. Allanon y Ander cerraban filas. Estaban a punto de pasar el estanque rodeado de arbustos en el centro del cañón cuando las llamas que impedían el paso a los demonios fulguraron y se extinguieron.

Los elfos volvieron la mirada. Por un instante, la entrada quedó franca, y los demonios se arrojaron de tal forma para atravesarla que en su afán por llegar al otro lado obturaron el estrecho pasadizo. Persiguieron aullando a los elfos que huían, pero era demasiado tarde, pues el cuerpo principal del ejército ya había llegado al desfiladero. Una retaguardia del Cuerpo de Voluntarios bajo las órdenes de Stee Jans desplegó sus filas. Allanon, Ander y los miembros de la retaguardia de la Guardia Real atravesaban los últimos pies del cañón. En la boca del desfiladero, se volvieron un momento para contemplar las hordas de demonios que se acercaban.

El espectáculo era impresionante y espantoso. Los demonios se extendían por el cañón como una ola oscura sobre el suelo cubierto de hierba de pared a pared, esforzándose y revolviéndose como ratas corriendo ante las aguas de una gran crecida. El druida y los elfos los contemplaron con incredulidad, parecía que el número de demonios fuera infinito.

De pronto, la ola pareció partirse con brusquedad y justo en el centro se vislumbró una figura monstruosa y cubierta de escamas de color verde oscuro. Su aspecto bestial empequeñeció a sus hermanos al erguirse dentro del paso del cañón. Se abrió camino entre ellos, apartándolos como si fueran hojas secas. El grito de los elfos fue de terror. Se trataba de un dragón. Su cuerpo serpenteante estaba cubierto de espinas y de una capa oleosa producida por sus propias secreciones. Su voluminoso cuerpo arqueado se alzaba sobre seis patas enormes y nudosas, acabadas en garras y revestidas de pelo oscuro. La cabeza, con cuernos y llena de costras, tenía una protuberancia deforme en la cual brillaba un ojo verde y sin párpado, y se movía en el aire como buscando algo. Cuando el olor de la sangre de los elfos llegó hasta sus orificios nasales, abrió las fauces y mostró varias filas de dientes mellados mientras sacudía frenéticamente su cola, haciendo saltar por los aires cuerpos destrozados por su furia. Los demonios se apartaron de inmediato y el monstruo avanzó reptando, haciendo temblar la roca con su pesado movimiento.

En el otro lado del cañón, Allanon observó durante un momento cómo se aproximaba. Luego se dirigió a Ander.

—Salid de aquí ahora mismo. ¡Rápido!

Ander estaba pálido.

—Pero el dragón...

—... es demasiado para ti. —La voz del druida era fría—. Haz lo que te ordeno. Yo me encargaré del dragón.

Ander retrocedió para dar la orden y el ejército de los elfos se retiró hacia el otro lado de la abertura. Con Stee Jans a su lado, Ander volvió a mirar una vez más. Allanon estaba solo de cara al cañón. El dragón ya había sobrepasado el centro y avanzaba pendiente arriba hacia el desfiladero. En aquel momento divisó al druida, esa figura negra y solitaria que no huía como las otras, y deseó alcanzarlo para acabar con su vida. Las enormes patas del dragón se agitaban mientras apartaban las piedras y la tierra de debajo. Avanzaba rodeado por otros demonios, que le seguían gritando de excitación, tropezando unos con otros para mantenerse apartados de su monstruoso hermano. Allanon permaneció en su sitio, con la capa oscura ceñida al cuerpo, hasta que el dragón estuvo a menos de cien pies del desfiladero. Entonces abrió su capa y alzó sus delgados brazos, extendiendo las manos hacia el monstruo. Sus dedos proyectaron el fuego azul hacia la cabeza y el cuello del dragón, y el aire se llenó del olor a carne chamuscada. Sin embargo, la criatura no se detuvo. Esquivó el ataque como si fuera poco más que una molestia y siguió su camino. De nuevo el fuego incidió sobre ella y le quemó las patas delanteras y el pecho, dejando rastros de humo que se elevaban desde su cuerpo. Lanzó un silbido de furia frío y penetrante, pero a pesar de todo siguió avanzando.

Allanon retrocedió corriendo por el desfiladero, dirigiéndose rápidamente hacia el extremo opuesto. Se volvió una vez más. El dragón se irguió ante él, impulsándose hacia delante por el estrecho pasadizo. Allanon le atacó con varias ráfagas repentinas e intensas de fuego azul. El silbido del dragón sonó cargado de odio en el aire, reflejando su frustración por no poder alcanzar a la insolente criatura que le atacaba. Los muros del desfiladero obstaculizaban sus torpes movimientos de avance. Tras él, los gritos de los otros demonios lo incitaban para que siguiera avanzando.

Poco a poco, Allanon se apartó de la boca del desfiladero hacia la abertura. El humo y polvo que llenaban el pasadizo velaban la figura bestial del dragón que, de pronto, se hizo visible. Sus fauces estaban abiertas. Allanon unió ambas manos entre sí y envió una llamarada de fuego hacia el ojo del monstruo. Cuando la llamarada lo alcanzó, envolvió por completo la cabeza. Esta vez el dragón gritó y emitió un terrible aullido de dolor y furia. Su cuerpo se elevó dentro del desfiladero y rebotó contra los muros de piedra, hasta que los riscos temblaron por la fuerza de los impactos. Algunos bloques de piedra cayeron sobre el monstruo mientras la criatura se sacudía y se retorció de dolor.

Poco después una enorme grieta se abrió en el muro sur y toda la cara de la montaña empezó a desmoronarse lentamente sobre el desfiladero. El dragón advirtió el peligro y se lanzó hacia delante haciendo un último esfuerzo para escapar. Medio cegado por el dolor y el polvo, consiguió salir del desfiladero. Los bosques de piedra siguieron cayendo tras él, enterrando a los demonios que trataban de seguirlo. El fuego azul volvió a proyectarse sin producir efecto alguno. Ahora el dragón estaba

prevenido, por lo que sacudió su cabeza deforme para esquivarlo. Ante él, se alzaba la oscura figura del druida. Silbando con furia, el monstruo se dirigió torpemente hacia su enemigo con sus horribles mandíbulas abiertas. Allanon se giró y echó a correr, no hacia el camino más ancho que se encontraba a la derecha, sino hacia el estrecho reborde que se curvaba hacia la izquierda sobre la hendidura. Confundido, sin saber lo que le aguardaba, el dragón lo siguió. Entró en el reborde con lentitud mientras expandía sus fauces hacia el humano que huía, impulsado por sus enormes patas.

Pero, el reborde se agrietó y la roca cedió bajo el peso de la enorme criatura. En un esfuerzo desesperado, el dragón se abalanzó sobre el druida. Allanon saltó hacia atrás en el momento en que las enormes fauces se cerraban a poca distancia de su cabeza. Después, con un último y terrible silbido, el dragón resbaló sobre el quebradizo reborde y cayó hacia el negro abismo del precipicio, desapareciendo en una avalancha de piedras y tierra, gritando de odio.

Ander Elesedil, desde el lado opuesto de la fisura, observó cómo Allanon regresaba por los restos del reborde. Un momento después desvió la vista. Una rápida observación del desfiladero le descubrió que había quedado obstruido por numerosos bloques de piedra. En su cara ensangrentada se dibujó lentamente una amarga sonrisa. Los demonios no podrían seguirlos por la Cuenca de Halys. Los elfos contaban con un breve respiro, una oportunidad para reagruparse y resistir en otro lugar.

Se volvió. En el interior de la boca del paso, a sus espaldas, los soldados del ejército de los elfos miraban desde las sombras en silencio, con las caras nubladas por el cansancio y la incertidumbre. El príncipe leyó lo que sus rostros reflejaban. ¿Cuántos demonios habían atravesado la Prohibición? Muchos más de los que cualquiera de ellos habría imaginado. Si no habían sido capaces de detenerlos allí, ¿cómo iban a detenerlos en el Sarandanon?

Apartó la vista. Ander no tenía la respuesta para eso. ¿Acaso la tenía alguien?

El ejército que salió de la Cuenca de Halys estaba abatido y avergonzado por la derrota. Para los difuntos no había retorno posible y para los heridos no había alivio que suavizara el intensísimo dolor de los cortes provocados por las garras venenosas y los dientes de los demonios. Sus gritos desgarrados se suspendían en la quietud del mediodía. Para el resto, los que marchaban hacia el sur a lo largo de la Línea Quebrada, no había consuelo tras lo ocurrido, ni lo habría en un futuro próximo. Cuando empezaron a recibir los primeros rayos del sol, la sed les secó las bocas y la amargura enturbió sus pensamientos.

Ander Elesedil los condujo aunque sin acabar de creerse capaz de ser su líder; se sentía poco más que una víctima de las circunstancias y era consciente de que no tenía las ideas claras. Anhelaba el fin de la lucha, que su padre recuperara la consciencia y que su hermano regresara. Aguantó entre sus manos la vara de Ellcrys y pensó cuán ingenuo era. Todo carecía de sentido. Sin embargo, sabía que tendría que interpretar aquel papel durante un tiempo más, al menos hasta que el ejército llegara al Paso de Baen. Afortunadamente, allí se acabaría todo.

Su mirada se posó en Allanon. El druida cabalgaba en silencio a su lado, con aspecto enigmático, enrollado en las ropas que lo protegían, con la mente abstraída. Durante la marcha se volvió una sola vez para hablarle.

—Ahora comprendo por qué nos han permitido llegar hasta aquí —dijo con sosiego—. Querían conducirnos a esas montañas.

—¿Quiénes?

—Ellos, príncipe elfo —respondió Allanon con frialdad—. Como son tantos, sabían que no podríamos hacer nada para combatirlos y han dejado que cayéramos en su trampa.

La figura solitaria de un jinete se recortó sobre el horizonte y se fue acercando al grupo con un intenso galope a través de las praderas. Ander levantó la vara de Ellcrys e indicó que se detuvieran. Con Allanon a su lado, se acercó al jinete, que se paró ante ellos, despeinado y cubierto de polvo. Ander conocía a aquel elfo, era un mensajero al servicio de su hermano.

—Flyn —dijo a modo de saludo.

El mensajero titubeó antes de recorrer la fila de soldados con la mirada.

—Traigo un mensaje para el rey —empezó a decir.

—Comunica tu mensaje al príncipe —intervino Allanon con brusquedad.

—Alteza —saludó Flyn con el rostro blanco. De repente brotaron lágrimas de sus ojos—. Príncipe... —empezó recobrando el aliento, pero su voz se quebró y no pudo continuar.

Ander bajó del caballo e indicó a Flyn que lo imitara. En silencio, pasó un brazo alrededor del aturdido mensajero y se alejó varios pasos para poder hablar a solas con él. Allí miró al elfo cara a cara.

—Cálmate y dime.

Flyn asintió tenso.

—Alteza, tengo instrucciones de comunicar al rey que el príncipe Arion... ha muerto.

Ander negó con la cabeza.

—¿Muerto? ¿Cómo puede estar muerto? ¡No puede estar muerto!

—Nos atacaron al amanecer, alteza. —Ahora Flyn lloraba sin disimulo—. Los demonios eran tan numerosos que nos arrollaron. El estandarte de batalla cayó y... y cuando el príncipe Arion trató de recuperarlo, los demonios lo alcanzaron...

Ander alzó la mano para hacerle callar. No quería oír más. Era una pesadilla. Sus ojos brillaron al mirar a Allanon y el rostro oscuro del druida se volvió hacia él. Allanon lo sabía.

—¿Tenemos el cuerpo? —logró preguntar Ander.

—Sí, alteza.

—Que me lo traigan.

Flyn asintió en silencio.

—Alteza, una cosa más. —Ander aguardó—. Hemos perdido el Paso de Worl, pero el comandante Pindanon cree que lo podemos recuperar. Solicita refuerzos de caballería para barrer las praderas que bordean el paso para...

—¡No! —lo interrumpió Ander y su voz adquirió un tono excitado. Se recompuso con esfuerzo—. No, Flyn. Comunica al comandante Pindanon que debe retirarse sin alargarlo más. Debe volver al Sarandanon.

El elfo tragó saliva y dirigió una mirada fugaz a Allanon.

—Discúlpeme, alteza, pero tengo instrucciones de tratar este asunto directamente con el rey. El comandante dice...

Ander lo entendió.

—Informa al comandante de que mi padre está malherido. —Flyn palideció aún más y Ander tomó una bocanada de aire fresco y prosiguió—. Transmite a Kael Pindanon que soy yo quien dirige el ejército de los elfos y que debe retirarse enseguida. Coge otro caballo, Flyn, y regresa rápidamente. ¡Suerte, mensajero!

Flyn se despidió y desapareció. Ander se quedó solo observando las praderas vacías, mientras una extraña turbación le inundaba, una turbación provocada por el hecho de que ya no habría ninguna opción de construir un puente sobre el precipicio que siempre lo había separado de Arion. Porque lo había perdido para siempre.

Se dio la vuelta y se permitió llorar.

La oscuridad se intensificaba en el Valle de Sarandanon, las sombras se extendían en

el Paso de Baen sobre el ejército de los elfos. En el interior de su tienda, Eventine Elesedil yacía aún inconsciente con la respiración entrecortada. Ander permanecía junto a él y lo contemplaba con todas sus fuerzas concentradas en que despertara; solo entonces podrían juzgar la gravedad de las heridas. Después de todo, era un anciano, y Ander temía por su vida.

En un impulso tomó la mano de su padre con cuidado. No tenía fuerzas. El anciano no se movió. Ander la retuvo un momento, la soltó y se reclinó fatigado.

—Padre —susurró casi para sí mismo.

Se levantó y se alejó abstraído. ¿Cómo había sucedido todo aquello? Su padre derribado y gravemente herido, su hermano muerto y él convertido en el líder de los elfos. ¿Cómo había ocurrido? Era un sinsentido que no conseguía asimilar. En realidad, siempre había existido la posibilidad de que su padre y su hermano murieran dejándolo como único representante de los Elesedil, pero era una posibilidad tan remota que nadie había creído que pudiera llegar a ser real. Pensó angustiado que no estaba preparado. ¿Qué había sido para su padre y su hermano además de un par de manos dispuestas a ayudar? El gobierno del pueblo de los elfos, sus deseos, sus expectativas, siempre habían sido su responsabilidad. Sin embargo, ahora...

Sacudió la cabeza, preocupado. Debía gobernar al menos un tiempo. Debía liderar el ejército que su padre había mandado antes. Debía defender el Sarandanon y hallar la forma de detener a los demonios. La Cuenca de Halys había evidenciado la dificultad de este propósito y los elfos eran plenamente conscientes de que, de no haberse producido el desprendimiento de rocas que había bloqueado la Cuenca, los demonios los habrían aniquilado. Su primera tarea sería convencer a los elfos de que esto no volvería a suceder en el Paso de Baen a pesar de la trágica muerte del rey y de su primogénito. Tenía que conseguir infundirles esperanzas y no disponía de mucho tiempo.

Se sentó otra vez junto a su padre. Kael Pindanon podría ayudarle; era veterano de guerra, un soldado experimentado, pero ¿estaría dispuesto? Sabía que estaba furioso con él por haber ordenado la retirada de las posiciones de la Línea Quebrada. Pindanon todavía no había regresado porque se había quedado atrás con la caballería de los elfos para impedir el avance de los demonios sobre el Sarandanon, pero su desaprobación había llegado a oídos de Ander a través de los comentarios de varios oficiales. Cuando llegase, se enfrentaría a él directamente y la situación podría complicarse. Ander sabía de antemano que iban a pedirle que renunciara al mando del ejército en favor de Pindanon. Movié la cabeza otra vez. Lo práctico sería entregárselo a él y dejar que fuera el viejo guerrero quien asumiese las tareas de la defensa del país de los elfos. Quizá eso era lo que debía hacer. Sin embargo, algo en su interior se resistía a aceptar esta solución; era preciso actuar con cuidado antes de delegar responsabilidades que tan claramente le correspondían.

—¿Qué harías tú? —preguntó en voz baja a su padre, aun sabiendo que no obtendría respuesta.



La oscuridad se intensificaba a medida que pasaba el tiempo.

Dardan apareció en la entrada de la tienda.

—El comandante Pindanon ha regresado —anunció—. Ha pedido verle.

Ander asintió con la cabeza y se preguntó durante un momento dónde estaría Allanon, al que no había visto desde que habían llegado. Pero esta idea se le fue rápidamente de la cabeza; el encuentro con Pindanon era un escollo que tenía que resolver solo. Se disponía a levantarse cuando recordó que la vara de Ellcrys estaba en el suelo junto a la cama de su padre. La tomó con ambas manos mientras contemplaba al anciano.

—Descansa —murmuró.

Luego salió.

En la cámara contigua, el comandante Pindanon lo esperaba con la armadura cubierta de polvo y sangre, con el rostro barbudo y enrojecido por la ira. Avanzó hacia el príncipe Ander.

—¿Por qué ordenó la retirada? —inquirió sin preámbulos.

Ander no se inmutó.

—Baja la voz, comandante. El rey descansa.

Hubo un momento tenso de silencio mientras Pindanon lo fulminaba con la mirada. Después, habiendo recobrado la calma, preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Duerme —contestó Ander con frialdad—. Ahora, ¿me puedes repetir la pregunta?

Pindanon adoptó una actitud arrogante.

—¿Por qué ordenó la retirada? Podría haber vuelto a tomar el Paso de Worl y habríamos mantenido la Línea Quebrada como quería su padre.

—Mi padre quería mantener la Línea Quebrada mientras fuera posible —respondió, con sus ojos fijos en los de Pindanon—. Con mi padre herido, mi hermano muerto y la Cuenca de Halys perdida, ya no lo es. Nos expulsaron de allí del mismo modo que vosotros fuisteis expulsados del Paso de Worl. —Pindanon se tensó, pero Ander lo ignoró—. Para reconquistar el Paso de Worl, tendríamos que haber llevado a cabo una marcha forzada hacia el norte con un ejército que acababa de ser derrotado y que era consciente de que tendría que volver a combatir de inmediato. Si nuestras fuerzas conjuntas hubiesen vencido, tendrían que haberse enfrentado a otra marcha agotadora hacia el Sarandanon con pocas posibilidades de descansar antes de iniciar la defensa del valle. Y todavía peor, cualquier contienda que se hubiera producido dentro de los pasos de la Línea Quebrada se tendría que haber desarrollado sin la ayuda de la caballería. Si tenemos que detener el avance de los demonios, necesitamos todas nuestras fuerzas. Por eso ordené la retirada, comandante.

Pindanon negó con seguridad.

—Usted no es un soldado preparado, alteza. No tenía derecho a tomar una decisión tan importante sin consultar con el comandante jefe del ejército. Si no hubiera sido por mi lealtad a su padre...

Ander levantó la cabeza bruscamente.

—Te prohíbo que termines esa frase, comandante.

Su mirada se desvió brevemente hacia la entrada de la tienda por donde entraron Allanon y Stee Jans. Mientras que la aparición de Allanon era de esperar, Ander se sorprendió al ver al comandante del Cuerpo de Voluntarios de la Legión. El fronterizo saludó con un gesto cortés, pero no dijo nada.

Ander se giró hacia Pindanon.

—En cualquier caso, ya está hecho. Ahora ocupémonos del futuro. ¿Cuánto tiempo tenemos de margen antes de que nos ataquen de nuevo?

—Un día, quizá dos —respondió Pindanon—. Necesitan recuperar fuerzas y reagruparse.

Allanon alzó la cabeza.

—Mañana al amanecer.

El silencio se extendió por un instante.

—¿Estás seguro? —preguntó Ander.

—Los empuja una fuerza superior que sobrepasa con creces la necesidad de dormir. Mañana al alba.

Pindanon escupió en el suelo.

—Solo nos queda decidir cómo los detendremos cuando lleguen —declaró Ander mientras sujetaba la vara de Ellcrys.

—Muy fácil —añadió Pindanon con impaciencia—. Defendiendo el Paso de Baen. Lo acordonamos y así los podremos detener en la parte estrecha antes de que alcancen el valle.

—Ya lo intentamos en la Cuenca de Halys y fue un desastre. Los demonios forzaron la falange de elfos por su apabullante superioridad numérica. No hay ningún indicio de que puede ser distinto esta vez.

—Hay muchos indicios para creerlo —insistió Pindanon con énfasis—. Nuestras fuerzas no están divididas aquí como lo estaban en la Línea Quebrada. Los demonios que vengan de las llanuras tampoco habrán descansado. Podemos valernos de la caballería como soporte. La situación ha cambiado, creedme. En esta ocasión ganaremos nosotros.

Ander miró un momento hacia Allanon, pero el druida no se dio por enterado. Pindanon se le acercó un poco más.

—Deme la capacidad de decisión que ostentaba su padre y autoríceme para organizar la defensa como sé que él la hubiera organizado. Los elfos pueden defender el Paso perfectamente, no importa cuál sea su fuerza. Su padre y yo sabíamos...

—Comandante. —El príncipe de los elfos habló con voz suave pero implacable—. En la Cuenca de Halys fui testigo de hasta dónde pueden llegar los demonios. Vi

lo que eran capaces de hacer en una línea de defensa que mi padre creía blindada. Es un enemigo distinto a los otros que nos hemos encontrado. No se puede comprender hasta qué punto odian a los elfos y ese odio los empuja con tanto ímpetu que incluso mueren para saciarlo. No les importa. Y la pregunta es: ¿podemos decir lo mismo, nosotros? ¿Nosotros que tanto estimamos la vida? No lo creo. Precisamos más que tácticas usuales para sobrevivir a ese encuentro.

Por el rabillo del ojo, vio que Allanon asentía con la cabeza.

Pindanon hizo una mueca de irritación.

—Le falta fe, alteza. Su padre no habría adoptado tan rápidamente...

Ander le interrumpió.

—Mi padre no está aquí, pero si estuviese, te habría dicho lo mismo que yo. Quiero sugerencias, comandante, no órdenes.

Pindanon enrojeció y luego señaló a Allanon.

—¿Qué opina él? ¿Tiene alguna idea?

El rostro oscuro de Allanon permaneció impasible.

—No se pueden parar, comandante. Solo podremos conseguir retrasarlos.

—¿Retrasarlos?

—Para que la portadora de la semilla de Ellcrys tenga suficiente tiempo para alcanzar el Fuego de Sangre y volver.

—¿Otra vez con eso? —resopló Pindanon—. ¡Por Dios, nuestro destino en manos de esa muchacha! Druida, no creo en mitos. Si hay que salvar la Tierra del Oeste, se hará con el valor de los elfos y la experiencia de los soldados. A todos los demonios se los puede matar.

—Como los elfos —añadió el druida con tono sombrío.

Cayó un largo silencio sobre ellos. Pindanon se alejó unos pasos, con los brazos cruzados, hasta que se volvió a girar hacia ellos.

—¿Permaneceremos en el Paso de Baen o no, príncipe Ander? No he oído más ideas que las mías.

Ander vaciló y deseó que Allanon hiciera otra propuesta, pero fue Stee Jans quien rompió el silencio con voz áspera.

—Alteza, ¿puedo decir algo?

Ander casi había olvidado que estaba allí. Lo miró y asintió.

—Alteza, los voluntarios de la Legión han afrontado dificultades similares en más de una ocasión, siempre en defensa de las Tierras Fronterizas. Para nosotros siempre ha sido motivo de orgullo sobrevivir a enemigos que nos superan en fuerza y número y gracias a eso hemos aprendido muchas lecciones. Una de ellas, que ahora nos puede ser especialmente útil, es recurrir a una línea defensiva móvil cuando el enemigo te supera en número. Gracias a nuestra experiencia hemos aprendido a estructurar nuestros frentes defensivos en varias líneas móviles y flexibles que se desplazan según el rumbo de la batalla. Estas líneas van atacando y retirándose, para presionar al enemigo primero por un lado, luego por otro y así sucesivamente. Debemos atacar

los flancos mientras el enemigo se vuelve para ahogar cada nueva ofensiva y, después, retirarnos cuando el ataque ya se haya hecho efectivo.

Pindanon resopló.

—Así ni ganas ni mantienes posiciones, comandante.

Stee Jans se giró hacia él.

—Cuando el enemigo haya avanzado lo suficiente para alcanzarnos y por lo tanto cuando sus líneas estén más debilitadas, cerraremos nuestras filas por los lados y caeríamos sobre él. Así.

Formó una V con las manos y las juntó con una palmada. Se produjo otro silencio.

—No lo veo claro —murmuró Pindanon titubeante.

—¿Cómo lo haríamos? —Ander preguntó a Stee, ignorando el comentario de Pindanon.

—Con una formación de dos arcos en las laderas de las Kensrowe, en la entrada del Paso para dificultar el avance. Los soldados de infantería estarán a la cabeza, para dar la impresión de que queremos seguir la misma estrategia que en la Cuenca de Halys. Cuando los demonios ataquen, deben resistir un tiempo y luego ceder. Tendremos que permitirles la entrada y soltar una liebre para atraerlos, en este caso un destacamento de caballería. Una vez hayan extendido sus líneas y sus flancos queden expuestos, los cerraremos rápidamente por ambos lados antes de que retrocedan o pidan refuerzos. Nos serviremos de las lanzas para mantenerlos alejados y eso nos dará ventaja porque los demonios no utilizan armas. Si nos mantenemos fuera de su alcance, no podrán causarnos ningún daño. Tras destruir sus primeras filas, soltaremos una segunda liebre para dirigirlos hacia otro lado. De este modo, los desequilibraremos y será entonces cuando nos ocupemos de sus flancos.

Concluyó. Los elfos lo observaban sin parpadear. Pindanon frunció el ceño.

—¿Quién hará de cebo esta vez?

Stee Jans sonrió.

—¿Quién si no nosotros, comandante?

Pindanon se encogió de hombros y Ander lo interrogó con la mirada.

—Puede funcionar —admitió el viejo guerrero a regañadientes—. Sobre todo si la liebre es buena...

—La liebre conoce unos cuantos trucos —replicó Stee Jans—. Por eso ha sobrevivido a tantas cacerías.

Ander y Allanon se miraron. El druida asintió.

—Este será nuestro plan de defensa —anunció el príncipe elfo con rotundidad. Su mano estrechó la de Pindanon y luego la del Hombre de Hierro—. Trabajemos ahora para su éxito.

Esa misma noche, cuando todo estaba dispuesto para la batalla del día siguiente, Ander Elesedil tomó consciencia de la suerte que había tenido por la presencia de Stee Jans en la reunión con Pindanon. Más tarde, se le pasó por la cabeza que quizá

no se debía realmente a la suerte sino a los planes del enigmático errante conocido como Allanon.

Se pultaron a Arion con las primeras luces de la mañana. Su hermano, Pindanon y cuatro docenas de miembros de la Guardia Real lo enterraron a la manera tradicional de los elfos: al nacer el nuevo día. Lo trasladaron en silencio hasta un cerro cubierto de robles, bajo el Paso de Baen, que dominaba por el este el valle verde de Sarandanon y por el oeste la extensión azul del Innisbore. El lugar fue escogido para devolver el cuerpo del primogénito de Eventine Elessedil a la tierra que lo había visto nacer y liberar su espíritu de ataduras terrenales.

No dejaron ninguna marca sobre la tumba. Allanon les había advertido que algunos demonios buscaban esas señales para alimentarse con los cadáveres. No hubo cantos, ni alabanzas, ni flores; nada que atestiguara que Arion Elessedil había existido. Del heredero de Eventine solo quedaron recuerdos.

Ander, al ver las lágrimas en ojos de sus más allegados, tuvo la certeza de que los recuerdos serían suficientes.

Una hora más tarde, los demonios iniciaron la batalla, bajando por las colinas del norte del Paso de Baen, entre gritos amenazantes que rompían la quietud del amanecer. Su llegada fue idéntica a la de la Cuenca de Halys, todos en masa y a oleadas como las aguas desbordadas de un río.

En la parte inferior del paso, la falange de elfos permanecía expectante; hileras de lanceros y piqueros aguardaban hombro con hombro con las armas listas. Cuando los demonios dieron los primeros pasos, los grandes arcos de los elfos vibraron sobre las laderas de las Kensrowe y llenaron el aire de flechas. Los demonios se agitaban entre convulsiones y caían, enterrados bajo los que llegaban detrás. Sucesivas ráfagas de lanzas iban debilitando sus filas y cientos de demonios murieron en el asalto.

No obstante, alcanzaron a la falange y se abalanzaron sobre ella, profiriendo gritos de dolor al ser atravesados por las puntas afiladas. Los atacantes titubearon y se replegaron. Luego protagonizaron otra embestida, armados con sus garras y dientes, que sus adversarios volvieron a repeler. La explanada frente a la línea de defensa de los elfos se llenó de cuerpos, entre muertos y moribundos. Las hordas de demonios insistieron en presionar y, al final, la línea de elfos se rompió y cedió por la zona central. A continuación atravesaron la brecha y treparon por el paso.

Casi al mismo instante fueron asistidos por un cuerpo de jinetes vestidos de gris con adornos carmesí, conducidos por un hombre alto de rostro curtido que montaba un espectacular caballo. Arremetieron contra los demonios, blandiendo sus lanzas, y cuando terminaron el asalto recularon hacia el valle, con las capas grises ondeando al

viento. Los demonios los persiguieron enajenados. Momentos después, los jinetes viraban y cargaban de nuevo contra sus perseguidores con las lanzas bajadas, atacando y apartándose con rapidez. Los demonios en el suelo se lamentaban frustrados.

En pocos segundos, los jinetes se colocaron formando una línea compacta que impidió el avance de los enemigos que ya no estaban agrupados en masa para protegerse, sino que se habían dispersado a lo largo de las praderas, a cien yardas del Paso de Baen. Mientras observaban a su alrededor, comprendieron desesperados la estrategia de la que habían sido víctimas; a ambos lados aparecieron filas de caballería de los elfos que los rodearon como si fueran ganado. Tras ellos, sobre la ladera inferior de las Kensrowe, una imponente figura vestida de negro arrojaba fuego con sus manos extendidas para combatir a los demonios que se arremolinaban, aún sorprendidos, dentro del Paso. Los que estaban cercados intentaban romper una y otra vez las líneas que los aprisionaban pero los elfos reaccionaron rápidamente, empuñaron lanzas y espadas y en pocos segundos destruyeron toda la avanzada de demonios. El Paso de Baen se estremeció por el eco del grito de victoria de los elfos.

Sin embargo, la batalla no terminó ahí. Se alargó hasta primeras horas de la tarde. Los demonios se reagruparon para embestir la falange de elfos que obstruía el Paso de Baen y consiguieron atravesarla, resistiendo al fuego del druida y al ataque de los lanceros, piqueros y arqueros, solo para enfrentarse cara a cara con los jinetes grises del Cuerpo de Voluntarios de la Legión. Asediados y hostigados, no abandonaron su persecución; se dejaban manejar, sin importarles lo que les esperaba: a veces hasta la orilla del Innisbore y otras, hasta las laderas de las Kensrowe o hacia el Valle de Sarandanon. Cuando estaban a punto de alcanzar a los esquivos jinetes, se vieron rodeados por la caballería de los elfos. Estaban totalmente desprotegidos, alejados de sus compatriotas que batallaban dentro del paso y, aunque sabían que no tenían escapatoria, se lanzaron contra el enemigo, coléricos. Los elfos regularon y sus líneas se cerraron de nuevo frente al Paso de Baen.

Durante un buen rato, los demonios intentaron ganar las laderas de las Kensrowe con la intención de situarse fuera del alcance de las flechas contrarias. Sin embargo, los elfos arqueros, estratégicamente escondidos bajo las rocas, disparaban contra todos los que intentaban cazarlos. Los ayudaba el gigante de ropas oscuras que, con el fuego mágico, ayudaba a debilitar a los que luchaban abajo. Muchos grupos de demonios intentaron llegar hasta él: algunos moviéndose bajo la tierra o volando y otros escalando los muros de los riscos. Pero todos murieron.

En uno de los asaltos, los demonios se abrieron paso a través de la parte de la falange de elfos que bordeaba la orilla del Innisbore, provocando un importante retroceso en las líneas enemigas, mientras otro grupo significativo de atacantes se concentraba en las colinas y se dirigía al valle abierto. Por un momento pareció que la línea defensiva de los elfos estaba definitivamente rota, pero con un valiente esfuerzo la caballería convergió por el este y consiguió, en una sola carga, empujar a los

demonios otra vez hacia las aguas del Innisbore. De nuevo, los demonios libraban la batalla dispersos, a lo largo de la cabeza de playa, de espaldas al lago, pero las lanzas de los elfos detuvieron el ataque, que otra vez fracasó.

Miles de demonios murieron esa tarde en embestidas salvajes y sin sentido. Arremetieron contra ellos de forma persistente a medida que surgían de los riscos con la fanática determinación de las ratas, ajenos al final que los esperaba. También hubo muertes en las filas de los elfos y los fronterizos que, arrebatados por un ansia malsana, intentaban atravesar el Sarandanon. No obstante, aquel día no se repitió la derrota de la Cuenca de Halys. Una y otra vez cerraron el paso a los demonios y destruyeron las primeras filas de asalto antes de dejarles tiempo para pedir refuerzos y organizarlos.

Finalmente, a media tarde, los demonios lanzaron su última ofensiva. Se agruparon dentro del Paso de Baen y presionaron a la falange de los elfos hasta empujarla hacia atrás por la simple fuerza de su número. Huyeron por las hendiduras tan rápidamente que ya no quedaba tiempo para estrategias planificadas. Los elfos y los voluntarios de la Legión contraatacaron, mientras los jinetes se aferraban con fuerza a las riendas de sus caballos. Las filas de soldados reculaban y volvían a la carga. Sin embargo, los demonios fueron finalmente abatidos; huyeron por el Paso soltando alaridos de rabia, pisoteando a sus propios muertos y arrastrándose hacia las montañas del otro lado hasta que el Paso de Baen quedó vacío. Esta vez no volverían.

Los elfos observaron la retirada agotados e incrédulos mientras oían el sonido de los pasos que se disolvía progresivamente en el silencio. En ese momento, miraron a su alrededor y fue cuando apreciaron la magnitud de la batalla que acababan de librar. Montones de cuerpos retorcidos se desperdigaban sobre las praderas desde el este del Paso de Baen y las Kensrowe hasta el Innisbore. Se respiraba cierta tristeza. Parecía que la vida no significase nada para los demonios, como si en cierto modo prefirieran morir. Todos los elfos empezaron a buscar rostros de amigos y camaradas. Unas manos se alargaban hacia otras y se estrechaban con fuerza; todos los gestos estaban llenos de alivio y agradecimiento por haber sobrevivido.

A la entrada del paso, Ander Elesedil vio a Kael Pindanon y lo abrazó impulsivamente. Cuando sus compatriotas comprendieron que habían ganado la batalla de aquel día, se elevaron gritos de exaltación. Abajo, en toda la zona del Sarandanon, el rugido de la victoria retumbaba.

Allanon fue el único que se mantuvo apartado. Solo, en las laderas de las Kensrowe, con el rostro encarado a las montañas por las que los demonios habían huido. Se preguntaba por qué estaban dispuestos a entregar sus vidas a un precio tan bajo y, más aún, por qué no había intervenido en la lucha el denominado Dagda Mor.



La tarde se difuminó en la noche con un silencio sosegado. A la entrada del Paso de Baen, el ejército de la Tierra del Oeste esperaba a que los demonios atacasen. Elfos y fronterizos ocuparon sus puestos al amanecer, pero no aparecieron. La mañana transcurrió sin movimiento, mientras la inquietud aumentó perceptiblemente.

A mediodía, Ander fue en busca de Allanon con la esperanza de que el druida le explicara lo que sucedía. Escaló la ladera de las Kensrowe hasta donde estaba Allanon, protegido por una roca que sobresalía, medio escondido, mientras observaba el Sarandanon. El príncipe elfo no había coincidido con Allanon desde el día anterior, antes de que el druida subiera a la montaña. Nadie lo había visto desde entonces. El júbilo de la victoria les había impedido darse cuenta de que no estaba allí con ellos. Pero, pensándolo bien, era cierto que Allanon aparecía y desaparecía cuando quería, sin dar explicaciones. Pero ahora, mientras andaba hacia él, se preguntaba por qué debería de haber escogido la soledad en aquella ocasión.

Obtuvo la respuesta en cuanto el druida se volvió. Su rostro, habitualmente moreno estaba completamente blanco y su piel estaba cubierta de surcos profundos que le imprimían una apariencia desolada. Ander lo observaba a una distancia prudencial y Allanon esbozó una sonrisa tímida.

—¿Te preocupa algo, príncipe elfo?

La pregunta le asombró.

—No, yo... solo que... Allanon, pareces...

El druida se encogió de hombros.

—Todos debemos pagar un precio para utilizarnos a nosotros mismos. Es una ley de la naturaleza, aunque siempre prefiramos olvidarla. Incluso un druida está sometido a sus dictados. —Enmudeció—. ¿Entiendes a qué me refiero?

Ander se mostró indeciso.

—¿La magia te produce eso?

Allanon asintió.

—La magia arrebató la vida a quien la usa; le absorbe la identidad y la fortaleza. Parte de la pérdida se puede recuperar, pero es un proceso lento y doloroso...

Dejó la frase suspendida y calló. Ander sintió un escalofrío.

—Allanon, ¿has perdido la magia?

Levantó la cabeza.

—No perderé la magia mientras viva, pero hay límites que no pueden combatirse y se estrechan con la edad. Todos envejecemos, príncipe.

—¿Tú también? —susurró Ander.

A Allanon se le estaban velando los ojos pero aún tuvo tiempo de cambiar bruscamente de tema.

—¿Por qué has venido?

Ander tardó un momento en reestructurar sus pensamientos.

—Vine a preguntarte por qué no nos atacan los demonios.

El druida desvió la mirada.

—No están preparados todavía. —Permaneció en silencio durante un momento y lo volvió a mirar—. No te engañes, vendrán. El retraso tiene un objetivo. Su líder, a quien llaman el Dagda Mor, no da nunca un paso en falso. —Se inclinó hacia delante—. Y ten presente otro aspecto: ayer el Dagda Mor no estaba entre los atacantes.

Ander frunció el entrecejo con preocupación.

—¿Dónde estaba, entonces?

Allanon sacudió la cabeza.

—La pregunta importante es dónde está ahora. —Contempló a Ander justo antes de abrocharse la túnica negra—. He pensado que sería sensato enviar cazadores al norte, más allá de las Kensrowe y al sur, pasado el Innisbore, para comprobar que los demonios no planean rodearnos.

—¿Son suficientes? —preguntó Ander mientras pensaba en los miles que había en el Paso de Baen.

Allanon soltó una carcajada comedida.

—Hay demonios de sobra. —El druida se dio la vuelta—. Ahora, déjame a solas por favor.

Durante el descenso, les asaltaron las dudas. Al llegar envió unos cuantos rastreadores donde habían convenido con Allanon y continuaron esperando. La mañana se transformó en tarde y la tarde en noche, mientras una densa masa de nubes se desplazaba por el cielo y las sombras se alargaban progresivamente.

Los demonios seguían sin aparecer.

Llegaron alrededor de la medianoche tan de repente que los centinelas que estaban de guardia no pudieron reaccionar a tiempo de dar la alarma antes de que los primeros demonios se abalanzaran sobre ellos. Habían llegado por el Paso de Baen, en oleadas de cuerpos que surgían de la oscuridad de las montañas del norte e iban desfilando hacia la luz de los fuegos del campamento. Los demonios sofocaron a su paso, una a una, las hogueras y descendieron por las laderas de las Kensrowe. Las hogueras apagadas y el cielo nocturno completamente nublado sumieron todo el Paso de Baen en las tinieblas. Se trataba de una oscuridad en la que los demonios se sentían cómodos ya que se habían acostumbrado a convivir con ella durante el tiempo de su encierro tras la Prohibición. Era indudable que eso les sería de gran ayuda ya que mientras los elfos y los hombres del sur veían peor, los demonios tenían la visión clara del pleno día. Atacaron profiriendo chillidos con una ansiedad frenética.

Una falange de elfos, agrupada alrededor de Ander Elesedil y de la centelleante vara plateada de Ellcrys, recibió la embestida. El choque hizo retroceder a los soldados que, no obstante, mantuvieron su formación. Centenares de cuerpos se les tiraron encima, clavándoles las uñas y los dientes. Los elfos se defendieron con

determinación mientras atacaban a la masa de demonios entre gritos de dolor que desgarraban la noche. Aun así, los demonios seguían llegando; aparecían entre los elfos, luchando para abrirse paso en sus defensas. Resistieron el salvaje ataque unos minutos, conteniendo a los que se abalanzaban sobre ellos, pero la oscuridad los confundía de tal forma que al final fueron superados. La falange empezó a retirarse de forma desordenada. En pocos segundos, los demonios consiguieron atravesarla.

La contienda habría terminado así si Allanon no hubiera intervenido. Llegó a las laderas inferiores de las Kensrowe, donde los arqueros trataban de contener a sus agresores en una batalla perdida de antemano, cogió un poco de polvo brillante que guardaba en una bolsita que llevaba atada a la cintura y lo arrojó al aire. El polvo se escampó rápidamente por el cielo nocturno y llenó la oscuridad con un resplandor blanco.

Se disiparon las tinieblas en las que los demonios se cobijaban y se elevó un grito de ánimo detrás de la falange rota. Stee Jans y los voluntarios de la Legión entraron por la brecha detrás de la gran masa de demonios. Unos cuatrocientos jinetes destruyeron las líneas frontales de los asaltantes, aplastaron la horda y la obligaron a retroceder hasta la entrada del Paso de Baen. La caballería de los elfos llegó al galope en su ayuda, capitaneados por Kael Pindanon con la cabeza descubierta y el pelo blanco suelto.

Por las laderas de las Kensrowe, los demonios habían sobrepasado las filas de arqueros y se dirigían hacia el Sarandanon. Allanon se les enfrentó prácticamente solo con las potentes llamaradas. Se le acercaban por todos lados, frenéticos mientras el fuego los abrasaba, pero el druida no cedió. Cuando el número de combatientes aumentó, convirtió las praderas que lo rodeaban en un infierno con una muralla de fuego azul y aniquiló a todos los que se atrevieron a cruzarla.

A unos cien pasos de la entrada del Paso de Baen, los elfos y los voluntarios batallaban sin descanso para evitar que el cuerpo principal de los demonios llegara al Sarandanon. La batalla fue terrorífica: el olor a muerto invadió el ambiente de la noche estival. En el punto culminante, el caballo de Kael Pindanon tropezó y él cayó, tambaleándose y buscando torpemente su espadón. Al instante, los demonios se abalanzaron sobre él bramando. Los elfos cazadores repartieron sablazos entre los demonios que se alzaban ante ellos con la intención de llegar hasta su acosado comandante, pero ellos fueron más rápidos. Sus garras alcanzaron a Pindanon a medida que esquivaban los golpes de los elfos y despedazaron al viejo soldado hasta matarlo.

En ese momento, varios demonios se escabulleron entre los guerreros que los rodeaban, sobrepasaron al cabecilla de la Guardia Real que luchaba a pocos pasos, saltaron como gatos y se arrojaron sobre el príncipe Ander Elesedil. Como medida desesperada, él alzó la vara de Ellcrys como si fuera un escudo y eso repelió a los atacantes, que gritaron de rabia. No obstante, Ander estaba solo, rodeado por un grupo numeroso de figuras negras y retorcidas que lo amenazaban mientras esperaban

la oportunidad de atravesar la protección del talismán. Los elfos cazadores trataron de alcanzar al príncipe, pero los demonios les bloqueaban el paso y repartían golpes y sablazos a diestro y siniestro. Los otros demonios, al ver que estaban a punto de atrapar al guardián del talismán, se precipitaron en su ayuda.

En aquel momento, de la maraña de guerreros surgió un gigante. Se trataba del fronterizo de rostro curtido con la capa gris manchada de polvo y sangre. Se lanzó hacia los demonios mientras avanzaba, empuñando la espada, en medio de la aglomeración de cuerpos hasta situarse al lado de Ander. Los demonios se tiraron contra él, pero Stee Jans resistió como una pared inamovible, manteniéndolos alejados mientras hacía gestos a sus hombres, que llegaron poco después montados en los caballos. Formaron un círculo a su alrededor. Allí estaba otra vez montado en su corcel y con la espada en alto.

Por un instante, Ander no fue consciente de lo que había sucedido. Después, a través del fulgor de la falsa luz de luna, distinguió a los hombres del Cuerpo de Voluntarios de la Legión. Con su cabello rojo revoloteando, blandiendo en una de sus manos el gran espadón y, en la otra, el estandarte de batalla de los voluntarios. Ellos solos. Un puñado contra cientos. El príncipe elfo agarró las riendas de un caballo sin jinete, lo montó y azuzó al animal mientras llamaba a los suyos.

Los demonios resistieron un poco más mientras agredían a los humanos con sus zarpas. Pero el gran hombre del espadón y el estandarte infundió mayor coraje a los elfos, un coraje que los empujó a enfrentarse a la muerte sin miedo y a olvidarse de todo y concentrarse en destruir por completo a aquellos seres desfigurados. Los demonios vacilaron y recularon, primero lentamente, luego con mayor presteza, porque por una vez, su furia era menor que la de sus adversarios. Volvieron a escapar hacia las colinas del norte, escalando las laderas de las Kensrowe, por las rocas y los despeñaderos del paso, huyendo hacia las sombras protectoras de la noche.

En pocos momentos, el Paso de Baen quedó limpio y el Sarandanon estaba de nuevo en manos de los elfos.

Ander Elesedil estaba sentado dentro de la tienda, desnudo de cintura para arriba mientras unos elfos le curaban las heridas. Tenía el cuerpo encorvado por el cansancio y el dolor. Los mensajeros, que iban y venían, informaban de los logros del ejército, que se preparaba para atrincherarse nuevamente en la entrada del Paso de Baen. La Guardia Real rodeaba la tienda con sus armas resplandecientes, bajo la luz de las hogueras.

El príncipe elfo ya estaba vendado y se estaba poniendo la armadura cuando las cortinas de entrada a la tienda se abrieron para dejar pasar al gigantesco Stee Jans, sucio y manchado de cenizas y sangre. Los que estaban en el interior enmudecieron hasta que Ander los despidió con una sola palabra. Justo cuando el último salía de la tienda, se colocó ante el hombre de la frontera. Sin mediar palabra, estrechó la mano

del enorme legionario.

—Esta noche nos has salvado, comandante —murmuró—. Es una deuda difícil de saldar.

Stee Jans lo miró y cogió aire con sosiego.

—Alteza, nadie está en deuda conmigo. Soy un soldado. He cumplido con mi deber.

Ander sonrió cansado.

—Nunca me convencerás con eso. Pero te admiro demasiado para discutirlo. Así que me limito a agradecerte el gesto. —Le soltó la mano y reculó un par de pasos—. Kael Pindanon ha muerto y tengo que encontrar a un nuevo comandante de campo. Quiero que seas tú.

El fronterizo permaneció callado mientras asimilaba las últimas cuatro palabras.

—Alteza, no soy elfo ni pertenezco a este país.

—Ningún elfo está mejor preparado que tú para dirigir nuestras tropas —replicó Ander con empeño—. Tú urdiste el plan para defender el Paso de Baen.

Stee Jans le sostuvo la mirada.

—Algunos lo cuestionarán.

—Siempre hay alguien dispuesto a cuestionarme —dijo con pesar—. Yo no soy ni mi padre ni mi hermano, ni el líder que ellos esperaban. De cualquiera manera, la decisión es mía y ya la he tomado. Quiero que seas tú el nuevo comandante de campo. ¿Aceptas?

El fronterizo reflexionó un poco antes de volver a hablar.

—Sí.

Ander sintió que lo liberaba de parte del cansancio.

—Entonces comencemos.

Se sobresaltaron por un movimiento brusco que se había oído a pocos pasos cerca de la entrada de la tienda. Allanon estaba allí plantado con una expresión de honda preocupación en el rostro.

—Los cazadores han vuelto —hablaba en voz baja, con palabras que parecían silbidos que se le escapaban de la boca—. Los que fueron al sur por el Innisbore no encontraron nada, pero los que fueron al norte vieron un ejército de demonios tan enorme que, en comparación, el que nos ha atacado en el Paso de Baen es insignificante. Avanzan hacia el sur por la vertiente oriental de las Kensrowe y ya deben de haber entrado en el Sarandanon.

Ander Elessedil miró a Allanon y notó que sus esperanzas se evaporaban.

—Este era su plan desde el principio, príncipe —continuó Allanon—. Retenemos aquí con un motivo menor para distraernos mientras los otros bordeaban las Kensrowe por el norte para cercar después al ejército de los elfos. Si no hubieras enviado a esos cazadores...

Dejó la frase inconclusa expresamente. Ander empezó a hablar, pero no podía articular más que un tartamudeo incomprensible. De pronto, brotaron de sus ojos

lágrimas de rabia y frustración.

—Todos los hombres que han muerto aquí y en la Cuenca de Halys... mi hermano, Pindanon... todos los muertos que el Sarandanon se ha cobrado... ¿Y no podemos hacer nada?

—El ejército que viene desde el norte lo forman demonios muy peligrosos cuyo poder excede todo lo conocido. —La cabeza de Allanon se balanceaba lentamente de un lado para otro—. No tendremos nada que hacer. Si permanecemos en el Sarandanon, si intentamos resistir en el Paso de Baen o, incluso, si retrocedemos hacia otra línea de defensa dentro del valle, nos masacrarán.

El rostro de Ander mostraba una total desolación.

—Entonces el Sarandanon está perdido.

Allanon asintió, mientras el príncipe elfo dirigía la mirada hacia el compartimento posterior de la tienda, donde yacía el rey aún inconsciente, ajeno a los acontecimientos con que su angustiado hijo había tenido que lidiar. ¡Perdido! El Sarandanon, la Línea Quebrada, el ejército, su familia, ¡todo! Sintió un desgarró en lo más profundo de su ser. La mano consoladora de Allanon le apretó el hombro.

—Partiremos de inmediato.

Salió de la tienda afectado pero dispuesto a dar las órdenes pertinentes.

El sol iluminaba el cielo vespertino cuando Amberle y Wil salieron de las Espuelas de Piedra. Wil Ohmsford advirtió el Valle de los Indómitos devastado y amenazante, justo como lo describían las leyendas; se trataba de una maraña de sombras y oscuridad que se separaba del resto del mundo gracias a los árboles y zarzales que se enredaban y entrelazaban hasta formar un laberinto que parecía no tener ni principio ni tampoco final. Los troncos, que parecían aún más gruesos debido al musgo que los cubría, crecían nudosos y retorcidos; las ramas se enrollaban como patas de arañas estranguladas por las enredaderas y la maleza, cargadas de hojas espinosas que arrojaban un brillo resplandeciente. La madera seca y las hojas caídas se acumulaban sobre la tierra del valle, descomponiéndose despacio en el oscuro suelo y produciendo una desagradable sensación de blandura esponjosa. El Valle de los Indómitos, repleto de una humedad que poco a poco se iba pudriendo, parecía un territorio anquilosado y grotesco, como si la tierra hubiese muerto y, además, impidiese el desarrollo de la vida que crecía en ella, encerrándola en sí misma, obligándola a respirar, comer y beber el hedor que despedía su propia muerte lenta.

El vallense y la joven elfa marchaban por un camino sinuoso del bosque escrutando con cautela las tinieblas que los rodeaban, escuchando los sonidos distantes de la vida que acechaban a su alrededor. El camino era un túnel escoltado por murallas de árboles, iluminado tan solo por los débiles rayos de sol que se filtraban entre la vegetación para acariciar suavemente la tierra húmeda. Ni siquiera había pájaros, pues no vivirían en una oscuridad semejante mientras pudiesen volar bajo la luz del sol, advirtió Wil. No había ninguno de los animalillos que habitan normalmente en los bosques, ni siquiera las acostumbradas mariposas de colores brillantes. Aquel lugar era el hogar de aquellos seres adictos a la oscuridad, la noche y las sombras: murciélagos membranosos que olían a enfermedad; serpientes y depredadores escamosos que anidaban en estanques y lagunas malolientes y se alimentaban de sus sabandijas; felinos resbaladizos y veloces que se deslizaban furtivamente entre los árboles sobre las suaves almohadillas de sus patas... Durante el trayecto, alguna que otra vez, sus sombras atravesaron el camino, lo cual hizo que el vallense y la elfa se detuviesen preventivamente. No obstante, enseguida los jóvenes reemprendían apresuradamente el camino llenos de ansiedad, pues los felinos desaparecían en la negrura tan rápidamente como aparecían.

Una vez sumergidos en la penumbra, oyeron que algo enorme respiraba ruidosamente en medio del silencio reinante en los bosques mientras se abría paso destrozando los árboles como si fuesen frágiles ramitas. Avanzaba entre las sombras

dejando petrificadas a las dos pequeñas criaturas que se encontraban en el sendero. Puede que no las viese o quizás no le preocupó demasiado asustarlas. Se fue alejando con gran lentitud y el vallense y la elfa huyeron a toda velocidad en mitad del silencio que se produjo a continuación.

Los escasos viajeros con los que se toparon en su camino por el bosque iban todos a pie, excepto uno, que se mantenía con tal dificultad sobre un caballo famélico y consumido, que parecía más una aparición que un ser de carne y hueso. Los viajeros caminaban solos o en parejas e iban enfundados en sus capas, con la capucha puesta, por lo que no les dedicaron ningún tipo de saludo. Sin embargo, sus ojos observaban con interés felino, tratando de analizar las pretensiones de los intrusos. Helados por aquellas miradas, el hombre de la Tierra del Sur y la joven miraban hacia atrás por encima del hombro hasta que las figuras encapuchadas se desvanecían en la oscuridad.

La noche se acercaba cuando por fin abandonaron la penumbra del bosque para entrar en el pueblo de Grimpen. Se trataba de un lugar realmente inhóspito. Situado en una hondonada, Grimpen era un conglomerado de casas destartadas construidas con tablones de madera, tan amontonadas que era imposible distinguir una de otra. Formaban un grupo ruinoso de tiendas, establos, posadas y tabernas. La llamativa pintura que las cubría estaba descascarillada y había perdido el color. Muchas de ellas estaban atrancadas mediante barras y cerrojos. Deslucidos letreros que anunciaban productos y precios bajo los nombres de los propietarios colgaban sobre las puertas o en postes inestables. Tras las ventanas y las entradas quemaban lámparas de aceite y alquitrán, proyectando su luz amarillenta hacia las sombras de fuera mientras la oscuridad se cernía sobre el vacío.

Los lugareños se reunían en las posadas y tabernas alrededor de rústicas mesas y ante barras construidas con tablones apoyados sobre barriles. Permanecían frente a vasos de vino y jarras de cerveza hablando con voces fuertes y toscas y profiriendo risas estridentes. Los jóvenes caminaron deambulando de una casa a la siguiente mientras se cruzaban con humanos de ojos duros, pertenecientes a todas las razas; algunos vestían llamativos trajes y, otros, harapos; unos se dejaban ver bajo el resplandor de las lámparas, otros, en cambio, se escondían furtivamente en las callejuelas; muchos se tambaleaban y tropezaban a causa de la bebida. El dinero, que cambiaba de manos con rapidez, era con frecuencia producto de un robo o de un atraco. Frente a ellos, una figura estaba tendida junto al vano de una puerta, amodorrada por la borrachera, con las ropas desgarradas y su bolsa volcada y vacía. Más allá, otra figura andrajosa estaba tirada en un pasadizo oscuro y se desangraba por una herida en la garganta. Por todas partes deambulaban perros, demacrados y hambrientos, que se deslizaban entre las sombras como fantasmas.

Ladrones, asesinos, ramera, timadores... Todos comerciaban con la vida, la muerte y los falsos placeres. El abuelo de Perk tenía razón, y Wil Ohmsford sintió que el bello se le erizaba en la nuca.



Asió con fuerza la mano de Amberle y continuaron por un camino que discurría entre un laberinto de casas. ¿Qué podían hacer? Evidentemente, no les convenía volver al bosque en plena noche. Asimismo, la idea de permanecer en Grimpen no gustaba a Wil. Sin embargo, ¿qué otra opción les quedaba? Estaban exhaustos y tenían hambre, por no mencionar que hacía días que no dormían en una cama ni se llevaban algo caliente a la boca. De todas formas, no parecía probable que lo consiguieran allí. Al fin y al cabo, no tenían nada que ofrecer a cambio de un poco de comida y alojamiento, puesto que lo habían perdido todo en la huida desde el Pykon. El vallense había planeado encontrar a alguien que les permitiese trabajar a cambio de comida y una cama, pero, por lo que veía a su alrededor, imaginó que en Grimpen no vivía nadie con semejante disposición ni necesidad.

Un gnomo borracho se abalanzó sobre él y empezó a manosearle la capa. Cuando Wil lo apartó de un empujón, el gnomo tropezó en la calle y se quedó tumbado, riendo como un idiota. El vallense lo observó pasmado y echó a correr tomando a Amberle del brazo.

Al abandonar Grimpen, tendrían que afrontar otra serie de problemas, como por ejemplo, elegir el camino que debían tomar o encontrar la manera de no perderse en la tierra salvaje que había más allá. Necesitaban desesperadamente un guía, ¿pero en qué persona de Grimpen podrían confiar? En el caso de continuar sin ayuda, sería preciso que Wil intentara usar las piedras élficas para encontrar los túneles de Salvafuerte y el Fuego de Sangre pero, en cuanto lo hiciera, les indicaría a los demonios cuál era su posición. No obstante, sin la ayuda de las piedras élficas o de un guía, les sería imposible encontrar Salvafuerte, aunque contaran con un año para hacerlo en vez de unos pocos días.

Wil se detuvo a observar con impotencia las puertas y ventanas iluminadas de las casas del pueblo, las siluetas de quienes se movían dentro, la lejanía selvática y el cielo nocturno. Era un dilema imposible que no sabía cómo resolver.

—Wil —dijo Amberle tirándole del brazo—. Salgamos de esta calle.

El vallense se volvió hacia ella y asintió. Lo primero era lo primero: debían encontrar un lugar donde pasar la noche y algo para comer. El resto podía esperar.

Agarrados de la mano, comenzaron a caminar de nuevo por la calle al tiempo que escrutaban las posadas y tabernas a ambos lados. Tras recorrer unas cincuenta yardas, el vallense divisó un pequeño albergue de dos pisos apartado del resto de edificios y rodeado por un bosquecillo de pinos achaparrados. Las luces brillaban al otro lado de las ventanas del primer piso, pero el segundo permanecía a oscuras. No estaba tan lleno de gente como los otros, ni se percibían voces chillonas o risotadas.

Wil se aproximó al patio frontal de la posada y observó a través de los cristales rayados de las ventanas que daban a la sala principal. Todo parecía calmado. Alzó la vista hacia el letrero de la entrada, que indicaba que se trataba de la Posada de la Candela. Dudó un instante y, entonces, se decidió. Hizo un gesto para tranquilizar a Amberle, que parecía más indecisa, y la condujo hasta la entrada. Las puertas de la

posada estaban abiertas a la calurosa noche.

—Oculto tu cara bajo la capucha —le susurró de pronto y, en respuesta a la mirada perpleja que ella le dirigió, le subió la capucha él mismo. Sonrió para disimular su propia inseguridad, le cogió la mano con firmeza y juntos atravesaron la puerta.

El humo de las lámparas de aceite y de las pipas inundaba el habitáculo. Frente a la entrada había una barra no muy larga, junto a la cual se encontraba un grupo de hombres y mujeres de miradas torvas que charlaban entre sí al tiempo que bebían cerveza. Varias mesas rodeadas de sillas y taburetes llenaban el fondo, algunas ocupadas por figuras ocultas en sus capas que se inclinaban sobre las bebidas y susurraban. Había muchas puertas que comunicaban aquella habitación con otras partes de la casa y, a la izquierda, se iniciaba una escalera que ascendía hasta perderse en la oscuridad. El suelo estaba desgastado y astillado, y en los rincones del techo colgaban telarañas. Muy cerca de la puerta, un longevo perro mordisqueaba con satisfacción un hueso que tenía restos de carne.

Wil guio a Amberle hasta el fondo de la sala, donde había una mesa sobre la que ardía una vela pequeña y gruesa. Se sentaron y algunas cabezas se alzaron o giraron a su paso para volver después a su posición previa.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Amberle con ansiedad intentando mantener la voz baja para que los demás no la oyeran.

Wil sacudió la cabeza.

—Sé paciente.

Poco después, una mujer desmañada, de aspecto desfavorable y edad incierta se dirigió hacia ellos con un caminar pesado y una servilleta colgando del brazo. Cuando Wil la vio de cerca, advirtió que cojeaba mucho. Le pareció que podía determinar la causa de aquella cojera y una idea empezó a esbozarse en su mente.

—¿Algo de beber? —preguntó.

Wil le sonrió con amabilidad.

—Dos vasos de cerveza.

La mujer se alejó sin decir nada más mientras Wil la observaba.

—No me gusta la cerveza —protestó Amberle—. ¿Qué tratas de hacer?

—Mostrarme sociable. ¿Te has fijado en cómo cojea la mujer?

La joven lo miró asombrada.

—¿Y eso qué importa ahora?

Wil sonrió.

—Mucho. Observa y lo entenderás todo.

Permanecieron en silencio hasta que la mujer volvió con los vasos de cerveza. Los puso sobre la mesa y se detuvo a amasar su enmarañado y grasiento cabello con una mano rolliza.

—¿Algo más?

—¿Tienen algo para cenar? —quiso saber Wil tomando un sorbo de cerveza.

Amberle ni siquiera tocó la suya.

—Estofado, pan, queso, quizás algún pastel... Todo se ha cocinado hoy mismo.

—Mmmm. Un día caluroso para hornear.

—Sofocante. Y también desperdiciado, porque nadie come.

Wil movió la cabeza en un gesto comprensivo.

—No debería permitirse que semejante esfuerzo se echara a perder.

—La mayoría prefiere beber —comentó la pesada mujer resoplando—. Imagino que yo también lo haría si tuviese tiempo.

Wil sonrió.

—Entiendo. ¿Lleva sola la posada?

—Con mis hijos —dijo en un tono más afable mientras cruzaba los brazos sobre el pecho—. Mi marido se marchó. Mis hijos me ayudan cuando no están borrachos o jugando a las cartas, lo que no ocurre a menudo. Si no fuese por esta pierna, podría arreglármelas sola. Se me agarrota y me duele constantemente.

—¿Ha probado con el calor?

—Sí. Alivia un poco.

—¿Preparados de hierbas?

La mujer escupió.

—Inútil.

—Es un problema. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—¡Buf! Años, creo. He perdido la cuenta; no me haría ningún bien saberlo.

—Bueno. —Wil parecía pensativo—. La comida suena apetecible, así que creo que la probaremos. Traiga un plato para cada uno.

La propietaria de la Posada de la Candela asintió y volvió a marcharse. Amberle se inclinó hacia delante de inmediato.

—¿Cómo lo piensas pagar? No tenemos dinero.

—Lo sé —contestó el vallense, mirando a su alrededor.

Parecía como si Amberle fuese a pegarle de un momento a otro.

—Prometiste que no volverías a actuar así, que me explicarías con antelación qué pensabas hacer, ¿recuerdas? Casi nos costó la vida cuando lo hiciste con los ladrones nómadas y esta gente parece mucho más peligrosa que ellos.

—Lo sé, lo sé, pero ya lo he resuelto. Necesitamos comida y alojamiento, y aquí podemos conseguir ambas cosas.

El rostro de la joven elfa se tensó entre las sombras de su capucha.

—Este sitio no me da buena espina, Wil Ohmsford; no me gusta esta posada, ni esta ciudad, ni esta gente; nada. Podemos prescindir de la comida y de la cama.

Wil negó con la cabeza.

—Podemos, pero no lo haremos. Calla, ya viene.

La mujer llegó con la cena, unos platos humeantes que depositó ante ellos. Cuando estaba a punto de irse, Wil le habló.

—Espere un momento —dijo. La propietaria se volvió hacia ellos—. He estado

pensando en su pierna y quizá pueda ayudarle.

Ella lo miró con recelo.

—¿Qué quieres decir?

Wil se encogió de hombros.

—Bueno, creo que puedo quitarle el dolor.

La mirada de suspicacia se intensificó.

—¿Por qué habrías de hacerme ese favor? —dijo arrugando la frente.

Wil sonrió.

—Negocios. Dinero.

—No tengo mucho dinero.

—¿Qué le parece si hacemos un trato? Por el precio de la cerveza, la comida y el alojamiento de una noche, le quitaré el dolor. ¿Le parece bien?

—Bastante bien. —Su pesado cuerpo se dejó caer en la silla que estaba junto a él —. ¿Pero podrás lograrlo?

—Traiga una taza de té caliente y un trapo limpio y ya lo veremos.

La mujer se levantó enseguida y se alejó torpemente hacia la cocina. Wil la observaba con una leve sonrisa en los labios. Amberle sacudió la cabeza.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Yo también lo espero. Empieza a comer ya, por si acaso.

Cuando la mujer volvió con el té y el trapo, ellos estaban a punto de terminarse la cena. Wil observó cómo pasaba ante los clientes que bebían en la barra. Unas cuantas cabezas se volvieron. Ocurriera lo que ocurriese, no deseaba atraer la atención de aquella gente. Levantó la mirada hacia la mujer y le sonrió.

—Es mejor que lo hagamos en privado. ¿Hay algún lugar al que podamos ir?

La mujer se encogió de hombros y, atravesando unas puertas que habían permanecido cerradas hasta entonces, los llevó a una habitación amueblada tan solo con una mesa, una vela y seis taburetes. Encendió la vela, volvió a cerrar la puerta y los tres tomaron asiento.

—¿Y ahora qué? —preguntó la mujer.

El vallense tomó una hoja seca de una bolsa que llevaba atada en la cintura y la desmenuzó hasta convertirla en un polvo que mezcló con el té. Después se la entregó a la mujer.

—Bébalo. Solo le producirá un poco de sueño.

La mujer examinó el brebaje un instante antes de ingerirlo. Cuando la taza estuvo vacía, Wil la cogió e introdujo en ella otra hoja diferente y un chorro de cerveza de su vaso que había llevado con él. Lo removió con parsimonia hasta que la hoja se disolvió del todo. Al otro lado de la mesa, Amberle lo miraba con desazón.

—Coloque la pierna sobre este taburete —ordenó Wil mientras situaba el taburete vacío ante la mujer que, obediente, posó la pierna en él—. Ahora súbase la falda.

La propietaria lo miró interrogándolo con la mirada, como preguntándose cuáles eran sus intenciones. Luego se recogió la falda hasta el muslo. La pierna estaba

moteada de manchas oscuras y dejaba ver los capilares y las venas. Wil empapó la tela en la mezcla y comenzó a frotarla.

—Me hace cosquillas —dijo ella riendo tontamente. Wil sonrió de forma alentadora. Cuando el líquido se acabó, buscó en su bolsa y se hizo con un alfiler largo y plateado que tenía la cabeza redonda. La mujer se inclinó hacia delante con sobresalto.

—No irás a clavarme eso, ¿verdad?

Wil asintió con serenidad.

—No lo notará, será un simple pellizco. —Lo pasó lentamente por la llama de la vela que ardía en el centro de la mesa—. Ahora no se mueva —ordenó.

Con cuidado y muy despacio, insertó el alfiler en la pierna de la mujer, justo por encima de la articulación de la rodilla, hasta que solo asomó la cabeza redondeada y lo dejó así un momento antes de retirarlo. La mujer hizo una mueca, cerró los ojos y los volvió a abrir. Wil se acomodó en el taburete.

—Ya está —declaró, esperando que así fuese—. Levántese y camine.

La mujer lo contempló perpleja. A continuación, se bajó la falda indignada y se puso en pie. Se alejó de la mesa con cuidado para comprobar la reacción de su pierna enferma. Entonces se volvió bruscamente y una amplia sonrisa apareció en su rudo rostro.

—¡Se ha ido! ¡El dolor se ha ido! ¡Por primera vez desde hace meses! —Reía con excitación—. No puedo creerlo. ¿Cómo lo has conseguido?

—Magia —dijo Wil, sonriendo con satisfacción. Luego deseó no haber pronunciado esa palabra. Amberle le lanzó una mirada furiosa.

—Magia, ¿eh? —La mujer dio unos cuantos pasos más sacudiendo la cabeza—. Bueno, si tú lo dices... Me siento mágica, desde luego. No me duele en absoluto.

—En realidad no fue magia... —comenzó a explicar Wil, pero la mujer ya se dirigía hacia la puerta.

—Me siento tan bien que voy a invitar a todos a una ronda. —Abrió la puerta y se marchó—. ¡Quiero ver sus caras cuando se lo diga!

—No, espere... —la llamó Wil, pero la puerta se cerró tras ella—. ¡Maldita sea! —murmuró.

Debía haberle exigido que guardara silencio sobre lo ocurrido, pero ya era demasiado tarde.

Amberle cruzó los brazos con aplomo y lo miró.

—¿Cómo lo has hecho?

Él se encogió de hombros.

—Soy curandero, ¿recuerdas? Los stors me enseñaron unas cuantas cosas sobre los dolores. —Se inclinó hacia delante de modo confidencial—. El problema continúa, así que el tratamiento aún no ha terminado.

—¡No ha acabado! —exclamó Amberle horrorizada.

Wil apoyó un dedo sobre los labios.

—Es un efecto temporal. El dolor volverá mañana, así que será mejor que ya nos hayamos marchado.

—Wil, has engañado a esa mujer —le reprochó la joven elfa—. Le dijiste que podías curarla.

—No, no le dije eso. Dije que podía quitarle el dolor. Una noche de alivio para ella, una noche de descanso y comida para nosotros. Es un trato justo.

Amberle lo observó con expresión acusadora y no respondió.

Wil suspiró.

—Si te sirve de consuelo, el dolor no será tan fuerte como antes, pero su estado no lo puede sanar ningún curandero, pues tiene relación con su forma de vida, su edad y su peso; un montón de cosas sobre las que no tengo ningún control. He hecho cuanto estaba en mi mano por ella. ¿Puedes ser comprensiva, por favor?

—¿Le darás algo para cuando el dolor regrese?

El vallense extendió las manos y tomó las de ella.

—Eres una buena persona, ¿lo sabías? Sí, podría darle algo para el dolor, pero, si no te importa, lo dejaremos para que lo encuentre cuando ya no estemos aquí.

Se levantó de súbito, sorprendido ante el griterío procedente de fuera, se dirigió a la puerta y la abrió dejando un pequeño resquicio por el que ver el exterior. Antes, la posada estaba casi vacía. Ahora estaba totalmente llena y la gente seguía entrando, atraída por la promesa de una invitación y por las payasadas de la propietaria, que se mostraba llena de júbilo por su inesperada curación.

—Es el momento de irnos —murmuró Wil, y condujo a Amberle fuera de la habitación.

Apenas habían avanzado una docena de pasos cuando la mujer los llamó a voces y fue corriendo hasta ellos para detenerlos. Las cabezas se volvieron y los dedos señalaron a Wil. Demasiados para la tranquilidad del vallense.

—¿También queréis un vaso de cerveza? —ofreció la gruesa mujer, propinándole una fuerte palmada en el hombro que casi le hizo perder el equilibrio. El joven logró sonreír levemente.

—Creo que deberíamos descansar. Hemos realizado un largo viaje y estamos exhaustos.

La mujer resopló.

—Quedaos a celebrarlo. No tenéis que pagar, así que bebed cuanto queráis.

Wil negó con la cabeza.

—Creo que será mejor que nos vayamos a dormir.

—¿Dormir? ¿Con todo este jaleo? —La mujer se encogió de hombros—. Está bien. Usad la habitación diez, la que está arriba, siguiendo el pasillo. Está al fondo, así que puede que sea un poco más tranquila que las otras. —Se interrumpió—. ¿Estamos en paz? ¿No te debo nada más?

—Nada —le aseguró Wil, ansioso por marcharse.

La propietaria sonrió ampliamente.

—Bueno, te vendes barato, ¿sabes? Te hubiera pagado hasta diez veces más por lo que has hecho. ¡Un par de horas sin dolor bien valen la cerveza, la comida y la cama! Si pretendes llegar a alguna parte en este país, deberías ser más agudo. Harías bien en recordar este consejo. Es gratis.

Rio a carcajadas y, dando por terminadas las invitaciones, volvió a la barra, pues podía ganar dinero con tanta gente. La mujer se apresuró a servir a los clientes mientras cogía sus monedas con ansia.

Wil tomó a Amberle por el brazo, la guio entre las mesas hasta la escalera y después hacia arriba. Las miradas de los clientes los siguieron.

—Y tú preocupándote por ella —murmuró el vallense cuando llegaron al pasillo del primer piso.

Amberle sonrió sin mediar palabra.

Levaban varias horas durmiendo cuando unos ruidos procedentes de la puerta de su habitación los despertaron. Wil fue el primero en abrir los ojos; se incorporó en la cama sobresaltado, intentando ver algo en la oscuridad de la noche. Escuchó atentamente los rumores que llegaban de fuera: pies que se arrastraban, voces susurrantes, respiraciones pesadas. Quería pensar que no podían ser los demonios, pero el frío que sentía en su interior no se lo permitió. Entonces, la cerradura de la puerta crujió como si alguien intentase abrirla sigilosamente.

Cuando Amberle despertó, se sentó junto a él con el rostro pálido entre la oscuridad de su largo cabello castaño. Wil se llevó un dedo a los labios.

—Espera aquí.

Salió de la cama sin hacer ruido y se acercó a la puerta. Los crujidos de la cerradura continuaron, pero el vallense había echado el cerrojo y la habitación permanecía aún cerrada. Se acercó a la puerta y escuchó. Las voces le llegaban bajas y apagadas.

—Cuidado, idiota... levántalo.

—¡Lo estoy levantando! ¡Apártate de la luz!

—No pierdas el tiempo; échala abajo... podemos de sobra.

—No si usa la magia.

—El oro vale el riesgo.

Las voces siguieron gruñendo y discutiendo en murmullos torpes propios de borrachos, mezclándose con respiraciones fatigosas. El vallense calculó que había al menos media docena de hombres. Lo más seguro es que fuesen ladrones y asesinos atraídos por las habladurías de algún holgazán que habría escuchado el relato de la curación milagrosa de la propietaria de la posada y no había podido resistir la tentación de adornarlo al volver a referirlo. Se apartó de la puerta y buscó a tientas la cama. La mano de Amberle le cogió el brazo.

—Tenemos que salir de aquí —musitó él.

La joven se bajó de la cama en silencio. Como habían dormido vestidos, tardaron muy poco en ponerse la capa y las botas. Wil se acercó a una ventana situada en la parte posterior de la habitación y la abrió. El tejado del porche descendía desde el muro bajo. Su parte más baja debía de estar a unos diez pies del suelo. Volvió a buscar a Amberle y la llevó junto a la ventana.

—Sal —susurró mientras la sujetaba del brazo.

En ese mismo instante, del otro lado de la puerta llegó una maldición. Un cuerpo pesado chocó contra ella y astilló las tablas. Los presuntos ladrones habían perdido la paciencia. Wil casi empujó a la joven por la ventana al tiempo que volvía la vista para



comprobar si los intrusos habían conseguido entrar. Todavía no. La puerta aún resistía. Recibió otro golpe y, esta vez, el pestillo cedió. Varias figuras cubiertas con capas se precipitaron en la habitación, tropezando unas con otras, maldiciendo y protestando.

Wil no esperó a ver lo que ocurría después. Se subió a la ventana y salió al tejado del porche.

—¡Salta! —gritó a Amberle, que estaba agachada frente a él.

La joven se deslizó sobre el borde y se dejó caer hacia la tierra de abajo. Unos segundos después, Wil estaba junto a ella. Las figuras envueltas en capas gritaban con furia sobre ellos, asomadas a la ventana. Wil condujo a Amberle hasta las sombras del edificio y miró a su alrededor apresuradamente.

—¿Por dónde? —murmuró, repentinamente confuso.

Sin contestar a la pregunta, Amberle asió su mano y empezó a correr hasta el final de la pared; se precipitaron hacia el edificio que estaba más cerca. De pronto, los gritos de sus perseguidores, junto con el ruido de las botas sobre el tejado del porche, se intensificaron. El vallense y la elfa corrieron con sigilo al amparo de los edificios, pasando entre los transeúntes, atravesando callejones y recorriendo los muros hasta dar con el extremo de la calle principal.

Los gritos continuaban a sus espaldas. Grimpen parecía haber despertado de repente: las luces se encendían en el interior de las construcciones oscuras que los rodeaban y las voces se hacían cada vez más intensas. Amberle iba a continuar su marcha por esa calle, pero Wil la retuvo con rapidez. A menos de treinta pasos, ante la Posada de la Candela, varias siluetas oscuras se desplegaron y comenzaron a examinar con cuidado las sombras que había a su alrededor.

—Debemos retroceder —susurró el vallense.

Deshicieron el camino siguiendo el muro hasta que llegaron al final. Sobre el negro fondo de árboles había una serie de cobertizos y establos. Wil dudó unos segundos. Si intentaban escapar huyendo por el bosque, se perderían sin poderlo remediar. Tenían que volver sobre sus pasos y rodear los edificios hasta el punto en el que la calle principal giraba hacia el sur y salía de Grimpen. Una vez estuvieran fuera de la ciudad, es probable que ya no fuesen perseguidos.

Avanzaron con extrema cautela por la parte trasera de las casas. Los muros y las cercas los encerraban por todos lados; los barriles de basura, igualmente, impedían su paso. No obstante, los gritos se habían calmado y las casas de delante permanecían a oscuras. En pocos minutos se librarían de sus perseguidores.

Torcieron hacia un estrecho callejón que pasaba junto a una fila de establos situados detrás de un almacén de alimentos. Los caballos relincharon levemente al olerlos, coceando impacientes en sus casillas. Una pequeña pradera de pastos se extendía ante ellos, más allá de una fila de cobertizos.

Wil empezó a caminar junto a la cerca del prado con Amberle. No habían dado más que una docena de pasos cuando un agudo alarido resonó tras ellos. De las

sombras del almacén de alimentos surgió una silueta oscura que agitaba los brazos y lanzaba gritos de alerta. Un vocerío llegó de los edificios cercanos en forma de respuesta. Sorprendidos ante el hecho de haber sido descubiertos con tanta celeridad, el vallense y la joven quisieron huir de forma precipitada, tropezaron el uno con el otro y perdieron el equilibrio.

Inmediatamente, el perseguidor se abalanzó sobre ellos a la par que agitaba los brazos y los golpeaba con los puños de forma salvaje. Wil trató de contener al hombre, un tipo enjuto que desprendía un fuerte olor a cerveza mientras que Amberle procuraba apartarse rodando. El vallense sostuvo al atacante por la capa y, con un repentino impulso, lo lanzó de lado hacia la pradera. Se escuchó un estrepitoso golpe seco cuando la cabeza del hombre fue a parar contra la cerca.

Wil se levantó. Mientras gateaba, se encendieron las luces del segundo piso del almacén de alimentos y de los edificios que los rodeaban. A sus espaldas, las luces de unas antorchas parpadeaban en la oscuridad. Los gritos de los perseguidores surgieron por todos lados. El vallense tomó a Amberle de la mano y juntos corrieron rodeando el prado hacia la línea de cobertizos, donde volvieron a desviarse hacia la calle principal siguiendo un estrecho callejón que pasaba entre dos edificios cerrados. Los dos corrían a ciegas por el callejón sumergido en tinieblas. Wil iba delante. Ante ellos apareció la línea de tierra de la calle principal.

—¡Wil! —gritó Amberle para prevenirlo.

Demasiado tarde. Los ojos del vallense no eran tan agudos como los de la elfa, por lo que tropezó contra un montón de tablones esparcidos por el callejón y terminó chocando contra la pared de un edificio. El dolor estalló en su cabeza. Durante un momento perdió la consciencia. Luego, no sabía cómo, logró ponerse en pie y avanzar desequilibrado y aturdido, oyendo la voz de Amberle como un débil zumbido. Se tocó la frente y, cuando apartó la mano, vio que estaba cubierta de sangre.

De pronto, tuvo la certeza de que la joven elfa estaba a su lado y lo sujetaba con fuerza por la cintura. Se apoyó en ella y se propuso seguir hacia la luz distante de la calle. Sintió que iba a perder el conocimiento de nuevo y trató de oponerse. Tenía que seguir adelante, tenía que mantenerse despierto. Amberle le hablaba con voz urgente, pero él apenas entendía lo que decía. Se sentía como un imbécil. ¿Cómo había podido ocurrirle algo tan estúpido?

Abandonaron el callejón y se introdujeron en la oscuridad de un porche. Lo atravesaron a trompicones mientras la joven luchaba por mantenerlo en pie. La sangre resbaló hasta sus ojos y lo cegó aún más.

De pronto, una exclamación de sorpresa salió de la boca de Amberle. A través de la bruma que nublabla su vista distinguió un barullo de sombras en la oscuridad. Escuchó unas voces bajas y ásperas y un siseo de advertencia. Amberle desapareció y él sintió que alguien lo elevaba. Unas manos fuertes lo transportaron con rapidez atravesando la negrura. Ante sus ojos nublados por la sangre y la conmoción pasó un

remolino de colores mezclado con una corriente de luces de antorcha. Entonces lo metieron en una tienda de lona a través de una ínfima abertura. Una lámpara de aceite parpadeó a su lado. Sonaron voces y susurros cautelosos mientras sentía que un trapo limpiaba la sangre de su rostro y que unas manos se movían con eficacia para envolverlo en mantas y colocar una almohada bajo su cabeza.

Abrió los ojos lentamente. Estaba en el interior de una carreta de vivos colores, recubierta de tapices, abalorios y sedas brillantes. Se sorprendió, pues esa carreta le resultaba familiar.

Entonces un rostro moreno y sensual, rodeado de rizos de cabello negro, se inclinó sobre él. La sonrisa que le saludó fue deslumbrante.

—Te dije que volveríamos a encontrarnos, Wil Ohmsford.

Era Eretria.

**D**urante cinco días, el ejército de los elfos y el Cuerpo de Voluntarios de la Legión se abrieron paso luchando de vuelta desde la Tierra del Oeste hasta Arborlon. A través del ancho Valle de Sarandanon, de los frondosos y enmarañados bosques, de los senderos forestales y los caminos transitados, se replegaron de forma lenta y ordenada hacia el este, acosados en todo momento por las hordas de demonios. Viajaron de día y de noche sin descanso, a menudo sin comer, porque las criaturas que los perseguían tampoco dormían ni comían. Sin la carga de las necesidades humanas, libres también de sus limitaciones, los demonios los acechaban con una tenacidad implacable, empujados por su peculiar forma de locura. Hostigaban al ejército que se retiraba como perros de presa: flagelaban sus flancos, arremetían contra él de vez en cuando en ataques salvajes, se esforzaban por desviarlo de su camino, por paralizarlo, por destruirlo. Los ataques eran constantes y los elfos y sus aliados, cansados por la batalla en el Paso de Baen, pronto consumieron sus últimas reservas de energía. Con el agotamiento llegó la desesperación y, tras ella, el miedo.

Ander Elesedil fue presa de ese terror. Para el príncipe de los elfos, el miedo empezó como una sensación de fracaso. Le atormentaban los muertos y las derrotas de los últimos días, y se torturaba por todo lo que los elfos se habían propuesto hacer y todavía no habían conseguido. Y eso ni siquiera era lo más grave, porque mientras el maltrecho ejército se retiraba hacia el este y sus compatriotas continuaban muriendo a su alrededor, Ander comprendió que ninguno de ellos sobreviviría a la larga marcha de regreso, que todos morirían. Esa aprehensión fue el caldo de cultivo perfecto para el miedo, que se convirtió en su demonio particular; sin rostro, insidioso, acechaba en la sombra de sus decisiones. Jefe de los elfos, le decía con perversidad, ¿qué vas a hacer para salvarlos? ¿Tan impotente eres? Muchos se han perdido, pero ¿y si se pierden también todos los que quedan? Así, lo provocaba y atormentaba, amenazándolo en convertir su debilitada voluntad en desesperación absoluta. Ni siquiera la presencia de Allanon le ayudaba, dado que el druida se mantenía distante y apartado mientras cabalgaba junto a él, encerrado en su mundo de oscuros secretos. De modo que Ander tenía que luchar contra su miedo solo, en el silencioso interior de su mente, concentrando todas sus fuerzas en esa lucha mientras, lentamente, conducía a sus soldados hacia Arborlon.

Al final, Stee Jans los salvó a todos. En el momento en que el fracaso y la desesperación parecían insuperables, el gigante fronterizo mostró la tenacidad, la resistencia y el valor con el que había forjado su leyenda de Hombre de Hierro. Reunió una retaguardia de elfos y voluntarios de la Legión y con ellos defendió la

retirada de la columna principal de su ejército y consiguió evacuar a sus muertos y heridos al abrigo de la noche. En una serie de acometidas y fintas, el comandante de la Legión hostigó a sus perseguidores, atrayéndolos hacia él, por un camino y luego por otro, utilizando las mismas tácticas que habían funcionado en el Paso de Baen. Los demonios se lanzaron contra él una y otra vez, avanzando primero por el Valle del Sarandanon y después adentrándose en los bosques de más allá. Una y otra vez intentaron atrapar a los ligeros jinetes grises de la Legión y a la rápida caballería élfica, pero siempre llegaban un instante demasiado tarde y se encontraban una pradera vacía, un paso sin salida, una hondonada inundada de sombras o un camino ahogado por los matorrales que giraba sobre sí mismo. Con una destreza que anonadaba y enfurecía a los demonios, Stee Jans y sus jinetes jugaban a un perverso juego del ratón y el gato que hacía que parecieran estar en todas partes a la vez a pesar de que siempre se mantenían lejos del cuerpo principal del ejército, que se retiraba hacia la seguridad de Arborlon.

La cólera y frustración de los demonios aumentaba. Según se sucedieron los días y las noches, la persecución se volvió cada vez más frenética. Estos demonios eran distintos de las criaturas oscuras y enjutas que habían surgido de las montañas del norte del Paso de Baen para invadir el Sarandanon. Se trataba de demonios más peligrosos que sus hermanos menores, que habían llegado al este desde las Kensrowe y poseían poderes contra los que no podía luchar ningún humano corriente. Algunos eran enormes, con poderosos músculos y escamas que acorazaban su piel, criaturas hechas para la destrucción. Otros eran pequeños y ágiles y mataban con un solo golpe. Unos eran lentos y pesados; otros, escurridizos y emergían de entre los bosques como fantasmas. Algunos tenían múltiples brazos y piernas; otros carecían de miembros. Unos echaban fuego al respirar, como los antiguos dragones, y otros se alimentaban de carne humana. Por donde pasaban, la tierra de los elfos quedaba negra y chamuscada, tan asolada que nada podía vivir en ella. Pero los elfos consiguieron mantenerse fuera de su alcance.

La caza continuó. Los elfos cazadores y los legionarios combatían juntos, intentando desesperadamente ralentizar el avance de los demonios, pero el acoso de sus perseguidores reducía su número constantemente. De no ser por Stee Jans, los habrían aniquilado. Incluso con él, cientos cayeron heridos y muertos en el camino, vencidos en una terrible lucha por evitar que la larga retirada se convirtiese en una desbandada en la que todos acabarían masacrados. El comandante de la Legión mantuvo siempre la misma táctica. Lo enorme que era el ejército de demonios hacía que fuera impensable enfrentarse otra vez con él si no era protegidos por las defensas de Arborlon, así que siguió atacando y retirándose con su fuerza de retaguardia. Pero en cada uno de esos ataques perdía a un puñado de sus preciados jinetes.

Por fin, en la tarde del quinto día, el ejército maltrecho y extenuado alcanzó las orillas del río Song. Lo cruzaron profiriendo un grito desgarrador y entraron en Arborlon. Solo entonces descubrieron el precio que habían pagado: una tercera parte

de los elfos que salieron hacia el Sarandanon había muerto, cientos estaban heridos. Más aún, de los seiscientos soldados del Cuerpo de Voluntarios de la Legión que los habían acompañado, solo uno de cada tres seguía vivo.

Y los demonios continuaban avanzando.

La oscuridad se cernió sobre la ciudad de Arborlon. Había refrescado al final del día y una masa de amenazadoras nubes de tormenta avanzaba hacia el este desde las llanuras, borrando del cielo a la luna y a las estrellas, e impregnando de olor a lluvia el aire nocturno. Las lámparas empezaron a encenderse en los hogares de la ciudad mientras familias y amigos se reunían para la cena. En las calles y en los caminos forestales las unidades de la Guardia Real empezaron su vigilancia nocturna mientras se escabullían entre las sombras en un silencio intranquilo. En el pico del Carolan, sobre el Elfitch y a lo largo de la orilla oriental del río Song, los soldados del ejército de los elfos aguardaban, mirando más allá de los candeleros de hierro llenos de alquitrán ardiente, hacia la oscuridad del bosque. Nada perturbaba la quietud de los árboles.

En las cámaras del Consejo Supremo de los Elfos, Ander Elesedil se presentó por primera vez desde su vuelta del Sarandanon ante los ministros del rey, los comandantes del ejército y unos cuantos extranjeros que habían llegado para socorrer a los elfos en su batalla contra los demonios. Abrió las pesadas puertas de madera con la vara plateada de Ellcrys en la mano derecha. El príncipe, aunque había podido dormir unas horas, seguía cubierto de polvo, sudor y sangre; le habían faltado horas para asearse dada la diligencia con que debía comparecer ante el Consejo. Allanon, alto, negro y amenazante, avanzaba junto a él, con su sombra alargándose sobre los muros de la cámara; también iba Stee Jans, que no se había despojado de sus armas, con sus ojos color avellana fríos como la muerte.

Todos los presentes se pusieron en pie desde las sillas de altos respaldos situadas alrededor de la mesa del Consejo, desde los asientos de la galería y desde los escalones del extremo del estrado de los reyes, en cuanto entraron. Una oleada de susurros y murmullos llenó la sala y pronto se produjo una lluvia de preguntas en voz alta. Todos querían hacerse oír. En la cabecera de la mesa, Emer Chios propinó un puñetazo sobre la superficie de madera y se hizo el silencio.

—Sentaos —ordenó el primer ministro.

Los miembros de la asamblea le obedecieron entre murmullos. Ander esperó a que se acomodaran y dio un paso adelante. Conocía las reglas del Consejo Supremo: cuando el rey se encontraba incapacitado, presidía el primer ministro. Emer Chios era un hombre poderoso y respetado; más todavía en una situación como esta en la que se hallaban. Ander se presentaba ante el Consejo con un propósito muy concreto, y para lograr su objetivo necesitaba el apoyo de Chios. Estaba fatigado y atenzado por la angustia, pero era preciso que se tomase el tiempo necesario para tratar los asuntos

del modo adecuado.

—Milord primer ministro —dijo—. Desearía dirigirme al Consejo.

Emer Chios asintió.

—Podéis hacerlo, alteza.

Lentamente, con algún titubeo, puesto que no era un orador como su padre o como lo había sido su hermano, Ander relató todo lo acaecido desde que el ejército de los elfos partió hacia el Sarandanon. Describió cómo habían herido al rey y cómo había muerto Arion. Les habló de las batallas y derrotas en la Línea Quebrada, de la retirada y de la valiente resistencia en el Paso de Baen y de la retirada a través del Sarandanon y de los bosques de la Tierra del Oeste hacia Arborlon. Les habló de la bravura del Cuerpo de Voluntarios de la Legión, de cómo Stee Jans había asumido el mando después de que cayera Pindanon. Explicó detalladamente cómo era el enemigo al que se enfrentaban: su tamaño, forma, furia y poder. Advirtió de que los demonios se dirigían en ese momento hacia Arborlon para exterminar a todo el pueblo de los elfos, devastar la ciudad y recuperar la tierra que perdieron siglos atrás. Se avecinaba un combate en el cual unos u otros, elfos o demonios, serían aniquilados.

Mientras hablaba, estudió los rostros de los que le escuchaban buscando miradas o expresiones que delataran la opinión que sus oyentes tenían de sus actos desde la pérdida del rey y de su heredero. Aceptaba ahora que su padre podría fallecer, y que entonces él se convertiría en rey. Sabía que el Consejo Supremo y el pueblo de los elfos tendrían que aceptarlo también. A Ander le había resultado especialmente difícil porque, antes de la batalla en la Cuenca de Halys, las posibilidades de que algo así ocurriese habían sido muy remotas, y porque le costaba creer que había perdido a su hermano y podía perder a su padre. Pero su padre seguía postrado en el lecho de su mansión, y su salud no mejoraba. Mientras los elfos habían estado combatiendo en el Paso de Baen, y durante la larga marcha de regreso a casa, Ander Elesedil había esperado que su padre recobrará el conocimiento y se había negado a contemplar ninguna otra posibilidad. Pero el rey no había vuelto en sí, y parecía ahora que quizá jamás lo haría. El príncipe elfo lo había comprendido y aceptado, razón por la cual miraba más allá, hacia lo que tenía que acaecer a continuación.

—Honorable elfos —concluyó con voz cansada—. Soy hijo de mi padre y sé lo que se espera de un príncipe de los elfos. El ejército ha salido del Sarandanon y ahora debe plantar batalla y resistir aquí. Yo tengo intención de ponerme al frente y resistir con él. Si pudiera evitar de algún modo este momento, si pudiera borrar de la historia de nuestras vidas lo sucedido en las últimas semanas, lo haría, pero no puedo. Soy consciente de que si mi padre estuviese aquí, todos estaríais con él. Ahora yo debo ocupar el lugar de mi padre y os pido que me apoyéis como le habríais apoyado a él, porque yo soy el último heredero de su sangre. Esos humanos que han combatido conmigo me han dado su apoyo. Ahora necesito el vuestro. Por eso os pido, honorables elfos, vuestro juramento de lealtad en este momento de oscuridad.

Aguardó. Sabía que no tenía por qué pedir su apoyo. Al fin y al cabo, tenía la legitimidad del poder de gobierno de los Elessedil, y muy pocos se atreverían a desafiar su liderazgo. Podría haber pedido a Allanon que hablase por él; la voz del druida habría silenciado cualquier oposición. Sin embargo, no deseaba que nadie interviniera en su apoyo, ni tampoco dar nada por sentado. Debía ganar el respaldo del Consejo Supremo y de los extranjeros que habían acudido a prestar su ayuda por méritos propios, no por miedo ni por un derecho que no se basara en la fuerza y carácter que había demostrado dirigiendo al ejército de los elfos desde la caída de su padre.

Emer Chios se puso de pie. Sus ojos oscuros recorrieron con rapidez los rostros de los reunidos allí. Luego se volvió hacia Ander.

—Alteza —dijo con voz resonante y profunda—. Todos los miembros de este Consejo saben que no sigo a nadie ciegamente, por mucho que tenga sangre real y sea de linaje de reyes. He declarado en repetidas ocasiones y en público que confío más en el juicio de mi pueblo que en el de cualquier persona singular, aunque sea el rey de todo el mundo conocido. —Dirigió una mirada a su alrededor—. No obstante, soy un ministro fiel de Eventine Elessedil y un gran admirador suyo. Él es un rey, caballeros, tal como se entiende que debe ser un rey. Desearía que se encontrase aquí para orientarnos en este momento tan complejo, pero no está. En su lugar, se ofrece su hijo. Conozco a Ander Elessedil. Creo que lo conozco bien, tan bien o mejor que cualquier otro. Ahora he escuchado sus palabras, y por ellas y por sus actos y por lo que ha demostrado ser, digo ahora que, en ausencia del rey, no hay otro a quien yo encomendaría de mejor grado la seguridad de mi patria y hasta mi propia vida.

Calló un momento. Luego apoyó cuidadosamente la mano derecha sobre su corazón: la señal de lealtad de los elfos. Hubo unos momentos de silencio. Luego, los demás se pusieron de pie, primero unos cuantos, después todos, con las manos apoyadas sobre sus corazones y mirando al príncipe. Los comandantes del ejército de los elfos también dieron un paso al frente: Ehlron Tay, de rostro curtido y carácter huraño, que tras la muerte de Pindanon ocupaba el puesto más alto en la jerarquía; Kobold, el alto capitán impecablemente vestido de la Guardia Negra; y Kerrin, jefe de la Guardia Real. En pocos instantes, todos los elfos que en el Consejo Supremo contemplaban de pie al príncipe con las manos alzadas sobre el pecho como saludo y muestra de lealtad.

Al lado de Ander Elessedil, una figura oscura se inclinó para hablarle.

—Ahora te seguirán, príncipe elfo —dijo Allanon suavemente.

Ander asintió, casi lamentando que así fuera.

Después dialogaron sobre la defensa de Arborlon.

Los preparativos comenzaron en el momento en que el ejército de los elfos había partido hacia el Sarandanon, dos semanas antes. Emer Chios, gobernante de la ciudad



en ausencia del rey, había convocado al Consejo Supremo y a los comandantes del ejército que no habían acompañado al rey con el objetivo de establecer la manera de proteger Arborlon en caso de que los demonios atravesaran el Sarandanon. Se establecieron una serie de medidas defensivas cuidadosamente diseñadas. El primer ministro las revisó ahora con Ander.

Se podía acceder por dos vías a la ciudad: desde oriente, por los caminos que atravesaban el Valle de Rhenn y los bosques que se extendían tras él, y desde occidente, por el Sarandanon. Las montañas del sur y del norte de Arborlon impedían el paso; se trataba de picos altos que encerraban los bosques de las tierras bajas y circundaban el Carolan con un muro de roca. Allanon había avisado de que la Prohibición se quebraría por las llanuras de Hoare, así que los demonios se dirigirían hacia el este a través del Sarandanon y, a no ser que se desviasen al norte o al sur para evitar las montañas que protegían Arborlon, un rodeo que les haría perder varios días, la embestida a la capital de los elfos procedería del oeste.

Y era precisamente en ese lado donde las defensas de los elfos eran más fuertes. Dos barreras naturales se opondrían a los demonios: por un lado, el río Song que, aunque no era muy ancho en el lugar en que giraba hacia el este bajo el Carolan, era profundo y de difícil navegación incluso cuando hacía buen tiempo; por otro lado, el propio risco, una escarpada roca que se elevaba más de cuatrocientos pies hasta su cima, con su cara de piedra surcada por una telaraña de profundas grietas y cubierta de arbustos y espesos matorrales. Un solo puente cruzaba el río Song bajo el Carolan en un punto donde el cauce se estrechaba. No había ningún bajío en muchas millas en ambas direcciones. El Elfitch era la principal ruta de acceso al Carolan, aunque una serie de escaleras menores ascendían sinuosamente a través de las partes boscosas del risco más al sur.

La defensa de Arborlon, pues, dependía del río y del risco. Se había decidido destruir el puente que cruzaba el Song en cuanto regresara el ejército élfico, y así se había hecho, según señaló Chios, y con ello se había cortado el último acceso a Arborlon desde el Sarandanon. En la orilla oriental los elfos habían clavado cientos de antorchas de brea, para que iluminaran la noche por si el enemigo intentaba un asalto nocturno, y casi al borde del río Song habían construido un reducto de piedra que se extendía varios cientos de yardas a lo largo de la ribera en la base del risco y se arqueaba hacia atrás, adentrándose en la superficie rocosa a ambos lados del Elfitch. En la ribera oriental había un espacio de sesenta pasos entre la orilla del río y los acantilados, y la mayoría de esta franja estaba cubierta de árboles, arbustos y matorrales. Allí los elfos habían instalado docenas de trampas y hoyos ocultos para atrapar a los demonios que intentaran flanquear el reducto.

No obstante, era el propio Elfitch lo que constituía la principal línea de defensa de Arborlon. Habían destruido todas y cada una de las pequeñas escaleras que conducían hacia la gran meseta del Carolan. Lo único que quedaba era el Elfitch: siete rampas de bloques de piedra y puertas revestidas de hierro que ascendían desde la base del

promontorio, cada una de ellas protegida por almenas para impedir el paso hacia las puertas y rampas superiores. Todas las puertas y rampas mantenían una cierta distancia con la de abajo y, a medida que el Elfitch se elevaba hacia las alturas, iba girando en espiral en una serie de vueltas continuas que permitían la defensa de las rampas y puertas inferiores mediante arcos y flechas. En tiempos de paz, las puertas de las siete rampas permanecían abiertas, las almenas apenas estaban ocupadas por una guardia simbólica, y la piedra antigua se llenaba de floridas enredaderas. Ahora, en cambio, tras la retirada del ejército desde el Sarandanon, sobre las rampas asomaban lanzas y picas élficas, y las puertas se hallaban cerradas a cal y canto.

En la cima del Carolan no se habían construido defensas. La meseta se expandía hacia el bosque en una llanura amplia y fluctuante salpicada de árboles, cabañas aisladas y el recinto solitario de los Jardines de la Vida. En el este, en la linde del bosque, estaba Arborlon. Si los demonios conseguían alcanzar el Carolan, las posibilidades de defensa de los elfos serían escasas. En caso de que quedara el suficiente número de ellos, podrían combatir en la llanura e intentar despeñar a los invasores por el borde del risco. Si no lo lograban, tendrían que retroceder por el Valle de Rhenn, y allí luchar una última y definitiva batalla o aceptar que los expulsarían definitivamente de la Tierra del Oeste.

Chios hizo una pausa en su informe.

—Desde luego, si rodean las montañas y entran por el este... —empezó.

Allanon le interrumpió.

—No lo harán. Ahora el tiempo es de vital importancia para ellos. Vendrán por el oeste.

Ander dirigió a Stee Jans una mirada interrogativa, pero el comandante del Cuerpo de Voluntarios se encogió de hombros. A continuación, Ander se volvió hacia Emer Chios.

—¿Qué otras noticias hay, primer ministro?

—Me temo que noticias dispares respecto a nuestras solicitudes de ayuda a las otras tierras. Callahorn ha enviado doscientos cincuenta jinetes más de la Vieja Guardia, el ejército regular de la Legión. Han hecho una vaga promesa de que incrementarán su ayuda, aunque no han dado ninguna indicación de cuándo. Nuestros mensajeros informan que los miembros del Consejo de las Ciudades todavía no han podido solucionar sus diferencias en cuanto a la implicación de Callahorn en esta «guerra de los elfos», y el rey ha preferido no intervenir. Parece que el envío del destacamento de la Vieja Guardia fue otra solución de compromiso. Todavía debaten, pero eso es todo lo que sabemos.

Tal como Stee Jans había predicho, pensó sombríamente Ander.

—La Federación ha mandado también un mensaje, alteza. —La sonrisa de Chios era amarga—. Un mensaje breve y conciso, debo decir. La política de la Federación es no implicarse en los asuntos de otras tierras y otras razas. La Federación actuará solo si el problema llega a afectar a la soberanía de sus propios estados. En las

circunstancias actuales, no parece que ese sea el caso. Por ello, hasta que la situación no cambie, no nos enviarán ayuda alguna. —Se encogió de hombros—. No era del todo inesperado.

—¿Y el Kershalt? —preguntó Ander de inmediato—. ¿Qué hay de los trolls?

Chios sacudió la cabeza.

—Nada todavía. Me tomé la libertad de enviar otro mensaje.

Ander asintió.

—¿Y los enanos?

—Estamos aquí —contestó una voz ronca—. Al menos algunos.

Un enano barbudo y voluminoso se abrió paso hacia los humanos reunidos alrededor de la mesa del Consejo. Unos ojos azules parpadearon en un rostro curtido y bronceado por el sol, y un par de manos nudosas se agarraron al borde de la mesa.

—Druida. —El enano saludó con la cabeza a Allanon, luego se volvió hacia Ander—. Me llamo Browork, anciano y ciudadano de Culhaven. Traigo conmigo cien zapadores para servir a los Elessedil. Puede darle las gracias al druida. Nos encontró hace semanas trabajando en el puente que cruza el río de Plata y nos advirtió del peligro. Los enanos conocemos a Allanon, por lo que no hicimos preguntas. Enviamos aviso a Culhaven y partimos hacia aquí. Diez días de marcha y a un ritmo muy duro, pero aquí estamos.

Extendió una mano y Ander la estrechó con calidez.

—¿Y los demás, Browork? —preguntó Allanon.

El enano hizo un gesto paciente.

—Están de camino, supongo. Al final de la semana habrá aquí un ejército de varios miles. —Miró a Allanon frunciendo el entrecejo—. Entretanto, nos tienes a nosotros, druida y, por lo tanto, puedes considerarte afortunado. Nadie excepto los zapadores podía haber minado esa rampa.

—El Elfitch —aclaró rápidamente Chios al perplejo Ander—. Browork y los zapadores han trabajado con nosotros en las defensas. Mientras estudiábamos el Elfitch, vieron que era posible preparar la quinta rampa para, en caso de que fuera necesario, hundirla.

—Un juego de niños. —Browork rechazó el cumplido con un gesto de la mano—. Horadamos los bloques de piedra, quitamos los soportes secundarios, luego dividimos los primarios con cuñas de hierro unidas a cadenas. Escondimos las cadenas entre unos matorrales bajo la rampa, las llevamos hasta arriba y las unimos a un sistema de poleas. En caso de que los demonios lleguen a la quinta rampa, no hay más que tirar de las cadenas para que salgan las cuñas y toda la rampa se derrumbe. Es muy sencillo.

—Muy sencillo si uno sabe tanto de ingeniería como un enano zapador. —Ander sonrió—. Muy bien, Browork. Necesitamos vuestra ayuda.

—Hay otros aquí que también servirán de gran ayuda —añadió Allanon apoyando la mano en el hombro de Ander y señalando hacia el extremo más alejado de la mesa

del Consejo.

El príncipe se dio la vuelta. Un elfo vestido totalmente de cuero dio un paso al frente y posó sobre el corazón como señal de lealtad.

—Dayn, alteza —susurró—. Soy un jinete volador.

—¿Un jinete volador? —Ander contempló al elfo con extrañeza. Por boca de su padre le habían llegado historias de personas que se denominaban elfos del cielo; relatos casi olvidados por la mayoría, puesto que ningún jinete volador había aparecido por Arborlon en los últimos cien años—. ¿Cuántos sois? —preguntó al fin.

—Cinco —replicó Dayn—. Habrían venido más de no ser por el miedo de que los demonios ataquen el Ala Alzada, nuestra ciudad. Nos envió mi padre, que se llama Herrol. Todos pertenecemos a la misma familia. —Hizo una pausa y miró a Allanon—. El druida y él fueron amigos hace tiempo.

—Aún lo somos, jinete volador —dijo Allanon.

Dayn recibió la afirmación del druida con un asentimiento de cabeza, luego se volvió hacia Ander.

—La amistad que mi padre alberga hacia los elfos de los bosques es más fuerte que la de la mayoría de nuestros compatriotas, alteza, porque la mayoría ya ha roto todos los vínculos con las viejas tradiciones y gobierno. Además, mi padre sabe que Allanon apoya a los Elesedil, lo cual es importante. Por eso nos envió. Preferiría haber venido personalmente, pero se lo impidió la ausencia de su Roc Genewen, con el que se entrena ahora el hijo de mi hermano para convertirse un día también en jinete volador. No obstante, los que estamos aquí podemos ayudar. Volaremos por todo el cielo de la Tierra del Oeste, si es necesario, para buscar a los demonios que amenazan e informar de todos sus movimientos, además de espiar sus fuerzas y sus puntos débiles. Al menos eso podemos ofrecerlos.

—Lo aceptamos agradecidos, Dayn. —Ander devolvió el saludo al jinete volador—. Sed bienvenidos.

Dayn hizo una reverencia y retrocedió. El príncipe volvió a mirar a Chios.

—¿Alguien más ha venido para defendernos, primer ministro?

Chios negó con la cabeza lentamente.

—No, alteza. Eso es todo.

Ander asintió.

—Entonces bastará con los que somos.

Hizo un gesto a todos para que se sentaran con él en la mesa del Consejo y, a continuación, se produjo una discusión general sobre temas como la disposición de las tropas, la distribución de las armas, las tácticas de batalla y las medidas defensivas adicionales. Ehlron Tay informó sobre los elfos cazadores del ejército regular; Kerrin sobre la Guardia Real, y Kobold sobre la Guardia Negra. Browork prestó su asesoramiento a la eficacia estructural de las defensas élficas, y consultaron a Stee Jans sobre la estrategia de las hordas de demonios. Incluso Dayn habló brevemente de las capacidades de vuelo de los rocs y su empleo en un combate aéreo.

El tiempo pasó muy rápido y la noche se fue consumiendo. Ander estaba cada vez más aturdido por el agotamiento, por lo que su mente empezó a divagar. Estaba sumido en una de sus ensoñaciones cuando un tremendo estrépito le hizo incorporarse en su asiento. Las puertas de la sala se habían abierto bruscamente y por ellas había entrado un desgredado Gael flanqueado por dos guardias de cámara. Casi sin aliento, el pequeño elfo se lanzó hacia Ander e hincó la rodilla frente a él.

—¡Alteza! —dijo resoplando, con el rostro sofocado por la emoción—. ¡Alteza, el rey ha despertado!

Ander lo miró estupefacto.

—¿Despertado?

Y acto seguido se puso en pie y salió precipitadamente de la sala.

Mientras dormía, Eventine Elesedil se había sentido flotar en las tinieblas cubierto por hilos de telaraña que envolvían su cuerpo como una manta sin costuras. Sintió cómo, uno a uno, los hilos lo envolvían, lo rodeaban, se adherían a él. El tiempo y el espacio habían perdido su significado y solo había existido la oscuridad y la urdimbre de hilos. Al principio, la sensación fue grata y cálida, semejante a la de un niño cuando su madre lo abraza y se siente rebosante de bienestar y amor. Sin embargo, el abrazo era cada vez más fuerte y empezó a asfixiarlo. Trató de liberarse desesperadamente y descubrió que no podía. Se hundió en la negrura. La manta, que giraba lentamente, era ahora un sudario y él ya no era una criatura de la vida, sino de la muerte. Aterrorizado, se revolvió en su prisión de seda, tirando y rasgando la tela hasta que, con un repentino desgarro, se liberó.

Abrió los ojos. La luz lo cegó momentáneamente. Parpadeó, desorientado y confuso, intentando averiguar dónde estaba y qué sucedía. Los contornos de la habitación empezaron a tomar forma y reconoció el olor de las lámparas de aceite, el tacto de las sábanas de algodón y las mantas de lana que lo cubrían. Todo lo sucedido en los momentos anteriores a la pérdida de consciencia retornó a su memoria de golpe, en un alud de recuerdos, con las imágenes cruzándose enloquecidas e inconexas: la Línea Quebrada, la Cuenca de Halys, los demonios atacando desde la niebla, las filas de arqueros, lanceros y piqueros elfos desplegadas bajo él, los alaridos de dolor y los gritos de los moribundos, las formas oscuras que se abalanzaban contra él a través de un muro de fuego azul... Allanon, Ander, las armas relucientes, y luego un golpe repentino...

Se estremeció violentamente bajo las sábanas y el sudor bañó su cuerpo. La habitación se hizo más definida de pronto ante sus ojos: se trataba de su dormitorio de la mansión de Arborlon, y una figura se aproximaba a él.

—¿Majestad? —La voz aterrorizada de Gael sonó en sus oídos y el rostro del joven se inclinó hacia el suyo—. Majestad, ¿estáis despierto?

—¿Qué ha pasado? —murmuró con voz apagada y apenas reconocible.

—Os lastimaron, majestad, en la Cuenca de Halys. Os golpearon aquí. —El elfo señaló la sien derecha del rey—. Habéis permanecido inconsciente desde entonces. Majestad, estábamos tan preocupados...

—¿Cuánto tiempo... he dormido? —le interrumpió. Se palpó la cabeza con la mano y el dolor se propagó hasta el cuello.

—Una semana, majestad.

—¡Una semana!

Gael comenzó a retirarse.

—Iré a buscar a vuestro hijo, majestad.

La mente del rey estaba confusa.

—¿Mi hijo?

—El príncipe Ander, majestad. —El ayudante se precipitó hacia la puerta del dormitorio—. Está reunido con el Consejo Supremo. Reposad, lo traeré enseguida.

Eventine lo contempló abrir la puerta, intercambiar unas palabras con alguien de fuera y volver a cerrarla, sumiéndole en el silencio de la habitación. Trató de incorporarse, pero el excesivo esfuerzo lo obligó a recostarse otra vez. ¿Ander? ¿Había dicho Gael que Ander estaba reunido con el Consejo Supremo? ¿Dónde estaba Arion? Las dudas ofuscaron su mente y las preguntas afluyeron como un torrente. ¿Qué hacía él en Arborlon? ¿Qué le había sucedido al ejército de los elfos? ¿Habían conseguido defender la posición en el Sarandanon?

Intentó levantarse de nuevo, pero volvió a caer hacia atrás. Sintió náuseas. De repente comprendió que era viejo, como si los numerosos años fueran una enfermedad que lo hubiera consumido. Tensó la mandíbula. ¡Si pudiera volver a ser joven durante tan solo cinco minutos para tener el vigor suficiente para levantarse de esa cama! Empujado por la ira y la determinación, se incorporó unas pulgadas sobre las almohadas y se recostó contra ellas. El esfuerzo casi le dejó sin aliento.

Al otro lado de la habitación, Manx alzó su grisácea cabeza. El rey abrió la boca para llamar al viejo lebrél pero, de pronto, su mirada se cruzó con la del perro y las palabras se ahogaron en su garganta. Aquellos ojos trasmitían odio; una aversión tan fría como una helada invernal. Parpadeó con incredulidad, combatiendo la sensación de repulsión que crecía en su interior. ¿Manx? ¿Cómo iba a odiarle Manx? ¿Qué tontería!

Se obligó a apartar la vista y a mirar a otro lado, a los muros y los tapices, a los muebles, a las cortinas corridas sobre las ventanas. Intentó calmarse con desesperación, pero no pudo. Se percató de que estaba solo y el miedo le invadió. ¡Solo! Volvió a mirar a Manx. Los ojos del lebrél se fijaron en él, ahora velados, escondiendo lo que antes había sido tan evidente. ¿Lo habría imaginado? Observó cómo el viejo perro se levantaba, se daba la vuelta y volvía a tumbarse. ¿Por qué no se ha acercado a mí?, se preguntó el rey. ¿Por qué no viene?

Se hundió en las almohadas. ¿Qué estoy diciendo? Las palabras sonaron en su mente como un susurro y vio que la locura amenazaba con deslizarse en su interior.

¿Estaba atisbando odio en los ojos de un animal que le había sido fiel durante tantos años? ¿Estaba viendo a Manx como un enemigo que podía atacarlo? ¿Por qué?

Sonaron unas voces en el pasillo. La puerta del dormitorio se abrió y volvió a cerrarse, y Ander cruzó la habitación, llegó hasta su padre y lo abrazó. El rey estrechó a su hijo, luego lo soltó y examinó el rostro sombrío de Ander mientras este se sentaba en el borde de la cama.

—Cuéntame qué ha sucedido —le pidió Eventine con suavidad. Entonces vio vacilación en los ojos de su hijo y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Obligó a sus labios a formular la pregunta—. ¿Dónde está Arion?

Ander abrió la boca para hablar, pero contempló al anciano en silencio. El rostro de Eventine se heló.

—¿Ha muerto?

La voz de Ander era un susurro.

—En el Paso de Worl.

Trató de encontrar algo más que decir, pero no pudo y sacudió la cabeza lentamente. Los ojos de Eventine se llenaron de lágrimas y sus manos temblaron al agarrar los brazos de su hijo.

—¿Arion ha muerto?

Pronunció esas palabras como si fueran mentira.

Ander asintió, luego desvió la vista.

—Kael Pindanon también.

Hubo un momento de silencio y conmoción. El rey dejó caer las manos.

—¿Y el Sarandanon?

—Perdido.

Padre e hijo se contemplaron en silencio como si acabaran de compartir un terrible secreto que nunca debió haber sido pronunciado. Entonces Ander se inclinó y abrazó a su padre. Se mantuvieron unidos largo rato. Cuando el rey habló, su voz sonó sorda y distante.

—Cuéntame todo lo que le sucedió a Arion, sin ocultarme nada.

Ander obedeció. Suavemente le explicó cómo había perecido su hermano, cómo lo habían trasladado a través de la Línea Quebrada hasta el Sarandanon y cómo lo habían enterrado en el Paso de Baen. A continuación le refirió todo lo sucedido al ejército de los elfos desde el primer día de la batalla en la Cuenca de Halys y durante la larga marcha de vuelta hacia Arborlon. Eventine escuchó sin interrumpirlo. Cuando Ander terminó, mantuvo los ojos fijos en el aleteo de las lámparas de aceite durante un momento. Luego los fijó en su hijo.

—Quiero que vuelvas al Consejo Supremo, Ander. Haz lo que deba hacerse. —Se le quebró la voz—. Vete. Yo estoy bien.

Ander lo miró, titubeando.

—Le diré a Gael que entre.

El rey negó con la cabeza.

—No. Ahora no. Solo quiero... —Dejó la frase suspendida y se tragó las palabras que estaba a punto de decir, apretando con fuerza con una mano el brazo de su hijo—. Estoy... muy orgulloso de ti, Ander. Sé lo complicado...

Ander asintió con un nudo en la garganta. Tomó las manos de su padre entre las suyas.

—Gael estará fuera, en el pasillo, por si lo necesitas.

Se levantó y se encaminó hacia la puerta. Había apoyado ya la mano sobre el pomo cuando Eventine lo llamó, con una ansiedad extraña en la voz.

—Llévate a Manx contigo.

Ander se detuvo, miró al viejo lebrél, le silbó para que se acercase y lo sacó de allí. La puerta se cerró suavemente detrás.

Una vez estuvo verdaderamente solo, el rey de los elfos se recostó sobre las almohadas y se enfrentó a la inmensidad de los hechos que le habían contado. En poco más de siete días, el mejor ejército de las Cuatro Tierras había tenido que huir en su propio país como un rebaño de ovejas perseguido por lobos, expulsado de la Línea Quebrada y del Sarandanon, acosado hasta las puertas de su propia ciudad, donde ahora tenía que resistir o morir. En algún lugar de su interior sentía una terrible sensación de fracaso. Él era el responsable de ello. Había permitido que ocurriese.

—Arion —susurró de repente al recordarlo.

Las lágrimas asomaron a sus ojos y se echó a llorar.



Eretria! —exclamó Wil suavemente; su voz transmitía sorpresa y precaución. Olvidó el dolor de su herida; se incorporó sobre un codo para verla mejor—. ¿Qué haces aquí?

—Salvarte, por lo que parece —dijo ella riendo, con una expresión traviesa en sus oscuros ojos.

Un repentino movimiento atrajo la atención de Wil, que miró más allá de ella, hacia las sombras. En el fondo de la carreta, dos mujeres nómadas lavaban unos trapos manchados de sangre en una palangana con agua. Instintivamente, se llevó la mano a la cabeza y descubrió que le habían vendado la herida. Aunque la palpó con cuidado, no pudo reprimir una mueca de dolor.

—Yo no haría eso. —Eretria le apartó la mano—. Es la única parte de ti que está limpia.

El vallense miró a su alrededor.

—¿Qué has hecho con Amberle?

—¿Tu hermana? —preguntó en tono burlón—. Está bien.

—Me perdonarás si lo dudo.

Hizo ademán de levantarse de la cama.

—Quieto, curandero. —Lo obligó a tumbarse de nuevo. Habló en susurros para que las mujeres de atrás no pudieran oírlo—. ¿Temes que me vengue por tu equivocada decisión de abandonarme en el Tirfing? ¿En tan poca consideración me tienes? —Rio a carcajadas sacudiendo la cabeza—. Pero quizá ahora, si tuvieras que volver a tomar esa decisión, no me dejarías allí. ¿Es así?

—En absoluto. ¿Dónde está Amberle?

—Si quisiera haceros daño, Wil Ohmsford, os habría dejado en manos de los asesinos que os perseguían en Grimpen. La joven elfa está bien. La traeré una vez hayamos hablado. —Se volvió hacia las mujeres del fondo—. Fuera de aquí. Queremos estar solos.

Las mujeres detuvieron sus tareas y salieron por la parte de atrás de la carreta. Después, Eretria se volvió hacia el vallense e inclinó la cabeza a un lado.

—Bueno, ¿qué haré contigo ahora, Wil Ohmsford?

Él tomó una bocanada de aire.

—¿Cómo me hallaste, Eretria?

La joven hizo un gesto.

—Muy fácil. La noticia de tus grandes poderes para curar se propagó a lo largo y ancho de Grimpen. Diez minutos después de que atendieras a aquella posadera gorda, todo el mundo sabía de ti. ¿De verdad creías que una actuación tan espectacular

pasaría inadvertida? ¿Cómo crees que te encontraron los asesinos?

—Entonces, ¿también sabes eso?

—Curandero, eres idiota —dijo con suavidad mientras le acariciaba la mejilla—. Los nómadas son los primeros en enterarse de cualquier noticia en los lugares por donde viajan. Si no fuera así, peligraría su supervivencia; una lección que, según parece, no has aprendido aún. La noticia de tu maravillosa curación se propagó y, obviamente, cualquiera con una pizca de cerebro supuso que pronto muchos deducirían que alguien con tu talento debía ser un hombre rico. La codicia y el alcohol combinan bien, curandero. Tienes suerte de estar vivo.

—Supongo que sí —reconoció con pesar—. Debí tener un poco más de cuidado.

—Un poco. Por suerte para ti, me di cuenta de quién eras y convencí a Cephelo para que me permitiese ir en tu busca. Si no te hubiera encontrado, te habrías convertido en comida para los perros.

—Qué idea más agradable. —Wil esbozó una sonrisa forzada. Luego la miró—. ¿Sabe Cephelo que estoy aquí?

—Lo sabe. —Sonrió, y la expresión pícaro volvió a sus ojos—. ¿Te asusta?

—Digamos que me inquieta —admitió Wil—. ¿Por qué iba a hacer algo por mí después de todo lo acaecido en el Tirfing?

Eretria se inclinó hacia delante y le rodeó el cuello con sus brazos gráciles y morenos.

—Porque su hija es muy persuasiva, curandero, tanto que, en ocasiones, puede incluso convencer a un hombre tan difícil como Cephelo. —Se encogió de hombros—. Además, ha tenido tiempo de pensar sobre lo que ocurrió en el Tirfing. Creo que lo he convencido de que no fue culpa tuya, de que en realidad tú salvaste las vidas de la familia.

Wil movió la cabeza con expresión dubitativa.

—No confío en él.

—Y haces bien —admitió la muchacha—. Pero por esta noche, al menos, no tienes por qué preocuparte por él. Aguardará hasta mañana para hacer que te presentes ante él a rendir cuentas. Para entonces, sin duda, vuestros perseguidores estarán cansados de correr detrás de sombras y habrán regresado a las tabernas para beber más cerveza y pensar en una forma más práctica de ganar dinero.

Entonces se levantó y se alejó ondeando su vestido de seda azul. Al cabo de un momento regresó con un trapo húmedo y una palangana de agua limpia que colocó en el suelo, junto a la cama.

—Debemos limpiarte, curandero. Apesta a sudor y a suciedad, y tus ropas están hechas un harapo. —Hizo una pausa—. Desvístete y te lavaré.

Wil negó con la cabeza.

—Me lavaré yo mismo. ¿Me puedes prestar algo para vestirme?

Ella asintió, pero no hizo ademán de marcharse. El vallense se ruborizó.

—Me gustaría hacerlo solo, si no te importa.

Una sonrisa deslumbrante apareció en el bello rostro de Eretria.

—Pues sí me importa.

Él sacudió la cabeza.

—Eres incorregible.

—Estás hecho para mí, Wil Ohmsford. Ya te lo dije en otra ocasión.

La sonrisa se desvaneció y la reemplazó una mirada tan sensual y seductora que, por un momento, Wil olvidó lo que iba a hacer. Cuando ella se inclinó hacia él, se obligó a incorporarse rápidamente sobre la cama. Al hacerlo sintió un vahído, pero consiguió no volverse a tumbar.

—¿Puedes acercarme la ropa?

Por un instante, los ojos de la joven se oscurecieron de ira. Luego se levantó, se acercó a un armario, sacó unas ropas y se las entregó.

—Usa estas —dijo, arrojándoselas sobre el regazo.

Antes de alejarse, se inclinó repentinamente y lo besó en la boca.

—Lávate y vístete tú mismo, entonces —dijo, y se apartó.

Caminó hasta la puerta del fondo de la carreta, la abrió y se sumergió en la oscuridad de la noche. Wil oyó que cerraba la puerta con cerrojo desde fuera y sonrió a su pesar. Cualesquiera que fueran sus intenciones, no estaba dispuesta a dejarlo escapar. Se quitó la ropa vieja, se lavó y se puso la que Eretria le había dado. La talla era correcta, pero era un atuendo de nómada y hacía que se sintiera extraño.

Apenas había terminado de vestirse cuando se abrió la puerta de nuevo y apareció Eretria con Amberle. La elfa vestía pantalones y blusa de seda, una faja en la cintura y una cinta en la cabeza que recogía su largo cabello. Tenía la cara recién lavada y parecía sorprendida. Vio la venda en la cabeza de Wil y la preocupación asomó de inmediato a sus ojos verdes.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Ya me he ocupado yo de eso —intervino Eretria, zanjando la cuestión. Señaló hacia la cama que estaba enfrente de Wil—. Puedes dormir ahí. Ni se te ocurra abandonar la carreta por la noche.

Dirigió una sonrisa de complicidad a Wil, se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta. Estaba en el umbral de la puerta cuando, de pronto, se volvió.

—Buenas noches, hermano Wil. Buenas noches, hermana Amberle. Que durmáis bien.

Con una sonrisa irónica desapareció tras la puerta y echó el cerrojo con un clic.

El vallense y la elfa durmieron toda la noche dentro de la carreta. Cuando despertaron, ya había amanecido; los recién nacidos rayos se filtraban a través de las rendijas de los postigos de las ventanas cerradas iluminando débilmente el oscuro interior. Wil permaneció en silencio durante un rato mientras ordenaba sus pensamientos y esperaba a que el sueño se alejara de sus ojos. Tomó su túnica para

buscar la bolsita de cuero que contenía las piedras élficas, comprobó que seguían allí y las guardó. Pensó que tenía que ser cauteloso. Hizo el gesto de incorporarse de la cama, pero Amberle se levantó, lo retuvo y lo obligó a acostarse de nuevo. Le examinó la herida de la cabeza con cuidado y le ajustó el vendaje. Cuando terminó, Wil se incorporó finalmente y la sorprendió con un beso en la mejilla. Ella se ruborizó y esbozó una sonrisa que iluminó su rostro de niña.

Poco después, el cerrojo de la puerta se abrió y apareció Eretria portando una bandeja con pan, miel, leche y fruta. Sus miembros bronceados destacaban del diáfano vestido blanco que envolvía su cuerpo como niebla. La sonrisa deslumbrante destelló hacia el vallense.

—¿Has dormido bien, Wil Ohmsford? —Depositó la bandeja sobre su regazo y le guiñó un ojo—. Cephelo hablará contigo ahora.

Salió sin dirigirle la palabra a Amberle. Wil miró a la joven elfa y se encogió de hombros con expresión de impotencia. Amberle forzó una sonrisa.

Al rato apareció Cephelo. Entró sin llamar; se agachó ligeramente para que su figura alta y delgada pasara por la puerta. Vestido de negro y con una capa de color verde bosque, tenía el mismo aspecto que cuando lo vieron por primera vez a orillas del Mermidon. Sobre su cabeza lucía con elegancia el sombrero de ala ancha, que se quitó con una floritura al entrar, al tiempo que una sonrisa cruzaba de lado a lado su rostro moreno.

—Ah, los pequeños elfos, el curandero y su hermana. Volvemos a encontrarnos. —Hizo una reverencia—. ¿Aún buscáis vuestro caballo?

Wil sonrió.

—Ya no.

El nómada los miró de arriba abajo.

—¿No? ¿Entonces os habéis perdido? Me parece que Arborlon queda al norte.

—Estuvimos en Arborlon y nos marchamos otra vez —contestó el vallense, apartando a un lado la bandeja.

—Para venir a Grimpen Ward.

—Como tú, según parece.

—Pues sí. —El hombre alto se sentó frente a los dos—. En mi caso, los negocios me trasladan a sitios que no visitaría por placer. A ti, en cambio, curandero, ¿qué te ha traído a Grimpen? No creo que sea la perspectiva de ejercer tu arte con los habitantes de un pueblo tan miserable como este.

Wil dudó antes de responder. Debía ser precavido con lo que le decía a Cephelo. Conocía lo bastante a aquel hombre para saber que si descubría algo que pudiera utilizar en beneficio propio, lo utilizaría sin que nada lo detuviese.

—Nosotros también tenemos negocios —replicó con desenfado.

El nómada frunció los labios.

—No parece que te vayan muy bien esos negocios, curandero. Si no fuera por mí, te habrían cortado el cuello.

Wil sintió ganas de reír a carcajadas. ¡El viejo zorro! No tenía la menor intención de admitir ningún mérito a Eretria por salvarles la vida.

—Parece que estamos en deuda otra vez contigo —comentó Wil.

Cephelo se encogió de hombros.

—Te subestimé en el Tirfing. Permití que la preocupación por mi gente nublara mi sentido común. Te culpé por lo que sucedió cuando debería haberte dado las gracias por tu ayuda. Eso me ha estado preocupando. Salvarte ahora alivia mi sentimiento de culpa.

—Me alegro de contribuir a que te sientas mejor. —Wil no creyó ni una palabra de aquello—. Han sido tiempos difíciles para mi hermana y para mí.

—¿Difíciles? —El rostro oscuro de Cephelo reflejó una repentina inquietud—. Quizá pudiera dispensaros más ayuda, hacer algo que os sea de utilidad. Si me contaseis exactamente qué os trae a la parte más peligrosa del país...

Aquí viene, pensó Wil. Con el rabillo del ojo vio como Amberle fruncía el ceño para prevenirlo.

—Ojalá pudieras ayudarme. —Wil se esforzó al máximo por parecer sincero—. Pero me temo que no puede ser. Lo que más necesito es alguien que conozca bien la historia de este valle, sus lugares y sus leyendas.

Cephelo dio una palmada.

—Bueno, entonces tal vez sí pueda ayudarte, después de todo. He viajado por el Valle de los Indómitos en numerosas ocasiones. —Se llevó un dedo a un lado de la cabeza—. Conozco bien sus secretos.

Quizá sea cierto, pensó Wil. Quizá no. Quiere saber qué hacemos aquí.

El vallense se encogió de hombros.

—No creo que debamos abusar más de tu hospitalidad involucrándote en nuestros asuntos. Mi hermana y yo nos las arreglaremos solos.

El rostro del nómada permaneció impasible.

—¿Por qué no me cuentas por qué estáis aquí y me dejas juzgar si existiría tal abuso?

La mano de Amberle apretó el brazo de Wil, pero él la ignoró y sostuvo la mirada de Cephelo. Sabía que tendría que explicarle algo al nómada.

—Una enfermedad amenaza la casa de los Elesedil, los gobernantes de los elfos. —Bajó la voz—. La nieta del rey está muy enferma. La medicina que necesita es el extracto de una raíz que solo se encuentra aquí, en el Valle de los Indómitos. Solo nosotros sabemos cuál es esa raíz, solo mi hermana y yo. Hemos venido a buscarla, porque si la encontramos y la llevamos al monarca elfo, la recompensa será grande.

Sintió que Amberle le soltaba el brazo de repente. No se atrevió a mirarla. Cephelo se quedó en silencio un momento antes de responder.

—¿Sabes en qué lugar del valle se encuentra esa raíz?

El vallense asintió.

—Hay libros, libros antiguos de medicina que mencionan la raíz y dónde se

encuentra. Pero el nombre del lugar se olvidó hace tiempo y no aparece en los mapas que se utilizan ahora. No creo que el nombre te remita a nada.

El nómada se inclinó hacia delante.

—Dímelo de todas formas.

—Salvafuerte —declaró Wil, observando el moreno rostro del otro—. El nombre es Salvafuerte.

Cephelo pensó un momento, luego sacudió la cabeza.

—Tienes razón, el nombre no me dice nada. Sin embargo... —Hizo una pausa deliberada, meciéndose un poco hacia atrás como si estuviera rebuscando en sus recuerdos—. Hay alguien que tal vez conozca el nombre, porque conoce los nombres antiguos de este valle. Quizá pueda llevarte ante él, pero ten en cuenta, curandero, que el Valle de los Indómitos es una región muy peligrosa. Por fuerza tienes que saberlo ya, porque seguramente atravesasteis alguno de sus bosques para llegar a Grimpen. El riesgo para mí y mi gente si te ayudamos en una búsqueda tan arriesgada será grande. —Se encogió de hombros, como excusándose—. Además, tenemos otros compromisos, otros lugares a los que debemos ir, otros asuntos que atender. El tiempo es un bien muy valioso para gente como nosotros. Supongo que lo comprenderás.

—¿A qué te refieres? —preguntó el vallense con sosiego.

—Te estoy diciendo que, sin mí, no creo que logres el éxito en tu búsqueda. Me necesitas y me ofrezco para ayudarte. Pero la ayuda que precisas no puede prestarse sin, ah, cómo decirlo... una compensación adecuada.

Wil asintió lentamente.

—¿En qué compensación estás pensando, Cephelo?

Los ojos del nómada chispearon.

—Las piedras que llevas. Esas que poseen tanto poder.

Wil negó con la cabeza.

—A ti no te servirían de nada.

—¿Ah, no? ¿Tan oscuro es su secreto? —Los ojos de Cephelo se estrecharon—. ¿Crees que soy tonto? No eres un mero curandero. Me di cuenta desde el primer momento en que te vi, pero no importa lo que seas, sino lo que tienes. Posees el poder de las piedras y yo lo deseo.

—La magia que les da su poder es élfica. —Wil se esforzó por mantenerse tranquilo, ansiando desesperadamente no haber perdido el control de la situación—. Solo alguien con sangre élfica puede utilizar su poder.

—Mientes muy mal, curandero —la voz del hombre sonó amenazadora.

—Dice la verdad —intervino Amberle de repente, con el miedo atenazando su rostro—. De no ser por las piedras, ni siquiera habría intentado esta búsqueda. No tienes ningún derecho a pedirle que te las dé.

—Tengo derecho a pedirle lo que me plazca —restalló Cephelo, haciendo un gesto de desdén con una mano—. En cualquier caso, no os creo a ninguno de los dos.

—Cree lo que quieras —dijo Wil con voz firme—. No te entregaré las piedras.

Los dos hombres se observaron durante unos instantes en silencio; el rostro del nómada era duro y amenazador. Sin embargo, expresaba también temor, generado por el vívido recuerdo del poder encerrado en las piedras élficas, un poder que Wil Ohmsford había dominado. Con gran esfuerzo, logró sonreír.

—¿Qué me ofreces, entonces, curandero? ¿No creerás que voy a prestarte este servicio a cambio de nada? ¿Crees que voy a arriesgar vidas y propiedades sin ninguna recompensa? Debe haber algo de valor que puedas darme, algo cuyo valor equivalga al de las piedras que tan tozudamente te niegas a entregar. ¿Qué? ¿Qué vas a darme?

Wil, desesperado, trató de pensar en algo, pero no llevaba consigo absolutamente nada que valiera más que unos pocos céntimos. Cuando empezaba a creer que la situación no tenía salida, Cephelo chasqueó los dedos.

—Te propongo un trato, curandero. Has dicho que si llevas la medicina de la nieta del rey recibirás una recompensa. Muy bien. Haré todo lo que esté en mis manos para descubrir algo sobre ese lugar que llamas Salvafuerte. Te remitiré a alguien que puede conocer ese nombre. Haré eso y nada más. A cambio, tendrás que darme la mitad de la recompensa que recibas del rey de los elfos. La mitad. ¿De acuerdo?

Wil reflexionó un momento. La propuesta era extraña. Los nómadas pocas veces, o nunca, daban algo sin obtener primero la recompensa. ¿Qué le pasaba a Cephelo?

—¿Quieres decir que me ayudarás a encontrar la ubicación de Salvafuerte?

—Si puedo.

—¿Pero no vendrás conmigo hasta allí?

Cephelo se encogió de hombros.

—No tengo ningún deseo de poner mi vida en peligro sin necesidad. Hallar la medicina y llevarla hasta la nieta del rey de los elfos es tu problema. Mi parte del trato es simple y llanamente ayudarte por el camino. —Hizo una pausa—. Pero no imagines que una vez que te marches, te librarás de mí. Cualquier intento de timarme lo pagarás muy caro.

El vallense frunció el entrecejo.

—¿Cómo sabrás que la misión ha sido exitosa si no me acompañas?

Cephelo soltó una carcajada.

—Curandero, soy un nómada. ¡Lo sabré! Sabré todo lo que te ocurra, créeme.

Por un instante, su sonrisa fue tan feroz que Wil estuvo seguro de que sus palabras ocultaban algún significado. Sentía que algo marchaba mal. Sin embargo, necesitaban ayuda para encontrar el camino a través del Valle de los Indómitos sin utilizar las piedras élficas. El auxilio de Cephelo, si era de esa clase, podía marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso en su misión de búsqueda del Fuego de Sangre antes que los demonios los alcanzaran.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó otra vez Cephelo.

Wil negó con la cabeza. Tenía que poner a prueba al nómada.

—La mitad es demasiado. Te daré una tercera parte.

—¡Un tercio! —El rostro de Cephelo se tensó por un momento, luego se relajó—. Muy bien. Soy un hombre razonable. Un tercio.

Todo parecía demasiado fácil. Miró a Amberle y vio en sus ojos el mismo recelo que él sentía. Pero la joven se mantuvo en silencio y le dejó a él la decisión.

—Vamos, vamos, elfos —presionó Cephelo—. No tenemos todo el día.

El vallense asintió.

—Muy bien. Trato hecho.

—Bueno. —El nómada se levantó al momento—. Partiremos enseguida porque nuestros negocios aquí ya han terminado. Pero debéis permanecer un tiempo en la carreta. Será mejor que no os vean en Grimpen War. Cuando lleguemos al bosque, podréis salir.

Sonrió, se puso el sombrero de ala ancha y salió. La puerta se cerró suavemente y se oyó el cerrojo al correrse. Wil y Amberle se quedaron sentados, mirándose.

—No me fío de él —murmuró Amberle.

Wil asintió.

—Yo tampoco.

Unos minutos después, la carreta se puso en movimiento con un tirón y reemprendieron el viaje por el Valle de los Indómitos.



El anciano tarareaba suavemente mientras se acunaba en su mecedora de caña y contemplaba cómo la noche caía sobre el bosque. Hacia occidente, tras la muralla de árboles que cercaba el claro donde se encontraba, más allá del Valle de los Indómitos y de las montañas que lo rodeaban, el sol se deslizaba por el horizonte y la luz se transformaba en oscuridad. Para el anciano ese era su momento preferido del día, cuando el calor se sofocaba en las sombras del atardecer y los últimos rayos de sol teñían el cielo de rojo y púrpura, intensificándolo hasta que llegaba el azul de la noche. El aire que bajaba de las cumbres de la cordillera, donde los árboles del bosque se separaban lo suficiente para permitir que entre sus ramas y sus troncos se viera el cielo, la luna y las estrellas, desprendía un aroma a limpio durante cierto tiempo, libre de la humedad y del moho que traía consigo el bochorno del día, y las hojas de los árboles susurraban bajo el viento nocturno suave y apacible. Era como si, durante unos instantes, el Valle de los Indómitos se convirtiera en otra tierra que el hombre podía considerar como a una vieja y querida amiga.

El anciano a menudo contemplaba el valle de esa forma, más al anochecer que a cualquier otra hora del día o de la noche, pero siempre con ese mismo sentimiento de lealtad inquebrantable que muy pocos podían sentir como hacía él; eran muy pocos los que conocían el valle igual que él. Sí, era un lugar traicionero, despiadado y repleto de peligros, que podía atrapar y aniquilar a cualquier hombre. En el Valle de los Indómitos había criaturas que no existían en ningún otro lugar excepto en las leyendas de terror que se contaban a medianoche junto al fuego, entre susurros y miradas asustadizas. Allí habitaba la muerte, la misma que se aproximaba con el paso de las horas, dura, cruel e infalible. Era una tierra de cazadores y presas, aunque cada ser vivo poseía un poco de ambos. Durante las seis décadas que llevaba en el valle, el anciano había visto lo mejor y lo peor de cada uno de ellos.

Repiqueteaba con los dedos en los brazos de la mecedora mientras recordaba el pasado. Habían pasado sesenta años desde su llegada al Valle de los Indómitos; un tiempo largo, pero aún presente. Aquel había sido su hogar durante todo ese tiempo. Era un hogar que un humano podía apreciar, y no se trataba solo de un grupo de casas y de gente, cerrado, seguro y aburrido hasta el absurdo. Era un lugar de profundo aislamiento, de desafío y valor al que muy pocos podrían llegar y menos establecerse. Solo quedaba él de los que en otra época habían llegado al valle. Todos los demás se habían desvanecido, reclamados por la tierra indómita, sepultados en algún lugar bajo ella. Todavía quedaban aquellos imbéciles que se escondían como perros asustados en las destartadas cabañas de Grimpen, timándose y robándose entre sí y a cualquiera que se atreviera a entrar. Pero el valle no les pertenecía y nunca lo haría,

porque no conocían la naturaleza del lugar ni deseaban comprender su energía. Era como si, aun encerrados en la celda de algún castillo, afirmaran ser sus señores.

Los tontos de Grimpen le llamaban loco por vivir solo en una tierra salvaje. Sonrió con tristeza al pensarlo. Quizás tuvieran razón, pero prefería su locura a la estupidez de ellos.

—Vagador —llamó con voz áspera, y el gran perro negro tendido a sus pies, un animal enorme con características de lobo y de oso, se despertó y levantó su pesado cuerpo cubierto de pelo erizado, bostezando ampliamente.

—Eh, tú —gruñó el viejo. El perro se acercó y apoyó la cabeza sobre el regazo de su amo, esperando una caricia.

El anciano lo complació. En algún lugar de la creciente oscuridad sonó un grito, breve y estridente, que quedó suspendido en la calma como un eco y fue perdiendo intensidad hasta desaparecer. Vagador levantó la vista alertado. El anciano asintió. Un gato grande del pantano. Probablemente alguno habría salido de su vereda y pagado el precio. La mirada del hombre deambuló sobre las siluetas y formas familiares en la media luz. A sus espaldas estaba la cabaña donde vivía, una edificación pequeña pero sólida, construida a base de troncos y guijarros encajados con mortero. Detrás de la cabaña había un cobertizo, un pozo y un cercado donde guardaba su mula, un banco de carpintero y algunos trozos de madera. Le gustaba trabajarla y tallarla, pasaba la mayor parte del día tallando y puliendo la madera que conseguía de los grandes árboles que rodeaban el claro. Cualquiera otro lo habría considerado un trabajo inútil, pero los demás no le importaban demasiado. Pocas veces veía gente, y esas pocas le parecían suficientes. Así que no les daba motivos para que lo visitaran. Vagador era la única compañía que le agradaba. Y esos gatos inútiles que merodeaban por los alrededores en busca de un lugar para dormir o sobras de comida, como si no fueran más que simples carroñeros. Asimismo, la mula era un animal tonto pero digno de confianza.

Se estiró para incorporarse. La luz del sol estaba a punto de extinguirse, y las estrellas y la luz de la luna llenaban el cielo nocturno. Ya era hora de preparar algo de cenar para él y para el perro. Observó la trébede y la marmita que se encontraban sobre el pequeño fuego de la cocina a varios pies de distancia. El día anterior había sobrado algo de sopa, quizá la suficiente para la cena.

Se aproximó al fuego mientras sacudía la cabeza. Era un hombre bajo, delgado y viejo que caminaba encorvado, vestido con una camisa y unos pantalones desgastados. Su calva estaba rodeada de una fina franja de cabello blanco que bajaba por su mandíbula hasta formar una barba salpicada de hollín y polvo de madera. Tenía la piel morena y arrugada como el cuero, y los ojos escondidos bajo unos párpados inflamados y caídos. Se movía por impulsos, como si se acabara de despertar y todavía tuviera los músculos entumecidos por el sueño.

Se detuvo frente a la marmita y observó su interior para decidir cómo mejorar su contenido. Entonces oyó a lo lejos unos caballos y una carreta que se aproximaban,

sumergidos en las tinieblas del sendero que conducía a su cabaña. Se volvió y contempló la noche. Esperó. A su lado, Vagador lanzó un gruñido hostil y el anciano le dio una palmada de advertencia. Los segundos pasaron rápidamente y los ruidos se aproximaron. Una línea de sombras se destacó en la oscuridad a medida que descendía de una colina situada frente al claro: una carreta tirada por caballos seguida por media docena de jinetes. El humor del anciano se ensombreció en cuanto vio la carreta. La conocía muy bien, sabía que su propietario era un nómada: el rufián de Cephelo. Escupió a un lado con hastío y consideró la posibilidad de soltar a Vagador.

Los jinetes y la carreta se pararon al alcanzar el linde del claro. La oscura figura de Cephelo desmontó y se acercó. Al llegar frente al anciano, se quitó el sombrero de ala ancha a modo de saludo.

—Buenas noches. ¿Cómo estás, Hebel?

—¿Qué quieres Cephelo? —gruñó el anciano.

Cephelo fingió sorpresa.

—Hebel, Hebel, esa no es forma de que se saluden dos personas que han hecho tanto la una por la otra. No es lo apropiado para dos hombres que han compartido las miserias y desgracias de la humanidad. ¡Hola!

El nómada tomó la mano del anciano y la apretó con fuerza. Hebel no se resistió ni hizo ningún otro gesto.

—Tienes buen aspecto. —Cephelo mostró su mejor sonrisa—. Imagino que la región alta es buena para las dolencias y los achaques de la edad.

—Dolencias y achaques de la edad, ¿eh? —Hebel escupió y frunció el ceño—. ¿Qué vienes a vender, Cephelo? ¿Algún curalotodo para los enfermos?

Cephelo se volvió hacia sus acompañantes y se encogió de hombros, disculpándose.

—Eres muy poco amable, Hebel, muy poco.

—¿Qué ha ocurrido con el resto de tu caravana? ¿Te la robó otro bandido?

Esta vez el rostro del nómada se ensombreció ligeramente.

—Lo he mandado adelantarse. Seguirán la carretera principal hacia oriente y esperarán mi llegada en el Tirfing. He acompañado a este gente hasta aquí por un tema importante. ¿Podemos hablar un momento?

—Estás aquí, ¿no? —respondió Hebel—. Habla todo lo que quieras.

—¿No podemos compartir tu fuego?

Hebel se encogió de hombros.

—No tengo comida para todos, y aunque la tuviera, tampoco os la daría. Quizá hayas traído algo, ¿eh?

Cephelo lanzó un suspiro exagerado.

—Sí. Esta noche compartirás nuestra cena.

Llamó a los demás. Los jinetes desmontaron y se ocuparon de los caballos. Una mujer mayor había conducido la carreta junto con una joven pareja. Se apearon. La mujer sacó las provisiones y utensilios de cocina de la parte posterior de la carreta y

se dirigió con paso cansado hacia el fuego del hogar. La pareja que la acompañaba titubeó un momento, hasta que Cephelo, con un gesto, les invitó a acercarse. A ellos se unió una joven delgada y morena, de pelo negro, que viajaba con los jinetes.

Hebel se volvió sin decir nada y se sentó de nuevo en la mecedora. Los jóvenes de la carreta tenían algo peculiar, pero no podía precisar de qué se trataba. Parecía que fueran nómadas y, a la vez, que no lo fueran. Los observó aproximarse con Cephelo y la joven de cabello oscuro. Se sentaron sobre la hierba alrededor del anciano; la joven morena se acercó de forma sugerente al muchacho y le lanzó un guiño insinuante.

—Mi hija Eretria. —Al presentarla, Cephelo lanzó a la joven una mirada de reprobación—. Estos dos son elfos.

—No estoy ciego —replicó Hebel. Ahora comprendía por qué le parecían algo más que nómadas—. ¿Qué hacen contigo?

—Hemos iniciado una búsqueda —anunció Cephelo.

Hebel se incorporó en la mecedora.

—¿Una búsqueda? ¿Contigo? —Contempló al joven—. Pareces un tipo inteligente. ¿Qué te impulsó a unirme a alguien como él?

—Precisa de un guía que conozca esta miserable región —respondió el nómada con demasiada prisa, según Hebel—. ¿Por qué te empeñas en permanecer en esta tierra inhóspita y abandonada, Hebel? Un día, viejo, pasaré por aquí y solo hallaré tus huesos, y todo porque te niegas a trasladar tu refugio a regiones más seguras.

—¡Lo dices como si te importara! —resopló Hebel—. Para alguien como yo, esta tierra es tan amigable como cualquier otra. La conozco, conozco todo lo que se mueve, respira y caza en ella, sé cuándo debo mantenerme alejado y cuándo enseñar los dientes. Viviré más que tú, nómada. Recuerda mis palabras. —Se recostó en la mecedora, observando a Vagador, que se acomodó detrás de él—. ¿Qué quieres de mí?

Cephelo se encogió de hombros.

—Conversar un poco, ya te lo he dicho.

Hebel soltó una risa grave e incrédula.

—¿Conversar un poco? Venga, Cephelo. ¿Qué quieres? No me hagas perder tiempo, ya no tengo mucho.

—Para mí, nada. Para estos jóvenes elfos, un poco del conocimiento que encierra esa vieja cabeza calva. Me ha costado un gran esfuerzo llegar hasta aquí, pero hay ocasiones en que...

Hebel había oído suficiente.

—¿Qué están guisando ahí? —El anciano se dejó atraer por el olor de la comida que se cocía en la marmita—. ¿Qué es eso?

—¿Cómo voy a saberlo? —protestó Cephelo, molesto por la falta de interés del anciano.

—Carne, creo. Carne con verduras. —Hebel se frotó sus manos ásperas—. Me

parece que deberíamos cenar antes de seguir hablando. ¿Has traído un poco de esa cerveza vuestra, Cephelo?

Así pues, comieron un estofado acompañado con pan duro, frutos secos y nueces, todo regado con cerveza. Apenas hablaron durante la cena, aunque todos cruzaban miradas entre sí; para Hebel esas miradas fueron más explicativas que cualquier conversación que hubiesen mantenido sus visitantes. Comprendió que los elfos estaban allí porque no les quedaba otro remedio. No sentían más aprecio que él por Cephelo y su banda. Sin duda, Cephelo estaba allí para sacar tajada, pero procuraba ocultarlo. Quien más le intrigaba era la joven de melena negra, la hija del nómada. La forma en que miraba al muchacho elfo dejaba ver sus intenciones, pero había algo más tras su deseo e inquietud. La curiosidad del anciano por saber de qué se trataba aumentó.

Al terminar de comer, Hebel se preparó una larga pipa, prendió su contenido con yesca y pedernal, y lanzó una larga bocanada de humo al aire nocturno.

Cephelo lo intentó de nuevo.

—Este joven y su hermana necesitan tu ayuda. Han hecho un largo viaje, pero no podrán seguir sin tu consejo. Desde luego, yo les aseguré que lo harías.

El anciano gruñó. Conocía bien el juego.

—No me gustan los elfos. Se creen demasiado buenos para estas tierras, para gente como yo. —Levantó una ceja—. Sabes bien que tampoco me gustan los nómadas. Los aborrezco incluso más que a los elfos.

Eretria sonrió con ironía.

—Parece que hay muchas cosas que no te agradan.

—¡Calla! —ordenó Cephelo, con rostro sombrío.

Eretria enmudeció y Hebel vio la rabia en sus ojos.

Sonrió entre dientes.

—Te entiendo, muchacha. —Se dirigió a Cephelo—. ¿Qué ganaré yo si ayudo a los elfos, nómada? Un intercambio justo si quieres mis conocimientos.

Cephelo arrugó la frente.

—No abuses demasiado de mi paciencia, Hebel.

—¡Ja! ¿Me cortarás el cuello? ¿Qué conseguirías con eso? Ahora di, ¿qué me darás?

—Ropas, sábanas, cueros, sedas; no sé —respondió el nómada de mala gana.

—Ya tengo de eso —dijo Hebel, y escupió.

Cephelo hizo un gran esfuerzo para contenerse.

—De acuerdo, ¿qué quieres entonces? ¡Suéltalo ya, viejo!

Detrás de la mecedora, Vagador gruñó amenazador. Hebel alargó un brazo y calmó al perro con una palmada.

—Cuchillos —dijo—. Media docena de hojas. Una cabeza de hacha y cuñas. Dos docenas de flechas de madera de fresno con plumas. Y una piedra cortante.

El otro hombre asintió, poco complacido.

—Trato hecho, ladrón. Ahora entrégame algo a cambio de lo que exiges.

Hebel alzó los hombros mostrando indiferencia.

—¿Qué quieres saber?

Cephelo señaló a Wil.

—El elfo es curandero. Necesita una raíz para elaborar una rara medicina. Sus libros aseguran que la puede encontrar aquí, en el Valle de los Indómitos, en un lugar conocido como Salvafuerte.

El nómada y el anciano se miraron durante un prolongado silencio mientras los demás aguardaban.

—¿Y bien? —preguntó finalmente Cephelo.

—¿Y bien qué? —preguntó a su vez el anciano.

—¡Salvafuerte! ¿Dónde está?

Hebel sonrió con gesto pérfido.

—Imagino que donde siempre ha estado. —Percibió asombro en el rostro del otro—. Conozco ese nombre, nómada. Es un nombre antiguo, olvidado por todos menos por mí, que yo sepa. Se trata de una especie de tumba, de catacumbas bajo una montaña.

—¡Eso es! —El joven elfo se puso en pie con el rostro radiante. Al ver cómo lo observaban todos los demás, volvió a sentarse rápidamente—. Al menos así es como lo describen los libros —añadió con timidez.

—¿Ah, sí? —Hebel se acomodó, exhalando humo—. ¿Mencionan también los Hoyos?

El joven asintió con la cabeza y miró a la chica, que lo imitó. Cephelo se inclinó hacia delante, con los ojos entornados.

—¿Insinúas que Salvafuerte se encuentra dentro de los Hoyos, viejo?

Hebel percibió la ansiedad en la voz de Cephelo; estaba asustado.

El anciano se rio entre dientes.

—Dentro de los Hoyos. ¿Aún sigues buscando Salvafuerte, nómada?

El joven elfo intervino.

—¿Dónde están los Hoyos?

—A un día de camino en dirección sur —respondió el viejo. Era el momento de terminar con aquella absurda situación—. Se trata de un abismo oscuro, elfo, un foso donde cualquier cosa que cae se pierde para siempre. La muerte, elfo. Lo que entra en los Hoyos no vuelve a salir. Así lo han decidido sus habitantes.

El joven sacudió la cabeza.

—No comprendo.

Eretria murmuró algo para sí mientras observaba fijamente el rostro del joven elfo. Hebel vio que ella conocía todo el asunto. Su voz se transformó casi en un susurro.

—Los Hoyos pertenecen a las Hermanas Brujas, elfo. Morag y Mallenroh. A ellas y a los seres que crean para que las sirvan, seres del poder de la brujería.

—¿Pero en qué parte de los Hoyos se encuentra Salvafuerte? —insistió el vallense. Hablaste de una montaña...

—En el Pináculo, un pico aislado que se alza de los Hoyos como un brazo extendido desde el panteón de la muerte. Allí está situado Salvafuerte. —El anciano hizo una pausa y se encogió de hombros—. O al menos allí estaba. Hace mucho tiempo que no he visitado los Hoyos, muchísimos años. —Movi6 la cabeza—. Ya nunca nadie va allí.

El elfo asintió lentamente.

—Cuéntame qué sabes de esas Hermanas Brujas.

Hebel entrecerró los ojos.

—Morag y Mallenroh son las últimas de su especie. En otro tiempo había muchas como ellas, ahora solo quedan dos. Algunos creen que servían al Señor de los Brujos. Otros, que existían incluso antes que él. Hay quien dice que tienen un poder equiparable al de los druidas. —Abrió las manos—. Ellas encierran la verdad, averíguala tú si lo deseas. Que desaparezca un elfo no es tan importante.

Rio estrepitosamente, ahogándose con su propia risa hasta que alzó su jarra para beber un trago de cerveza. Echó hacia delante su cuerpo demacrado y buscó los ojos del joven.

—Son hermanas. Hermanas de sangre, pero entre ellas hay un enorme odio originado por un problema muy antiguo; real o imaginario, no podría asegurarlo, nadie podría, supongo. No obstante, siguen en guerra dentro de los Hoyos. Morag domina el este, Mallenroh el oeste, y cada una de ellas trata de destruir a la otra; ambas anhelan conseguir el territorio y el poder de su hermana. En el centro de los Hoyos, justo entre las dos, se encuentra el Pináculo, y debajo está Salvafuerte.

—¿Has visto Salvafuerte?

—¿Yo? No. Los Hoyos son de las hermanas; en el valle hay espacio de sobra para mí. —Hebel se balanceó en la mecedora mientras recordaba—. En otros tiempos, tantos años atrás que no me molesto en contarlos, solía cazar cerca de los Hoyos; una irresponsabilidad, pero en esa época quería explorar toda la tierra que había escogido para vivir, y pensaba que las historias no eran más que eso: historias. Durante varios días estuve cazando en las sombras de los Hoyos sin ver nada, hasta que una noche, mientras dormía sin más compañía que las brasas de una hoguera, apareció ella. Mallenroh, alta e irreal como una criatura de ensueño, con su larga melena gris trenzada con belladona. Su rostro era el de la Reina de la Muerte. Se me acercó y me dijo que tenía la necesidad de hablar con un humano, con alguien como yo. Se pasó el resto de la noche hablando, contándome cosas sobre ella y su hermana Morag y la guerra que mantenían en los Hoyos.

Estaba sumido en el recuerdo, su voz era suave y distante.

—Por la mañana se había desvanecido, como si nunca hubiera estado allí. Nunca la volví a ver, jamás desde entonces. Podría haber pensado que solo fue un sueño, que no fue real, pero se llevó una parte de mí, un trocito de mi vida.

Meneó la cabeza lentamente.

—La mayor parte de lo que me contó se evaporó como los fragmentos de un sueño. Pero recuerdo bien sus palabras sobre Salvafuerte, elfo. Catacumbas bajo el Pináculo, dijo. Un lugar perteneciente a otros tiempos donde existía una magia extraña. Era de una época tan remota que las hermanas no conocían su significado. Así me lo contó Mallenroh. Al menos eso sí lo recuerdo.

Permaneció en silencio, recordando. Incluso después de tantos años, la imagen de ella era tan clara como las caras que veía a su alrededor. ¡Mallenroh! Era raro, pensó, que pudiera evocar su recuerdo con tanta precisión.

El joven habló despacio, rozando la mecedora con su mano.

—Lo recuerdas muy bien, Hebel.

El anciano miró al elfo desconcertado, sin comprender. Luego vio en sus ojos lo que se proponía. El curandero tenía la intención de ir a los Hoyos. Rápidamente se inclinó hacia delante.

—No vayas —susurró, negando con la cabeza—. No vayas.

El joven dibujó una leve sonrisa.

—Debo hacerlo. Así Cephelo tendrá su recompensa.

El nómada no agregó nada; mantuvo su oscuro rostro inescrutable. Eretria lo miró un instante, luego se volvió hacia el joven.

—Curandero, no lo hagas —suplicó la joven—. Escucha lo que dice el viejo. Los Hoyos no es lugar para ti. Busca el remedio en otro lado.

El elfo negó con la cabeza.

—No hay otro lugar. No insistas, Eretria.

El cuerpo de la joven se tensó a medida que su rostro se ruborizaba por las emociones que luchaban por liberarse. Sin embargo, se esforzó por controlarlas, se levantó y lo contempló con frialdad.

—Eres un imbécil —declaró, y se alejó en la oscuridad. Hebel observó que los ojos del joven seguían a Eretria. La elfa no miró, sus extraños ojos verdes estaban velados y medio ocultos bajo la sombra del largo cabello que caía sobre su rostro aninado.

—¿Tan importante es la raíz? —preguntó el anciano a los dos jóvenes elfos—. ¿No la puedes buscar en otro lugar?

—Dejémoslos —dijo Cephelo de repente, recorriendo con sus ojos cada una de las caras—. La decisión es suya, ellos deben tomarla.

Hebel frunció el ceño.

—Tienes mucha prisa por enviarlos a la muerte, nómada. ¿Qué será entonces de tu recompensa?

Cephelo se echó a reír.

—Las recompensas se dan y se toman por capricho de la suerte. Cuando se pierde una, se gana otra. La decisión es suya y no tenemos derecho a juzgarla.

—Debemos ir —dijo Amberle con voz suave; habló por primera vez desde su



llegada, mirando con intensidad los ojos del anciano.

—De acuerdo. —Cephelo se levantó—. Dejemos este asunto. La noche no ha terminado y todavía queda algo de cerveza. Bebed conmigo, amigos. Hablaremos de hechos pasados en lugar de imaginar lo que está por venir. Hebel, debes saber lo que esa estúpida gente de Grimpen ha hecho últimamente, locuras que solo hombres como tú y yo podemos comprender.

Cephelo llamó a la anciana, que inmediatamente le trajo una jarra de cerveza. Varios nómadas se acercaron para unirse a ellos, y el patriarca llenó todas las copas con abundante cerveza. Entre risas y bromas, comenzó a relatar una serie de historias exageradas sobre lugares que dudosamente había visitado y gente que seguramente nunca había conocido. El nómada se mostraba espontáneo y despreocupado mientras su conversación llenaba la noche junto a las risas de su gente y el tintineo de las copas al brindar. Hebel escuchaba descontento. Cephelo se había dado mucha prisa en menospreciar sus advertencias a los elfos y en renunciar a la recompensa que obtendría, solo en el caso de que el joven elfo encontrara la medicina que buscaba y consiguiera regresar. Demasiado rápido, pensó; porque el nómada sabía tan bien como él que nadie había regresado de los Hoyos.

Se meció suavemente, dejando caer una mano sobre la cabeza peluda de Vagador. ¿De qué otras cosas podía advertirle? ¿Qué más podía añadir que no hubiese dicho ya para que olvidara esa locura? Quizá nada; el muchacho parecía muy convencido de lo que debía hacer.

Se preguntó si se encontraría con Mallenroh como le había ocurrido a él tantos años atrás. Al considerar la posibilidad, lo envidió.

Al cabo de un rato, Wil Ohmsford abandonó la compañía de los jueguistas y se dirigió al pozo que había detrás de la cabaña del anciano. Amberle ya dormía, arrebujada entre mantas cerca del fuego, extenuada por el largo día de viaje y los acontecimientos de las últimas horas. Él también sentía un inusitado decaimiento, aunque había bebido poca cerveza. El agua fría y una noche de sueño sosegado le ayudarían. Acababa de tomar un largo trago de la taza metálica que estaba enganchada al cubo del pozo cuando Eretria apareció de entre las sombras y se situó ante él.

—No te entiendo, curandero —dijo sin rodeos.

Tras dejar la taza en el cubo, Wil se sentó sobre el brocal de piedra del pozo. Era su primer encuentro después de que ella le llamara imbécil delante de todos.

—Tuve que superar una cantidad considerable de problemas para salvarte la vida en Grimpen —prosiguió ella—. No fue nada fácil convencer a Cephelo de que me permitiera ayudarte. Ahora parece que mis esfuerzos no han servido de mucho. Debería haberos dejado en manos de esos asesinos, a ti y a esa elfa que finge ser tu hermana. A pesar de los avisos y las recomendaciones en contra, insistes en ir a los

Hoyos. Quiero saber por qué. ¿Qué relación tiene Cephelo con esto? No sé qué trato habrá hecho contigo, pero sea lo que sea lo que te haya prometido, incluso en el caso de que pudieras fiarte de él, el riesgo que vas a correr no vale la pena.

—Esto no tiene nada que ver con Cephelo —respondió Wil con calma.

—Si te ha amenazado de algún modo, tienes mi apoyo —declaró la joven con firmeza—. Te ayudaré.

—Lo sé, pero Cephelo no ha influido en mi decisión.

—¿Entonces cuál es el motivo? ¿Por qué debes hacerlo?

El vallense bajó la mirada.

—La medicina que es necesaria para...

—¡Mentira! —Eretria se apoyó en el brocal del pozo, junto a él. Su rostro enrojecido mostraba ira—. Cephelo se puede creer esa patraña sobre raíces y medicinas, porque solo lee la verdad de las palabras, curandero, pero no la de los ojos. Mientras que la primera se puede ocultar, esto nunca sucede con la segunda. Vosotros dos no sois hermanos: ella está a tu cargo, una responsabilidad que, sin duda, tú aprecias. No buscas raíces ni medicinas, sino algo más. ¿Qué necesitas encontrar en los Hoyos?

Wil alzó la vista lentamente hasta encontrarse con los ojos de Eretria. La contempló sin responderle durante un largo rato. Ella extendió las manos y tomó las de él.

—Nunca te traicionaré. Jamás.

Él esbozó una sonrisa triste.

—Quizás eso sea lo único que no pongo en duda de ti, Eretria. De acuerdo, te lo contaré. Un gran peligro amenaza a esta y a todas las tierras. Lo único que puede protegernos de él se halla en Salvafuerte. Nos han enviado a Amberle y a mí a buscarlo.

Los ojos de la nómada resplandecieron.

—Entonces deja que te acompañe. Llévame contigo ahora como debiste hacer antes.

Wil suspiró.

—¿Cómo puedo hacer eso? Acabas de decirme que soy un estúpido por insistir en ir a los Hoyos. ¿Acaso pretendes que te tome por imbécil a ti también? Al menos por ahora, tu sitio está con tu gente. Será mejor que vayas al este, que te alejes de la Tierra del Oeste y de lo que puede pasar allí.

—Curandero, ese diablo que se hace pasar por mi padre me venderá nada más pisar las grandes ciudades de la Tierra del Sur. —Su tono reflejaba dureza y disgusto—. ¿Será mejor para mí ese destino que el que pueda encontrar a tu lado? ¡Llévame contigo!

—Eretria...

—¡Escúchame! Conozco un poco esta región, los nómadas llevan viajando por ella desde mi nacimiento. Sé cosas que te pueden ayudar. De todas formas, no seré

una molestia. Sé cuidar de mí misma, mejor que tu elfa. No te pido nada, curandero, solo lo mismo que tú me pedirías si estuviéramos en la situación opuesta. ¡Tienes que dejarme ir!

—Eretria, aunque accediese a ello, Cephelo jamás lo permitiría.

—Cephelo no se enterará hasta que no sea evidente. —Sus palabras se precipitaban con nerviosismo—. Llévame contigo, curandero. Di que sí.

Wil estuvo a punto de hacerlo. Su belleza era tal que hubiera resultado complicado negarle cualquier cosa en circunstancias normales. Ahora, sentada a su lado, le conmovió ver sus ojos brillantes de esperanza. Temía a Cephelo y a lo que pretendía hacer con ella. El vallense sabía que no le gustaba suplicar, pero casi se rebajaba a hacerlo para conseguir que la ayudase a escapar.

No obstante, como había dicho el viejo, los Hoyos eran muerte. Nadie salía de los Hoyos. Proteger a Amberle ya sería bastante difícil; y él era consciente de que, aunque Eretria pensara que podía cuidar de sí misma, si los acompañaba, necesitaría su protección tanto como la joven elfa.

Movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—No puedo, Eretria. No puedo.

El silencio se extendió entre ellos, la joven le observaba con una mirada sombría, llena de incredulidad y rabia. Se levantó despacio.

—Aunque yo te salvara la vida, tú no estás dispuesto a salvar la mía. Perfecto. —Se alejó de él con las lágrimas resbalando por sus mejillas—. Me has despreciado dos veces, Wil Ohmsford. No te daré ocasión de hacerlo una tercera vez.

Se dio la vuelta para marcharse. Se detuvo al cabo de unos doce pasos.

—Te prometo que en algún momento, curandero, desearás no haber rechazado mi ayuda con tanta rapidez.

Después siguió andando, el vallense contempló cómo se desvanecía en las sombras de la noche. Él permaneció allí; deseaba con todas sus fuerzas que las cosas fueran distintas, deseaba que hubiera alguna forma sensata de ayudarla.

Al cabo de un rato se movió, tenía sueño, así que se dispuso a dormir.

**E**alba se levantó gris y tenebrosa en el Valle de los Indómitos, cubrió los bosques con sombras que se extendieron como manchas de sangre a lo largo de la tierra oscura. Las nubes, suspendidas en la profundidad del valle, ocultaban el cielo matutino; un silencio expectante llenaba el aire y anunciaba la proximidad de una tormenta de verano. En la línea de riscos, Cephelo y su pequeño grupo empezaron a descender las montañas siguiendo la vereda que les llevaría de nuevo al camino principal para, desde allí, retomar el viaje hacia los Hoyos. Los nómadas se alejaron de la casa de Hebel tal como habían llegado, como sombras errantes; ahora los jinetes precedían a la carreta que llevaba a Wil y a Amberle, y alzaban las manos despidiéndose del viejo que contemplaba su marcha junto a su cabaña. Penetraron lentamente en la penumbra del bosque, rodeados por árboles enormes que se espesaban hasta el punto de impedir el paso del menor rayo de luz. Solo quedó el camino, estrecho, oscuro y pedregoso, que los conducía a las profundidades del valle.

A media mañana llegaron a la carretera principal y giraron rumbo al este. La niebla se concentraba sobre el suelo del valle, filtrándose entre las ramas de los árboles a medida que el día se caldeaba y el frío de la noche se transformaba en vapor. Wil y Amberle viajaban con la anciana, callados, pensando en lo que les esperaba. No habían vuelto a hablar con Hebel, durmieron durante toda la noche y, por la mañana, Cephelo se encargó de mantenerlos alejados del viejo. Ahora se preguntaban qué más les habría contado si hubiera tenido la oportunidad. Cephelo aminoró el paso de su caballo para hablar con ellos, pero la sonrisa y el diálogo fueron forzados y sin un propósito real. Repitió el mismo gesto varias veces a lo largo de la mañana, pero sin mejores resultados. Parecía buscar algo, aunque ni el vallense ni la elfa sabían de qué se trataba. Eretria se mantuvo alejada, lo cual Wil comprendió a la perfección, pero Amberle se mostró intrigada por el repentino cambio de actitud.

Era casi mediodía cuando Cephelo ordenó una parada en un angosto cruce de caminos en mitad del bosque. A lo lejos, los truenos retumbaban amenazantes, y el viento soplaba en repentinas ráfagas que sacudían las ramas de los árboles y levantaban remolinos de hojas y polvo. Cephelo se acercó a la carreta y se dirigió a Wil.

—Nos separaremos aquí, curandero —dijo, señalando el cruce—. Debes tomar la vereda más estrecha, rumbo al sur. Está despejada, solo tienes que seguirla y llegarás a los Hoyos antes del anochecer.

Wil se dispuso a hablar, pero el nómada alzó la mano.

—Antes de que digas nada, te aconsejo que no me pidas que te acompañe.

Nuestro trato no incluía eso, y yo debo cumplir con otras obligaciones.

—Iba a preguntarte si podríamos disponer de algunas provisiones —le informó Wil fríamente.

El nómada se encogió de hombros.

—Solo para uno o dos días, no más.

Hizo una seña a la anciana, que entró en la carreta. Wil observó que el hombre se agitaba en su silla, inquieto. Algo le preocupaba.

—¿Cómo te encontraré para darte tu recompensa? —le preguntó Wil de pronto.

—¿Recompensa? Ah, sí. —Por un momento Cephelo parecía haberla olvidado—. Bueno, como te dije, cuando te paguen, me enteraré. Entonces te buscaré, curandero.

El vallense asintió, se apeó de la carreta y se volvió para ayudar a Amberle. La observó, pero parecía que el comportamiento del nómada no la inquietaba. Se giró hacia Cephelo.

—¿Podrías prestarnos un caballo? Con uno...

Cephelo lo interrumpió enseguida.

—No nos sobran caballos. Creo que será mejor que partáis ya. Se avecina una tormenta.

La anciana reapareció y le dio a Wil un pequeño saco. Este se lo agradeció y se cargó el saco al hombro. Alzó los ojos de nuevo hacia el nómada.

—Buen viaje, Cephelo.

—Y que el vuestro sea rápido, curandero. Adiós.

Wil tomó a Amberle y se dirigieron hacia el grupo de jinetes reunidos en el cruce. Eretria estaba montada en su caballo, el viento alborotaba su pelo negro. El vallense se detuvo un momento a su lado y le extendió la mano.

—Adiós, Eretria.

Ella respondió con un movimiento de cabeza. Su rostro estaba impasible, helado y hermoso. El vallense la contempló un instante, pero ella no le devolvió la mirada. Después se dirigió al camino que conducía al sur. El viento le llenaba los ojos de polvo, por lo que se protegió con la mano, tratando de ver en la penumbra. Con Amberle a su lado, emprendieron el camino.

Hebel dedicó la mañana a trabajar en su mesa de carpintero detrás de la pequeña cabaña, concentrado en la talla de un gato. Durante el trabajo, su mente recordó la noche anterior: los elfos, su extraña búsqueda, el consejo que les dio y que ellos ignoraron. No lo comprendía. ¿Por qué se negaban a escuchar sus advertencias? Había dejado bastante claro que en los Hoyos solo había muerte y que los límites del territorio de las Hermanas Brujas no debían ser cruzados. ¿Qué empujaba a los hermanos a ir hasta allí para conseguir una misteriosa raíz medicinal?

Entonces se le ocurrió que quizá hubiera algo más. El pensamiento cruzó su mente y, cuanto más lo consideraba, más evidente le parecía. Después de todo, no

iban a ser tan estúpidos como para contarle la verdad a un rufián como Cephelo. No, aquel joven era demasiado listo para eso. Salvafuerte estaba en las profundidades del Pináculo, ¿qué clase de raíz podía crecer en el interior de una montaña donde no llegaba la luz del sol? No obstante, según le había revelado la hermana bruja, en otra época había existido la magia en Salvafuerte; una magia de otros tiempos, perdida y olvidada. ¿Esperaban los elfos descubrirla de nuevo?

La tormenta avanzaba, oscureciendo el cielo, y el aullido del viento entre los árboles se agudizó. El anciano interrumpió su trabajo y alzó la vista. La tormenta sería grande. Otra circunstancia desfavorable para los elfos, que no podrían resguardarse porque los alcanzaría antes de que llegaran a los Hoyos. Sacudió la cabeza. Si sirviera de algo, iría en su busca, pero obviamente estaban decididos. Sin embargo, era demasiado horrible. Cualquier cosa que pretendieran encontrar en Salvafuerte, una raíz medicinal o magia, no merecía el esfuerzo. No lograrían salir con vida para usarla.

A sus pies, Vagador levantó su cabeza peluda y olfateó el aire. Luego ladró. Fue un ladrido bajo, grave, de enfado. Hebel observó al perro con curiosidad antes de mirar a su alrededor. Los árboles del bosque cubrían el claro con sus sombras, pero no se atisbaba movimiento alguno.

Vagador ladró de nuevo y los pelos de su nuca se erizaron. Hebel observó las sombras con atención. Algo se escondía allí, en la penumbra. Se levantó y agarró el hacha. Comenzó a andar hacia los árboles con Vagador ladrando a su lado.

Entonces, sin comprender por qué, se detuvo. Un frío repentino recorrió su cuerpo y lo heló de forma insoportable. A sus pies, Vagador se echó sobre el vientre y se quejó como si le hubieran golpeado mientras encogía su enorme cuerpo. Los ojos del anciano captaron un movimiento, una inmensa sombra envuelta en una capa que se detuvo un momento antes de desaparecer. El terror lo invadió de tal forma que no pudo deshacerse de él. Lo agarró con crueldad y lo mantuvo inmóvil, observando el oscuro bosque con impotencia, deseando superarlo para darse la vuelta y huir. El hacha se desprendió de sus manos y golpeó el suelo, como un trasto inservible.

De pronto, el miedo desapareció tan rápidamente como había llegado. El viento ululaba a su alrededor, y una fina lluvia empezó a mojar su rostro curtido. Respiró profundamente, recogió el hacha y, con Vagador pegado a él, fue retrocediendo lentamente hasta que sus piernas rozaron el banco de carpintero. Se detuvo y posó una mano sobre el cuello del perro para calmar su propio temblor. En ese instante supo con aterradora certeza que, en sesenta años de lucha por sobrevivir a los peligros del valle, nunca había estado tan cerca de la muerte.

Wil y Amberle habían caminado menos de una hora cuando los alcanzó la tormenta. Una rociada de gotas pesadas se filtró a través de la espesa bóveda de árboles y se transformó rápidamente en un diluvio. Las cortinas de lluvia, impulsadas por el

viento del oeste, barrían el camino, y los truenos retumbaban por todo el bosque mojado. Con la lluvia, la penumbra del estrecho camino se oscureció y las ramas de los árboles empezaron a inclinarse, enviándoles regueros de agua. En pocos minutos quedaron empapados, pues no contaban con la protección de sus capas de viaje, que habían dejado en la carreta de los nómadas junto con el resto de sus ropas. Las prendas ligeras que les proporcionaron en su lugar se pegaban a sus cuerpos. Como no podían hacer nada para evitarlo, se limitaron a proseguir la marcha cabizbajos.

Siguió lloviendo a un ritmo constante durante varias horas, salvo por algunos breves intervalos que prometían un simulado fin de la tormenta. Pese a las dificultades, el vallense y la joven elfa siguieron caminando sin descanso. El agua chorreaba por sus cuerpos y sus ropas y el fango parecía sujetar sus botas. Tenían los ojos fijos en el camino lleno de surcos. Al fin la lluvia amainó y la tormenta se desplazó hacia el este, la niebla empezó a crecer en el bosque para mezclarse con la penumbra. Los árboles y los arbustos destellaban entre la neblina, el agua goteaba produciendo un rítmico martilleo en la repentina quietud. El cielo permanecía oscuro y cubierto de nubes; hacia el este resonaban los truenos, lejanos y prolongados. La neblina se hizo más espesa y los viajeros tuvieron que aminorar el ritmo de su marcha.

Entonces el camino comenzó a descender, un ligero desnivel que, si bien al principio era apenas perceptible, se fue acentuando a medida que avanzaban. El vallense y la elfa resbalaron y se deslizaron por el suelo enfangado, tratando de divisar en la penumbra que tenían ante sí otra cosa que no fuera el túnel oscuro del camino formado por los árboles. La quietud se acrecentó. Incluso el débil murmullo de los insectos cantando tras el paso de la tormenta se había disuelto en el silencio.

De repente, los árboles del bosque se abrieron, la pendiente llegó a su fin y el enorme y oscuro cuenco de los Hoyos surgió ante ellos, como si alguien les hubiera arrebatado un velo de los ojos. El vallense y la elfa se quedaron inmóviles, en medio del camino enfangado, y contemplaron asombrados la vasta extensión. Supieron que habían encontrado los Hoyos nada más verlo; aquel enorme foso de bosque negro no podía ser otra cosa. Parecía un monstruoso lago muerto, inamovible y tético, con su oscura superficie llena de vegetación de tal manera que lo que yacía bajo las aguas solo podía imaginarse. El Pináculo se alzaba en su sombrío centro; se trataba de una columna solitaria de roca que destacaba en la penumbra. Los Hoyos estaban tan desolados como una tumba abierta que llamaba a la muerte.

El vallense y la elfa permanecieron en el borde, en silencio, luchando contra el sentimiento de repulsión que crecía por momentos en su interior mientras contemplaban la callada penumbra. Nunca habían visto nada con un aspecto tan devastado.

—Debemos bajar ahí —dijo al fin Wil, que aborrecía la idea.

La muchacha asintió.

—Lo sé.

Él miró a su alrededor con la esperanza de hallar un camino, pues parecía que el que habían seguido terminaba allí. Sin embargo, al avanzar unos pasos, vio que en realidad no desaparecía, sino que se dividía en dos para seguir descendiendo entre las paredes sombrías. Reflexionó un momento mientras estudiaba los dos senderos e intentaba analizar cuál tendría un descenso más fácil. Eligió el que viraba hacia la izquierda. Ofreció su brazo a Amberle, que se agarró con fuerza. Comenzó a descender siguiendo el camino; sentía cómo sus botas resbalaban en la tierra mojada y las rocas se desprendían en terrones a su paso. Amberle se mantenía a su lado, apoyándose en él. Avanzaron con precaución.

Con un mal paso, Wil perdió el equilibrio y resbaló. Amberle, que tropezó con sus piernas, cayó con él. Se deslizó sobre el sendero enfangado para desaparecer con un grito agudo en la oscuridad del bosque. Wil gateó tras ella, abriéndose paso de manera frenética entre los espesos matorrales que desgarraban sus ropas y le arañaban la cara. Encontró a la joven gracias a la seda brillante de sus ropas de nómada, una destacada mancha roja en medio de la oscuridad. Tendida entre unos arbustos, respiraba de forma entrecortada con la cara cubierta de barro. Sus ojos parpadearon con inseguridad cuando la tocó.

—¿Wil?

La ayudó a sentarse, protegiéndola con sus brazos.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás herida?

—No, creo que no. —Sonrió—. Eres algo patoso, ¿lo sabías?

Él asintió y sonrió aliviado.

—Vamos, levántate.

Rodeó su cintura con un brazo y la ayudó a salir de los arbustos para ponerla de pie. En cuanto lo hizo, ella gritó de dolor y se dejó caer, agarrándose el tobillo.

—¡Me lo he torcido!

Wil se agachó para examinarlo y lo palpó.

—No hay nada roto, pero está dislocado. —Se sentó a su lado—. Descansemos unos minutos antes de continuar. Si es preciso, puedo ayudarte a bajar o llevarte en brazos.

Ella movió la cabeza.

—Wil, lo siento. Debería haber ido con más cuidado.

—¿Tú? El que se ha caído he sido yo. —Sonrió, tratando de parecer animado—. Bueno, tal vez aparezca una de las Hermanas Brujas para ayudarnos.

—Eso no tiene ninguna gracia. —Amberle frunció el ceño y miró a su alrededor con desazón—. Quizá debamos aguardar hasta mañana para continuar el descenso. Mi tobillo estará mucho mejor. Además, si bajamos ahora, tendremos que pasar la noche allí, y no me apetece en absoluto.

Wil asintió.

—Ni a mí. Además, no creo que sea buena idea buscar el camino de noche. La luz del día no tardará mucho en llegar.



—Quizá nos convendría volver al borde de arriba —dijo ella con cierta esperanza. El vallense sonrió.

—¿De verdad crees en la historia del viejo? ¿Crees que ahí abajo viven brujas? Ella lo miró fijamente.

—¿No lo crees tú?

Él pensó un momento y se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá sí, supongo. Hay muy pocas cosas en las que ya no crea. —Se recostó sobre sus rodillas, rodeándolas con los brazos—. En caso de que haya brujas, espero que las piedras élficas las asusten, porque es la única protección que tenemos. Desde luego, si tengo que usar las piedras para amedrentarlas, tendremos muchos problemas.

—¿Por qué? —preguntó ella con calma.

—¿De verdad todavía crees que puedo usarlas? ¿Incluso después de lo que ocurrió en el Pykon?

—Sí, pero sé que no debes hacerlo.

Él la miró.

—Eso ya lo dijiste en otra ocasión, ¿recuerdas? Cuando acampamos sobre el Mermidon, después del Tirfing. Estabas preocupada por mí. Me pediste que no volviera a usar las piedras, aunque protegieran tu vida.

—Lo recuerdo.

—Más tarde, cuando huimos del Pykon, te comenté que ya no podía usar más las piedras, que ya no podía dominar su poder, mi sangre de elfo no era lo bastante fuerte para controlarlas. Me respondiste que no debía juzgarme con tanta premura; que confiabas en mí.

—También lo recuerdo.

—Bueno, piensa entonces. Yo creo que, aunque no puedo usar las piedras, debo hacerlo. Tú crees que puedo, pero que no debo. Divertido, ¿no crees? —Sacudió la cabeza—. Y todavía no sabemos quién de los dos está en lo cierto, ¿verdad? Aquí estamos, casi en Salvafuerte, y todavía no he descubierto...

Enmudeció al darse cuenta de lo que iba a decir.

—Bueno, da igual —añadió, apartando la vista—. Será mejor que nunca lo averigüemos y que pueda devolvérselas a mi abuelo.

Permanecieron un rato en silencio. Hasta que Wil se llevó la mano a su camisa y extrajo la bolsa que contenía las piedras. La manoseó sin mucha atención y, justo cuando las iba a colocar en su sitio, advirtió algo extraño en su tacto. Arrugó la frente, desató los cordones y vació su contenido en la palma abierta para encontrarse tres guijarros vulgares.

—¡Wil! —exclamó Amberle horrorizada.

El vallense examinó los guijarros con pasmo mientras sus pensamientos comenzaban a moverse en torrentes.

—Cephelo —susurró al fin—. Cephelo. Encontró una forma de cambiar las

piedras. Probablemente anoche, mientras dormíamos. Tuvo que ser entonces; por la mañana, en Grimpen, estaban en la bolsa, lo comprobé. —Se levantó y siguió hablando—. Pero esta mañana olvidé hacerlo. Anoche estaba agotado, y tú te dormiste al momento. Debió de echar alguna droga en la cerveza para asegurarse de que no me despertara. Ahora entiendo su prisa por librarse de nosotros y el desinterés sobre las advertencias de Hebel acerca de los Hoyos. Él no desea que volvamos. La recompensa no significa nada. Lo único que le interesaba eran las piedras élficas.

Empezó a ascender por el sendero con el rostro desencajado. De pronto se acordó de Amberle. Volvió atrás, levantó a la joven en sus brazos, la apretó contra sí y empezó a trepar hacia el borde de los Hoyos. Observó su alrededor un momento y, después, se encaminó hacia un grupo de arbustos que se encontraban a unos pasos de allí. Se adentró en la protección de las ramas y dejó a la joven en el suelo.

—Tengo que volver a buscar las piedras élficas —declaró en voz baja—. ¿Estarás bien si te dejo aquí?

—Wil, no necesitas las piedras.

Él cabeceó en señal de negación.

—Si tengo que hacerlo, prefiero que sea con las piedras en mis manos. Ya oíste lo que contó el anciano sobre los Hoyos, esas piedras son lo único que tengo para protegerte.

El rostro de Amberle estaba blanco.

—Cephelo te matará.

—Tal vez. Quizá se haya alejado tanto que ya no pueda alcanzarlo, pero debo intentarlo. Prometo regresar antes del alba si no lo encuentro. Con las piedras élficas o sin ellas, volveré e iremos a los Hoyos.

Ella iba a añadir algo, pero calló. Las lágrimas mojaban su rostro cuando levantó las manos para acariciar la cara del muchacho.

—Te quiero —susurró—. De verdad.

Él la miró sorprendido.

—¡Amberle!

—Vete —le apremió ella con la voz quebrada—. Cephelo hará un alto en el camino para pasar la noche. Puedes alcanzarlo si te das prisa. Ten cuidado, Wil Ohmsford. No regales tu vida sin motivo. Regresa a buscarme. —Se estiró hacia arriba para darle un beso—. Vete. Rápido.

Él la contempló en silencio un instante más y se puso en pie de un salto. Se alejó corriendo sin mirar atrás. En pocos segundos la penumbra del bosque lo había engullido.

Los demonios atacaron Arborlon al alba del mismo día en que Wil y Amberle se percataron de la desaparición de las piedras élficas. Con un bramido aterrador que rompió el silencio matutino y centelleó entre los bosques de las tierras bajas, asomaron en tropel de entre los árboles en una inmensa oleada de cuerpos encorvados y retorcidos que se extendió por todo el Carolan. Con una furia ajena a toda lógica, las tenebrosas criaturas dejaron atrás la penumbra aún densa de los bosques y se introdujeron en las aguas del río Song. Llenaron el río como lo haría una mancha oscura y grande extendiéndose por el agua. Sus cuerpos, pequeños y grandes, veloces y lentos, iban saltando, reptando y agitándose en la corriente. Muchos de ellos nadaron por las aguas del río mientras se impulsaban y pateaban para alcanzar la orilla opuesta. Los más ligeros y alados volaban por encima o avanzaban a saltos rozando apenas la superficie del río. Otros, tan colosales que llegaban al fondo, empujaban con torpeza hacia delante con la intención de mantener fuera del agua sus hocicos y narices, de manera que se sumergían y volvían a aparecer de nuevo en la superficie. Muchos subieron a botes y balsas toscas que iban dirigiendo mecánicamente por el río agarrándose a cualquier cosa o ser que estuviera a su alcance para que los arrastrara hasta un lugar seguro, o al fondo del río si aquello a lo que se habían asido les había fallado al prestarles ayuda. La horda de demonios estaba poseída por la locura nacida de la frustración y el odio al enemigo que esperaba a pocos cientos de pasos. Con seguridad, esta vez conseguirían acabar con él.

No obstante, los elfos no se abandonaron al pánico. Estos se mantuvieron firmes, si bien la cantidad, el tamaño y la ferocidad de los demonios podrían haber acabado con la moral de un defensor menos intrépido. Aquel sería el último combate. Defenderían su ciudad, el corazón de la tierra que les pertenecía desde el surgimiento de las razas. Todo lo demás, desde el río Song hacia el oeste, estaba perdido. Ahora bien, los elfos se habían propuesto conservar Arborlon, puesto que preferían luchar y morir allí a ser expulsados de su propia patria, desterrados a tierras extranjeras, acosados como los animales por los cazadores.

Sobre las almenas del Elfitch, Ander Elesedil contemplaba la marea de demonios que se aproximaba. Allanon estaba a su lado. Ambos permanecían en silencio. Un momento después, Ander alzó la vista. Una pequeña mancha que se iba haciendo más grande a medida que descendía en círculo apareció en el azul claro del temprano cielo hasta que pudieron distinguir su forma: eran Dayn y su roc, Danzador. Empezaron a perder altura a medida que planeaban sobre los riscos del Carolan y aterrizaron en la despejada rampa situada más abajo de donde se hallaban Ander y el druida. Dayn

desmontó y se dirigió con rapidez hacia el lugar en el que el príncipe de los elfos esperaba.

—¿Cuántos? —preguntó Ander enseguida.

Dayn sacudió la cabeza.

—Ni siquiera los bosques y la neblina pueden ocultar a todos. Los que vemos ante nosotros no son más que una muestra.

Ander asintió. Demasiados, pensó con hastío. Pero Allanon lo había predicho. Se forzó a no mirar al druida.

—¿Intentan rodearnos, Dayn?

El jinete volador hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Todos ellos vienen directamente al Carolan. —Bajó la vista un momento hacia los demonios que luchaban para abrirse paso y se agitaban en las aguas del río Song. Después dio media vuelta y se dirigió hacia las almenas—. Dejaré a Danzador reposar unos minutos y después regresaremos para echar otro vistazo. Buena suerte, alteza.

Ander apenas lo escuchó.

—Debemos resistir aquí —murmuró casi para sí mismo.

La batalla había comenzado. Los grandes arcos de los elfos hacían silbar una flecha tras otra hacia la orilla del río y las lanzas negras volaban en dirección a una masa de cuerpos ansiosos que llenaban las aguas del Song. Mientras que las flechas rebotaban como inocuas ramas contra aquellos dotados de piel escamosa o semejante al cuero, algunas cumplían su cometido y los gritos de las víctimas se elevaban sobre los gritos de los atacantes. Formas oscuras se contorsionaban y hundían en las aguas que borboteaban, perdidas en la horda de cuerpos que iban detrás. Las flechas en cuyas cabezas había fuego chocaban contra los botes, barcas y troncos, pero la mayoría se apagaba rápidamente a medida que empujaban la embarcación hacia delante. Los arqueros disparaban constantemente contra las masas que salían del bosque y se dirigían hacia el río; aun así, los demonios continuaban llegando, ennegreciendo toda la ribera oeste y el río en su esfuerzo por alcanzar el muro defensivo de los elfos.

Entonces, se escuchó un grito en lo alto del Carolan y resonaron vítores. En la oscuridad que precedía al amanecer, los elfos se miraron unos a otros con expresión de sorpresa y alegría ante la presencia de un jinete alto de cabello gris. El grito se transmitió de boca en boca por todo el Elfitch, elevándose a lo largo de la línea del frente del río Song, detrás de las barricadas y las murallas, hasta convertirse en un rugido ensordecedor.

—¡Eventine! ¡Eventine viene a reunirse con nosotros!

Los elfos mudaron su semblante momentáneamente, inundados por una nueva esperanza, fe y vida, porque se había presentado el rey que los había gobernado durante casi sesenta años; para muchos, toda una vida. Allí estaba el rey que había resistido al Señor de los Brujos y que había logrado triunfar sobre él; el mismo que

había hecho frente a las crisis que habían amenazado su país. Herido en la Cuenca de Halys, aparentemente perdido para ellos, regresaba al fin. Su vuelta infundía esperanzas de que ningún mal, por muy monstruoso que fuera, prevalecería sobre los elfos.

¡Eventine!

Sin embargo, algo no marchaba bien; Ander lo percibió en el momento en que su padre desmontaba y se giraba hacia él. No era el Eventine de siempre, tal y como su pueblo pensaba. En sus ojos percibió la gran distancia que había tomado respecto de los elfos a causa de lo que aconteció. Era como si se hubiera replegado, no con la intención de escapar del terror o la incertidumbre, ya que podía dominarlas a ambas, sino para tomar distancia de la profunda y permanente congoja que parecía haber fragmentado su espíritu. Se mostraba bastante fuerte: su rostro desprendía arrojo y una voluntad de hierro, y saludó a quienes lo rodeaban con sus habituales palabras de ánimo. No obstante, sus ojos revelaban el vacío que sentía, la desazón que lo había desposeído de su corazón. Su hijo lo percibió y vio que Allanon también lo hacía. Tan solo el cuerpo del rey había cabalgado aquella mañana para estar junto a su pueblo. Quizá se debía a las muertes de Arion y Pindanon, a la herida que le habían infligido en la Cuenca de Halys, a la derrota de su ejército, a la terrible devastación de su patria o a todo aquello mezclado con algo más: la idea de fracaso, la conciencia de que, si los elfos no ganaban la batalla, el mal se haría con las Cuatro Tierras, atacaría a todas las razas y nadie podría detenerlo hasta que los destruyera. La responsabilidad recaería sobre los elfos, especialmente en su rey, Eventine.

Ander abrazó a su padre con cariño intentando disimular la tristeza que sentía. Después dio un paso atrás y le tendió la vara de Ellcrys.

—Esto le pertenece, majestad.

Eventine pareció titubear un momento antes de sacudir la cabeza lentamente.

—No, Ander. Ahora es tuya. Debes portarla en mi lugar.

El príncipe lo observó sin decir una palabra, percibiendo en sus ojos algo de lo que no se había percatado anteriormente. Su padre lo sabía. Era consciente de que no estaba bien, de que algo en su interior había cambiado. El teatro que hacía para los demás no valía ante su hijo.

Ander retiró la vara.

—Entonces permaneced conmigo en la muralla, majestad —le pidió con suavidad.

El rey asintió y juntos subieron a las almenas.

Entre tanto, los primeros demonios habían llegado a la orilla este del río Song. Emergieron del agua trepando con gritos salvajes para abalanzarse contra las lanzas y las picas procedentes de la defensa de los elfos. Poco después, las oscuras aguas vomitaron demonios a lo largo de toda la línea defensiva. Corneaban y arañaban, eran una mezcla de miembros y fauces que desgarraban ferozmente a quienes se interponían en su camino. En el centro, apoyando la defensa, se encontraba Stee Jans

con lo que quedaba de sus voluntarios: el gigante fronterizo de pelo rojo al frente de sus hombres, con el espadón alzado. En los flancos, Ehlron Tay y Kerrin de la Guardia Real estimulaban a sus soldados:

—¡Resistid, elfos, aguantad!

Pero no pudieron resistir más. Desbordados y sobrepasados en número, observaron cómo su línea de defensa empezaba a ser destruida. Inmensos demonios arremetían contra los defensores y abrían brechas en las murallas bajas para que pasaran sus seguidores. La sangre de los demonios y los cuerpos retorcidos oscurecían las aguas del río Song; pero por cada uno que caía, llegaban tres, un ímpetu salvaje que ninguna fuerza menor podría detener. Desde las puertas del segundo nivel del Elfitch, Ander ordenó el retroceso. De esta forma, los elfos y sus aliados abandonaron con presteza el muro del río que se derrumbaba y se adentraron en el bosque de atrás mientras seguían sendas cuidadosamente memorizadas hasta llegar a la seguridad de la rampa. Poco antes de que los demonios se dieran cuenta de lo que estaba pasando, los defensores se encontraron al otro lado de las murallas, con las puertas cerradas tras ellos.

Al momento, los demonios comenzaron a perseguirlos. Cuando penetraron en el bosque hacia el pie de la montaña, dieron con los centenares de trampas colocadas por los elfos. Durante unos momentos, la embestida se colapsó. Sin embargo, como cada vez llegaban más a la orilla del río, los nuevos sobrepasaron a los caídos en las trampas y llegaron a la rampa del Elfitch. Se agruparon con rapidez y atacaron. Treparon por las murallas de la primera puerta, deslizándose unos sobre otros hasta ocupar las defensas del nivel más bajo. Los elfos no tuvieron más remedio que recular. Poco antes de que las puertas del segundo nivel pudieran cerrarse, el primero había caído. Sin reducir el ritmo, los demonios continuaron trepando por la rampa hacia la segunda entrada. Escalaron por las murallas e incluso por la pared escarpada del risco, pegándose a la roca como si fueran insectos. Se agarraban, saltaban y escalaban la pendiente de la rampa y la pared del promontorio mientras gritaban con saña. Los elfos estaban embargados por el horror: el río no había logrado detener a los demonios. Habían rebasado la defensa de las riberas en cuestión de minutos y ahora el primer nivel del Elfitch estaba perdido. Ni siquiera la escarpada pared del risco parecía retrasarlos. Comenzaron a pensar que sus defensas eran inútiles.

Los cuerpos de los demonios colisionaron contra las puertas de la segunda rampa y treparon por ellas ayudándose de sus garras. Las espadas y las picas se clavaban en los invasores. Las puertas se combaban sobre sus bisagras debido al peso de la embestida. No obstante, en esta ocasión los defensores aguantaron, pues apuntalaron las puertas con fuerza utilizando hierro y repelieron el ataque. Los gritos de dolor y muerte copaban el aire, y los demonios rehicieron sus fuerzas formando una masa de cuerpos retorcidos que embestían a ciegas contra las murallas de la rampa. Del centro de esta surgió un reducido grupo de furias, ágiles figuras grisáceas que saltaron a lo alto de las murallas de piedra, con sus rostros de mujer y gato surcados por una

expresión de odio. Los elfos defensores retrocedieron ante ellas gritando de horror al ver sus garras. Entonces, el fuego azul de Allanon estalló entre las furias y las dispersó. Los elfos contraatacaron lanzando a los seres gatunos desde las murallas hasta que el último desapareció en la oscura masa de abajo.

El druida y los Elesedil subieron hacia la tercera puerta, desde donde apreciaron cómo el ataque de los demonios cobraba más fuerza. Los elfos defensores aún aguantaban y los arqueros de los niveles superiores prestaban apoyo a los lanceros y piqueros de abajo. Los demonios se asían a la pared del risco en toda la extensión de la rampa del Elfitch, trepando por la montaña en una lenta y ardua escalada. Desde la cima del risco, los enanos zapadores daban cuenta de sus grandes arcos y piedras para derribar a las figuras negras. Los demonios caían uno a uno aullando y precipitándose hacia las rocas del fondo.

De pronto, un demonio monstruoso rebasó a los atacantes que llegaban a las puertas de la segunda rampa. Se trataba de una criatura cubierta de escamas que se apoyaba sobre sus patas traseras como un humano, pero cuyo cuerpo y cabeza eran de lagarto. Silbando con rabia, embistió las puertas e hizo crujir las barras de seguridad hasta aflojar las bisagras. Los elfos, desesperados, procuraron replegarse. No parecía que los golpes le hiciesen ningún daño, sino que era como si rebotaran en su cuerpo acorazado. En su segundo intento consiguió echar abajo las puertas junto con los elfos que las guardaban, quienes echaron a correr de inmediato intentando refugiarse en el tercer nivel de Elfitch, cuyas puertas abiertas les estaban esperando. El monstruoso lagarto y sus hermanos ocuparon la rampa para iniciar la caza.

Por unos segundos pareció inviable que los elfos logaran cerrar las puertas antes de que los demonios las traspasaran. Entonces Stee Jans apareció en la entrada de la rampa con una enorme lanza en las manos. Estaba rodeado por los soldados veteranos de los voluntarios y por Kerrin y algunos soldados más de la Guardia Real. Se posicionó ante los demonios que se acercaban y, de pronto, el demonio lagarto arremetió contra él en una embestida. El fronterizo fue más rápido y esquivó la acometida del demonio arrojando la enorme lanza al interior de sus fauces abiertas. El lagarto retrocedió, silbando y ahogándose. La lanza le había atravesado la cabeza y sus manos acabadas en garras trataron de dar alcance al comandante de la Legión, pero los hombres de los voluntarios y los elfos se agruparon a su alrededor y detuvieron los golpes. En cuestión de segundos, todos retrocedieron y se refugiaron tras las puertas cerradas. Durante un momento, el demonio lagarto continuó en pie en el centro de la rampa, tratando de librarse de la lanza asesina. Poco después pereció y cayó hacia atrás sobre sus hermanos, tirándolos de la rampa mientras se desplomaba sobre la muralla y caía hacia el bosque de abajo.

Los demonios intentaron reconstruir su ataque con un alarido, pero habían perdido fuerza. Estaban desperdigados por el Elfitch, por lo que les resultaba complicado organizarse para una acometida combinada. El mayor de ellos había muerto y, como no contaban con otro que ocupara su lugar, deambularon sin decisión

tras las murallas de la rampa inferior. Animados por el valor de los voluntarios y de su propia Guardia Real, los elfos defensores los obligaron a retirarse. Cayeron flechas y lanzas, lo que provocó que muchos cuerpos oscuros se derrumbasen. Los demonios siguieron trepando, pero ahora carecían de seguridad y se habían vuelto vulnerables.

Ander vio su oportunidad y dio la señal de contraataque. A la orden de Kerrin, las puertas de la tercera rampa se abrieron y los elfos se lanzaron adelante, cargando contra la horda de demonios y empujándolos hacia abajo, hacia las puertas forzadas del segundo nivel. Barriendo la rampa, los defensores obligaron a retirarse a los demonios hasta pasadas las primeras puertas.

Allí se reagruparon: se les unieron como refuerzo los miles que continuaban emergiendo del río Song para dirigirse al pie del risco. Los elfos aguantaron solo un momento antes de volver a las puertas del segundo nivel y asegurarlas de nuevo con hierros. Allí fue donde se guarecieron.

La lucha continuó así el resto del día y el principio de la noche. La batalla se libró encarnizadamente arriba y abajo de la rampa, desde el pie del risco hasta las puertas del tercer nivel; los elfos y los demonios se mataban y se destrozaban en una lucha en la que nadie pedía ni daba tregua. En dos ocasiones, los demonios lograron llegar de nuevo hasta la segunda puerta e hicieron presión contra la tercera. En ambas los expulsaron. Una de aquellas veces lograron empujarlos hasta la base del promontorio. Murieron miles, aunque el mayor número de bajas correspondió a los demonios, porque estos combatían sin preocuparse de sus vidas, derrochándose a sí mismos frente a las formaciones cuidadosamente organizadas de los defensores. No obstante, también cayeron elfos heridos y muertos, y su falta empezó a ser notable en contraste con los demonios que nunca parecían disminuir.

De pronto, los demonios cesaron su ataque. Iniciaron el descenso del Elfitch con lentitud y sin premura, gruñendo y resoplando mientras se perdían entre los bosques. Las figuras negras se agazaparon en las sombras de la noche, inmóviles y silenciosas, como esperando a que sucediese algo. Tras las puertas y las murallas del Elfitch y desde el borde del Carolan, los agotados defensores trataron de ver algo en la oscuridad. No se preguntaron qué habría sucedido, sino que simplemente se limitaron a alegrarse por ello. La ciudad de Arborlon estaba a salvo, al menos durante un día más.

Esa misma noche, casi dos horas después de la retirada de los demonios a la oscuridad de los bosques situados bajo el Carolan, un mensajero visitó a Eventine y Ander cuando estos se encontraban reunidos con los ministros en el Consejo Supremo. Con voz emocionada anunció que un ejército de trolls de las rocas había llegado del Kershalt. El rey y su hijo dejaron con presteza el edificio del Consejo, acompañados por los demás, para encontrarse el patio frontal abarrotado de figuras enormes, con su característica piel similar a la corteza de árbol, en formación y



protegidos por cuero y hierro. Los espadones y las lanzas relucían bajo la luz ahumada de las antorchas que los rodeaban y un mar de ojos hundidos se posó en los rostros atónitos de los elfos.

Su comandante, un grandísimo troll que portaba una hacha de doble filo atada en la espalda, se adelantó. Tras echar un rápido vistazo a los otros elfos, se situó ante el rey.

—Soy Amantar, matureno de este ejército —informó en el burdo dialecto de los trolls—. Somos mil quinientos, rey Eventine, y hemos venido para defender a los elfos.

Eventine se quedó sin habla. Por poco había olvidado a los trolls, pues creía que los habitantes de la Tierra del Norte habían decidido no tomar parte en el conflicto. Ahora, al verlos allí cuando ya no esperaban ninguna otra ayuda... Amantar percibió el asombro del viejo monarca.

—Rey Eventine, debe saber que se ha meditado mucho acerca de su petición de ayuda —dijo con delicadeza—. Hasta ahora, los elfos y los trolls siempre han luchado entre ellos. Hemos sido enemigos y eso es algo que no puede olvidarse con facilidad, pero en cualquier momento se presenta la oportunidad de tener un nuevo comienzo. Ese momento ha llegado para los elfos y los trolls. Conocemos a los demonios, pues hemos tenido algún que otro encuentro con ellos. Ha habido heridos y muertos. Los trolls de las rocas comprenden el peligro que los demonios entrañan, porque son un mal tan grande como el Señor de los Brujos y las criaturas de la marca de la calavera. Es un mal común. Así pues, es evidente que los elfos y los trolls deben dejar de lado sus diferencias y unirse contra un enemigo común. Mis compatriotas y yo estamos aquí para unirnos a los elfos.

El discurso fue elocuente. Amantar terminó y, con un ademán cuidadosamente calculado, se arrodilló para proclamar su voto de lealtad al modo de los trolls. A sus espaldas, los soldados le imitaron y todos se arrodillaron en silencio ante Eventine.

Ander vio las lágrimas que brotaban de los ojos del anciano. Durante un momento, Eventine regresó del lugar al que se había retirado; su rostro reflejaba esperanza y un orgullo implacable. Despacio, se llevó la mano derecha al corazón y devolvió a los trolls el voto al modo elfo. Cuando Amantar se irguió, ambos se estrecharon las manos.

Ander sintió deseos de aplaudir.

Allanon caminaba por las angostas veredas de los Jardines de la Vida bajo un cielo nocturno nublado al que la luna y las estrellas se asomaban con cautela. Con la cabeza gacha y los brazos cruzados bajo los pliegues de su larga y negra capa, paseaba en la fresca oscuridad de los macizos de flores y los setos esculpidos. El rostro oscuro, sumido entre las sombras de la capucha, contenía sus enjutas facciones marcadas por arrugas de preocupación y de un amargo propósito. Esa noche se

reuniría con la muerte.

Caminó hasta el pie del montículo que los miembros de la Guardia Negra custodiaban. Inquieto, alzó la mano y se deslizó entre los soldados con la premura de una idea fugaz, y ellos no lo vieron. Trepó despacio hacia la cima sin querer mirar lo que tenía que ver, con los ojos bajos y fijos en la pendiente cubierta de hierba.

Cuando al fin llegó, levantó la cabeza. Ante él se alzaba Ellcrys, cuyas ramas, esbeltas y elegantes en otro tiempo, estaba ahora marchitas y dobladas como huesos disecados de algún animal muerto. La fragancia y el color habían desaparecido para dar paso a la sobra de algo que fue realmente hermoso. En el suelo yacían esparcidas las hojas rojizas como si fueran rollos de pergamino arrugado. El árbol, enclavado bajo el cielo nocturno entre un montón de ramas y cortezas desprendidas, estaba desnudo.

Allanon se quedó petrificado, pues no estaba preparado ni para lo que vio ni para lo que sintió. La impotencia creció en su interior ante la inevitabilidad de lo que ocurría. Era incapaz de impedirlo, porque incluso los druidas carecían del don de la vida eterna. Todas las cosas tenían que desaparecer de la tierra un día u otro, y el fin de Ellcrys había llegado.

Alzó una mano con la intención de acariciar las ramas marchitas, pero la dejó caer, pues no quería sentir su dolor. Aun así, sabía que debía calibrarlo. Levantó la mano otra vez y las tocó lentamente, con suavidad. Solo la mantuvo un instante en el que trató de transmitirle una sensación de consuelo y esperanza. Un día o dos, quizá tres. No, más. Y moriría.

Su alta figura se irguió, dejando caer las manos a los lados, con sus ojos oscuros fijos en el árbol agonizante. ¡Qué poco tiempo!

Al darse la vuelta se preguntó si tan poco tiempo bastaría para que Amberle regresara.

**W**il Ohmsford avanzaba por el bosque del Valle de los Indómitos a la carrera, siguiendo la marca oscura del camino que penetraba en la neblina y la oscuridad. Las ramas y enredaderas colgantes, cargadas de humedad, le rozaban y abofeteaban a su paso, y sus botas salpicaban el agua de los charcos del camino, el cual estaba empapado por la lluvia, y lo ensuciaban de barro. Sin embargo, el vallense no reparaba en nada de eso, pues su mente estaba sobrepasada por las emociones que giraban y se enroscaban hasta aturdirle con la desesperación ante la pérdida de las piedras élficas, la rabia contra Cephelo, el temor por Amberle y la sorpresa ante las palabras que habían salido de la boca de la joven.

Te quiero, le había confesado con la intención de expresar exactamente eso. Te quiero. ¡Qué extraño le parecía oír tal cosa de ella! Hasta entonces, ni siquiera había considerado tal posibilidad. Al fin y al cabo, primero se había mostrado molesta y recelosa con él. Por aquel entonces, a él tampoco le gustaba la joven elfa, pero el largo viaje que emprendieron en Puerto Refugio los obligó a conocerse, y los peligros y penurias que habían afrontado y superado los habían unido. En ese breve período de tiempo sus vidas se habían enlazado, por lo que no era tan inusitado que surgiera alguna clase de afecto. Las palabras palpitaban en su cabeza y se repetían. Te quiero. Sabía que era cierto y se preguntó cuánto la quería él.

Dio un paso en falso y cayó contra el fango y el agua. Se alzó furioso, se sacudió el barro y el agua lo mejor que pudo y continuó la carrera. La tarde se apagaba con demasiada presteza; tendría suerte si lograba llegar al camino principal antes de que anoheciera. Cuando eso ocurriese, tendría que orientarse en la absoluta negrura, solo en una tierra ignota y con un cuchillo de caza como única arma. ¡Estúpido! Ese era el epíteto más benévolo que merecía por lo ocurrido, por dejarse engañar por Cephelo creyendo que les prestaría ayuda sin recibir a cambio más que una vaga promesa. ¡El inteligente Wil Ohmsford...! Se dijo a sí mismo ardiendo de rabia. Y Allanon creía que se le podía confiar la seguridad de Amberle.

El esfuerzo de la carrera comenzó a entumecer sus músculos. La angustia lo invadió al recordar todo lo que Amberle y él habían soportado para llegar a la situación presente, solo para tener que enfrentarse a la pérdida total por falta de previsión. Siete elfos cazadores sacrificaron sus vidas para que ellos llegaran al Valle de los Indómitos. Muchos más habrían muerto defendiendo la Tierra del Oeste contra los demonios, porque la Prohibición se habría roto ya. ¿Todo para qué? ¿Para terminar así? La vergüenza y la determinación lo cautivaron y desplazaron a la desesperación. Nunca se rendiría. ¡Nunca! Recuperaría las piedras élficas que le habían arrebatado. Volvería con Amberle. La conduciría a salvo hasta el Pináculo,

hasta el Fuego de Sangre, y de vuelta a Arborlon. Tenía que hacer todo eso porque era su deber, porque hacer menos significaba fallar, no solo a Allanon y a los elfos, sino también a sí mismo. Y se sentía preparado.

Estaba abstraído en ese pensamiento cuando una sombra apareció en el camino y se materializó en la penumbra como un fantasma alto y silencioso que le aguardaba. El vallense se detuvo, tan aterrorizado que casi saltó del camino hacia el bosque. Respirando entrecortadamente, contempló la sombra y se percató de que se trataba de un caballo y un jinete. El caballo giró sobre el camino y pateó. Wil se acercó con cuidado, una cautela que se transformó en incredulidad y después en asombro.

Era Eretria.

—¿Sorprendido?

Su voz sonó fría y calculada.

—Mucho —admitió él.

—He venido para salvarte por última vez, Wil Ohmsford. Supongo que ahora escucharás con mayor atención mis palabras.

Wil avanzó hasta ella y se detuvo.

—Cephelo tiene las piedras.

—Lo sé. Vertió una droga en tu cerveza y te las robó por la noche mientras dormías.

—¿Y no hiciste nada para avisarme?

—¿Avisarte? —Movi6 la cabeza lentamente—. Te habría avisado, curandero. Te habría ayudado, pero tú no me ayudaste, ¿recuerdas? Tan solo te pedí que me llevaras contigo. De haberlo hecho, te habría revelado los planes de Cephelo para que las guardaras bien. Pero me despreciaste, curandero. Me abandonaste. Pensaste que podías arreglártelas sin mí. Bueno, me dije, iré a ver qué tal le va al curandero sin mí. —Se inclinó para examinarlo, midiéndolo con la mirada—. No parece que te vaya demasiado bien.

Wil asintió mientras su mente pensaba. No era momento de decir ninguna tontería.

—Amberle está herida. Se cayó y se torció un tobillo, así que no puede caminar sin ayuda. He tenido que dejarla al borde de los Hoyos.

—Pareces un especialista en abandonar mujeres en peligro —comentó Eretria.

Él se refrenó.

—Supongo que debo dar esa impresión, pero a veces no podemos hacer lo que queremos para ayudar a otros.

—Tú lo has dicho. Me imagino que eso es lo que crees. ¿Has abandonado entonces a la elfa?

—Solo hasta recuperar las piedras élficas.

—Lo que no lograrás sin mi ayuda.

—Lo que lograré con o sin tu ayuda.

La joven nómada lo contempló un momento y su expresión se suavizó.

—Supongo que también crees eso, ¿verdad?

Wil apoyó la mano sobre el flanco del caballo.

—¿Has venido para socorrerme, Eretria?

Ella lo miró en silencio durante un momento y luego asintió.

—Si tú también me ayudas a mí. Esta vez debes hacerlo. —Como él no contestó, continuó—. Un trato, Wil Ohmsford. Te ayudaré a recobrar las piedras si accedes a llevarme contigo cuando las tengas.

—¿Cómo las conseguirás? —preguntó él con precaución.

Ella esbozó por primera vez esa sonrisa deslumbrante que lo dejó sin aliento.

—¿Que cómo lo haré? Curandero, nací entre nómadas y soy la hija de un ladrón que me compró. Él te sustrajo las piedras; yo las robaré para ti. Conozco el oficio mejor que él. Solo tenemos que encontrarlo.

—¿No te habrá echado de menos?

Ella negó con la cabeza.

—Cuando nos separamos de ti le dije que deseaba adelantarme para unirme a la caravana. Él aceptó, porque los nómadas conocemos bien los caminos del Valle de los Indómitos y estaría fuera de allí al anochecer. Como sabes, curandero, no quiere que me ocurra nada. No se paga mucho por las mercancías estropeadas. De todas formas, cabalgué tan solo más o menos una milla rebasada la Cresta del Silbido, tomé otro camino que viene hacia el sur y se une con este a varios cientos de pasos de aquí. Pensé que, si descubrías la desaparición de las piedras, te alcanzaría al anochecer, ya fuese en los Hoyos o por aquí. Así que ya ves, Cephelo no se percatará de lo que he hecho hasta que no alcance a la caravana. La carreta le obliga a ir más despacio, por tanto eso no ocurrirá hasta mañana. Esta noche acampará en la carretera que sale del valle.

—Entonces disponemos de toda la noche para recuperar las piedras —concluyó Wil.

—Suficiente tiempo —replicó ella—. Pero no si seguimos aquí charlando. Además, no desearás que la elfa esté sola en los Hoyos mucho tiempo, ¿verdad?

La mención de Amberle le estremeció.

—No. Vámonos.

—Un momento. —Eretria retiró el caballo de él—. Primero necesito tu palabra. Una vez te haya ayudado, me ayudarás tú. Cuando consigamos las piedras, me llevarás contigo. Me permitirás acompañarte hasta que esté a una distancia segura de Cephelo, y yo decidiré cuándo es el caso. Promételo, curandero.

No podía hacer mucho más que intentar arrebatarse el caballo y ni siquiera estaba del todo seguro de poder conseguir eso.

—Muy bien. Lo prometo.

Ella asintió.

—Bueno. Para que cumplas tu juramento, yo guardaré las piedras cuando las recuperemos hasta que hayamos salido del valle. Súbete detrás.

Wil montó sin hacer comentarios. De ningún modo iba a permitir que guardara las piedras élficas cuando se las hubiera quitado a Cephelo, pero era inútil discutirlo. Se situó detrás de la muchacha y esta se volvió a mirarlo.

—No te mereces lo que estoy haciendo por ti, ¿lo sabes? Pero me gustas; me gusta la suerte que tienes en la vida, en especial al conseguir mi ayuda. Agárrate a mi cintura.

Wil vaciló antes de obedecer. Eretria se inclinó hacia atrás.

—Mucho mejor —ronroneó con voz seductora—. Te prefiero así que cuando está la elfa cerca. Ahora agárrate con fuerza.

Profirió un grito inesperado y apoyó las botas en los costados del caballo. El animal se encabritó sobresaltado, relinchó y empezó a galopar. Cabalgaron por el abrupto sendero inclinados sobre el cuello del caballo, golpeándolo con las piernas mientras huían a través de la penumbra. Los ojos de Eretria parecían felinos, pues guiaba su montura con mano certera y experta entre troncos caídos y madera seca, sobre riachuelos y charcos formados por la lluvia, descendiendo una pendiente fangosa para subir la siguiente. Wil se aferraba con todas sus fuerzas mientras se preguntaba si la joven habría perdido la cabeza. Si seguían así, acabarían cayéndose.

Pero, contra sus previsiones, no tropezaron. Pocos segundos después, Eretria desvió al caballo por un estrecho espacio situado entre los árboles que invadían casi todo el terreno. Con un impulso, el animal saltó sobre la maleza hasta un segundo sendero que Wil no había visto en su anterior camino hacia los Hoyos, y siguieron galopando entre las brumosas tinieblas, sin apenas aminorar la velocidad ante los obstáculos que se oponían a su paso, cabalgando sin parar en la oscuridad creciente. La poca luz restante se empezó a desvanecer con la llegada del crepúsculo. El sol, perdido más allá de la bóveda del bosque, se hundió tras las cumbres de las montañas. Las sombras se intensificaron y el aire se enfrió aún más. Eretria mantuvo el galope del caballo.

Cuando se detuvieron, estaban otra vez en el camino principal. Eretria tiró de las riendas del caballo con violencia, le dio unas palmadas en los sudorosos flancos y se volvió a mirar a Wil; le dirigió una sonrisa burlona.

—Esto era solo para demostrarte que puedo enfrentarme a cualquiera. No necesito que me cuides.

El vallense notó que su estómago empezaba a asentarse.

—Lo has conseguido, Eretria. ¿Por qué nos detenemos aquí?

—Para explorar —respondió mientras desmontaba. Sus ojos examinaron el camino durante unos momentos; después frunció el entrecejo—. Qué extraño. No hay huellas de carreta.

Wil también desmontó.

—¿Estás segura? —Escrutó el camino sin hallar ningún rastro de ruedas—. Quizá las haya borrado la lluvia.

—La carreta es demasiado pesada para que la lluvia borre todo rastro de su paso.

—Movi6 la cabeza con gesto de perplejidad—. Adem6s, la lluvia tendr6a que haber cesado en el momento en que lleg6 a este punto. No lo comprendo, curandero.

La luz disminu6a por momentos. Wil mir6 a su alrededor con aprensi6n.

—¿No se habr6 detenido a esperar que pase la tormenta?

—Es posible. —Parec6a dudarlo—. Ser6 mejor que retrocedamos un poco. Vamos.

Volvieron a montar y empezaron a cabalgar hacia el oeste mientras observaban de vez en cuando la tierra enfangada en busca de se6ales de la carreta. No las hallaron. Eretria llevaba el caballo a trote lento. Ante ellos la niebla sal6a del bosque por ambos lados y se arremolinaba en delgadas estelas que se deslizaban en la penumbra como tent6culos. Los sonidos nocturnos llegaron de entre los 6rboles cuando las criaturas del valle despertaron y comenzaron a cazar.

Luego un sonido distinto se elev6 de alg6n lugar situado delante de ellos, primero d6bil mientras se dilu6a en un eco entre los otros sonidos m6s agudos y cortos, luego m6s fuerte y persistente. Aument6 hasta tornarse en un aullido estridente y misterioso, como si alg6n alma torturada estuviera sufriendo un dolor que superara los l6mites de su resistencia y antes de morir lanzara un 6ltimo grito de terrible desesperanza.

Wil, alarmado, se apret6 contra el hombro de Eretria.

—¿Qu6 es eso?

Ella se gir6 hacia atr6s.

—La Cresta del Silbido est6 ah6 enfrente. —Esboz6 una sonrisa inquieta—. El viento produce a veces ese sonido.

El grito creci6, m6s 6spero y penetrante, y la tierra empez6 a ascender a trav6s del bosque en una pendiente rocosa que los elev6 por encima de la niebla. Los 6rboles se separaron hasta permitirles ver peque6os fragmentos del cielo azul nocturno. El caballo comenz6 a reaccionar ante los ruidos, resoplando con nerviosismo, agit6ndose y revolvi6ndose mientras Eretria trataba de calmarlo. Ahora avanzaban m6s despacio a medida que se abr6a paso entre las tinieblas hasta que estuvieron en la cumbre. M6s all6, la carretera volv6a a enderezarse y desaparec6a en la penumbra.

Entonces Wil divis6 una sombra que se mov6a en su direcci6n mientras se materializaba entre el aullido del viento y la noche. Eretria tambi6n lo vio y tir6 de las riendas bruscamente. La sombra se aproxim6 m6s. Se trataba de un caballo, un gran alaz6n que cabalgaba sin jinete, arrastrando las riendas. Lleg6 sin prisa hasta donde estaban y frot6 su hocico con el del caballo de Eretria. El vallense y la muchacha lo reconocieron al instante. Era el de Cephelo.

Ella se ape6. Sin mediar palabra, examin6 al alaz6n a medida que le propinaba palmadas en los costados y en el cuello para calmarlo. No hab6a ninguna marca en el animal, pero estaba sudando en exceso. Cuando se volvi6 a mirar a Wil, su rostro expresaba asombro.

—Ha sucedido algo, o su caballo no estar6a aqu6.

El vallense asintió. Comenzaba a presentir algo malo en todo aquello.

Eretria se montó sobre el caballo de Cephelo.

—Seguiremos un poco más —decidió, pero su voz transmitía incertidumbre.

Cabalaron en paralelo a lo largo de la cadena de cerros, con el viento aullando misteriosamente a través de las altas rocas y los árboles del bosque. En el cielo, las estrellas centelleaban enviando su pálida luz blanca a la oscuridad del Valle de los Indómitos.

En ese momento algo más apareció en la penumbra: otra sombra, esta vez negra, inmóvil y cuadrada sobre el camino. El vallense y la joven nómada aminoraron la marcha. Conducían a sus caballos con precaución mientras en sus ojos se revelaba la inquietud. Poco a poco la sombra comenzó a modelarse. Se trataba de la carreta de Cephelo, los llamativos colores destacaban bajo la luz de las estrellas. Se acercaron un poco más, y el desasosiego se transformó en horror. Los caballos que tiraban de la carreta estaban muertos, retorcidos y destrozados, seguían amarrados a los arcos de cuero tachonados de plata. Cerca de estos yacían numerosos animales y, junto a ellos, sus jinetes, arrojados sobre el camino como títeres, desgarrados y descuartizados, con sus ropas brillantes rezumando sangre a través de la tela para mezclarse con la tierra enfangada.

Inmediatamente, Wil contempló el terreno que lo rodeaba, atisbando en las sombras del bosque, buscando alguna señal de lo que había hecho aquello. Todo permanecía quieto. Miró a Eretria. Estaba sentada como una esfinge sobre su montura con el rostro empalidecido. Observaba fijamente los cuerpos tendidos. Sus manos cayeron poco a poco sobre su regazo y soltó las riendas. Wil desmontó, recogió las riendas caídas y trató de entregárselas otra vez a la atemorizada joven, pero Eretria no reaccionó. Tomó sus manos, le colocó las riendas entre los dedos y la obligó a cerrarlos. Ella lo miró, muda.

—Espera aquí —ordenó.

Se dirigió hacia la carreta y examinó los cuerpos destrozados al pasar. Todos, incluso la anciana que la había conducido, estaban muertos, inertes como la madera seca. El vallense sintió un hormigueo en la piel. Sabía quién era el autor de aquella masacre. Los revisó uno a uno hasta hallar a Cephelo. Estaba muerto también, su figura alta extendida en el suelo, con la capa verde hoja puesta, con sus facciones angulosas congeladas en una expresión de horror. Tan destrozado estaba su cuerpo que era difícil reconocerlo.

Wil se agachó. Palpó con cuidado las ropas del nómada muerto en busca de las piedras élficas, pero no las encontró. El pánico hizo un nudo en su estómago. Debía hallar las piedras. Entonces reparó en las manos de Cephelo. La derecha se agarraba a la tierra en un gesto que reflejaba una agonía insoportable; la izquierda se mantenía cerrada en un puño. El vallense aspiró profundamente y tomó la izquierda. Uno a uno forzó los rígidos dedos para abrirlos. La luz azul destelló entre ellos y una sensación de alivio lo inundó. Las piedras élficas estaban incrustadas en la carne de la palma.



Cephelo las habría intentado usar como vio a Wil hacer en el Tirfing, pero las piedras no le respondieron y murió con ellas en la mano.

El vallense las arrancó de la mano del muerto, las limpió en su camisa y las guardó otra vez dentro de su bolsita de cuero. Cuando se levantó escuchó el chillido del viento que soplaba entre los riscos. Sintió que desfallecía al percibir el olor de la muerte. Solo un ser podía haber hecho aquello. Recordó a los elfos muertos en el campamento del bosque de Dey y en la fortaleza del Pykon. Solo un ser: la Parca. ¿Pero cómo había dado con ellos? ¿Cómo los había seguido desde el Pykon hasta el Valle de los Indómitos?

Recuperó la calma y se apresuró a volver con Eretria. Ella seguía montada en el caballo de Cephelo, con sus oscuros ojos destellando de horror.

—¿Lo has encontrado? —preguntó con un susurro—. ¿Cephelo?

Wil asintió.

—Está muerto. Todos lo están. —Hizo una pausa—. He recuperado las piedras.

Ella pareció no oírlo.

—¿Qué clase de ser ha podido hacer eso, curandero? ¿Algún animal, quizás? ¿Las Hermanas Brujas o...?

—No. —Sacudió la cabeza—. No Eretria, sé lo que fue. Ese ser que nos ha seguido a Amberle y a mí desde Arborlon. Creí que lo habíamos perdido al otro lado de las Espuelas de Piedra, pero de algún modo nos ha vuelto a encontrar.

La voz de ella temblaba.

—¿Es un demonio?

—Un tipo especial de demonio. —Volvió la vista a los muertos sobre el camino—. Le llaman la Parca. —Meditó un momento—. Debió de pensar que viajábamos con Cephelo. Quizá la lluvia lo indujo a error. Lo siguió y lo atrapó aquí...

—Pobre Cephelo —murmuró ella—. Llevó su juego demasiado lejos. —Hizo una pausa y volvió a mirarlo—. Curandero, ese ser sabe que ya no estás con Cephelo. ¿Dónde irá ahora?

Ambos se miraron. Los dos conocían la respuesta.

Al borde de los Hoyos, Amberle se encogió bajo la protección de los arbustos donde Wil la había escondido y escuchó los sonidos de la noche. La negrura se había deslizado sobre el Valle de los Indómitos como un velo profundo e impenetrable, y la joven elfa estaba replegada, incapaz de ver más allá de los arbustos, escuchando a las criaturas que merodeaban. Sabía que Wil no volvería hasta el amanecer, por lo que intentó dormir un poco, pero el sueño no acudió; el tobillo le dolía y los pensamientos vagaban sin rumbo por su mente, pasaban por el vallense y su misión, su abuelo y los peligros que la acechaban. Al final se rindió. Con las rodillas levantadas contra el cuerpo, se encorvó hacia delante, decidida a confundirse con el bosque que la rodeaba tanto como pudiera, callada, inerte e invisible.

Lo consiguió por un tiempo. Ninguna de las criaturas del bosque se le aproximó, se mantuvieron entre los árboles, apartadas del borde de los Hoyos. El silencio era tan intenso que ella lo oía tan perfectamente como los demás sonidos de la noche. Una o dos veces algo sobrevoló su refugio, interrumpiendo por unos instantes la quietud con su rápido batir de alas, para luego alejarse y desaparecer. A medida que el tiempo transcurría, empezó a sentir sueño.

El frío la invadió súbitamente como si el calor hubiera sido extraído de la atmósfera que la rodeaba. Despertó y se frotó los brazos con fuerza. El frío se esfumó y la calidez del verano volvió a templar su cuerpo. Miró el terreno que la rodeaba, inquieta. Todo permanecía igual; nada se movía ni se oía en la oscuridad. Respiró profundamente y cerró los ojos otra vez. El frío volvió. Aguardó un momento antes de moverse mientras mantenía los ojos cerrados e intentaba identificar el origen del frío. Descubrió que procedía de algún lugar en su interior. No lo comprendió. Un frío, un frío amargo dentro de sí misma que se abría paso a través de ella, aturridor como una caricia de... la muerte.

Sus ojos se abrieron. Lo entendió al instante. Era el aviso de que algo iba a matarla. Cualquier otra persona hubiera considerado aquello producto de su imaginación, pero ella era muy perceptiva. Anteriormente había tenido sensaciones como esa y sabía que no debía despreciarlas. El aviso era real. Lo único que la confundía era su origen.

Se inclinó hacia delante con una momentánea indecisión. Algo se dirigía hacia ella, algo monstruoso, algo que la destruiría. No podía ocultarse ni oponer resistencia. Tan solo correr.

Imponiéndose al dolor del tobillo, se deslizó fuera de los arbustos, se agazapó detrás y atisbó en la penumbra del bosque. El ser que la acechaba estaba cerca; ahora sentía su presencia con claridad, moviéndose sin ruido a través de la noche. Se acordó de Wil y deseó desesperadamente que estuviese allí para ayudarlo. Pero Wil no estaba. Tenía que salvarse ella misma.

Solo había un sitio adonde ir, un lugar al que tal vez no la seguiría su perseguidor: los Hoyos. Se acercó cojeando hasta el borde y bajó la mirada hacia la negrura del abismo. El pánico la invadió. Los Hoyos eran tan terroríficos como el ser que la amenazaba. Trató de calmarse mientras recorría con sus ojos verdes la oscuridad hasta el Pináculo. Debía dirigirse allí. Allí es dónde la buscaría Wil.

Encontró un sendero que descendía y comenzó a seguirlo, avanzando con cautela entre las sombras. Pronto las tinieblas la rodearon; la luz de las estrellas y de la luna se perdió sobre los árboles. Su rostro de niña se endureció con un gesto de determinación y, a tientas, fue abriéndose paso. Sus movimientos eran tan pausados como le era posible, y solo el ligero roce de las botas en la tierra y la roca delataba su paso. Abajo no había más que silencio.

Al fin llegó al fondo de los Hoyos. Se detuvo para sentarse en el tronco de un árbol mientras se frotaba el tobillo con cautela. Estaba bastante inflamado, agravado

por su decisión de caminar apoyándose en él. Su cara estaba bañada en sudor cuando levantó la vista y escuchó. No oyó nada. No importa, se dijo. Quienquiera que la persiguiera estaba allá arriba todavía, buscándola. Tenía que adentrarse más en los Hoyos. Sus ojos habían comenzado a adaptarse a la negrura; discernía vagamente las formas de los árboles y grupos de arbustos que la rodeaban. Debía continuar.

Se levantó y continuó cojeando en la oscuridad, intentando no cargar su peso sobre el tobillo lesionado. A medida que se deslizaba de un árbol a otro, descansaba un momento y escuchaba con ansia el silencio profundo. El dolor aumentó, una punzada constante que parecía intensificarse a cada paso. Los músculos de la pierna sana se entumecieron y acalambieron por la cojera; empezaba a agotarse.

Tuvo que detenerse. Respirando con dificultad, se desplomó sobre el suelo, junto a un matorral, y apoyó la espalda en la tierra fría. Se tranquilizó y trató de localizar de nuevo el origen del aviso. Durante un momento no ocurrió nada. Después el frío volvió a invadirla, penetrante, intenso. Contuvo la respiración. El ser se había adentrado en los Hoyos.

Se obligó a levantarse y a continuar mientras renqueaba a ciegas a través de la oscuridad. Llegó a considerar la posibilidad de estar desplazándose en círculo, pero rechazó la idea. Se caía una y otra vez. En varias ocasiones se golpeó con tanta fuerza que casi perdió el conocimiento. En cada una de ellas logró ponerse en pie; se apoyaba en las rodillas y, jadeando, se obligaba a seguir. Los minutos transcurrieron hasta que perdió el sentido del paso del tiempo. A su alrededor, el silencio y la oscuridad se hicieron más profundos.

Llegó a un punto en que no pudo más. Cayó de rodillas. El ruido de su respiración sonaba con aspereza en sus oídos. Repleta de frustración, comenzó a gatear. La roca y la madera seca arañaban sus manos y sus rodillas mientras avanzaba con dificultad entre la maleza, con el tobillo inflamado y dolorido. No se rendiría, se juró. El ser no la alcanzaría. Sus pensamientos volvieron a Wil. Rememoró en su mente la expresión que había adquirido su rostro cuando le dijo que lo quería. Sabía que no debería habérselo dicho, pero en aquel momento no pudo evitarlo. A ella misma la cogió por sorpresa. Y el asombro en los ojos de él...

Se echó de cara al suelo y lloró. ¡Wil!, susurró como si su nombre fuera un talismán que la protegiera del mal que la acechaba en la negrura. Se incorporó y siguió gateando. Su mente divagaba y le pareció sentir la presencia de otras criaturas a su alrededor, moviéndose con ella en la noche, con agilidad y sin ruido. Criaturas pequeñas, pensó. Pero el ser, ¿dónde estaba? ¿A qué distancia se encontraba de ella?

Siguió arrastrándose y gateando hasta que sus fuerzas la abandonaron por completo; se tendió en el suelo del bosque. Estaba acabada, lo sabía. Era incapaz de hacer nada más. Sus ojos se cerraron y se preparó para morir. Un momento después, el sueño la abrazó.

Estaba todavía dormida cuando los dedos agarrotados y rígidos de una docena de manos nudosas la levantaron y se la llevaron.

El vallense y la nómada descendieron cabalgando por el pedregoso camino y dejaron atrás la Cresta del Silbido y el incesante sonido del viento. Se adentraron en la oscuridad del bosque, con las sedas de sus ropas ondeando contra sus cuerpos, que mantenían pegados al cuello de sus caballos mientras intentaban ver entre la oscuridad. Los árboles se cerraron a su alrededor y ocultaron el cielo nocturno. Arriesgando temerariamente sus vidas, siguieron al galope, confiando en el instinto de sus monturas y en la suerte.

No discutieron sobre esto, no hubo tiempo para discusiones. En el mismo momento en que Wil comprendió que la Parca retrocedería sobre sus pasos y encontraría el sendero que discurría hacia el sur que Amberle y él habían tomado para dirigirse a los Hoyos tras separarse de los nómadas, en su mente solo hubo un único pensamiento: Amberle estaba al final de ese camino, sola, herida e indefensa. Si no conseguía llegar antes que la Parca, Amberle moriría. Y sería culpa suya, ya que había sido él quien había tomado la decisión de dejarla allí. La imagen de los cuerpos desgarrados y hechos pedazos de los nómadas cruzó su cabeza. En ese momento lo olvidó todo salvo la necesidad de llegar hasta Amberle. Subió a su caballo, le hizo dar media vuelta y se alejó al galope.

Eretria lo siguió de inmediato. Podría no haberlo hecho. Con Cephelo muerto, ya no necesitaba que Wil la protegiera. Ya no pertenecía a nadie, por fin era dueña de sí misma. Podría haber ido en la dirección opuesta y haberse marchado del valle, dejando atrás a aquella cosa terrible que había asesinado a Cephelo y a los demás, pero Eretria ni siquiera se había planteado esa posibilidad. Solo pensó en Wil, que se alejaba al galope sin ella y la dejaba atrás una vez más: el orgullo, la terquedad y la extraña atracción que sentía por el vallense inflamaron su ánimo. No iba a permitir que la volviera a abandonar. Sin dudarlo, se lanzó tras él.

Así empezó la carrera para salvar a Amberle. Wil Ohmsford, que cabalgaba como un poseso, perdió rápidamente la noción de dónde se hallaba. La penumbra y la neblina aumentaron a su alrededor a medida que descendía y se alejaba de la cresta hacia el bosque profundo; apenas distinguía las formas oscuras de los árboles que pasaban como una exhalación a su lado. Pero no frenó a su montura; no podía. Percibió el rumor de otro caballo que lo seguía y comprendió que Eretria iba tras él. Murmuró una imprecación; ¿acaso no tenía suficientes problemas? Pero no tenía tiempo de preocuparse por la nómada. La apartó de su mente y concentró sus esfuerzos en encontrar el atajo que llevaba al sur.

Pero, aun así, pasó de largo frente a él sin verlo. Si Eretria no lo hubiese llamado a gritos, habría seguido en dirección este, hacia las montañas. Dio la vuelta

sorprendido y volvió hacia atrás. Ahora Eretria encabezaba la marcha y espoleaba a su montura en la oscuridad. Más familiarizada que él con el camino, iba a galope tendido y lo animaba para que la siguiese. Sorprendido otra vez, fue tras ella.

Fue una galopada espantosa. La oscuridad era tan penetrante que incluso a la nómada, a pesar de que poseía una visión muy aguda, le costaba ver el camino que serpenteaba entre la oscuridad nocturna del bosque. Varias veces los caballos estuvieron a punto de tropezar y salvaron de un salto en el último instante algún riachuelo o tronco que cruzaba el estrecho camino. Pero eran caballos de nómadas, adiestrados por los mejores jinetes de las Cuatro Tierras, y respondían con una rapidez y agilidad que hacía gritar enardecida a la joven y dejaba al vallense sin aliento.

De repente, hallaron otra vez el camino que Amberle y Wil habían seguido hacia los Hoyos, con las ramas y las enredaderas azotándolos y el agua barrosa salpicándolos desde los charcos del camino. Se desviaron hacia el sur sin aminorar la marcha. Los minutos transcurrían.

Por fin alcanzaron el borde de los Hoyos, cuyo círculo negro se extendía ante ellos como un pozo sin fondo. Tiraron violentamente de las riendas de los caballos, saltaron al suelo y miraron a su alrededor en la oscuridad del bosque. El silencio, profundo y penetrante, persistía en los Hoyos. Wil titubeó un solo segundo antes de empezar a buscar los matorrales entre los que había escondido a Amberle. Los halló casi de inmediato y se abrió paso hacia su centro. No había nadie allí. Aunque el pánico lo dominó, se sobrepuso. Buscó a tientas algún signo que le indicara lo que le había ocurrido a la elfa, pero no lo encontró. Sintió que lo invadía el pánico. ¿Dónde estaba? Se levantó y se alejó de los arbustos. De pronto pensó que quizá no eran aquellos y empezó a buscar otros. Pronto renunció a su empeño. No había otros cerca que se parecieran. Había sido allí donde la había escondido.

Eretria se acercó a él.

—¿Dónde está?

—No lo sé —susurró con el rostro bañado en sudor—. No la encuentro.

Tuvo que hacer un esfuerzo para recuperar la compostura. Piensa, se dijo. O ha escapado o la Parca se la ha llevado. Si ha huido, ¿adónde? Dirigió la vista a los Hoyos. Allí, decidió, al Pináculo, o tan cerca de él como pudiera. ¿Y si se la han llevado? Pero no podía ser, porque no había ningún signo de lucha. Ella se habría resistido; le habría dejado alguna señal. En caso contrario, se habría cuidado de no dejar nada que mostrase a su perseguidor que había estado allí.

Respiró profundamente. Debía haber huido. No obstante, un nuevo pensamiento lo asaltó. Estaba presuponiendo la presencia de la Parca. ¿Y si no había sido la Parca sino otro ser salido de los Hoyos? La frustración le hizo apretar los dientes. No tenía forma de saberlo. Era imposible seguir un rastro en la oscuridad. Tendría que esperar al alba, cuando ya sería demasiado tarde para encontrar a Amberle, o...

O tendría que usar las piedras élficas.

Estaba a punto de agarrar la bolsa cuando la mano de Eretria le asió el brazo bruscamente y lo sobresaltó.

—¡Curandero! —susurró—. ¡Alguien se acerca!

Wil sintió que el estómago se le encogía. Permaneció inmóvil un momento mirando en la dirección a la que apuntaba la joven. Alguien venía desde el norte, por el mismo camino que ellos acababan de recorrer. Algo se movía entre las sombras. El miedo creció en el vallense. Su mano rebuscó con torpeza bajo su túnica y levantó las piedras élficas. A su lado, Eretria extrajo de una de sus botas una daga de aspecto aterrador. Juntos hicieron frente a la sombra que se acercaba.

—¡Un momento, todo el mundo tranquilo! —gritó una voz conocida.

Wil y Eretria cruzaron una mirada. Lentamente bajaron las piedras y la daga. Era la voz de Hebel. Eretria masculló algo para sí y fue a buscar a los caballos, que se habían alejado por el bosque.

Hebel se acercó lentamente, con el peludo Vagador pisándole los talones. Vestía las ropas de cuero de los leñadores y llevaba un saco atado a la espalda, un arco largo y flechas sobre un hombro, y un cuchillo de caza en el cinto. Avanzaba con su acostumbrado caminar encorvado, apoyándose en un bastón nudoso. Cuando se acercó a ellos vieron que estaba manchado de barro de la cabeza a los pies.

—Casi me atropelláis, ¿no os habéis dado cuenta? —dijo con enojo—. ¡Miradme! Si hubiera permanecido un segundo más en el camino cuando os llamé, ahora estaría cubierto de marcas de los cascos de los caballos, además de barro. ¿Os parece bonito cabalgar así de noche por el bosque? Está oscuro como la boca de un lobo y cabalgáis como a pleno día. ¿Por qué no os detuvisteis cuando os llamé? ¡Maldita sea!

—Bueno... porque no te oímos —respondió Wil, atónito.

—¡Eso es porque no estabais escuchando como debíais! —Hebel no tenía la menor intención de perdonarlos. Avanzó tambaleándose hacia el vallense—. Me ha llevado un día llegar hasta aquí, un solo día. Sin caballo, por añadidura. ¿Cómo diantre habéis tardado tanto vosotros? ¡Habéis tenido tiempo de recorrer el camino por el que veníais, arriba y abajo, media docena de veces! —Vio que Eretria reaparecía con los caballos—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Dónde está la elfa? No la habrá atrapado aquel ente, ¿verdad?

Wil se asombró.

—¿Sabes algo de la Parca?

—¿La Parca? Si es así como se llama, sí, la conozco. Visitó mi cabaña esta mañana, temprano, poco después de que marcharais. Según parece, os buscaba; aunque en ese momento yo no lo sabía. En realidad, no llegué a verla bien, fue solo una visión fugaz. Creo que si la hubiera visto más de cerca, ahora estaría muerto.

—Yo también lo creo —admitió el vallense—. Cephelo y los otros lo están. Los alcanzó en la Cresta del Silbido.

Hebel asintió con expresión melancólica.

—Cephelo estaba destinado a encontrarse con ella tarde o temprano. —Miró a

Eretria—. Lo siento, muchacha, pero esa es la verdad —y, volviéndose hacia Wil, añadió—: ¿Dónde está la pequeña elfa?

—No lo sé —respondió Wil—. Tuve que regresar... —Titubeó un momento—. Tuve que volver a buscar algo que le había dejado a Cephelo. Amberle se había lastimado un tobillo y no pudo acompañarme, así que la oculté entre unos arbustos. Regresé por un camino distinto. De no haberlo hecho, también habría muerto. Encontré a Eretria, o ella me encontró a mí, supongo; y después de ver lo que le había ocurrido a Cephelo, volvimos tan rápido como pudimos. Pero ahora Amberle ha desaparecido y no sé qué le ha pasado. Ni siquiera sé si la Parca ha estado aquí o si todavía está siguiéndonos.

—Ha venido y se ha ido —dijo Hebel—. Vagador y yo le seguimos el rastro mientras os perseguía. Lo perdimos en la bifurcación porque la Parca fue hacia el este, hacia la Cresta del Silbido, y Vagador y yo vinimos hacia el sur detrás de vosotros. Más tarde, en cambio, su rastro reapareció más al sur. El monstruo debió de atajar a través del bosque. Si ha sido capaz de hacer eso, es muy peligroso, elfo.

—Pregúntale a Cephelo lo peligroso que es —murmuró Eretria, mirando las sombras del bosque que los rodeaba—. Curandero, ¿podemos irnos de aquí ahora mismo?

—No hasta que averigüemos qué le ha sucedido a Amberle —insistió Wil.

Hebel le dio una palmada en el brazo.

—Enséñame dónde dejaste a la muchacha.

Wil se dirigió a los matorrales con Eretria, el viejo y el perro detrás, y señaló la abertura por donde había entrado. Hebel se inclinó, atisbó el interior y llamó a Vagador con un silbido. Susurró unas palabras al perro y el animal se adelantó, lo olfateó todo y luego se dirigió al borde de los Hoyos mientras ellos lo observaban.

—¡Ya ha encontrado el rastro! ¡Ya lo tiene! —dijo Hebel con regocijo. Vagador se detuvo y ladró suavemente—. Ha ido allá abajo, a los Hoyos. La Parca también está allí. Es probable que aún la esté siguiendo. Tendría que haberlo supuesto.

—Entonces debemos encontrarla de inmediato.

Wil se puso en marcha, pero Hebel lo sujetó por el brazo.

—No es necesario que corras, elfo. Hablamos de los Hoyos, ¿recuerdas? Allí abajo no hay nada más que las Hermanas Brujas y los seres que las sirven. Cualquier ser que pisa los Hoyos, queda atrapado enseguida. Lo sé porque me lo dijo Mallenroh hace sesenta años. —Sacudió la cabeza—. En este momento, la joven y el monstruo que la persigue estarán disfrutando de la compañía de una de las hermanas, o quizá estén muertos.

Wil palideció.

—¿Los habrán matado las brujas, Hebel?

El anciano pareció reflexionar un rato.

—Bueno, a la joven supongo que no. Al menos no todavía. Al monstruo, es probable. Y no creas que no pueden, elfo.

—Ya no sé qué creer —replicó Wil lentamente. Bajó la vista hacia la negrura de los Hoyos—. Lo único que sé es que voy a bajar ahí y voy a encontrar a Amberle. Y voy a ir ahora mismo.

Empezó a decirle algo a Eretria, pero la nómada lo interrumpió tajantemente.

—No gastes saliva, curandero. Voy a ir contigo.

—Yo también voy, elfo —anunció el viejo.

—Pero ¡tú mismo nos dijiste que nadie debía entrar en los Hoyos! —exclamó Wil—. Ni siquiera sé qué haces aquí.

Hebel se encogió de hombros.

—Lo cierto es que ya no importa dónde esté, elfo, hace mucho que no importa. Soy un anciano; durante mi vida he hecho lo que quería hacer, he estado donde he deseado, he visto lo que ansiaba ver. Ya no me queda nada... Excepto, quizá, una sola cosa. Quiero saber qué hay allá abajo en esos Hoyos. —Sacudió la cabeza como lamentándose—. Llevo sesenta años preguntándomelo, pensando en ello de vez en cuando. Siempre me decía que algún día lo averiguaría, como cuando se ve un estanque profundo y se pregunta uno qué habrá en el fondo. —Se acarició la barba—. Bueno, un hombre cuerdo no perdería el tiempo en semejante empresa, por mucho que algunos creyeran lo contrario. Ahora estoy cansado de mi cordura y de pensar en bajar y nunca hacerlo. Tú me has hecho decidirme. Al contarme lo que pretendías, pensé en persuadirte de que no lo hicieras, al igual que me había persuadido a mí mismo. Estaba seguro de que se te quitaría de la cabeza en cuanto escucharas lo que tenía que decirte. Me equivoqué. Comprendí que lo que buscabas era tan importante que no te importaba el miedo. Así que, ¿por qué me importaba el miedo tanto a mí?, pensé. Luego, cuando pasó la Parca y me di cuenta de lo cerca que había estado de la muerte, comprendí que, en realidad, a mí tampoco me importaba el miedo. Lo único que me importa de verdad es descubrir el secreto de esos Hoyos. Por eso vine a buscarlos. Decidí que debíamos ir juntos a descubrirlo.

Wil comprendió.

—Esperemos que ambos hallemos lo que buscamos.

—Bueno, quizá pueda ayudarte en algo —dijo el anciano encogiéndose de hombros—. Esta es la parte de los Hoyos de Mallenroh. Tal vez se acuerde de mí. —Durante un instante se perdió en sus pensamientos, luego miró a Wil—. Vagador puede seguir el rastro tanto como necesitamos. —Silbó—. Llévanos abajo, perro. Vamos, chico.

Vagador desapareció sobre el borde de los Hoyos. Eretria quitó las sillas y las bridas de los caballos y les dio una fuerte palmada en las ancas para que se marcharan hacia el bosque. Luego fue con Wil y el anciano y comenzaron a descender, en fila, hacia los Hoyos.

—No tendremos que seguir a Vagador mucho tiempo —declaró Hebel con convencimiento—. Mallenroh nos encontrará pronto.

Wil pensó que, si aquello ocurría, podía esperarse que hubiera encontrado a



Amberle.

Amberle despertó en la negrura del bosque de los Hoyos. La despertó una ligera oscilación y la sensación de que estaba siendo trasladada; por un instante la abrumó el pánico. La sostenían unos dedos nudosos que aferraban con fuerza sus brazos y piernas, su cuerpo, e incluso el cuello y la cabeza; dedos tan ásperos que parecían de madera. Su primer impulso fue intentar liberarse, pero se controló con gran esfuerzo y se obligó a continuar inmóvil. Fuera lo que fuese aquello que la llevaba no debía revelarle que había despertado. Al fin y al cabo, esa sería la única ventaja con la que contaba. Al menos por el momento, debía simular que dormía para averiguar todo lo posible.

No sabía cuánto tiempo había pasado dormida. Podían haber sido minutos, horas o incluso días. Sin embargo, le parecía que seguía siendo la misma noche. Y la lógica le indicaba que así era. Y esa misma lógica le decía que, fuera lo que fuera lo que la había capturado, no era el ser que la perseguía, puesto que de ser así, ya estaría muerta. Por tanto, debía ser algo diferente. El anciano Hebel le había dicho a Wil que los Hoyos eran el dominio privado de las Hermanas Brujas. Quizá la había capturado una de ellas.

Su razonamiento le hizo sentir mejor y consiguió relajarse ligeramente, tratando de distinguir alguna característica del terreno por el que la transportaban. Le resultó complicado; los árboles impedían el paso de la luz de las estrellas y la luna, sumiéndolo en la noche más profunda. De no ser por los olores familiares del bosque, no hubiera sabido que se encontraba en uno. El silencio era profundo; los escasos sonidos, distantes y breves, gritos procedentes de fuera de los Hoyos.

No obstante, se corrigió, había otro sonido, un ruido que remitía al roce de la brisa contra las ramas de los árboles, pero no había brisa, y el rumor procedía de debajo de ella, no de arriba. Ese ruido lo producía aquella cosa que la trasportaba.

Los minutos transcurrían con rapidez. Pensó un momento qué haría Wil si estuviera en su lugar. Eso le hizo sonreír a su pesar. ¿Quién podía saber la locura que planearía Wil en una situación semejante? Se preguntó si lo volvería a ver.

Tenía los músculos agarrotados, por lo que decidió comprobar si podía hacer algo para aliviar su incomodidad sin delatarse a sí misma. Para probar, estiró las piernas, simulando que se agitaba en el sueño, poniendo a prueba los dedos que la sostenían. Estos permitieron su movimiento, pero no la soltaron. No podría zafarse así.

El sonido de una corriente de agua llegó a sus oídos; se hacía más fuerte por momentos. Ahora podía olerla, fresca y con fragancia de flores silvestres; un arroyo que serpenteaba y se agitaba en el sosiego del bosque. La oyó por debajo de ella, y el susurro de las ramas y los sonidos de la noche se desvanecieron con su rumor. Las pisadas resonaron sordamente sobre tablones de madera, y supo que estaba atravesando un puente. El gorgoteo del arroyo se debilitó un poco. Percibió el sonido

metálico de cadenas que entrechocaban al ser recogidas, y después un golpe sordo. Algo se había cerrado a sus espaldas, una puerta, una puerta muy pesada. Resonaron los chasquidos de una barra de hierro y unos cerrojos. Los percibió claramente. El aire nocturno la acariciaba como antes, pero ahora estaba mezclado con el inconfundible olor de la piedra y el mortero. El miedo se desencadenó otra vez. Estaba dentro de una zona amurallada, de un patio, quizá. Parecía que la trasportaban a algún lugar cerrado. Si no huía ahora, no lo conseguiría jamás. Sin embargo, los dedos que la apresaban eran numerosos y no mostraban el menor indicio de aflojar su presa. Tendría que hacer un esfuerzo tremendo para soltarse, y no creía que fuera capaz en estas condiciones. Y aunque pudiese escapar, ¿dónde iba a ir?

Con un chirrido, se abrió otra puerta frente a ella, pero no entró ninguna luz; la oscuridad lo invadía todo.

—Muy bonita —dijo una voz de repente, y la joven elfa se sobresaltó.

La cargaron adentro. Después, la puerta se cerró y los olores del bosque desaparecieron. Estaba dentro, ¿pero dentro de qué? Zigzagueando y dando vueltas, sus raptores la condujeron por pasillos que olían a aire enrarecido y a humedad; aun así, había otro olor más, una especie de incienso, un perfume. Aspiró profundamente y por un momento se quedó aturdida.

Y entonces, de repente, se hizo la luz, centelleando inesperadamente desde un alto pasaje abovedado. Amberle parpadeó deslumbrada, pues sus ojos aún estaban acostumbrados a las tinieblas. La siguieron cargando por el pasaje y luego la bajaron por una escalera de caracol. La luz fulguró sobre su cabeza, quedó atrás un momento, y luego la siguió, oscilando y abriéndose paso en la oscuridad.

Su avance se detuvo. Sintió que la depositaban sobre una gruesa estera; los dedos de madera la soltaron. Se incorporó sobre los codos y miró hacia la luz con los ojos entornados. La luz quedó suspendida ante ella un momento antes de retirarse lentamente tras un muro de barras de hierro. Una puerta se cerró y la luz desapareció.

No obstante, justo antes de que volviera la oscuridad, la elfa vio a sus captores por un instante, sus delgadas siluetas perfiladas con claridad a contraluz. Parecían hechos de estacas de madera.

Cuando llegaron al fondo de los Hoyos, Wil ordenó que se detuvieran. Estaba tan oscuro que no podía ver su mano frente a su cara, y mucho menos a Hebel o a Eretria, ni tampoco ellos a él. Si seguían en esas condiciones, pronto se dispersarían y se perderían sin remedio. Aguardó unos instantes a que su visión se aclarase un poco, pero no lo consiguió. Los Hoyos seguían siendo una lúgubre masa de sombras confusas.

Fue Hebel quien tuvo una idea para salir del brete. Llamó a Vagador con un silbido, extrajo una larga cuerda del saco que llevaba detrás y ató un extremo al perro; con el resto anudó su cintura, la del vallense y la de la nómada. Así, sujetos,

podían seguir uno tras otro sin riesgo de alejarse. El anciano comprobó que la cuerda estuviera bien sujeta y habló con voz suave a Vagador. El enorme perro comenzó a andar.

A Wil le parecía que llevaran horas caminando por los Hoyos, avanzando a ciegas por el interminable laberinto de árboles y arbustos en la impenetrable oscuridad, confiando en el olfato del perro que los conducía. No hablaban entre sí, caminaban tan en silencio como podían, demasiado conscientes de que en algún lugar del mismo bosque acechaba la Parca. Wil nunca se había sentido tan desvalido como entonces. Ya era lo bastante terrible no poder ver, pero era peor aún saber que la Parca también estaba allí abajo. Pensaba constantemente en Amberle. Si él estaba aterrorizado, ¿cómo debía de estar ella? Se avergonzó de tener miedo. No tenía derecho a asustarse mientras ella estaba sola e indefensa por su culpa.

Sin embargo, el miedo no lo abandonó. Con el objetivo de espantarlo, tomó la bolsa donde portaba las piedras élficas y la apretó con fuerza, como si así pudieran protegerlo de lo que se ocultaba en la noche silvestre. Sin embargo, en lo más profundo de su ser estaba convencido de que las piedras élficas no funcionarían, de que había perdido su poder sobre ellas y no podría recuperarlo, pese a lo que Amberle le dijera o él se repitiera a sí mismo. Esa sensación no tenía ni razón ni propósito, simplemente estaba en su cabeza, perturbadora, malévola y aterradora. El poder de las piedras élficas ya no le pertenecía.

Todavía intentaba librarse de aquella sensación cuando la cuerda de delante se destensó de súbito. Casi tropezó con Hebel, que se había detenido. Eretria chocó contra él, y los tres quedaron pegados, expectantes, tratando de atisbar entre la negrura.

—Vagador ha encontrado algo —susurró el anciano a Wil.

Se arrodilló y avanzó hasta donde Vagador olfateaba la tierra. Wil y Eretria lo siguieron. Dio unas palmadas al perro para calmarlo y palpó la tierra durante un rato, luego se levantó.

—Mallenroh —pronunció el nombre con suavidad—. Se ha llevado a la elfa.

—¿Estás seguro? —susurró Wil.

El anciano asintió.

—No hay otra opción. Esa Parca está en algún otro sitio. Vagador ya no la huele.

Wil no comprendió cómo Hebel podía estar tan seguro de aquello, especialmente dada la oscuridad que los rodeaba, pero no tenía sentido discutir con el anciano.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó con inquietud.

—Seguimos adelante —dijo Hebel—. Vagador, vamos.

El perro echó a andar de nuevo, seguido por los tres humanos. Con el paso de las horas, paulatinamente, el bosque comenzó a iluminarse. Al principio Wil pensó que sus ojos lo engañaban, pero al fin se dio cuenta de que la noche se marchaba para dar paso a un nuevo día. Los árboles y los arbustos cobraron forma a su alrededor y el débil resplandor del sol que se filtraba entre el dosel de las copas de los árboles

suavizó la lobreguez del bosque. Delante, la figura peluda de Vagador se hizo visible por primera vez desde que habían descendido a los Hoyos, con la cabeza gacha y el morro casi pegado al camino, olfateando la tierra húmeda.

Bruscamente, el can alzó su gran cabeza y se paró. Los humanos se detuvieron junto a él con expresión de asombro. Ante ellos se encontraba la criatura más extraña que nunca habían visto. Estaba compuesta de palos: dos brazos, dos piernas y el cuerpo, y unas raíces nudosas sobresalían ensortijadas en los extremos de sus brazos y piernas formando los dedos. No tenía cabeza. Estaba vuelta hacia ellos, o al menos eso les pareció, porque las raíces que formaban los dedos parecían apuntar en su dirección. Su cuerpo delgado se balanceó ligeramente como un arbolillo mecido por el viento. Se dio la vuelta y se adentró en el bosque.

Hebel se volvió de inmediato para mirar a Eretria y al vallense.

—Os lo dije. Es cosa de Mallenroh.

Hizo un gesto para que lo siguieran y echaron a andar tras la criatura. Los jóvenes se miraron vacilantes antes de obedecer. La pequeña comitiva penetró en la penumbra, serpenteando a través de la maraña del bosque. Cierta tiempo después, otros hombres palo como el anterior aparecieron a su alrededor; eran seres sin cabeza, nudosos, silenciosos excepto por el roce que producían a su paso. Antes de que los humanos cayeran en la cuenta, había docenas de criaturas que surgían de las sombras como fantasmas.

—Os lo dije —volvió a susurrar Hebel, con su curtido rostro enrojecido.

De pronto, el bosque clareó. Ante ellos apareció una torre solitaria, cuya oscura cúspide se elevaba entre los árboles que crecían a su alrededor. Asentada sobre una pequeña loma, era una fortaleza casi desprovista de ventanas, con la piedra envejecida y gastada cubierta de enredaderas y musgo. La loma se transformó en una isla rodeada por un arroyo que fluía desde el bosque, serpenteando en una serie de saltos y meandros para luego desaparecer en un curso sinuoso por los árboles de la izquierda. Un muro bajo rodeaba la torre erigida junto a la orilla del río; ante ellos un puente levadizo estaba abierto y vacío, unas cadenas colgaban destensadas desde las casas de vigía situadas a cada lado, y un pesado y rústico puente de madera se extendía sobre las aguas de debajo. Alrededor del montículo y de la torre crecían enormes robles, árboles añejos cuyas ramas se entrecruzaban ocultando el cielo matutino, dejando a la isla, como al resto de los Hoyos, envuelta en sombras oscuras.

El hombre de palo que habían seguido se detuvo. Se volvió ligeramente, como si su figura sin cabeza se quisiera cerciorar de que seguían allí. Luego echó a andar hacia el puente levadizo. Hebel lo siguió sin dudarlo, cojeando, con Vagador a su lado. Wil y Eretria se rezagaron un momento, menos decididos que el anciano a seguir a aquel ser. La estructura de la torre era intimidante y ambos sentían que adentrarse en su interior no podía llevar a nada bueno, eran conscientes de que ya habían ido mucho más lejos de lo que era prudente, pero algo le decía al vallense que allí encontraría a Amberle. Se volvió a mirar a Eretria y ambos avanzaron.

El pequeño grupo prosiguió por la orilla del arroyo, siguiendo al silencioso hombre de palo, rodeados por sus hermanos. Excepto por el sonido de sus pasos y el fluir del río, el bosque permanecía en silencio. El hombre de palo se introdujo en el puente, lo cruzó y se perdió de vista durante unos momentos en la oscura sombra de la puerta. Los hombres, la joven y el perro cruzaron el puente tras él; Wil y Eretria miraban con aprensión la enorme torre negra.

Estaban ante la puerta. El hombre de palo reapareció al otro lado del arco sombrío. Avanzaron en fila mirando como la criatura seguía andando hacia la torre. Apenas habían atravesado la entrada cuando oyeron que las cadenas crujían y gemían. El puente levadizo se alzó a sus espaldas y se cerró contra la muralla.

Ya no era posible volver atrás. Se dirigieron muy juntos a la torre. El hombre de palo los aguardaba en el interior de una especie de porche que protegía dos enormes puertas de madera con refuerzos de hierro. Una de las puertas estaba abierta. El hombre de palo la atravesó y desapareció. Wil alzó la mirada hacia la enorme pared de piedra de la torre, rebuscó en su chaqueta y extrajo la bolsa que contenía las piedras élficas. Con los otros, atravesó el umbral hacia la negrura.

Permanecieron quietos un momento, junto a la entrada, atisbando en la penumbra. Después la puerta se cerró a sus espaldas y los cerrojos se corrieron. Se encendieron unas lámparas recubiertas de vidrio suspendidas en lo alto de la sala, cuyo resplandor blanco y suave no era de aceite ni de alquitrán, sino de algo que no producía llama al arder. Por todas partes había hombres de palo, cuyas sombras deformes se proyectaban sobre los muros y oscilaban suavemente bajo la luz de las lámparas.

Por detrás de ellos, una mujer apareció de entre la penumbra, vestida de negro y arrastrando largas guirnaldas de belladona carmesí.

—Mallenroh —susurró Hebel, y Wil Ohmsford sintió que el aire se helaba.

El segundo día de la batalla de Arborlon fue el día de Ander Elesedil. Fue una jornada de sangre y dolor, de muerte y gallardía. Durante toda la noche, las hordas de demonios habían seguido enviando a sus hermanos a través de las aguas del río Song, solos y en grupo, hasta que, por primera vez desde que se había quebrado la Prohibición, todo su ejército estuvo reunido y listo para el ataque, concentrado al pie del Carolan, entre la pared rocosa y la orilla del río, extendiéndose al norte y al sur hasta donde alcanzaba la vista, asombroso, terrible e infinito en el número de sus soldados. Al amanecer arremetieron contra la ciudad. Se lanzaron en oleadas a escalar los muros del Elfitch, enloquecidos y aullando de ira. Surgían de todas partes y trepaban por la roca desnuda, abriéndose paso entre una lluvia de flechas. Siguieron avanzando como un gran alud que debía barrer a los defensores que esperaban y enterrarlos definitivamente.

Ander Elesedil lo impidió. Aquel día pareció que por fin se había convertido en el rey que su padre había sido, el rey que condujo a los elfos contra los ejércitos del Señor de los Brujos hacía cincuenta años. Atrás quedaron el cansancio y el desánimo y las dudas que tanto lo habían acosado desde la Cuenca de Halys. Volvió a creer en sí mismo y en la determinación de los que lo acompañaban en la lucha. Era un momento histórico, y el príncipe de los elfos se convirtió en su punto focal. Ejércitos de cuatro razas se reunieron a su alrededor, con sus estandartes de batalla aleteando al viento de la mañana. Allí estaban las águilas de guerra plateadas y el gran roble de los elfos, las bandas grises y carmesíes del Cuerpo de Voluntarios y los caballos negros de la Vieja Guardia; allí ondeaba el verde bosque de los enanos zapadores partido por el serpenteante río de Plata, y el martillo y los dos montes azules de los trolls de las rocas de las Kershalt. Nunca antes habían ondeado todas juntas. En la historia de las Cuatro Tierras, las razas nunca se habían unido por una causa común, forjado una alianza para defenderse y servir al bien común. Trolls y enanos, elfos y hombres; los humanos del nuevo mundo se aliaban contra el mal de los tiempos antiguos. Durante ese singular y maravilloso día, Ander Elesedil fue la chispa que les infundió vida.

Estaba en todas partes a la vez, desde el borde del promontorio hasta las puertas del Elfitch, en ocasiones a caballo, otras veces a pie, pero siempre donde el combate era más duro. Con su rutilante cota de malla y la vara de Ellcrys alzada, se puso al frente de los defensores de la ciudad contra los demonios que trepaban para aniquilarlos. Dondequiera que fuese, la moral de los defensores aumentaba y luchaban con más ahínco. Siempre superados en número, siempre sometidos a enorme presión y, aun así, el príncipe de los elfos y sus compañeros de armas consiguieron una y otra vez rechazar a sus atacantes. Aquel día Ander Elesedil fue

más que un humano, pues luchó con tal ferocidad que parecía que nada pudiese oponerse a él. Una vez y otra vez, los demonios trataron de derribarlo al darse cuenta de que aquel humano era el corazón de la defensa de los elfos. Una vez tras otra, parecieron a punto de lograrlo, rodearon a Ander en un enjambre de cuerpos negros. Pero en cada una de esas ocasiones, combatió hasta liberarse y obligó a los demonios a retroceder.

Fue un día de héroes, porque el valor del príncipe de los elfos inspiró a todos los defensores de Arborlon. Eventine Elessedil se mantuvo junto a su hijo y luchó con él, infundiendo ánimo a los elfos con su presencia. Allanon también estaba allí, con su alta figura, mucho más alta que las de los humanos armados que lo rodeaban, envuelto en su capa, con las manos elevadas derramando desde sus dedos arcos de fuego azul sobre la masa de demonios furiosos. En dos ocasiones, estos lograron atravesar las puertas de la tercera rampa; y en ambas, los trolls de las rocas, bajo el mando de Amantar, los obligaron a retroceder. Stee Jans y los hombres del Cuerpo de Voluntarios evitaron un tercer asalto contraatacando con tal fuerza que obligaron a los demonios a retirarse hasta la segunda rampa y durante un tiempo estuvieron a punto de retomar sus puertas. La caballería de los elfos y los zapadores enanos repelieron una acometida tras otra sobre el borde del Carolan, rechazando a hordas de demonios que habían logrado escalar la pared del risco y amenazaban con flanquear a los defensores del Elfitch.

Pero fue Ander quien los dirigió, quien les infundió nuevas fuerzas cuando parecía que ya no podrían resistir más y quien los animó en todo momento. Cuando el día llegó a su fin y la oscuridad lo envolvió todo, los demonios se vieron obligados a retroceder y a regresar a los bosques al pie del risco, aullando de rabia y frustración. Porque durante el segundo día, los defensores de Arborlon habían resistido. Fue el mejor momento de Ander Elessedil.

Pero después, la suerte de los defensores de la ciudad se torció. Los demonios atacaron de nuevo al amparo de la oscuridad de la noche. Esperaron a que la luz del sol desapareciera para salir del bosque una vez más y arremeter contra las defensas de los elfos. Una a una, apagaron las antorchas de la parte inferior del Elfitch a medida que se abrían paso hacia la tercera rampa. Desesperadamente, los defensores se prepararon para el asalto: los enormes trolls de las rocas bloqueaban las puertas mientras los elfos y los soldados de la Legión combatían desde las murallas. Pero el asalto fue demasiado fuerte; las puertas cedieron y se abrieron de par en par y por la brecha entraron en tromba los demonios abriéndose paso con terrible ferocidad.

Y también en lo alto del risco los demonios empezaron a ganar terreno. Docenas de figuras negras se deslizaron entre las líneas de la caballería que patrullaba el promontorio y se lanzaron salvajemente hacia la ciudad. De ellos, más de un centenar de demonios se reunieron sobre los Jardines de la Vida, sabedores de que tras sus puertas estaba lo que durante tantos siglos los había mantenido encarcelados. Allí se enfrentaron a los soldados de la Guardia Negra, dispuestos a cumplir la misión para la

que su orden había sido creada y defender hasta el último hombre el antiguo árbol que se les había confiado. Presos de una locura maniaca, los demonios atacaron cargando contra las picas de la Guardia Negra, que los hizo pedazos.

En el extremo sur del Carolan, otro grupo de demonios logró pasar por un túnel bajo una línea de trampas que los enanos habían dispuesto a lo largo de una escalera secundaria que ascendía desde el río Song y alcanzaron la cima. Evitaron a la Guardia Negra y los Jardines de la Vida y se deslizaron hacia el este, en dirección a la ciudad, arrastrándose entre las sombras lejos de la línea de antorchas que iluminaba el borde del risco. Alcanzaron a media docena de elfos heridos que caminaban a sus casas tras la batalla y los asesinaron. Muchos más habrían perecido de no ser por una patrulla de zapadores enanos que había acordado ayudar a los elfos vigilando el perímetro de la ciudad. Una vez comprendieron que los demonios habían traspasado las defensas del promontorio, se guiaron por los gritos agonizantes y cayeron sobre sus asesinos. Cuando la pelea concluyó, solo tres enanos quedaban en pie. Todos los demonios yacían muertos.

Al alba, las cumbres se habían despejado y habían expulsado a los demonios una vez más, pero habían perdido la tercera rampa del Elfitch, y la cuarta estaba amenazada. Al pie del risco, los demonios se reagruparon. Sus gritos resonaban en la quietud matutina mientras cargaban hacia arriba por la rampa, como una masa sólida, portando ante ellos un enorme ariete. Golpearon las puertas con el ariete, haciendo pedazos su madera, y luego entraron en tropel por ellas. Los trolls y los elfos formaron rápidamente una falange compacta, un muro de lanzas de hierro que se clavaron en las retorcidas figuras negras. Sin embargo, los demonios siguieron empujando a los defensores hasta obligarlos a retroceder a las fortificaciones de la quinta rampa.

Fue un momento desesperado: cuatro de los siete niveles del Elfitch se habían perdido y los demonios estaban a medio camino de la cima. Ander, flanqueado por Amantar y Kerrin y rodeado por la Guardia Real, reorganizó a los defensores. Los demonios se abalanzaron contra las puertas de la rampa. No obstante, justo cuando parecía que iban a irrumpir a través de ellas, apareció Allanon sobre las murallas, con los brazos en alto. La llama azul inundó toda la rampa a sus pies, convirtió en cenizas el ariete y dispersó la embestida de los demonios. Aturdidos por un momento, los atacantes retrocedieron.

Los demonios no cejaron durante toda la mañana en su empeño por abrir una brecha en la defensa de la quinta rampa. A mediodía lo lograron por fin. Un par de ogros monstruosos se pusieron al frente de sus hermanos y se lanzaron contra las puertas; una, dos veces. La madera y el hierro saltaron en pedazos cuando las puertas cedieron. Los ogros irrumpieron al otro lado de la rampa, dispersando a los defensores. Algunos trolls de las rocas trataron de detenerlos, pero los ogros los apartaron de un empujón como si fuesen de papel. Ander reagrupó a sus soldados y organizó un contraataque, pero era demasiado tarde, los demonios habían entrado en



masa y estaban arrasando a los defensores.

Fue entonces cuando mataron al caballo de Eventine Elessedil mientras el anciano rey cabalgaba hacia la seguridad de las puertas de arriba, y el viejo jinete cayó sobre la rampa. Los demonios lo vieron desplomarse. Con un aullido, se abalanzaron sobre él y lo habrían matado de no ser por Stee Jans. Al frente de un puñado de hombres del Cuerpo de Voluntarios de la Legión, el hombre de la frontera se interpuso en su camino y les cortó el paso, a golpe de espada. Tras ellos, Eventine se incorporó inseguro, confundido y sangrando, pero vivo. Kerrin se apresuró a acudir con la Guardia Real en socorro del rey y se lo llevaron lejos de la batalla.

Los soldados de la Legión resistieron durante un tiempo, pero pronto fueron arrollados también. Los demonios presionaban hacia delante, abriéndose paso entre los elfos que intentaban contenerlos. Los ogros que habían forzado las puertas encabezaban el asalto aplastando a todo aquel que se ponía a su alcance. Ander Elessedil se lanzó a detenerlos con la vara de Ellcrys levantada arengando a los defensores de la ciudad para que resistiesen con él. Pero la embestida era demasiado potente. Amantar y Stee Jans combatían por sus vidas en las murallas de la rampa, incapaces de llegar hasta el príncipe, que durante unos terroríficos momentos se encontró prácticamente solo frente a la embestida de los demonios.

Pero no fue más que un instante. Sobre las puertas de la sexta rampa, Allanon llamó con un silbido a Dayn para que descendiera desde el borde del Carolan. Sin mediar palabra le arrebató las riendas de Danzador al estupefacto jinete volador y, de un salto, se montó sobre el gigantesco roc. Al momento siguiente volaba hacia abajo mientras su túnica negra ondeaba como una vela. Danzador emitió un chillido antes de dejarse caer en medio de los demonios que amenazaban a Ander, atacándolos con las garras y el pico. Las figuras negras se dispersaron dando alaridos. El fuego azul brotó de los dedos de druida y la rampa prendió en llamas. En ese momento, el druida agarró a un Ander atónito, lo alzó hacia él y lanzó una orden a Danzador, que se elevó de nuevo en el aire; debajo, el resto de los defensores retrocedieron hasta la seguridad de la sexta rampa. El fuego del druida ardió unos segundos más; luego chisporroteó y se apagó. Los coléricos demonios cargaron contra los defensores que huían, pero los zapadores de la cima ya estaban avisados. Los cabestrantes y las poleas empezaron a girar y tensaron las cadenas atadas a los soportes de la rampa. La cuidadosamente escondida trampa de Browork estaba a punto de entrar en acción. Las cadenas retiraron los soportes del Elfitch, que crujió y restalló a medida que las cadenas tiraban de ellos y los liberaban. La rampa bajo el sexto nivel se inclinó hacia abajo con un estremecimiento y se desmoronó. Los demonios que había sobre ella desaparecieron en una nube de escombros. Los gritos y los aullidos llenaron el aire y toda la rampa inferior se perdió de vista.

Cuando el polvo se dispersó, el Elfitch no era más que una pila de piedras rotas y vigas de madera astilladas desde las puertas de la sexta rampa hasta la cuarta. Había cuerpos de demonios muertos por toda la pared del risco, destrozados y exánimes

entre los escombros. Los que habían sobrevivido se retiraron a la base del peñasco, esquivando los cascotes que todavía llovían sobre ellos y luego desaparecieron entre los bosques.

Los demonios no volvieron a atacar la ciudad de Arborlon ese día.

Como había sufrido otra herida en la cabeza, junto con numerosos pequeños cortes y rasguños, transportaron a Eventine Elessedil desde el lugar del combate en la cima del Elfitch hasta la tranquilidad de su mansión. El fiel Gael lo acompañó para atenderlo, lavar y vendar sus heridas, y ayudarlo a acostarse. Luego lo dejaron dormir bajo los cuidados de Dardan y Rhoe.

Pero Eventine no durmió. No podía. Permaneció tumbado en su cama, recostado sobre las almohadas de plumas mientras observaba con congoja los rincones oscuros de la habitación y lo invadía el desánimo. Porque, a pesar de toda la ayuda que la Legión, los enanos y los trolls de las rocas habían prestado a los elfos, estaban perdiendo la batalla. Todas sus defensas habían fracasado. Otro día más, quizá dos, y la sexta y séptima puerta del Elfitch caerían también y nada se interpondría entre los demonios y la cima del Carolan. Y eso sería el fin. Superados en número de una forma tan abrumadora que no cabía esperanza, los defensores serían aplastados y destruidos. La Tierra del Oeste estaría perdida y los elfos tendrían que dispersarse a lo largo de las Cuatro Tierras.

Las implicaciones de lo que estaba pensando lo abrasaban por dentro. El triunfo de los demonios suponía el hundimiento de Eventine Elessedil y no solo ocasionaría el perjuicio de su propio pueblo, sino también el de las poblaciones de todas las tierras. Al fin libres de la Prohibición, los demonios no se detendrían en la Tierra del Oeste. ¿Y sus antepasados, que habían aprisionado a los demonios hacía tantos siglos, en una época tan remota que apenas podía imaginar su existencia? También les había fallado a ellos, quienes habían creado la Prohibición y confiado su cuidado a sus descendientes, creyendo que los que vendrían detrás la mantendrían firme. No obstante, con el desmoronamiento del antiguo mundo y el renacimiento de las razas, todos olvidaron la Prohibición. Incluso los Elegidos llegaron a considerarla como una lejana leyenda histórica, una historia de otra época, seguramente del pasado y quizá del futuro, pero nunca algo presente.

Sintió una opresión en el pecho. Si Arborlon caía, si la Tierra del Oeste se perdía, supondría una derrota suya. ¡Suya! Sus ojos azules y penetrantes se endurecieron y tiznaron de ira. Durante ochenta y dos años había habitado aquella tierra, y durante más de sesenta había sido el líder de su pueblo. Todo lo que había logrado a lo largo de su vida se perdería. Se acordó de Arion, su primogénito, el hijo que debía haber vivido para continuar lo que él había conseguido con tanto trabajo, y Kael Pindanon, su viejo compañero de armas, su fiel amigo. Pensó en los elfos que habían muerto defendiendo el Sarandanon y Arborlon. Habían muerto por nada.

Se deslizó entre las sábanas y analizó las posibilidades que quedaban, las estrategias que todavía podía emplear, los recursos a los que podía recurrir cuando llegaran los demonios. Mientras su mente estaba repleta de estas ideas, percibió en su interior una sensación de abatimiento. No eran suficientes; nunca serían suficientes.

Mientras buscaba respuesta a las preguntas que él mismo se había planteado, se acordó de repente de Amberle. Se sobresaltó al pensar en ella, y se incorporó en la cama. En la confusión de los últimos días había olvidado a su nieta, la última de los Elegidos que, según Allanon, era la única esperanza real para su pueblo. ¿Qué habría sido de Amberle?, se preguntó.

Volvió a tumbarse y contempló a través del velo de cortinas las tinieblas que aumentaban tras ellas. Allanon le había asegurado que Amberle seguía viva en las profundidades de las regiones bajas de la Tierra del Oeste; pero Eventine no creía que el druida lo supiese a ciencia cierta, lo cual lo entristeció. De pronto decidió que, si había muerto, prefería no saberlo. Sería mejor así, no enterarse. Pero no era verdad. Necesitaba desesperadamente saberlo. La amargura creció en su interior. Lo estaba perdiendo todo: su familia, su gente, su país; todo lo que había amado, todo lo que había dado sentido a su vida. Era tan injusto que no lograba comprenderlo. No, era algo más que injusto. No podía ni debía aceptar esa injusticia. Si la aceptaba, la injusticia acabaría con él.

Cerró los ojos ante la luz. ¿Dónde estaba Amberle? Debía saberlo, insistió con terquedad. Tenía que hallar un modo de llegar hasta ella, de ayudarla si necesitaba ayuda. Descubrir alguna manera de traerla de vuelta. Inspiró profundamente varias veces. Todavía pensaba en Amberle cuando se durmió.

Cuando abrió los ojos, lo rodeaba la oscuridad. Al principio no supo qué lo había despertado, pues su mente estaba aún aturdida por el sueño y sus pensamientos eran difusos. Un ruido, pensó, quizá un grito. Se incorporó sobre las almohadas y escrutó la habitación. La luz blanca y pálida de la luna se filtraba a través de la tela de las cortinas corridas e iluminaba los contornos de las ventanas dobles cerradas. Inseguro, esperó.

Enseguida otro ruido llamó su atención: un gruñido ahogado, corto y sorprendido que se desvaneció casi instantáneamente en silencio. Provenía de fuera de la habitación, del corredor donde Dardan y Rhoe montaban la guardia. Se sentó con esfuerzo mientras divisaba en la penumbra e intentaba oír algo más, pero solo había un silencio profundo y amenazador. Eventine se deslizó hasta el borde de la cama y, con cautela, puso un pie en el suelo.

La puerta de su dormitorio se abrió lentamente y la luz de las lámparas de aceite del corredor penetró en la habitación. El rey de los elfos se quedó petrificado. A través de la abertura vio a Manx, cuyo pesado cuerpo se arqueaba hacia delante, encogido, mientras su cabeza grisácea se balanceaba hacia donde estaba su amo. Los

ojos del lebrel fulguraban de forma felina y su oscuro morro estaba manchado de sangre. Sin embargo, lo que más asustó al rey fueron sus patas delanteras, que en la penumbra de la habitación parecían haberse convertido en los miembros de un demonio, terminados en temibles garras.

Manx pasó de la luz de las lámparas de aceite a las sombras y Eventine parpadeó asombrado. Se convenció de que lo que había visto era el resto de algún sueño en que había imaginado que Manx no era Manx, sino otra cosa. El lebrel avanzó hacia él lentamente y el rey vio que movía la cola de forma amistosa. Suspiró aliviado. Solo era Manx.

—Manx, muchacho... —comenzó a decir y se interrumpió al ver el rastro rojo de sangre que el perro había dejado tras de sí al desplazarse.

Entonces Manx se abalanzó sobre su garganta, rápido y silencioso, con las mandíbulas abiertas y las garras extendidas, pero Eventine fue más rápido. Levantó las mantas de la cama y capturó a Manx con ellas. Envolvió las mantas alrededor del perro, que forcejeaba, lo golpeó con fuerza contra la cama y corrió hacia la puerta. En un instante salió por ella y la cerró de golpe; oyó que la cerradura se ajustaba.

El sudor corría por su cuerpo. ¿Qué estaba pasando? Ofuscado, se apartó de la puerta y casi tropezó con el cuerpo inerte de Rhoe, que yacía a unos tres pasos con la garganta desgarrada. La cabeza le daba vueltas. ¿Manx? ¿Por qué Manx...? De súbito reparó en lo que ocurría. No era Manx. Aquello que le había atacado en su dormitorio no era Manx, sino algo que se le parecía. Avanzó por el corredor en busca de Dardan. Lo descubrió cerca de la puerta principal con una lanza clavada en el corazón.

Entonces, la puerta del dormitorio se abrió y salió la cosa que no era Manx pero tenía su apariencia. Eventine se volvió hacia las puertas principales y sacudió frenéticamente los tiradores. Estaban cerradas, con los cerrojos corridos. El anciano rey dio la espalda a las puertas y observó a la bestia, que se aproximaba cautelosamente por el corredor, con sus fauces abiertas y manchadas de rojo. El miedo se apoderó de Eventine, un miedo tan terrible que por un instante pareció dominarlo por completo. Estaba atrapado en su propia casa, sin nadie que pudiera ayudarlo, nadie a quien poder recurrir. Estaba solo.

El monstruo seguía acercándose con cautela; el sonido de su respiración áspera y lenta rasgaba el silencio. Un demonio, pensó Eventine con horror, un demonio que había fingido ser Manx, su fiel Manx. Rememoró entonces el momento en que despertó después de la caída del Sarandanon, cuando halló al perro y creyó súbita, irracionalmente, que no era Manx sino otro ser. Entonces pensó que lo había imaginado, pero se equivocó. Manx ya no estaba, habría muerto días antes, tal vez incluso semanas atrás.

En ese momento comprendió de verdad lo que aquello comportaba. Sus encuentros con Allanon, los planes que con tanto afán habían intentado mantener en secreto, la cautela que habían desplegado para proteger a Amberle... todo había sido en presencia de Manx o del demonio que se le parecía. Allanon había avisado de que

había un espía en el bando de los elfos, un espía que había estado tan próximo a ellos como el que más. El anciano rey recordó las veces que había acariciado esa cabeza grisácea, y sintió un escalofrío.

El demonio estaba ahora a unos cinco pasos de distancia y avanzaba muy despacio, con las mandíbulas abiertas y las patas flexionadas. Eventine supo en ese instante que era hombre muerto. Entonces algo cambió en su interior tan repentinamente que el rey elfo se cegó a todo lo demás. Una rabia profunda lo poseyó por el engaño que había sufrido, una cólera irrefrenable por las muertes que se habían producido a causa de este engaño inundó todo su ser y, sobre todas las cosas, una ira salvaje por la impotencia que sentía en ese momento, atrapado en su propia casa, le hizo hervir la sangre.

Todo su cuerpo se tensó. Junto al cadáver de Dardan reposaba la espada corta que había sido el arma preferida del rastreador elfo. Mientras sostenía la mirada del demonio, Eventine se alejó un poco de la puerta. Si lograba llegar hasta la espada...

De pronto, el demonio se arrojó contra él salvando de un salto el espacio que los separaba, lanzándose hacia la cabeza del rey de los elfos. Eventine se protegió el rostro con los brazos y cayó hacia atrás, derribado por la violencia de la acometida, mientras golpeaba ciegamente a su atacante. Los dientes y garras de la bestia se clavaron en sus brazos, pero logró darle una patada ala criatura en el vientre que la envió tambaleándose hacia un rincón oscuro de la sala. El rey se puso en pie rápidamente y se lanzó sobre Dardan para coger la espada caída. Empuñándola, se volvió para enfrentarse a su atacante.

Quedó atónito ante lo que vio y la perplejidad inundó su rostro. Desde el rincón oscuro donde había caído, el demonio se movía lentamente hacia él, pero ya no era Manx, sino algo diferente. Se transformaba a medida que se acercaba: de Manx se convirtió en una cosa negra y enjuta, con los músculos marcados en su cuerpo brillante y sin pelo. Caminaba sobre cuatro patas acabadas en garras y a través de la boca abierta amenazaban unos dientes brillantes. Empezó a dar vueltas alrededor del rey, elevándose a cada tanto sobre sus patas traseras, haciendo fintas con los brazos, como un púgil mientras siseaba con odio. Un suplantador, pensó Eventine reprimiendo una nueva oleada de terror. Un demonio que podía convertirse en cualquier cosa que deseara.

El Suplantador se lanzó hacia él de repente, desgarrando con sus zarpas la carne de su hombro y su costado, dejándolo maltrecho y ensangrentado. El rey dio un tajo con la espada pero... demasiado tarde. La cosa se alejó de él antes de que pudiera alcanzarla. Una vez más, el demonio comenzó a dar vueltas lentamente a su alrededor, como un tigre que contempla a su presa acorralada. Debo ser más rápido, pensó el rey. El demonio se estiró, fingiendo que iba a atacarlo en el pecho, y se deslizó por debajo del arco que trazó la espada, desgarrándole los músculos de la pierna izquierda. Eventine sintió un terrible dolor y cayó de rodillas. Tuvo que esforzarse por mantenerse erguido y durante unos instantes terribles, su visión se

nubló, pero enseguida volvió a aclararse. El rey, con un esfuerzo titánico, se obligó a ponerse en pie de nuevo.

Ante él el Suplantador lo aguardaba agazapado y en tensión. Cuando el rey se puso de pie, comenzó a dar vueltas otra vez a su alrededor. La sangre chorreaba por el cuerpo de Eventine. Sintió que se debilitaba. También estaba perdiendo esta batalla, que acabaría en su muerte. Si no encontraba una forma de atacar al monstruo, estaba acabado. Zigzagueando y arqueándose, el demonio jugaba con él. El rey trató de arrinconarlo, pero el monstruo lo esquivó con agilidad, moviéndose demasiado rápido para un hombre herido. Eventine cesó su persecución; no le estaba reportando nada. Observó cómo el demonio continuaba dando vueltas a su alrededor, emitiendo una especie de siseo.

Luego, arriesgándose a la desesperada, el rey de los elfos fingió tropezar y caer, derrumbándose sobre sus rodillas. Sintió una fuerte punzada de dolor al hacerlo, pero el truco funcionó. El Suplantador se lanzó sobre él creyendo que ya no tenía fuerzas, pero esta vez Eventine lo estaba esperando. Acertó al monstruo en pleno pecho y clavó a fondo su espada entre el hueso y el músculo. Aullando de dolor, el demonio trató de arañar y morder al rey y luego se revolvió y se desclavó de la espada retorciéndose. La sangre manaba a raudales de la herida, un icor de un rojo verdoso que tiñó el cuerpo negro y bruñido.

El demonio y el rey se enfrentaron ahora cara a cara, ambos heridos, cada uno aguardando que el otro bajase la guardia. El demonio comenzó a dar vueltas otra vez, pero ahora dejaba en el suelo un reguero de sangre. Eventine Elesedil se preparó, girando para seguir los movimientos del demonio. Estaba cubierto de sangre, y sus fuerzas menguaban. El dolor atormentaba su cuerpo desgarrado. Sabía que solo le quedaban unos minutos antes de desvanecerse.

De súbito, el Suplantador se abalanzó sobre su garganta. Sucedió con tal velocidad que el rey solo pudo retroceder torpemente con los brazos alzados ante la cara y la espada en alto. El demonio cayó sobre él, lo derribó y le clavó los dientes y las garras. Eventine gritó de dolor cuando las zarpas le desgarraron el pecho y las fauces se cerraron sobre su antebrazo.

Entonces alguien empujó las puertas de la mansión, haciendo añicos la madera y haciendo saltar las bisagras de sus goznes. El oscuro vestíbulo se llenó de gritos y de soldados armados. En un arrebato de angustia, el rey había gritado. ¡Alguien lo había oído!

El Suplantador se incorporó sobre el rey caído, aullando. Por un instante dejó su garganta al descubierto. La espada de Eventine se elevó, fulgurante, y el demonio cayó hacia atrás, con la cabeza casi separada del cuerpo y su voz convertida en un estertor. En el momento en que caía, los rescatadores del rey se aproximaron a la criatura y atravesaron su cuerpo con sus espadas, clavándolas hasta la empuñadura.

El Suplantador se convulsionó por un momento y murió.

Eventine Elesedil se alzó, tambaleándose, con la espada aún en la mano y una

mirada dura y fija en sus ojos azules. Una sensación de aturdimiento se extendió por su cuerpo mientras se volvía para encontrarse con Ander, que le tendía los brazos. En ese momento, el rey de los elfos se desplomó y su mente se sumió en las tinieblas.

Se presentó ante los humanos como la Reina de la Muerte. Más alta que Allanon, llevaba el largo cabello gris recogido en una gruesa trenza atada con belladona. Cuando avanzaba, su esbelta figura arrastraba tras de sí la negra túnica, que producía un susurro de seda en el silencio profundo de la torre. Era bella: su rostro, delicado y de facciones finas; la palidez de su piel le daba un aspecto casi etéreo. No tenía edad, estaba fuera del tiempo, había existido siempre y siempre existiría. Cuando ella se acercó, los hombres de palo se apartaron; el repiqueteo de sus piernas de madera se alejó en la penumbra. Pasó junto a ellos sin dirigirles la mirada, mantenía sus extraños ojos violetas fijos en las tres figuras que se encontraban paralizadas ante su presencia. Extendió sus pequeñas y delicadas manos, curvando los dedos como para atraerlos hacia sí.

—¡Mallenroh! —musitó Hebel por segunda vez; su voz reflejaba interés y deseo.

Ella se detuvo. Su rostro perfecto estaba no reflejaba ninguna emoción cuando contempló al anciano. Luego se volvió hacia Eretria y, por último, miró a Wil. Al vallense lo había invadido un frío tan intenso que temblaba.

—Soy Mallenroh —dijo con voz delicada y altiva—. ¿Qué hacéis aquí?

Nadie respondió, pero sus ojos permanecían clavados en ella. La bruja aguardó un momento antes de pasar su blanca mano ante ellos.

—Ningún humano puede entrar en los Hoyos, están prohibidos. Me pertenecen, y en su interior poseo el poder de la vida y la muerte sobre todos los seres. A aquellos que me agradan, les concedo la vida. A los que no, la muerte. Siempre ha sido así y siempre lo será.

Los miró uno por uno, esta vez con atención, aguantándoles la mirada con sus ojos color violeta. Por último, observó a Hebel.

—¿Quién eres, viejo? ¿Por qué has venido a los Hoyos?

Hebel tragó saliva.

—Vine a buscar... a buscarte, supongo —dijo tartamudeando por los nervios—. Te he traído un regalo, Mallenroh.

Ella alargó una mano.

—¿Qué me has traído?

Hebel se descolgó el saco que portaba, lo abrió y revolvió su contenido en busca de algo. Un momento después extrajo una figura de madera pulida. La talla de roble era una estatua de Mallenroh, captada con tanta perfección que parecía que ella hubiera adquirido vida tras surgir de la escultura. Tomó la figura de las manos del anciano y la examinó; sus frágiles dedos recorrían la suave superficie de la madera.

—Muy bonita —pronunció finalmente.



—Eres tú —respondió Hebel con rapidez.

Ella se volvió a mirarlo, y a Wil no le agradó su expresión. La bruja le dirigió al viejo una sonrisa breve y fría.

—Te conozco —dijo. Calló mientras sus ojos analizaban el rostro curtido—. Muchos años atrás, en el borde de los Hoyos, cuando aún eras joven. Una noche te di...

—Recordé... —susurró Hebel al señalar la figura de madera—. Recordé... tu belleza.

A los pies de Hebel, Vagador se agazapó contra el suelo de piedra y gimió, aunque el anciano no lo oyó. Estaba totalmente sumido en los ojos de la bruja, que movió ligeramente su cabeza gris.

—Fue un capricho absurdo —musitó.

Con la escultura en sus manos, pasó junto a él y se dirigió hacia Eretria. Los ojos de la joven nómada se mostraban muy abiertos y asustados.

—¿Qué me has traído tú? —La pregunta de Mallenroh resonó en el silencio de la torre.

Eretria enmudeció. Angustiada miró a Wil y luego a Mallenroh. La bruja deslizó su mano ante los ojos de la nómada con un gesto de calma y autoridad.

—Eres preciosa —sonrió Mallenroh—. ¿Te has traído a ti misma?

Eretria se estremeció.

—Yo... no; yo...

—¿Quieres a este? —Mallenroh señaló a Wil y se volvió hacia él—. Me parece que él quiere a otra. ¿Una joven elfa, quizá? ¿Es eso?

Wil asintió lentamente. Sus inquietantes ojos lo observaron con atención, y sus palabras llegaron hasta él irónicas y obstinadas.

—Tú posees la magia.

—¿Magia? —balbució Wil.

La bruja replegó las manos sobre su túnica negra.

—Muéstramela.

La voz era tan imperiosa que Wil Ohmsford, sin reparar en lo que hacía, abrió la mano en que ocultaba la bolsita de cuero. Ella asintió.

—Enséñamela —repitió.

Sin voluntad para detenerse, el vallense vació la bolsa, depositando las piedras élficas sobre su mano abierta. En la palma, resplandecieron y fulguraron. Mallenroh contuvo el aliento y alargó una mano hacia ellas.

—Piedras élficas —dijo suavemente—. Azules para el que busca. —Sus ojos se fijaron en los de Wil—. ¿Son tu obsequio para mí?

Wil intentó articular algún sonido, pero el frío de su interior le cerró la garganta impidiéndole hablar. Sentía la mano como petrificada, era incapaz de moverla. Los ojos de Mallenroh se hundieron en los suyos. Lo que vio en ellos lo aterrorizó. Quería que él supiese lo que podía hacerle.

La bruja retrocedió un paso.

—Peludo —llamó.

Entre las sombras apareció una criatura semejante a un gnomo, pequeña y peluda, con la cara arrugada de un anciano; se acercó corriendo hasta llegar junto a Mallenroh y alzó los ojos mirando con ansiedad hacia el rostro frío.

—Sí, señora. Peludo solo te sirve a ti.

—Son regalos...

Esbozó una tenue sonrisa. Sin añadir nada más, le dio a Peludo la figura de madera y volvió frente a Hebel. Peludo se apresuró a seguirla, medio escondido entre los pliegues de su capa.

—Viejo —dijo a Hebel, inclinando su blanco rostro hacia él—. ¿Qué quieres que haga contigo?

Hebel pareció haber recuperado los sentidos. Sus ojos ya no estaban perdidos cuando contemplaron a la bruja.

—¿Yo? No lo sé.

Ella sonrió con dureza.

—Quizá debas quedarte en los Hoyos.

—No me importa —respondió; sabía que, de todas formas, la bruja haría con él lo que quisiera. Después levantó la mirada—. Pero los elfos, Mallenroh... Ayúdales. Tú podrías...

—¿Ayudarles? —lo interrumpió bruscamente.

El anciano asintió.

—Si deseas que me quede, lo haré con gusto. No me queda nada más, pero permite que ellos se marchen. Dales la ayuda que necesitan.

Ella rio suavemente.

—Quizá haya algo que puedas hacer para ayudarles, viejo.

—Ya he hecho todo lo que estaba en mis manos...

—Quizá no. Si te dijera que puedes hacer más, estarías deseoso de hacerlo, ¿cierto?

Sus ojos estaban fijos en el anciano. Wil comprendió que la bruja estaba jugando con él.

Hebel titubeó.

—No lo sé.

—Es obvio que lo sabes —dijo con un tono tranquilo—. Mírame. —El viejo levantó la cabeza—. Son tus amigos. Quieres ayudarles, ¿no?

El vallense estaba acongojado. Algo terrible iba a suceder, pero no se podía mover ni hablar para advertir a Hebel. De reojo vio el rostro atemorizado de Eretria, que también presentía el peligro.

Hebel también lo percibió, y a la vez, supo que no podía escapar. Sus ojos se cruzaron con los de la bruja.

—Quiero ayudarles.

Mallenroh asintió.

—Entonces lo harás, viejo.

Cuando alargó la mano para tocarle la cara, los ojos de la bruja revelaron a Hebel lo que le sucedería. Vagador se incorporó mostrando los dientes, Hebel puso su mano sobre el cuello del enorme perro para retenerlo. No era el momento de resistirse. Los dedos de la bruja acariciaron su barba con suavidad, y todo su cuerpo se tensó. ¡No! Wil intentó gritar, pero ya era demasiado tarde. Hebel y Vagador desaparecieron bajo la capa de Mallenroh. Los envolvió unos instantes y luego la retiró. Mallenroh estaba sola. En una mano sostenía una escultura de madera perfectamente tallada del anciano y su perro.

—Así les ayudarás más. —Su sonrisa era fría.

Entregó las figuras de madera a Peludo y se dirigió a Eretria.

—¿Y ahora, qué haremos contigo, bonita? —susurró.

Alzó una mano y la señaló con el índice. Eretria se vio obligada a arrodillarse y a agachar la cabeza. La bruja volvió a cerrar los dedos y Eretria extendió las manos hacia ella en un gesto de rendición. Las lágrimas caían por sus mejillas. Mallenroh la contempló en silencio un momento, hasta que se giró hacia Wil.

—¿Quieres que también la convierta en una figurita de madera? —Su voz fue tan afilada que atravesó al vallense como una daga. Aún no podía articular sonidos—. ¿O a la joven elfa, quizá? Sabes, sin duda, que la tengo yo.

No esperó que el elfo respondiera, sabía que no podía hacerlo. Se adelantó e inclinó su alta figura hacia él hasta que ambos rostros estuvieron a la misma altura.

—Quiero las piedras élficas, y tú me las vas a dar. Me las tienes que entregar tú, elfo, sé que si te las quito a la fuerza serán inútiles. —Sus ojos color violeta le quemaron por dentro—. Yo poseeré su magia, ¿entiendes? Conozco su valor mucho mejor que tú. Soy más vieja que este mundo y que sus razas, más vieja que esos druidas que en Paranor jugaban con la magia que mi hermana y yo dominábamos desde mucho tiempo atrás. Sucede lo mismo con las piedras élficas. Aunque no soy elfa, por mis venas corre sangre de todas las razas, así que puedo invocar su poder, pero ni siquiera yo puedo quebrantar las reglas que permiten que su poder se manifieste. Las piedras deben entregarse libremente. Y así lo harás.

Su mano se acercó a la cara del curandero, casi rozándola.

—Tengo una hermana, elfo: Morag, ella misma se puso ese nombre. Hemos habitado en los Hoyos durante siglos. Nos llaman las Hermanas Brujas, las últimas de nuestra especie. En una ocasión, mucho tiempo atrás, me ofendió gravemente y nunca lo he olvidado. Me podría haber deshecho de ella, pero nuestros poderes son tan similares que ninguna puede vencer a la otra. Pero las piedras élficas son un elemento mágico que mi hermana no tiene, gracias a las piedras podría superar su magia y acabar con ella. ¡Morag, la odiosa Morag! ¡Qué maravilloso será verla sirviéndome junto a esos hombres de palo! ¡Qué espectacular acallar su detestable voz! ¡Llevo tanto tiempo queriendo someterla, elfo! ¡Tanto!

Alzó la voz hasta que sus palabras rebotaron en las paredes de la torre y resonaron en el profundo silencio. El rostro hermoso y helado se apartó del vallense, cruzó sus delgados brazos bajo las ropas negras. Wil Ohmsford sintió el sudor resbalando por su cuerpo.

—Las piedras élficas serán tu regalo para mí —dijo en un murmullo—. Mi obsequio para ti será tu vida y la de ellas. Acéptalo. Recuerda al viejo. Piensa en él antes de darme una respuesta.

La puerta de la torre se abrió y entraron varios hombres de palo. Se aproximaron moviendo sus piernas de madera a gran velocidad, y se reunieron en torno a ella. La bruja se inclinó hacia ellos un instante, luego se enderezó y dirigió a Wil una mirada fría.

—Has traído un demonio a los Hoyos —gritó la bruja—. ¡Un demonio después de todos estos años! Debe ser hallado y aniquilado. ¡Peludo, su obsequio!

Rápidamente el peludo gnomo se acercó y arrebató la bolsa y las piedras élficas al impotente vallense. Lo observó con su rostro arrugado y se retiró de inmediato tras los pliegues de la capa de Mallenroh. La bruja alzó la mano, y Wil sintió que su debilidad aumentaba.

—No olvides lo que has visto, elfo. —Ahora su voz parecía lejana—. Yo poseo el poder de la vida y la muerte. Elige con sensatez.

Pasó a su lado y se marchó por la puerta abierta. Las fuerzas de Wil empezaron a desvanecerse y su visión se emborronó. A su lado, Eretria se desplomó sobre el suelo de piedra.

Después cayó él. La última sensación que sintió fueron los dedos de madera ciñéndose con fuerza alrededor de su cuerpo.

Wil. Su nombre quedó flotando como un eco en la oscura niebla que lo rodeaba. La voz parecía llegar de muy lejos, cruzando la oscuridad para adentrarse en su sueño. Se movió con dificultad, como si estuviera atado y tuviera un gran peso encima. Con un descomunal esfuerzo, logró salir de sí mismo e intentó investigar.

—Wil, ¿estás bien?

Era la voz de Amberle. Parpadeó con la intención de despertar.

—¿Wil?

Sostenía la cabeza en su regazo, con la cara inclinada muy cerca de la suya y su largo cabello castaño cayendo como un velo.

—¿Amberle? —preguntó soñoliento mientras se incorporaba. Luego extendió los brazos hacia ella y la abrazó—. Creí que te había perdido —consiguió decir.

—Y yo a ti —dijo ella con una leve sonrisa abrazándose a su cuello—. Has dormido durante horas, desde que te trajeron aquí.

El vallense asintió con la cabeza apoyada en su hombro; sentía un intenso olor a incienso en el aire. Comprendió que era eso lo que le hacía sentirse tan débil. Se apartó con suavidad de la joven elfa y observó la estancia. Estaban reclusos en una celda carente de ventanas, sumidos en la oscuridad salvo por una luz que centelleaba dentro de un recipiente de cristal unido a una cadena que colgaba del techo; otra de aquellas luces que no producían humo y ardían sin necesidad de aceite ni alquitrán. Una de las paredes de la celda consistía en una reja hecha con barrotes de hierro fijados verticalmente al suelo y al techo. La única puerta estaba allí, provista de goznes en su parte interior y con una gran cerradura en el exterior. En la celda había una jarra de agua, una palangana de hierro, toallas, mantas y tres jergones de paja. Eretria dormía en uno de ellos, respiraba de forma profunda y regular. Tras la reja se veía un pasadizo que conducía a unas escaleras que se perdían en la oscuridad.

Amberle siguió la mirada del curandero hasta la joven nómada.

—Creo que está bien; duerme. Pensé que era mejor dejaros dormir.

—Mallenroh —susurró Wil recordando a la bruja—. ¿Te ha causado algún daño?

Amberle sacudió la cabeza en señal de negación.

—Apenas ha hablado conmigo. Al principio ni siquiera sabía quién me tenía prisionera. Los hombres de palo me trajeron aquí y dormí durante un tiempo. Después apareció ella. Me dijo que otros me buscaban, que también los traería aquí conmigo. Y se marchó. —Sus ojos verde mar buscaron los del vallense—. Me aterroriza, Wil. Es muy bella, pero muy fría.

—Es un monstruo. ¿Cómo te atrapó?

Amberle palideció.

—Algo me perseguía. En ningún momento llegué a ver de qué se trataba, pero lo sentía; algo malévolo me buscaba. —Hizo una pausa—. Corrí mientras pude. Luego seguí de rodillas, hasta que me desmayé. Imagino que los hombres de palo me encontraron y me trajeron aquí. Wil, ¿era Mallenroh quien me perseguía?

Él negó con la cabeza.

—No, era la Parca.

Ella lo miró en silencio unos segundos, desvió la vista y preguntó:

—Ahora está aquí en los Hoyos, ¿verdad?

Él asintió.

—La bruja también está al corriente de su presencia. Ha ido en su busca. —Sonrió—. Tal vez se destruyan entre ellos.

La joven no respondió a su sonrisa.

—¿Cómo conseguiste encontrarme?

Wil le explicó todo lo sucedido desde que la dejó escondida entre esos arbustos al borde de los Hoyos: el reencuentro con Eretria, la muerte de Cephelo y del resto de los nómadas, cómo recuperó las piedras élficas, el viaje de regreso a través del Valle de los Indómitos, su encuentro con Hebel y Vagador, el descenso a los Hoyos, el primer encuentro con el hombre de palo y el enfrentamiento con Mallenroh. Terminó con el relato de lo que la bruja había hecho con Hebel y su perro.

—Pobre anciano —murmuró ella con los ojos empañados de lágrimas—. Hebel no pretendía causar ningún daño. ¿Por qué actuó así con él?

—Porque no le importamos lo más mínimo —contestó el vallense—. Solo le interesan las piedras élficas. Las quiere para ella, Amberle. Hebel no fue más que un ejemplo para el resto de nosotros, especialmente para mí.

—Pero no se las vas a entregar, ¿verdad?

Él la miró con perplejidad.

—Lo haré, si con ello puedo salvar nuestras vidas. Necesitamos salir de aquí.

La elfa movió la cabeza con calma.

—No creo que permita que nos vayamos, Wil. Aunque le des las piedras, después de lo que le hizo a Hebel, no creo que nos deje libres.

Él calló un momento antes de responder.

—Lo sé, pero quizá podamos hacer un pacto con ella. Aceptará cualquier cosa a cambio de las piedras... —De repente dejó de hablar, escuchando—. Ssssh. Se acerca alguien.

Observaron la oscuridad del pasillo a través de los barrotes de la celda. Se escuchaba un ligero taconeo en las escaleras. Luego una figura apareció bajo la luz. Era Peludo.

—Un poco de comida —anunció alegremente mientras sostenía una bandeja con pan y fruta. Con paso torpe, se encaminó hacia la celda y deslizó la bandeja a través

de una estrecha ranura que había bajo la puerta—. Que aproveche —dijo, y se volvió para marcharse.

—¡Peludo! —lo llamó Wil. La criatura peluda se dio la vuelta y miró al vallense con curiosidad—. ¿Puedes quedarte a charlar con nosotros? —preguntó.

El rostro arrugado sonrió.

—Peludo hablará con vosotros.

Wil miró a Amberle.

—¿Cómo está tu tobillo? ¿Puedes andar?

Ella asintió.

—Está mucho mejor —dijo.

La tomó de la mano y se acercaron a la bandeja de comida. Se sentaron sin mediar palabra. Peludo se acurrucó sobre los peldaños inferiores de la oscura escalera y ladeó la cabeza. El vallense cogió un trozo de pan, le dio un mordisco y asintió como apreciándolo.

—Muy bueno, Peludo.

El hombrecillo esbozó una mueca de alegría.

—Muy bueno —repitió.

Wil sonrió.

—¿Llevas mucho tiempo aquí, Peludo?

—Mucho tiempo. Peludo sirve a la señora.

—¿Te hizo la señora, como a los hombres de palo?

La criatura peluda se rio.

—Hombres de palo, clac, clac. Peludo sirve a la señora, pero no está hecho de madera. —Sus ojos brillaron—. Elfo, como tú.

Wil estaba desconcertado.

—Pero eres muy pequeño. ¿Y el pelo? —Señaló a sus propios brazos y piernas y después a los de Peludo—. ¿Ella hizo esto?

El elfo asintió, contento.

—Muy mono, dice ella. Convierte a Peludo en un mono. Da vueltas y salta y juega con los hombres de palo como un mono. —Se interrumpió y miró detrás de ellos adonde dormía Eretria—. Muy bonita —dijo—. La más bonita.

—¿Qué sabes de Morag? —preguntó el vallense pasando por alto el interés de Peludo por la joven nómada.

El rostro de Peludo se torció en una mueca.

—Malvada Morag. Muy mala. Lleva mucho tiempo viviendo en los Hoyos, ella y la señora. Hermanas. Morag al este, la señora al oeste. Los hombres de palo de las dos, Peludo solo de la señora.

—¿Morag y la señora salen alguna vez de los Hoyos?

Peludo movió la cabeza negando con firmeza.

—Nunca.

—¿Por qué razón?

—No hay magia fuera de los Hoyos —dijo Peludo con una sonrisa sagaz.

Eso reveló a Wil algo que no sospechaba. El poder de las Hermanas Brujas no era ilimitado; no podía extenderse más allá de los Hoyos, lo cual explicaba por qué nunca se las había visto en ningún otro lugar de la Tierra del Oeste. Eso le daba una mínima esperanza. Debía encontrar una forma de salir de los Hoyos...

—¿Por qué odia tanto la señora a Morag? —preguntó Amberle.

Peludo reflexionó un momento.

—Había un hombre hace mucho tiempo. Muy guapo, dice la señora. La señora lo quería. Morag también. Las dos intentaron conseguirlo. El hombre... —Unió las manos, juntó los dedos y luego las separó de golpe—. Nunca más. Se esfumó. —Sacudió la cabeza—. Morag mató al hombre. Malvada Morag.

Malvada Mallenroh, pensó Wil. En cualquier caso quedaba claro que los sentimientos de las hermanas brujas eran recíprocos. Siguió preguntando para descubrir qué más sabía Peludo sobre los Hoyos.

—¿Alguna vez has dejado la torre, Peludo? —El rostro arrugado se iluminó con orgullo.

—Peludo sirve a la señora.

Wil tomó la respuesta como afirmativa.

—¿Alguna vez has estado en el Pináculo?

—Salvafuerte —corrigió enseguida Peludo.

El silencio se extendió. Amberle apretó el brazo del vallense y lo miró de reojo. Por un momento Wil quedó mudo ante la contundencia de la respuesta. Tras sobreponerse, se inclinó hacia delante y dobló el dedo en un gesto de complicidad. Peludo se acercó un poco más, alargando la cabeza.

—Túneles y más túneles que dan vueltas y vueltas —dijo Wil—. Es fácil perderse en esos túneles, Peludo.

El pequeño elfo sacudió la cabeza peluda.

—Peludo no.

—¿No? —le retó—. ¿Y la puerta de cristal irrompible?

Peludo reflexionó un segundo. Luego dio unas palmadas de excitación.

—No, no, solo parece cristal. Peludo sabe que parece de vidrio. Peludo sirve a la señora.

Estaba intentando descifrar la respuesta cuando Peludo señaló detrás de ellos.

—Mira. Bonita, hola, hola.

El vallense y la elfa se giraron. Eretria por fin se había despertado; estaba sentada sobre el jergón de paja, sus rizos negros le tapaban la cara mientras se frotaba la nuca. Alzó la vista hacia ellos e iba a decir algo cuando captó el aviso del dedo de Wil al cruzarse sobre sus labios. Miró un poco más allá y vio a Peludo agazapado a unos dos pies de la celda, sonriendo.

—Bonita, hola —repitió alzando tímidamente una mano.

—Hola —respondió ella dudando. Al ver el gesto de la cabeza de Wil, que



intentaba animarla, dibujó su mejor sonrisa—. Hola, Peludo.

—Hablar contigo, bonita.

Peludo se había olvidado por completo de Wil y Amberle.

Eretria se levantó insegura, con los ojos nublados todavía soñolientos, y se sentó junto a sus compañeros. Con una rápida mirada examinó la escalera y el pasillo.

—¿Cuál es tu juego ahora, curandero? —susurró entre dientes. Su voz no delataba el miedo que trasmitían sus ojos oscuros.

El vallense no apartó la vista de Peludo.

—Intento averiguar algo que nos sirva para salir de aquí.

Ella asintió con la cabeza, luego frunció la nariz.

—¿A qué huele?

—Incienso. No estoy seguro, pero creo que, al respirarlo, actúa como una droga. Creo que es eso lo que nos mantiene tan débiles.

Eretria se volvió hacia la arrugada criatura.

—¿Qué hace ese incienso, Peludo?

El elfo peludo meditó, luego se encogió de hombros.

—Bueno olor. No preocuparse.

—En efecto —murmuró la nómada, mirando al vallense. Sonrió de nuevo a Peludo—. ¿Puedes abrir la puerta? —preguntó mientras señalaba los barrotes.

Peludo le devolvió la sonrisa.

—Peludo sirve a la señora, bonita. Tú quedarte.

Eretria mantuvo la sonrisa y siguió preguntando.

—¿Está la señora en la torre en estos momentos?

—Busca al demonio —respondió Peludo—. Muy malo. Destruyó todos los hombres de palo. —Hizo una mueca—. Ella hará daño al demonio. —Se frotó dos dedos—. Lo echará lejos. —Luego se animó de nuevo—. Peludo puede enseñarte figuras de madera. Hombre pequeño y perrito. En una caja, bonitos como tú.

Señaló a Eretria y el rostro de la muchacha palideció.

—No, Peludo. Prefiero que hables conmigo.

Peludo asintió con satisfacción.

—Bueno, habla.

Mientras los escuchaba hablar, una idea cruzó la mente de Wil. Se sentó más adelante, agarrando los barrotes de la celda.

—Peludo, ¿qué hizo la señora con las piedras élficas?

Peludo le miró.

—En la caja, seguras en la caja.

—¿Qué caja, Peludo? ¿Dónde guarda esa caja la señora?

Peludo hizo un gesto despreocupado señalando el oscuro pasillo detrás de él, sin dejar de mirar a Eretria.

—Habla, bonita —rogó.

El vallense miró a Amberle y levantó los hombros en señal de resignación.

Parecía que su intento por conseguir información no tenía mucho éxito. El hombrecillo solo quería hablar con Eretria.

La nómada cruzó las piernas delante de ella y se echó hacia atrás.

—¿Me enseñas las piedras bonitas, Peludo? ¿Puedo verlas?

Peludo miró a su alrededor con gesto furtivo.

—Peludo sirve a la señora. Peludo fiel. —Hizo una pausa y reflexionó—. Te enseña las figuras de madera, bonita.

Eretria sacudió la cabeza.

—Hablemos, Peludo. ¿Por qué tienes que permanecer aquí en los Hoyos? ¿Por qué no te marchas?

—Peludo sirve a la señora. —Repitió con ansiedad su frase preferida y su cara se alteró—. Nunca se va de los Hoyos. No puede salir.

En lo alto de la torre sonó una campana, una sola vez. Peludo se levantó con prisa.

—La señora llama —dijo, y empezó a subir la escalera.

—¡Peludo! —gritó Wil, y el hombrecillo se detuvo—. ¿La señora nos dejará marchar si le doy las piedras élficas?

—¿Marchar?

Peludo pareció no comprender.

—¿Irnos de los Hoyos? —aclaró Wil.

Peludo sacudió la cabeza.

—Nunca irse. Jamás marcharse. Figuras de madera. —Hizo adiós con la mano para despedirse de Eretria—. Bonita para Peludo. Cuidar bonita. Hablar más. Hablar más tarde.

Se dio la vuelta y como una flecha salió disparado escaleras arriba desapareciendo en la oscuridad. Los prisioneros lo vieron marcharse en silencio. Sobre ellos la campana sonó de nuevo, y su eco resonó en el silencio.

Wil fue el primero en hablar.

—Puede equivocarse. Mallenroh desea las piedras por encima de cualquier cosa. Creo que nos dejará salir de los Hoyos si acepto dárselas.

Se sentaron muy juntos ante la puerta de la celda, recorriendo con mirada ansiosa la oscuridad del otro lado de la reja.

—Peludo no se equivoca. —Amberle negó con un movimiento de cabeza—. Hebel nos dijo que nadie entraba en los Hoyos y salía con vida.

—La elfa tiene razón —añadió Eretria—. La bruja nunca permitirá que nos vayamos. Nos convertirá a todos en figuras de madera.

—Bueno, entonces habrá que pensar en otro plan —dijo Wil, y se agarró con fuerza a los barrotes de la celda para comprobar su resistencia.

Eretria se levantó y contempló con precaución la penumbra de la escalera.

—Yo tengo otro plan, curandero —dijo con voz suave.

Se inclinó sobre su bota derecha, separó el cuero del lado interior y extrajo una

varilla de metal, delgada y con un curioso gancho en uno de los extremos. A continuación, de su bota izquierda extrajo la daga que le había mostrado a Wil cuando Hebel los sorprendió al borde de los Hoyos. Alzó la daga con una fugaz sonrisa y la volvió a guardar en la bota.

—¿Cómo le pasó desapercibido a Mallenroh? —preguntó Wil sorprendido.

La nómada se encogió de hombros.

—No se le ocurrió ordenar que los hombres de palo me registraran. Estaba demasiado ocupada en hacernos sentir indefensos.

Se dirigió hacia la puerta de la celda y se dispuso a examinar el cerrojo.

—¿Qué haces? —preguntó Wil, acercándose.

—Vamos a salir de aquí —declaró mientras estudiaba con cuidado el ojo de la cerradura. Se giró hacia Wil y, señalando la varilla de metal, añadió—: Es una ganzúa. Ningún nómada iría sin ella. Muchos ciudadanos mal informados insisten en cerrarnos las puertas. Diría que no se fían de nosotros.

Le hizo un guiño a Amberle, que tenía el entrecejo fruncido.

—Probablemente algunas personas no confían en vosotros por alguna razón —sugirió Amberle.

—Es posible. —Eretria sopló el polvo de la cerradura—. Todos engañamos a los demás en alguna ocasión, ¿verdad, hermana Amberle?

—Aguarda un momento. —Wil se agachó junto a Eretria, ignorando la conversación que mantenían—. Cuando consigas abrir la cerradura, ¿qué haremos?

La nómada lo miró como si fuera un imbécil.

—Echar a correr, curandero, tan rápido como podamos.

El vallense negó con la cabeza.

—No podemos hacer eso. Debemos quedarnos.

—¿Quedarnos? —repitió ella con gesto incrédulo.

—Al menos por un tiempo. —Wil miró a Amberle y tomó una decisión—. Eretria, creo que es momento de aclarar esos engaños de los que hablabas. Escucha.

Hizo una señal a Amberle para que se acercara y los tres se acurrucaron en la penumbra. En pocas palabras, Wil le contó a la nómada quién era Amberle, quién era él, por qué habían ido al Valle de los Indómitos y qué era lo que realmente buscaban. No omitió nada en su relato, era necesario que Eretria apreciara la importancia de la búsqueda del Fuego de Sangre. Estaban en peligro dentro de la torre, pero no lo estarían menos si lograban salir de ella. Si algo le ocurría a él, quería estar seguro de que la joven nómada ayudaría a Amberle a escapar de los Hoyos.

Cuando terminó, Eretria lo contempló callada. Luego miró a Amberle.

—¿Es cierto todo eso, elfa? Creo que puedo confiar más en ti.

Amberle asintió.

—Sí, todo.

—¿Estás decidida a quedarte aquí hasta encontrar el Fuego de Sangre?

Amberle volvió a asentir.

La nómada sacudió la cabeza con expresión dubitativa.

—¿Puedo ver esa semilla que guardas?

Amberle sacó la semilla que escondía debajo de su camisa, cuidadosamente envuelta en una lona blanca. La desenvolvió y se la mostró: perfectamente formada, era de un color blanco plateado. Eretria la observó. La duda desapareció de su mirada y se volvió hacia Wil.

—Iré donde tú vayas, Wil Ohmsford. Si dices que debemos quedarnos, no hay más que hablar. Pero, en cualquier caso, debemos escapar de esta celda.

—De acuerdo —accedió Wil—. Cuando salgamos buscaremos a Peludo.

—¿Peludo?

—Lo necesitamos. Sabe dónde tiene escondidas las piedras élficas Mallenroh y todo sobre Salvafuerte, sus túneles y sus secretos. Conoce los Hoyos. Con Peludo como guía, tendremos la oportunidad de hacer lo que vinimos a hacer, e incluso de escapar.

Eretria asintió.

—Lo primero es salir de aquí. Tardaré un rato en abrir este cerrojo. No hagáis ruido y vigilad la escalera.

Con cuidado introdujo la ganzúa de metal en el ojo de la cerradura y empezó a trabajar.

Wil y Amberle se dirigieron al otro extremo de la reja, desde donde podían observar mejor el oscuro pasillo que conducía a las escaleras de la torre. Pasaban los minutos y Eretria no conseguía abrir la puerta. Las suaves raspaduras eran lo único que alteraba el intenso silencio mientras la joven manipulaba la ganzúa dentro de la cerradura, resoplando cada vez que el mecanismo se le escapaba. Amberle se acurrucó contra Wil y apoyó la mano en su regazo.

—¿Qué harás si no lo consigues? —le susurró.

Wil no apartó los ojos del pasillo.

—Lo conseguiré.

Amberle asintió.

—Pero ¿y si fracasa? ¿Entonces qué?

Él negó con la cabeza.

—No quiero que le des las piedras élficas a Mallenroh —musitó Amberle.

—Ya lo hemos hablado. Debo sacarte de aquí como sea.

—En cuanto controle las piedras, nos destruirá.

—No si hago un buen trato.

—¡Escucha! —dijo con voz airada—. Mallenroh no tiene ninguna consideración por la vida. A sus ojos, los humanos solo tienen valor por el uso que pueda hacer de ellos. Hebel no lo advirtió cuando la encontró por primera vez en el borde de los Hoyos, hace seis décadas. Solo vio la belleza y la magia que la envolvían, los sueños en que transformó sus palabras, las sensaciones que dejó su presencia; todo producto de la imaginación. No logró ver el mal que se escondía debajo hasta que fue

demasiado tarde.

—Yo no soy Hebel.

Ella tomó aire antes de seguir.

—No, pero me temo que tanto tu preocupación por mí como por la misión que me ha traído hasta aquí hayan comenzado a alterar tu juicio. Tu determinación es tal que crees que superarás cualquier obstáculo, por grande que sea. Envidio tu tenacidad. Por desgracia, es algo de lo que yo carezco. —Le tomó de las manos—. Solo quiero que entiendas que dependo de ti. Llámalo como quieras. Necesito tu fortaleza, tu convicción, tu determinación. Pero no debes permitir que tus sentimientos hacia mí enturbien tu juicio. Si eso ocurre, ambos estaremos perdidos.

—Determinación es lo único que tengo —respondió Wil, bajando la mirada hacia ella—. Y no creo que a ti te falte.

—Pero me falta. Allanon lo sabía cuando te escogió para protegerme. Creo que era consciente de lo importante que sería tu tenacidad para nuestra supervivencia. Sin ella, Wil, hace tiempo que habríamos muerto. —Hizo una pausa y bajó la voz hasta que apenas fue audible—. Pero te equivocas al decir que yo también la tengo. Lo sé. Siempre he sido así.

—Lo dudo.

—No me conoces tan bien como imaginas, Wil.

Él observó su rostro.

—¿A qué te refieres?

—A que hay cosas de mí... —La frase quedó suspendida—. Quiero decir que no soy tan fuerte como me gustaría, ni tan valiente, ni siquiera tan responsable como tú. ¿Recuerdas cuando emprendimos el viaje en Puerto Refugio? Entonces no tenías muy buena opinión de mí. Yo tampoco tenía mucha confianza en mí misma.

—Amberle, estabas asustada. Eso no...

—Sí, tenía miedo, es verdad —le interrumpió—. Todavía lo tengo. Mi miedo es la razón de lo que ha ocurrido.

Junto a la puerta de la celda, Eretria refunfuñó algo y se sentó, contemplándola aún cerrada. Dirigió una rápida mirada al vallense y regresó a la tarea.

—¿Qué quieres decirme, Amberle? —preguntó Wil en un susurro.

—Supongo que estoy tratando de reunir el valor necesario para contarte algo que no he sido capaz de revelarte desde que comenzó el viaje. —Desvió la mirada hacia el interior sombrío de la pequeña celda—. Siento que debo hacerlo ahora porque no sé si habrá otra ocasión.

—Cuéntamelo entonces —la animó él.

Amberle alzó su cara de niña.

—Me fui de Arborlon y abandoné el servicio de Ellcrys como Elegida porque tenía miedo de ella, no podía soportar más estar cerca de ella. Suena absurdo, lo sé; pero escúchame, por favor. Nunca lo conté. Creo que solo mi madre me hubiera entendido. No puedo culpar a nadie por eso. Podría haberlo explicado, pero preferí no

hacerlo. —Se detuvo un momento—. Que me eligiera supuso un problema para mí. Conocía la singularidad de mi elección. Sabía que era la primera elfa Elegida en quinientos años, la primera desde la época de la Segunda Guerra de las Razas. Aunque muchos lo cuestionaron abiertamente, lo acepté. Era la nieta de Eventine Elessedil; por tanto, pensé que no resultaba tan extraño que hubiese sido yo la Elegida. Y mi familia, especialmente mi abuelo, estaba muy orgullosa.

»Pero descubrí que la singularidad de mi elección rebasaba el hecho de ser elfa. Desde el primer día de servicio, este fue distinto para mí que para mis compañeros. Era bien sabido que Ellcrys no solía hablar a nadie. Era inaudito que hablase a sus Elegidos después del momento de su elección, salvo en muy contadas ocasiones. E incluso en esas, solo había una conversación en todo el tiempo que duraba el servicio del Elegido. Sin embargo, me habló desde el primer día, no una vez o dos, sino que siguió haciéndolo todos los días. No unas pocas palabras, sino largas conversaciones. Siempre cuando estábamos a solas. Me decía cuándo tenía que ir, y yo iba, por supuesto. Eso me honraba; yo era especial para ella, más especial de lo que jamás había sido nadie, lo cual me llenaba de orgullo. —Sacudió la cabeza al recordar—. Al principio fue estupendo. Me revelaba cosas que nadie sabía, secretos de la tierra y de la vida perdidos para las razas desde hacía siglos, perdidos u olvidados. Me habló de las Grandes Guerras, de las Guerras de las Razas, del nacimiento de las Cuatro Tierras y de sus pueblos, de todo lo sucedido desde el principio del nuevo mundo. Me contó un poco cómo había sido el mundo antiguo, pero le fallaba la memoria al retroceder tanto en el tiempo. No entendí algunas cosas que me explicó, pero comprendí otras muchas. Entendí lo que me enseñó sobre los seres vivos, sobre el cultivo y la crianza. Eso fue lo que me obsequió: la capacidad de hacer que los seres vivos se desarrollasen. Un regalo hermoso. Las charlas, además, eran mágicas, por el simple hecho de poder escuchar todas esas cosas extraordinarias.

»Eso fue al principio, al iniciar mi servicio, y las conversaciones eran tan nuevas y excitantes que acepté los acontecimientos sin preocuparme. Sin embargo, pronto empezó a suceder algo muy desagradable. Esto te resultará extraño, Wil, pero comencé a diluirme en ella. Empecé a perder la conciencia de mi propia personalidad. Yo ya no era yo, sino una prolongación de ella. Todavía no sé si esa era su intención o simplemente fue el resultado natural de nuestra estrecha relación. En ese momento, creí que era intencionado. Cada vez me asustaba más lo que me ocurría; primero me espantó, después me enfureció. ¿Acaso pensaba que por ser una Elegida renunciaría a mi propia personalidad, a mi identidad, para satisfacer sus necesidades? Sentía que estaba jugando conmigo, que me estaba utilizando. Me equivoqué.

»Los demás Elegidos comenzaron a percibir un cambio en mí. Empezaron a sospechar, creo, que mi relación con Ellcrys era distinta. Noté que me evitaban, sentí que me vigilaban. Mientras tanto, me iba perdiendo en ella, cada día desaparecía un poco más de mí. Quise pararlo. Comencé a evitarla al igual que los Elegidos hacían conmigo. Me negué a aparecer cuando me lo pedía y enviaba a otro en mi lugar.

Cuando me preguntó qué sucedía, no respondí. La temía; sentía vergüenza y rabia por toda la situación.

Amberle apretó los labios.

—Al final concluí que el problema era que yo no debería haber sido una Elegida. No me veía capaz de asumir la responsabilidad, de comprender lo que se esperaba de mí. Había hecho por mí lo que no había hecho por ningún otro Elegido, algo increíble y maravilloso, y yo no podía aceptarlo. Era malo que sintiese eso; ninguno de los otros habría reaccionado de esa manera. Que me escogiera como Elegida había sido un error.

»Por eso me fui, Wil, apenas un mes después de haber sido seleccionada. Les dije a mi madre y a mi abuelo que me marchaba, que no podía continuar sirviendo. No les conté la razón. No pude. Fracasar como Elegida ya era bastante terrible, pero renunciar porque me había dado órdenes que cualquier otro hubiera deseado recibir... Podía admitir ante mí misma lo que ocurría entre Ellcrys y yo, pero no podía hacerlo ante nadie más. Mi madre pareció entenderlo. Mi abuelo no. Intercambiamos palabras ásperas que nos dejaron a ambos un sabor amargo. Abandoné Arborlon deshonorada ante mis ojos, los de mi familia y de mi pueblo, convencida de que no volvería. Hice un juramento élfico de servir en el extranjero; mi hogar estaría en cualquier otra parte y desde allí divulgaría lo que había aprendido sobre el cuidado y la conservación de la tierra y su vida. Deambulé hasta llegar a Puerto Refugio. Y se convirtió en mi hogar.

Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Pero fue un error. Ahora puedo y debo admitirlo. Hui de mi responsabilidad. Escapé de mis temores y frustraciones. Decepcioné a todo el mundo y, al final, abandoné a mis compañeros Elegidos, que murieron en mi ausencia.

—Te juzgas con demasiada dureza —la reprendió Wil.

—¿Eso crees? —Su boca se torció—. Temo no juzgarme con suficiente rigor. Si hubiera permanecido en Arborlon, quizás Ellcrys me habría dicho algo antes de morir. Solo me hablaba a mí; a nadie más. Ni siquiera se percataron de lo que ocurría. Podría haberme dicho algo con tiempo suficiente para buscara el Fuego de Sangre y poder plantar la semilla antes de que la Prohibición comenzara a romperse, liberando a los demonios. ¿No te das cuenta, Wil? Ahora la muerte de todos esos elfos está sobre mi conciencia.

—También es posible —remarcó el vallense— que, si te hubieras quedado en Arborlon, el aviso de Ellcrys hubiese llegado igualmente tarde. Entonces estarías muerta como los demás y no podrías hacer nada por los elfos que siguen vivos.

—Me pides que justifique mis actos tras una cómoda perspectiva de lo sucedido.

Él negó con la cabeza.

—Te pido que no uses la perspectiva del tiempo para reinterpretar el pasado. Quizás estaba determinado que los hechos se desarrollaran de esta manera. Nunca lo sabrás. —Su voz se endureció—. Ahora escúchame un minuto. Imagina que Ellcrys

hubiera seleccionado a otro de tus compañeros para hablar con él. ¿Habría reaccionado de otro modo? ¿Habría sido inmune a las emociones que te afectaron a ti? Lo dudo, Amberle. Después de lo que hemos pasado juntos, te conozco mejor que nadie. Hay fortaleza en tu carácter, tienes convicción y, a pesar de lo que crees, eres perseverante. —La cogió por la barbilla alzando su rostro—. No conozco a nadie, Amberle, a nadie, capaz de soportar este viaje y sus peligros mejor que tú. Creo que me ha llegado la hora de que te diga lo que tú sueles decirme a mí. Cree en ti misma. Deja de dudar y de pensar en el pasado. Límitate a creer. Confía en ti. Amberle, mereces toda esa confianza.

Ella lloraba sin reparo, en silencio.

—Te quiero.

—Y yo a ti. —La besó en la frente—. Mucho.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y él la rodeó con sus brazos. Cuando volvió a alzar los ojos, ya no había lágrimas en ellos.

—Quiero que me prometas algo —agregó.

—Está bien.

—Quiero que me prometas que te asegurarás de que lleve a término esta búsqueda, de que no titubee, de que no abandone, de que no fracase en lo que vine a hacer. Deberás ser mi fuerza y mi conciencia. Prométemelo.

Él sonrió con dulzura.

—Prometido.

—Sigo asustada —admitió ella en voz baja.

Junto a la puerta de la celda, Eretria se incorporó de un salto.

—¡Curandero!

Wil y Amberle se levantaron y se apresuraron a reunirse con la joven nómada. Los ojos negros de esta centellearon. Sin mediar palabra, sacó la varilla de metal de la cerradura y volvió a esconderla en su bota. Le hizo un guiño al vallense, agarró los barrotes y tiró. La puerta se abrió sin emitir ruido alguno.

Wil Ohmsford le dedicó una sonrisa triunfal. Ahora tenían que encontrar a Peludo.



Lo hallaron casi de inmediato. Tras salir de la celda, avanzaron unos pasos y, mientras observaban el hueco de la escalera en penumbra, oyeron unas pisadas que se acercaban. Wil hizo un gesto rápido a Eretria para que se pusiera a un lado, mientras atraía a Amberle hacia el otro. Recogidos contra la piedra, atendieron expectantes mientras los misteriosos pasos se aproximaban.

Segundos más tarde, empezaron a vislumbrar el rostro arrugado de Peludo en la oscuridad.

—Bonita, hola, hola. ¿Hablas con Peludo?...

Wil le agarró el cuello con fuerza. Peludo jadeó mientras forcejeaba violentamente para liberarse del vallense que lo levantaba del suelo.

—¡Estate quieto! —le advirtió Wil con un susurro dándole la vuelta para que pudiera verlo.

Peludo abrió los ojos, asombrado.

—¡No, no os podéis ir!

—¡Calla! —Wil lo sacudió—. Una palabra más y te parto el cuello, Peludo.

Peludo asintió asustado con los ojos como platos mientras contorsionaba su pequeño cuerpo.

—Ahora escúchame con atención, Peludo —añadió el vallense—. Quiero recuperar las piedras élficas y tú vas a decirme dónde están escondidas. ¿Lo has entendido?

Peludo negó con la cabeza de manera agitada.

—¡Peludo sirve a la señora! ¡No os podéis marchar!

—Mencionaste una caja —siguió Wil ignorando sus palabras—. Llévame adonde la guarda ahora mismo.

—¡Peludo sirve a la señora! ¡Peludo sirve a la señora! —repetía con determinación—. ¡Quedaos! ¡Volved!

Peludo vaciló durante un momento sin saber qué hacer. En ese momento, Eretria acercó su rostro a pocas pulgadas del de Peludo, se sacó la daga de plata de la bota y la apoyó con un gesto brusco contra la garganta del elfo.

—¡Escúchame, bolita peluda! —dijo ella—. Si no nos conduces a las piedras élficas inmediatamente te rebanaré el pescuezo. Entonces no servirás a nadie.

Peludo hizo una mueca de espanto.

—No hacer daño a Peludo, bonita. Le gustas, bonita. Te quiere. No hacer daño a Peludo.

—¿Dónde están las piedras? —preguntó, apretando un poco más la hoja de la daga.

De repente, sonó la campana de la torre: una, dos, tres veces y después una cuarta. Peludo dejó escapar un gemido, aterrorizado, y se revolvió con violencia al agarre de Wil. El vallense lo sacudió, enojado.

—¿Qué ocurre, Peludo? ¿Qué significa eso?

Peludo se rindió, impotente.

—Viene Morag —gimoteó.

—¿Morag?

A Wil le invadió una desesperación repentina. ¿Qué traería a Morag a la fortaleza de su hermana? Miró a los otros, sus rostros también reflejaban cierta confusión.

—Peludo sirve a la señora —murmuró sollozando.

—Necesitamos algo para atarle las manos.

Eretria cogió la larga faja y le ató los brazos a la espalda. Wil tomó los extremos y los enrolló en una de sus manos.

—Peludo. —Levantó la barbilla temblorosa del elfo de un tirón hasta que sus ojos se cruzaron—. ¡Escúchame! Quiero que nos guíes hasta donde la señora guarda las piedras élficas. Sabes qué te sucederá si intentas correr o gritar, ¿verdad? —Esperó con paciencia un gesto atemorizado—. Entonces, que no se te ocurra ser tan estúpido para intentarlo. Condúcenos hasta las piedras.

Peludo se disponía a decir algo, pero Eretria alzó la daga de inmediato con un gesto amenazante.

—Mucho mejor así, Peludo. —Wil le soltó la barbilla—. Ahora vamos, no nos retrasemos más.

Comenzaron a escalar los peldaños en fila con Peludo a la cabeza, el vallense inmediatamente detrás sosteniendo la faja que le anudaba los brazos a Peludo, y, por último, Eretria y Amberle. Avanzaban en una oscuridad absoluta, forzando los ojos sin resultado y tanteando los muros de piedra. Al poco rato, empezó a brillar una nueva luz delante de ellos y reapareció el perfil tenue de la escalera. Pasaron bajo un globo igual que el que colgaba del techo de la celda y, más adelante, otras luces parpadearon en la penumbra.

Subieron por una escalera en espiral. De vez en cuando veían pasadizos abiertos en la piedra y puertas aisladas, cerradas y selladas, pero Peludo continuaba la marcha. No volvieron a oír los toques de la campana; toda la torre permanecía en silencio. El aroma perfumado del incienso se intensificaba a medida que subían más y más y esto empezó a aturdir al vallense y a las dos jóvenes, que intentaron no respirarlo. Wil comenzó a sospechar. Quizá Peludo era más perspicaz de lo que pensaba.

Pero entonces llegaron a un rellano y Peludo se paró y señaló hacia un pasillo poco iluminado y no muy largo que moría en una enorme puerta revestida de hierro. Detrás, se oían unas voces amortiguadas.

Wil se inclinó.

—¿Qué es eso, Peludo?

Su rostro, con una expresión furtiva, estaba bañado en sudor.

—Morag —murmuró, moviendo la cabeza—. Muy mala, muy mala.

Wil se irguió.

—Morag nos da igual. ¿Dónde están las piedras?

Peludo señaló de nuevo hacia la puerta. El vallense titubeó y lo observó inseguro. ¿Les estaba diciendo la verdad? Eretria se arrodilló junto al hombrecillo y le habló, esta vez con voz suave y sin mostrarle la daga.

—Peludo, ¿estás seguro?

Peludo asintió.

—No miente, bonita. No hacer daño a Peludo.

—No queremos hacerte daño —le aseguró ella mientras le sostenía la mirada—. Pero tú sirves a la señora, no a nosotros. Es normal que desconfiemos. ¿Podemos creerte?

—Peludo sirve a la señora —repitió con voz débil—. Peludo no miente. Piedras bonitas al otro lado de gran sala, en pequeña habitación en piso de arriba, en caja con bonitas flores, rojas y doradas.

Eretria lo contempló un poco más y luego desvió la mirada hacia Wil y asintió. Ella le creía. En respuesta, Wil hizo un gesto de asentimiento.

—¿No hay otra forma de llegar? —preguntó Wil.

Peludo negó con la cabeza.

—Una puerta —dijo, señalando el pasillo.

Wil hizo un gesto a sus compañeras para que lo siguieran. Avanzaron hasta llegar a la puerta. Al otro lado, las voces resonaron estridentes y furiosas. Wil solo tenía claro que no deseaba participar en lo que fuera que estuviese ocurriendo allí. Respiró hondo y, con precaución, giró el picaporte. El vallense miró a través de la abertura.

Era la sala donde Mallenroh los había apresado, grande y sombría, iluminada tenuemente por unas cuantas luces extrañas, de aquellas que no producían humo, que pendían como arañas de un techo imperceptible. Al otro lado de la puerta una serie de escalones semicirculares conducían hasta el suelo de la sala, donde cientos de hombres de palo se apiñaban, rodeando a dos esbeltas figuras negras que se hallaban frente a frente a una docena de pasos y se gritaban con furia.

Wil Ohmsford seguía expectante. Las hermanas brujas, Morag y Mallenroh, gemelas idénticas, las últimas de su especie y acérrimas enemigas por un conflicto ocurrido hacía siglos que todo el mundo había olvidado excepto ellas. Cubiertas por túnicas negras, con el cabello gris recogido en una trenza, la piel blanca y una apariencia fantasmagórica. Eran como dos gotas de agua, ambas con un atractivo grácil que, en ese momento, estaba desfigurado por el odio que endurecía sus facciones. El vallense percibió algunas palabras, más suaves ahora que los gritos habían perdido intensidad, pero igualmente cargadas de ira y resentimiento.

—Mi poder es tan importante como el tuyo, hermana, y no temo nada de lo que me puedas hacer. Ni siquiera puedes impedir que entre en este deprimente refugio tuyo. Somos como la roca y la piedra. Ninguna de las dos prevalece. —Hizo un gesto

burlón—. Pero tú vas a cambiarlo todo, hermana. Intentas hacerte con esa magia que no te pertenece y eso solo pondrá fin a nuestro dominio compartido sobre los Hoyos. Necia hermana, a mí no me puedes esconder un secreto. Sé al mismo tiempo que tú qué harás y cómo lo harás. —Hizo una pausa—. Y conozco la existencia de las piedras élficas.

—Tú no sabes nada —bramó la otra, a la que Wil reconoció como Mallenroh—. Vete de mi casa, hermana. Huye ahora que te dejo o encontraré un modo de que lo desees.

Morag rio.

—No te alteres, estúpida. No me das miedo. No me marcharé hasta que consiga lo que he venido a buscar.

—¡Las piedras élficas son mías! —Protestó Mallenroh—. Las tengo yo y las pienso conservar. Son un regalo para mí.

—Hermana, ningún regalo será tuyo si yo lo deseo. El poder de las piedras élficas debe estar en manos de la que esté más capacitada para emplearlo. Esa soy yo. Siempre lo he sido.

—Tú nunca has estado más capacitada —le espetó Mallenroh—. Te he permitido vivir conmigo en este valle porque eras la última de mis hermanas y me daba pena que fueras tan inútil. Reflexiona sobre eso, hermana. Yo siempre he estado rodeada de grandes personas, en cambio tú solo cuentas con la compañía de esos hombres de palo sin voz. —Moderó el tono hasta convertirlo en un susurro—. ¿Recuerdas el humano que trataste de arrebatarle, el hermoso que me pertenecía y tú tanto aborrecías? ¿Lo recuerdas, hermana? Fuiste tan descuidada que permitiste que lo destruyeran.

Morag se tensó aún más.

—Fuiste tú quien lo destruyó, hermana.

—¿Yo? —Mallenroh soltó una carcajada—. Una caricia tuya lo petrificó de espanto.

La rabia crispaba el rostro de Morag.

—Entrégame las piedras élficas.

—No te daré nada.

Wil Ohmsford, inmóvil detrás de la puerta, continuaba absorbido por la escena hasta que una mano se posó en su hombro y le hizo sobresaltarse. Eretria sacó la cabeza a través de la rendija.

—¿Qué sucede?

—Quédate ahí —le susurró, y sus ojos volvieron al enfrentamiento que tenía lugar en la sala.

Morag, que se había adelantado, estaba ahora justo enfrente de Mallenroh.

—Dame las piedras élficas. ¡Dámelas!

—Vuelve al zulo del que te escapaste, lagarta —dijo Mallenroh en tono despectivo—. Vuelve a tu nido vacío.

—¡Serpiente! ¡Serías capaz de comerte a tu familia!

Mallenroh gritó:

—¡Monstruo! ¡Vete ahora mismo!

Morag se sacó una mano de la túnica y le propinó a Mallenroh una fuerte bofetada que resonó en el silencio. Mallenroh retrocedió tambaleándose. Los hombres de palo se desplazaron agitados, alejándose de las dos enemigas, mientras sus miembros castañeteaban con fuerza.

Entonces la risa de Mallenroh se elevó inesperadamente.

—Qué pena me das, hermana. No puedes hacerme daño. Vete a tu casa. Espera que vaya a buscarte para darte la muerte que mereces. Ni siquiera eres digna de ser mi esclava.

Morag avanzó y le dedicó otro golpe que arrancó un grito de rabia a Mallenroh.

—¡Dame las piedras élficas! —La voz de Morag sonaba desesperada—. ¡Serán mías, hermana! ¡Serán mías! ¡Dámelas!

Se lanzó sobre Mallenroh y le rodeó el cuello con las manos. Mallenroh reculó de nuevo. Las dos brujas cayeron al suelo. Entonces Mallenroh se soltó y logró levantarse, extendió una mano hacia delante y, al instante, una enorme raíz salió de la piedra a sus pies y enrolló el cuerpo de Morag, que se elevó unos cuantos pies. La raíz creció hasta sobrepasar el resplandor de las lámparas. Morag gritó. De pronto, un destello brillante disolvió la oscuridad y un fuego verde prendió toda la raíz y la redujo a cenizas. Entonces reapareció Morag, que flotaba hacia abajo entre la bruma como un fantasma, para situarse, de nuevo, con los pies en la tierra.

Mallenroh chilló. El fuego verde brotó ahora de sus dedos y rodeó a su hermana. Morag cayó hacia atrás. Durante un momento, el fuego las devoró a ambas, entre gritos que llenaban la sala. Entonces el fuego se extinguió y las hermanas se encontraron una vez más frente a frente, con sus altas figuras girando en un círculo a cierta distancia una de otra.

—Esta vez me libraré de ti —susurró Mallenroh, con una voz llena de furia, antes de abalanzarse sobre su hermana.

Morag pudo repeler la embestida. El grito de Mallenroh se elevó, agudo y terrible, y desapareció tras una cortina de humo. Poco después emergió a unos cuatro pasos a la derecha, lanzando fuego con sus manos. Las dos hermanas forcejearon, atacándose mutuamente en un torbellino imparable, mientras las chispas del fuego verde salpicaban a los hombres de palo que, en pocos segundos, ardían por docenas.

Las hermanas volvieron a acercarse con sus túnicas flotando desplegadas mientras se desplazaban juntas y el fuego ardía en una enorme columna. Un horrible grito les brotó de la garganta cuando sus manos se trabaron y sus cuerpos se irguieron con la fuerza de la lucha. Las llamas se propagaron rápidamente y llegaron hasta los rincones más apartados de la sala, prendiendo y quemando a todos los hombres de palo que encontraban por el camino. El calor se desprendía de la columna de fuego con tal intensidad que llegó hasta la abertura de la puerta tras la que se escondían el

vallense y sus acompañantes.

En ese momento, la torre comenzó a temblar. La piedra y la madera empezaron a deshacerse en cascadas a través del humo y la penumbra. Wil contempló el pilar de fuego que lamía ávidamente las vigas de madera, que constituían el soporte de la torre. Los hombres de palo, que ardían por todas partes, agravaban la situación, ya que propagaban más rápidamente las llamas a lo largo y ancho de la sala.

Wil se incorporó. Si permanecían allí, las llamas los alcanzarían en pocos segundos y la torre podía derrumbarse sobre ellos. Tenían que escapar enseguida porque, aunque fuera arriesgado, era peor quedarse.

—¿Dónde está la habitación de la caja, Peludo? —Sollozaba. El vallense lo zarandeó con furia—. ¿Dónde está?

Peludo señaló a través de la puerta abierta. A la derecha, en el lado opuesto de la sala, había una angosta escalera de caracol que subía hasta un rellano.

Wil miró a Amberle.

—¿Puedes andar? —le preguntó. Ella asintió. Wil miró a Eretria, que también asintió. Tomó una bocanada de aire fresco.

—Vamos.

Con el forcejeante Peludo colgado del brazo, empujó la puerta de madera y, solo con cruzar el umbral, el ardor de las llamas le abrasó la cara y la garganta. Bajó la cabeza, siguió la pared hacia la derecha y bajó a saltos los escalones semicirculares. Los hombres de palo se arremolinaron confundidos, pero los apartó de un manotazo mientras abría paso a sus compañeras. Caminaron agachados tratando de esquivar las llamas mientras aligeraban el paso hacia las escaleras del otro lado. De pronto, la columna de fuego explotó y se disparó hacia arriba. Se quedaron de rodillas, impactados, observando cómo la pelea entre las hermanas brujas se hacía más y más feroz. De repente, el fuego cambió de verde etéreo a amarillo intenso. Las hermanas bramaron. El fuego alcanzó sus cuerpos esbeltos y la maraña de sus cabellos grises. Las estaba abrasando.

—¡Hermana! —gritó una en un quejido.

La carne crepitaba al arder. Con asombrosa rapidez, las llamas las envolvieron como un sudario y las consumieron. Un minuto antes, habían estado una frente a la otra, concentradas en una violenta lucha; un minuto después, habían desaparecido. Las dos estaban inmunizadas contra el poder de la otra, pero no habían podido soportar la unión de sus fuerzas. Y ahora solo quedaba un montón de cenizas y de carne negra.

Wil percibió el grito horrorizado de Amberle ante aquella visión. Luego los hombres se derrumbaron como muñecos de trapo, con los brazos y las piernas separados de sus cuerpos y con los dedos de las manos y los pies paralizados, hasta que quedaron reducidos a una enorme pila de madera. La magia que les había creado y les había mantenido con vida había muerto con las hermanas brujas. En la sala que ardía no quedó ningún alma viva excepto los tres extranjeros y Peludo.

Se les acababa el tiempo. Wil consiguió levantarse aunque estaba sofocado por el humo. Empujó a Peludo a través de las llamas mientras apartaba los restos de los hombres de palo. Peludo gritaba y protestaba, pero Wil, que no mostró mucha paciencia con él, lo ignoró y avanzó a trompicones hasta la escalera del otro lado de la habitación. Cuando llegó al rellano, agarró el picaporte que mantenía la puerta cerrada y deseó que ninguna otra cosa le impidiera abrirla. Con los ojos lacrimosos y la garganta irritada, entró.

La estancia estaba tapizada con sedas oscuras y guirnaldas que colgaban de las paredes. El vallense, ansioso, avanzó entre las tinieblas y, al fin, halló lo que buscaba. Una gran caja de madera tallada, cuya tapa estaba decorada con flores rojas y doradas, reposaba sobre una mesa al otro lado de la habitación, entre un montón de jarras de incienso y perfume. ¡Las piedras élficas! Lo invadió una alegría salvaje. Peludo gritaba como un loco, pero Wil, aturdido por el calor y el humo y preocupado por recuperar las piedras, no le oía. Era vagamente consciente de que Eretria y Amberle entraban tras él. Estaba a punto de tocar la tapa de la caja cuando Eretria profirió un grito y lo apartó de un empujón.

—¿Cuántas veces tendré que salvarte la vida, curandero? —preguntó alto para hacerse oír sobre el rugido del fuego. Tras tomar una barra de hierro que pendía de la pared, se situó a un lado de la caja y extendió la barra con cautela para abrir la tapa. Un bulto verde se precipitó y se enrolló en la barra. La joven nómada golpeó la barra contra el suelo de piedra hasta que la cosa que estaba enredada en ella quedó inerte.

Wil contemplaba la escena aterrorizado. Era una víbora.

—¡Estaba tratando de avisarte! —dijo Eretria señalando a Peludo, que se deshacía en lágrimas.

El suceso impresionó tanto a Wil que por un instante no pudo moverse ni hablar. Un mordisco de esa víbora... Eretria pinchó la caja de madera con su daga. Cayó al suelo y numerosas piedras preciosas y joyas se desparramaron, entre las que estaba la bolsa de cuero. La joven la cogió, la sopesó un instante, como pensando qué hacer con ella y se la entregó a Wil, que la tomó sin decir nada. Desató los cordeles que la cerraban y miró en el interior.

Una leve sonrisa le asomó en los labios. Al fin, las piedras élficas volvían a pertenecerle.

Otro retumbo sacudió la torre. En la sala contigua, una de las vigas cedió y se desvaneció entre una lluvia de llamas. Wil se guardó las piedras en un bolsillo de la camisa y se dirigió hacia la puerta, arrastrando a Peludo y a Eretria. Debían salir sin dilación, pero un repentino martilleo, mezclado con unos gritos ahogados y un gruñido como de animal, que procedía del interior de un gran armario de madera, le hizo girarse. Wil miró a Eretria. Había alguien dentro. Dudó un instante pero pensó que cualquier ser que estuviera allí encerrado merecía tener la opción de salir. Se dirigió al armario y abrió el cerrojo de un golpe seco. Las puertas se abrieron bruscamente y una enorme masa oscura se abalanzó sobre él, derribándolo. Los

chillidos se fueron intensificando mientras Wil luchaba para liberarse de su atacante. Entonces apartó la criatura hacia un lado y apareció ante él un rostro que le resultaba familiar.

—¡Hebel! —exclamó Wil perplejo.

—¡Atrás, Vagador! —El anciano contuvo al perro con un gesto tierno pero firme—. ¿Pero qué ha ocurrido aquí? ¿Qué hacía yo en este armario, maldita sea?

Wil se levantó, incrédulo.

—¡Hebel! La bruja Mallenroh te convirtió en una figura de madera. ¿No te acuerdas? —Esbozó una sonrisa de alivio—. ¡Pensábamos que te habíamos perdido! No entiendo cómo...

Amberle lo cogió del brazo.

—Fue la magia, Wil. La magia murió junto con Mallenroh. Por eso los hombres de palo se desvanecieron y Hebel y el perro han vuelto a ser lo que eran.

Entró una nueva oleada de humo por la puerta entreabierta y Eretria dejó escapar un grito como si de pronto hubiera recordado el peligro que corrían.

—Debemos salir de aquí. —Wil se dirigió hacia la puerta de nuevo, con el aterrizado Peludo todavía agarrado del brazo—. Coge a Amberle —le gritó a Hebel.

Se detuvieron en el rellano, asustados. Las llamas de los hombres de palo que estaban desperdigados por el suelo como brasas invadían por completo la sala. Las vigas que sostenían el techo se doblaban peligrosamente y chirriaban, mientras el fuego alcanzaba todos los rincones. Incluso los muros, de piedra dura, comenzaron a enrojecer por el calor y las puertas de la sala que daban al exterior estaban cerradas y selladas. Wil comenzó a bajar las escaleras con el objetivo de encontrar un camino para alcanzarlas.

De pronto, las puertas se abrieron con un estallido y chocaron contra la piedra cuando algo las empujó desde fuera. Al pie de la escalera, Wil Ohmsford y sus acompañantes se pararon sorprendidos, tratando de ver a través de la muralla de fuego. La luz del día penetró por la puerta destrozada y a Wil le pareció que una sombra se introducía en la sala. Aun dudando, forzó la mirada más allá de las llamas para determinar qué era. ¿Había imaginado que la sombra...?

Unos pasos atrás, Vagador se desplomó encogido entre gruñidos.

Entonces se dio cuenta. ¡La Parca! Había olvidado a la Parca.

—¡Peludo! —gritó desesperado mientras sacudía con energía al elfo—. ¿Cómo podemos salir de aquí? ¡Escúchame! ¡Necesitamos otra salida!

—Peludo... salir... por allí.

Uno de sus brazos señaló tembloroso un punto inconcreto.

Wil vio una puerta a la izquierda, a unos veinte pasos de distancia a través del fuego. No vaciló ni un segundo. Avisó a sus compañeros y se lanzaron hacia la puerta. Casi podía sentir la respiración de la Parca sobre su hombro. Desde algún lugar de la sala se aproximaba a ellos.



Alcanzaron la puerta. Tosiendo y casi sin aliento, Wil palpó el picaporte y abrió la puerta. Empujó a los otros delante de él y los siguió; pegó un portazo y ajustó la barra de seguridad.

Bajaron corriendo la escalera de caracol y a medida que atravesaban la penumbra, se adentraron en una humedad mohosa que, poco a poco, iba helando sus cuerpos calientes. El vallense no se volvió más que dos veces para hablar a quienes conducía fuera de la torre en ruinas: una para revelarles el nombre del perseguidor; otra para advertirles que la Parca, al fin, los había encontrado. Nadie habló más. Se limitaron a correr.

Al final de la escalera nacía un pasadizo que se alargaba bajo la luz de varias lámparas muy separadas y se perdía de vista al primer giro. Lo tomaron. Wil llevaba en brazos el pequeño cuerpo de Peludo, que gemía y se lamentaba a cada paso, Hebel caminaba con Vagador a un lado y Eretria ayudaba a Amberle, que aún cojeaba. El pasillo, lleno de insectos y polvo, avanzaba sinuosamente a través de la tierra, primero hacia un lado, luego hacia el otro.

Wil se iba girando para mirar hacia las sombras. ¿Se había movido algo? ¿Se oía algo? Se enjugó con rabia las lágrimas que le dificultaban la visión. ¿Dónde estaba la Parca? Los había seguido desde Arborlon hasta aquel túnel. Se encontraba muy cerca de ellos, podía sentirla. Los perseguía.

Frente a ellos el pasadizo terminó ante otra escalera oscura que se transformaba en espiral. El vallense se detuvo hasta que los otros lo alcanzaron y comenzó a subir, observando la curva de escalones que se extendía aún más arriba, como si se burlara de ellos, y escuchando para captar algún sonido del perseguidor. No obstante, solo oyeron los ruidos que producían ellos mismos.

La escalera murió en una trampilla cerrada que se insertaba en la piedra. Wil forzó el pestillo hasta abrirlo y tiró hacia arriba. Con un golpe amortiguado, la portezuela dio un vuelco y la luz del sol los inundó.

Estaban de nuevo en los Hoyos. Tras ellos, la fortaleza aislada de Mallenroh, envuelta en una humareda que se elevaba y se arremolinaba en el foso y la muralla, se derrumbaba lentamente.

Todo el bosque quedó vacío. No veían a la Parca por ningún lado.

Wil miró a su alrededor, inseguro. La niebla y la penumbra lo enmascaraban todo excepto el crepitar brillante del fuego que aún ardía en la torre de Mallenroh. No se veía nada más allá. No sabía hacia dónde ir.

—Hebel, ¿dónde está el Pináculo?

El viejo negó con la cabeza.

—No lo sé. No veo nada.

Wil reflexionó unos instantes antes de arrodillarse sobre el suelo del bosque y soltar al encogido Peludo, que se había tapado la cara con las manos y mantenía su cuerpo peludo curvado. Intentó erguir al elfo por todos los medios. Al final renunció, lo cogió por los hombros y lo sacudió con fuerza.

—Peludo, atiende. Peludo, tienes que hablarme. Mírame, Peludo.

El hombrecillo espió entre los dedos. Su cuerpo temblaba.

—Peludo, ¿dónde está el Pináculo? —inquirió Wil—. Tienes que guiarnos hasta allí.

Peludo no contestó y se limitó a seguir mirando a través de los dedos como un niño pequeño vergonzoso.

—¡Peludo! —Le gritó, sacudiéndolo otra vez—. ¡Peludo, responde!

—¡Peludo sirve a la señora! —exclamó el elfo de repente—. ¡Sirve a la señora! ¡Sirve a la señora! ¡Sirve a la...!

Wil lo zarandeó con tanta fuerza que provocó que sus dientes castañetearan.

—¡Basta! ¡Ella ha muerto, Peludo! ¡La señora está muerta! ¡Ya no la servirás más!

Peludo enmudeció y sus manos le resbalaron lentamente por el rostro. Comenzó a llorar desconsoladamente.

—No hacer daño a Peludo —suplicó—. Peludo bueno. No hacer daño a Peludo.

Entonces adoptó la forma de una bola con su cuerpo y rodó por el suelo mientras aullaba como un animal herido. Wil lo contemplaba, impacientándose.

—Muy bien, curandero. —Eretria dio unos pasos hacia él y suspiró—. Lo has asustado tanto que casi se nos muere. Así no nos servirá de nada. —Lo cogió del brazo y lo apartó—. Deja que me encargue yo.

Wil se acercó a Amberle y juntos observaron en silencio cómo la nómada se arrodillaba ante Peludo y lo rodeaba con los brazos. Le habló con un suave susurro y le acarició la cabeza peluda. Transcurrió un largo rato hasta que, al fin, Peludo dejó de llorar y alzó la cabeza aún con miedo.

—¿Bonita?

—Todo irá bien, Peludo.

—¿Bonita cuidará a Peludo?

—Te cuidaré. —Dirigió una mirada de reproche al vallense—. Nadie te hará daño.

—¿No hacer daño a Peludo? —Sus ojos llorosos se alzaron para buscar los de ella—. ¿Prometer?

Eretria le dedicó una sonrisa.

—Te lo prometo, pero tienes que ayudarnos, Peludo. ¿Lo harás?

El hombrecillo asintió varias veces con convicción.

—Te ayudará, bonita. Peludo bueno.

—Claro que sí, Peludo bueno —repitió Eretria. Luego se inclinó un poco más hacia él—. Pero nos corre prisa, Peludo. El demonio que nos persiguió hasta los Hoyos aún nos busca. Si nos encuentra, nos hará daño, Peludo.

Peludo sacudió la cabeza.

—No dejar que haga daño a Peludo, bonita.

—No, no te hará ningún daño si nos damos prisa. —Le acarició la mejilla—. Pero tenemos que localizar esa montaña... Curandero, ¿cómo se llamaba?

—El Pináculo —respondió Wil.

Ella asintió.

—El Pináculo. ¿Puedes decirnos cómo llegar, Peludo? ¿Nos puedes guiar hasta allí?

Peludo miró al vallense con inseguridad y después a la torre quemada a sus espaldas. Sus ojos permanecieron fijos antes de desviarse de nuevo hacia Eretria.

—Os llevaré, bonita.

Eretria se levantó y lo tomó de la mano.

—Ahora no te preocupes. Yo te protegeré.

Al pasar junto a Wil, la nómada le guiñó un ojo.

—Te advertí que me necesitarías, curandero.

Se adentraron en la penumbra del bosque. Peludo marchaba delante, deslizándose con agilidad entre la neblina mientras asía con fuerza la mano de Eretria. Los seguían Hebel y Vagador y, al final, estaba Wil, que agarraba a Amberle por la cintura para darle un punto de apoyo por si le fallaban las piernas. En pocos minutos, Wil se dio cuenta de que se estaban distanciando del resto de la comitiva y, cuando quisieron acelerar el paso, Amberle tropezó y se cayó. Pero Wil no vaciló ni un instante; elevó a la joven y la llevó en brazos. Le sorprendió que Amberle no protestara, porque durante el viaje se había mostrado muy reservada. Supuso que se quejaría, pero permaneció en silencio, con la cabeza apoyada en su hombro y los brazos rodeándole el cuello. No intercambiaron ni una sola palabra.

Wil reflexionó un buen rato sobre su comportamiento, pero luego pasó a ocuparse de otros asuntos. Tenía que idear un plan para huir tanto de los Hoyos como de la Parca, porque estaba seguro de que no obtendrían ningún beneficio de escapar de uno de los dos si no podía escapar también del otro. Sin duda los Hoyos era un territorio

lleno de peligros pero la posibilidad de que apareciera la Parca era lo que realmente temía; al fin y al cabo, se trataba de una depredadora incansable a la que nada ni nadie parecía poder detener, que desafiaba las leyes de la razón y que era capaz de eliminar cualquier obstáculo para llegar a la joven que el vallense transportaba. Tenía que evitar a toda costa que la encontrara porque incluso si hallaba un modo de desbloquear el poder de las piedras élficas podía no ser suficiente para detenerla. Tenían que irse sin más demora.

Pensó que tenía medios. Era el quinto día de su descenso al Valle de los Indómitos, el último día en que Perk lo sobrevolaría con Genewen antes de volver a su hogar. El vallense dejó durante un instante la mano de Amberle para ponérsela sobre el bolsillo de la camisa y tocar el bulto del pequeño objeto que guardaba en él: el silbato de plata que Perk le había regalado para llamar a Genewen. Era el único enlace que tenía con el joven jinete volador y Wil lo guardaba como un tesoro. Recordaba la promesa que le hizo a Amberle que solo lo llamaría si la situación era desesperada, pero estaba seguro que no habría ninguna situación más desesperada que la que vivía en ese momento. Si se veían obligados a recorrer a pie los Hoyos, el Valle de los Indómitos y toda la región más baja de la Tierra del Oeste para llegar hasta Arborlon, no llegarían al final. La Parca encontraría su rastro y los alcanzaría y él opinaba que era inútil sostener otra idea que no fuera esa. Debían encontrar un modo de volver y el único que le venía a la cabeza era volar con Genewen. La Parca los perseguiría igualmente, pero estarían fuera de su alcance.

El tiempo se deslizaba entre sus dedos. Cuando empezaron el camino ya no contaban con mucho pero ahora ya habían consumido la mayor parte. La Parca los buscaba y, aunque la habían engañado en las ruinas de la torre de la bruja, volvería. Antes de huir definitivamente tenían que llegar a Salvafuerte, localizar el Fuego de Sangre, sumergir en él la semilla de Ellcrys, subir las laderas del Pináculo, hacer la señal convenida a Perk, que estaría en algún lugar sobre el Valle de los Indómitos, montar a Genewen, si el gran Roc podía transportarlos a todos, y volar hasta un lugar seguro; todo eso antes de que la Parca los alcanzara. Era consciente de que era imposible.

Los árboles lo rozaban mientras seguía a la escurridiza figura de Eretria. Atrajo a Amberle contra sí con más vigor; el esfuerzo de llevarla le comenzó a cansar los brazos. A su alrededor, el bosque se mostraba quieto e insondable.

Se preguntó qué sería de Arborlon y de los elfos. Los demonios ya debían de haberse librado de la Prohibición y estarían invadiendo la Tierra del Oeste. Los elfos inmersos en la defensa de su país en un conflicto sangriento que Eventine siempre había querido evitar. ¿Y qué le habría ocurrido a Ellcrys? ¿Habría encontrado Allanon un modo de proteger al árbol agonizante? ¿Poseería el druida poder suficiente para resistir el ataque de los demonios? Según lo que había dicho Allanon, lo único que podría salvar a los elfos era un renacimiento de Ellcrys. Pero ¿cuánto tiempo faltaba antes de que fuera tarde? Wil Ohmsford sabía que esas preguntas eran

inútiles; no las podía responder porque no sabía nada de lo que estaba sucediendo más allá de los Hoyos. Solo anhelaba que Allanon se pusiera en contacto con él, que le contase algo y le informase de si aún había tiempo... y si encontraría un modo de volver.

Lo invadió la desesperación, de forma repentina y traidora, ya que sabía que, aunque su búsqueda resultara exitosa, podría ser demasiado tarde para los que le aguardaban a la vuelta. Y si así fuese...

Wil Ohmsford no se permitió seguir pensando, no quería acabar loco. El terreno comenzó a hacerse más escarpado. Las pendientes rocosas y los grupos de arbustos aparecieron en medio de la maraña del bosque: ya habían llegado a las laderas del Pináculo. Un estrecho camino giraba entre la niebla; lo cogieron y se encaminaron hacia la cima. Poco a poco, la niebla empezó a disiparse. Entre los huecos de los árboles aparecieron grandes retales de cielo gris y la penumbra del bosque empezó a iluminarse con rayos débiles de luz. Treparon despacio, observando, a medida que caminaban, el paisaje de los Hoyos que se extendía debajo de ellos como un mar de ramas enredadas.

Los árboles desaparecieron de repente y se encontraron en un risco con las murallas más altas del Valle de los Indómitos. Montones de arbustos y restos de madera se acumulaban en las proximidades de una enorme cueva que se abría hacia el interior del Pináculo como una garganta oscura.

Peludo condujo al grupo hasta la entrada de la caverna. Cuando llegaron, se giró hacia Eretria.

—Salvafuerte, bonita, aquí —señaló la caverna—. Túneles y túneles que giran y giran. Salvafuerte. Peludo bueno.

La joven nómada le sonrió con amabilidad y se dirigió a Wil.

—¿Y ahora qué?

El vallense se adelantó y escudriñó el oscuro interior aunque no logró ver nada. Se acercó a Peludo que, enseguida, corrió detrás de Eretria y escondió la cabeza entre los pliegues de sus pantalones.

—¿Peludo? —lo llamó con suavidad, pero él no quería relacionarse con el vallense. No tenían tiempo para tonterías.

—Eretria, pregúntale sobre la puerta de vidrio irrompible.

La muchacha se inclinó para situarse a su altura.

—Todo va bien, Peludo. No permitiré que nadie te haga daño —alzó la cabeza y sonrió tímidamente. Eretria le acarició la mejilla—. Peludo, ¿nos puedes llevar hasta la puerta de vidrio que no se rompe?

Peludo estiró la cabeza.

—¿Jugar, bonita? ¿Jugar con Peludo?

Eretria estaba desconcertada. Le dirigió una mirada rápida a Wil que se encogió de hombros y asintió.

—Claro que podemos jugar, Peludo. —Eretria sonrió—. ¿Puedes enseñarme esa

puerta?

El rostro de Peludo se iluminó de alegría.

—Peludo puede enseñar.

Dio un brinco y entró corriendo en la boca de la caverna. Después volvió a salir para tomar la mano de Eretria y tiró de ella. El vallense sacudió la cabeza, escéptico. Peludo estaba como enloquecido y no sabían si era por lo que le había sucedido durante el encierro en los Hoyos o por la impresión de la muerte de su señora. Y ellos se estaban arriesgando mucho al darle la responsabilidad de llevarlos hasta la cámara del Fuego de Sangre. Pero no les quedaba otra opción. Volvió a mirar hacia la caverna.

—No me gustaría perderme ahí dentro —murmuró Hebel a su lado.

Eretria parecía opinar lo mismo.

—Peludo, no vemos nada. —Tiró de él para pararlo—. Tenemos que hacer antorchas.

Peludo se quedó asombrado.

—No antorchas, bonita. No fuego. Fuego quema. Destruye. Hace daño a Peludo. Fuego quema la torre de la señora. La señora... Peludo sirve...

De pronto las lágrimas le inundaron los ojos, mientras rodeaba con los brazos las piernas de la joven nómada.

—¡No hacer daño a Peludo, bonita!

—No, no, Peludo —le aseguró, abrazándolo—. Nadie te hará daño. Pero necesitamos luz, Peludo. No vemos nada sin luz.

Peludo alzó la cara llena de lágrimas.

—¿Luz, bonita? Oh, luz, hay luz. Ven. Allí hay luz.

Murmurando para sí mismo, la volvió a conducir a la boca de la caverna. Fue hasta la pared más próxima, metió la mano en un pequeño nicho de roca y extrajo un par de lámparas. Cuando las introdujo en la caverna, el interior cobró vida del mismo modo que lo había hecho en la torre de la hermana bruja.

—¡Luz! —exclamó Peludo con una sonrisa nerviosa.

Dio las lámparas a Eretria y a Wil, mientras este último se giraba hacia Hebel.

—No tienes que continuar con nosotros si no quieres —dijo con tono comprensivo.

—No seas estúpido —dijo el viejo resoplando—. ¿Qué vais a hacer si os perdéis? Nos necesitaremos a Vagador y a mí. Además, quiero ver cómo es Salvafuerte.

Wil comprendió que no serviría de nada seguir con aquella discusión así que hizo un gesto de aprobación hacia Eretria, que cogía la mano de Peludo. Entraron en la cueva. Wil cogió a Amberle en brazos y los siguieron. Hebel y Vagador entraron los últimos.

Avanzaban con cautela. Poco a poco, sus ojos se adaptaron y pudieron ver que la caverna llegaba hasta el centro del Pináculo. El techo y los muros quedaban fuera del alcance del resplandor de las lámparas y el suelo era irregular aunque no había

muchos objetos en medio del paso. Peludo los condujo hacia el muro posterior de la caverna. Ante ellos se abrían varias grietas en la roca, muy parecidas las unas a las otras, que partían del muro y desaparecían en la oscuridad.

Peludo no dudó ni un instante sobre qué abertura coger y los llevó hasta un laberinto de esquinas y vueltas que se extendía a lo largo de unos cuantos túneles en descenso progresivo. El grupo perdió pronto el sentido de la orientación, excepto Peludo, que continuaba avanzando completamente seguro de sus pasos.

De repente, se encontraron ante una escalera y los túneles experimentaron un cambio brusco; desaparecieron los muros de roca natural, para dejar paso a los pasadizos construidos a base de bloques de piedra colocados uno a uno. En las paredes y el techo brillaban manchas de humedad y varios regueros de agua recorrían las escaleras. Mientras avanzaban, oían unos ruidos ágiles a sus pies que identificaron rápidamente con el correteo de las ratas. Peludo los condujo hacia abajo por unos escalones que giraban en ángulos extraños, nivelándose con pequeñas rampas que se adentraban en la montaña. El aire se enrareció con el fuerte olor a moho, pero continuaron con los ojos fijos a sus pies mirando por donde pisaban.

Al final se encontraron dentro de una sala imponente de techo alto, con grandes columnas y bancos de piedra organizados en filas ascendentes alrededor de una plataforma circular ligeramente elevada. Wil pensó que, en otro tiempo, la cámara habría sido una sala de consejos o quizá una especie de altar escenario de antiguos ritos. En algún momento debía de haberse reunido gente importante allí, se dijo para sí. Peludo los condujo hacia el otro extremo de la sala a través de las hileras de bancos y pasaron por encima de la plataforma hasta una puerta de piedra de grandes dimensiones que estaba entreabierta. Más allá, había otra escalera.

También la bajaron. Wil se estaba poniendo cada vez más nervioso, porque después de todo aquel tiempo recorriendo la montaña, solo Peludo parecía saber dónde estaban. Si la Parca los atrapaba allí...

Entraron en otro pasadizo. Wil creyó oír un rumor de agua en algún lugar más o menos cercano, como si un pequeño arroyo se deslizara sobre una piedra. Peludo siguió adelante mientras tiraba de la mano de Eretria y de vez en cuando se giraba y la miraba por encima del hombro para comprobar que aún lo seguía.

Luego atravesaron otro corredor y se encontraron en una gran cueva que ya no estaba hecha a base de bloques de piedra como en los túneles anteriores sino que era obra total de la naturaleza: sus paredes estaban picadas y agrietadas, el techo estaba cubierto de estalactitas melladas y el suelo agujereado y plagado de restos de rocas. En la oscuridad, que dominaba más allá del círculo de luz que proyectaban las lámparas, siguieron oyendo el murmullo del agua.

Peludo los llevó a través de la caverna mientras tropezaba con las piedras. Sobre la pared del fondo había unos cuantos pedruscos que parecían ser consecuencia de un deslizamiento. En medio, una pequeña cascada de agua se precipitaba sobre un estanque que se desbordaba en diminutos riachuelos y serpenteaban hasta

desaparecer.

—Aquí —dijo Peludo alegre señalando el manantial.

Wil dejó a Amberle en el suelo con cuidado y contempló al hombrecillo con perplejidad.

—Aquí —repitió Peludo—. Puerta vidrio que es irrompible. Juego divertido para Peludo.

—Wil, se refiere a la cascada —dijo Amberle en un impulso—. Fíjate bien de dónde emerge el agua.

Wil miró y vio lo que la elfa le quería mostrar. El agua, que se vertía sobre el estanque y caía en una fina sábana entre las dos columnas gemelas de roca, producía un efecto semejante al de una puerta de vidrio. Avanzó varios pasos, observándolo bajo la luz de la lámpara que se reflejaba en la superficie.

—¡No es de vidrio! —Exclamó Eretria—. ¡Solo es agua!

—¿Pero cómo iba a recordar eso Ellcrys? —le preguntó Amberle al vallense, hablando en susurros—. Ha transcurrido demasiado tiempo. Ha olvidado la mayor parte de conocimientos de otra época. Y en muchos otros está confundida. Es posible que recuerde la caída de agua solo por su apariencia: una puerta de vidrio irrompible.

Eretria bajó la vista hacia Peludo.

—¿Esta es la puerta, Peludo? ¿Estás seguro?

Peludo asintió.

—Juego divertido, bonita. Juega con Peludo otra vez.

—Si esta es la puerta, tiene que haber una cámara al otro lado... —empezó a decir Wil.

—¡Peludo puede enseñar! —dijo saliendo disparado y arrastrando a Eretria con él—. ¡Mira, mira, muy bonito! ¡Ven!

Tiró de la joven hasta que los dos estuvieron a la derecha de la cascada. El elfo miró un momento hacia atrás y después le soltó la mano.

—Mira, muy bonito.

Un instante después había desaparecido dentro de la cascada. La muchacha estaba atónita. Volvió a salir casi de inmediato con los pelos pegados al cuerpo y el rostro exultante.

—Mira —cogió otra vez la mano de la joven y la arrastró tras él.

Apiñado, el pequeño grupo cruzó la cascada sujetando las lámparas, protegiéndose los ojos. Al otro lado, vieron un hueco que continuaba en un estrecho pasillo. Lo siguieron, chorreando, con Peludo a la cabeza hasta que llegaron a otra caverna mucho menor e inesperadamente seca con el suelo convertido en una serie de anchas repisas. Wil inspiró profundamente. Si la cascada era la puerta de vidrio irrompible que les había indicado Ellcrys, era allí, en aquella estancia, donde encontrarían el Fuego de Sangre.

Avanzó en silencio hasta el fondo de la caverna y volvió. No había otros túneles ni otros accesos que condujeran allí. Los muros de roca, el suelo y el techo se



iluminaron de golpe cuando elevó la lámpara para mirar a su alrededor.

La cámara estaba vacía.

En la entrada de la cueva que se abría en el Pináculo, una figura negra se deslizó junto a los arbustos que cubrían el risco y desapareció sigilosamente dentro de Salvafuerte. Tras su paso, el bosque se sumió en un profundo silencio.

Un aluvión de imágenes asaltó a Wil mientras observaba con impotencia la caverna vacía. No había ni rastro del Fuego de Sangre. Después de todo lo que habían vivido para llegar a Salvafuerte y no estaba. Quizá se había perdido, quizá había desaparecido de la tierra muchos siglos atrás. O lo que era peor: quizá era una invención, una vana quimera concebida por Ellcrys en su agonía, una magia que se había evaporado con el mundo de lo fantástico. También barajaba la idea de que sí existiese el Fuego de Sangre pero que no estuviera allí, sino en algún otro lugar dentro del Valle de los Indómitos. Y nunca lo encontrarían.

—¡Wil!

El grito de Amberle quebró la quietud. Cuando se volvió, la encontró con una mano extendida hacia delante como si se hubiera quedado ciega e intentara orientarse.

—¡Wil, está aquí! ¡El Fuego de Sangre está aquí! ¡Puedo sentirlo!

Le temblaba la voz. Los otros la contemplaron con admiración mientras observaban cómo avanzaba cojeando en la penumbra de la caverna y contemplaban el movimiento hipnotizador de sus dedos que se extendían como tentáculos. Eretria cogió la mano de Peludo y corrió hacia Wil.

—Curandero, ¿qué está...?

Él levantó la mano para mandarla callar. Sacudió la cabeza lentamente sin hablar. Sus ojos estaban fijos en la elfa que ya había llegado a uno de los niveles superiores de la caverna, un pequeño rellano que se elevaba en el mismo centro de la cámara. Avanzó cojeando por el descansillo, con signos de dolor. En el extremo más alejado de la cámara había una gran piedra pulida. Amberle fue hacia ella, se detuvo y la acarició.

—Aquí —susurró.

Wil la alcanzó en pocos segundos y saltó sobre el rellano. Al instante la elfa se volvió hacia él.

—¡No! ¡No te acerques, Wil!

El vallense se detuvo. Los dos permanecieron frente a frente en la penumbra de la caverna sin decirse nada. Los ojos de la elfa reflejaban desesperación y terror. Se aguantaron la mirada un poco más y después se apartaron. Apoyó su menudo cuerpo contra la piedra y empujó. La roca retrocedió como si fuese de cartón.

Un fuego blanco, cuyas llamas resplandecían como fuego líquido, surgió de la tierra y se elevó hacia el techo de la caverna. Emitía un ardor plateado, pero no desprendía calor y, poco a poco, comenzó a adquirir el color de la sangre.

Wil Ohmsford se retiró conmocionado sin reparar en que Amberle había

desaparecido entre las llamas. Entonces oyó tras él a Peludo que gritaba aterrorizado.

—¡Se quema! ¿Peludo se quemará? ¿Hará daño a Peludo? —Su rostro arrugado se retorció mientras el fuego inundaba la caverna con su luz rojiza—. ¡La señora, la señora, la señora... se quema, se quema! Peludo... sirve... se quema...

Su mente estalló. Soltó a Eretria y salió corriendo de la cámara antes que nadie pudiese reaccionar. Hebel trató de agarrarlo pero ya era demasiado tarde.

—¡Peludo, vuelve! —chilló Eretria—. ¡Peludo!

Demasiado tarde. Lo oyeron atravesar la cascada. En el resplandor carmesí del Fuego de Sangre, los tres que quedaban se miraron en silencio.

Poco después Wil Ohmsford se percató de que no veía a Amberle. Titubeó. Quizá los ojos le engañaban. El Fuego la ocultaba en su mezcla de sombras y luces rojizas y aún se encontraba en la plataforma donde estaba un minuto antes, de ser así, ¿por qué no veía ni un solo reflejo de ella?

Se disponía a acercarse al Fuego de Sangre cuando oyó el chillido, fuerte y terrible, rompiendo la quietud.

—¡Peludo! —susurró Eretria, horrorizada.

Ya se dirigía hacia el pasadizo cuando Wil la agarró y la hizo retroceder hacia el Fuego. Hebel se reunió con ellos mientras con una mano tomaba el cuello de Vagador que gruñía ante advirtiendo el peligro.

Entonces sintieron que algo se acercaba desde el otro lado de la cascada. El vallense sabía que no era Peludo, sino otro ser, algo mucho más grande. El ruido de sus pasos se lo confirmó. Y si no era Peludo...

Los pelos de la nuca del inmenso perro se erizaron por el pánico y el animal se agachó, acurrucado y gruñendo.

Wil hizo una señal para que Eretria y Hebel se situaran a su espalda. Su mano rebuscaba en la camisa para extraer la bolsa que contenía las piedras élficas. Se retiró hasta el borde de la plataforma donde ardía el Fuego de Sangre y mantuvo los ojos fijos en la entrada de la cámara mientras sus dedos nerviosos desataban los cordones de cuero.

Era la Parca.

Su silueta se agitó en las proximidades de la entrada tan silenciosa como el paso de la luna. Aunque caminara como un humano, su tamaño era mucho mayor que el de un hombre corriente; era un ser gigantesco y oscuro, más alto que Allanon. Tan solo pudo divisar una túnica y una capucha de color ceniciento. Al deslizarse desde el pasadizo, la luz roja del Fuego cayó sobre ellas como sangre.

El silbido aterrorizado de Eretria rompió el silencio. El pequeño cuerpo de Peludo colgaba inerte entre sus enormes garras.

Al instante apareció la daga curvada en la mano de la nómada. Desde la oscuridad de su capucha la Parca la miró, implacable. Wil sintió un frío difícil de soportar, más intenso que el que experimentó cuando vio a Mallenroh por primera vez. La presencia del demonio le hizo percibir el mal absoluto. De pronto, sus víctimas volvieron a su mente: pensó en los guardianes elfos del bosque de Drey, en Crispin, Dilph y Katsin en Pykon, en Cephelo y los nómadas en la Cresta del Silbido; aquel monstruo los había aniquilado a todos. Y ahora iba a por él.

Empezó a temblar. El miedo era tan intenso que parecía cobrar vida. No podía

dejar de mirar al demonio, no podía apartar los ojos, aunque cada fibra de su cuerpo le pedía que lo hiciese. A su lado, el rostro de Eretria estaba pálido de terror y sus negros ojos buscaban los de él. Hebel retrocedió un paso más y el gruñido de Vagador se convirtió en un plañido de pánico.

Cuando la Parca se separó del muro de la cámara con un movimiento suave y silencioso, Wil Ohmsford recobró las fuerzas. Alzó la mano que guardaba las piedras élficas. La Parca se detuvo, su capucha sin rostro se incorporó levemente, pero no vaciló a causa del vallense, sino por el Fuego rojo que ardía a sus espaldas. Había algo en el Fuego que inquietaba a la Parca. Las llamas sangrientas lamían la superficie pulida de la plataforma de piedra y se elevaban hacia el techo de la cámara. El fuego no parecía amenazador. Simplemente ardía, frío, sin humo, estable, sin dejar marca. La Parca esperó un poco antes de avanzar.

En ese instante la pesadilla volvió a Wil Ohmsford, la misma que había invadido su sueño en Puerto Refugio y otra vez en la fortaleza del Pykon, la angustia de algo que lo perseguía a través de la niebla y la noche sin que pudiera escapar. Llegó a él como lo había hecho mientras dormía, y renacieron con ella todos los sentimientos que le había provocado, pero aún más fuertes y aterradores. Era la Parca lo que le acosaba; su rostro nunca visto había atravesado el mundo imaginario de los sueños para adentrarse en el real, siempre a un solo paso de distancia. Ahora la Parca salía de la pesadilla, pero esta vez no había adonde huir, ni donde esconderse; no podía despertar. No había escapatoria.

*¡Allanon! ¡Ayúdame!*

Se replegó en su interior y halló las palabras del druida flotando en un mar de miedo irracional. Confía en ti mismo. Cree. Ten seguridad. Dependo de ti más que de nadie. Dependo de ti.

Se concentró en aquellas palabras. Alzó las piedras élficas con mano firme e invocó su magia con todas sus fuerzas. Se hundió en las piedras y sintió que caía a través de capas de luz azul. Su visión pareció nublarse y el resplandor escarlata del Fuego de Sangre se desvaneció en un gris. Ahora estaba cerca, muy cerca. Sentía el fuego del poder de las piedras.

Sin embargo, no sucedió nada.

El pánico lo atrapó y, por un instante, lo dominó de tal manera que a punto estuvo de abandonar su intento y echar a correr. Lo retuvo la certeza de que no quedaba ningún otro lugar al que ir. La barrera seguía allí, en su interior, como había estado tras el encuentro con el demonio en el Tirfing, como estaría siempre, puesto que no era el verdadero dueño de las piedras élficas, sino un estúpido vallense que creyó que podía llegar a ser algo más.

—¡Curandero! —gritó Eretria con desesperación.

Lo intentó de nuevo y volvió a fracasar. No podía convocar el poder de las piedras élficas. No podía alcanzarlo ni dominarlo. El sudor bañaba su rostro y su mano apretó las piedras con tanta fuerza que sus cantos le cortaron la palma. ¿Por qué

el poder no se manifestaba?

En ese momento, Eretria, blandiendo su daga, se alejó de él y llamó al demonio. La Parca se giró. La capucha sin rostro siguió a la joven, que se desplazaba con lentitud sobre la plataforma de piedra como si pretendiese escapar por la entrada de la cámara. Wil comprendió enseguida sus intenciones: le estaba proporcionando tiempo, unos valiosos segundos más para convocar el poder de las piedras. La quiso llamar para decirle que volviese y advertirla de que no dominaba a la magia pero, por alguna razón que no comprendía, no lograba articular sonido alguno. Las lágrimas le llenaban los ojos mientras trataba de romper el muro que se interponía entre él y las piedras. Angustiado, pensó que ella moriría, que la Parca la mataría mientras él lo contemplaba incapaz de moverse.

El demonio lanzó a un lado los restos de Peludo con gesto despectivo. Bajo su túnica unas garras se asomaron a la luz carmesí del Fuego de Sangre amenazando a la joven nómada.

¡Eretria!

Lo que sucedió a continuación se grabó en su mente como si hubiera sido tallado en piedra. El tiempo se congeló unos segundos, y el pasado y el presente se reunieron en uno; como le había sucedido a su abuelo en una ocasión, Wil Ohmsford se enfrentó cara a cara consigo mismo.

Le pareció oír a Amberle, hablándole con tono firme; serena y llena de esperanza su voz surgía del resplandor rojizo proyectado por el Fuego de Sangre en la piedra de la cámara. Le habló como lo había hecho la mañana en que escaparon del Pykon, cuando el Mermidon los conducía a un lugar seguro en el sur, lejos del horror de la noche precedente. Le dijo, como aquella vez, que a pesar de todo, el poder de las piedras élficas no había desaparecido, que le pertenecía y podía usarlo.

No obstante, el poder se había perdido. Ella había sido testigo de lo que sucedió en el puente de la fortaleza. ¡Había intentado con todas sus fuerzas acabar con el demonio después de lo que hizo con el valiente Crispin! Pero solo consiguió permanecer allí quieto, con las piedras élficas en la mano, incapaz de hacer nada. La Parca los habría alcanzado de no ser porque el viento había derruido el puente. Ella debería haber comprendido que el poder ya no estaba a su alcance.

La voz de Amberle sonó en su mente como un murmullo. El poder no había desaparecido. Tal era la tensión que sentía que él mismo se cerraba el paso hacia las piedras y su magia, lo cual no ocurriría si entendiera la naturaleza del poder que trataba de dominar. Debía intentar comprenderlo y recordar que la magia élfica no era más que una extensión de quien la usaba...

La voz se desvaneció y la sustituyó la de Allanon. El corazón, la mente y el cuerpo; una piedra para cada uno. La unión de las tres provocaría que las piedras élficas cobraran vida. Pero era Wil quién debía crear esa fusión. Quizá no le resultaría tan fácil como a su abuelo, él era una persona distinta. Su sangre élfica estaba reducida en dos generaciones, y lo que acudió a su abuelo con solo pensarlo podía

resultar mucho más complicado para él. Una gran parte de su ser se resistía a la magia.

¡Sí, sí!, exclamó en su interior. La sangre de hombre se oponía y le separaba del poder de las piedras élficas. No era su parte élfica, sino la sangre de hombre lo que rechazaba la magia.

Oyó la risa grave y burlona de Allanon. Si se trataba de eso, ¿cómo podría haber usado las piedras élficas...?

La voz del druida se esfumó también.

Y entonces Wil Ohmsford comprendió el engaño que él mismo había tramado desde que invocó el poder de las piedras en el Tirfing y sintió su terrible magia fluir a través de él como fuego líquido. Al dudar sobre si podría controlar el poder de las piedras élficas, había permitido que la mentira creciera. Sin pretenderlo, la asombrosa revelación del druida de que solo la sangre élfica podía gobernar las piedras había reforzado su falsa creencia. Se había precipitado al considerar que su sangre de hombre era la causa de sus fracasos, a pesar de haber usado las piedras con éxito en el Tirfing; olvidando que su mezcla de sangre de hombre y de elfo no se había alterado.

¡Se había estado engañando por completo! Quizá sin saberlo, o sin quererlo pero, al fin y al cabo, se había estado mintiendo a sí mismo, ese era el motivo de que hubiera perdido el poder sobre las piedras. ¿Cómo había sucedido? Amberle se acercó a la verdad dos veces cuando, durante el viaje, le advirtió que al usar las piedras élficas en el Tirfing parecía haber causado un cambio en sí mismo. Él desoyó la advertencia, aun sabiendo que tenía razón, para evitar que ella se preocupara. Había provocado algo en sí mismo al usar las piedras élficas, pero no lograba concretar qué. Pensó que el cambio era de naturaleza física, pero no se había sentido mal. Amberle había sugerido que podía ser de otro tipo, que la magia élfica podía afectar también al espíritu. Pero él no quiso creerla. Al no hallar ningún problema inmediato, olvidó el asunto rápidamente; lo dejó de lado, tenía que cuidar de Amberle y no podía perder tiempo preocupándose de sí mismo. Fue un gran error. Debía haberse dado cuenta entonces de lo que estaba descubriendo ahora. Amberle llevaba razón; al usar las piedras élficas había provocado un cambio en su espíritu, era algo tan dañino que hasta que no lo dominara le sería imposible volver invocar el poder de las piedras.

Lo que le había ocurrido a Wil Ohmsford fue que empezó a tener miedo.

Ahora podía admitirlo. Debía aceptarlo. Se trataba de un miedo que no había reconocido hasta ese momento porque se había mantenido hábilmente escondido. Todas aquellas semanas había estado presente, sin que él lo percibiera. No temía al ser que lo perseguía en sus sueños, ni al demonio que iba tras ellos desde Arborlon. Tenía miedo a la misma cosa en que confiaba para que los protegiera, miedo a las piedras élficas y a los efectos que su inmenso e imprevisible poder podían generar.

Su mente lo comprendió de golpe. No era su sangre mezclada lo que le separaba del poder de las piedras, sino su miedo a la magia.

Había sido una creación suya. Estaba tan seguro de que la misión que Allanon le había encomendado sería un éxito, tan decidido a que nada le impidiera cumplirla, que en el mismo instante en que apareció el miedo lo enterró en un pozo de determinación. Se negó a admitir que existiera, y lo mantuvo escondido incluso para él mismo. El terror comenzó a afectar el uso de las piedras. La unión del corazón, la mente y el cuerpo con el poder no podía generarse en él mientras el miedo permaneciera oculto en su interior. Se convenció de que sufría un rechazo hacia la magia élfica a causa de su sangre de hombre. De esta forma había completado el engaño, impidiéndose a sí mismo cualquier uso de las piedras.

Hasta aquel momento, cuando comprendió al fin el origen de la barrera que lo separaba del poder de las piedras. Debía enfrentarse a ese miedo y superarlo.

Se replegó dentro de sí, en un acto rápido y deliberado, uniendo corazón, mente y cuerpo, voluntad, pensamiento y fuerza, con un único objetivo inquebrantable. No fue fácil. El miedo, aún presente, se elevó ante él como una muralla, intimidándolo, erosionando su propósito. Era recio, tan recio que, por un instante, Wil pensó que le impediría seguir.

Usar las piedras élficas conllevaba un peligro que no podía ver ni tocar, definir ni entender. Estaba allí, era real y patente, y podía dañar el cuerpo y el espíritu de forma irreparable. Podía destruirlo. Pero también dejarlo vivo. Había cosas más terribles que la muerte...

Luchó contra él. Recordó a su abuelo. Cuando Shea Ohmsford usó la Espada de Shannara también existía un peligro que percibió sin llegar a entender. Así se lo había contado. Pero la magia de la espada era necesaria, y también lo fue la resolución de su abuelo. Lo mismo le ocurría ahora a él. Existía una necesidad más importante que el riesgo. Le habían encargado una misión y había vidas que solo él podía proteger.

Se sumergió en la luz azul de las piedras élficas, y el miedo se resquebrajó ante sus ojos. La sangre humana dejó paso a la élfica, y el poder de las piedras brotó desde su interior.

El pasado y el presente se separaron de nuevo, y los segundos empezaron a transcurrir.

¡Eretria!

La Parca avanzaba hacia la nómada deslizándose, sin hacer ningún ruido, a través del resplandor carmesí del Fuego de Sangre. Wil levantó la mano y el fuego de las piedras élficas explotó hacia el demonio y lo lanzó contra el muro de la caverna.

La Parca no produjo ruido alguno cuando chocó contra él; el silencio fue terrible mientras sus ropas se aplastaban contra la roca. Un momento después se había vuelto a levantar y se abalanzaba contra el vallense. A Wil le costaba creer que algo tan enorme pudiera ser tan rápido. Antes de que pudiera reaccionar, la Parca estaba ante él, amenazándolo con sus garras. El fuego azul que volvió a surgir de las piedras se proyectó hacia el demonio y lo empujó hacia atrás como si se tratara de una muñeca de trapo. Tampoco emitió ningún ruido. Wil sintió el fuego en su sangre circulando a

través de él como si se tratase de su propia savia, y experimentó lo mismo que en el Tirfing. Algo desagradable se había producido en él.

Pero no había tiempo para pensar en eso. La figura cenicienta de la Parca avanzaba en silencio, como una sombra en la penumbra. El fuego brotó de nuevo de la mano extendida del vallense, pero esta vez la Parca fue más rápida. Esquivó el ataque y siguió avanzando. Wil trató de detenerla otra vez y volvió a fracasar. Retrocedió tambaleándose e intentó utilizar la magia élfica con desesperación, pero su concentración se había roto, y el fuego empezó a dispersarse. La Parca lo cruzó y apareció frente a él. En el último momento, Wil logró reunir el fuego ante él a modo de escudo. No obstante, la Parca lo empujó violentamente hacia atrás. Cayó y se golpeó la cabeza contra el suelo de piedra. Pensó que se desmayaría. Las garras se adentraban en el fuego azul con la intención de alcanzarlo. Se sobrepuso al mareo y al dolor, y la magia de las piedras élficas revivió. La Parca saltó hacia atrás con frustración y se alejó en círculos.

Wil se levantó, desconcertado. Sentía el cuerpo entumecido por la brutalidad del ataque, y varios puntos brillantes centelleaban ante sus ojos. Con un gran esfuerzo de voluntad logró mantenerse en pie. Las cosas no estaban saliendo como deberían. Creía que al recuperar la magia élfica ya había superado lo peor, que la Parca no podría resistir contra un arma tan poderosa. Ahora ya no estaba tan convencido.

Entonces se acordó de Eretria. ¿Dónde estaba? En su interior, el fuego élfico se retorció como si estuviera prisionero. Justo cuando temía haber perdido totalmente su control, la Parca volvió a atacar. Surgió de las sombras, rápida y silenciosa, saltando hacia el resplandor del Fuego de Sangre y sobre el curandero. Casi por voluntad propia, la magia élfica surgió entre los dos combatientes y una explosión cegadora expulsó a ambos del estrecho rellano. Tomado por sorpresa, el vallense fue arrojado contra la pared de la cueva; sus costillas y el codo de la mano libre crujieron como madera al golpear la roca. Un dolor abrasador cruzó su cuerpo y el brazo quedó inutilizado al instante.

Intentó levantarse apoyándose en la pared. Superando el dolor y la angustia que lo inundaban logró llamar a Eretria. La nómada salió de las sombras y llegó hasta él, a un paso de la Parca. En una embestida silenciosa el monstruo se abalanzó sobre ellos, demasiado deprisa esta vez para que el aturdido Wil pudiera reaccionar. Si no hubiera sido por Vagador, los habría alcanzado. Olvidado por todos, el enorme perro se deshizo del brazo de Hebel y se arrojó sobre el demonio. El monstruo cayó hacia atrás mientras una masa de pelo y dientes desgarraba sus ropas color ceniza. Durante un momento, ambos desaparecieron en las sombras de la parte delantera de la caverna. Solo se oía el profundo y terrible gruñido de Vagador. Después, la Parca se levantó, se sacudió de encima al valiente perro y lo apartó de un manotazo como si se tratara de un insecto. Vagador voló por los aires, rebotó contra la pared y se desplomó con un gemido que desapareció en el silencio.

Esos pocos segundos bastaron para que Wil se recuperase. Alzó la mano y el



fuego azul emanó de ella. Esta vez alcanzó a la Parca, aunque no de lleno, la criatura, con un rápido giro, consiguió escapar y esconderse tras el pilar del Fuego de Sangre.

El vallense esperó, recorriendo la cámara con los ojos. No había indicios del demonio. Lo buscó entre las sombras con la certeza de que regresaría. No consiguió localizarlo. Eretria se arrodilló sollozando a su lado, con la daga todavía en su mano y el rostro manchado de polvo y sudor. Hebel se inclinó sobre Vagador, susurrándole con premura. El tiempo transcurría con rapidez. Todo seguía inmóvil.

Entonces Wil alzó los ojos al techo de la caverna. La Parca se encontraba allí.

La descubrió justo en el momento en que se abalanzaba sobre ellos, con sus ropas desplegadas y ondeando en el aire. Empujó a Eretria para alejarla a un lado y levantó las piedras élficas. El monstruo aterrizó como un gato ante ellos, enorme y silencioso. Eretria lanzó un grito y retrocedió arrastrándose por el suelo, horrorizada. El hueco negro de la capucha se ensanchó poco a poco, su mirada vacía dejó a Wil Ohmsford helado. El vallense estaba petrificado. La negrura profunda, sin rostro, lo retenía.

Entonces la Parca arremetió y, por un instante, Wil sintió que lo tragaba. Sin el poder de las piedras élficas habría muerto. Allanon las había denominado piedras buscadoras, y la advertencia resonó en su mente: ¡busca el rostro de la Parca! Más veloz que su propio pensamiento, la magia élfica se desplegó y le hizo olvidar el terrible monstruo, el miedo y el dolor; todo excepto un primitivo instinto de supervivencia. Escuchó su voz gritando y el fuego azul explotó. Llegó hasta la capucha sin rostro de la Parca, rodeó su cabeza invisible y la inmovilizó. El monstruo trató de soltarse con desesperadas contorsiones. Las manos de Wil se cerraron ante él y la magia élfica se desplazó desde su cuerpo magullado hasta la Parca, levantándola en el aire y arrinconándola contra la pared. El fuego azul la aprisionó allí, la bestia se retorció con furia mientras ardía. El fuego se propagó por las ropas del demonio y explotó en una llamarada de luz cegadora.

Cuando se extinguió, el único rastro que quedó de la Parca fue su silueta carbonizada grabada en la roca de la caverna.

El Fuego de Sangre rodeó a Amberle Elesedil con la suave caricia de unas manos maternas. Las llamas se alzaban a su alrededor como una pared carmesí que la aislaba del resto del mundo, pero que no le infligió el menor daño. Es extraño que el Fuego no quemara, pensó. Sin embargo, cuando apartó la roca y el Fuego emanó hacia ella, supo de algún modo que sería así. El Fuego la había consumido pero sin causarle dolor; sin calor, ni humo, ni siquiera olor. Solo existía un color escarlata, intenso y brumoso, y la sensación de que algo familiar y reconfortante la arropaba.

Se sumergió en un estado de somnolencia en el que el miedo y las preocupaciones de los últimos días iban desapareciendo. Sus ojos vagaron con curiosidad entre las llamas, tratando de distinguir la cueva que albergaba el Fuego y a los compañeros que habían ido con ella. Pero no veía más que llamas. Pensó en escapar de ellas, en cruzar la neblina, pero algo en su interior hizo que rechazara esa idea. Debía quedarse, lo sentía. Debía llevar a cabo lo que había ido a hacer.

Lo que había ido a hacer; repitió las palabras y suspiró. Había sido un largo viaje, una experiencia terrible, pero ya había llegado a su fin. Había hallado el Fuego de Sangre. De pronto pensó que había ocurrido de una forma inesperada: en medio de aquella caverna oscura y desolada, tan desilusionada como sus compañeros por no encontrar el Fuego de Sangre tras la puerta de cristal irrompible, porque todos los esfuerzos habían sido inútiles, cuando de pronto... de pronto sintió la presencia del Fuego. Titubeó ante su propia descripción, pero no podría explicarlo de otro modo. La sensación se parecía a la que experimentó en el borde de los Hoyos cuando estaba escondida entre los arbustos esperando el regreso de Wil, semejante a la que le había advertido que la Parca estaba cerca. Era un sentimiento interno que ponía de manifiesto que el Fuego de Sangre estaba en la caverna y que ella debía encontrarlo. Lo buscó a tientas, siguiendo su instinto, sin entender por qué se comportaba de ese modo. Incluso cuando encontró el fuego en la plataforma y le indicó a Wil que se mantuviese alejado, incluso cuando retiró la roca para liberar el fuego, no comprendía qué la guiaba.

Ese pensamiento la inquietó. Seguía sin comprender. Había algo que le afectaba y necesitaba saber qué era. Cerró los ojos para buscarlo.

Poco a poco lo fue comprendiendo.

Al principio creyó que debía ser el Fuego, porque era lo que la había atraído. Pero el Fuego no era un ser sensible, sino una fuerza impersonal, antigua y vibrante; podía otorgar la vida, mas no tenía facultad para pensar. Así que no, no se trataba del Fuego. Entonces debía de ser la semilla que portaba, el pequeño fragmento de vida

que le entregó Ellcrys. Si Ellcrys era consciente, su semilla también podía serlo. Podía haberle avisado de la Parca y del Fuego... Pero eso seguía sin tener sentido. La semilla de Ellcrys no cobraría vida hasta que la bañara en las llamas del Fuego de Sangre. Ahora estaba dormida; necesitaba las llamas para despertar. No se trataba de la semilla.

Sin embargo, si no era el Fuego de Sangre ni la semilla, ¿qué podía ser?

Entonces lo comprendió: algo en su interior la había advertido de la presencia de la Parca. Los avisos provenían de dentro porque le pertenecían. Era la única respuesta con sentido. Abrió los ojos con sorpresa y luego los cerró. ¿Por qué eran suyos los avisos? Recordó la extraña influencia de Ellcrys sobre ella, la forma en que el árbol comenzó a relacionarse con ella, la sensación de que ya no era ella sino una extensión de Ellcrys. ¿Le había hecho eso el árbol? ¿Le había afectado mucho más de lo que ella creía?

Aquella posibilidad la asustó, del mismo modo que le aterrorizaba pensar que Ellcrys se había adueñado de ella. Se esforzó por controlar el miedo. Ya no tenía razones para acobardarse. Todo había quedado atrás. El viaje de búsqueda del Fuego de Sangre había terminado. Había cumplido sus promesas. Solo faltaba una cosa por hacer: devolverle la vida a Ellcrys.

Deslizó su mano bajo la blusa y tocó la semilla que era la fuente de esa vida. La sintió caliente y vibrante, como si estuviera preparada para despertar. Se disponía a retirar la mano cuando los temores reaparecieron, inesperados e intensos. Las dudas debilitaban su fuerza de voluntad. ¿Era este ritual algo más de lo que había imaginado? ¿Dónde estaba Wil? Había prometido cuidarla y asegurarse de que no fallase. ¿Dónde estaba? Necesitaba al vallense; necesitaba tenerlo cerca.

Pero Wil Ohmsford no acudiría. Estaba al otro lado del muro de fuego y Amberle sabía que no podría traspasarlo. Debía hacerlo sola. Era la tarea que se le encomendó y la responsabilidad que aceptó. Respiró profundamente. Necesitaba un momento para colocar la semilla de Ellcrys en las llamas del Fuego de Sangre y la misión habría terminado. Ese era el objetivo de tan largo viaje. No obstante, el miedo no la abandonaba. Se propagaba en su interior como una enfermedad y ella lo odiaba, porque no lo comprendía. ¿Por qué estaba tan asustada?

En su mano, la semilla comenzó a palpar levemente.

Bajó la mirada. Incluso la semilla, una parte tan pequeña de Ellcrys como aquella, la atemorizaba. Los recuerdos se sucedían. Al principio habían estado cerca, Ellcrys y ella. No había miedo, tan solo afecto, alegría y confianza. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué empezó a sentir que estaba perdiéndose en el árbol? ¡Había sido tan horrible! Incluso en este momento la acosaba. ¿Qué derecho tenía Ellcrys a hacerle eso a ella? ¿Qué derecho tenía Ellcrys a utilizarla de ese modo? ¿Qué derecho...?

Se sintió avergonzada. Las preguntas la conducían a un callejón sin salida. Ellcrys estaba muriendo y necesitaba ayuda, no recriminaciones. El pueblo de los elfos precisaba de su auxilio. La joven elfa abrió los ojos y parpadeó con el resplandor

carmesí del Fuego de Sangre. No había tiempo para ceder a su amargura o explorar sus miedos. Solo había tiempo para llevar a cabo su misión: bañar en el Fuego la semilla que guardaba.

Se preparó. ¡El Fuego! ¿Por qué las llamas no habían afectado todavía a la semilla? ¿No podían llegar hasta ella a través de sus ropas? ¿No la habían tocado ya? ¿Qué diferencia habría en sacar la semilla?

Todo eran preguntas inútiles. Cuando se disponía a sacar la semilla, el miedo reapareció y las lágrimas le nublaron los ojos. ¡Si hubiera alguien más que pudiera hacer aquello! ¡Ella no era una Elegida! ¡No merecía serlo! No era... No era...

Con un grito, sacó la semilla de su blusa y la sujetó ante las llamas escarlatas del Fuego de Sangre. Brilló en su mano, avivada por el roce del fuego. Del interior de la elfa brotó la misma sensación que la había prevenido de la Parca, que la llevó hasta el Fuego de Sangre, fluyendo a través de ella en una sucesión de imágenes que la perturbaron con sentimientos tan intensos que la hicieron caer de rodillas.

Despacio acercó la semilla a su pecho y sintió la vida que se agitaba en su interior. Las lágrimas resbalaron por su cara.

Era ella. Era ella.

Por fin lo comprendía. Mantuvo la semilla pegada a ella y atrajo al Fuego de Sangre.

Encogidos contra la pared, Wil Ohmsford y Eretria vieron cómo, súbitamente, el rojizo fulgor del fuego se extinguía tras el centelleo. De golpe, después de una llamarada, el Fuego de Sangre se apagó. Lo único que iluminaba la penumbra de la estancia era el suave fulgor frágil, blanquecino e insignificante de las lámparas que portaron al entrar.

El vallense y la nómada parpadearon en la súbita oscuridad para tratar de atisbar algo a través de las sombras. La visión se intensificó paulatinamente y percibieron un movimiento en el rellano donde había ardido el Fuego de Sangre. Wil, con precaución, levantó la mano en la que tenía las piedras élficas y la magia produjo un destello de fuego azul.

—Wil...

¡Era Amberle! Surgió de entre las tinieblas como si de una niña perdida se tratase. Su voz era tenue y su murmullo angustiado. El vallense olvidó el dolor que padecía su cuerpo y se dirigió hacia ella. Eretria le seguía un paso detrás. Cuando por fin llegaron junto a ella Amberle se tambaleó y Wil la cogió en sus brazos.

—Wil —murmuró sollozando pero con suavidad.

Alzó la cabeza y, en ese instante, el largo cabello castaño se apartó de su cara. Sus ojos, rojos, parecían el Fuego de Sangre.

—¡Cielos! —exclamó Eretria, echándose a un lado. Pese al dolor de su brazo malherido, Wil levantó a Amberle y caminó con ella en brazos. Era ligera como una pluma, los huesos parecían estar disueltos y daba la sensación de que solo quedaba de ella una fina piel de carne. Seguía llorando con la cabeza escondida en su hombro.

—Oh, Wil, estaba equivocada, muy equivocada. No era ella, sino yo. Siempre fui yo.

Las palabras salieron de golpe, rápidas, como si no tuviera tiempo suficiente para pronunciarlas. El vallense acarició su blanquecina mejilla.

—Todo va bien, Amberle —dijo—. Se acabó.

Ella levantó la vista, con los ojos sangrientos, inalterables y terribles.

—No lo comprendía. Ella lo sabía... siempre lo supo. Era consciente de ello e intentó... intentó decírmelo, hacérmelo comprender... pero yo no lo entendía, estaba asustada...

—No hables. —El vallense la abrazó con fuerza. Se apoderó de él un miedo inesperado e irracional. Tenían que alejarse de aquellas tinieblas y volver a la luz. Se giró hacia Eretria—. Toma las lámparas.

La muchacha obedeció. Recogió las lámparas sin humo y aceleró el paso para llegar junto a ellos.

—Ya las tengo, curandero.

—Vayámonos rápido de este... —comenzó a decir y se contuvo. Ellcrys. La semilla. ¿La elfa había...?

—Amberle —murmuró con melosidad—. ¿Has sumergido la semilla en el fuego? ¿Amberle?

—Ya está —respondió con un balbuceo apenas perceptible.

¿Cuánto le habría costado? Se preguntó con amargura. ¿Qué le habría pasado dentro del fuego? No importaba, no había tiempo para eso. Debían actuar con rapidez. Tenían que trepar desde aquellas catacumbas hasta las laderas del Pináculo para después volver a Arborlon donde Amberle podría recuperarse y ponerse bien.

—¡Hebel! —gritó.

—Aquí, elfo. —La voz del anciano sonó debilitada y ronca. Surgió de entre las sombras, llevando en brazos a Vagador—. Tiene la pata rota. Quizás alguna parte más también. —Las lágrimas caían de sus ojos—. No puedo abandonarlo.

—¡Curandero! —La cara morena de Eretria se enfrentó a la de él—. ¿Cómo vamos a encontrar el camino de vuelta sin el perro?

Él la miró como si hubiese olvidado que existía, y ella se ruborizó al pensar que se había molestado por la reacción que había tenido ella ante la elfa.

—Con las piedras élficas —respondió al fin, sin plantearse si podría usarlas—. Las piedras élficas nos revelarán el camino.

Amberle se movió un poco en sus brazos y la cara se le contrajo al notar esas oleadas de dolor que recorrían su cuerpo.

Eretria le cogió del hombro.

—No puedes llevar a la elfa y al mismo tiempo las piedras. Dame a la muchacha.

Él se opuso con un gesto de la cabeza.

—Puedo arreglármelas —insistió. Estar cerca de Amberle era lo que más deseaba.

—No seas terco —rogó la otra. Parecía que le costaba hablar, su mandíbula estaba tensa—. Soy consciente de lo que sientes por ella, curandero. Lo sé. Pero también sabemos que esto es demasiado para ti. Por favor, déjame ayudarte. Permíteme que la lleve.

Sus ojos se encontraron en la oscuridad y Wil vio las lágrimas que brillaban en las mejillas de Eretria. Asumir que Wil quería a la elfa le había afectado. Wil asintió con la cabeza, lentamente.

—Tienes razón. Solo no puedo.

Entregó a Amberle a la nómada y ella la recogió en sus brazos como si fuese un bebé. La cabeza de la elfa se deslizó hasta el hombro de Eretria, y allí se quedó dormida.

—Quédate cerca de mí —le aconsejó Wil, cogiendo una de las lámparas sin humo y dándole la espalda.

Volvieron a cruzar la cascada y la caverna que la albergaba, caminando con cautela por el suelo salpicado de piedras. La sangre y el sudor se mezclaban en el

cuerpo de Wil y el dolor comenzó a aumentar. Cuando alcanzaron el paso que les llevaba hacia el laberinto ascendente, el vallense apenas podía caminar. Pero no había tiempo para descansar. Debían avisar a Perk inmediatamente, era el último día. Tenían que salir de Salvafuerte, volver al exterior de los Hoyos, a las laderas del Pináculo, antes del atardecer. De no conseguirlo, el jinete volador se marcharía y eso supondría el fin para ellos. Sin Perk y Genewen nunca saldrían del Valle de los Indómitos ni volverían a Arborlon.

Se detuvo en la entrada del paso, tambaleándose, y buscó torpemente entre los departamentos de la bolsa que llevaba en la cintura, donde estaban las hierbas y raíces que empleaba para curar. Revolvió un instante y extrajo una raíz de color púrpura oscuro, un fragmento de seis pulgadas enrollado en espiral. Lo miró, atento, con dudas en el rostro. Si lo comía, el jugo eliminaría el dolor. Podría continuar hasta llegar a las laderas de la montaña que estaba sobre ellos. No obstante, la raíz no solo tenía efectos paliativos. Le produciría somnolencia, que acabaría dejándolo totalmente inconsciente. Aunque lo peor sería que iría perdiendo la coherencia. Si el efecto se aceleraba demasiado, sucedería antes de que logran encontrar la salida de las catacumbas...

Eretria lo contemplaba en silencio. Él levantó la vista y miró hacia ella, hacia ese cuerpo débil que transportaba. Luego mordió la raíz y comenzó a masticar. Era un riesgo que tenía que correr.

Escalaron en la oscuridad. Cuando el laberinto se abrió ante ellos, el vallense alzó la mano que contenía las piedras élficas y aclamó su magia que, en esta ocasión, acudió al momento, fluyendo a través de él como una repentina ráfaga de calor, recorriendo sus extremidades hasta estallar hacia fuera. Como un faro, avanzó sinuosamente a través de las catacumbas y les mostró la ruta. Ellos, la siguieron como si fueran sombras en la oscuridad. Avanzaban con dificultad. El herido vallense se dejaba llevar por el fuego azul; la nómada, a su lado, sostenía en brazos a la elfa dormida mientras que el viejo hacía lo mismo con el gigantesco perro. Los minutos no pasaban, transcurrían con dilación.

El dolor de las heridas que la lucha con la Parca había producido se tornó en aturdimiento y Wil Ohmsford avanzaba a través de la negrura como si en su interior no hubiera más que aire. Poco a poco aumentó el efecto del jugo de la raíz, lo cual disminuyó sus fuerzas hasta que le pareció que su cuerpo estaba hecho de arcilla y se le debilitaba la razón. Mientras tanto, la magia élfica corría por su sangre y, al hacerlo, sintió que algo cambiaba en él de un modo inexplicable. Era consciente de que ya no era el mismo y de que nunca volvería a serlo. La magia lo abrasaba y dejaba en su cuerpo y en su mente una marca imperceptible y permanente. No tenía sentido evitarlo. Dejó que sucediera, preguntándose qué consecuencias le produciría en su vida. Pero eso no importaba ahora. Lo único que importaba era que Amberle llegara sana y salva. El pequeño grupo avanzaba tras la estela del brillante fuego azul, y los túneles, los pasillos y las escaleras se desdibujaban en la oscuridad detrás de

ellos.

Cuando al fin salieron por la boca de la caverna de Salvafuerte al aire y a la luz del valle, estaban exhaustos. A la nómada ya no le quedaban fuerzas, porque había transportado a Amberle durante todo el camino. El vallense, atontado por la raíz analgésica, estaba casi inconsciente y perdía la coherencia por momentos como si vagase sin rumbo a través de una niebla espesa. Hebel también se sentía extenuado. Se detuvieron sobre el promontorio en las laderas del Pináculo y sus ojos parpadearon bajo la luz perpendicular del sol y las sombras alargadas, recorriendo con la mirada toda la extensión de los Hoyos hacia el oeste, donde el sol se ponía lentamente tras el bosque con una bruma brillante de fuego dorado.

Wil sintió que sus esperanzas se desvanecían.

—¡El sol... Eretria!

La nómada se acercó y, tras dejar juntos a Amberle en el suelo, se derrumbaron de rodillas. La elfa seguía dormida; la leve respiración fue la única señal de vida que mostró durante todo el camino de ascenso desde las catacumbas. Se movió ligeramente, como si fuese a despertar, pero sus ojos continuaron cerrados.

—Eretria... aquí —la llamó Wil, buscando con torpeza en su camisa. Sus párpados se caían y sus palabras no eran más que un leve tartamudeo. Notaba la lengua inflada e inservible. Logró enderezarse con gran esfuerzo, cogió el diminuto silbato de plata y se lo entregó a la joven.

—Aquí... úsalo... rápido.

—Curandero, ¿pero qué...? —empezó a decir, pero él le agarró la mano con impaciencia.

—¡Utilízalo! —exclamó con un jadeo, y cayó hacia atrás. Demasiado tarde, pensaba. Demasiado tarde. Se ha acabado el día. Perk se ha marchado.

La conciencia lo abandonaba con rapidez exponencial; en unos pocos minutos el sueño lo invadiría. Su mano aún oprimía las piedras élficas y sintió sus aristas cortantes en la palma. Tras unos minutos, ¿qué les protegería después?

Vio cómo Eretria se alzaba y colocaba el silbato en sus labios. Luego lo interrogó con la mirada.

—¡No emite ningún sonido!

Él asintió.

—Sopla... otra vez.

Ella lo hizo y se volvió por segunda vez.

—Observa... —dijo él apuntando al cielo.

Eretria se volvió. Hebel había dejado a Vagador sobre una parcela de hierba y el perro le lamía la mano. Wil respiró hondo y miró a Amberle. Parecía que la vida hubiera decidido abandonarla por la palidez que tenía. La desesperación se apoderó de él. Tenía que hacer algo para ayudarla; no podía dejarla así. ¡Necesitaba a Perk con



urgencia! ¡Ojalá hubieran sido más veloces, ojalá se hubieran apresurado un poco más! ¡Ojalá no hubiese sufrido las heridas que lo habían frenado! ¡El día se estaba acabando!

Las sombras se cernieron sobre ellos y la luz gris del anochecer envolvió la cumbre de la montaña. El sol había caído ya, y una pequeña franja dorada alumbraba por encima de la línea de árboles mientras se desvanecía.

Perk, no te vayas, gritó en su interior. ¡Ayúdanos!

—Wil.

Volvió la cabeza. Amberle estaba mirándole con esos ojos rojizos. Y su mano buscó la suya.

—Todo va bien... Amberle —consiguió decir, luchando contra la aspereza que recubría su garganta—. Hemos... salido.

—Wil, escúchame —susurró ella. Sus palabras conseguían al fin tener claridad aunque seguían débiles y habían perdido la vaguedad y el apremio. Él intentó contestar, pero ella levantó sus dedos y los posó en sus labios—. No, escúchame. No hables. Solo escucha.

Wil asintió y se inclinó hacia ella cuando Amberle acercó su cuerpo.

—Me equivoqué respecto a Ellcrys, Wil. No pretendía utilizarme; no jugaba conmigo. El miedo, que era instintivo, me impidió entender lo que hacía. Wil, ella intentaba que yo lo comprendiera; intentaba trasmitirme por qué estaba yo allí, por qué yo era tan singular. ¿Lo comprendes? Sabía que yo sería la única. Lo sabía. El tiempo se le terminaba y comprendía...

Se mordió el labio para reprimir sus emociones y calló. Las lágrimas empezaron a caer a través de sus mejillas.

—Amberle —comenzó a decir Wil, pero ella negó con la cabeza.

—Escúchame. Allí abajo tomé una decisión. Es mi decisión y nadie más debe asumir las consecuencias. ¿Comprendes? Nadie. Sabía que debía hacerlo, por muchas razones, por razones que no puedo... —Se atragantó y sacudió la cabeza—. Por los Elegidos, Wil. Por Crispin y Dilph y los otros elfos cazadores. Por los soldados del bosque de Drey. Por el pobrecito Peludo. Todos ellos han muerto, Wil, y no puedo permitir que sea en vano. ¿Comprendes? Tú y yo tenemos que... olvidar lo que...

Las palabras no le salían, no querían llegar a ella y comenzó a llorar.

—Wil, te necesito, te necesito tanto...

A Wil le asaltó el miedo. Sentía que la estaba perdiendo. Lo notaba en su interior. Trató de desprenderse del aturdimiento que lo dominaba.

Entonces Eretria los llamó con voz alterada. Se volvieron y alzaron la cabeza en dirección al brazo extendido que apuntaba al cielo. A lo lejos, en el oeste, a través de la bruma del sol agonizante, un gran pájaro dorado se dirigía hacia el promontorio.

—¡Perk! —gritó Wil con voz débil—. ¡Perk!

El brazo de Amberle lo rodeó.

Wil sintió que lo movían y, a través de la neblina de la somnolencia, oyó la voz de Perk.

—Fue el humo de esa torre ardiendo, Wil. Genewen y yo estuvimos dando vueltas todo el día. Sabía que estabais allí. El día estaba finalizando y llegó el momento de volver, pero no podía marcharme. Sabía que la dama me necesitaría. Wil, está tan pálida.

El vallense sintió que lo subían sobre Genewen, y los brazos delgados y morenos de Eretria empezaban a agarrar las correas de los arneses a su alrededor.

—Amberle —murmuró.

—Está aquí, curandero —respondió la nómada—. Todos estamos a salvo.

Wil se dejó caer hacia atrás, contra ella, y se deslizó lentamente hacia la inconsciencia mientras la noche se extendía y se lo llevaba.

—Elfos —dijo una voz amable, y los ojos del vallense se abrieron para encontrar el rostro curtido de Hebel mirándolo—. Adiós, elfos. No sigo con vosotros. Mi hogar es esta tierra salvaje. Mi búsqueda ha llegado a su fin, hasta donde quería. Y Vagador se pondrá bien. La nómada me ayudó a entablillarle la pata y sé que se curará. Es muy fuerte. —El anciano se aproximó un poco más—. Os deseo mucha suerte.

Wil forzó su garganta.

—Estamos... en deuda, Hebel.

—¿Conmigo? —El viejo no pudo evitar que se le escapara una carcajada—. Nada de eso, elfos. Nada de eso. ¡Suerte!

Se apartó de ellos y se alejó. En ese momento, Amberle apareció ante sus ojos; su cuerpo pequeño estaba encogido delante de él; detrás estaba Perk, revisando con celeridad las correas de los arneses. Un momento después oyó el extraño grito del muchacho. Con un repentino impulso, Genewen se elevó hacia el cielo y extendió sus grandes alas sobre la oscura cuenca de los Hoyos. El roc gigante ganó altura y los bosques del Valle de los Indómitos se empequeñecieron a sus pies. A lo lejos apareció el muro de las Espuelas de Piedra.

Wil Ohmsford rodeó con los brazos a Amberle. Un momento después el sueño lo abrazó.

La noche reposaba sobre Arborlon. En la soledad de los Jardines de la Vida, Allanon se encaminó hacia la cumbre del pequeño montículo donde se alzaba Ellcrys, embozado en su capa negra para protegerse del frío, y sujetando la vara plateada que le había confiado. Le iba a hacer una visita para reconfortarla y prestarle todo su apoyo en la medida que le fuera posible. Aquellas serían sus últimas horas; ya quedaba menos para estar libre de la carga que había sufrido durante tanto tiempo.

Se detuvo un momento y alzó los ojos para mirarla. Para quien lo viese, seguro que resultaría extraño, pensó. El druida y Ellcrys, dos siluetas rígidas y negras recortadas contra el cielo veraniego iluminado por la luna; el hombre, de pie y en silencio ante el árbol marchito y mustio, sumido en sus pensamientos, con un rostro oscuro que se transformaba en una máscara imperturbable sin la capacidad de transmitir ningún sentimiento subyacente. Aun así, nadie podría verlos. Había informado a los demás de que quería pasar aquella noche a solas con el árbol sin la presencia de otras personas que atestiguaran su agonía.

Dio un paso hacia adelante mientras susurraba mentalmente el nombre del árbol. Las ramas se extendieron hacia él, con temor y apremio, y sus pensamientos acudieron velozmente a consolarla. «No desesperes», le dijo. «Esta tarde, mientras la batalla para salvar Arborlon se libraba con mayor furia, mientras los elfos combatían con gran valor para contener el avance de los demonios, ocurrió algo insólito que nos debe infundir esperanzas. Lejos al sur, en los oscuros y salvajes bosques a donde partió la Elegida, su defensor resucitó la magia de las piedras élficas. Lo supe en cuanto lo hizo. Me proyecté hasta él y me introduje en sus pensamientos; por un solo instante, porque el Dagda Mor podía haberlo advertido. Sin embargo, ese momento fue suficiente. Gentil señora ¡han localizado el Fuego de Sangre! ¡El renacimiento todavía puede producirse!».

Teñidos por la ansiedad, sus pensamientos se asomaban precipitados, impulsivos. Pero no eran correspondidos, pues Ellcrys, debilitada hasta el punto de la insensibilidad, no podía ni oírlos ni entenderlos. Allanon comprendió que tan solo percibía su presencia y sabía que no pasaría sola los últimos momentos de su existencia. Lo que pudiera decirle carecería de significado; era ajena a todo excepto a la lucha desesperada e impotente por cumplir su cometido: vivir y poder proteger así al pueblo de los elfos. La tristeza invadió al druida. Ya era demasiado tarde.

Permaneció en silencio porque no podía hacer nada más que quedarse allí y acompañarla. El tiempo avanzaba con agónica lentitud. De vez en cuando los pensamientos dispersos de ella se infiltraban en su mente y le llegaban como pequeñas manchas de color; algunos entraban perdidos en la historia de lo que había

ocurrido, otros llegaban envueltos en deseos y sueños de cómo podría haber sucedido. Todos inutilizados y fragmentados por la aflicción. Recibía pacientemente los pensamientos que le trasmitía y le comunicaba que estaba allí, que la oía, que prestaba atención a lo que le mandaba. Compartió con ella sosegadamente los lazos de la muerte que trataban de envolverla, además de la frialdad de esos lazos, que hablaban de modo elocuente de su propia mortalidad. Todos desaparecerían del mismo modo que se estaba desvaneciendo Ellcrys, susurraban. Incluso un druida.

Reflexionó durante un momento sobre la inevitabilidad de su propia muerte. Aun durmiendo para prolongar su vida y alargarla mucho más allá que la de cualquier humano, él también fallecería algún día. E igual que el árbol, era el último de los suyos. Ningún druida lo sustituiría. Cuando él se hubiera marchado para siempre, ¿quién guardaría los secretos transmitidos desde el primer Consejo de Paranor? ¿Quién detentaría la magia que solo él conocía? ¿Quién sería el guardián de las razas?

Su oscuro rostro se alzó. ¿Había llegado ya el momento de encontrar ese guardián?

La noche transcurrió con pasos silenciosos, y la luz pálida del amanecer irrumpió a través de la oscuridad por el este. La vida comenzó a palpitar en los extensos bosques de la Tierra del Oeste. Allanon sintió que algo cambiaba en su relación con Ellcrys. La estaba perdiendo. Observó con interés al árbol, oprimiendo en sus manos, con todas sus fuerzas, la vara plateada como si con eso pudiera detener la vida que se le escapaba. El cielo de la mañana adquirió luminosidad y la frecuencia de las imágenes se redujo. El dolor que le invadía disminuyó, sustituido por un extraño alejamiento. Poco a poco, la distancia entre ellos aumentó. En el este, una franja de luz ribeteó el horizonte, y las estrellas desaparecieron.

Las imágenes cesaron del todo. Allanon se tensó. La vara plateada se había enfriado en sus manos. Había llegado el fin.

Colocó con cautela la vara bajo el árbol y, acto seguido, se giró y abandonó los Jardines de la Vida sin mirar atrás.

Ander Elesedil observaba en silencio a su padre, que descansaba en la cama. Desgarrado y vapuleado, el frágil cuerpo del rey yacía envuelto en vendas y mantas, y solo el leve ascenso y descenso de su pecho evidenciaba que aún vivía. En aquellos momentos, dormía con sueño inquieto y espasmódico mientras se debatía entre la vida y la muerte.

Una multitud de emociones se esparcían en el interior del príncipe de los elfos como hojas bajo la presión de un fuerte viento. Gael, atemorizado e inseguro, lo había despertado. El joven ayudante había vuelto a la mansión nervioso, incapaz de pegar ojo, pensando en hacer los preparativos para el trabajo del día siguiente, pero, según le dijo a Ander, había encontrado las puertas cerradas y sin centinelas. ¿Dormía el rey

desprotegido? ¿Debía hacerse algo al respecto? Ander había saltado de la cama de inmediato, salió rápidamente de su casa y llamó a los guardias de la verja. Con un empujón derribaron la puerta principal, exaltados, al oír los gritos del anciano rey en el interior. Acababan de presenciar el final de la lucha a muerte entre su padre y el monstruo, el demonio que se había disfrazado de Manx. Mientras lo transportaban sangrando y destrozado hacia su dormitorio, su padre había recobrado la conciencia durante un momento para susurrar los horrores de la pelea que había mantenido y la traición que había soportado. Luego la conciencia le abandonó de nuevo y se quedó dormido.

¿Cómo había sobrevivido? ¿De dónde había sacado la fuerza? Ander sacudió la cabeza. Solo podían saber lo sucedido los que lo vieron. Los demás, los ministros y los comandantes, los guardias y los criados, llegaron demasiado tarde. No vieron al rey, golpeado y desgarrado, tendido sobre la entrada encharcada de sangre. No vieron lo que le habían hecho.

Hubo especulaciones, por supuesto, suposiciones que alimentaron rumores. El rey había muerto, murmuraban. La ciudad estaba perdida. La mandíbula de Ander se tensó. Los acalló con presteza. ¡Haría falta más que un único demonio para eliminar a Eventine Elessedil!

Se postró junto a su padre y le acarició el brazo. Habría llorado si le hubieran quedado lágrimas. ¡Qué atroz destino había tenido que soportar el rey! Su primogénito y su mejor amigo habían fallecido. Su amada nieta estaba perdida. Su país lo había invadido un enemigo al que no podía ganar. Un animal en quien confiaba lo había traicionado. Había sido despojado de todo. ¿Qué lo mantenía vivo después de tanto padecimiento? Seguramente la muerte sería un consuelo bien recibido.

Le apretó suavemente con la mano. Eventine Elessedil, rey de los elfos; no habría otro rey como él. Sería el último. ¿Y qué recuerdo quedaría de él aparte de una tierra destrozada y un pueblo exiliado? Ander supo que no sentía aflicción por sí mismo, sino por su padre, que había destinado toda su vida a trabajar por su país y su pueblo. Quizá no se le debía nada a Ander Elessedil, pero ¿y a ese anciano que había puesto el corazón en la tierra que sería asolada y en el pueblo que sería destruido? ¿No estarían en deuda con él? Amaba a la Tierra del Oeste y a los elfos más que a la vida que estaba a punto de abandonar, y le obligaron a ver cómo todo se desmoronaba... ¡Era una horrible injusticia!

Ander se inclinó impulsivamente y besó la mejilla de su padre. Se irguió y se echó a un lado. A través de las cortinas de las ventanas contempló el fulgurante cielo del nuevo día. De pronto pensó que tenía que encontrar a Allanon, que todavía no estaba informado. Después volvería al Carolan para apoyar a su pueblo como su padre habría hecho si hubiera tenido la oportunidad. No importaba la amargura, tampoco las lamentaciones. Ahora eran precisos el mismo coraje y la fuerza que su padre había demostrado en su última batalla, una valentía y una fuerza que sostendría

a los elfos. Ocurriera lo que ocurriese ese día, él debía actuar como hijo de su padre.

Tras ajustarse la armadura, Ander Elesedil abandonó la oscura habitación.

Se detuvo un momento en el umbral de la puerta de la mansión y contempló el cielo luminoso del este. Círculos oscuros sombreaban sus ojos y su rostro se mostraba pálido y descolorido. El aire del amanecer lo heló, por lo que se envolvió en su gruesa capa. Tras él, las ventanas de la mansión resplandecían y los elfos rastreadores, con los rostros sombríos, deambulaban por los pasillos como perros de caza.

—Ya es en vano... —murmuró para sí.

Se dirigió hacia la verja principal mientras avanzaba por el camino de grava con la mente ofuscada por la falta de sueño. ¿Cuánto tiempo había dormido antes de que Gael fuera a buscarlo? ¿Una hora? ¿Dos? Era incapaz de recordarlo. Si lo intentaba, se le aparecía el rostro de su padre, contorsionado y cubierto de sangre, clavando en él sus ojos azules.

Traición, gritaban aquellos ojos. ¡Traición!

Atravesó las verjas de hierro para salir a la calle sin percatarse en la figura descomunal que emergió de las sombras donde los caballos estaban amarrados.

—¿Príncipe Ander?

Oír su nombre lo sobresaltó. Se detuvo y se volvió. La figura oscura se aproximó sigilosamente, reflejando la luz del nuevo día en su armadura de cota de malla. Era el comandante del Cuerpo de Voluntarios de la Legión, Stee Jans.

—Comandante —lo saludó con gesto agotado.

Ander respondió al saludo con su impávido rostro magullado por las cicatrices.

—Una noche terrible, me han dicho.

—¿Lo sabes?

Stee Jans miró hacia la mansión.

—Un demonio se coló en la casa del rey y asesinó a su guardia. Él mismo quedó destrozado tras matar a la criatura. Es complicado esperar que tales noticias se mantengan en secreto, alteza.

—No, tampoco lo pretendimos. —Ander suspiró—. El demonio era un impostor. Se hizo pasar por el perro de mi padre, un animal que lo había acompañado muchos años. Nadie sabe cuánto tiempo estuvo allí interpretando su papel, pero anoche decidió terminarlo. Mató a los guardianes, bloqueó las puertas de salida y arremetió contra el rey. Un monstruo, comandante. Vi lo que quedó de él. No sé cómo mi padre logró...

Enmudeció y sacudió la cabeza en un gesto de impotencia. Los ojos del fronterizo se fijaron en un punto situado detrás del príncipe.

—Así que el rey aún vive.

Ander asintió lentamente.

—Pero no sé muy bien qué es lo que le mantiene vivo —dijo.

Permanecieron en silencio mientras miraban hacia la mansión alumbrada y las

figuras armadas que patrullaban en sus jardines.

—Quizá nos está esperando, alteza —dijo Stee Jans con serenidad.

Sus ojos se encontraron.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ander.

—Me refiero a que el tiempo se acaba para todos.

Ander inspiró profundamente.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—El día de hoy.

El duro rostro permaneció impasible, como si estuviese hablando del tiempo que haría, o de cualquier tema trivial.

Ander se incorporó.

—Pareces resignado, comandante.

—Soy un hombre honesto, alteza. Se lo dije cuando nos conocimos. ¿Desea oír otra cosa que no sea la verdad?

—No —dijo Ander sin titubear—. ¿No hay ninguna posibilidad de que podamos resistir más?

Stee Jans se encogió de hombros.

—Siempre la hay. Considérela del mismo modo que consideraría la probabilidad de que el rey sobreviva después de este día. Esa es la posibilidad que todos tenemos.

El príncipe de los elfos asintió lentamente.

—Lo acepto, comandante. —Extendió la mano—. Los elfos tienen suerte de contar contigo y de tener a los soldados de la Legión para defenderles. Desearía encontrar un modo de mostrarte mi gratitud.

El Hombre de Hierro le dio la mano.

—Me gustaría poder ofrecerle esa oportunidad. Buena suerte, príncipe Ander.

Le saludó y se marchó. Ander lo contempló durante un momento, se dio la vuelta y continuó con su camino.

Allanon lo encontró poco después, cuando se disponía a cabalgar hacia el Carolan. El druida apareció de la penumbra montado sobre Artaq, como una sombra materializándose de la neblina del bosque. Ander no dijo nada mientras el hombre alto tiraba de las riendas para detenerse y bajaba la vista hacia él.

—Estoy al tanto de lo que ha pasado —dijo con voz grave—. Lo siento, Ander Elessedil.

Ander asintió.

—Allanon, ¿dónde está la vara?

—Ya no existe. —El druida lanzó la vista hacia la mansión—. Ellcrys ha muerto.

Ander sintió que desfallecía.

—Entonces se acabó, ¿verdad? Sin la magia de Ellcrys para protegernos, estamos perdidos.

Había dureza en los ojos de Allanon.

—Quizá no.

Ander lo observó con desconfianza, pero el druida ya había vuelto a guiar a Artaq hacia el camino.

—Te esperaré en las puertas de los Jardines de la Vida, príncipe de los elfos —le gritó—. Ahora apresúrate. Todavía nos queda una esperanza.

Luego espoleó con los talones a su montura y se alejó hasta que se perdió de vista.



Los demonios atacaron una hora después del alba. Se reunieron ante el Carolan, treparon por los escombros del destrozado Elfitch para reunirse en las murallas, ante las puertas de la sexta rampa. Como ya no los debilitaba el poder de Ellcrys ni los retenía la maldición de la Prohibición, los demonios se sacudían las flechas y las lanzas que llovían sobre ellos y seguían aproximándose. Una oleada tras otra de cuerpos oscuros salía de los bosques. En pocos minutos invadieron los riscos. Llevaban unos burdos garfios fabricados con gruesas enredaderas y las armas de las que se habían apropiado, los lanzaban a lo alto de las murallas para que quedaran sujetos entre los enormes bloques de piedra y poder escalar las paredes.

Los defensores estaban dispuestos: Kerrin y la Guardia Real sobre las puertas, Stee Jans y el Cuerpo de Voluntarios de la Legión en la muralla izquierda, Amantar y los trolls de las rocas sobre la derecha. A medida que los asaltantes ascendían, los defensores cortaban las lianas atadas a los garfios a hachazos o cuchilladas. Los demonios caían entre gritos. Los elfos hicieron sonar sus grandes arcos y un aluvión de flechas negras se precipitó sobre los demonios, pero estos no dejaban de llegar lanzando más garfios y más lianas. Otros subían con gruesas vigas de madera taladas de árboles enteros y talladas con peldaños que empujaban contra las puertas. La masa negra lanzaba garrotes y piedras contra los defensores que intentaban frenar el asalto. Una y otra vez consiguieron que los demonios recularan. No obstante, al final alcanzaron las murallas, y los elfos y sus aliados se enfrentaron a una terrible batalla cuerpo a cuerpo.

Los demonios se extendieron a ambos lados del Elfitch, y con la ayuda de sus garras treparon hacia el borde del Carolan, donde aguardaba la caballería de los elfos, la Vieja Guardia de la Legión, los enanos zapadores y algunas unidades dispersas de otras compañías de defensores. Ehlron Tay los conducía. Dirigieron una carga tras otra contra los enjambres de atacantes que surgían sobre el borde del peñasco, hasta que los expulsaron, barriéndolos del Carolan. Sin embargo, las líneas de los defensores no eran numerosas, y el largo acantilado estaba lleno de zonas frondosas que ofrecían protección a los demonios que se aproximaban. Algunos grupos aislados consiguieron romper las líneas defensivas y las filas de los elfos empezaron a combarse.

En el Elfitch, los demonios cruzaron las puertas de la sexta rampa. Penetraron entre las filas de los defensores, destrozaron las cerraduras y las barras que reforzaban las puertas y las abrieron de par en par. Se precipitaron al interior, pisoteando los cuerpos de sus muertos. Amantar todavía mantenía la muralla izquierda, pero Stee Jans y sus diezmados fronterizos tuvieron que replegarse. En el

centro de las defensas élficas, Kerrin reunió a la Guardia Real y contraatacó la arremetida de demonios en un desesperado intento de expulsarlos. Los elfos cazadores cargaron contra la aullante masa para dispersar a los demonios y refrenar su asalto. Durante un momento pareció que la Guardia Real iba a recuperar las puertas, pero un grupo de furias saltó desde las murallas sobre los elfos y los desgarró a zarpazos y dentelladas. Kerrin cayó en la batalla. Sin nadie que diera las órdenes, la contraofensiva se detuvo y retrocedieron destrozados.

Los defensores se retiraron Elfitch arriba cruzando las puertas abiertas de la séptima y última rampa y mantuvieron sus líneas en formación mientras el enemigo seguía embistiendo. Amantar y Stee Jans protegían el centro, y los defensores se deslizaron hacia el interior de las murallas, cuyas puertas se cerraron. Abajo, los demonios volvieron a reunirse.

Ander Elesedil se encontraba unas trescientas yardas al este del final de la rampa. Desde allí contempló el campo de batalla perdió todas las esperanzas. Detrás de él los soldados de la Guardia Negra rodeaban los Jardines de la Vida. Dirigió una rápida mirada hacia Kobold, que iba a la cabeza de estos, y después hacia Allanon, situado a su lado montado en Artaq. El oscuro rostro del druida se mantenía impenetrable mientras contemplaba los avances y retrocesos de los ejércitos.

—Allanon, debemos hacer algo —susurró finalmente.

El druida no se movió.

—Todavía no, aguarda.

A lo largo de todo el borde del Carolan, los demonios siguieron llegando a la cumbre, batallando para romper las filas de los elfos. Al sur del acantilado hallaron un lugar fácil de escalar, así que consiguieron reforzar sus filas y repeler el asalto de la caballería élfica, que se esforzaba por expulsarlos. Al norte, los enanos zapadores mantenían el terreno frente a los continuos ataques, mientras Browork, usando todo su ingenio, dirigía a los soldados que montaban a caballo y que iban a pie en una sucesión de ataques que arrojaron a los demonios de la cima una y otra vez. Ehron Tay cabalgó hacia el sur; encabezaba una compañía de caballería de reserva para recuperar el risco inferior. Cargaron contra los demonios con las lanzas bajadas. El estruendo de cuerpos, gritos y lamentos fue aterrador; la batalla fue tan encarnizada que, a cierta distancia, resultaba imposible distinguir entre amigos y enemigos. No obstante, cuando el combate terminó, los elfos se vieron obligados a retirarse. Rápidamente el flanco izquierdo de la defensa se replegó hacia arriba y los demonios siguieron avanzando, aullando de satisfacción.

En ese momento, las puertas de la séptima rampa se astillaron y al romperse, los demonios entraron en masa. Empujaron a los defensores hacia atrás y pareció que los iban a rebasar por completo, pero los trolls emprendieron un repentino y salvaje contraataque que arrastró a los demonios fuera de las puertas y, durante un momento, recuperaron las murallas. Entonces los demonios contraatacaron de forma más intensa y brutal, y las hordas penetraron una vez más. Los trolls de las rocas no

lograron detenerlas en esta ocasión. Los defensores se llevaron a sus heridos, abandonaron las puertas y la rampa y se retiraron hasta el borde del acantilado.

Los demonios ya habían invadido los extremos norte y sur del Carolan, obligando a retroceder a los voluntariosos enanos, y los flancos se replegaron hacia el centro. Poco a poco, los Jardines de la Vida se iban transformando en una isla dentro del campo de batalla. Derribaron a Ehlron Tay de su caballo. Herido y golpeado, sus soldados lo trasladaron a un lugar seguro fuera del campo de batalla. Browork había sufrido media docena de heridas y los demonios lo seguían rodeando. La Vieja Guardia había perdido una tercera parte de sus hombres. Dos jinetes voladores fueron abatidos y los tres que quedaban, incluido Dayn, se dirigieron a los Jardines de la Vida para resistir junto a Allanon. Por todas partes, los elfos y sus aliados se replegaban.

Los atacantes obligaron a los defensores del Elfitch a retroceder hasta el final de la rampa. Stee Jans, rodeado por sus soldados, mantenía la posición del centro en la defensa. Los elfos y los trolls defendían los extremos, pero era evidente que no podrían resistir mucho más. Con un solo vistazo el fronterizo comprendió el peligro de su posición. A los pies de la montaña, los demonios se agruparon para un nuevo asalto. A ambos lados del borde del acantilado, las líneas de los defensores se habían derrumbado y estaban atrapadas en la cima de la rampa. En pocos minutos, los cercarían y no podrían huir. Debían retirarse de inmediato para reorganizar su defensa alrededor de los Jardines de la Vida; allí, con el apoyo de la Guardia Negra, podrían consolidar sus fuerzas. Sin embargo, aquel plan requería tiempo, y alguien tenía que proporcionárselo.

Con el cabello rojo ondeando al viento, el comandante del Cuerpo Libre tomó el estandarte de batalla gris y carmesí de su compañía y lo fijó entre las piedras de la rampa. Allí resistirían los voluntarios. Reagrupó a los fronterizos a su alrededor y formó una pequeña tropa en el centro de la rampa. Después ordenó la retirada de los elfos y los trolls. Nadie cuestionó la orden; Stee Jans dirigía el ejército. Abandonaron el Elfitch con rapidez y retrocedieron hacia las filas de la Guardia Negra, que protegía los Jardines de la Vida. En pocos minutos el Cuerpo de Voluntarios de la Legión se quedó solo.

—¿Qué hacen? —preguntó Ander con espanto.

Pero el druida no contestó.

Los demonios atacaron. Aullando con rabia, cargaron rampa arriba. Contra todo pronóstico, los voluntarios resistieron y repelieron el asalto. Mientras tanto, los elfos corrían para escapar del cerco que amenazaba con atraparlos. Los demonios volvieron a trepar por el Elfitch, y la Legión los expulsó de nuevo. Apenas quedaban dos docenas de fronterizos vivos, con la alta figura de Stee Jans a la cabeza. Reunidos ante los Jardines de la Vida, los defensores que habían escapado del Elfitch volvieron la vista y contemplaron al pequeño grupo de hombres que aún aguantaba la acometida de los demonios. El silencio se extendió sobre las filas. Sabían cómo

terminaría aquello.

Ahora el Carolan estaba abierto. Stee Jans arrancó el estandarte de batalla y cuando lo alzó sobre su cabeza, resonó el grito de guerra de los voluntarios. Después, con deliberada lentitud, el pequeño grupo empezó a retirarse a través del Carolan hacia los defensores elfos que rodeaban los Jardines de la Vida. Ni un solo fronterizo rompió la formación o apresuró el paso.

Ander dejó escapar un silbido agudo. Era una retirada sin esperanza. Cerca de él, apareció el rostro magullado de Browork.

—¡Habéis hecho demasiado, fronterizos! —murmuró casi para sí mismo.

Una oleada de demonios apareció sobre la rampa, rugiendo. De norte a sur, a lo largo del Carolan, llegaban en masa.

—¡Corre! —susurró Ander—. ¡Corre, Stee Jans!

Pero ya no había tiempo. Los aullidos inundaron el aire matutino y el ejército de demonios saltó hacia delante.

Entonces, Allanon se puso en movimiento. Una rápida palabra a Dayn y las riendas de Danzador estuvieron en sus manos. Momentos después se elevaba hacia el cielo montado sobre el enorme roc. Ander Elesedil y quienes lo acompañaban contemplaron atónitos al druida. Allanon sobrevoló los jardines, con los brazos alzados y sus ropas negras ondeando al viento. Los demonios que se concentraban sobre el Carolan aflojaron la marcha bruscamente y alzaron la vista al cielo. Entonces, como si la tierra se hubiese partido con furia, el tremendo estallido de un trueno resonó sobre las praderas, y un fuego azul emanó de los dedos del druida. Con un arco que abarcaba de un extremo a otro el avance de los demonios, el fuego barrió sus filas delanteras y los redujo a cenizas. Los demonios lanzaban gritos y aullaban mientras un muro de llamas se alzaba ante ellos y los obligaba a alejarse de los voluntarios de la Legión.

Un grito de exaltación creció entre los elfos. Se había abierto un estrecho pasillo que unía el círculo de fuego con los jardines y el ejército élfico. Por él se aproximaban los fronterizos, ahora a gran velocidad, porque podía cerrarse en cualquier momento. Los demonios gritaban por todas partes, pero el fuego los mantenía bajo control. «¡Corred!», gritaba Ander en su mente. «¡Todavía existe una oportunidad!». Los fronterizos seguían corriendo y la distancia entre ellos se acortaba. Varias furias los persiguieron enloquecidas hasta perder del todo la razón, dispuestas a cruzar las llamas. Pero Allanon las vio. Alzó una mano y cerró el puño. El fuego del druida cayó sobre las criaturas felinas, que desaparecieron con una brillante explosión. Una columna de humo se levantó hacia el cielo y marcó su final. Sobre sus cabezas, Danzador lanzó su grito de batalla.

Y así, Stee Jans y los voluntarios emergieron del fuego y volvieron a la seguridad de las líneas élficas. Los recibieron con exclamaciones y vítores, y en su honor se

alzaron los estandartes de batalla de las Cuatro Tierras.

Sobre el Carolan, el fuego del druida ardía con menor intensidad, pero los demonios seguían sin intentar cruzarlo. Dada la facilidad con la que había destruido a las furias, ninguno se atrevía a enfrentarse a Allanon. Apiñados tras la muralla de llamas, gruñeron y rugieron hacia el negro volador solitario. Y aguardaron.

El druida planeó sobre ellos en busca de su mirada. Sabía lo que sucedería. Había lanzado un desafío que uno de los demonios debía responder. El Dagda Mor era el único lo bastante fuerte para eso, y respondería, porque no tenía otra opción, el druida estaba convencido. Al igual que Allanon, el Dagda Mor percibía la magia de las piedras élficas. También él sabía que Wil Ohmsford las había usado, que habían encontrado el Fuego de Sangre, y que su mayor temor aún podía hacerse realidad: el renacimiento de la odiada Ellcrys y el restablecimiento de la Prohibición. Era un momento peligroso para el Señor de los Demonios. El Suplantador había muerto. La Parca había sido derrotada. Su ejército estaba detenido. Si no actuaba rápido, incluso aunque toda la Tierra del Oeste fuese suya, habría perdido. Ellcrys era la clave para la supervivencia de los demonios. Debían destruir el árbol madre y arrasar la tierra en la que se enraizaba para que el terreno fuera yermo para siempre. Después debían encontrar la semilla y atrapar a la última Elegida. Así los demonios se asegurarían de no volver a ser expulsados de la tierra. No obstante, nada de eso ocurriría si antes no derrotaban a Allanon. El Dagda Mor lo sabía y ahora tendría que actuar...

Un aullido aterrador surgió de entre los demonios. De debajo del borde del Carolan, una inmensa sombra negra se elevó hacia el claro cielo matutino. Allanon dio la vuelta. Se trataba de la criatura alada que había perseguido a Wil Ohmsford y a Amberle en el Valle de Rhenn cuando huían de Puerto Refugio. El druida la vio con claridad. Era un murciélago enorme, brillante como el charol y con alas membranosas; con su morro prominente bien abierto para mostrar unos colmillos relucientes y las patas encogidas terminadas en garras. Aunque le habían llegado rumores de que tales murciélagos vivían en el corazón de las montañas de la Tierra del Norte, era la primera vez que veía uno. La criatura planeó sobre las hordas de demonios, con su grito agudo y desgarrador que infundió en la masa negra de abajo una inesperada calma.

Allanon se puso tenso. Montado a horcajadas sobre el cuello de la criatura iba el Dagda Mor. Había aceptado el desafío.

El druida hizo virar violentamente a Danzador. El murciélago voló hacia abajo con la figura encorvada del demonio inclinada sobre él. El Báculo de Poder que sostenía en una mano empezó a emitir un brillo rojizo. Allanon esperó mientras retenía a Danzador. El murciélago gritó con anticipado triunfo. El fuego rojo salió del Báculo de Poder del demonio, pero lo hizo demasiado tarde. Guiado por el druida, Danzador describió un arco agudo y se desplazó rápidamente hacia la izquierda. El monstruo alado descendió en picado, extendiendo sus pies en forma de garras, y el fuego del demonio explotó en el Carolan mientras Allanon hacía girar a Danzador. El

vuelo del murciélago era lento y pesado y, cuando se elevó, el druida pasó por debajo de él y contraatacó. El fuego azul alcanzó las alas y el cuerpo del monstruo, abrasando su piel membranosa. El animal emitió un grito penetrante.

No obstante, volvió, y otra vez el Dagda Mor hizo bajar su Báculo de Poder. El fuego del demonio sesgó el cielo de la mañana cuando pasó frente al druida y su montura. Una muralla de llamas quedó suspendida en el aire ante ellos que, en esta ocasión, no podían girar. Danzador no vaciló un solo momento. Con un grito, el gigantesco roc hizo una pirueta y alejó a Allanon del fuego; luego se estiró y bajó suavemente a través del Carolan. En los Jardines de la Vida, los elfos y sus aliados vitorearon al pájaro.

El demonio, cuyo enorme portador caía velozmente, volvió a atacar, pero Danzador fue lo bastante rápido otra vez. El roc voló hacia el otro lado del acantilado. El fuego del demonio estalló desde el báculo, pasó sobre el roc y abrasó las praderas. Danzador viró a la izquierda, luego a la derecha, cambiando de dirección con tanta rapidez que el Dagda Mor no conseguía apuntar el fuego hacia él. Mientras tanto, Allanon también atacaba. El fuego del druida alcanzó al monstruoso murciélago y lo quemó repetidamente hasta que el humo emanó de su cuerpo maltrecho dejando pequeños remolinos tras de sí mientras volaba.

La lucha continuó; fue una lucha terrorífica que llevó al druida y al demonio de un lado a otro sobrevolando la ultrajada superficie del Carolan, girando y regresando con la intención de inutilizar la maniobra del otro. El murciélago era pesado y fácil de atacar, pero fuerte y resistente a las heridas. Danzador era rápido; el fuego nunca lo alcanzaba. Aun así, a medida que los minutos transcurrían y la lucha no cesaba, el roc empezó a sentir el cansancio. Había volado en la batalla durante tres días, y sus fuerzas menguaban con rapidez. Cada vez que retrocedía sobre el promontorio, el fuego del demonio estallaba más cerca. El silencio cayó sobre las filas de los defensores. Un mismo pensamiento cruzaba sus mentes. Tarde o temprano el roc cometería un error o el druida calcularía mal. Entonces el Señor de los Demonios los alcanzaría.

Los temores no tardaron en confirmarse. El fuego se cruzó en el camino de Danzador mientras giraba hacia la izquierda quemando la gran ala del pájaro. En ese instante, Danzador se tambaleó y empezó a caer en espiral hacia el Carolan. Un grito de horror surgió de los elfos. De nuevo, el Báculo de Poder fulguró y el fuego volvió a abrasar al malherido pájaro. El murciélago se lanzó hacia abajo con las garras preparadas. Allanon giró desesperadamente mientras el monstruo se abalanzaba sobre él, y extendió sus manos hacia el cielo con los puños cerrados. Tenía al murciélago prácticamente encima cuando el fuego azul brotó de sus dedos. Toda la cabeza del monstruo explotó y desapareció entre llamas, pero el impulso lo llevó contra el herido Danzador. A unos treinta pies sobre el Carolan, el murciélago y el roc chocaron, golpeándose con una fuerza terrorífica. Juntos se precipitaron hacia el suelo y arrastraron con ellos a sus jinetes. Cayeron a plomo hasta estrellarse contra la dura

tierra. Danzador se estremeció antes de quedar inmóvil. El murciélago no se movió.

En ese instante pareció que la batalla estaba perdida. Danzador y el murciélago habían muerto. Allanon yacía tendido en el suelo, lleno de quemaduras. El Dagda Mor intentaba liberar una de sus piernas, que había quedado atrapada bajo el murciélago, y haciendo un esfuerzo lo logró. Se dirigió hacia el druida. Allanon se agitó, y alzó un poco la cabeza. Lentamente, el Dagda Mor se arrastró hasta llegar a unas tres yardas de él. Con el rostro desencajado de odio, el demonio se preparó. En sus manos, el Báculo de Poder empezó a fulgurar.

—¡Allanon! —se oyó gritar a sí mismo Ander Elesedil, y el eco resonó en la repentina quietud.

Probablemente el druida lo oyó. De alguna manera consiguió ponerse en pie y esquivó el rayo de fuego que casi lo rozó, se movió con tanta agilidad que estuvo sobre el Dagda Mor antes de que pudiera usar el Báculo de Poder de nuevo. El demonio procuró defender el báculo, alejándolo, pero las manos de Allanon agarraron el palo nudoso. El fuego del demonio centelleó en el interior del báculo y el dolor atravesó al druida, entonces su magia brotó en su defensa y el fuego azul se mezcló con el rojo. El druida y el demonio forcejearon por poseerlo, estirando sus cuerpos, esforzándose por arrancar el báculo de las manos del otro.

En la profundidad de su ser, Allanon encontró un último reducto de fuerza y el fuego azul estalló. Brotó de sus manos y recorrió el Báculo de Poder sofocando el fuego del demonio, y cuando llegó al cuerpo del Dagda Mor, este abrió los ojos con horror y profirió un grito punzante y terrible. Allanon hizo un esfuerzo para levantarse, se liberó de la figura encorvada y obligó al demonio a arrodillarse lentamente. El demonio volvió a gritar con odio desbordado. Luchó desesperadamente contra el fuego que lo envolvía e intentó librarse de las manos del druida, pero estas se aferraron a las suyas como argollas de hierro mientras las apretaba con fuerza contra el báculo. El Dagda Mor se estremeció violentamente y cedió. Su grito se convirtió en un susurro y sus terribles ojos quedaron en blanco.

El fuego del druida lo inundó ahora sin impedimentos y lo envolvió en un velo de luz azul hasta que su cuerpo quedó reducido a cenizas.

Todo el Carolan se sumió en un profundo silencio. Allanon estaba solo con el Báculo de Poder todavía en sus manos. Bajó los ojos hacia la madera requemada y humeante antes de partirlo y arrojar los pedazos al suelo.

Se volvió hacia los Jardines de la Vida y, con un silbido, llamó a Artaq. El caballo negro salió trotando de las filas de elfos. Allanon sabía que le quedaban unos pocos minutos. Se estaba debilitando, solo la fuerza de su voluntad lo mantenía aún en pie. La pared de fuego que había retenido a los demonios se estaba apagando. Ya estaban congregados a lo largo de su perímetro, con los ojos furiosos clavados en él, expectantes por poder acercarse. La muerte del Dagda Mor era insignificante para

ellos. Lo único que les importaba era su odio hacia los elfos. El druida les devolvió la mirada y esbozó lentamente una sonrisa burlona. Solo les contenía el temor que les producía. En cuanto lo perdieran, atacarían de nuevo.

Artaq acercó la cabeza a su hombro y relinchó suavemente. Sin apartar la vista de los demonios, Allanon retrocedió unos pasos con cautela, se agarró a la crin y los arneses del caballo y, con dolor, montó en la silla. Estuvo a punto de desmayarse por el esfuerzo, pero sujetó las riendas e hizo girar a Artaq. Sin prisa aparente, se dirigió a las líneas defensivas de los elfos.

La huida fue agónicamente larga. Condujo a Artaq con deliberada lentitud; no habría aguantado un paso más rápido. Poco a poco se fue acercando a los Jardines de la Vida. De reojo divisó movimiento entre las líneas de los demonios. Unos cuantos ya intentaban cruzar las llamas medio extinguidas, aullando a su espalda. Otros los imitaron enseguida. Él se agarraba a los arneses de la silla con ambas manos, sin girarse. Pronto, pensaba, pronto.

De golpe, la masa irrumpió, rugiendo y chillando. Los demonios se abalanzaron sobre él desde todas partes. Supo que aún estaba demasiado lejos de los Jardines de la Vida para escapar a ese paso. No tenía elección. Clavó sus botas sobre los flancos de Artaq y el caballo negro se lanzó hacia delante. El gran corcel galopó atravesando el Carolan en una carrera, con su cuerpo convertido en una línea horizontal. El druida estaba tan aturdido que sintió que sus manos se aflojaban. Iba a caer.

Sin embargo, aguantó. No cayó. Encontró el modo de sostenerse hasta llegar a las filas de elfos. En una embestida, Artaq las cruzó y lo llevó más allá de las manos extendidas hacia las puertas de hierro de los jardines, donde se detuvo en seco.

Allanon tampoco se desplomó en ese momento. Su férrea determinación lo mantuvo sobre el caballo negro. Con el rostro empapado de sudor, se volvió para observar las hordas de demonios que, desde el otro lado del promontorio, se acercaban a los jardines. Los defensores se prepararon en las murallas.

Al menos ahora tienen una posibilidad, pensó. Al menos les he brindado una oportunidad.

En ese momento, hubo un tumulto de gritos y a su alrededor las manos se alzaban señalando el cielo. A su lado, los gritos de Dayn eran de incredulidad.

—¡Genewen! ¡Es Genewen!

El druida alzó la vista. Al sur, casi perdido en el resplandor del sol del mediodía, un gran pájaro dorado volaba hacia Arborlon.



Wil Ohmsford bajó la mirada, estaba horrorizado. El sol era una explosión deslumbrante de luz blanca que centelleaba. Aún tenía fiebre, se sentía débil y mareado. El sudor que bañaba su cuerpo se secaba por el azote del viento. Genewen lo llevaba volando sobre el paisaje verde y boscoso de la Tierra del Oeste, con sus alas extendidas planeaba suavemente sobre las corrientes de aire. Wil se mantenía atado al roc con correas de cuero, y su brazo roto estaba vendado y entablillado. Delante iba Perk, cuyo menudo cuerpo se ladeaba siguiendo los movimientos de Genewen mientras dirigía el vuelo con sus manos y su voz. Amberle se encontraba junto al jinete volador, acurrucada, casi oculta por las ropas que la cubrían. Eretria rodeaba a Wil con los brazos. Se volvió y los ojos oscuros de la joven nómada se encontraron con los suyos. La mirada que le dirigió fue como un golpe.

Debajo estaba la ciudad élfica de Arborlon. Los cuerpos sin vida cubrían el Carolan, las llamas ardían sobre él, y el Elfitch estaba destruido. Jinetes y lanceros, piqueros y arqueros rodeaban los Jardines de la Vida como una barrera de hierro. A su alrededor se aglutinaba una masa retorcida de cuerpos oscuros. Parecía que los defensores serían totalmente aniquilados de un momento a otro.

Los demonios, murmuró sin voz. ¡Los demonios!

De pronto reparó en que Amberle se movía. Apoyándose en Perk, la elfa se había incorporado levemente y le hablaba al muchacho. Con una de sus manos se sujetaba al hombro del jinete volador. Él asintió. Luego Genewen comenzó a descender, dejándose caer con suavidad hacia el Carolan y los Jardines de la Vida. Los jardines se mantenían como una isla, con sus setos esculpidos y los parterres de flores cuidadosamente ordenados, estaban tranquilos, flotando sobre un mar de praderas assoladas y rugientes demonios negros. Wil observó el brillo de las armas bajo la luz del sol mientras los defensores luchaban contra las hordas de atacantes. Algunas criaturas negras ya habían rebasado las líneas y se abrían paso entre los defensores.

Los restos inertes de Ellcrys yacían olvidados sobre el pequeño montículo en medio de los jardines.

Genewen lanzó un repentino y agudo chillido que llegó hasta el bullicio de la batalla. Todos los ojos se volvieron por un instante hacia el gigantesco roc, que se deslizó hacia abajo como un rayo de sol. Entre los elfos hubo algunas exclamaciones de reconocimiento y esperanza. Un jinete volador, gritaron, y observaron el cielo en busca de otros, pero fue en vano.

Genewen se introdujo en los jardines y aterrizó con suavidad al pie del pequeño montículo. Plegó sus grandes alas e inclinó su cabeza escarlata. Perk descendió de un salto, dándose prisa en soltar las correas de los arneses que sujetaban al resto.

Primero desató a Amberle, que se deslizó del lomo de Genewen, como si no le quedaran fuerzas, cayendo de rodillas al tocar el suelo. Wil trató de ir a ayudarla, pero estaba débil por la fiebre y no consiguió deshacerse de las correas.

Desde el otro lado de los setos y los macizos de flores, el estruendo de la batalla se aproximaba.

—¡Amberle! —gritó.

Ella ya se había levantado y se encontraba a una docena de pasos frente a él. Alzó su rostro de niña. Por un instante sus terribles ojos ensangrentados se fijaron en él y pareció que iba a decir algo, pero se volvió sin hablar y empezó a ascender por el montículo.

—¡Amberle! —gritó Wil mientras luchaba con las correas que lo sujetaban. Genewen empezó a dar fuertes bandazos y chillidos, y Perk se apresuró a calmarlo.

—¡Estate quieto, curandero! —le advirtió Eretria, pero él no estaba en condiciones de escuchar a nadie. Lo único que veía era que Amberle se alejaba. La iba a perder. Podía sentirlo.

Entonces Genewen, asustado por los forcejeos del vallense, se elevó de nuevo. Perk agarró los arneses y trató de controlarlo, pero sin éxito. En ese momento, Eretria sacó su daga y cortó las correas que los mantenían sujetos a Wil y a ella, ambos cayeron contra una fila de arbustos. El dolor se intensificó en el cuerpo maltratado del vallense a que se levantó con torpeza. Eretria lo llamó, pero él no hizo caso, echó a correr precipitadamente, tropezando, tras la figura de la elfa que se alejaba. Ya se encontraba a medio camino de la cima y avanzaba despacio hacia el árbol.

Los aullidos se oían cada vez más cerca. De repente, media docena de demonios atravesó los setos. Perk había conseguido que Genewen regresara a tierra, acababa de desmontar y salió corriendo tras Wil. Al instante, los demonios lo siguieron, pero el vallense los había visto. Con un giro de su puño, las piedras élficas que llevaba en la mano emitieron un fuego azul que explotó en dirección a los demonios y los hicieron desaparecer.

—¡Vete! —le gritó a Perk—. ¡Márchate volando!

Eretria también se había acercado. Entre los setos aparecieron nuevos demonios que gritaban mientras avanzaban. Una fracción de la Guardia Negra se abrió paso violentamente para detenerlos, con las picas bajadas, pero los demonios se defendieron de los elfos y se dirigieron hacia Wil, que se volvió para enfrentarse a ellos; las piedras élficas resplandecieron de nuevo. Perk había montado sobre Genewen pero, en lugar de volar hacia un lugar seguro, el pequeño jinete volador dirigía el roc contra los atacantes con la intención de alejarlos. En aquel momento, varias docenas más llegaron desde alguna parte y ni siquiera el fuego de las piedras élficas logró detenerlos.

Un chillido penetrante se elevó sobre el rugido de los demonios y quedó suspendido en el calor del mediodía de verano. Wil se dio la vuelta. Amberle, de pie sobre el montículo, alargaba los brazos para alcanzar el tronco de Ellcrys. Cuando lo

tocó, el árbol resplandeció como las aguas de un arroyo tocadas por un rayo de sol, luego se desintegró en una lluvia de polvo plateado que cayó sobre la elfa como si fuera nieve. Ella permaneció allí, con los brazos alzados, alargando su cuerpo frágil.

Y comenzó a transformarse.

—¡Amberle! —exclamó Wil por última vez. Cayó de rodillas, desesperado.

El cuerpo de la elfa perdió su forma: su figura humana se disolvió, sus ropas se hicieron jirones y cayeron, sus piernas se fundieron en una y de sus pies brotaron unas zarzas que penetraron en la tierra; lentamente, sus brazos alzados se alargaron y se dividieron.

—¡Oh, Wil! —murmuró Eretria desplomándose a su lado.

Amberle ya no estaba. En su lugar se alzaba Ellcrys, perfectamente formada, con su corteza plateada y sus hojas encarnadas reluciendo al sol, renacida en el mundo de los elfos.

La Prohibición se había restaurado. Un gemido de angustia se elevó entre los demonios. Aullaron por todo el Carolan mientras eran arrastrados para ser encerrados de nuevo. Tropezando unos con otros, trataban de escapar con frenesí de la negrura que se cerraba inexorablemente a su alrededor. Pero no había escapatoria. Fueron desvaneciéndose en la luz, cientos y después miles, cuerpos negros pequeños y grandes que se contorsionaban hasta que desapareció el último.

El silencio se extendió sobre los defensores de Arborlon mientras miraban a su alrededor con asombro, en silencio. Parecía que los demonios nunca hubieran estado allí.

En los Jardines de la Vida, Wil Ohmsford empezó a llorar.

Poco después, los elfos lo hallaron allí. Ander Elesedil ordenó que lo trasladaran a Arborlon, y él se dejó llevar. Tenía el cuerpo dolorido por la fiebre y estaba demasiado turbado por la pérdida de Amberle como para discutir. Lo llevaron a la mansión de los Elesedil, atravesando sus salones y corredores sombríos y silenciosos. Llegaron hasta una habitación, donde lo acostaron. Los curanderos elfos limpiaron y curaron sus heridas; le vendaron el brazo fracturado y le hicieron beber un líquido amargo que le dejó aletargado. Lo envolvieron con cuidado en sábanas y mantas, y finalmente cerraron la puerta sin hacer ruido para que descansara. Tardó escasos segundos en conciliar el sueño.

Soñó que vagaba a través de una insondable y espesa oscuridad, desorientado y sin esperanza. En algún lugar dentro de esas tinieblas estaba Amberle, pero no podía encontrarla. Cuando la llamaba, oía su respuesta tímida y distante. Poco a poco advertía otra presencia, gélida, maliciosa e insólitamente familiar; algo que ya había sentido en otra ocasión. Aterrorizado, comenzó a correr, más y más rápido, mientras atravesaba las telarañas del negro silencio... pero aquello no paraba de perseguirlo. No generaba ningún ruido, pero lo sentía siempre a un paso justo detrás de él. Al final, sus dedos lo tocaron y gritó de terror. De pronto, la oscuridad desapareció; se encontraba rodeado de hermosos jardines con colores vivos. Aquella cosa se había esfumado. Respiró aliviado; estaba a salvo de nuevo. Pero justo entonces, la tierra se abombó bajo sus pies, y salió despedido por los aires. Una ola negra, al otro lado de los jardines, avanzaba con lentitud. Se acercaba, elevándose, como un oscuro océano donde con toda seguridad acabaría ahogado. Buscaba a Amberle con desesperación; la vio corriendo por el centro del jardín, como un fantasma mudo. Pero no era más que una efímera visión. La llamaba en repetidas ocasiones, pero no obtenía respuesta. Entonces, la ola negra lo alcanzó, y se hundió...

¡Amberle!

Despertó de un sobresalto, con el cuerpo empapado en sudor. En la pared de enfrente, ardía una vela situada sobre una mesa diminuta. Las sombras envolvían la habitación y la luz del ocaso anegaba la ciudad.

—Wil Ohmsford.

Se giró con rapidez al oír su nombre. Una figura alta, negra, encapuchada y sin rostro estaba sentada junto a su cama. El resplandor de la llama de la vela la iluminaba débilmente.

El vallense parpadeó cuando lo reconoció.

Allanon.

De repente, le invadieron los recuerdos. El desconsuelo agitó su interior; sintió

una angustia tangible que casi pudo paladear. Cuando logró hablar, su voz fue apenas un susurro.

—Lo sabías, Allanon. Sabías esto desde el principio.

No obtuvo respuesta. Las lágrimas inundaron los ojos del vallense. Rememoró la primera noche en Storlock, cuando conoció al druida. Entonces sintió que no podía confiar plenamente en él, que no debía fiarse. Flick ya se lo había advertido; Allanon era un hombre de secretos, y se cuidaba de guardarlos bien.

Pero esto... ¿Cómo podía haberle ocultado algo así?

—¿Por qué no me lo contaste?

Las palabras se amontonaron en un leve murmullo. En las sombras de la capucha no hubo movimiento.

—Saberlo no te habría servido de nada, vallense.

—¿Querrás decir que no te habría servido de nada a ti! ¡Me utilizaste! Dejaste que creyera que podría proteger a Amberle de los demonios si la ponía a salvo llevándola hasta Arborlon, y que después todo acabaría. ¡Eras consciente de que yo creía en eso!

El druida permaneció en silencio. Wil sacudió la cabeza en gesto reprobatorio.

—¿No pudiste al menos contárselo a ella?

—No, vallense; no me habría creído. No habría querido admitirlo. Eso hubiera supuesto pedirle demasiado. Recuerda lo que sucedió cuando hablé con ella en Puerto Refugio. Ni siquiera quiso aceptar que todavía era una Elegida. Insistía en que seleccionarla había sido una equivocación. No, no lo habría creído, no entonces. Necesitaba tiempo para conocer la verdad sobre sí misma y comprenderla. No era algo que yo pudiese esclarecerle, sino algo que ella misma debía descubrir.

La voz del vallense se agitó.

—Palabras, Allanon. Eres diestro en su uso. La elocuencia te hace ser muy convincente. Ya me persuadiste una vez, ¿verdad? Pero ahora no lo lograrás; sé lo que hiciste.

—Entonces también debes saber lo que dejé de hacer —contestó Allanon con sosiego. Se inclinó hacia delante—. La decisión final no fue mía, vallense, sino de ella. Yo no estuve allí para obligarla; solo traté de facilitarle la posibilidad de tomarla por su cuenta. Eso hice. Y nada más.

—¿Nada más? Te aseguraste de que su decisión se ajustara a tus deseos. Yo no llamaría a eso no hacer nada.

—Me aseguré de que comprendiese las consecuencias de su decisión. Tomase la que tomase. Eso es muy distinto...

—¿Consecuencias! —Wil levantó de súbito la cabeza de la almohada y lanzó una risotada cargada de ironía—. ¿Qué sabes tú de las consecuencias, Allanon? —Su voz se quebró—. ¿Acaso comprendes lo que Amberle significaba para mí? ¿Lo sabes?

Las lágrimas se deslizaron por su rostro. Volvió a recostarse con pausa; se sentía, en cierto modo, avergonzado. Había vertido todo su tormento y se había quedado a solas con la congoja. Desvió la vista de Allanon y se quedaron ambos en silencio. En

la negrura del dormitorio, el fulgor de la solitaria vela los acariciaba.

Pasó un largo rato antes de que el vallense volviese a dirigirle la mirada.

—Bien, ahora todo ha concluido. Ella se ha marchado. —Tragó saliva con dificultad—. ¿Puedes al menos explicarme por qué?

El druida se quedó en silencio durante un rato, contraído en las sombras de sus ropajes. Cuando finalmente habló, su voz fue casi inaudible.

—Escúchame, vallense. Ese árbol, Ellcrys, es una criatura fantástica. Una muestra de magia viva que representa la fusión de la vida humana con el fuego de la tierra. Lo concibieron antes de las Grandes Guerras. Lo crearon los hechiceros elfos cuando tuvieron que enfrentarse al dilema de cómo evitar que los demonios volviesen a amenazar al mundo. Como sabes, los elfos no son un pueblo agresivo. Al contrario, la conservación de la vida es su propósito y su dedicación. Incluso frente a criaturas tan perversas y malignas como los demonios, no llegaron a considerar jamás la aniquilación deliberada de su especie. El exilio les pareció la elección más aceptable. Por ello, eran conscientes de que debía de ser tan resistente como para que su sometimiento durara miles de años, manteniéndolos en un lugar donde no pudieran hacer daño a nadie. Y por ese motivo, los hechiceros elfos utilizaron su magia más potente. La que requería el mayor sacrificio de todos: la donación voluntaria de la vida. Esa donación permitió que Ellcrys existiera y que se estableciera la Prohibición.

Hizo una pausa.

—Debes comprender el modo de vida de los elfos y la naturaleza de los códigos que los gobiernan para poder apreciar lo que Ellcrys representa realmente y por qué Amberle decidió transformarse en ella. Los elfos creen que son deudores de la tierra, porque la tierra produce y nutre la vida. Los elfos consideran que cuando alguien toma algo de la tierra, debe darle algo a cambio. Esta es una concepción tradicional, ritual. Sus vidas les son dadas y, por ello, también ellos deben dar vida. Esto lo hacen, vallense, con su servicio a la tierra. Esforzándose, cada uno a su manera, por preservarla. Ellcrys no es más que una prolongación de esa misión; la encarnación de esa creencia, en la que la tierra y los elfos son interdependientes. Pues Ellcrys es la unión de la tierra con la vida de los elfos; una unión concebida para salvaguardarse de un mal que los destruiría a los dos. Amberle lo entendió al final. Comprendió que la única manera en que la Tierra del Oeste y su pueblo podrían salvarse era mediante el sacrificio, y su decisión de convertirse en Ellcrys. Entendió que la semilla que portaba solo podía recibir la vida a través de la cesión de la suya propia.

Hizo una pausa y se inclinó pausadamente hacia delante, proyectando la silueta de su oscura figura sobre el vallense.

—La primera Ellcrys también fue una mujer; no es casual que nos refiramos a ella como una dama. Ellcrys ha de ser siempre una mujer, pues solo ellas son capaces de dar a luz a sus semejantes. Los magos fueron conscientes de esta exigencia de procreación, aunque no de la asiduidad con que esta capacidad sería necesaria. Eligieron a una mujer; una muchacha que, imagino, sería muy parecida a Amberle, y

la transformaron. Después crearon la orden de los Elegidos para encargarse de su custodia y para que, llegado el momento, fuera la encargada de elegir a su sucesora. Pero con los años, lo cierto es que seleccionó a muy pocas mujeres. Las historias no explican el porqué; ni siquiera ella era ya consciente. La selección de hombres se convirtió en rutina durante mucho tiempo; solo eligió mujeres cuando fue estrictamente necesario. Quizás se debió a algún asunto relacionado con su creación en la época de los magos elfos. Tal vez ellos le prometieron que serían muchachos los que se encargarían de servirle; quizá ella lo pidió. O igual la elección de muchachos estaba mejor vista por los elfos... no lo sé.

»Fuese como fuese, cuando eligió a Amberle ella ya sospechaba la proximidad de su muerte. No podía estar segura, pues era la única de su especie y nadie conocía los signos que la anunciarían, ni cuándo se produciría. Muchos pensaban que era inmortal. Y, además, las características físicas de la parte que había sido humana se habían transformado desde hacía bastante tiempo en algo radicalmente distinto; por ello, tampoco eso ayudaba. Existieron otros momentos de su existencia en los que creyó que su muerte se aproximaba y que por tanto debía seleccionar alguien para sucederla. En esas ocasiones también seleccionó a una mujer; la última fue hace quinientos años. No sé qué fue lo que la impulsó a ello, así que no lo preguntes. Ahora mismo carece de importancia.

»Cuando escogió a Amberle, la primera mujer en quinientos años, la sorpresa de los elfos fue mayúscula. Su elección, sin embargo, habría tenido mayor sentido de haberse sabido que Ellcrys la elegía como posible sustituta. Es más: estaba considerando a Amberle como una madre a su hijo no nacido. Una consideración extraña podrías decir; pero las circunstancias han de tenerse en cuenta. Si el árbol iba a fallecer, debía engendrar una semilla. Esa simiente y Amberle se fundirían en una y así la nueva Ellcrys nacería, al menos en parte, de la antigua. Ellcrys seleccionó a Amberle con esa idea, la cual implicaba, de manera necesaria, los sentimientos que una madre experimenta hacia un hijo que todavía no ha nacido. La mujer de la cual derivaba Ellcrys había experimentado cambios físicos importantes, pero conservaba mucho de lo que había sido a nivel emocional. El árbol descubrió algo de esto en la elfa. Por eso que su relación fue tan íntima en un principio.

Reflexionó un instante.

—Por desgracia, este vínculo tan estrecho fue la causa de los problemas que llegaron después. Cuando vine a Arborlon alarmado por el debilitamiento de la Prohibición y la amenaza de los demonios, fui a los Jardines de la Vida para reunirme con Ellcrys. Me reveló que tras la elección de Amberle como Elegida, había tratado de reforzar los lazos de afinidad entre ellas, porque sentía la enfermedad extendiéndose en su interior. Comprendió que su vida se apagaba y que debía entregarle a Amberle la semilla que ya estaba en proceso de formación. En su agonía, su instinto maternal se agrandó, con el propósito de englobar a la muchacha. Quería prepararla para lo que le esperaba; para que fuera capaz de apreciar parte de la

belleza, la gracia y la paz de la que ella había disfrutado durante su vida. Deseaba que Amberle aprehendiera el significado de su unión con la tierra; que entendiera su desarrollo a través de los años y que padeciera sus cambios. En resumen: que comprendiese un poco de lo que una madre sabe y un niño no.

Wil asintió con pausa. Meditaba sobre el sueño que había compartido con Amberle después de que el rey del río de Plata los liberara de los demonios. En ese sueño habían tratado de buscarse mutuamente. Él desde un hermoso jardín, tan espléndido que le había provocado deseos de llorar, y ella desde la oscuridad, llamándole mientras él permanecía allí sin responder. Ninguno de los dos entendió el carácter profético del sueño que el rey del río de Plata les había permitido visualizar.

El druida prosiguió.

—Las intenciones de Ellcrys eran honestas, aunque desmesuradas. Amedrentó a Amberle con sus visiones, su obstinación maternal y la adquisición de su identidad. La elfa todavía no estaba lista para la transición que Ellcrys quería realizar con tanta ansiedad. Se marchó de Arborlon atemorizada y enfadada. Ellcrys no lo comprendió; siguió a la espera de que Amberle volviera. Cuando la enfermedad se hizo irreversible y la semilla estuvo formada, convocó a los Elegidos.

—¿Y a Amberle no? —preguntó Wil, que ahora escuchaba con atención.

—No, no a Amberle. Creyó que ella se presentaría por voluntad propia. No quiso buscarla porque, cuando así lo había hecho anteriormente, solo consiguió que se alejara. Pensaba que cuando Amberle supiera que estaba muriendo, iría a verla. Desgraciadamente, le quedaba menos tiempo del que imaginaba. La Prohibición comenzó a desgastarse y ella no fue capaz de mantenerla. Varios demonios lograron evadirla y asesinaron a los Elegidos. Todos excepto Amberle. Cuando me presenté allí, Ellcrys estaba desesperada. Me dijo que debía encontrar a Amberle; por eso fui en su busca.

Un nuevo tormento nubló el rostro del vallense.

—Entonces, en Puerto Refugio ya sabías que Ellcrys todavía consideraba a Amberle como una Elegida.

—Claro que lo sabía.

—Y sabías, de igual modo, que se le tenía que dar la semilla para que la portase.

—Te ahorraré la molestia de hacer más preguntas: estaba al corriente de todo. Las historias de los druidas de Paranor me desvelaron la verdad de lo que iba a sucederle a Ellcrys, y el modo en que debía renacer —titubeó ligeramente—. Comprende una cosa, vallense: yo también quería a esa muchacha. No deseaba mentirle, si es que quieres calificar mis omisiones como engaños. Pero era preciso que Amberle averiguara la verdad por sí misma, y no a través de mí. Le mostré un camino a seguir; no le di ningún mapa que marcara sus desviaciones y sus vueltas. Creí necesario que ella misma tomara la decisión. Ni a ti, ni a mí, ni a nadie más le competía esa decisión; solo a ella.

Wil Ohmsford bajó la mirada.



—Quizá. Y quizá le hubiera convenido saber desde un principio dónde terminaría el camino que le enseñaste. —Sacudió la cabeza—. Es raro. Pensaba que escuchar la verdad sobre todo lo acontecido me ayudaría de alguna manera, pero no, no me ha ayudado para nada.

Se produjo un dilatado silencio. Wil levantó la vista de nuevo.

—En cualquier caso, no tengo derecho a culparte de lo ocurrido. Sé que hiciste lo que debías. Amberle fue quien tomó la decisión. Lo sé... ¡pero perderla de esta forma es tan duro!

Su voz se extinguió. El druida asintió.

—Lo siento, vallense.

Ya se levantaba cuando Wil le preguntó de súbito:

—¿Por qué me has despertado ahora, Allanon? ¿Solo para contarme esto?

El hombre se enderezó, sombrío y sin rostro.

—Para contarte esto y para despedirme, Wil Ohmsford.

Wil lo miró con perplejidad.

—¿Te marchas?

—Hasta la vista, vallense.

—Pero... ¿adónde te marchas?

No hubo respuesta. A Wil lo inundó un profundo deseo de dormir; el druida lo devolvía al sopor del que lo había sustraído. Se resistió obstinadamente. Todavía quería aclarar algunas cosas más. Allanon no podía dejarlo así, y desaparecer en la noche de manera tan inesperada como había llegado; enrollado en su capa y con la capucha echada, como si fuera un ladrón temeroso de que la visión de su rostro pudiera delatarlo...

Una repentina sospecha recorrió su mente en ese momento. A pesar de lo débil que se encontraba, logró estirar la mano y agarrar los ropajes del druida.

—Allanon.

El silencio se espació por el pequeño dormitorio.

—Allanon, deja que vea tu cara.

Pensó por un instante que el druida no le había escuchado. Allanon permaneció indiferente junto a la cama, mirando cabizbajo entre las sombras de sus ropas. El vallense aguardó. El druida levantó sus enormes manos pausadamente, para bajarse la capucha.

—¡Allanon! —exclamó Wil.

El cabello y la barba del druida, antes negros como carbón puro, estaban ahora veteados de innumerables mechones grises. ¡Allanon había envejecido!

—Es el precio que debe pagarse por el uso de la magia. —Allanon esbozó una tenue sonrisa de burla—. Supongo que esta vez la he utilizado demasiado y ha tomado de mí más de lo que deseaba dar. —Se encogió de hombros con resignación—. Cada uno de nosotros tenemos un tiempo de vida, vallense. Solo eso; ni más ni menos.

—Allanon —dijo Wil con debilidad—. Allanon, lo siento. No te vayas aún.

Allanon volvió a ponerse la capucha y alargó las manos hacia bajo para estrechar las de Wil.

—Ha llegado el momento de irme. Los dos necesitamos reposo. Duerme, Wil Ohmsford. Intenta no guardarme rencor. Amberle no lo haría. Consuélate con esto: eres un curandero, y un curandero debe proteger la vida. Tú lo has hecho aquí, con los elfos y la Tierra del Oeste. Y aunque pienses que has perdido a Amberle, podrás encontrarla siempre en la tierra; tócala y ella estará contigo.

Se distanció hacia la oscuridad y extinguió la llama de la vela.

—No te vayas —le rogó Wil adormilado.

—Adiós, Wil —su voz parecía lejana—. Dile a Flick que tenía razón sobre mí: le gustará.

—Allanon —farfulló el vallense suavemente...

Después, se quedó dormido.

El druida se deslizó por los corredores apenas iluminados de la mansión de los Elesedil, mudo como las sombras de la noche. La Guardia Real rondaba esos pasillos; elfos que habían combatido en la batalla del Elfitch y sobrevivido. Soldados fornidos difícilmente impresionables. Sin embargo, se hicieron a un lado para dejar paso a Allanon; algo en su rostro les advirtió que debían hacerlo.

Al poco llegó al dormitorio del rey de los elfos y, sin hacer ruido, cerró la puerta que quedaba a su espalda. Las velas iluminaban la habitación con un resplandor tenue y brumoso, que a través de la penumbra alcanzaba los rincones ensombrecidos y ocultos, como el tiento de la mano de un ciego. Las ventanas permanecían cerradas y las cortinas corridas, conservando el silencio de la habitación. En el lado opuesto de la cámara, Eventine yacía sobre una cama amplia. Estaba envuelto en vendas y cubierto por sábanas de lino. Ander dormitaba a intervalos junto a él, sentado en una silla de mimbre de respaldo alto.

Allanon se adelantó silenciosamente y se detuvo a los pies de la cama. El viejo rey dormía con una respiración pausada e irregular, y su piel presentaba la coloración de un pergamino nuevo. El fin de su vida estaba cerca. El druida pensó que con él se cerraba una época. Todos los que se enfrentaron al Señor de los Brujos se habrían ido, todos los que le habían ayudado a buscar la Espada de Shannara. Todos, con la excepción de Ohmsford, Shea y Flick.

Una cáustica y tétrica sonrisa se dibujó en sus labios de manera calma. Y él, por supuesto. Todavía estaba allí; siempre había estado allí.

Eventine se movió bajo las sábanas de lino. Allanon pensó que el momento había llegado. Por primera vez esa noche, un conato de pesadumbre se dibujó en su duro rostro. Se alejó en silencio hasta las sombras de la parte posterior de la habitación, y simplemente esperó.

Ander Elesedil se despertó alarmado. Con sus ojos aún nublados por el sueño, escudriñó con prudencia el dormitorio vacío, en busca de fantasmas que no estaban allí. Una terrible sensación de soledad le invadió. Cuántos de los que hubiera deseado que estuvieran presentes faltaban: Arion, Pindanon, Crispin, Ehlron, Kerrin... todos habían muerto.

Volvió a adormilarse en la silla, azorado por el cansancio, hasta que no sintió nada, salvo el dolor en articulaciones y músculos. ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo? No lo sabía. Gael volvería presuroso con la comida y la bebida, y juntos proseguirían con la vela, atentos al maltrecho rey. Aguardando...

Los recuerdos lo hostigaban: memorias de su padre y lo que había sido, imágenes fantasmales del pasado, de momentos, lugares y acontecimientos que ya nunca volverían. Eran agridulces, pues en ellos se combinaban la felicidad compartida y la conciencia de ser transitorios. Haciendo una evaluación, habría escogido que aquella noche los recuerdos le dejaran en paz.

Pensó de pronto en su padre y en Amberle; en la especial estima que había sentido por los dos en el corto período de tiempo en que los había perdido y encontrado... para, al final, volver a perderlos. Era complicado, incluso ahora, entender la transformación que sufrió Amberle. Tenía que forzarse a creer que había sido real, y no un mero producto de su imaginación. Todavía recordaba al pequeño jinete volador, Perk, refiriéndole lo que había presenciado, con su rostro infantil asombrado y temeroso al mismo tiempo, tan seguro y tan preocupado, que ponerlo en duda era simplemente imposible. Reclinó la cabeza hacia atrás y entrecerró los ojos. Pocos conocían aún la verdad. Y no sabía si sería más conveniente dejar así las cosas.

—Ander.

Se incorporó de pronto y los penetrantes ojos de su padre se cruzaron con los suyos. Le pilló tan por sorpresa que no pudo hacer otra cosa más que quedarse mirando al anciano.

—Ander, ¿qué ha sucedido?

La voz del rey de los elfos se manifestó como un débil y áspero susurro en la calma de la noche. Ander se arrodilló a su lado.

—Todo ha concluido —contestó con suavidad—. Hemos ganado; los demonios están presos de nuevo en la Prohibición. Ellcrys...

Se paró en seco. Fue incapaz de hallar las palabras. La mano de su padre se arrastró fuera de las sábanas en busca de las suyas.

—¿Amberle?

Ander aspiró profundamente, y las lágrimas manaron de sus ojos. Se esforzó por mantener la mirada de su padre.

—Está a salvo —susurró—. Ahora mismo está descansando.

Se produjo una dilatada pausa. Un amago de sonrisa delineó la cara de su padre.

Luego sus ojos se cerraron... un breve instante después ya había muerto.

Allanon se mantuvo entre las sombras varios minutos más, antes de dar un paso al frente.

—Ander —llamó con suavidad.

El príncipe elfo se alzó después de soltar la mano de su padre.

—Se ha ido, Allanon.

—Ahora tú eres el rey. Sé el rey que él hubiera deseado que fueses.

Ander lo miró con ojos interrogantes.

—¿Lo sabías, Allanon? Me lo he preguntado de manera recurrente desde el Paso de Baen. ¿Sabías lo que iba a suceder? ¿Que yo me convertiría en rey?

Las facciones del druida parecieron ensombrecerse por un instante y su rostro se mostró inmutable.

—No podía evitar que sucediese lo que pasó, príncipe elfo —contestó con sosiego—. Solo podía prepararte para lo que iba a llegar.

—Entonces lo sabías.

Allanon asintió.

—Lo sabía. Al fin y al cabo soy un druida.

Ander exhaló.

—Lo haré lo mejor que pueda, Allanon.

—Entonces lo harás bien, Ander Elesedil.

Contempló al príncipe elfo mientras volvía junto al rey muerto. Lo tapó como si fuese un niño que dormía y se arrodilló junto al lecho.

Allanon salió de la habitación sin hacer ruido. Se fue de la mansión, de la ciudad, y del país sin que nadie lo viera marchar.

Cuando Wil Ohmsford despertó, ya despuntaban los primeros rayos del amanecer. La luz argéntea se filtraba por las cortinas de las ventanas, ahuyentando la oscuridad. Sus ojos se entreabrieron con un lento parpadeo; lo primero que vio fue a Perk.

—¿Wil?

El rostro del pequeño jinete volador vestía una máscara de seriedad.

—Hola, Perk.

—¿Qué tal te sientes?

—Creo que un poco mejor.

—Eso está bien. —Perk bosquejó una sonrisa instantánea—. Estaba muy preocupado.

Wil le correspondió con otra sonrisa.

—Y yo.

Perk se sentó en el extremo de la cama.

—Siento haberte despertado, pero no quería marcharme sin despedirme de ti.

—¿Te marchas?

El muchacho asintió.

—Debería haberlo hecho anoche, pero Genewen tenía que descansar. Un viaje tan largo lo había agotado. Pero ahora sí debo irme. Tendría que haber regresado hace un par de días al Ala Alzada. Es muy probable que me estén buscando. —Hizo una pausa—. Pero lo entenderán cuando lo explique. No se enfadarán.

—Espero que no. No quisiera que pasara eso.

—Mi tío Dayn dijo que también lo explicaría. ¿Sabías que mi tío Dayn estaba aquí, Wil? Lo envió mi abuelo. El tío Dayn me felicitó porque actué como un verdadero jinete volador y dijo que lo que Genewen y yo hicimos fue de suma importancia.

Wil se incorporó levemente sobre las almohadas.

—Así es, Perk. Fue muy importante.

—No os podía abandonar. Sabía que me ibais a necesitar.

—Llevabas razón.

—Y creí que a mi abuelo no le importaría si, por esta vez, lo desobedecía.

—Eso creo.

Perk bajó la mirada y miró sus manos.

—Wil, siento lo de Amberle. De verdad.

Wil asintió lentamente.

—Ya lo sé, Perk.

—Estaba embrujada, ¿no? Estaba embrujada, y el hechizo la convirtió en árbol. —Alzó la vista—. Eso era lo que ella quería, ¿verdad? Transformarse en el árbol para así lograr que los demonios se esfumaran. ¿Era así como debía ocurrir?

El vallense tragó saliva.

—Así es.

—Me asusté, ¿sabes? —dijo Perk en un susurro—. No estaba seguro de si eso era lo que tenía que suceder o no. Fue tan repentino... Nunca me había dicho nada sobre que fuera a pasar algo así.

—No debía querer atemorizarte.

—Eso pienso yo también.

—Simplemente no tuvo tiempo de darte explicaciones.

Perk se encogió de hombros.

—Ya lo sé, pero sucedió de manera tan repentina...

Permanecieron callados por un instante. Luego el jinete se levantó.

—Solo quería despedirme, Wil. ¿Me visitarás alguna vez? A mí me gustaría venir a verte, pero tendré que esperar a ser un adulto. Mi familia no me permitirá volar fuera de la Tierra del Oeste.

—Te visitaré —prometió Wil—. Pronto.

Perk le dedicó un saludo breve y acto seguido se dirigió hacia la puerta. Su mano sustentaba ya el picaporte cuando se detuvo y se volvió para mirar al vallense.

—Ella me gustaba mucho, Wil. Mucho.

—Y a mí, Perk.

El pequeño jinete volador traspasó la puerta con un tímida sonrisa dibujada en el rostro.

A excepción de dos, todos aquellos que habían acudido a Arborlon para ayudar a los elfos retornaron a sus países de origen. Los primeros en marcharse fueron los jinetes voladores. Lo hicieron al amanecer del mismo día en que Ander Elesedil comenzó su reinado sobre los elfos del bosque. De los cinco que llegaron, los tres que quedaban y el muchacho llamado Perk partieron de manera discreta. Casi sin despedirse de nadie, salvo del nuevo rey. Partieron antes de que el sol coronara los bosques del este. A lomos de sus dorados rocs, se encaminaron persiguiendo la huidiza noche mientras los acompañaban los primeros rayos del sol de la mañana.

En el ecuador del día partieron los trolls de las rocas, con Amantar a la cabeza. Lo hicieron tan feroces y altivos como cuando llegaron, alzando las armas a modo de saludo, mientras el pueblo elfo se congregaba en calles y caminos arbolados para aclamarlos a su paso. Por primera vez en más de un milenio, trolls y elfos se separaban como amigos, y no como enemigos.

Los enanos, que alargaron su estancia durante varios días más, concedieron a los elfos los beneficios de su gran pericia en ingeniería mediante su cooperación en el boceto de los planos para la reconstrucción del destruido Elfitch. Dicha reparación era uno de los trabajos más difíciles a los que tenían que hacer frente, pues no solo era necesario reemplazar la quinta rampa destruida, sino que también debía apuntalarse el resto de la estructura. Era el tipo de reto que complacía al magnífico Browork. Con ayuda de los zapadores que todavía estaban en condiciones de trabajar, dibujó para los elfos los trazos generales que llevarían a alcanzar los resultados más óptimos. Cuando finalmente Browork se despidió de Ander y del pueblo de los elfos, lo hizo con la promesa de que en breve destinaría otra compañía de enanos zapadores en mejores condiciones para servir que la que le acompañaba, y que así les resultara útil.

—Sabemos que podemos confiar en los enanos —dijo Ander cuando estrechó la tosca mano de Browork.

—Siempre —agregó este, asintiendo con la cabeza—. Recuérdalo cuando nos requieras.

Y por fin llegó el momento de partir para los hombres de Callahorn, el pequeño grupo de soldados del Cuerpo de Voluntarios de la Legión, y de la Vieja Guardia que había logrado sobrevivir a la atroz batalla del Elfitch. Quedaban menos de una docena, y seis de ellos no podrían volver a combatir. A efectos prácticos el destacamento había dejado de existir; los cadáveres de sus soldados permanecían diseminados entre los pasos de la Línea Quebrada y Arborlon. No obstante, el alto

fronterizo de tez curtida al que llamaban Stee Jans, había sobrevivido una vez más.

Seis días después de la victoria sobre las tropas de demonios fue a ver a Ander Elesedil a primera hora de la mañana. Llegó cabalgando a lomos de su gran ruano hasta el borde del Carolan, donde el rey revisaba con sus ingenieros los planos diseñados por los enanos zapadores. Ander se disculpó con apuro, acercándose hasta donde el comandante de los voluntarios había desmontado y aguardaba. Desdeñó la respetuosa reverencia ofrecida por el hombre, lo tomó de la mano y se la estrechó con fuerza.

—¿Ya está bien, comandante? —le saludó con una sonrisa.

—Lo suficiente, majestad —dijo Stee Jans, también con una sonrisa—. Vine a darte las gracias, y a despedirme. La Legión retorna a Callahorn.

Ander movió la cabeza pensativo.

—No eres tú quien debe agradecer nada. Soy yo, en mi nombre y en el del pueblo de los elfos, quien tiene que darte las gracias. Nadie ha sacrificado más por nuestra tierra que los legionarios. Y tú, Stee Jans, ¿qué habría sido de nosotros sin ti?

El fronterizo guardó silencio un instante. Después habló.

—Majestad, esta gente y esta tierra nos dieron motivos de sobra por los que merecía la pena luchar. Lo que dimos, lo dimos con sumo gusto. Y la batalla no se perdió; eso es lo importante.

—¿Cómo íbamos a perder con una ayuda como la que nos brindasteis? —Ander le estrechó la mano de nuevo—. ¿Qué planes tienes ahora?

Stee Jans se encogió de hombros.

—El Cuerpo de Voluntarios de la Legión ya no existe. Tal vez se reorganicen, o quizás no. Si esto último sucede, puede que haya un puesto nuevo de mando en la Legión. En cualquier caso solicitaré uno.

Ander asintió.

—Pídemelo, Stee Jans. Tan solo solicítalo y el puesto es tuyo. Concedértelo sería para mí un gran honor. Y también para el pueblo elfo. Eres uno de los nuestros. ¿Lo pensarás?

El fronterizo sonrió, se giró y volvió a encaramarse en su montura.

—Así lo haré, rey Ander Elesedil. —Le ofrendó un gentil saludo—. Hasta que volvamos a encontrarnos, majestad. Fuerza para los elfos y para su rey.

Espoleó al caballo y se alejó hacia el este por el Carolan, con su capa gris agitándose tras él. Ander se quedó observándolo mientras lo despedía con la mano. Hasta que nos volvamos a ver, fronterizo. Le contestó en silencio.

Así todos los que acudieron a Arborlon en auxilio de los elfos regresaron a sus países. Todos los valientes, a excepción de dos.

Uno de ellos era el curandero, Wil Ohmsford.

La luz del sol se cernía sobre el Carolan como un manto de brumosa y tibia



luminosidad cuando se acerca el mediodía. Wil Ohmsford se encaminaba hacia las puertas de los Jardines de la Vida. Recorrió el camino de grava con pasos calmos y regulares sin titubear un solo instante. Sin embargo, cuando llegó ante ellas, no supo si sería capaz de continuar.

Le había costado una semana decidirse. Los tres días que siguieron a su desfallecimiento en aquellos mismos jardines los había pasado en su habitación de la mansión de los Elessedil, durmiendo casi todo el tiempo. Dos días más, en los terrenos que circundaban la antigua mansión, enfrentándose a la confusión que las emociones que hervían en su interior le producían mientras los recuerdos de Amberle llegaban y se marchaban periódicamente. Pasó los últimos dos días intentando evitar lo que ahora iba a hacer.

Se detuvo un buen rato frente a la entrada de los jardines para la arcada de hierro con incrustaciones de plata y marfil, los muros cubiertos de hiedra, y los pinos y setos que conducían a su interior. Las cabezas se volteaban hacia él con curiosidad a medida que la gente de la ciudad iba y venía, entrando y saliendo por las puertas frente a las que se hallaba. Estaban allí por el mismo motivo que él, y se preguntaban si tal vez se sentía más temeroso y cohibido que ellos mismos. Los centinelas de la Guardia Negra, que se alzaban severos y con la mirada al frente a ambos lados, desviaron los ojos por un instante hacia la figura inmóvil del vallense. Al instante los apartaron. Wil Ohmsford seguía sin decidirse a entrar.

No obstante, debía hacerlo. Ya lo había pensado durante mucho tiempo; debía verla, al menos, una vez más. Una última vez. No descansaría en paz hasta que lo hiciera.

Casi sin tomar la decisión, atravesó las puertas y se encaminó por la curva del camino que conducía hasta el árbol.

Sintió un alivio insólito al hacerlo. Como si al ir hasta ella, estuviese cumpliendo algo tan indispensable como honesto. Recordó la determinación que le había acompañado durante las últimas semanas; la determinación que lo había abandonado cuando perdió a la elfa, ante la creencia de que él le había fallado. Ahora entendía mucho mejor ese sentimiento. No era tanto una sensación de fracaso, sino más bien la conciencia de sus propias limitaciones. No podrás hacer todo lo que querrías hacer, le había dicho una vez su tío Flick. Del mismo modo, si bien pudo salvar a Amberle de los demonios, no logró evitar que se convirtiera en Ellcrys. Pero ahora sabía que eso no había estado en sus manos, sino en las de ella. Al fin y al cabo, era elección suya, tal y como le habían explicado la propia Amberle y Allanon. Ni el resentimiento, ni la amargura, ni la rabia lograrían cambiar eso, o proveerle de la paz que necesitaba. Debía aceptar lo que había sucedido. Y ahora sabía cómo hacerlo: aquella visita representaba el primer paso.

Atravesó una apertura que había en una hilera alta de siemprevivas y entonces se encontró ante ella. Ellcrys se erguía hacia el cielo azul del mediodía. Su esbelto tronco plateado relucía y sus hojas escarlata se agitaban bajo la dorada luz del sol. El

espectáculo era tan bello, que las lágrimas afloraron en sus ojos.

—Amberle —murmuró.

Reunidos en las faldas del montículo sobre el que se alzaba Ellcrys, había familias de la ciudad con los ojos clavados en el árbol. Sus voces eran bajas, en señal de respeto. Wil Ohmsford dudó antes de avanzar para reunirse con ellos.

—¿Ves? Ya no está enferma —le decía una madre a su hijita—. Vuelve a estar sana.

Y su tierra y su pueblo estaban a salvo, pensó el vallense. Gracias a Amberle, gracias a que se había ofrecido en sacrificio por todos. Tomó una honda bocanada de aire y levantó la vista hacia el árbol. Fue algo que ella quiso hacer; algo que tuvo que hacer. No solo porque fuera necesario, sino porque creyó que ese era el propósito de su existencia. La ética de los elfos, el credo que había guiado su vida; debía devolver algo de ella misma a la tierra. Ni siquiera estando lejos de Arborlon olvidó ese credo. Quedaba reflejado en su trabajo con los niños de Puerto Refugio. Era parte de la razón por la que volvió con él para averiguar la verdad de su destino.

Debía restituir a la tierra algo de sí misma.

Al final, sin embargo, se había entregado por completo.

Wil sonrió con melancolía. Pero ella no lo había perdido todo; al transformarse en Ellcrys, había ganado todo un mundo.

—¿Mantendrá alejados de nosotros a los demonios, mami? —quería saber la niña.

—Bien lejos —sonrió la madre.

—¿Y nos protegerá para siempre?

—Sí, para siempre.

Los ojos de la niña volaban de manera alterna del rostro de su madre al árbol.

—Es tan hermosa.

Su vocecilla sonaba cargada de admiración.

Amberle.

Wil la observó un instante más antes de darse la vuelta y abandonar lentamente los jardines.

Al atravesar las puertas vio a Eretria a un lado del camino que conducía a la ciudad. Sus ojos oscuros se movieron con rapidez, buscando los de él. La nómada había cambiado sus brillantes sedas por las prendas habituales de los elfos. Aunque jamás tendría nada común en Eretria. Estaba tan bella como la primera vez que Wil se fijó en ella. Sus cabellos negros brillaban con la luz del sol, cayendo en frondosos tirabuzones sobre sus hombros. Su reluciente sonrisa iluminó su rostro sombrío en cuanto vio al vallense.

Con una leve sonrisa en sus labios avanzó hasta ella para saludarla.

—Parece que estás entero otra vez —dijo Eretria, divertida.

Él asintió.

—Puedes concederte el mérito. Gracias a ti he vuelto a levantarme.

La sonrisa de la muchacha se agrandó ante el cumplido. Había ido a visitarlo

todos los días de la semana anterior, con el fin de darle de comer y sanar sus heridas. Le hizo compañía cuando sintió que la necesitaba, y lo dejó a solas cuando le pareció que así lo requería. Su recuperación, tanto física como emocional, respondía en buena parte a sus esfuerzos.

—Me dijeron que habías salido —dijo mirando en dirección a los jardines—. No hacía falta demasiada imaginación para averiguar adónde te dirigirías. De modo que pensé que podría seguirte y esperarte. —Volvió a mirarlo con su encantadora sonrisa—. ¿Descansan ya todos los fantasmas, curandero?

Wil percibió cierta preocupación en su mirada. Al fin y al cabo, ella entendía mejor que nadie lo que la pérdida de Amberle había significado para él. Habían charlado sobre ello durante su recuperación. Los fantasmas, como ella los llamaba, eran todos los sentimientos de culpa que lo habían hostigado.

—Creo que, tal vez, puedan descansar ahora —respondió—. Venir aquí me ha ayudado, y con un poco más de tiempo...

Se encogió de hombros mientras sonreía.

—Amberle consideraba que debía devolver algo a la tierra a cambio de la vida que le dio. Me comentó en una ocasión que su creencia era parte de su herencia élfica. Y también de la mía. ¿Sabes? Siempre me consideró más curandero que protector. Curandero es lo que debo ser, pues dan algo a la tierra, a través del cuidado de la gente que se ocupa de ella. Ese será mi legado, Eretria.

Ella asintió con un gesto grave.

—¿Volverás a Storlock?

—Primero iré a mi casa, al Valle Sombrío. Después a Storlock.

—¿Te marcharás pronto?

—Eso creo. Creo que debo partir ya. —Carraspeó—. ¿Sabes que Allanon me dejó a Artaq, su caballo negro? Fue un obsequio. Supongo que deseaba resarcir de alguna manera la pérdida de Amberle.

Eretria miró hacia otro lado.

—Es posible. ¿Podemos volver ahora?

Comenzó a desandar el sendero sin esperar respuesta. Él dudó un momento, confundido, y se apresuró a seguirla. Juntos caminaron sin mencionar palabra.

—¿Has decidido quedarte con las piedras élficas? —preguntó pasados unos minutos.

En el momento álgido de su depresión le había dicho que pretendía deshacerse de ellas. Sabía que la magia élfica había ocasionado efectos en él. Del mismo modo en que había envejecido a Allanon, le había afectado a él. Aunque todavía no podía determinar el cómo. Ese poder aún le asustaba. No obstante, la responsabilidad de ese poder todavía era suya, y no era correcto que la desatendiera entregando las piedras a otro.

—Las guardaré —contestó—. Pero no volveré a usarlas. Jamás.

—No —dijo ella en voz baja—. A un curandero no le serviría para nada.

Dejaron atrás las murallas de los jardines y giraron por el camino en dirección a Arborlon. No hablaban. Wil notaba la distancia que los separaba; un abismo creciente ocasionado por la convicción de que la abandonaría de nuevo. Ella, no cabía duda, deseaba acompañarlo. Siempre había querido estar junto a él, pero no se lo diría. Esta vez no, no lo haría otra vez. Su orgullo le impedía hacerlo. Meditó sobre la cuestión.

—¿Adónde irás ahora? —preguntó Wil pasado un rato.

Ella se encogió de hombros, denotando indiferencia.

—No lo sé. Tal vez me encamine hacia Callahorn. Esta joven nómada puede ir donde quiera, y ser lo que deseé. —Hizo una pausa—. Quizás vaya a visitarte. Creo que necesitas que te cuiden.

Y así era; lo había expresado en tono ligero, casi en broma. Pero estaba en lo cierto. «Soy para ti, Wil Ohmsford», había afirmado una noche en el Tirfing. Ahora volvía a manifestarlo. Observó su rostro tostado, mientras reflexionaba sobre todo lo que había hecho por él y todo lo que había arriesgado por él. Si la abandonaba, ella ya no tendría a nadie. No tenía hogar, ni familia, ni país... Al principio, cuando se empeñó en ir con él, había una razón de peso para rechazarla. Pero ahora, ¿qué razón existía?

—Solo era una idea —añadió Eretria, dando por concluido el tema.

—Una bonita idea —dijo él—. Pero estaba reflexionando sobre la posibilidad de que vinieras conmigo ahora; tal vez te gustaría.

Pronunció las palabras antes de valorar el alcance de su resolución. Hubo un larguísimo silencio mientras seguían caminando sin mirarse.

—Tal vez me gustaría, sí —dijo ella al fin—. Si así lo deseas tú.

—Lo deseo.

Entonces vio su sonrisa; una sonrisa reluciente y maravillosa. Ella se paró y se giró hacia él.

—Resulta reparador el comprobar, Wil Ohmsford, que por fin has recobrado el juicio.

Cogió al vallense de la mano y se la estrechó con fuerza.

Ander Elesedil cabalgaba de vuelta a la ciudad por el Carolan, totalmente ensimismado en los problemas de la reconstrucción del Elfitch. Entonces vio al vallense y a la joven nómada, que regresaban de los Jardines de la Vida. Detuvo su caballo un momento y observó cómo los dos, que todavía no se habían marchado, se detenían. Después vio a la muchacha coger la mano del joven.

El rostro del rey se iluminó con una enorme sonrisa mientras conducía al caballo lejos de donde ellos se encontraban. Parecía que Wil Ohmsford también volvería a su país de origen, aunque ya no lo haría en soledad.



TERRY BROOKS (Sterling, Illinois, EEUU, 1944). Es un célebre y prolífico autor de literatura fantástica, con más de veinticinco *best sellers* en las listas de más vendidos del *New York Times*.

Solo las novelas de la serie «Shannara» cuentan con más de treinta volúmenes, aunque también ha escrito otras sagas, como las de «Landover» o de «Word & Void».

También ha realizado adaptaciones del cine de las películas *Star Wars Episodio I: La Amenaza Fantasma* y *Hook*.